
Mi Oscuro
Deseo
Parker S. Huntington
L.J. Shen
Vé Ra



FARROW

La tarea era sencilla: entrar. Recuperar mi colgante. Escabullirme. ¿Problema número 1? El soltero más inalcanzable de Estados Unidos me atrapó. ¿Problema número 2? Decidió mantenerme a su lado. Como sirvienta. El invierno de Zach Sun puede ser el más frío que he sentido. Aunque él hace que me arda la piel. Reservado, calculador y salvajemente cruel, se nutre de las debilidades de los demás. Lo que no sabe es que acaba de encontrar la horma de su zapato. Puede que sea de la realeza estadounidense, pero esta campesina se convertirá en reina.

ZACH

Es mi pequeña mascota. Valiente, inteligente y astuta. Tan hermosa como el arte. Colecciono cosas hermosas, y ella es mi última adquisición. Farrow Ballantine no entra en mis planes. No tiene

madera de novia. Demasiado rebelde. Totalmente incontrolable. Qué no decir de mi humilde doncella. Esas piernas interminables y esos ojos azules helados no despiertan nada en mí. Pero con su boca inteligente, no tengo más opción que ceder a la tentación. Me lo permitiré. Solo por esta vez. Después de todo, la mayoría de los depredadores juegan con su comida. ¿Y yo? Planeo devorarla entera. Sin dejar nada a nadie.

Parker S. Huntington es del sur de California. Se licenció en Escritura Creativa en la UCR y tiene un máster en Literatura de Harvard. También odia hablar de sí misma y es alérgica a las redes sociales, pero puedes suscribirte a su newsletter en **www.parkershuntington.com**.

L.J. Shen es autora superventas de *USA Today*. Escribe libros angustiantes, antihéroes irredimibles y heroínas atrevidas que los ponen de rodillas (por más de una razón). Vive en Florida con su marido, sus tres hijos y una imaginación inquietantemente activa.

Mi Oscuro Deseo

Parker S. Huntington
L.J. Shen

Traductora: Natalia Barry

VeRa

Antes de empezar, gracias por darles esta oportunidad a Zach y Farrow. Nos gusta decir en broma que estos dos se nos parecen mucho: son un choque de culturas que de algún modo funciona. Ninguna de nosotras había escrito un libro como este hasta ahora. Es un privilegio poder hacerlo.

De mi parte (Parker), nunca imaginé compartir mi cultura con el mundo, y menos a través de una historia de amor. Vengo de una familia vietnamita y china, y me crie en los Estados Unidos, entre California y los alrededores de Washington, en el seno de una familia fabulosa, algo excéntrica y muy unida. Muchas historias del libro están tomadas de mis experiencias personales. Relatos salvajes, difíciles de creer y que generan adicción. Tengo muchas ganas de contaros mi vida en pequeñas dosis. Y, Leigh, déjame decirte que eres una santa por aceptar escribir este libro conmigo y por escucharme divagar sobre mi infancia.

Ya que sale el tema, lo único que puedo decir (soy Leigh y es mi turno) es que disfruté cada segundo de escribir este libro con mi mejor amiga, Parker. Es un libro lleno de excesos y de bromas deliciosas y también es un reflejo de nuestra amistad. (El uno por ciento de nuestras conversaciones es sobre temas de trabajo; el otro noventa y nueve por ciento se divide entre comidas y familia). Parker es mi compañera de trabajo fiel —casi una esposa— y, teniendo en cuenta que la tasa de divorcio de los asiático-

americanos es del 12,4%, lo más probable es que sigamos haciendo esto de por vida.

Casi todo lo que me gusta de Zach y Fae viene de nuestro día a día con Parker. Y con esto cierro mis comentarios, para que podáis sumergiros en la historia. ¡Que la disfrutéis!

Besos,
Parker y Leigh

PD: Una cosa más. La tía es real. Lo mismo que el incidente del coche robado. No podía creerlo hasta que Parker me mostró los recibos. Necesito una Celeste en mi vida. (Leigh)

«Hasta los milagros llevan algo de tiempo».
El hada madrina de Cenicienta

PRÓLOGO

Zach

Mi padre decía que las personas son papel y los recuerdos son tinta. Pero ¿cómo podía suponer yo que mi libro se hundiría en el alquitrán y quedaría hecho trizas?

Crecí junto a un padre generoso. Dinero, identidad, amor; un buen conjunto de valores y un buen conjunto de dientes, incluso mejor. Todo ello lo obtuve de mi padre.

Pero lo más preciado que me ofreció fue… *su vida.*

Doce años

Como todas las calamidades, el peor día de mi vida empezó de un modo bastante inocente. Íbamos con papá en el asiento trasero de su sedán Bentley Flying Spur mientras nuestro chófer zigzagueaba entre los carriles en un intento desesperado por evitar el denso tráfico. Una cadena interminable de bocinazos llenaba mis oídos. Toda el agua del cielo se derramaba sobre nosotros, en una tormenta que nos seguía desde la casa de subastas. En la radio sonaba *Bookends*, de Simon & Garfunkel, a un volumen tan alto que no me dejaba oír ni mis propios pensamientos.

Sentía los ojos de papá clavados en mi nuca mientras yo soplaba aire caliente en la ventanilla del coche y dibujaba una espada sobre el cristal empañado.

Papá suspiró.

—Te vendría bien un *hobby*.

—Los *hobbies* no sirven para nada; por eso son *hobbies*, justamente. —Dibujé unos dedos enroscados alrededor de mi espada y unas gotas de sangre cayendo de la punta—. Además, yo ya tengo *hobbies*.

Desde el asiento de delante, nuestro chófer resopló y encendió el intermitente izquierdo.

—Tienes talentos —me corrigió papá—. Ser bueno en algo no necesariamente significa disfrutarlo. Y quedarte sentado sin hacer nada todo el verano esperando el regreso de tu mejor amigo no cuenta como *hobby*.

Maldito Romeo Costa. Se había largado sin más, sin siquiera decir adiós. Primero, a Italia, cuando íbamos a primaria. Y ahora, a un campamento de verano aburrido al que lo obligaba a ir su padre. De Europa, había vuelto hecho un desastre. Esta vez casi me esperaba que volviera con un pedazo de cerebro menos. Miré a papá parpadeando, incrédulo:

—¿Por qué tengo que disfrutar de lo que hago?

Una leve sonrisa le encorvó las comisuras de los labios. Mi padre era enorme, o tal vez me parecía enorme a mí porque yo no había terminado de desarrollarme. Aun así, llenaba todo el asiento trasero con su cuerpo. Con su *presencia*. Con su cabello color del ónix, las arrugas de la risa que tenía en las comisuras de los ojos y la maldita cicatriz de la frente. Se la había hecho cuando estaba a cargo de mi

grupo de Scouts y un águila había intentado cazarme; él se había lanzado sobre mí en el último segundo y, luego, se había partido la frente tras chocar contra una tumbona.

Me dio un golpecito en la sien con uno de los nudillos.

—Porque, si no sabes apreciar el viaje, ¿cómo vas a disfrutar del destino?

—¿Acaso el destino de la vida no es *la muerte*? —Lo fulminé con la mirada, para no tener que presenciar cómo mi arte se evaporaba de la ventana por la condensación. Se rio.

—Eres demasiado listo…

—Eso no es un no —murmuré y me aguanté las ganas de taparme los oídos para no oír más los bocinazos de los coches y el ruido constante de la lluvia.

—El destino es la familia. El amor. Un lugar en el mundo que sientas como propio.

Me quité una ramita del costado de una de las zapatillas de deporte.

—Tú tienes muchos lugares.

—Así es, pero solo uno de ellos es mi hogar. Y es donde estéis tú y tu madre.

Lo miré atento, arrugando la frente con un gesto.

—¿Qué hemos hecho para hacerte tan feliz?

—¡Existir! Con eso basta.

Me desparramé en el asiento, tamborileando con los dedos sobre la rodilla, estaba aburridísimo.

—Si te hacemos tan feliz, ¿por qué siempre estás comprando cosas para sentirte bien?

—El arte no es una *cosa*. —Puso su mano sobre la mía para detener el golpeteo—. Es el alma de una persona vertida en un material. Las almas no tienen precio, Zach. Debes tratar de proteger la tuya siempre que puedas.

Me acerqué un poquito hacia él y miré el estuche de terciopelo que viajaba entre nosotros.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Tienes que esperar a tu cumpleaños.

—¿Es para mí?

—Pero no para llevarlo por ahí. Es peligroso.

—Mucho mejor. —Me froté las manos, llevando la atención al joyero tallado a mano que acunaba entre las palmas—. ¿Y esto?

Acabábamos de recoger el botín de guerra de papá, después de una subasta de antigüedades. Bueno, papá lo había recogido. Yo lo había esperado sentado en el coche, resolviendo un cubo de Rubik sin siquiera mirarlo mientras él iba de un lado a otro por los controles de seguridad. El arte no me había interesado nunca. Papá se había pasado los últimos doce años taladrándome con su sabiduría y esperaba que al menos una parte de su obsesión me penetrara el cráneo, pero no tuvo suerte. Yo podía discutir en detalle las bondades de la técnica del Gongbi comparada con la del Sumi-e, pero no podía obligarme a que me importara un comino lo que las líneas dibujaban sobre el papel.

A veces había llegado a desear en secreto tener un padre como el de Romeo, que le dejaba manejar armas y granadas de mano. Rom hasta podía manejar un tanque. Eso sí que molaba.

Papá deslizó la tapa pesada de la caja y la inclinó hacia mí.

—Es el regalo de aniversario de tu madre.

Protegido entre paredes de satén había un colgante de jade tallado en forma de león. Un cordón rojo rodeaba el borde curvado y se enlazaba con unas cuantas cuentas apiladas, un enorme nudo *pan chang* y unas borlas dobles. Había costado sus buenos dos millones, y ¿para qué? Si mamá no iba a ponérselo ni una vez. A veces los adultos tomaban las decisiones más estúpidas. Papá las llamaba impulsos y decía que era un comportamiento típico de los humanos. Yo quizás no era muy humano, porque no había nada que me entusiasmara demasiado. Siempre elucubraba mucho sobre las cosas y no deseaba nada realmente, ni siquiera golosinas.

Volví a desplomarme sobre el respaldo del asiento.

—Se parece al trozo de queso con moho que hay en el táper de la taquilla de Oliver.

Mi otro mejor amigo era más sucio que un jabalí; aunque eso no era justo para el jabalí, porque un animal no tiene opción de ducharse todos los días.

—*Sha haizi*. —«Niño tonto». Papá me dio un golpecito en la nuca, riéndose—. Algún día aprenderás a apreciar las cosas bellas.

La lluvia caía con más fuerza, golpeando las ventanas como si suplicara entrar. Las luces rojas y amarillas brillaban a través del reflejo distorsionado de la ventanilla. Los bocinazos se hicieron más fuertes.

«Ya casi llegamos».

—¿Estás seguro de que a mamá le gustará? —Me froté la nariz con la manga de la camisa—. Se parece al que le regaló Celeste Ayi hace años.

Lo más seguro era que mi tía lo hubiera comprado en una tienda de *souvenirs* del aeropuerto al salir de Shanghái.

—Le encantará. —El dedo de papá acarició el colgante, recorriendo los bordes sin llegar a tocarlo—. Qué pena haber tenido que viajar a Xi'an en enero. Para cuando supe que el otro colgante se subastaba en Washington, ya lo había comprado otra persona.

—¿Hay otro? —pregunté casi sin prestar atención mientras dibujaba un pulpo en el cristal y bordeábamos un tormentoso río Potomac. No faltaba mucho para llegar a nuestra casa en Dark Prince Road, la calle del príncipe oscuro—. ¿Eso no rebaja el valor?

—A veces. Pero en este caso no; los colgantes son un juego de hombre y mujer. Pertenecieron a dos amantes de la dinastía Song.

Con eso, me desperté. Por fin, la parte buena.

—¿Qué les hicieron? ¿Los decapitaron?

—Zach…

—Ah, cierto —exclamé y me pasé el dedo por la garganta—. En esa época se usaba la muerte por mil cortes. Seguro que quedaron con los brazos *destrozados*.

Papá se masajeó las sienes y me miró con una sonrisa leve.

—¿Ya has acabado?

—No. Cuando les cortaban la nariz sin anestesia… ¿crees que morirían al instante o se desangrarían?

El atasco del tráfico dio un respiro y el coche ganó velocidad. «Por fin».

—Zachary Sun, me sorprende que seas mi hij…

Sonó un claxon que nos ensordeció y tapó su voz por completo. La lluvia. La vida entera. Papá dejó la frase a medias, con los ojos muy abiertos. El coche se desvió violentamente, para tratar de evitar un choque. Papá arrojó la caja y se lanzó sobre mí, envolviéndome con sus brazos por el torso, agarrándome tan fuerte que hasta me dolía.

Me dejó aplastado contra el asiento. El destello cegador de los faros le iluminó la cara.

El Bentley volcó, primero sobre uno de sus lados, luego dio una vuelta completa hasta quedar del revés. Aterrizamos boca abajo. Papá todavía estaba encima de mí. Todavía me protegía. Todo pasó muy rápido. Un pitido agudo y penetrante. Después, dolor. Un dolor profundo y total; por todas partes y en ninguna a la vez. Estaba anestesiado y, al mismo tiempo, en una agonía. Parpadeé a toda velocidad como si eso pudiera ayudarme a oír o incluso a ver.

—Estás bien, Zachary. Estás bien. —Sus labios dieron forma a las palabras, con su rostro a menos de un centímetro de distancia del mío. Le temblaba todo el cuerpo. Mantenía la mirada baja, fija en el espacio que los separaba y de pronto los cerró, respirando entrecortadamente.

—*Wo cao*.

Los ojos se me encendieron al rojo vivo. ¿Papá maldiciendo? Él no maldecía *jamás.*

Algo oscuro y pegajoso se me derramó sobre la pierna derecha, venía de papá. Me lo limpié. «Sangre».

Era sangre.

Sangre de papá.

Y entonces lo vi: los dientes de una máquina cosechadora atravesaban su abdomen y lo incrustaban contra la puerta. El borde dentado de la máquina me rozaba el estómago. Metí la barriga hacia dentro, luchando por respirar al mismo tiempo. Parpadeé varias veces y lo más rápido que pude, deseando que todo fuera una pesadilla. Logré enfocar la mirada hacia papá: la cara entera ensangrentada, fragmentos de vidrio incrustados en la piel como

púas de erizo… Había sangre por todas partes; se le escurría por la sien, desde la cicatriz de la frente hasta la barbilla. La sangre de mi padre —tibia, metálica, maloliente, pegajosa— se me quedaba empapada en la ropa, en la piel, en el pelo. Quería quitármelo de encima, quería gritar. Sus labios se movieron de nuevo, pero esta vez no pude distinguir nada que no fuera ese pitido agudo que te dejaba sordo.

—No te oigo —articulé—. Dilo otra vez.

Traté de moverme, de tocarle la frente, de detener la sangre; pero pesaba demasiado y yo seguía encogiendo el estómago para evitar que los dientes del rastrillo me partieran en dos.

—El estuche rojo —me pareció entender.

Estiré la mano todo lo que pude y lo alcancé. El rastrillo me hizo un pequeño corte en la piel, pero logré agarrar el estuche y lo volqué boca abajo. Un cuchillo. Lo empuñé y empecé a cortar el cinturón de seguridad. Se rasgó por uno de los lados, pero no se cortó. Seguía sin poder moverme.

—Henry… —intenté gritar el nombre de nuestro chófer.

No hubo respuesta.

Miré por encima de mi hombro derecho y me encontré con la frente de Henry presionada contra una bolsa de aire desinflada; eso creaba el pitido constante y penetrante del claxon. No hacía falta ver sangre para saber que estaba muerto. Tenía la mirada vacía, los ojos negros y sin vida, como un muñeco inerte.

Los labios de papá se movieron de nuevo. Sus ojos me suplicaban que escuchara. Yo quería hacerlo, quería de verdad, pero lo único que oía era el maldito claxon.

Una lágrima resbaló por su mejilla y cayó sobre la mía. Se me escapó un siseo de la garganta, como si esa gota me hubiera quemado al tocarme. Papá no lloraba *nunca*. Sus labios se movieron aún más despacio, su cuerpo seguía cubriéndome. Protegiéndome de lo que fuera que estuviera pasando, o de lo que había pasado ya. Estábamos atrapados dentro de una jaula de acero retorcido. No podía moverme de por debajo de él, ni aun si lo intentaba con todas mis fuerzas.

Logré cerrar el puño, aferrándome a su camisa antes de que su cuerpo se desplomara sobre mí. La mano me tembló con el peso, la otra todavía empuñaba el cuchillo. Los ojos de papá se quedaron abiertos, pero yo sabía que ya no estaba vivo. Su alma ya se había evaporado. Y por fin entendí a qué se refería con eso de que las almas no tienen precio.

Fui recobrando los sentidos uno por uno, como la lluvia cayendo gota a gota. Primero, el oído.

—¿Hay alguien más ahí dentro?

—Un niño.

—¿Vivo?

—Joder… Lo dudo mucho. El camión los embistió a toda velocidad. No sobrevive nadie a un choque así.

Después, el tacto.

Papá estaba frío. Muy frío. Demasiado frío. Yo sabía lo que eso significaba. Un pedazo de su piel se le desprendió del rostro y cayó sobre mi pecho. Si estaba caliente, ni lo sentí. Me puse a temblar, cerrando los ojos con fuerza, conteniendo las arcadas que me subían por la garganta.

Mi estómago seguía tenso.

«Quítate de encima. No quiero sentir tu muerte. No quiero sentir nada».

—Vivo —balbuceé, y oí gente a mi alrededor; gente que gemía, gruñía y gritaba tratando de devolver el coche a su posición vertical —. Estoy vivo.

Pero no me sentía vivo.

—Aguanta, pequeño, por favor —gritó una voz—. Vamos a sacarte de ahí, pero va a tomar algo de tiempo, ¿vale?

—Vale.

Pero no valía. Nada me valía.

Apreté los labios y los escuché hablar.

—Espera… ¿Este no es…?

—Sí, Bo Sun. El mismísimo Bo Sun. —Silencio—. Dios mío…

—¿Pero está…?

—Tendrán que cortarlo en dos para llegar hasta el niño. Está atravesado por el rastrillo, que se ha fundido con el metal del coche.

—Maldita sea. Pobre crío.

CAPÍTULO UNO

Farrow

—He oído que su estilista tiene menos seguidores en Instagram que ella. —Tabby hizo explotar el globo de su chicle desde el asiento trasero del Mercedes GLE—. Y ella tendrá… ¿qué?, ¿unos cuatro mil? O sea, mejor que la peine el carnicero de la esquina y ya, ¿no?

—¿Y has visto ese flequillo? Ni que estuviéramos en los noventa. Nadie se atreve a decirle lo fatal que le quedan esos rizos. —Reggie se rio—. Y, francamente, los reflejos ya los tiene de color naranja.

Señoras y señores, Tabitha y Regina Ballantine; mis hermanastras. Entre las dos, producen veneno suficiente para matar a toda la población de una isla de unos cuantos habitantes. Mi madrastra Vera chasqueó la lengua desde el asiento del conductor.

—Parad un poco, chicas. Podríais ser un poco más compasivas… —Sus palabras no iban en línea con su risita perniciosa—. Sylvia es buena chica. Un poco simple tal vez, pero no es culpa suya. ¿No habéis visto a su madre?

—Sí, por desgracia —se burló Tabby.

Me mordí el labio muy fuerte para aguantar el impulso de señalar que Sylvia Hall acababa de aprobar el ingreso al colegio de

abogados después de graduarse con honores de la universidad de Georgetown. Su cabeza tenía mucho más que ofrecer al mundo que un corte de pelo caro.

Pero yo no estaba en condiciones de decir nada. En primer lugar, porque las mujeres Ballantine me odiaban a muerte y todo lo que dijera sería usado en mi contra. Y, en segundo, porque yo no estaba en condiciones de hablar. Y esto último en sentido bastante literal: iba acurrucada en el maletero, hecha un ovillo, respirando lo más suave que podía para mantenerme invisible.

El todoterreno pasó junto a los impecables céspedes de Potomac. Afuera, el aire se había espesado con el aroma de los capullos en flor. Pero yo no alcanzaba a oler más que las botas de montar de Tabby: una mezcla de estiércol, heno y el encargado de caballerizas de turno con el que se hubiese enrollado esa semana.

—¿Ya llegamos? —Reggie chasqueó los labios y aplastó algo dentro de su boca—. Aunque no lo parezca, estoy emocionada. Nunca he estado en casa de Zach Sun.

—Pues saca una foto porque será tu primera y última visita —resopló Tabby—. No sé ni por qué nos haces ir, mamá. Todo el mundo sabe que Constance Sun es capaz de arrancarse un riñón con tal de que su hijo se case con quien ella elija.

—Zachary Sun es mayorcito y, si quiere casarse con una de vosotras, nadie podrá detenerlo.

A falta de otras cualidades, lo mínimo que podía reconocerle a Vera Ballantine era su eterno optimismo; la admiraba por ello. Porque la verdad era que Tabby y Reggie invitaban al deseo tanto como una enfermedad degenerativa crónica. Eran una mezcla letal de pretensiones de lujo con un coeficiente intelectual ínfimo.

—Además… —Vera cambió la radio a la emisora de música clásica, aunque no tenía ni idea de que Yoyoma no era una marca de ropa—. Habrá otros hombres ricos e influyentes en la fiesta, listos para hincaros el diente. Ese duque, por ejemplo, ¿cómo se llamaba? Oliver algo…

—Von Bismarck. —Tabby hizo una mueca—. Ese tipo es un mujeriego empedernido. Es capaz de contagiarte una ETS solo con respirarte cerca.

Reggie soltó una carcajada socarrona.

—Qué tierno verte fingir que no te interesa.

—Yo por mí te lo regalo, envuelto y todo, con caja y lazo.

—Para tu información, una vez me invitó a su mansión en la Costa Amalfitana.

—A ti y a toda mujer que respira. —Tabby chasqueó la lengua—. Mira. Yo que tú, empezaría ya mismo a diseñar la invitación de boda.

Apreté más fuerte los brazos alrededor de las rodillas y repasé mentalmente el plan elaborado tras meses de investigación continua. Era infalible: entrar, recuperar lo que era mío y salir cuanto antes sin que me viera nadie; oculta por la noche y el vestido de diseño que le había confiscado a Reggie. No era mi primer hurto y no sería el último. Yo siempre había sido una superviviente, desde mi nacimiento; desde el momento en que mi donante de óvulos desaparecida me había metido en una caja de cartón y me había dejado frente a la casa de papá con una nota que decía:

Toda tuya. Deberías haber contestado el teléfono, imbécil.
Un aborto es más barato que un bebé.
Tammy

A esas alturas, papá ya estaba casado con Vera después de un romance fugaz. Según Tabby, su madre había instado a papá a «deshacerse de esa cosa».

«Ni siquiera sabes si es tuya realmente», la había oído bufar durante toda mi infancia, sabiendo muy bien que yo podía oírla.

Pero no necesitaba una prueba de ADN porque tenía a la madre naturaleza de mi lado: yo tenía los mismos ojos azules que papá y compartíamos el pelo dorado enroscado en gruesas ondas, que nos enmarcaba la cara y las orejas. Teníamos la misma estructura ósea delicada y el mismo cuerpo de extremidades largas; y hasta el mismo lunar justo debajo del ojo derecho.

Vera suspiró.

—Qué pena que Romeo Costa ya no esté en el mercado.

—Como si alguna vez hubiéramos tenido oportunidad con él.

Reggie bostezó.

—Como si *quisiéramos* una oportunidad. He oído que es un sociópata.

—¿En serio? —El pelo de Tabby se agitó sobre el reposacabezas.

—Yo escuché que donó una unidad nueva entera a la maternidad del Johns Hopkins en cuanto su mujer se quedó embarazada.

—Debe ser por si hay que demoler la entrada para hacerla pasar a ella en silla de ruedas el día del parto. Mi esteticista me ha dicho que Dallas Costa se comió medio piso de un pastel de tres pisos en la cena de ayer en la Casa Blanca, y que la torta entera se cayó sobre uno de esos barones del petróleo.

Cosa Uno y Cosa Dos —mis hermanastras— se destornillaron de la risa.

—¿No oléis a lejía? —Reggie olfateó el aire—. Os juro que el olor de Farrow se me queda pegado en las fosas nasales últimamente. Tienes que echarla, mamá. Ese olor apestoso está por todas partes.

—¿Y dónde se te ocurre que la ponga exactamente? —Vera subió el aire acondicionado al máximo—. Necesitamos el dinero del alquiler para tapar todos los malditos agujeros que dejó tu padre. La gente ya está empezando a hablar. Cuando compré este coche, ni me planteé pedirlo con motor AMG. —Hizo una pausa y siguió—: Tal vez podríamos meterla en la casa de la piscina…

—Ay, no. ¡Ahí no! —Sentí que Tabby se sacudía hacia delante, por la forma en que se movió todo el vehículo—. La estoy convirtiendo en un segundo vestidor.

Me costaba creer que estaba a punto de pasarme la siguiente hora abriéndome paso entre cientos de personas tan egocéntricas y superficiales como mis hermanastras, pero no tenía opción: Zachary Sun tenía algo que era mío.

El colgante de jade nunca debió haber acabado dentro del gigantesco *château* de la familia Sun. Un hecho así tenía las marcas de la codicia de Vera por todas partes, como huellas dactilares. Cuando murió papá, ella fue subastando una por una sus pertenencias hasta que entró el dinero del seguro. Al parecer, Zach Sun había hecho una oferta tres veces mayor que la siguiente más cercana. Y, ahora, el multimillonario malcriado poseía el único recuerdo que me quedaba de papá.

«Pero no por mucho tiempo».

Vera encendió el intermitente y el coche dio un saltito y entró en un camino de grava.

—Ya hemos llegado. Dios mío, mirad cuánta cola.

«Por fin».

Vera calló una discusión entre mis hermanastras, haciendo un gesto con la lengua mientras esperábamos.

—No puedo creerlo, cuánta seguridad en la puerta. Me parece un poco exagerado, francamente.

Empujé la espalda con fuerza contra los asientos traseros y me envolví con una tela negra. Me había cosido a mano un material que se confundía con el fondo del maletero y estaba segura de que no se pondrían a rebuscar demasiado.

—Abran el maletero. —Un guardia de seguridad golpeó el portaequipajes y este se abrió, subiendo lentamente a un ritmo exasperante. El rayo intenso de una linterna atravesó la tela en que estaba envuelta como un capullo, y luego la puerta se cerró de golpe —. Todo en orden. Siguiente.

Vera entró en el aparcamiento con un chirrido. Mis monstruonastras evacuaron el coche e intercambiaron su lugar con un aparcacoches. Tal como me había imaginado, el tipo lo aparcó en uno de los caminos más alejados de la entrada de aquella propiedad, que ocupaba casi una hectárea en Dark Prince Road, y se subió a un carrito de golf lleno de otros aparcacoches, para regresar a la carretera principal.

Tan pronto como los faros desaparecieron, me arrastré desde el maletero hasta el asiento del conductor y forcé la puerta. El invernadero de los Sun me miraba desde arriba, iluminado de extremo a extremo por deslumbrantes focos, desafiándome a entrar. Incluso a unos treinta metros de distancia, proyectaba una sombra amenazante sobre el césped recortado. Caminé de puntillas por un sendero iluminado con bolardos hasta la casa principal, y en un

momento tuve que agacharme en medio de dos filas de vehículos de lujo porque pasó un aparcacoches en un Lotus Evija. Reggie iba a matarme en cuanto viera cómo estaba quedando su vestido: el sudor frío hacía que el satén se me pegara a la piel y el tajo se había desgarrado unos cuantos centímetros más arriba en el viaje en posición fetal dentro del maletero.

Otra cosa que había descubierto en mi investigación: esta fiesta marcaba la inauguración oficial de la caza de novias de Zachary Sun, en sentido literal. Y yo no tenía duda de que las mujeres allí presentes tenían toda la intención de batirse en duelo al mejor estilo de los *Juegos del hambre* hasta que quedara en pie una única vencedora. Según los rumores, Zachary Sun iba a elegir una candidata antes de la medianoche —con tal de apaciguar a su madre cansada hasta el hartazgo y desesperada por tener nietos— y la invitaría a salir.

Todas eran encantadoras de diferentes maneras. Altas y bajas. Volubles y delgadas. Con vestidos sedosos y modales más sedosos aún. Hijas de multimillonarios singapurenses y exoligarcas salvadoreños, de dueños de conglomerados coreanos y de productores de Hollywood. Y todas ellas con algo en común: querer ser la próxima señora Sun.

Agaché la cabeza, con la esperanza de mezclarme con la multitud mientras pasaba entre vestidos de baile y esmóquines. Era experta en ser invisible, una habilidad que había perfeccionado desde la guardería. Principalmente para ahorrarme los ataques que me propiciaban Vera y las cosas uno y dos —o sea, mis hermanastras— cada vez que tenían un mal día.

El *château* se alzaba imponente en todo su esplendor: bandas de piedra caliza francesa de colores pálidos, columnas imperiales y jardines ornamentados que podían competir con los de Versalles. Me tragué el nudo que me atenazaba la garganta y entré, arrastrada por el volumen de cuerpos ansiosos. Grandiosas escaleras curvas flanqueaban el vestíbulo. Mis ojos subieron pesadamente por la que conducía a mi objetivo: el despacho de Zachary Sun. Había guardias trajeados bloqueando el acceso al pie de la escalera, con las manos entrelazadas por delante y auriculares en las orejas, conectados por Bluetooth a todo lo que sucedía.

En la esquina, mi familia adoptiva se reía a un volumen demasiado alto de algo que decían unos hombres vestidos con unos trajes de diseño. Vera apretaba un canapé contra su pecho y trataba de fruncir el entrecejo con fuerza a pesar de la barrera de bótox de su cara. Había envejecido como una pasa de uva ya con moho, y su personalidad agria iba a tono con eso. Yo tenía que evitar que me vieran, pero eso no me preocupaba demasiado. No había nadie más que me conociera aquí.

Papá había sido demasiado mortal para codearse con esta gente. En cuanto a mí, siempre había evitado cualquier evento que implicara chupar de los bolsillos más profundos de Potomac. Y lo de casarse me parecía una total pérdida de tiempo. Una mujer debería tener un único amor en la vida: una misma. Y, tal vez, un perro.

Esperé a que alguien del personal subiera corriendo los escalones para seguirlo de cerca. La sinfonía de voces de abajo nos persiguió escaleras arriba. Moví los labios sin emitir sonido para fingir una conversación que despistara cualquier sospecha de los guardias. Una vez que doblamos la esquina, cambié el rumbo hacia la biblioteca

donde se encontraba la oficina. Había memorizado el plano de ese piso de la mansión gracias al sitio web tan completo de la inmobiliaria de lujo Zillow. Esa información sí que era un lujo, muchas gracias.

Zach había comprado la mansión a unos nobles suizos y él no le había hecho demasiados cambios, solo había transformado el garaje del subsuelo en una galería de arte con tecnología punta. Al principio, pensé que para entrar iba a tener que forzar alguna puerta con clave de seguridad. Sin embargo, me topé con la portada del último número de *Wired*: un reportaje sobre la última adquisición hostil de Zach. Y allí estaba, inmortalizado en la brillante doble página de la revista, casi imperceptible bajo el poder de su mirada desalmada: el colgante. Sobre una estantería y asegurado por un cristal.

«Lo siento, idiota. Estás a punto de quedarte sin una obra de arte de tu colección».

Recorrí lentamente el pasillo, pasando al lado de cuadros que probablemente costaban más que todas las propiedades de los Ballantine juntas. En especial ahora, que Vera y sus hijas estaban hundiendo la empresa de papá hasta niveles que ni el Titanic había alcanzado. ¿En qué estaba pensando él cuando decidió dividir en cuatro la propiedad de la empresa de limpieza? Tres de nosotras no habíamos trabajado ni un solo día en toda la vida…

La puerta de la biblioteca se alzaba ante mí. Aferré el pomo con fuerza y pensé que no se movería. Me había pasado dos meses aprendiendo a forzar un sinfín de cerraduras y tenía el kit de herramientas listo en el sujetador. Pero la puerta se abrió en silencio y sin ningún esfuerzo. Una ráfaga de aire fresco me lamió la piel; se

me puso la carne de gallina. Me deslicé al interior, cerré la puerta y apoyé la espalda contra la madera, permitiéndome un breve instante para regular los latidos de mi corazón. No era la primera vez que hacía algo que podía llevarme a la cárcel. Pero sí era la primera vez que iba a robar a uno de los hombres más poderosos del mundo.

No me detuve a admirar la oficina de Zach Sun, aun cuando jamás había visto un lugar tan opulento en mi vida. Pero no iba a ponerme a hacer eso cuando tenía el colgante ahí enfrente, haciéndome señas como un faro. En la misma caja de cristal que había visto en *Wired*, justo al lado de otro idéntico, a juego; uno para hombre y el otro para mujer.

«Muy apropiado. Uno para él y otro para mí».

No había posibilidad de confusión: el colgante de papá tenía una imperfección que lo hacía singularmente nuestro. De niña, yo le había hecho un «corte de pelo» a las borlas, y las hebras de un lado eran unos dos centímetros más cortas que las otras.

Bordeé el escritorio, ignorando los papeles que salieron volando y aterrizaron en la alfombra por la corriente de aire que había provocado. Por fin —*por fin*— las yemas de mis dedos besaron el grueso cristal. Justo por encima del colgante de papá.

—Siento haber tardado tanto. —Se me saltaron las lágrimas—. Te han encerrado en una jaula dorada. Pero no te preocupes, voy a sacarte de aquí.

Tras la muerte de papá, yo había guardado su colgante favorito en mi mesita de noche para poder abrazarlo cada vez que me despertaba en medio de la oscuridad porque lo extrañaba. Hasta el día en que Vera lo vendió, todavía quedaba un rastro de su olor

entre los nudos intrincados. Seguro que ahora su esencia había sido reemplazada por la aséptica existencia de Zach.

«Me lo llevo a casa, *pa*. Te lo prometo».

Subí el deshilachado dobladillo de mi vestido azul pálido y desenganché un cortavidrios portátil que llevaba en la cinturilla de mi ropa interior. La cuchilla chasqueó al abrirse y perforó la esquina del cristal. Sentí unos martilleos violentos que me golpeaban los oídos al empezar a tallar un círculo alrededor de la pequeña cerradura.

Y entonces lo oí. A un volumen tan alto que logró superar el de los latidos de mi corazón.

—¿Qué crees que estás haciendo?

«Mierda».

CAPÍTULO DOS

Farrow

La voz chillona no se correspondía con la boca de quien la profería. Me di la vuelta despacio, mientras iba pegándome en el rostro una sonrisa sosa al mejor estilo Reggie, una de esas que dice a gritos «entre estas dos orejas no hay más que una cabeza bien hueca y unas gotas del último Chanel».

—¡Ay, Dios mío, pero si es el mismísimo Zach Sun! Me muero por conocerte desde el día en que nací.

No tenía ningún problema en inflar el ego de los hombres si eso significaba que me dejaran en paz. Normalmente eran criaturas simples, fáciles de distraer con unos cuantos cumplidos. Pero lamentablemente no era el caso del tal señor Sun, cuyo nivel de derretimiento era equivalente al del iceberg B-15.

—Te he hecho una pregunta —dijo, avanzando hacia mí, con unos ojos tan oscuros como el abismo, de un vacío tan profundo que temí caerme dentro—. Ahora sería un buen momento para responder.

No ayudaba nada que su presencia me desconcertara; que fuera alto, que tuviera un mentón tan afilado que parecía cortar el aire, y que su cabello y sus ojos fueran de lo más negro que yo jamás

hubiera visto. Llevaba un traje de levita y el cabello peinado a un lado y engominado. Todo él era puro poder, elegancia y belleza. Emanaba carisma como un manantial de oro candente. Y a la vez, era la frialdad personificada; como un planeta desierto y sin vida. Yo a él lo había visto miles de veces —sin que él lo supiera—, pero no había logrado acostumbrarme a su magnificencia. De pronto, se le levantó la ceja derecha.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

«Más bien, estoy con el rabo entre las piernas después de ser descubierta».

—Estaba buscando la galería de arte. —Hice una reverencia, mirándolo con picardía por detrás de un pesado velo de pestañas—. Lo siento muchísimo. No he podido evitarlo. Dicen tantas cosas de ella…

—La galería está en el garaje. —Zach estiró la mano hacia el interruptor y subió la iluminación al máximo. La luz blanca se derramó sobre nosotros—. Y si sabes de la existencia de la galería, también sabrás que no se permite la entrada a nadie. Además, no te gusta el arte.

Lo dijo con tal seguridad que me quedé pasmada. Era como si me leyera por dentro. Después, cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella para no dejarme pasar. Se quedó ahí de brazos cruzados, bloqueando mi ruta de escape.

—Intentémoslo de nuevo: ¿qué haces aquí dentro?

Logré despegar la mirada del colgante de jade y alejarme de él. Entonces crucé la habitación lentamente, meneando las caderas y devorando el espacio que nos separaba. A falta de espada, mi mejor arma era el sexo.

—No me gustan las fiestas.

«Ni tú. Ni que hayas irrumpido en mi vida para llevarte lo que es mío con tanta facilidad, sin consecuencias, como si yo ni existiera».

Me tragué esas palabras junto con el poco orgullo que me quedaba y me lancé al ataque ajustándome el escote. No se le movió ni un pelo. Vaya…

Tocaba pasar al plan B, así que me abaniqué el rostro y eché el cabello a un lado con la cabeza.

—Necesitaba airearme un poco y, sin querer, las piernas me han traído hasta aquí.

—Pues te pido respetuosamente que las dirijas fuera de la propiedad, a menos que quieras pasar la noche en una celda.

No me sorprendía que no fuera un tipo agradable, pero estaba siendo un auténtico imbécil. Claro que, después de todo, yo había entrado ahí a robarle.

Seguí recorriendo la habitación, ignorando deliberadamente esas palabras que todavía oscilaban en el aire como una hoz. Mis nudillos rozaron algunos libros de negocios, cuadros y los sillones tapizados.

Zach apoyó el vaso de *whisky* sobre una mesa auxiliar y, sin sacarme los ojos de encima ni por un instante, como un halcón tras la presa, espetó:

—¿Pero tú eres tonta o qué?

¿Tonta? No. ¿Decidida? Sin duda. Y tenía la sensación de que Zach no estaba acostumbrado a mujeres que no se doblegaran ante cada uno de sus deseos.

Un tablero de go entre dos sillones de terciopelo me llamó la atención: madera de caoba, piedras de *yunzi*, cuencos de morera… El juego valía lo que una hipoteca. Las piezas estaban dispersas por

el tablero como si alguien hubiera abandonado una partida larga. O más bien, como si hubiera huido. Como por instinto, saqué una de las piedras del cuenco de las negras y la puse en un punto estrella. Desde el otro extremo, Zach frunció el ceño y bajó la mirada al tablero.

—No es ajedrez. —Su voz grave rezumaba burla. Pero había algo más en su tono. Un leve atisbo de pánico. No le gustaba que tocaran sus cosas. Típico de hijo único.

—Obvio. —Examiné la solidez de las fichas negras y sentí cosquilleos en los dedos por el impulso de coger otra piedra. Hacía una eternidad que no jugaba—: Las piezas de ajedrez son más bonitas y puntiagudas. Estas cositas redondas son para jugar a las damas.

Se le crispó un párpado. Pensar que tenía tanto dinero y ni una pizca de sentido del humor. Qué pena…

Frente a mí, las piedras me decían todo lo que quería saber sobre los jugadores. En las negras, alguien cauteloso, generoso y amable. En las blancas, alguien despiadado, agresivo y lleno de determinación. «Zach es las blancas», pensé sin dudar.

Levanté una ceja y me guardé la curiosidad sobre quién jugaría con las negras.

—Me ha parecido que era el turno de las negras.

—¿Y qué te ha llevado a pensarlo?

«Las he contado; sé contar, idiota».

Opté por una respuesta menos ofensiva:

—Porque las blancas fueron lo suficientemente estúpidas como para responder a la amenaza de ko de las negras. Así que me imagino que, al ver a su propio grupo aniquilado, quien jugaba con

ellas pidió un respiro para ir a lavarse las heridas y volver más repuesto. —Negué con la cabeza—. No tuvo cojones para rendirse, ¿no?

Silencio. Me sacudí una brizna de hierba que había quedado adherida al vestido y decidí que Zachary Sun me gustaba más con la boca cerrada. Su expresión seguía siendo impenetrable, una fortaleza inexpresiva e indescifrable. Ni siquiera me miraba. Toda su atención estaba fija en el tablero. Había algo tan desapegado en ese hombre que dudaba seriamente de su capacidad para funcionar como un ser humano normal. Eso lo hacía impredecible. Y justamente por eso, era un adversario muy peligroso.

Me mordí el labio con gesto pícaro e incliné la cabeza a un lado.

—¡Ups! ¿Eras tú el de las blancas? No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo.

El ligerísimo movimiento de sus fosas nasales fue el único indicio de que respiraba.

—No evité rendirme.

Di una mirada rápida hacia la puerta y me pregunté si se daría cuenta siquiera si me escabullía hacia afuera.

—Me alegra oírlo. Hubiese sido de un pésimo espíritu deportivo.

Por un segundo, me tentó la ventana francesa. Total, no iba a necesitar tobillos intactos en los próximos días.

—No. —Zach avanzó mí con actitud amenazante y deliberada, un paso tras otro. Su perfume, un aroma cítrico y a madera oscura, me ardía en la nariz, advirtiéndome del peligro que se avecinaba—. Y no me retiré.

Estaba tan cerca que nuestros hombros ya casi se tocaban. Ambos miramos en dirección al tablero con el ceño fruncido. Señaló el punto

alto en el tablero.

—Mira.

Y lo hice. Miré. Miré sus manos. Unas manos que no conocían el trabajo duro. Perfectas, limpias y con las cutículas impecables. Dedos largos y bronceados. Una piel lisa y uniforme. Una muñeca gruesa con un reloj suizo De Bethune. Tan perfecto. Tan glamoroso. Tan *desalmado.*

—Huele a apuesta. —Lo desafié, al mismo tiempo que me daba cuenta de que el supuesto genio no se había percatado de mis intenciones. No podía creerlo. ¿Iba a poder salirme con la mía y llevarme el colgante? Mis sentimientos oscilaban entre el alivio y la decepción de no habérmelo llevado ya. *Aún.*

—A lo que huele es a mentiras. —Se sentó frente a las piedras negras, apoyó los codos en las rodillas y entrelazó los dedos con el ceño fruncido—. Siéntate.

«Siéntate». «Ve»… No pude evitar notar que me hablaba como a un perro.

—¿Por qué?

—Porque estoy a punto de fregar el suelo contigo y estarás más cerca desde el sofá.

Lo miré detenidamente, entre escandalizada y asustada.

—Tú de verdad te crees más listo que el resto del universo, ¿no?

—Hay pruebas científicas de que lo soy.

Lo decía en serio. Pobrecita la que fuera su mujer. Anhelé con todas mis fuerzas que el pene de ese tipo fuese tan grande como su ego.

—Pienso que…

—Querrás decir *creo que* —me corrigió—. La mayoría de las personas carece de la capacidad de elaborar verdaderos pensamientos o ideas originales. Hasta las disertaciones más complejas son teorías recicladas de otras de mentes más brillantes. En cualquier caso, me importa un rábano lo que pienses. Ahora te sientas o llamo a seguridad.

Pestañeé, incrédula.

—¿Acaso pretendes hacerme jugar a la fuerza?

—Exacto.

—A ver si lo adivino: nadie quería jugar contigo cuando ibas al parque de niño, ¿verdad?

—Yo no iba nunca al parque —dijo, mientras se arremangaba la camisa, antes de levantar la tapa de morera que cubría las piedras blancas—. Pero mis padres alquilaron Disneylandia para mi quinto cumpleaños e invitaron a toda la clase. No recuerdo ninguna queja. Ahora, siéntate.

Obedecí, pensando que el juego me permitiría pensar el siguiente paso:

—Ay, los ricos. *Igualitos* que nosotros…

Él no me preguntó quién era yo. Ni siquiera mi nombre. La pura intriga y la indignación ante la posibilidad de ser superado en un juego de estrategia tan anticuado le hacía olvidar cualquier precaución.

Zachary Sun no estaba acostumbrado a perder. Qué existencia tan terrible. Si no puedes angustiarte por tus pérdidas, ¿cómo celebrarás tus logros?

Posé mi vista sobre sus hombros, los tenía relajados:

—¿No tienes una fiesta a la que volver?

Él no había mirado hacia la puerta ni una vez.

Me ignoró por completo. Agarró una piedra entre las uñas del pulgar y el índice y, sin detenerse a pensar ni un instante, bloqueó mi ataque. Sucedió en menos de un segundo. Y con la etiqueta de un jugador impecable. Se reclinó sobre el tapizado de lujo y cruzó una pierna sobre la otra; por fin me regaló una pizca de su atención. Los pantalones le subieron por la pierna y mostraron el calcetín, tan negro como su corazón.

—¿Dónde aprendiste a jugar go?

Estaba acostumbrada a identificar una acusación de inmediato. Por desgracia.

—En Corea. —No le di más información y me incliné delante para analizar mi próxima jugada.

Afuera, se oía el sonido de la música, las risas y el tintineo de las copas de champán que se filtraba por la puerta. Mis pensamientos caóticos ahogaron el murmullo. Tenía que escapar. Volvería por el colgante otro día. En otra ocasión.

La ceja izquierda se le arqueó un milímetro y supe que quería saber qué hacía una chica estadounidense en Corea, pero se contuvo. Me pareció que se sentía orgulloso de su total desinterés por el prójimo. O quizás era solo desinterés y el orgullo era su configuración predeterminada.

Le eché una mirada rápida para verificar si al mirarle el rostro se me volvía a acelerar el corazón. Así fue.

—Si te sirve de consuelo, participé en algunas competiciones de go cuando estuve allí —dije.

Torció el labio.

—¿Y de qué debería consolarme?

—De la paliza que estoy a punto de darte.

—¿Quién es el engreído ahora?

—Por favor, Zach. En esta habitación solo hay un «capullo» y creo que ambos sabemos que eres tú.

Sí, esas palabras acababan de salir de mi boca. Quizás Vera tenía razón y era imposible enseñarme modales.

Zach movió otra piedra. Me tenía acorralada, tanto en sentido literal como figurado. Era un jugador espléndido. Tranquilo, pragmático, firme. No me sorprendía para nada. Solo me molestaba. Yo estaba acostumbrada a llevar la ventaja en cualquier cuestión analítica. Papá siempre me había advertido que, tarde o temprano, la estupidez se paga cara. Tal vez era ese el secreto detrás de la riqueza de Zach Sun, que había convertido su herencia millonaria, digna de la portada de la revista *Forbes*, en el PIB nominal de Luxemburgo. No tenía ni una debilidad que pudieran usar en su contra. Ni una estupidez por la que pagar.

Me puse a juguetear con una piedra mientras esperaba su jugada, ignorando deliberadamente la etiqueta del juego, a sabiendas de que le molestaría.

—¿No deberías volver con tus invitadas?

—No —respondió con firmeza—. Están mejor sin mí.

Con el siguiente movimiento, se inclinó más hacia mí. Sabía que no le interesaba en lo más mínimo. Se podría decir que estaba prácticamente desnuda, servida en bandeja delante de él, a su merced, y no le importaba lo más mínimo. Esas pobres chicas ahí abajo no tenían ninguna oportunidad. Zachary Sun no conocía ninguna forma de amor ni pasión. Los humanos no le brindaban fascinación alguna. Los números y los juegos de estrategia, sí.

Tosí con suavidad.

—Me gusta tu casa.

Necesitaba rellenar el silencio de algún modo, evitar que quisiera saber más sobre mí. Al mismo tiempo, me preocupaba que pudiera reconocerme por la voz. Todas las otras veces que nos habíamos visto, ambos llevábamos máscaras.

Pasaron unos segundos antes de que levantara la vista en mi dirección. Ni siquiera duró un segundo.

—Eso no es una pregunta.

«Dios mío, qué tío…».

—¿Es cierto eso de que tu madre te obliga a casarte antes de que termine el a…?

—Deseo jugar en silencio.

Me hundí un nudillo en la sien con la esperanza de aliviar un poco la tensión que estaba acumulando.

—¿Y después me dejarás ir en paz?

—Después puede que te deje ir con tus dos piernas en su lugar y de una pieza. Es mi mejor oferta.

—Esa oferta no me beneficia demasiado.

—Yo creo que sí. A menos que te guste la comida que sirven en la cárcel.

—No soy muy exigente.

Y al menos ya no tendría que pagar un alquiler para vivir en la casa en la que nací.

—Las personas que te acorralarán en las duchas tampoco lo son.

—¿Eso es una indirecta?

—Yo no uso indirectas. Hablo siempre de frente. Y en este momento, te digo bien de frente que muevas tus piedras sin decir

una palabra más.

Le obedecí. Durante las dos horas que siguieron, nos perdimos en el juego. Cada veinte minutos más o menos, alguien llamaba a la puerta y trataba de convencerlo de volver a la fiesta. Todos fueron despachados con un simple gesto de la mano, una instrucción silenciosa para que se marcharan. Zach tenía toda la atención en el juego, razón por la cual yo trataba de alargarlo lo más posible. No quería que empezara a interrogarme otra vez. Pero, demonios, qué bien jugaba. Si me hubiera dicho que había jugado en las Ligas Mayores, lo habría creído.

El sudor perlaba mi frente. Entramos en la tercera hora del juego de manera triunfal: yo, con los pies ardiendo, lista para salir corriendo en cuanto me lo permitiera; y él, con un ceño fruncido perpetuo que ya le tensaba los labios. El gesto se le grabó a fuego por completo cuando se hizo evidente que estábamos en un punto muerto, un callejón sin salida. La música y la charla del piso de abajo fueron apagándose, indicando que la mayoría de los invitados se habían ido. El anfitrión se había pasado toda la fiesta ahí dentro. Conmigo.

Y sin decirnos nada. Ni una sola palabra.

Fui la primera en romper el silencio:

—Tengo que pensar bien la siguiente jugada.

Me froté la mejilla, haciendo sobresalir el labio inferior. Yo odiaba perder en cualquier juego. Además, ni siquiera estaba demasiado segura de cómo sería salir de esa guarida de leones. Por la tarde, antes de llegar a casa, había aparcado el coche a dos calles de la mansión porque pensaba que caminaría hasta allí con el preciado colgante a salvo entre mis manos. Me había confiado demasiado.

Los ojos de Zach no se apartaron del tablero.

—Estás a punto de perder —dijo.

—Sí, claro, tú sigue diciéndotelo.

Me puse de pie y estiré los brazos con un bostezo fingido. Él se levantó también, con el gesto tenso todavía firme en los labios. Cerré la tapa del cuenco con un golpe seco.

—Bueno, gracias por la…

—¿Cuándo terminamos la partida?

Sacó su teléfono del bolsillo y deslizó el pulgar sobre la pantalla. El calendario se encendió ante mis ojos. Era increíble, ni siquiera se le pasó por la cabeza que pudiera decirle que no. Su pulgar se movía rápidamente mientras deslizaba la pantalla, seguramente buscando las fechas que le convenían *a él*.

—Mañana no puedo, y pasado tengo una reunión en Londres, aunque no pasaré la noche allí.

Me quedé boquiabierta. La mandíbula me hizo un ruido seco cuando finalmente pude cerrarla. Sin embargo, no debería haberme sorprendido: él quería que lo desafiaran. No. Más bien, *lo necesitaba*. Todo el mundo a su alrededor lo aburría. Lamentablemente, yo hubiera preferido conducir con los ojos vendados y las manos esposadas antes que pasar un segundo más en su presencia. Me rasqué la mejilla.

—Yo, eh… Tengo la agenda llena.

—Ah, ¿tienes pensado colarte en alguna otra fiesta?

Me alisé el vestido con la palma sudorosa.

—Eso ha sido muy grosero.

—Pero no incorrecto. ¿Quién eres?

Sus ojos eran como un cañón de escopeta; se hundían en la carne blanda de mis sienes y me amenazaban con tirar del gatillo. La muerte acechaba detrás de ellos y me pregunté qué habrían presenciado que les había absorbido el alma y los había dejado tan vacíos.

—Soy una invitada.

—Si te hubiera invitado, me acordaría.

—He venido con alguien.

—¿Con quién? Dime el nombre.

¿De verdad no podía ceder ni un poquito?

Pensé en un hombre que podía estar allí. «Pierre Tuoreau». Era cliente mío, uno muy rico. Dueño de restaurantes, centros comerciales y una cadena de carpas para eventos. Seguro que Zach lo había invitado junto con su adorable hija Anamika, que estaba en la universidad.

Se le hinchó una vena en el cuello.

—¿En serio?

—En serio.

—Qué interesante. ¿Y su esposa lo sabe?

«Mierda».

—Soy su sobrina.

—¿La de Francia?

—Sí, sí.

—¿Y de qué ciudad eres?

¡Jesús! ¿Era necesario que fuera guapo *e* inteligente? Una vez más: no me sorprendí. Pero sí me alarmé de quedar del lado de quien recibe una dosis letal de esa combinación.

—Hum… ¿Qué has dicho?

Negó con la cabeza, como diciendo «eres un caso perdido»

—No eres de los nuestros —concluyó y dejó caer las manos dentro de los bolsillos de los pantalones; su mandíbula más tiesa que todo el granito que nos rodeaba.

«Mierda». Y a la vez: «Vete al infierno».

—¿Cómo lo sabes?

—Para empezar, vas en camisón.

«Mierda y doble mierda». Era el único vestido de Reggie que no tenía plumas, cuero, o algún otro derivado de animales muertos; debí haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad.

—No sé de qué me estás hablando. —Me mantuve con la frente bien alta y di un paso atrás, tanteando con los dedos a mi alrededor en busca de algún arma. Me pregunté cuántos años me darían si le daba en la cabeza con alguno de esos libros de finanzas, ideales para conciliar el sueño y que sin duda él no había leído hasta el final —. Si no te gusta mi vestido es una cosa, pero otra muy distinta es insultarlo. Yo no te digo lo que pienso de tu esmoquin, y eso que pareces un pingüino vestido así.

Avanzó hacia mí, amenazante, estoico e implacable.

—Ya está bien, pulpita, déjalo ya. Llevas unas zapatillas rotas.

«¿Qué? ¿Pulpita?».

—Son cómodas. Una nunca sabe cuándo tendrá que salir corriendo.

Di otro paso atrás.

—Ahora sería un buen momento, ¿no? —Se detuvo a unos veinte centímetros de mí. Tan cerca como para intimidarme, pero tan lejos como para no tocarme—. Te daré algo de ventaja, teniendo en cuenta que eres una presa fácil.

Me subestimaba. Por lo general, me encantaba demostrar que la gente estaba equivocada. Pero con Zach Sun, dudé de mis habilidades. Tanto físicas como intelectuales.

Estiré el cuello y lo miré a los ojos. Con mi metro setenta de altura, los hombres no me amedrentaban demasiado, pero Zach me hacía sentir diminuta. Tan frágil como el más tierno corazón de quinceañera. Era delgado, alto y musculoso. De proporciones perfectas cual escultura romana. Todo en su rostro era divino: el arco de sus cejas abultadas, sus ojos insondables y tan oscuros que no podía ver dónde terminaban las pupilas y dónde empezaba el iris, y esos labios carnosos, de un delineado perfecto, por los que cualquier mujer moriría con tal de hacerlos suyos. Y todo el conjunto enmarcado en una mandíbula tan cuadrada, entre unos pómulos tan altos, que parecía mitad humano, mitad demonio. Un coleccionista de arte que era una obra de arte en sí mismo.

—Mira… —Mi espalda chocó contra la puerta. Instintivamente, agarré el pomo que se clavaba en mi zona lumbar. El colgante, por detrás de él, parecía guiñarme un ojo. *Mierda*. Necesitaba encontrar la manera de volver por él. Al invitarme a regresar, Zach me había ofrecido un regalo, envuelto en estacas afiladas y relleno de plantas venenosas; pero un regalo al fin y al cabo. Lástima que no confiara en ninguno de los dos para abrirlo. Levanté una mano—. Puedo explicarlo.

Un paso más y me acorraló por completo. Su cuerpo me aprisionó contra la puerta, sin tocarme, pero lo suficientemente cerca como para que los vellos invisibles de mis brazos se erizaran.

—Lo dudo de corazón.

—Tú no puedes hacer nada de corazón. Tú no tienes de eso.

No tenía claro por qué lo provocaba de ese modo, pero no podía parar ni queriendo. No con toda esa adrenalina que me empujaba, con toda esa electricidad corriéndome por las venas. Y, más allá de toda lógica, con casi todas las fibras de mi orgullo enfocadas en cincelarle una cicatriz en medio del rostro.

Él no se inmutó.

—Puede que no tenga corazón, pero mi cerebro compensa, y me dice que debo castigarte por tu…

No me quedé para escuchar cómo terminaba la frase. Me di la vuelta de golpe, abrí la puerta doble de un tirón, y salí disparada hacia afuera. A los pocos segundos, ya lo tenía pegado a mis talones. Sus elegantes zapatos resonaban contra el mármol en largas zancadas. Corrí hasta el borde de la escalera y salté sobre la barandilla, deslizándome por el pasamanos tan rápido como pude.

Zach chasqueó los dedos.

—Atrapadla.

De repente, aparecieron dos personas y se abrieron paso por la escalera en dirección a mí. Zach estaba más cerca, pero ni siquiera él era tan rápido y ágil como yo. «Material olímpico, querido», quise burlarme. En otra vida, Zach y yo hubiéramos sido amigos. Jugaríamos al go, haríamos cálculo mental, intercambiaríamos ideas… Y yo le ganaría. Pero no siempre. Para tenerlo todo el tiempo a tiro.

Al llegar al pie de la escalera, salté del pasamanos y di una vuelta rápida para guiñarle un ojo antes de correr hasta la salida. El lugar se había vaciado y no quedaba nadie salvo el personal de limpieza y un coordinador de eventos dando vueltas por ahí, que pegaron un grito ante mi abrupta intromisión. Una fregona salió volando y

salpicó de agua jabonosa una pintura que probablemente era un Baselitz original. *Ups*.

Sin perder un segundo, llegué a la puerta de entrada de la mansión, la abrí de golpe y un aparcacoches que estaba ahí fumando un cigarrillo se llevó un buen susto. El aire fresco no me refrescó ni un poco el cuerpo. Subí la velocidad, con los muslos ardientes por el esfuerzo. Andras hubiera hecho un sacrificio humano con tal de verme entrenar a este nivel.

Mis jadeos ahogaban el coro de grillos. La dulce y pegajosa sudoración del verano se deslizaba por mi espalda. La abertura del vestido se rasgaba más con cada zancada. Estaba aterrada. Pero también más viva de lo que había estado en mucho tiempo.

Agarré una manguera de agua abandonada en el césped y la apunté contra los empleados, rociándolos con ella y haciéndolos caer como fichas de dominó. Una risa ahogada me subió por la garganta. «¿Qué estás haciendo, Fae?». Estaba divirtiéndome, y casi me había olvidado de cómo hacerlo.

Arrojé la manguera a un lado y recuperé velocidad. A esas alturas, había dejado atrás a los empleados y el único que podía seguirme era Zach.

—Yo que tú no lo haría… —De alguna manera, sonaba sereno. Ni agitado ni sorprendido por mi súbito arranque de coraje—. Puedes salir corriendo, pero jamás lograrás escapar. Siempre consigo lo que quiero. Y en este momento, quiero respuestas.

Mis zapatillas se hundían en el suelo blando y arruinaban el césped tan bien cortado. De repente, se encendieron los rociadores; sin duda, a propósito. El agua me roció desde todos los ángulos

posibles y empapó el camisón hasta pegarlo contra mi cuerpo. Pero no estaba dispuesta a detenerme.

Una risita socarrona y oscura se me enroscó por la piel mojada como una enredadera.

—Eres el mejor entretenimiento, Pulpi.

—¿Por qué me llamas *pulpi*? —grité al aire. No quería mostrar cuánto me sacaba de quicio, pero no pude evitarlo. De todos los apodos del mundo, no podía imaginar uno menos halagador que ese. Ni siquiera si me dedicaba a pensarlo durante diez años.

—Porque eres un pulpo. —Lo dijo con tono natural, como si estuviéramos en una conversación cualquiera. Como si yo no estuviera corriendo y él no me estuviera persiguiendo—. Increíblemente lista. Con las manos en todas partes. Y venenosa. Además, los pulpos hembra arrojan caracolas a los machos que las acosan.

—Si sabes que me estás acosando, deja de hacerlo.

—¿Cómo tienes el viernes? —Logró revisar su teléfono mientras aumentaba la velocidad. Qué tío más raro—. Puedo hacer un hueco para una partida entre las once de la noche y la una de la mañana.

¿La una de la mañana? ¿Para jugar al go?

Solo había una cosa que quería más que darme la vuelta y hacerle un gesto obsceno: salir viva de este encuentro tan bizarro. Así que me tragué el orgullo. La sangre de las piernas me bombeaba tan rápido que estaba a segundos de provocar un incendio por fricción en el camisón de Reggie.

—Pulpi.

No iba a responder a ese estúpido apodo. Ni loca.

—Pulpi, tienes que parar. No me gustaría para nada hacerte un agujero en esa cabecita, que es de las pocas que tiene algo dentro. Pero tú y yo sabemos que soy capaz de ello.

—Es el único agujero que te interesa esta noche, ¿no? —le espeté, levantando la abertura del vestido porque casi me caigo—. Lástima que la población femenina de Potomac aún no se haya dado cuenta…

Me ignoró.

—¿El viernes a las once, entonces?

—La próxima vez que comparta una habitación contigo será la de tu funeral, para asegurarme de que estés bien muerto.

Un silbido abrupto atravesó el aire. El olor a metal me quemó las fosas nasales. Un cuchillo dorado y elegante aterrizó en la hierba a escasos centímetros de mí. Mierda. Me lo había lanzado; de verdad me había lanzado *un cuchillo*. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? Vera siempre decía que con mi boca tan inteligente yo me llevaba el primer premio a la estupidez, pero jamás pensé que podría hacer enfurecer a alguien hasta el punto de que intentase asesinarme. Pasé al zigzagueo, a sabiendas de que ralentizaría mi paso, pero convencida de que no quería salir de ahí con un segundo agujero en el trasero de regalo. La risa sombría y oscura de Zach sonó detrás de mí. «Está disfrutándolo». Puto sociópata.

Según la leyenda, Zach Sun no se reía jamás; apenas si esbozaba una sonrisa. Se decía que era un hombre taciturno, duro como la roca, con el corazón lleno de óxido. ¿Acaso era *esto* lo que podía derrumbar esa fachada?

Iba a vengarme de ese imbécil aunque fuese lo último que hiciera. En el apuro, una de las zapatillas se me aflojó y quedó clavada en un

charco de barro. No tenía tiempo de mirar atrás ni de parar, así que seguí corriendo con una sola. El agua me empapó el pie al instante. Cuando llegué al portón de hierro forjado, supe que él pensaba que estaba acorralada. También sabía que, una vez sobre los barrotes, Zach no sería tan tonto como para apuñalarme. Sería difícil de demostrar que actuaba en defensa propia si la víctima tenía la herida en la espalda, aun cuando fuera el quinto hombre más rico del planeta Tierra y todo el mundo lo tratara como si su pene estuviera bañado en oro.

«Mira y aprende, imbécil».

Con un movimiento elegante, planté el pie en la barra metálica y escalé la monstruosa reja de casi cuatro metros. Los rieles no tenían ni un recoveco, pero a mí me quedaba impulso suficiente para pasarles por encima. Una vez que salté al otro lado, me incliné dando una reverencia bien teatral, y esta vez la remarqué agarrando el dobladillo embarrado del vestido. Cuando incliné un sombrero invisible hacia él, su mandíbula se puso tensa. Sentí esa minúscula reacción como un triunfo. Pulpo: 1. Langosta: 0.

Yo estaba toda empapada, parecía un gato callejero, tenía el pelo hecho un desastre y el corazón desbocado, pero nunca iba a darle a Zachary Sun el placer de verme derrotada.

—Hasta la vista, Langosta. Y gracias por el pescado.

—¿Langosta?

—El bocado favorito de los pulpos.

Desaparecí en medio la noche antes de que las puertas pesadas llegaran a abrirse. Sus hombres me persiguieron como sabuesos, con sus linternas atravesando la noche y los carritos de golf

zumbándome en los oídos, pero los esquivé, atravesando las hectáreas boscosas que rodeaban la propiedad.

Los pulpos somos muy buenos para camuflarnos.

Cuando volví a casa, reuní la energía suficiente para meterme en la cama. El barro se había secado en gruesas costras alrededor de mis pantorrillas y tobillos. Por la mañana me despertaría resfriada por el vestido empapado. Ahora, sin embargo, todo lo que podía hacer era pasarme cada minuto de la noche hasta la mañana sollozando sobre la almohada. Por el colgante que no había podido recuperar. Por los sueños que se alejaban de mi alcance. Por papá.

«La próxima vez, papá, te lo prometo».

CAPÍTULO TRES

Zach Sun: Nos vemos en el Grand Regent en noventa minutos.
Ollie vB: Paso. Gran fiesta anoche, Sun. Pero todavía estoy recuperándome de las sexaventuras de la semana pasada.
Romeo Costa: ¿Te refieres a la gala que organizasteis en tu hotel?
Ollie vB: Sí.
Zach Sun: ¿Esa en la que el 90% eran jubiladas?
Ollie vB: Si no tienen dientes, la chupan mejor.

Romeo Costa salió del chat.
Zach Sun salió del chat.
Ollie vB cambió el nombre a «Centro de jubiladas».

CAPÍTULO CUATRO

Zach

Sostuve la zapatilla mugrienta con la mano y la incliné para estudiarla. Estaba tan gastada que no llegaba a distinguir la marca. Después de investigar por internet reduje las opciones a dos: o eran Vans o Converse. A fuerza de deducción —y de puta lógica— me decidí por la más barata. La chica parecía muy pobre para tener zapatillas con cámara de aire.

—Dices que trepó por el portón, saltó al otro lado ¿y te saludó con una reverencia? —Romeo pulsó los botones del panel de la cámara criogénica—. ¿Y estás seguro de que lo viviste y que no fue, bueno… como un sueño?

El sudor me empapaba la ropa después del entrenamiento matutino compartido, mucho menos extenuante que mi pequeña carrera de anoche con Pulpi. Tiré de la sudadera por detrás, me la saqué por encima de la cabeza de un tirón y apelotoné la tela con el puño en forma de bola. Después, la arrojé dentro de un cesto.

—Tengo total certeza de que no me imaginé a una estafadora que juega al go y se pasea por ahí en lencería transparente.

Romeo encendió las luces de la sala de hielo.

—¿Por qué no? Suena como tu mejor fantasía.

«Yo no tengo fantasías, tarado. Y mucho menos con mujeres». La carne humana me repugnaba. Romeo estiró los brazos.

—¿No habrá sido el alcohol? Ese ron jamaiquino era potentísimo.

—No estaba borracho.

—Ah, pues yo sí —dijo Ollie, que entró contoneándose. Venía del baño, completamente desnudo, con el pene suelto balanceándose en el aire. Esa cosa era más larga que la cola de un lémur; esperaba que se la pegara al muslo cuando salía con una chica. Su mera existencia era un acoso sexual andante—. Me quedé «reventado».

Se detuvo junto al panel y apartó a Rom de un empujón. Eligió la opción avanzada: por debajo de 165 °C negativos; cuatro minutos. La pantalla monitoreó la temperatura interior, que cayó en picado, al igual que mi paciencia. Se había pasado toda la mañana quejándose de su resaca.

Como los tres vivíamos en la misma calle, no me había tomado más de dos segundos irrumpir en su casa y sacarlo a rastras por las orejas de la *suite* de tres pisos con balcón que tenía en el hotel de lujo familiar. Y había empezado a quejarse del dolor de cabeza antes de que hubiéramos levantado una sola pesa.

—Oliver, guarda eso de una vez. —Mis labios se curvaron en una mueca—. Basta de arrastrar el pene por todas partes.

—Por cierto, Zachy, espero que no estés decidido a tener de novia a una virgen, porque anoche reventé unas cuantas cerezas. —Oliver ignoró mis palabras y siguió rascándose el culo—. Bueno, en realidad, una bolsa entera de cerezas. Y de esas industriales que se compran en el supermercado.

Romeo soltó una carcajada.

—Pero si tú no sabes lo que es un supermercado, ¿cuándo has entrado en uno?

—Nunca, pero he oído historias. ¿A quién elegiste finalmente y por qué tienes en la mano el zapato de Oliver Twist? —Ollie sacudió su cabeza rubia rizada y me miró con el ceño fruncido—. Por favor, dime que tiene algo que ver con algún fetiche sexual. La única forma en que algo tuyo podría tener sentido para mí es si me dices ahora mismo que tienes algún tipo de fetiche con los pies sucios.

—Por Dios, qué desagradable —me burlé, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? No estoy juzgando a nadie. Los dos sabéis lo que me pasa con las correas de perro.

—No se puede tener una relación con un objeto inanimado. —Lo dije despacio, con la esperanza de que se le grabara a fuego en el cerebro, pero sabiendo que no pasaría.

Ollie señaló a Rom con un dedo:

—Díselo a su mujer y a su nevera.

Contrario a la creencia popular, Ollie no era idiota. Simplemente fingía serlo para ahorrarse todas las expectativas y obligaciones que tenía que soportar un hombre de su posición. Era una jugada bastante inteligente, una que ni siquiera se me había ocurrido para mí. Él sería el último en casarse de los tres porque había construido su imagen de manera tal que nadie, ni vivo ni muerto, iba a quererlo para su hija, a pesar de toda la riqueza y el estatus que pudiera ofrecerle. Estaba tan corrompido y era tan depravado que casi todas las familias del lugar aceptarían antes a un pez de colores que a Oliver Von Bismarck para sus hijas. Y eso que había duplicado sigilosamente su fortuna natural mediante inversiones sobre las que nadie le preguntaba, porque todos asumían que no disponía más

que de una única neurona (que compartía fuerzas con todo el esperma que desechaba a diario). En los treinta años que llevábamos de amistad, jamás le había roto el corazón a nadie, nunca había tenido que luchar por terminar una relación, ni había cometido un solo error en los negocios mientras se aseguraba de parecer como si no supiera lo que hacía y manejara sus logros por pura suerte.

Iba por la vida a velocidad de crucero y sin interrupciones gracias a simular ser un perfecto idiota. Y era de lo más genial que podía hacerse.

Me bajé los pantalones de deporte y arrojé la zapatilla de Pulpi sobre un banco de madera.

—Esto le pertenece a alguien que ayer invadió mi casa sin permiso.

Rom soltó una risotada.

—Una *nerd* bien sexi que entró con su lencería fina y le dio a este una buena dosis de su propia medicina. El único problema es que no sabe ni cómo se llama.

Ese era el último de mis problemas. Aun si fuera a considerar a alguien como posible esposa, esa pulpita definitivamente no era material de calidad. Era una mentirosa, estaba muy claro que no alcanzaba mis estándares y, encima, era rubia. Mi madre nunca la tendría en cuenta para el cargo. Y si lo hiciera, no lo haría yo. La chica no poseía ninguna de las cualidades requeridas según mi lista. Y claro que había una lista: millonaria hasta el tuétano, abierta a un acuerdo matrimonial ascético y, por encima de todo, obediente. Yo no toleraba el amor; no podía soportar el romanticismo. Me invadía un odio profeso al *Homo sapiens* en general. Y ella era muy

humana, sin duda. Un cúmulo de carne y hueso. Con temperamento ardiente y cuerpo más ardiente todavía.

La pantalla de la cámara criogénica dio tres pitidos, era la indicación de que estaba lista.

—¿Y dónde está el problema? —Ollie metió sus pies enormes dentro de las pantuflas y abrió de golpe la puerta de la sala de crioterapia. Un vapor blanco azulado con forma de nubes rollizas salió de pronto y rodó por el suelo—. No tienes más que ver la lista de invitados.

Entré tras él, apretando los dientes.

—Si ella estuviera en la lista de invitados, no estaríamos teniendo esta conversación.

No estaba del mejor humor. No me gustaba que nadie me superara en inteligencia.

No, no era eso… Era que no estaba *acostumbrado* a que me superaran en inteligencia. Esa maldita novia satánica había entrado en mi vida como una ráfaga de tornado, se había inmiscuido en mi castillo, había toqueteado mis cosas y, encima, casi me gana al go. Y después de todo eso, había escapado como un dibujo animado y había saltado el portón de la mansión como un lagarto. Quienquiera que fuera no era una heredera educada entre algodones con sueños extravagantes en la cabeza y una tarjeta de crédito VIP en su bolso *vintage*.

Rom fue el último en entrar y cerró la puerta.

—No puedo creer que vaya a decir esto, pero Ollie tiene razón.

El reloj digital sobre nuestras cabezas empezó la cuenta atrás desde los cuatro minutos, por detrás de las nubes blancas que lo ocultaban. Ellos temblaron; yo, como siempre, no sentí nada. Rom

hundió el cuello hacia dentro, flexionando los abdominales, y continuó—: Aun si no está en tu lista de invitados, vino con alguien que fue invitado. Entraría en su coche. No hay otra manera de pasar por seguridad sin que sea en coche, hay demasiados guardias. Y ese zapato te permite rastrearla.

—Es una zapatilla común y corriente —dije gruñendo.

Pero no era de un tamaño habitual para una mujer: número cuarenta y dos, corte estrecho. Ella era alta. Muy ágil. De complexión casi andrógina. Una criatura amorfa. Ni siquiera podía decir si su rostro era tradicionalmente atractivo o no. Solo recordaba querer mirar hacia otro lado cada vez que nuestros ojos se encontraban, porque me miraba como un cubo de Rubik que quería resolver, y no como un vale para una comida.

—Tú eres un hombre de recursos. —Ollie se sacudió unos cristales de hielo del hombro con un dedo—. Y lo del zapato le funcionó al príncipe de Cenicienta.

—Sí, en un cuento de hadas. —Los cuentos de hadas me consternaban profundamente. Todo eso de «vivieron felices y comieron perdices» lo odiaba. Lo mío eran más los finales trágicos y deprimentes—. Además, todo es relativo: en la versión de los hermanos Grimm, las hermanastras se amputan los pies para entrar en el zapato.

Romeo trotó en el sitio para quitarse el frío. Entrenábamos seis veces por semana; nos juntábamos cuando nos lo permitía la agenda, y después compartíamos un ritual: cámara de hielo, luz infrarroja, sauna seca y goteos intravenosos, en general todo en casa pero algunas veces en el hotel Grand Regent, un lugar donde mamá no pudiera encontrarme.

—Los cuentos de hadas existen —Romeo se señaló a sí mismo—. Mírame a mí.

Mi labio superior hizo una mueca.

—Lo que tienes con tu mujer no es ningún cuento de hadas.

—Ah, ¿y cómo lo llamarías entonces?

—La peor inversión financiera de la historia de la humanidad.

—Bien visto. —Oliver soltó una carcajada—. Tú sabes que a Dal la adoro, pero en cuestión de coste-beneficio, hay hasta jets privados más rentables que ella.

Rom sopló una nube de aire.

—¿Pero vosotros no creéis en el destino?

Como si él hubiera creído en algo como el destino cuando se había obsesionado con su media naranja; o debería decir «su cuarto de naranja», porque su esposa era pequeñita, aunque bastante ruidosa.

—Yo soy más de la teoría del caos. Y ella parece ser anarquía personificada.

Romeo había obligado a Dallas a casarse con él, lo que había derivado en una relación tormentosa con unos cuantos altibajos y niveles de angustia equivalentes a tres telenovelas de sobremesa multiplicadas entre sí. Un año y cuatro millones de dólares en rojo después, él parecía feliz con su esposa. Pero yo conocía personas felices que tenían una enfermedad infecciosa… Se puede esperar cualquier cosa de los seres humanos hoy día.

—Anarquía o no, ella te llamó la atención, y en los treinta años que hace que te conozco nadie más te ha llamado nunca la atención. —Romeo miró el cronómetro. Probablemente contaba los segundos que faltaban para reencontrarse con Dallas. Esos dos me daban asco—. Eso debe indicar algo.

—Indica que está trastornada —le respondí—. Completamente desquiciada. Y que es tan estúpida como para entrar en mi guarida sin invitación.

—Entró y se quedó unas cuantas horas. —Ollie se tapó las bolas para protegerlas del frío—. Significa que disfrutaste de su compañía.

—No estoy buscándola. —Vi cómo la piel se me iba poniendo de un bello tono azulado y me pregunté por qué no sentía ningún cambio. El reloj marcó los dos minutos. Ollie y Rom habían empezado a tartamudear, a temblar, a saltar. Eran unos blandengues. Tan de carne y hueso, tan en sintonía con su pobre cuerpo… Me debatía entre la envidia y la rabia. Rom empezó a acercarse a la salida.

—¿Por qué no?

—Porque no me sirve para nada.

—No has terminado esa partida de go. —Ollie chasqueó los dedos —. Sabes que no podrás vivir sabiendo que podría ganarte.

—No podría ganarme. Apenas si logró sobrevivir el tiempo que jugamos.

Estaba seguro de que pronto la olvidaría. Su existencia insignificante no había dejado ni una huella en mi vida.

—Va a ir a buscarla. —Romeo se pasó una mano por la melena oscura y miró el reloj sobre nuestras cabezas—. Mierda, siento como si lleváramos aquí una semana. El tiempo no pasa cuando te congelas.

—No voy a buscarla —contraataqué, sin moverme ni un milímetro, sin que el humo helado me penetrara en la carne ni por un segundo. Estaba anestesiado. Muy anestesiado. Siempre anestesiado. Mierda.

Ollie se inclinó hacia Rom y lo codeó, susurrando:

—¿Cómo crees que llamarán a sus hijos?

Rom lo apartó de un empujón. El pene de Ollie se sacudió con el movimiento. No se había encogido ni un centímetro ante el frío extremo. Probablemente era una condición médica. Una de tantas, diría yo.

—Podéis iros a la mierda, *bén dán* —les dije con voz firme y los dientes apretados.

Ollie ladeó la cabeza:

—¿Está hablando en chino?

Romeo tembló:

—Está hablando en Zach.

Quedaban veinte segundos. Ellos dos caminaban de un lado para otro tratando de recuperar algo de calor. Yo seguía quieto.

Oliver se tocó la barbilla con un dedo:

—Es la primera mujer de la que habla en la vida.

—Y la última persona en el mundo con quien debería verse. —Romeo empujó de un codazo a Ollie, que trataba de acurrucarse con él en busca de calor corporal—. Es una estafadora, ¿recuerdas?

«Diez segundos». Me negué a formar parte de esa conversación. No tenía ninguna razón para alentar a esos dos imbéciles a explorar el tema más a fondo.

—Zach, tu vida es tan limpia que da asco. —Oliver empezó a ir hacia la puerta mientras se frotaba con gesto grandilocuente la oreja que le habíamos tironeado por la mañana—. Necesitas un poco de desorden. Ella te vendría bien.

«Cinco segundos».

Romeo se sacudió unos carámbanos de los cabellos y siguió a Oliver.

—Con gusto pagaría para estar en la primera fila cuando caigas.

La alarma del reloj sobre nuestra cabeza estalló con su sonido y salimos uno detrás del otro. Ollie tomó el termostato digital y se lo apretó detrás de la pierna. Después hizo lo mismo con Romeo. Y después conmigo.

—Mierda, Zach. Todavía estás a dieciocho. —Oliver se rio con fuerza—. ¿Me estás vacilando? No pareces ni humano…

De hecho, no era humano en absoluto. Y deseaba seguir siendo así. La humanidad era desastrosa, mediocre y tendiente al error a cada instante.

Ya había tomado mi decisión. No la iba a buscar.

Lo mejor que podía hacer era olvidarme de su existencia cuando antes.

CAPÍTULO CINCO

Zach

—Zachary, pon atención, por favor. ¿Y qué tal esta?

Al otro lado del despacho, mamá colgaba una foto Polaroid de una belleza de largo cabello y labios escarlata.

—Me gusta su familia; su madre va al club. Es abogada y está especializada en impuestos. Trabaja en Clarke & Young. No es socia de la empresa todavía… —Las cejas delicadas de su rostro se fruncían con fuerza mientras hojeaba el expediente—. Pero, no. No sirve. Es demasiado haragana; no hizo más que dos voluntariados en la universidad.

Arrojó la foto que voló como un bumerán y se sumó a la pila de basura que se amontonaba en medio de la alfombra. Había decenas de fotos repartidas por toda la mesa de café, cubriendo la superficie por completo. Todas novias potenciales para mí. Todas elegibles. Todas tan aburridas como una pared blanca recién pintada. Ese lote en particular se había perdido la velada; velada durante la cual había fracasado en mi tarea de elegir una novia para la medianoche. El día anterior, mamá había irrumpido en la agencia de citas de una amiga y había confiscado esas carpetas, en un acto que marcaba el inicio

del plan X. Había pasado por todos los demás planes (desde la A hasta la W) con un esfuerzo penoso en los últimos cinco años, hasta que le había quedado claro que era necesaria la intervención divina para llevarme al altar.

Bostecé, sin bajar los pies del escritorio, con los tobillos cruzados uno sobre el otro, y lancé una pelota de tenis al techo. Una y otra vez. Una y otra vez.

—¿Y qué si no es socia de la empresa?

—Ya tiene veinticinco años. A estas alturas debería estar bien encaminada para llegar a tener su propio bufete. —Mamá levantó la cabeza de pronto—. A veces me sorprendes.

«Tal vez quien ha cambiado eres tú, madre».

Sun Yu Wen (que se hacía llamar Constance en Estados Unidos) tenía un solo objetivo grabado a fuego en la cabeza: encontrarme esposa. A ella se le terminaba el tiempo y a mí, las opciones. Especialmente después de que ella dejara claro que el baile había sido un total fracaso. Lo había organizado para mí, para que yo eligiera una futura esposa, y yo ni había salido de mi oficina.

En este punto, ya no sabía qué más hacer salvo encargarme una novia por correo. Al menos, una novia por correo no se mostraría ofuscada cuando la alojara en la casa de huéspedes; no se inmutaría cuando le hiciera pasar por una fecundación *in vitro* para evitar tocarla, no refunfuñaría cuando me alejara, retraído, para entrar en uno de mis estados de oscuridad, en los que no quería saber nada de nadie… No protestaría cuando se diera cuenta de que todo lo que tenía para ofrecerle era dinero y esperma de primera calidad.

Tiré la pelota al techo.

—¿Y qué importa que no sea superdotada?

Supe de inmediato que haría saltar a mamá, pero yo me resistía a aceptar mi destino, y también a casarme con una mujer que no deseaba en absoluto. Mamá quería vivir a través de mí. Ella sabía que no volvería a casarse, que nunca se abriría a otra persona. Así que había decidido, unilateralmente, que yo tenía que llenar su vacío con una nuera impecable, nietos en abundancia y más gente de quien poder ocuparse. Y sí, eso era un *vacío*. Cuando papá murió, llegó a cambiarse el apellido de Zhao a Sun; lo cual fue todo un tema por dos razones: una, porque las mujeres chinas no se cambian el apellido; y dos, porque, según ella misma había dicho muchas veces antes, «Zhao Yu Wen suena muchísimo mejor».

Mamá se alisó la chaqueta de *tweed* de Chanel y los labios se le curvaron hacia abajo.

—¿Dices que quieres casarte con una holgazana?

—Lo que digo es que me recuerdas a la abuela.

La misma abuela que jamás había consentido su matrimonio con papá. Aquel era un punto doloroso para mamá, y yo lo pinchaba solo en casos de fuerza mayor.

Negó con la cabeza y pellizcó una de las esquinas de una foto con tanta fuerza que los dedos se le pusieron rojos.

—No te crie para que te comportaras así.

—Debe haber sido alguna de las niñeras.

Habíamos tenido tres, en distintos turnos. Yo todavía les enviaba postales, pasteles de luna y cestas de frutas en Año Nuevo. Eso no le gustaba a mi madre para nada; no quería que las tratara como personas. Cuando se trataba de las niñeras, su celosía salía a la superficie rápidamente. No se había dado cuenta todavía de que yo no tenía relación con ellas. Lo que ocurría es que tampoco la tenía

con ella. Después de la muerte de papá, se había pasado el resto de mi adolescencia aislada, perdida en el dolor, hasta que mi tía la había devuelto a la realidad de un sopapo.

Hablando de eso: Zhao Yu Ting (cuyo nombre en inglés era Celeste, aunque para mí siempre sería Celeste Ayi), irrumpió en el despacho vestida con un conjunto deportivo muy hortera de la marca Juicy Couture y una riñonera de Gucci. Parecía la caricatura de una turista rica.

—Ya he llegado.

Llevaba tres bolsas de marcas de diseño en cada antebrazo y un té de burbujas aferrado entre unos dedos recién salidos de la manicura.

Me clavé los dedos en las cuencas de los ojos.

—¿Y quién te ha invitado?

Se abalanzó sobre mí y me dio besos en el aire a una distancia de al menos medio metro de la mejilla. Sabía bien que no debía tocarme.

—Lo siento por perderme tu pequeña velada, Zachary. Pero ya sabes que vuelo a Seúl para mi tratamiento facial cada quince días.

—No pasa nada.

Tampoco la había invitado a la fiesta. Más que nada porque a Celeste Ayi no podía confiársele una tarjeta de crédito, mucho menos el encuentro con otras personas. Podía causar una crisis diplomática.

—Me han dejado radiante, ¿verdad? —Dio una vuelta en el lugar y me golpeó la sien con su bolso Birkin—. Tratamiento con Rejuran, inyecciones de Chanel, Aquashine y rejuvenecimiento Baby Face: el único modo de mantener como nueva mi piel de veinteañera.

Estaba lejos de tener una piel de veinteañera. De hecho, apenas si le quedaba algo de piel. El 99% del rostro tenía relleno.

Esquivé su Birkin cuando salió corriendo en dirección a los sillones a abrazar a mamá. Entonces me encontré cara a cara con el tablero de go que había conseguido evitar desde la fiesta. Había preparado una jugada de KO perfecta para acabar con la pulpita. ¡La muy cobarde había huido de su inevitable fracaso! Celeste Ayi se apretó la cabeza de mamá contra el pecho, obligándola a agacharse un poco.

—Justo estábamos repasando nuestras opciones. —Mamá apartó a Ayi de un golpe y señaló con un dedo la agencia de citas improvisada, antes conocida como mi mesa de café. Hablaban en mandarín entre ellas—. Porque Zachary *no logró* elegir esposa durante la velada. ¿Nos ayudas?

—Sí, por supuesto. —Ayi tiró las bolsas al suelo y corrió a sentarse junto a su hermana mayor. Apoyó el té sobre la mesa con un golpe seco y se frotó las manos—. Por fin sois inteligentes y me pedís mi parecer.

Técnicamente, era mamá quien lo había pedido. Y yo no tenía ni idea de por qué. Celeste Ayi estaba chiflada, y lo decía con toda la compasión y admiración del mundo; toda la que tenía al menos alguien como yo. Ella se había mudado a la mansión de mi infancia, unas casas más abajo, para ayudar cuando falleció papá, y luego nunca se molestó en volver a mudarse cuando me fui a la universidad. Habían pasado diecisiete años de aquello, y las hermanas seguían viviendo juntas, pero no podían ser más diferentes.

Mamá había sido una profesora muy estricta, tenía un doctorado, y había dedicado la vida a criarme para que yo llegara a ser todo lo que la sociedad esperaba de mí.

Exitosa, bien organizada… Era una superdotada de modales impecables.

Celeste, en cambio, era una cantautora tres veces divorciada y sin hijos, que viajaba a China de vez en cuando para actuar, cobrar y acostarse con un novio diferente cada vez, y cada vez de un país distinto. Inhalaba más conspiraciones que libros, consideraba los centros comerciales como una prolongación de su armario y le importaba todavía menos lo que los demás pensaran de ella que cómo se combinaban los colores.

Ayi rompió una foto en pedacitos y arrojó los restos por detrás de su espalda.

—Demasiado parecida a la amante de Tao.

Tao (de un solo nombre) y Celeste eran unos Sonny y Cher chinos, pero hipersexuales. En su momento, los periódicos habían declarado a Celeste Ayi como la cantante más provocativa y controvertida del país. Tenía los artículos enmarcados en casa, como si fuese algo de lo que enorgullecerse. Y entonces había encontrado a Tao metido en un jacuzzi con tres mujeres. Dos meses más tarde, había pasado de ser el segundo marido a ser el segundo exmarido. Ahora, lo único que hacían juntos era tolerarse en público el tiempo suficiente para algún concierto o sesión de fotos.

Ayi golpeteó una foto con la uña pintada.

—¿Y esta?

Mamá se estremeció por dentro de su traje a la moda.

—Imposible. El padre fue a la cárcel por fraude fiscal. Ahora viven en una casita toda arruinada que sale en el portal de la inmobiliaria Zillow por apenas un millón y pico. El vecindario entero solicitó al gobierno de la ciudad que condenara la cosa.

La pobreza no era lo que le molestaba a mamá, sino los problemas que traía consigo.

Como era de esperar, mamá le arrancó la foto de la mano y la tiró a la pila de basura.

—No sé ni qué hace esta foto aquí. Recuerda, Zachary: heredarás los problemas de tu familia política, así que elige bien.

Bostecé y seguí ignorando la docena de mensajes con que Ollie bombardeaba el grupo de chat.

—La solución sería no tener familia política.

—¿Y esta? —Ayi señaló otra foto, entrecerrando los ojos—. Belleza, tiene suficiente. Los ojos redondos. Y la piel brillante y blanca como la leche.

—¿Estás describiendo una cabra? —Se me escapó la pelota de tenis, que rebotó en el escritorio, sobre la madera dura y en la mesa de café, y de ahí rodó hasta posarse sobre una de las fotos Polaroid —. Pensándolo bien, una cabra requiere menos mantenimiento que una esposa. Continúa.

Me ignoraron por completo, pero los labios de mamá se torcieron hacia abajo.

—Sí, hermosa, pero es *influencer*. —Entrecomilló la palabra con los dedos—. Eso no es un trabajo como corresponde.

—Eso no es un trabajo y punto —me interpuse—. Es un pasatiempo por el que te pagan hasta que cambia el algoritmo y pierdes toda influencia.

Yo aborrecía las redes sociales. La única ventaja que podía ver en ellas era que parecían acercarnos un poco más al fin de la civilización.

—Ey, esta es una gran opción. —Mamá levantó otra Polaroid de la mesa y la levantó para verla con la luz natural que se filtraba por las cortinas—. Es médica. Neuróloga.

—¿Y tiene veintidós años? —Miré de reojo; mamá me arrimaba una carpeta—. Vaya, una edad perfecta para especializarse en el cerebro… antes de que se te forme el tuyo del todo.

—Tiene tu edad. —Mamá ignoró mis ocurrencias y, en cambio, dejó clara su mirada sobre mis antecedentes—. No es lo ideal si vais a tener cuatro hijos, que francamente sería el mínimo.

«Esto no es una guardería. No necesito bebés a montones para sobrevivir».

Abrí la boca, pero luego apreté los labios y pensé mejor las palabras. Cualquier cosa que tuviera que ver con la muerte hacía reaccionar a mamá. Yo me había anestesiado y ella se había crispado. Ambas reacciones tenían sus inconvenientes, pero la suya traía más dolores de cabeza.

Mamá se golpeteó los labios con un dedo.

—Pero viene de buena familia y está buscando marido activamente. Tiene mi visto bueno.

—El mío también. —Celeste Ayi se arrimó al carrito de bebidas con paso ligero y se sirvió un *whisky* doble con hielo—. Y seguro que conoce un buen cirujano plástico. Hace tiempo que quiero hacerme un minilifting. Veo que todo el mundo se lo hace.

Se me atoró una risa amarga en la garganta. Qué cruel era esta vida: todo lo que había querido mi padre para mí (una esposa, hijos

y algo de felicidad) era lo que yo más denostaba en el mundo.

Y aun así. No podía defraudar a mi madre. Papá falleció para protegerme de una muerte segura. Si no me hubiera escudado con su cuerpo, seguiría vivo. Mamá tendría un marido por quien desvivirse, Celeste Ayi sería libre de encontrar su cuarto marido y el mundo funcionaría tal como debería. Pero él se había ido. Y sin contar a nuestra querida y desquiciada Ayi, yo era el único pariente vivo de Sun Yu Wen.

Había un único sentimiento humano que yo había sentido toda la vida: culpa. La culpa de haber matado a mi padre. La culpa de haber destruido a mi madre. La culpa de haber arruinado a mi familia. Si dejaba ir ese sentimiento, me separaría por completo de la especie. Así que me aferraba a él como prueba de que no era un total psicópata. Cargar con él en los huesos me hacía sentir bien; el dolor sofocante me recordaba que no estaba totalmente anestesiado.

—Aquí la tienes. —Mamá me puso la Polaroid frente al rostro. Yo no saqué los pies del escritorio y miré apenas en dirección a la foto, ladeando la cabeza—. Se llama Eileen.

Eileen era objetivamente atractiva. Sonrisa cálida. Bonita figura. Con todas las calificaciones adecuadas. Y aun así, ya me aburría hasta la muerte y no habíamos intercambiado una palabra siquiera. Le devolví la foto, negando con la cabeza.

—Demasiado buena.

Me vibró el teléfono; otro mensaje de Oliver. Solté un suspiro y decidí atender antes de que el asunto escalara de algún modo o de que decidiera aparecer por casa; Dios no lo permitiera.

Ollie vB: ¿Estás seguro? Sé de un detective privado que te encuentra a tu pequeña estafadora en un santiamén.

Zach Sun: La última vez que contraté a alguien de tu parte terminé con el consolador de un desconocido atascado en el filtro de la piscina. Paso.
Zach Sun: Antes confiaría en el político más corrupto de la historia que en alguien recomendado por ti.
Ollie vB: Qué mal genio. Ya va siendo hora de que te acuestes con alguien a ver si se te pasa.
Romeo Costa: Sí, con algo que no sea su mano.
Ollie vB: Pobre pene. Seguro que se va a la cama gritando: «¡Ayuda! Este tipo me da sin parar todas las noches».
Romeo Costa: Mejor redactado, imposible. Un diez.
Zach Sun silenció las notificaciones.

Entretanto, mamá no había parado de hablar y había enganchado la foto en el marco hecho a medida de un boceto original de Twombly.

—¿Y «buena» está mal?

—Para alguien con un coeficiente intelectual de 200, buena puede significar aburrida.

—A ver, le gusta la arquería. —Mamá tosió un poco—. Y cocinar.

—En cirugía se trabaja a cualquier hora. No sería buena madre.

—He dicho neuróloga, no neurocirujana. Si fuese lo segundo, no te estaría preguntando siguiera y ya habría reservado el lugar para la boda. —Cuando mamá vio que no le salía la sonrisa que se había propuesto, dio un suspiro—. Además, planea tomarse un año sabático y hacer una transición a un trabajo de media jornada.

Me levanté y caminé hasta el otro lado de la oficina; una oficina que olía cada vez menos a mi reino desde la visita de Pulpi. Su perfume se había quedado impregnado en el aire: aroma de naranjas, frutas artificiales, jabones baratos y una pizca de algún producto de limpieza indescifrable.

—No sirve —dije con un gruñido y fijé la mirada en el juego de go inconcluso que se burlaba de mí con más fuerza que la sonrisa de aquella mujer sin nombre.

—La chica es brillante. —Mamá caminó detrás de mí mientras Ayi apilaba las fotos que quedaban y las usaba de posavasos—. Tu padre y el suyo fueron buenos amigos en la universidad. Se conocieron en Tsinghua y después papá se fue a Oxford a hacer el máster. Fueron *xué zhang* y *xué di*.

«Sénior y júnior…»; es decir, que no se llevaban muchos años de diferencia. Debían haber sido muy amigos. Me detuve de golpe. Me giré hacia mamá y la miré. Ella se detuvo, sorprendida.

—¿Papá la conocía?

Los labios apretados de mamá se curvaron en una sonrisa inocente que no hizo nada por ocultar su verdadera intención.

—La vio muchas veces antes de que su familia se mudara a Berlín por negocios. De hecho, era su padrino. Estoy segura de que puede contarte unas cuantas historias de él.

Volví a levantar la foto de Eileen. Por un momento, la idea de conocerla me cautivó parcialmente. Los médicos eran personas analíticas, ¿no? Quizás podía explicarle mi situación, mis términos y condiciones; la letra pequeña. Si lo negociábamos de modo pragmático, con los ojos bien abiertos, cada uno obtendría sus beneficios: yo le daría la riqueza, el estatus y las ventajas; lo que no le daría sería el amor, la devoción y todo lo que conlleva una relación real. También se quedaría con los niños y ni siquiera tendría que fingir disfrutar siendo atravesada por mi enorme polla. Podríamos llegar a un acuerdo cómodo para ambos; un buen negocio, podría decirse.

Pero había otra parte de mí, una parte más grande de mí, que sabía que ninguna mujer en su sano juicio se sometería a ese tipo de existencia jamás. No en este mundo libre, en todo caso. Todas querían cenas románticas, vacaciones dignas de ver en Instagram, conversaciones por la noche, sexo a la luz de las velas… El contacto. Tocarse. *Tocar*.

Yo no podía tocar a los seres humanos; ese era mi secreto más bien guardado. Aborrecía la sensación de una piel extraña, pegajosa y caliente contra la mía. No le estrechaba la mano a nadie. No daba palmadas en la espalda ni besaba mejillas. No abrazaba, ni hacía arrumacos, ni besaba en la boca. ¿Y el sexo? Ni hablar. Estaba absolutamente descartado. Solo con pensar que alguien podía acostarse encima de mí, me descomponía. Los recuerdos de haber estado atrapado bajo el cuerpo sin vida de mi padre me azotaban la piel como un cinturón de cuero con púas cada vez que pensaba en besar a alguien.

Decidí descartar a la ahijada de mi padre.

—No. —Rompí la foto con los dedos y esparcí los pedacitos por el suelo como si fuera confeti—. No me interesa.

—Nunca voy a usar el vestido que me compré para su boda. —Celeste Ayi sacudió la cabeza, se tomó el *whisky* de un golpe y apoyó el vaso ruidosamente sobre el carrito de bebidas—. Será mejor que lo use en alguna cita.

Mamá se estiró la chaqueta y calculó su siguiente jugada con cuidado.

Yo le mostré los dientes.

—¿Qué pasa? —dije.

Estaba de pie, bien erguida, con el mentón en alto, el traje impecable y ni un pelo fuera de lugar. Pero por dentro yo sabía que se desmoronaba, que cada día que pasaba le rompía el corazón más y más; y que cada día me levantaba y se lo volvía a romper.

—¿Eres gay? —Las palabras salieron con un suspiro sonoro. Sin ningún tono de juicio, sino más bien de desesperación. Una súplica de que le explicara qué había pasado en los últimos diez años. O cualquier cosa que les diera algo de sentido, para poder descifrar mi incapacidad de encontrarme esposa. Debía haberse estado aguantando la pregunta durante años.

—No. —«Si lo fuera, no estaría solo».

—Sabes que puedes decírmelo.

—No soy gay. No se trata de eso.

—¿Y de qué se trata?

«De mi incapacidad de tolerar a quienquiera que no pueda usarse o explotarse de algún modo, y mucho menos de mostrarme afectuoso con alguien».

—Tengo mis expectativas.

—Nadie las cumple, por lo que parece.

—Bueno, no son muy sociables. Al igual que quien las profesa.

—He oído un rumor. —Mamá anudó los brazos por detrás de la espalda y se dirigió hacia la pared opuesta de la habitación. Quedó enmarcada entre mi Damien Hirsts y mi Warhol, con uno a cada lado —. Dicen que estuviste aquí con una joven en la fiesta…

La mandíbula se me salió de lugar ante la mención de la pequeña fugitiva.

—No era nadie.

—Una don nadie con la que te pasaste tres horas. —Me miró de arriba abajo y volvió a la mesa de café, donde sacó las fotos de debajo del té de Ayi. Sacudió la condensación que las cubría. Nos parecíamos, mi madre y yo, en el sentido de que no tolerábamos la imperfección en nada.

—Jugamos a algo.

Se detuvo e hizo una mueca de desprecio.

—¿Me estás hablando en código?

—Sí. —Retomé mi viaje sin rumbo, en busca de alguna mínima evidencia de la presencia de mi inoportuna invitada de hacía un par de noches—. Te estoy diciendo en código que jugamos al go.

Toqué los adornos, documentos y muebles, y me aseguré de que todo estaba en su lugar. Hasta ahora, no parecía que la pulpita se hubiera llevado ningún recuerdo de regalo. Todo estaba donde debía estar. No se había movido nada ni por un milímetro.

—Lo que he oído decir es que es… —Los hombros se le elevaron en un ligero escalofrío—. Es *rubia*, ¿puede ser?

Curiosamente, ni siquiera recordaba el color de su cabello. Recordaba que era pálido. Y que ella no era horrible de ver. Que no sentía bilis subiendo por mi garganta cuando estábamos demasiado cerca para mi gusto. Que no retrocedí inmediatamente cuando su olor me invadió.

—Bueno, entonces, ¿es rubia o no?

Me detuve frente a los estantes por detrás de los separadores de mi escritorio y me puse a inspeccionarlos.

—Podría ser. No le presté atención. Solo al hecho de que al menos dos de sus neuronas hacían fricción y podría considerársela una

jugadora mínimamente decente, a los ojos de algún jugador mediocre.

A mis espaldas, la respiración de mamá empezó a salir entrecortada. «No era lo que esperabas escuchar, lo sé». Pero, una vez más, hacía años que no le daba las noticias que esperaba.

—¿Entonces es inteligente? —dijo, e hizo una inspiración profunda y ruidosa, tratando de reunir algo de entusiasmo—. ¿Qué hace de su vida?

—No lo sé.

—Bueno, ¿qué titulación tiene?

—No estoy seguro de si tiene algún tipo de educación superior formal. —Acomodé una figurilla de madera tallada de Shou Xing, el dios de la longevidad. Hacía falta más longevidad en nuestra familia. Pasé al estante siguiente—. Francamente, lo dudo.

Pulpita parecía demasiado salvaje para soportar los cuatro años que requiere alguna formación superior. De pronto vi algo que me llamó la atención.

Mamá respiró con dificultad.

—¿Qué sabes de ella? —Se hundió los dedos en el cabello y se peinó hacia atrás; su peinado quedó destrozado. Chasqueó los dedos en dirección a Celeste Ayi—. Necesitamos una evaluación crediticia, antecedentes penales y un perfil psicológico completo antes de que os vean juntos en público.

De pronto la voz de mamá quedó tapada por mis pensamientos. «Maldita ladrona». Pulpi había intentado robar mis colgantes de jade; el juego de hombre y mujer, la última adquisición de papá antes de morir. Había un corte profundo, en forma de medialuna, alrededor de la cerradura. En eso no me había mentido: sí que había

entrado por el arte. Solo había omitido decir que era para robarlo. Maldita sea.

No me caían bien los seres humanos, y peor aún me caían los ladrones.

—¿Zach? ¿Zachary? —Por detrás de mí, mamá empezó a caminar, los pasos retumbaban sobre el parqué aunque su peso era insignificante—. ¿Estás escuchándome? ¿Y qué me dices de lo que se rumorea del vestido, que era totalmente inadecuado? ¿Podrías considerar al menos enviarla a mi asesor de moda personal? Yo me ocupo de los gastos.

Pero ¿por qué a mi enigmática invitada le habría fascinado precisamente esta pieza de arte cuando tenía cientos de otras, más caras y menos protegidas, esparcidas por la casa? Podría haber elegido la figurilla que había justo al lado. Sin cerrojo. Sin seguridad. A la vista. Además, valía el doble.

Los colgantes debían tener algún significado para ella. O, al menos, uno de ellos.

—… acostumbrarme a la idea de que sea rubia, pero no estoy dispuesta a aceptar por nuera a una ramera sin educación. —Mamá seguía despotricando de fondo—. De hecho, no pienso comprometerme a aceptarla. Ah, qué cosa tan horrible. ¿Por qué no puedes tener un poquito de buen gusto?

—Porque, de tenerlo, sería divertido. —Celeste Ayi, que ya iba por su tercera copa, apoyó una botella en el carrito con un estruendo y se tragó otro *whisky* como si fuera agua. Miró por la ventana con el vaso enterrado en el pecho—. Mira que es mala suerte tener el sobrino más aburrido del mundo… Ya me lo dijo esa bruja en mi viaje de despedida de soltera a Hawái. Ya sabes de quién hablo. Dijo

que no nos traería más que dolores de cabeza. ¿Y sabes qué? Pienso que es por él que tengo esa adicción a los calmantes para la jaqueca.

Ni mamá ni yo le prestábamos atención. Repasé las imágenes mentales de todo el arte que había comprado el último año hasta llegar al colgante. Era en Soteby, de un ama de casa recién enviudada. Yo la había contactado en privado y le había ofrecido mucho más que el valor en que se lo habían tasado incluso antes de la subasta, negándome a entrar en esa guerra de quién da más. Mucho menos cuando sabía que papá había querido tener el juego completo.

Me acuerdo de la vendedora: unos cincuenta años, cabello decolorado; tenía tanto plástico en la cara que ya parecía una silla de jardín barata. Hablaba millones de palabras por minuto y quería presentarme a sus hijas a toda costa; no paraba de ofrecérmelo. Pulpita debía estar entre las hijas. No parecían relacionadas genéticamente, pero quizás el padre había compensado el contenido exclusivo de algodón de azúcar que la madre parecía tener por cerebro. Solo había un modo de averiguarlo.

—¿Estás escuchando? ¿Zach? ¿Zachary? —Mamá chasqueó los dedos por delante de mi cara—. Te llevaré a Shanghái el mes que viene y te encontraré una novia allí. No estoy dispuesta a…

Su voz de hundió en el océano tormentoso de mis pensamientos.

Sabía que había dado mi palabra de no buscarla, pero eso había sido antes de saber que había querido robarme. Ahora, el peculiar encuentro se había transformado en otra cosa muy diferente.

Esa pulpita tenía que recibir una lección.

Y a mí me encantaba dar clases.

CAPÍTULO SEIS

Ari: ¿Y bien? ¿Tienes el colgante?
Farrow: No.
Farrow: Me pilló.
Ari: ¿CÓMO QUE TE PILLÓ? ¿ZACHARY SUN TE PILLÓ?
Ari: ¿Y CÓMO PUEDES ESTAR TAN TRANQUILA? ¿Necesitas que vaya a pagar la fianza?
Ari: Siempre he querido hacerlo. Se ve tan divertido en las películas.
Farrow: Me dejó ir.
Ari: Eso fue… compasivo de su parte, ¿no?
Farrow: Este hombre sería incapaz de la más mínima compasión, ni aunque el futuro del continente dependiera de ello. Me pilló curioseando en su oficina, no robando. Fue muy raro. No sé cómo, terminamos jugando al go.
Ari: Estoy confundida y ligeramente excitada por esta cadena de acontecimientos.
Ari: ¿Ganaste al menos?
Farrow: No terminamos la partida.
Ari: ¿Y te fuiste sin darle tu número?
Farrow: Me persiguió hasta el jardín de la entrada y trató de apuñalarme.
Ari: Ah, entiendo. Bueno, en ese caso hiciste bien en no darle tu número.
Ari: ¿En serio trató de apuñalarte?
Farrow: Me lanzó un cuchillo, sí. Hace tres días que no puedo borrarme el olor del acero.
Ari: Claramente le causaste una buena impresión. ¿Crees que sabe quién eres?
Farrow: Seguro que no. Gracias si lo sabe mi familia y vivimos todas bajo el mismo techo.
Ari: ¿Y qué vas a hacer ahora?

Farrow: Encontrar el modo de volver a entrar y llevarme el colgante cuando él no esté. Tendré que caminar bastante y hacer averiguaciones, pero lo lograré.
Ari: Estás loca de remate.
Farrow: Estaré loca, pero estoy en mi racha de buena suerte. Puede que no le ganara al go, pero le ganaré a otro juego.

CAPÍTULO SIETE

Farrow

Como todas las calamidades, la mía llegó a mi vida en un momento en que había tocado fondo. Estaba fregando las sobras de una lasaña, mojándome los bajos del chándal con esa textura acuosa de sesos sanguinolentos, cuando sonó el timbre. La pasta de tomate me pintaba la cara como si fuera pintura de guerra. Tabby había decidido que la empresa familiar de servicios de limpieza llamada «Mary Limpia Maryland» no era lo suyo y había empezado su carrera como bloguera gastronómica; el hecho de ser una pésima cocinera no la había disuadido en absoluto.

Desde el segundo piso, la voz de Reggie desgarró el velo de una canción de Olivia Rodrigo.

—¡Que alguien abra la puerta!

A veces me preguntaba si tenía veintidós años, como yo, o doce.

—Estoy ocupada. —Algo se cayó en el comedor y al ruido estridente le siguió un quejido de Tabby—. Grrr, maldito palo de selfi extralargo.

—¡Farrow! —Vera encendió el televisor de la sala de estar. *Las verdaderas amas de casa de Potomac*. Una vez había acorralado al

productor en un bar para suplicarle que la dejara participar en el programa—. Haz algo útil y abre la puerta.

Apreté los dientes, intentando no gritarles desde la cocina.

—¡Estoy limpiando! —«El desastre que ha hecho tu hija (adulta)».

Una de las fuentes de gama alta de Tabby no había logrado hacer el trayecto del horno a la encimera, y a mí me empezaban a asomar unos moretones color naranja caramelo en las rodillas tras veinte minutos recogiendo boloñesa de los azulejos con una espátula y metiéndola en un cubo. Un hormigueo constante me recorría la piel de las manos y los brazos, cortesía de la botella de lejía vacía que había a mi lado. Mi mente era incapaz de producir un solo pensamiento coherente después de haber inhalado vapores todo el día. Había limpiado dos mansiones de tres mil metros cuadrados yo sola porque Vera había decidido despedir a la mayoría del personal para «recortar gastos» y, claro, ella o sus hijas no iban a compensar la falta de mano de obra, ¡habrase visto!

Últimamente, mi jornada de trabajo empezaba a las cuatro de la mañana.

El timbre volvió a sonar y la familia Ballantine tomó la decisión colectiva de ignorarlo. Unos golpes secos y furiosos sacudieron la puerta.

—Virgen santa. —Gruñó Reggie desde arriba y pausó la música el tiempo suficiente para que todos pudiéramos apreciar su irritación en toda su expresión—. Los de Amazon no pueden ser porque no insisten de esta manera. —Y volvió a poner la canción a todo volumen.

Vera apagó su programa.

—¿Por qué tengo que ser yo la que lo hace todo en esta casa? —Sus pasos pesados y furiosos retumbaron al pasar por la cocina rumbo al vestíbulo.

Me pellizqué en la parte interna de la muñeca para distraerme del dolor que me subía por los muslos. A quien impartía esos golpes más le valía irse cuanto antes o llegar con un vino en la mano. Lo último que necesitaba yo era ningún tipo de visita. Tampoco era que recibiéramos demasiadas, de todas formas. A las hermanastras y la madrastra Ballantine les encantaba hacerse pasar por pilares de la comunidad local, pero lo cierto era que los vecinos ni siquiera sabían sus nombres, y eso que llevábamos casi veintitrés años viviendo aquí.

Vera abrió la puerta de un golpe y soltó un grito ahogado. Después, silencio. Mucho, mucho silencio. Ni siquiera cuando los de seguridad la habían sacado a la fuerza por acosar al productor se había quedado sin palabras, así que me lo tomé como una señal del apocalipsis. Lo cual me parecía bien, porque necesitaba un descanso.

—Ah, eh, se… señor Sun. —La espátula se me cayó de la mano y dio contra el suelo con un ruido metálico. Se me paró la respiración. Vera siguió tartamudeando—: Pe… ro… qué… vi.. si… ta… Qué ines… perado.

Mierda. ¿Cómo lo había descubierto?

Reggie y Tabby se materializaron de los agujeros donde se habían escondido hasta ese momento y se deslizaron hacia la entrada. Metí el cubo en el armario más cercano, tiré un trapo sobre la mancha y corrí a meterme en la despensa. No era un escondite muy elegante, pero no podía cruzar la isla de la cocina sin ser vista.

La nuestra era la casa más antigua de la calle. Pequeña, anticuada y a punto de derrumbarse; pero mudarse no era una opción. Los recuerdos compartidos con papá se grababan en cada rincón, en cada abolladura y en cada grieta. Ni el mismísimo infierno me haría renunciar a eso. Además, todos los abogados con los que había hablado me habían advertido que no me mudara si tenía intenciones de impugnar el testamento. Y yo tenía toda la intención de hacerlo. Podía apostarme la mano con que hacía esgrima que cualquier tipo de testamento que Vera había llevado a la audiencia era falso. Lástima que no tenía el dinero para contratar a alguien que me representara e irle en contra. Hasta que lo tuviera, mi plan era fingir amabilidad y mantenerme con perfil bajo.

—Señora Ballantine. —Reconocí la voz grave y precisa de Zach. Destilaba autoridad. Del tipo que haría que confiaras en él, incluso si te dijera que metieras la cabeza en lava—. Espero no molestar.

—¿Molestar? —Me imaginé a Vera haciendo un gesto literal de despejar el aire con la mano—. Para nada. Pase, por favor. Justo mi hija estaba preparando la cena. ¿Le gusta la lasaña?

Independientemente de la opinión objetiva que tuviera por la lasaña en general, seguro que no le gustaría lamer los restos del suelo. Tabitha había descubierto con horror que las asas de la fuente se calentaban con el fuego y la había dejado caer de golpe.

Una horda de pasos se precipitó por el pasillo.

—No me quedaré demasiado —dijo Zach, con una voz segura, aburrida e imponente—. De hecho, solo vengo a hacerle una pregunta poco convencional.

Cerré los ojos con fuerza, como si eso pudiera cambiar algo de lo que estaba ocurriendo.

«Por favor, no pares en la cocina. Por favor, no pares en la cocina. Por favor, no…».

Una luz blanca y brillante se coló entre las rendijas de la puerta de la despensa. Contuve la respiración, apretando la columna con todas mis fuerzas contra los estantes de conservas. Las sillas se arrastraron por las baldosas a menos de diez pasos de donde yo estaba.

«Mierda, mierda, mierda».

Si a ese bastardo se le antojaba azúcar para su café, abrirían la despensa y me descubrirían. Me temblaban los dedos con el deseo de clavarle la espátula que todavía tenía en la mano en medio de esa preciosa cara. ¿Por qué había venido? Si total yo no había logrado robar el colgante, no todavía.

Por entre los listones de la puerta, vi a Vera inclinarse hacia Zach.

—Usted dirá. —Ella se le acercaba y él se inclinaba hacia atrás—. Por cierto, le presento a mis hijas. Creo que no tuvo la oportunidad de conocerlas en la fiesta. Y ya que estamos, muchísimas gracias por la invitación.

No hubo respuesta.

—Ella es Tabitha y ella es Regina. Tabitha es una prestigiosa *vlogger* de comidas y Regina es la directora de *marketing* de nuestra empresa de limpieza.

«Dime que no tienen trabajo sin decirlo».

Tabby y Reggie dejaron de pelearse por el asiento al lado de Zach y saludaron con la mano.

—Hooolaaaa —gritó Reggie con voz fingida—. Dios mío, muchas gracias por invitarnos a tu fiesta. Como que… Bueno, siento tanta

gratitud que la palabra no llega apenas a expresarte lo que siento… Es que…

¡Ja! Si la gratitud se cruzara con Reggie en un callejón oscuro, saldría corriendo y gritando. No estaba segura de que siquiera supiera deletrear la palabra, y mucho menos sentirla.

—No hace falta que me lo agradezcas. Tu madre lo incluyó como cláusula en la venta del colgante. —¡Au! Hoy estaba más que ártico, y yo estaba empezando a congelarme.

Tabby le dio un empujón a Reggie con la cadera para apartarla.

—Estoy muy feliz de que por fin podamos conocernos cara a cara. —Le extendió la mano—. Tú y yo hemos coincidido en los mismos círculos desde siempre, pero parece que siempre nos cruzamos sin vernos.

Zach ignoró la mano extendida.

—Qué tragedia.

Desde las pequeñas grietas entre los postigos, no llegaba a verlo bien. Me moría de ganas de entreabrir un poco la puerta y dar una miradita, pero me contuve de ceder a la tentación.

—¿¡Eso que hay ahí es… sangre!? —Por el grito ahogado de Vera, me di cuenta de que por fin había notado el desastre que había dejado su hija en el suelo.

Tabby se escondió detrás de Reggie antes de contestar.

—Es salsa boloñesa.

Podría argumentarse que dos kilos de carne picada quemada mezclada con una salsa de tomate enlatada no podía considerarse una boloñesa, pero ¿qué sabía yo? No era yo la prestigiosa *vlogger* de la familia. Vera se volvió hacia Zach.

—Cuánto lo siento, señor Sun. Créame si le digo que estoy totalmente horrorizada. La casa nunca está así de desordenada, pero nuestra asistenta se relaja demasiado si no se la supervisa estrictamente. Es tan difícil encontrar ayuda de calidad estos días. Usted ya sabe de qué le hablo…

Con lo de asistenta, se refería a mí. Y con lo de «vete a la mierda», me refería a ella.

Vera señaló el desorden que había detrás de ella.

—Espero que esto no le cause una mala impresión.

Zach empezó a arremangarse hasta el antebrazo.

—Lo que quería preguntarle…

—¿Quiere tomar algo? —Vera se llevó la palma de la mano al pecho—. Discúlpeme, por favor; ¡qué maleducada! Se me olvidaba ofrecerle algo de beber. Debe ser por las horas de trabajo que llevo desde que me he hecho cargo de la empresa de mi marido.

«De lo único que te has hecho cargo es de hundir el sofá del salón».

Yo era la limpiadora, la contable y la administrativa. Lo único que ella hacía era dar órdenes y llamarme inútil. Y hasta eso lo hacía muy de vez en cuando, pues se pasaba el día entero yendo de compras con el dinero de las subastas de las cosas de papá, devorando telenovelas y encargando comida a domicilio con la tarjeta de la empresa.

Zach emanaba nubes de irritación que se deslizaban cuesta abajo como el humo espeso de un volcán.

—No quiero nada. —Terminó de arremangarse y apoyó los antebrazos sobre la encimera de la cocina—. Lo único que quiero es hacerle una pregunta, si me permite.

—Ah, claro. —Vera se despabiló—. ¿De qué se trata?

Zach rebuscó algo de dentro de una bolsa de regalo blanca que traía con él y lo sostuvo hacia la luz. ¿Acaso era mi…? No. No podía ser.

Pero sí lo era.

—¿Por casualidad esta zapatilla pertenece a alguien de esta casa?

CAPÍTULO OCHO

Farrow

«Desgraciado».

El puto multimillonario había salido a cazarme. Se había tomado la molestia de liberar unas horas de su apretada agenda para ir de casa en casa por todo Maryland con mi zapatilla hecha pedazos como si fuera un trofeo. Los hombres con poder pueden ser unos grandísimos sádicos. ¿De verdad no podía olvidarse de todo y ya?

El miedo empezó a recorrerme la columna vertebral y un escalofrío reemplazó el ardor de la lejía en mis brazos. Estar en el centro de la atención de Zachary Sun era un lugar muy peligroso en el que estar. Disponía de los medios para destruir a quien quisiera con solo con una llamada de teléfono. ¿Cómo había podido pensar que podía meterme en su residencia y llevarme el colgante sin más?

La cocina quedó envuelta en un silencio total. No había duda de que Vera, Reggie y Tabby sabían que la zapatilla era mía; no pasaba un día sin que me molestaran por mi vestimenta. No podían entender que yo no dejara que el precio de mi ropa determinara mi valor como persona.

Una gotita de sudor me bajó por la frente hasta el ojo.

«Respira, Farrow, solo respira».

Pero no podía respirar. Se me hundía el pecho. Me sequé la boca con la palma de la mano con la esperanza de que así podría suavizar el sonido de mi respiración. Con un solo segundo más de ese silencio, podrían oírme. Lo sabía.

Por una vez en la vida, me salvó la voz chillona de Reggie:

—Ah, bueno, qué incómodo. Creo que esa zapatilla es mía.

—No, no, creo que es mía. —Tabby la apartó de un codazo—. Siempre llevo conmigo un par de zapatos de suela plana cuando voy a una fiesta. Por si no lo sabéis, soy una bailarina fabulo…

—¿Pero no lo recuerdas, Tabby…? —Reggie le agarró el hombro con una mano, probablemente clavándole sus uñas acrílicas hasta el hueso. El tono de su voz sonaba amenazante y aterrador—. Me prestaste estas zapatillas la otra noche porque las mías se me perdieron cuando salvé a ese conejito herido en el jardín del señor Sun.

Me mordí el interior de la mejilla, conteniendo la risa histérica. Yo podía haber tocado fondo, pero esperaba no llegar nunca a ese nivel de patetismo. Toda esta parafernalia al estilo Cenicienta les iba como anillo al dedo. Si Zach hubiera entrado con una copa menstrual usada, preguntando si pertenecía a alguna de ellas, habrían sido capaces de hacerle una demostración para probar que sí.

Vera puso fin al debate antes de que Reggie le dejara un valle hundido en el hombro a Tabby.

—Ese zapato es de Tabitha —dictaminó. Tabby era la más costosa de sus dos hijas, así que supuse que Vera quería quitársela de encima cuanto antes. Asintió, asegurándose de que había tomado la decisión correcta—. Sin duda es suya.

Más silencio. Por desgracia para mi supuesta familia, Zach Sun era demasiado inteligente para tragarse su parodia. Muy bueno para él. Devastador para mí. Sus dedos se apretaron alrededor del zapato.

—¿No tiene ninguna otra hija, señora Ballantine?

Se me tensaron los hombros.

—¿Qué? ¡No! Con estas dos tengo más que suficiente. Me mantienen ocupada. Créame. —Se le cerraron las manos formando dos puños—. ¡Ja, Ja!

Más silencio. Zach no sentía la necesidad de llenar el vacío con palabras sin sentido; posiblemente era lo único bueno de él.

Por fin apoyó las Vans de imitación sobre la encimera.

—¿Está usted segura, señora Ballantine?

—Bueno, supongo que lo sabría si tuviera una hija extra escondida en casa, ¿no cree?

Resultaba bastante irónico de oír, dadas mis circunstancias.

Reggie y Tabby empezaron a retorcerse en su sitio. Me daba cuenta de lo que les pasaba, aun desde mi ángulo tan incómodo. Tabby se aclaró la garganta.

«Tabitha Ballantine, ni se te ocurra elegir este momento para ser honesta por primera vez en tu vida».

—Perfecto. —La silla de Zach se arrastró por el suelo a medida que él se levantaba—. En ese caso ambas hermanas de la familia Ballantine tendrán que acompañarme a la comisaría de policía. De hecho, el inspector general es amigo mío. Iremos directamente a su casa; hace tiempo que quiero ver las reformas que ha hecho.

Vera se puso de pie, abandonando al fin la ridícula farsa.

—¿De… de qué está hablando? —Con esa actuación no conseguiría un papel ni en una película de bajo presupuesto.

Me había preguntado varias veces qué le habría visto mi padre a esa mujer. Una parte de mí sabía la respuesta: quería que alguien —alguien cualquiera— fuese suyo. Era huérfano y había crecido en Escocia. Al mudarse aquí no conocía a nadie. No tenía amigos. Nada de nada. ¿Y Vera? Ella tenía un montón de gente alrededor: hermanas, tías, una hija y otra en camino. Qué pena que por ganarse una familia hubiese traicionado a otra. *A mí.*

Zach cogió el zapato de la encimera y lo dejó colgando del dedo índice.

—Estoy hablando de que la persona a quien pertenece este zapato trató de robarme el colgante la noche de la fiesta. Como la joya venía de esta casa cuando la compré, voy a suponer que alguien se había encariñado demasiado con ella y pensó que podría salirse con la suya y traérsela de vuelta. Pero el robo es ilegal en los cincuenta estados de Estados Unidos, así que sus hijas deben aprender una lección.

—Pero esto es un gran malentendido. Para ellas ese colgante no es más que un pedazo de … —Vera se detuvo en seco, inspiró profundamente y cambió las palabras por una risita superficial—. Puedo asegurarle que a mis chicas ese colgante no les importa nada, señor Sun.

—Sin embargo, esta zapatilla demuestra que a una de ellas, sí —insistió Zachary, sacándole la verdad sin que ella se diera cuenta.

—Debe ser de Farrow —dijo Tabby, a toda prisa.

Y yo que pensaba que iba a ser Vera quien me delataría… Se me encendieron las mejillas al rojo vivo. Maldita Tabby.

Zach bajó el zapato.

—¿Farrow?

—Nuestra hermanastra. —Las mejillas de Tabby se sonrojaron, sin duda por la excitación repentina de poder complacer a Zach—. Se viste como una indigente y nuestro padre, es decir su padre biológico, era el dueño del colgante. Ella lo tenía en su habitación antes de que lo vendiéramos. Siempre está metiéndose en líos.

Hasta ese momento, siempre había pensado que, de encontrarnos en una situación extrema en la que hubiese tenido que elegir a quién salvar, habría elegido a Tabitha, pero me hice una nota mental para no hacerlo. Esa mujer era peor que un virus letal.

—Entonces sí que hay una tercera hermana. —Zach sonaba como si estuviera tratando de sonsacarle códigos nucleares a un crío de tres años.

—En realidad… em… no es nuestra hermana. —Reggie jugueteó con el cuello de su vestido Oxford—. Aunque me encantaría tener un metabolismo como el de ella…

—Mi hijastra está alejada de nosotras. —Vera trató de dar cierta dignidad a sus palabras—. Lo he hecho lo mejor que he podido con ella, lo digo de corazón, pero…

Zach la cortó en seco.

—¿Dónde está Farrow?

—En algún lugar de la casa. —Tabby dejó caer los hombros, ahora que ya no corría riesgo de ir a la cárcel. Hizo un gesto en dirección a los trapos sobre las baldosas—. Tiene que terminar de limpiar todo esto.

Sentí un pinchazo en las mejillas al escuchar esas palabras, y una ráfaga caliente me atravesó el esternón y zumbó por todo mi cuerpo. Esa excusa pésima que yo tenía por familia no podían ni

darse cuenta de cómo sonaban. O tal vez sí, y ese era su único objetivo desde el principio.

Trabajar de limpiadora no me avergonzaba; me sentía orgullosa de proporcionar un buen servicio. Pero que me expusieran como la asistenta indeseable de mi propia familia era demasiado. Me sorprendió sentirme avergonzada; me sorprendió porque por lo general me tenía enteramente sin cuidado lo que la gente pensara de mí. Pero de algún modo me importaba en el caso de Zachary Sun. Hubo un tiempo en el que, aunque solo fuera por tres horas, había logrado captar su atención, algo que ninguna otra mujer había conseguido nunca. Y, sí, me gustaba la idea de que él pensara en mí como alguien que lo atraía misteriosamente, y no como alguien que fregaba los inodoros de sus monstruonastras.

—Búsquenla, por favor. —Chasqueó los dedos una vez como si estuviera dando órdenes incuestionables a sus súbditos. Por poco podía oírlo reclinarse en el asiento como el rey brusco que era, el muy capullo—. O, de lo contrario, se las verán con mis abogados.

El caos que siguió me dejó mareada.

Vera señaló a sus hijas:

—Reggie, tú busca arriba. Tabby, en la casa de la piscina y en el sótano. No puede haber ido muy lejos. Su coche está aparcado afuera. Yo revisaré por aquí.

Escuché un barullo de pisadas que salieron en todas las direcciones. Se abrió la puerta del patio trasero con un quejido. Las lámparas del techo temblaron con los pasos pesados en el piso de arriba. Una tras otra se abrieron las puertas de las despensas.

Zach fingió un bostezo. ¿Acaso le… *divertía* mi situación?

—No creo que esté escondida en un armario —dijo él.

Vera abrió otro.

—¿Por qué no?

—Porque no es tan idiota.

—Créame, sí que lo es.

—No.

—No… ¿qué?

—Que no la creo. Siga buscando. —Zach miró la hora—. Quiero su cabeza servida en un plato y la quiero antes de las seis de la tarde; tengo una reunión al otro lado de la ciudad a esa hora.

Tomé esas palabras como lo que eran: una declaración de guerra. Tal vez se había pensado que yo iba a quedarme sentada a esperar lo que fuera. Pues estaba a punto de llevarse una sorpresa. Que estuviera dispuesta a aceptar los abusos en mi propia casa para asegurarme de proteger lo que era mío no significaba que él tuviera rienda suelta para convertirme en su nuevo juguete.

Antes de la muerte de papá, me pasaba todo el tiempo siendo una pesadilla para mis monstruonastras y había llegado a tal punto que Vera casi me suplicó que me mudara a Seúl; Reggie me había dado folletos de todos los cirujanos plásticos de renombre de allá y Tabby me había marcado en un mapa todos los puntos de interés gastronómico. (Me quedé sorprendida al ver que ella sabía leer un mapa).

«Yo también puedo pelear, Zachary Sun. Y lo haré sin piedad. No me detendré hasta que corra la sangre».

—Yo no le confiaría nada a Farrow. —El veneno rezumaba en el tono de Vera—. Lo he intentado todo con ella, señor Sun. De verdad. Pero no hay nada que hacer con esa chica. Son los genes de la madre, digo yo. Ella es… —Vera exhaló, pero no terminó la frase.

—¿Ella es qué?

—Tan poco femenina.

—Desarrolle la idea.

—Rebelde, insolente, sin modales. Una *marimacho*, la verdad. —La palabra le estalló entre los dientes. Cerró un armario de golpe e hizo una pausa para sacudir la cabeza—. Fue problemática ya desde pequeña. ¿Puede creer que la expulsaron de una escuela privada a los dieciséis años? Andaba regalando la pastilla del día después a las alumnas que la necesitaban. ¡Gratis!

Y lo volvería a hacer. A la mierda el patriarcado. Y ya que estábamos: a la mierda tú también, Vera.

—¿Y pudo terminar la secundaria?

A estas alturas, ¿realmente importaba?

«Irónicamente, lo más cerca que he estado de usar lo que aprendí en secundaria fue para investigar el modo de entrar en tu casa».

—A duras penas. —Vera levantó las manos al cielo—. Su padre tuvo la brillante idea de enviarla a una academia de esgrima de Seúl. De todos modos, era lo que ella quería desde un principio. Siempre nos había despreciado a mí y a mis pobres hijas. No me dejaba que le eligiera la ropa ni que le hiciera las uñas, ni que le cortara ese cabello horrible que tiene.

—¿Universidad?

Vera lanzó una risita y sacudió una mano en el aire.

—Ni siquiera hubiese podido con un grado sencillo. Pero mi Tabitha terminó una licenciatura en Columbia y mi dulce Reggie fue a la prestigiosa…

—No es necesario que termine la frase. Le aseguro que no me interesa en lo más mínimo.

Aun si le hubiera interesado mínimamente, la realidad era que Tabby no tenía un título de *esa* Columbia. Sino del Columbia College de Maryland, que no tenía el mismo prestigio.

Vera abrió la nevera. Increíble. Quizás pensó que yo podía meterme entre sus yogures probióticos y los frascos de cebolla en escabeche… ¡Que alguien llamara a Sherlock Holmes y le dijera que esa intrépida investigadora iba a dejarlo sin trabajo!

Era obvio que el señor Sun no estaba tan horrorizado como Vera esperaba, porque ella pasó a la fase de falso llanto, lástima que no le salía ni una lágrima, así que solo se le arrugaba la nariz de arriba a abajo. Se frotó la mejilla, seca como un desierto chileno.

—Tuvimos una discusión por ese colgante. Ella se enfadó muchísimo conmigo. Pero necesitábamos el dinero. Su difunto padre trabajaba con márgenes muy estrechos, y yo necesito mantener a mis hijas hasta que nos llegue el dinero del seguro. —Hablaba como si Reggie y Tabby fueran niñas, no mujeres adultas de veintitantos años—. Estoy terriblemente avergonzada por el comportamiento de Farrow.

Yo también estaba avergonzada, pero de tener alguna filiación con ese desastre de mujer. Al menos, no teníamos ADN en común.

Zach cortó sus gemidos.

—Señora Ballantine.

—¿Sí?

—Abra esa despensa de una vez y termine con esta penosa conversación para ambos.

—Sí. Buena idea.

Los pasos se acercaron.

Hundí los codos en las caderas. La espátula casi se me cae de las manos de tan húmedas que estaban. Se me erizaron unos pelitos en la parte de atrás de la nuca. Me balanceé sobre los talones y respiré hondo, preparándome para lo peor.

Vera estiró los dedos. Eché un último vistazo a Zach por entremedio de los listones y me arrepentí de inmediato: con la espalda contra la isla y un tobillo cruzado sobre el otro, una sombra de sonrisa se atisbaba en su rostro. Entonces, con una precisión aterradora, sus ojos se encontraron con los míos a través de la puerta entornada. Me eché hacia atrás y mi cabeza chocó contra una lata.

Hacía rato que él sabía que yo estaba ahí.

Lo sabía.

El muy desgraciado ya lo sabía.

CAPÍTULO NUEVE

Farrow

El brillo de las luces me cegó por un instante. Parpadeé para ajustar la vista y me sentí desnuda, desprotegida y expuesta. Sabía cómo me veía: con mi ropa toda andrajosa y el pelo recogido, los brazos llenos de manchas de tomate y la dichosa espátula aferrada en mi puño. Normalmente, no me habría importado. Pero quería que Zach me viera como su igual.

Vera me señaló con un dedo y se volvió hacia su invitado.

—Aquí está.

Todo en ella temblaba; desde su voz hasta las puntas de sus dedos.

Zach cruzó los brazos sobre el pecho; era la imagen misma de la despreocupación. Su presencia llenaba la habitación como si hubiese sido esculpido en ella, tallado en mármol. Un corte de cabello inmaculado resaltaba su espesa y brillante melena negra como el alquitrán, sin un solo mechón fuera de lugar. Con su jersey de cachemira azul marino de cuello redondo encima de una camisa y sus pantalones color gris claro, todo él se hubiese podido subastar por más de mil millones de dólares.

Una diminuta sonrisa ladeó la comisura derecha de su boca, casi imperceptible. Me miró por encima de la nariz, tan alto y desmesurado como una leyenda viviente.

—¿Señora Ballantine?

Aun cuando le hablaba a Vera, no me quitaba los ojos de encima. Como si yo fuera a escapar si me concedía un respiro.

La gravedad de la situación me cayó encima estrepitosamente. Con la espalda apretada contra los estantes, era como un animal acorralado, humillado al máximo. Pero eso no significaba que tuviera que aceptarlo. Dejé la espátula en una estantería al azar, alcé la barbilla y lo enfrenté con la mirada.

Vera se giró hacia él.

—¿Sí?

—Privacidad, por favor.

—Farrow, levanta tu…

—No, Vera. —Zach se irguió por completo, alejándose de la isla con un paso atrás—. Es *usted* quien debe salir.

—Pero…

—No le estoy pidiendo su opinión, le estoy diciendo amablemente que se largue.

Virgen santísima. Estaba muy pero que muy enfadado. «Bueno, lo cierto es que tú trataste de robarle algo que es suyo…». Borremos eso. Algo que es *mío*. Tenía que recordármelo. Esa palabra marcaba la diferencia.

—No he terminado contigo. —Vera se giró hacia mí y me apuntó con la perfecta manicura francesa de su dedo—. Ni de lejos.

—No te preocupes, *mami*. —Le guiñé un ojo—. No me voy a ninguna parte, te guste o no.

Tenía que seguirle el juego, pero eso no quería decir que tuviera que ser un juego limpio y amigable.

No había nada que tuviera sentido en la muerte de papá. En un momento, estaba frente a la entrada de un restaurante, esperando a que el aparcacoches le trajera su vehículo. Y al minuto, el aparcacoches estaba atropellándolo a la velocidad de la luz. Le habían hecho controles y nada: no había tomado alcohol ni ninguna droga. Declaró que se le había trabado el pie en el acelerador y le cayeron cinco años de cárcel. El juez sintió pena por él, por su esposa enferma, por su bebé inocente… Yo también sentí pena por él, pero sentí aún más pena por mí misma. Eso había sido dos años atrás y todavía me dolían las heridas, que no tenían aspecto de querer sanar pronto.

Con un gruñido de desgana, Vera salió a la sala con pasos ruidosos. Aunque se quedó lo suficientemente cerca para escuchar a escondidas, desde luego. En cuanto desalojó mi espacio personal, me aventuré fuera de la despensa.

—No. —Zach caminó lentamente hacia mí con una mano en alto —. Quédate donde estás. Las ratas encajan bien en los agujeros oscuros.

Salí de todos modos.

—Hablando de ratas, ¿no te han dicho nunca que eres una rata asquerosa?

—No en voz alta, pero estoy seguro de que muchos comparten ese sentimiento hacia mí.

Por instinto, me dirigí a un cajón de utensilios y lo abrí para armarme con lo más afilado que pudiera encontrar. Pero Zach lo

cerró de un golpe con la cadera antes de que yo pudiera alcanzar un cuchillo de carne. «Instinto asesino», anotado.

Hizo un chasquido con la lengua.

—Yo que tú no intentaría nada raro. —Su figura colosal bloqueaba cualquier posible vía de escape. Aunque tampoco importaba ahora que sabía quién era yo; ya no habría modo de escapar de él—. No solo puedo superarte en inteligencia, sino que también puedo superarte en lo de los intentos de asesinato. Y, créeme, en este momento, me tienta mucho demostrarlo, pequeña ladrona.

Un estallido de adrenalina me inundó las venas.

—Vete al cuerno, maldito millonario. Tú y tus estúpidos amigos no me asustáis.

No me había vuelto loca los últimos días cuando me había parecido ver que un extraño me seguía; el vello de mi nuca se erizaba para saludarlo cada vez que entraba y salía de una casa para limpiar. Probablemente se trataba de un investigador privado, porque no había forma en que esos niños ricos nacidos en cuna de oro hicieran el trabajo sucio con sus propias manos. Y si no venía de Zach, sería de alguno de sus amigos elegantes.

Se decía por ahí que esos tres eran inseparables y que solían usar sus influencias en el distrito para conseguir lo que quisieran y a quien quisieran. Bien, pues a mí no. Me di media vuelta y pasé de largo en dirección a la puerta.

—Ve a molestar a los niños de otro parque.

Entonces, Zach soltó un suspiro con aire dramático. Y ahí fue cuando lo sentí. Una cosa metálica me besaba por la parte baja de la espalda. Fría, afilada e inconfundible: *un cuchillo*. ¿Pero qué clase de psicópata iba paseándose por ahí con un *cuchillo* en plena luz del

día? Entonces recordé que me había arrojado uno bien elegante en la persecución después de la fiesta. Zachary Sun amaba su arma. Aquello distaba mucho de su versión más intachable y elegante, con la cual podía meterse de un salto en una discusión financiera con expertos de la Terminal Bloomberg a opinar sobre el mejor modo de lanzar una *start-up*. Era un salvaje vestido de traje de diseño exclusivo. Y justo con este tipo yo tenía, oficial e inexcusablemente, un problema.

—Te aconsejo encarecidamente que no huyas de esta conversación.

Sentí un escalofrío, más por el rugido de barítono de su voz que por el cuchillo que se hundía en la parte baja de mi espalda. Sabía que no iba a apuñalarme, pero no sabía hasta dónde estaba dispuesto a llevar la situación. Me detuve sin darme la vuelta hacia él y Zach presionó un poco más la hoja metálica aplanada sobre la piel.

—A menos que, bueno, no estés demasiado encariñada con la idea de caminar.

Pensé que él debería preocuparse más por mi capacidad de castrarlo con una espada, porque eso se acababa de convertir en mi nuevo objetivo en la vida.

Dibujé una sonrisa en el rostro, haciendo caso omiso de las pulsaciones de mi corazón, que ya se habían disparado a velocidades interestelares.

—Me siento halagada, señor Sun, de que considere que mi insignificante vida tiene tanto valor como para pasarse la vida en prisión por ella.

—Me sorprende, señorita Ballantine, que piense que alguna vez podría enfrentarme a semejante destino. Soy demasiado rico, poderoso e inteligente para pasar ni un minuto en cualquier habitación de cinco por cuatro que no sea una sauna. Además, si se diera la vuelta, notaría algo muy interesante sobre mi cuchillo.

Roté sobre los talones, tomándome todo el tiempo necesario, para generar expectativa y para no mostrar ni un milimétrico indicio de pánico. Si Zachary Sun quería mi sometimiento completo, iba a tener que arrancármelo de las manos con sangre, sudor y lágrimas. Cuando mi cuerpo estuvo frente al suyo, noté la distancia que nos separaba. Había por lo menos dos pasos gigantes entre ambos. Mis ojos reptaron al cuchillo que se me clavaba en el hueso de la cadera. Estaba íntegramente recubierto por un terciopelo negro grueso excepto en la hoja. La respiración se me atoró en la garganta.

—El terciopelo no deja pasar las huellas digitales.

Por supuesto, él lo sabía. ¿Qué demonios no sabría este hombre? Sus ojos se anclaron en los míos.

—Si no hay arma, no hay crimen.

—Eso debe ser ilegal.

—Nada es ilegal cuando conoces a las personas indicadas. —Había algo deliciosamente negro que fulguraba en sus ojos—. La ley es para gente como tú. Para gente como yo están los abogados.

—Eres un fraude. No te pareces en nada a cómo te describen en los medios. —Las palabras explotaron a través de mis dientes apretados. Si aflojaba solo un poco la presión de mi mandíbula, mis dientes se pondrían a repiquetear del temblor de la furia despiadada que me invadía—. ¿Cuánta gente sabe que eres un monstruo?

—No demasiada. Solo quienes se molestan en ver más allá de mi exterior. Aunque es mejor no hacerlo, porque soy una criatura altamente útil para la mayoría.

La punta del cuchillo se desplazó desde el hueso de mi cadera al espacio entre el ombligo y la cintura de mis vaqueros. Se me encendió un fuego entre las piernas. «¿Pero qué demonios te pasa, Fae?». No podía evitarlo. Había algo del poder que él emanaba que me cautivaba. Yo había vivido toda la vida en uno de los distritos más lujosos que existen, pero nunca me había cruzado con alguien como Zachary Sun.

Su cuchillo se detuvo justo antes de llegar a mi sexo. Él se humedeció los labios inconscientemente.

—Puede que seas una de esas personas.

Mi cuerpo entero cobró vida y mi pulso se tambaleó debajo de cada centímetro de mi piel. Quería más. Y al mismo tiempo, no quería saber nada de él. La lógica dictaminaba que alguien como él debía ser pésimo en la cama. Tenía todos los atributos del peor amante: demasiado egoísta, demasiado guapo, demasiado narcisista… Pero, aun así, lo deseaba. Los ojos se me dispararon hacia arriba y se chocaron con los suyos. No tuvo problema en hacer contacto visual conmigo. No era un psicópata, no. Era algo completamente diferente, un monstruo único en su especie.

—¿Quieres hacer un pacto con el diablo? —Me miró con desdén, cada centímetro de su ser era una gélida tundra ártica—. Lo único que puede perderse en un pacto de esos es el alma y, en tu caso, no vale demasiado.

Un nudo impenetrable bloqueó cualquier palabra que quisiera salir de mi garganta. Lo despejé y hundí las uñas en las palmas de las

manos.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros, con el cuchillo aún clavado en mi centro; en el espacio donde se me arremolinaba el calor.

—En primer lugar, la mayoría de las personas ni siquiera poseen un alma.

—Quizás yo tampoco tenga una.

«¿De verdad estás hablando sobre almas con Zachary Sun en este instante? ¿Pero cuál es tu problema?». La respuesta, desde luego era: más de uno. Un cúmulo de problemas, de hecho. Pero cada minuto que hablábamos era un minuto que no me apuñalaba.

«Ah, sí, claro, Fae. Convéncete de que es la única razón por la que estáis hablando».

Él dibujaba unos círculos sutiles con la punta del cuchillo, que enviaban una corriente de fuegos artificiales desde el centro de mi cuerpo hasta los pies.

—La tienes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque puedo olerla. —Su mandíbula se tensó bajo su suave piel dorada—. Y yo soy un coleccionista de almas.

«¿Estará borracho?». No lo parecía, pero hablaba como si lo estuviera.

Estuve a punto de preguntárselo pero todo lo que pude decir fue:

—¿Dices que coleccionas almas?

—Es la moneda de cambio más infravalorada del mundo. Todo el mundo quiere una y no son fáciles de conseguir. Por eso la gente compra objetos de arte; el arte te hace sentir vivo.

—Solo si ya estás entre los vivos.

—Incluso si estás a un paso de la muerte —contrargumentó mientras dibujaba un patrón indescifrable sobre mí. Justo cuando pensé que ya nada podía afectarlo, dedicó una única mirada hacia abajo. El filo hizo un rasguño por el espacio minúsculo de piel que se abría encima de la cintura de mis pantalones—. Una vez que poseo el alma de una persona, la tengo comiendo de mi mano.

Este hombre estaba tan mal de la cabeza que las locuras de Michael Myers quedaban al nivel de inocencia de un Teletubby. Se hubiese requerido una tesis de investigación para saber cómo demonios lograba esconderlo bajo esa mirada etérea y esos modales impecables. Me pregunté si Vera y las chicas estarían espiándonos. Desde este ángulo, no podíamos ver más allá del marco de la puerta y ahí no había nadie, pero no lo descartaba para nada. El cotilleo del bueno les encantaba casi tanto como verme castigada.

Me toqué los labios.

—¿Sabes qué pienso?

—No, y si lo que buscas es una propina por tu asesoramiento, puedes quedártela. No pareces tener mucho dinero.

Ignoré su bromita:

—Que tienes algo que esconder. No pareces del tipo que lleva un arma siempre consigo. —Al decir esto, me di cuenta de que, en realidad, no estaba asustada. ¿Cautivada, cabreada y lista para la batalla? Desde luego. Pero ¿asustada? Podía sonar muy loco, pero, aun cuando tenía un cuchillo apuntando directo sobre mi cuerpo, no me sentía amenazada de verdad.

Negó con la cabeza.

—No tienes idea de qué tipo de hombre soy.

Sus ojos brillantes y crepusculares recorrieron mi cuerpo, y aproveché el momento para asir el cuchillo. Apunté a la empuñadura, pero mis dedos se rozaron accidentalmente con los suyos. Zach siseó como una serpiente y se alejó de mí como si lo hubiera quemado. Su expresión entera se volvió feroz. Trastabilló y dio un paso atrás, con una mirada fija que yo no había visto jamás. Ni en él. Ni en *nadie*. Me sorprendió tanto su reacción tan visceral que me tambaleé también en dirección opuesta.

—Ni se te ocurra *tocarme*. —Las palabras le salieron con más dureza de la que jamás había usado conmigo. Por una vez, no susurró ni siseó ni hizo ruidos extraños. En esa única frase no había ningún tipo de control.

En contra de toda lógica, me enderecé, echando los hombros hacia atrás con fuerza. Me fascinó la idea de que en cierto modo se había girado el tablero.

«Si tienes un punto débil, donde sea que esté, voy a encontrarlo. Y voy a presionar justo ahí hasta que te desangres».

Presioné la espalda contra el borde de la encimera hasta interrumpir brevemente la circulación y aminorar mi sed de sangre. El corazón me latía con tanta fuerza que temí que se me abriera la caja torácica y se me salieran las tripas. No podría pagarme *esa operación* en este momento. Me había ordenado que no lo tocara *a él*, no a su cuchillo. Podía no querer decir nada, pero la intuición me decía lo contrario. Junté todo el coraje que pude con la certeza de que ahí había algo.

—¿Y bien? ¿Vas a matarme o no?

Se me encendieron los músculos del estómago y sentí una carga intensa. Un cable al rojo vivo, ardiendo de furia y de cólera y de

vida. Quería saltar sobre este hombre y estrangularlo, terminar ese juego de go, mostrarle realmente quién era yo… No recordaba la última vez que alguien me había hecho sentir algo, salvo mi padre. Amigos, novios, conocidos… todos venían y se iban.

Zach seguía con la mandíbula apretada y la movía de atrás hacia delante. Su cuchillo seguía apuntándome, por si acaso. De pronto, pareció pensativo; tenía que alejarlo de sus propios pensamientos.

—¿No tenías un pacto que ofrecerme? —Le recordé—. Te escucho.

«Con reservas».

Los labios se le curvaron en un gruñido.

—¿Y tú te crees merecedora de un pacto?

«Chico guapo, alma fea».

—Lo que creo es que sigues aquí y que te has puesto a pensar mínimamente en mi nombre y mi identidad, así que es evidente que has encontrado algo en mí que andabas buscando. No permitas que el orgullo se interponga con tu objetivo. Estoy segura de que allá afuera hay suficientes personas capaces de sobarte ese enorme ego que tienes, no necesito estar entre ellas.

Por la expresión del rostro, supe que pensaba que yo hablaba demasiado, peleaba demasiado y no era más que un dolor de cabeza en su vida. En cualquier caso, no se movió ni un ápice.

—Solo eres una sirvienta.

Resumió mi existencia entera describiendo mi puesto de trabajo. Fantástico.

—Hago trabajos domésticos y limpieza general —lo corregí, enderecé la columna y me mostré orgullosa, sin la más mínima vergüenza—. Bueno, y, si quieres el detalle, soy la dueña de Mary Limpia Maryland, la empresa de mi fa… —Empecé a decir «familia»,

pero no se merecían ese título. Ni por asomo—. Soy la dueña junto con mi madrastra, principalmente.

Zach dio un paso hacia mí, se veía recuperado después de ese momento tan extraño entre ambos.

—Tu madrastra es una inútil.

Podía volver a sentir su aroma; ese inigualable perfume de aire libre que me hacía pensar en los bosques escandinavos y los inviernos despiadados. Puede que yo fuera inteligente, pero era obvio que mi cuerpo era un maldito imbécil. Si Zach hubiese sido el mismísimo Lucifer, yo me hubiese dejado arrastrar voluntariamente a las profundidades con él. Era como Perséfone, siguiéndolo decidida hacia el inframundo.

—No es verdad. Tiene varios usos: si te cuesta dormir, puedes pedirle que te hable de los problemas que tiene con su guardarropa.

—Lo que no entiendo… —Agarró el cuchillo con más fuerza y colocó el filo sobre mi clavícula. Después, lo deslizó con muchísima suavidad hasta mi garganta—... Es por qué la única persona en esta casa que tiene un cerebro funcional es a quien todos vapulean, Pulpi.

Vaya… La pregunta del millón. Por un momento, contemplé la posibilidad de mentir; la verdad era, de lejos, lo más vulnerable que uno podía compartir sobre su vida. Pero me decidí a no hacerlo. Zachary Sun era capaz de descubrirme antes de que terminara la primera frase inventada, así que no tenía sentido esconderle nada; aun cuando yo sabía que, en su caso, *él* estaba lleno de secretos.

Como tenía claro que podrían estar espiándonos, bajé el volumen de la voz, esquivando el cuchillo con el mentón.

—Tengo algunas cuestiones pendientes de solucionar antes de que pueda irme lejos de ellas. Cuestiones legales. —Arrugué el rostro con gesto preocupado—. En cualquier caso, ¿tú no habías venido hasta aquí para gritarme por lo del colgante?

Sí, estaba tan desesperada por cambiar de tema que no me molestaba que me gritaran.

—Los gritos son para histéricos y no tienen sentido. Lo que mereces es un castigo, algo más que una palmadita en la mano. —Con la punta del cuchillo, Zach levantó mi mentón de nuevo para que lo mirara a los ojos—. Lo cual me trae de regreso al tema de nuestro pacto.

Tragué con dificultad, sintiéndome entre perturbada e intrigada. La verdad era que debería tener miedo de ese hombre, pero no sabía por qué no lograba sentir esa emoción en particular. Tal vez porque parecía demasiado tranquilo como para matar a alguien sin pensarlo. O quizás era otra cosa. El modo en que sostenía ese cuchillo me recordaba el modo en que mi vecino anciano se aferraba a su bastón, o a cómo la niñita de enfrente se aferraba a la manta de su cochecito. Como si lo usara a menudo, con naturalidad. Como si fuera un accesorio que le ayudaba en sus tareas diarias.

Me apreté los labios.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Obligarme a casarme contigo como hizo ese psicópata que tienes por amigo?

Todo el mundo sabía que, a esa belleza sureña que tenía por esposa, Romeo Costa la había arrastrado al altar gritando y pataleando. El hecho de que fueran ahora la pareja más aclamada y admirada del lugar no importaba en lo más mínimo; la historia inicial se me había clavado en el cerebro y yo no podía olvidarla. Que él la

tenía encerrada en una jaula dorada, que ella había torcido los barrotes y les había dado la forma de su corazón, y que fue desgastándolo poco a poco hasta que él fue indiscutiblemente suyo por completo…

Los llamaban «la leyenda del Romeo oscuro y la obstinada Julieta: el clásico remasterizado en que todos tienen su final feliz», pero yo no era como Dallas Costa. Si, por alguna increíble fatalidad, Zach Sun me obligaba a casarme con él, no sería por mucho tiempo. Seguramente lo apuñalaría con mi espada de esgrima cuando estuviera durmiendo.

Zach echó la cabeza hacia atrás y me miró como si yo fuese una alucinación para él.

—Sin ánimo de ofender, señorita Ballantine, sería capaz de elegir a un coyote salvaje por esposa antes de casarme contigo. Sería muchísimo más agradable para mí pasar el tiempo con el coyote que contigo. Además, si lo alimento, puede que logre domarlo.

Sonreí, asegurándome de que la boca se abriera hasta los dientes caninos.

—Ten cuidado que puede que él también te dé una paliza en el go.

—No te pases, pulpita. Hasta donde yo recuerdo, te escapaste de esa partida porque te habías quedado acorralada.

Podía terminar ese juego sin problemas. Lo había recreado mentalmente cada noche desde la fiesta; era el efecto adverso de tener una memoria excelente y una obsesión insana por ganar. Sabía exactamente dónde había quedado cada una de las piedras y anticipado cada una de las jugadas que él tenía para hacer. Y lo más importante: cómo podía usarlas en su contra. Estreché los ojos para ver el reloj de pared por detrás de él.

—¿Qué es lo que quieres entonces?

Tenía cantidad de trabajo que terminar. La lasaña en el suelo no iba a limpiarse sola y, en este punto, la familia Ahmadi estaría en todo su derecho si decidían no pagarme por volver a llegar tarde a su casa.

Zach se tomó todo el tiempo del mundo para contestarme, de pie frente a mí, en toda su gloria y esplendor, sin nada de qué arrepentirse y en su belleza máxima. Duro, frío e implacable. Una escultura inmaculada abandonada justo antes de la capa final de laqueado.

—*A ti.*

CAPÍTULO DIEZ

Farrow

Con un golpe seco, mi columna chocó contra la pared. Mal momento para darme cuenta de que me había hecho caminar hacia atrás, paso a paso, hasta acorralarme. Había invadido mi espacio sin siquiera tocarme. Eso era lo que pasaba: Zach no traspasaba ni una vez mi burbuja personal; al menos no con su cuerpo.

Con la hoja plana de su cuchillo, me inclinó la cabeza a un lado, hacia la sala de estar. Desde ese ángulo, vi con claridad a mis monstruonastras. El nivel de precisión de cada movimiento que hacía Zachary Sun me asombraba muchísimo. Había comenzado a moverme hacia esa dirección diez minutos atrás, con total consciencia de su meta. Durante todo el tiempo que yo me había pasado parloteando sobre las almas.

Vera, Reggie y Tabby, de pie en un círculo cerrado, discutían como tres gallinas frenéticas, así que no habían estado escuchando. Andaban demasiado ocupadas echándose la culpa una a otra por lo que había pasado.

—… me miró como si fuera a invitarme a salir. —Tabby levantó las manos al aire. Su falda Dior se le enroscó por las piernas y reveló un

generoso tramo de sus muslos—. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—… juraría que me sonrió cuando le dije que el zapato era mío. —Reggie resoplaba dentro de un pañuelo, sonándose la nariz a decibelios más acordes a los de un elefante resfriado—. Además, ¿esa falda no es mía? ¿Qué te hizo pensar que te saldrías con la tuya, Tabs?

—Míralas —ordenó Zach, frío y gélido en cada milímetro de su ser —. Estas son las payasas que te tienen de rehén. Vives en un mundo al revés: el perro tiene al humano por la correa.

—¿Es tu modo de castigarme? ¿Hacerme sentir que soy una mierda? —Me aparté el cuchillo del rostro con una palmada—. En ese caso, misión cumplida. Ahora, ¿puedes irte, por favor?

—No. Quiero contratarte para el servicio doméstico. Quiero que me asistas, asistenta.

La conmoción no me duró más de un segundo. Enseguida me vino el ansia de estrangularlo con mis propias manos, pero no se merecía ni la más mínima emoción de mi parte; así que, en vez de eso, le ofrecí mi actitud más desafiante. Volví a inclinar la cabeza hacia la pared y forcé una sonrisa vacía.

—Vete de aquí antes de que te mate. Ni siquiera necesito un arma, créeme.

—Trabajarás para mí, estarás bajo mis órdenes, responderás a mis antojos —continuó, imperturbable e inmutable ante mi rechazo—. Me servirás, obedecerás y complacerás. Y así pagarás tu deuda por haber intentado robarme y, encima de eso, fracasar estrepitosamente…

—Escúchame, pedazo de idiota. En realidad, no te robé. Sin prueba, no hay delito. No tienes más que una abolladura diminuta

en una vitrina. Y yo no soy como mis hermanastras, no puedes presionarme para que me convierta en tu puta a sueldo.

—Yo no he dicho nada de una abolladura en una vitrina.

¡Mierda! Yo jamás cometía esos errores estúpidos; nunca me había acalorado tanto que se me nublara la inteligencia. Zachary Sun había logrado derribar años de autocontrol estricto, de la calma profunda y ejercitada a fondo que se espera de una esgrimista de nivel internacional. Bueno, *exesgrimista* de nivel internacional.

El pulso delator del arrepentimiento me crispó el cuello.

—Sí, lo has hecho hace cinco segundos. —Me reafirmé en mi mentira y levanté una mano para detener su réplica, negándome a caer en el foso que yo misma me había cavado—. Antes de decir nada, recuerda: sin pruebas no hay delito. Yo me perdí por tu biblioteca y nada más. Esa marca del cristal ya estaba de antes.

—No es lo que dicen las cámaras de vigilancia. —Levantó el móvil con su mano disponible y lo agitó frente a mí. Mi cara apareció en la pantalla con total nitidez.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Yo me había asegurado de no ver cámaras por el techo, pero no se me había ocurrido que tuviera alguna escondida. Bueno, pues tenía una. Pero, ante la desesperación, saqué lo mejor de mí. Eché los hombros hacia atrás y me mostré confiada.

—Las cámaras de vigilancia no tienen boca. Sin embargo, mi abogada sí la tiene, y apuesto a que podrá ser muy creativa con lo que sucedió allí: un hombre poderoso, una mujer acorralada en un camisón… —Doblé la cabeza a un lado—. Si sumas uno más uno…

En realidad, la abogada en cuestión no tendría que inventar nada. Zachary Sun me había atrapado en su oficina y me había encerrado ahí, con mi lencería fina como única vestimenta. Había una figura bastante molesta llamada detención ilegal; un delito por el que podían caerte hasta treinta años de cárcel. Ya lo había investigado desde la mañana siguiente a la fiesta.

Zach arqueó una ceja.

—¿No tienes ni para un par de zapatillas que no se te salgan de los pies y esperas que me crea que hay una abogada de quien deba preocuparme? Hasta donde yo sé, Google no puede representarte en un juicio. —Me miró de arriba a abajo—. ¿Quién está dejando ahora que el orgullo se interponga, Pulpi?

Y aun así, me negué a retroceder. Abrí la boca, lista para lanzar una respuesta mordaz. Pero me detuvo apoyando el cuchillo sobre mis labios. Presionó justo con la fuerza necesaria para separarlos. Lo que fuese que vio, hizo que sus pupilas se dilataran. Duró medio segundo antes de que sus ojos se entrecerraran.

Sacudió la cabeza, limpiando lo que fuera que había visto.

—El pacto no es una oferta, es tu única opción para sobrevivir.

—Lo que tú quieres es que desempolve tus repisas y te chupe los pies solo para recordarte a ti mismo de que eres mejor que yo. Gracias, pero paso. No voy a cumplir ninguna de las fantasías enfermizas que habiten en esa cabeza retorcida.

—Puedo asegurarte que lo último con lo que fantaseo es con que me toques.

—Muy bien, muy bien. —Tomé distancia del cuchillo y me arremangué; un calor súbito e inusual me recorrió por todo el cuerpo—. Lo confieso.

—La verdad es que dudo que fueras capaz de reconocer la honestidad, aunque te golpeara en la cabeza con una placa de identificación.

Su retórica agresiva me resbaló sin afectarme en lo más mínimo.

—Supongamos que, en teoría, hubiese querido robarte. ¿Y qué? —Me encogí de hombros—. En todo caso, no lo logré. No hay pruebas, tampoco. La habitación está intacta. En el peor de los casos, me darán unos días de libertad condicional o de trabajo voluntario por invasión de propiedad privada. Lo haré y listo.

Terminé de decirlo y giré sobre mis talones, lista para salir disparada, pero él me agarró por la muñeca. «¿Y qué pasa con eso de que no quieres contacto conmigo, imbécil?». Una sonrisa socarrona viajó hasta mi boca y me di la vuelta, ansiosa por señalárselo. Pero para cuando lo enfrenté, Zach ya me había soltado y se tambaleaba hacia atrás. La confusión total se confundía con repugnancia y le arruinaba las facciones impolutas. Se miró la mano con la que me había tocado, después me miró a la cara y después de nuevo la palma extendida; parecía expectante de ver si se prendía fuego o algo así.

¿En serio? ¿Tan horrenda le parecía yo que por poco y pega un grito? Otra emoción desconocida se me metió en las tripas. Me sentí *dolida.*

Me crucé de brazos y me hundí las uñas cortitas lo más hondo posible dentro de los codos.

—Si te parezco tan desagradable, no me toques.

Enderezó la espalda y aflojó la mandíbula hasta volver a la expresión neutral terrorífica que había usado antes.

—Trabajarás para mí. —Las palabras le salieron con lentitud a medida que iba recuperando la compostura paso a paso.

—No lo haré. —Negué con la cabeza y miré a mi alrededor—. ¿Por qué demonios querrías que lo hiciera? Crees que traté de robarte. ¿Quieres que vuelva a hacerlo o algo así?

—Alguien tiene que ponerte en tu lugar.

—Mi lugar es lejos de donde tú estés.

—Tu lugar es asistir a quien te pague por ello y yo puedo hacerlo.

—No soy un objeto que puedas poseer.

—Eres un sujeto que *voy a* poseer —me contestó, con una mirada inerte—. Hasta que me canse de ti. Lo cual, no te preocupes, ocurrirá pronto. El pacto que te ofrezco es extremadamente corto y conveniente. Serías muy tonta de no aprovecharlo.

Al fin —sí, al fin, maldita sea— las millones de alarmas que tenían que haber sonado hacía más de una hora se despabilaron dentro de mi cabeza. ¿Por qué, de todas las personas posibles, quería contratarme *justo a mí*? Era cierto que yo lo había desafiado al go, pero eso lo habría hecho cualquier prodigio con un noveno dan del campeonato mundial. ¿Por qué yo?

«Eso no importa. Le prometiste a papá recuperar el colgante. Puedes mentirle a todo el mundo menos a él».

—De acuerdo. —Despegué con el dedo un pellejo seco de tomate que tenía pegado en la ropa y le apunté a los zapatos—. Si me devuelves el colgante, aceptaré tres meses de contrato.

—El colgante no está en juego. No lo tendrás jamás. —Consultó su reloj de pulsera mientras negaba con la cabeza; se le había hecho tarde—. Contrato de seis meses y seré tu único cliente. El horario es

de ocho a seis treinta, cinco días a la semana. La tarifa de fin de semana es el triple de la regular.

¿Pero quería una asistenta o una inquilina? ¿En qué mundo aceptaría yo un horario tan disparatado?

Luché por no poner los ojos en blanco.

—Tengo una empresa que administrar. Hago tres o cuatro mansiones al día.

—Pues harás una sola, y será la mía.

—Perderemos clientes. No, gracias.

—¿Por qué habrías de perder clientes? No eres la única que limpia en toda la empresa…

Mi mirada en blanco lo dijo todo. Su rostro se trastocó y pasó del aburrimiento a la repulsión.

—¿Me estás diciendo que eres la única empleada y que divides la ganancia con tu madrastra? ¿Acaso te gusta que te pisoteen? ¿Acaso es tu propósito en la vida?

En realidad ella se llevaba el sesenta por ciento y yo el cuarenta, pero me dio vergüenza corregirlo.

Levanté el mentón en diagonal.

—Qué ironía viniendo de ti.

—Lo que te ofrezco es un intercambio lógico. Lo suyo es trabajo forzado.

—El hecho es que no puedo trabajar solo para ti.

—Puedes y es exactamente lo que harás, una vez que tu madrastra contrate más empleados, que es lo que hará para cuando termine con ella.

«¿Por qué haces esto? ¿Por qué me ayudas?». Era obvio que tenía alguna motivación oculta, pero no se me ocurría qué tenía yo para

ofrecerle que no pudiera tener otra persona. Aparte del go, no teníamos nada más en común.

—No estoy haciendo esto por la bondad de mi corazón —dijo Zach, como si me leyera la mente, y sacó su teléfono para revisar el correo electrónico.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque te mereces una lección.

—¿Y qué lección es esa? —Me arrepentí de hacer la pregunta nada más hacerla.

—En este mundo hay amos y sirvientes. Yo soy amo y tú eres sirviente. Si actúas como tal, te dejaré ir.

No me tragué sus palabras ni por un segundo. Nadie hubiese ido hasta tales extremos para demostrarle algo a alguien que no le importaba. Pero, a la vez, no era tan tonta como para creerme que su intención fuese seducirme. Zachary Sun emitía ondas antisexo bien nítidas. Yo lo había estudiado muchas veces; en cuanto lo veía, no le sacaba los ojos de encima, tanto de cerca como de lejos y me había dado cuenta de que él no miraba a otro ser humano con aprecio ni de reojo. Sus ojos no se habían detenido jamás ni en una mejilla sonrojada ni en un busto opulento. Los hombres tampoco le interesaban. Trataba a los humanos como si fueran piedras de su juego de go. Hablando de eso…

—Lo que quieres es terminar esa partida. —Una sonrisita pícara se interpuso con mi ceño fruncido—. Por eso me quieres cerca.

—Ay, me has pillado. —El sarcasmo le desbordaba por los labios—. Veo que tu inteligencia no tiene límites.

Pasé a su lado, me dirigí a la encimera y abrí un armario superior.

—Crees que puedes ganarme.

Me observó mientras sacaba un vaso, lo llenaba hasta el borde con agua del grifo y me la bebía toda.

—Creo que las palabras que buscas son «muchas gracias».

—Aún no he aceptado el acuerdo.

Una de sus cejas gruesas se levantó.

—¿No vas a ofrecerme un vaso de agua?

Lo recorrí con la mirada y me tomé la libertad de apreciar todas las partes más interesantes.

—Pareces estar en perfecto estado de salud; en especial, tus piernas y manos. Así que confío en que es una labor que puedes desempeñar sin problemas.

—No me sirvo mi propio vaso de agua desde… —Frunció el entrecejo, en un esfuerzo por recordar—. Nunca, creo.

Apoyé mi vaso en el fregadero, me sequé la boca con la parte de atrás de la mano y chasqueé los labios.

—Qué desperdicio, unas manos tan bonitas y tan inútiles.

Se le trabó la mandíbula y supe que le había afectado lo que dije. Aquello era tan inusual que tomé la señal como un punto a mi favor.

—Entonces… —Hizo salir la palabra como deslizándola, mientras flexionaba la mano libre, quizás por el esfuerzo que hacía para no estrangularme. «Amiguito, estos próximos seis meses serán un verdadero infierno para ti»—. ¿Tenemos un trato?

Me tomé todo el tiempo del mundo para enjuagar el vaso. La casa de los Ahmadi necesitaba que la limpiara, pero de alguna manera, confiaba en que Zach cumpliría su promesa y eliminaría mis otras responsabilidades. La piel rosada de mis manos tan expuestas al trabajo forzado me hizo un guiño por debajo del chorro de agua. Agua que no podía pagar, bajo una luz cuya factura todavía no se

había pagado. Tan solo seis meses y desaparecerían mis problemas. ¿Me veía capaz de hacerlo? ¿Podría vender mi alma a este monstruo vestido con traje de Armani? A medio metro de mí, las manos impolutas de Zach Sun me desafiaban con sus dedos largos y sedosos. Sin una sola callosidad a la vista, excepto por una única marca por debajo del dedo medio de la mano derecha; «del go», deduje. Éramos la noche y el día. Una noche sin luna y un día perihelio. El frío ártico y el calor ecuatoriano. Familia adinerada y sin familia ni dinero. Arranqué un trozo de papel de cocina, me sequé las manos lo mejor que pude y lo puse a secar sobre el grifo. La única razón por la cual no habíamos pasado a los trapos lavables estaba sentada en el salón, discutiendo con su hermana sobre quién sería mejor novia para el diablo que tenía ante mí; no podíamos afrontar el coste que había que desembolsar cada vez que Tabby atascaba las cañerías del fregadero.

«Pues aquí me tienes: si me quieres en tu vida, más te vale acostumbrarte a mis hábitos de escasez».

Fui hacia él, con la determinación creciendo a cada paso. Pero en cuanto llegué al metro cuadrado de su burbuja personal, se alejó de mí. Por instinto, al parecer; como si, por el mero hecho de que mi mugre se frotara contra su aura dorada, le entraran ganas de vomitar. Realmente no le gustaba la idea de que nos tocáramos y empezaba a sentirme ofendida por ello.

—Las horas que pides sobrepasan todo lo esperable, y pides concesiones demasiado poco convencionales. —Crucé los brazos por delante del pecho—. Vuelve a la mesa de negociación y puede que lleguemos a un acuerdo.

—No estás en posición de negociar nada.

Negué con la cabeza y suspiré.

—Piensas con mucha lógica, pero hay una cosa que no estás teniendo en cuenta.

—¿Y qué es eso?

—Las emociones. Yo las tengo. Y en este preciso instante, la mayoría de ellas dedicadas a odiarte hasta la médula. Así que tendremos que encontrar un punto medio que nos sirva a ambos.

Guardó el teléfono de vuelta en su bolsillo y deslizó el cuchillo en su estuche escondido.

—¿Qué quieres?

Me pregunté si se daba cuenta de que el acabado perfecto que él había elaborado con tanto cuidado había empezado a resquebrajarse para mí. Estaba claro que Zachary Sun estaba compuesto por muchas partes en movimiento y que yo no entendía el 99,99% de ellas, pero sí me había dado cuenta de algo importante: había algo oscuro e inusual que acechaba en las profundidades del soltero más codiciado del hemisferio norte; algo terrorífico que por nada del mundo quería que se descubriera.

—Puedes guardarte tu estructura salarial tradicional de mierda, no quiero saber nada de ella. —Me moví unos pasos apenas, solo para forzarlo fuera de sus límites, y deleitarme con el modo en que su mandíbula se trababa cuando me acercaba a él—. Me pagarás parte de los honorarios legalmente. Cubrirás el anticipo de seis cifras y la tarifa por hora, y después me pagarás un salario mínimo en los papeles y cincuenta dólares por hora sin declarar.

Lo último que quería era abultar los bolsillos de Vera mientras llenaba los míos. Zach ni se inmutó ante el número.

—No quieres que el dinero llegue a tu madrastra.

—Correcto. Y el dinero no es problema para ti.

—Tengo una oferta todavía mejor: te contrataré los mejores abogados que haya en todo el distrito.

Tragué saliva, en un intento de mantener mis emociones a raya. Me daba cuenta de que parecía demasiado bueno para ser verdad y, sin embargo, no podía contener la sensación de esperanza que me invadía. No había castigo más cruel que la esperanza. Normalmente, sabía muy bien cómo evitar que se me escabullera por dentro; pero estaba cansada y algo atontada y, por primera vez en la vida, sentí un poco de lástima de mí misma.

Le sostuve la mirada.

—Sabes que lo que sea que pagues a esos abogados, no podré devolvértelo jamás, ¿verdad?

—Puedo pagar un continente entero de abogados y enviártelos a ti, Farrow. —*A* ti, no *para* ti. Apenas por una palabra no era romántico—. Y te representarán de un modo tan despiadado que Vera Ballantine saldrá corriendo a negociar antes de que presenten ni la primera moción.

Negué con la cabeza, con los ojos frenéticos en dirección a ella, maldiciéndome por haberme olvidado de que la tenía tan cerca.

—No tiene que enterarse de que tengo abogados nuevos.

Zach arrugó el entrecejo.

—¿Por qué no?

Apreté los labios, con la mirada fija en su garganta. En esa columna larga y elegante, masculina y gruesa. Las palabras que iba a decirle, no se las había dicho nunca antes a nadie, pero debía hacerlo; era mi única esperanza. Qué vuelta tan cruel del destino, que mi salvación llegara de la mano del diablo.

—Tengo una segunda cláusula para nuestro acuerdo. —Me mordí el labio superior; lo dejé dentro de la boca un momento, y mordisqueé las palabras, tratando de no sonar descabellada—. Necesito que contrates un investigador privado para que revise el testamento. Mi padre jamás me hubiera dejado fuera, sé que no puede ser.

—Dalo por hecho.

Ni siquiera me cuestionó sobre por qué quería luchar por una empresa de limpieza, como sí lo habían hecho los abogados de oficio. No me sugirió abandonar el legado de papá. No me juzgó por llorar mi futuro perdido; un futuro en que me retiraba como campeona olímpica de esgrima y dirigía la empresa con papá, los dos juntos, sin nadie más.

En realidad, su rostro jamás abandonó su expresión neutra habitual. No había juicios, ni incredulidad, ni condescendencia. Solo aburrimiento y un atisbo de impaciencia por la reunión que lo hacía mirar el reloj cada dos por tres. Sentí aprecio por la simplicidad de su egoísmo. Zachary Sun solo se preocupaba por sí mismo y por nadie más; cualquier cosa que sucediera por fuera de ese dominio no merecía su atención.

Me disparó una mirada de advertencia.

—Fin de las peticiones. —Sacó el teléfono, deslizó el dedo un par de veces y me lo entregó—. No deberías ser recompensada por tu comportamiento atroz.

Bajé la vista a la pantalla y vi el nombre de una aplicación de IA que seguro que acababa de comprar. Transcribía conversaciones y las convertía en contratos en tiempo real, descartando todo el inútil ir y venir de la negociación.

Operábamos en niveles distintos, él y yo. Cuanto antes lo aceptara, menos miserables serían los próximos seis meses para mí.

Garabateé mi firma de garra de pollo sobre la pantalla y me mojé los labios, medio emocionada y medio sorprendida por lo que acababa de suceder. Yo había creído que su intención era sentarme sobre su regazo y darme un par de palmadas como a un niño. Y, en cambio, me había escapado del escarmiento y me llevaba un trabajo nuevo mucho más ventajoso que el que tenía, más la oportunidad de salir finalmente de un destino fatal horrible. Recuperó su teléfono de mi mano, con cuidado de no entrar en contacto físico. Lo miré de reojo.

—No puede ser que estés haciendo esto solo como un castigo o para ganarme al go. —Pero no estaba tan segura. La gente rica gasta su dinero de las maneras más lunáticas. Por eso, todos los que no somos ricos queremos lincharlos—. ¿Qué más ganas tú con todo esto?

—Es una sorpresa y no quiero arruinártela. —Su tono helado me advirtió que tirara su teléfono por el triturador de basura y escapara mientras pudiera—. Ahora, si me disculpas, tengo que intercambiar algunas palabras con tu… *madre*.

Fue en dirección al salón, sin dedicarme una sola mirada en todo el camino que hizo para salir de la cocina.

—Oye, Zach.

Se detuvo pero no se dio la vuelta.

—¿Sí, pulpita? —¿Podía ser que ese apodo estúpido y absurdo estuviera empezando a gustarme? No era para nada sexi, pero casi que me gustaba el significado.

—Ya sé cómo hacerlo. —Sonreí con malicia.

—¿El qué?

—Salir del embrollo en que me metí con nuestro juego.

Mis palabras se encontraron con un silencio, aunque me pareció que sus hombros anchos temblaban apenas, solo un poco, con el movimiento de algo que me atrevería a decir que era… *risa*.

—El lunes, a las ocho treinta. —Golpeó el marco de la puerta con los nudillos—. No llegues tarde.

—Claro. Esta vez, intenta no acuchillar a nadie cuando pierdas los estribos.

CAPÍTULO ONCE

Zach Sun: @OllievB, aleja a tu sabueso de mi pequeña intrusa.
Ollie vB: ¿El investigador privado?
Ollie vB: ¿Cómo lo has sabido? Lo que el hombre descubriera iba a ser mi regalo sorpresa para disculparme por haberme tirado a todas tus potenciales esposas.
Ollie vB: [GIF de Bob Esponja que dice «Mil años más tarde»]
Ollie vB: ¿Eso es todo? ¿No vas a dar más detalles?
Ollie vB: Tal vez estén teniendo sexo en este mismo instante.
Romeo Costa: …
Ollie vB: Cierto. Hablamos de Zach. Es alérgico a los gérmenes del amor.
Ollie vB: Nunca se sabe… Esta chica podría ser la que lo cure.
Ollie vB: Quizá están destinados, como Frankie y yo.
Romeo Costa: Por enésima vez, mi cuñada no es más que una niña. Tienes que mantenerte a un metro y medio de distancia de ella, según la Ley.
Zach Sun: Y a unos tres metros según Jesús.
Ollie vB: Que mi pito se extienda es algo bueno.

Romeo Costa salió del chat.

Ollie vB: ¿Es por algo que he dicho?
Ollie vB: Espera… @ZachSun, ¿has vuelto?
Ollie vB: ¿Hola?

CAPÍTULO DOCE

Farrow

—*Lazits*, Fae. La precisión requiere de una mente clara y un alma limpia. —La máscara de esgrima cubría el rostro de Andras—. Estás dentro de tu propia cabeza y ese no es el mejor lugar. Concéntrate. *Mérd fel a távolságot*.

«Comprueba tu distancia». Mi nivel de húngaro oscilaba entre unas pocas palabras más que las que sabe un feto y algunas menos que las de un crío de un año, pero Andras repetía las mismas instrucciones tan seguido que me las había memorizado todas.

Me dio un golpe en la pantorrilla con su sable.

—Estás demasiado lejos. Estás mostrándome tu debilidad. Puedo olerla desde donde estoy.

Con cada reprimenda, sonaba más y más duro; dureza que se sumaba a su forma de hablar ya de por sí formal y carente por completo de expresiones amables.

Yo seguía a medias su movimiento de piernas rápido mientras completaba una balestra, porque las palabras de Zach y nuestro pequeño altercado me daban vueltas en la cabeza. Su tono burlón

me retumbaba por dentro: «Es una sorpresa y no quiero arruinártela».

Con la suerte que tenía, sabía que la sorpresa sería peor que el castigo del que apenas había logrado zafarme.

Me alejé de Andras y casi me caigo en medio de la pista cuando se abalanzó sobre mí.

—Retírate. —Apuntó la punta de su sable a mi rostro enmascarado —. ¿Cómo esperas que te entrene para las Olimpíadas si te desconcentras en un ejercicio tan simple?

No esperaba que él me llevara a las Olimpíadas; no después de haberlo intentado y fallar tan estrepitosamente. Me hubiese dolido menos si hubiera perdido mi puesto en el equipo por mis propias deficiencias como esgrimista. Pero no; mi destino no era más que el resultado de mis acciones. Una parte de mí, una gran parte de mí, sabía que no merecía una segunda oportunidad después de lo que había hecho. Bajé el sable y volví a centrar mi atención en mi entrenador de cincuenta y cuatro años.

—Mierda, lo siento.

—*Nyasgem*. —Acentuó el insulto con un gruñido de disgusto—. La próxima vez que tus ojos se aparten de mi sable, te lo ensartaré.

«Concéntrate, Farrow. Antes de que este hombre te convierta en un colador». Habíamos hecho un cambio y usábamos sables para trabajar la velocidad de mis piernas. Yo me había pasado bastante tiempo sin ningún entrenamiento, por culpa de mis semanas laborales de sesenta horas. Pero gracias a mi diablo de brillante armadura y elegante corcel, esto cambiaría pronto. Trabajar para Zach me dejaría más tiempo libre para la esgrima.

Sonreí por detrás de la máscara.

—No parpadees.

Avancé sin piedad, aprovechándome de nuestra diferencia de tamaño. «Es mi turno». Apunté a la cabeza de Andras; él desvió el golpe con una parada y dirigió una estocada a mi hombro. Pero yo era más rápida que una bala, me cambié de lugar y alcancé su rostro enmascarado con la punta de mi espada. El timbre resonó en toda la habitación y se añadió un punto a mi lado del marcador. No necesitaba los cables eléctricos para saber que había ganado el punto. Detrás de la espada, *lo sabías*.

Andras se arrancó la máscara de la cara y la arrojó a sus pies, después agitó un puño enguantado hacia mí.

—¿Dónde has estado todo el combate? Has vuelto a la vida unos veinte segundos antes de terminar.

Me quité la máscara y me encogí de hombros.

—No necesito más que veinte segundos para ganar.

Había perdido todo derecho a ser arrogante después del «incidente», pero con Andras podía darme un respiro. Él nunca emitía juicios sobre algo que no fuera la técnica y el esfuerzo; nunca me hacía sentir inferior por haber cometido *ese* error.

Apoyé mi máscara sobre un banco fuera de las líneas de pista mientras seguía escuchándolo emitir sus quejas. Me merecía todos y cada uno de los insultos que me propinaba. Por suerte, la mayoría los decía en húngaro y yo no los entendía. Andras había accedido amablemente a adaptar su horario al mío y me entrenaba a las seis de la mañana, tres veces por semana, así que se merecía lo mejor de mí.

Me siguió durante todo el trayecto hasta la fuente de agua fresca.

—Pareces una principiante inexperta que se fascinó con la esgrima después de ver *Tú a Londres y yo a California* y decidió tomar unas clases. Una aficionada, una vergüenza.

Acerqué los labios al grifo y tragué el agua helada.

—No volverá a pasar.

Me siguió hasta los vestuarios.

—Claro que no volverá a pasar. Si te presentas en estas condiciones el jueves, te suspenderé como instructora.

Me detuve en seco y giré sobre mis talones en medio del pasillo. Dos esgrimistas aficionados chocaron conmigo y se disculparon rápidamente, aunque había sido culpa mía.

—No puedes hacer eso.

Andras se hundió los puños en la cintura. Antes me daba miedo cuando me clavaba los ojos celestes, casi translúcidos, en los míos. Ahora, encontraba consuelo en ellos. Ahora que papá no estaba, nadie más se preocupaba tanto por mí que me mirara de ese modo.

Las arrugas se apilaban en la frente ancha de Andras como si fueran bloques de Jenga. Era bajo y ancho, no tenía las dimensiones más adecuadas para ser esgrimista y, sin embargo, el mundo entero lo consideraba el mejor instructor que había dado este deporte. *El cuarto mosquetero*, una leyenda viviente.

La gente nos esquivaba a toda prisa, dirigiéndose a sus sesiones con sus instructores. El exclusivo club de Potomac Hills ofrecía instalaciones de esgrima de nivel olímpico. Eso si podías afrontar el precio, claro. O *también* si tu entrenador era Andras Horvath.

El enorme reloj digital de la pared del fondo me recordó que mi alumno llegaría pronto. Tenía que prepararme, no le gustaba la impuntualidad.

Bajé el tono de mi voz hasta hablar en un susurro y recorrí el club con la mirada.

—Necesito el dinero.

No era exactamente así; necesitaba al *cliente*. Pero Dios no permitiera que algún imbécil me escuchara y se lo hiciera llegar a Vera. Para ser tan holgazana y alérgica a las matemáticas, mi madrastra tenía sin duda un ojo bien agudo puesto en mis finanzas.

—Es mi academia de esgrima: yo pongo las reglas. —Andras se echó hacia delante hasta que su nariz casi se pegó con la mía. Se me revolvió algo en el estómago—. No estoy aquí para acompañarte en tu pasatiempo. Yo voy por la medalla de oro y eres mi mejor candidata para ganar: la estudiante con más talento que hay aquí dentro. Si no compartimos el mismo objetivo y la misma disciplina, allí está la puerta.

«Pero Fae, ¿cómo pudiste ser tan fantasiosa de confundir esa mirada al mejor estilo de *El resplandor*, de Kubrick, con un gesto afectuoso?». Era imposible que algo tan tonto como las emociones humanas pudieran penetrar por la neblina oscura de la mente unidireccional de Andras. Solo podía pensar en la esgrima y no le importaba nada más que la medalla de oro olímpica.

Tragué la respuesta amarga que tenía en la punta de la lengua. Había tanto que quería decirle… Que no tenía tiempo, que por momentos lo veía doble cuando me batía a duelo y la falta de sueño me jugaba una mala pasada, que los callos que tenía en las manos de tanto limpiar hacía tiempo que habían superado en número a los de la esgrima y ahora la empuñadura de la espada se sentía extraña… Y, más que nada, que no me sentía segura de poder entrar

en la clasificación para las Olimpíadas con mi historial y con la multa que todavía estaba pagando.

Al final, solo le dije:

—Entendido. No lo olvidaré. Ahora, por favor, ¿puedo ir a cambiarme antes de que llegue mi alumno?

Sin una sola palabra, giró sobre su eje y se lanzó en la dirección opuesta, hacia la recepción. Andras siempre caminaba así, como un general del ejército del Eje de la década de los años cuarenta.

Mordí el interior de mi mejilla y finalmente entré al vestuario.

Una vez allí, me saqué el equipo y pasé los dedos por la parte superior del brazo. Andras me había dejado un pequeño corte justo ahí, como había prometido. Solo él había logrado atravesar mi chaqueta de esgrima y mi protector acolchado. Debían haberse rasgado antes, y él lo sabía. Una violación flagrante de la ética del deporte. Exactamente el tipo de cosa que haría Andras. «Idiota». Un hilito de sangre serpenteaba a lo largo de todo el brazo hasta el codo. Hice correr el agua del lavabo y me lo enjuagué con agua tibia; después, saqué el botiquín de primeros auxilios de mi taquilla y me puse una venda. Los rizos rubios, sudados y despeinados, me cayeron sobre la cara y me taparon los ojos. Los cortes de cabello eran para la gente de dinero. Dentro de poco, el pelo me llegaría hasta el trasero y Andras me maldeciría por mi tacañería antes de cortármelo con unas tijeras de cocina oxidadas. Enjuagar y vuelta a empezar.

Miré la hora en mi teléfono. Faltaban ocho minutos para la clase. Andras me pagaba sin un contrato (y así eludía los impuestos), pero esa no era la razón por la que había elegido enseñar. Tenía un solo alumno y lo había aceptado porque necesitaba información

importante. De hecho, este mismo alumno había dicho en una entrevista que los datos son lingotes de oro en la actualidad. Y yo no podía estar más de acuerdo con él.

Quedaban siete minutos. Tiempo suficiente para responder la tanda de mensajes que me había dejado mi mejor amiga de la academia de esgrima de Seúl.

Ari: No puedo creer que no estés conmigo cuando estoy en plena organización de *mi boda.*

Ari: Terrible traición.

Ari: [Gif de Christian Bale cubierto de sangre encendiendo un cigarro]

Ari: ¿Cuándo empiezas a trabajar para ese «psicópata americano»?

Ari: Deberían hacer el *remake* de la peli con la familia Sun, ¿no crees?

Me reí ruidosamente al tiempo que hacía volar los pulgares por la pantalla y escribía mi respuesta.

Farrow: El lunes, ¿por?

Ari: Quiero que te acuestes con él y que tengáis un sexo desenfrenado y furioso.

Farrow: Me parece que no está interesado en mí de este modo.

Ari: Entonces quiero que me dejes darte el dinero para los temas legales y demandes a tu madrastra. De verdad, sabes que puedes devolvérmelo poco a poco. Y para mi familia no es mucho.

Farrow: Lo sé. Pero es cosa mía. Te lo agradezco de corazón, pero no estaría en paz si lo aceptara.

Ari: Te odio.

Farrow: Yo te quiero.

Ari: Está bien, yo también te quiero.

Farrow: Saluda a Hae-in de mi parte.

Miré el reloj de pared que colgaba de los viejos azulejos azules: 7:02 a.m. *Mierda*. Resoplé y me recogí el cabello en una cola de caballo bien ajustada y la metí por detrás de la máscara. Revisé en

el espejo si había mechones sueltos, los metí debajo de la tela y me puse los guantes antes de recoger mi equipo del suelo.

El pasillo se había vaciado en los últimos diez minutos. Me obligué a caminar con pasos tranquilos con el propósito de desacelerar el corazón. Un adolescente con uniforme me sostuvo la puerta. Flexioné los dedos bajo los guantes, absorbiendo la escena: una docena de esgrimistas completamente equipados bailaban sobre las pistas repartidas por la enorme sala. Las espadas tintineaban en una sinfonía única que siempre me erizaba la piel. Había pasado una semana desde nuestra última clase; seis días desde la velada. Quedaba un último viernes antes de mi fecha de inicio oficial en la guarida del rey. Mi alumno estaba de pie, solo en una de las pistas, era el único esgrimista que seguía esperando. De espaldas a mí, con las manos entrelazadas por detrás, miraba por la ventana en silencio, como si los pobres alumnos que lo rodeaban no merecieran su atención. La espada de duelo —la correspondiente a su disciplina y arma de elección— le quedaba como un guante. Era la que se usaba para un tipo de combate más lento y deliberado, en el que el cuerpo entero se disponía a ser el blanco. Más importante aún, en este estilo de esgrima no se aplicaba la prioridad del toque. Por lo tanto, de las tres disciplinas, era la más salvaje. Y precisamente por esa razón le sentaba bien a Zachary Sun.

El tipo no parecía un caballero rimbombante en su armadura ni un héroe de ética intachable llegado para salvarnos. No, él era un predador despiadado, un monstruo que atacaba a quien le apeteciera y como le apeteciera, con tal de que aquello lo acercara a su objetivo.

De algún modo, este predador despiadado había convencido a Vera de contratar a tres personas de la limpieza para la empresa. Yo no podía creerlo cuando ella nos reunió a mis hermanastras y a mí para darnos la noticia. Se deshacía en elogios hacia él por cómo le había dicho que su plan de negocios le parecía formidable y decía que le había ofrecido ideas de cómo expandirlo más adelante.

—Chicas, estamos ante el comienzo de una nueva era. He abierto la puerta a una oportunidad de negocios grandiosa. Vuestra madre acaba de lograr algo que vuestro padre nunca hubiera podido lograr.

—Jane Doe. —Zach seguía mirando por la ventana, pero me trajo de vuelta al presente—. Llegas tarde.

Durante semanas, casi no habíamos hablado mientras entrenábamos. Con lo astuto que era, no le hubiese costado demasiado reconocerme por la voz y yo no podía arriesgarme; no con toda la información que necesitaba sobre su fiesta. Ahora, sin embargo, ya no tenía tanta necesidad de cubrirme.

Me lancé hacia la pista y me posicioné frente a él.

—Espada. Máscara. Postura.

Giró sobre un talón y acortó la distancia, al tiempo que deslizaba la máscara sobre su rostro endiosado y que levantaba su espada con un único movimiento. Incliné el mentón.

—En guardia.

Rápidamente tomó la posición correcta, como si hubiese nacido para el arte del esgrima; los movimientos no le requerían fuerza y me entraban ganas de gritar. El pie derecho al frente, en ángulo hacia mi posición, las rodillas sobre los dedos de los pies. Espalda recta. Siempre. Brazos sueltos y ligeros. Nada que corregir.

Caminé por la pista, respirando pesadamente contra mi máscara de metal.

—Hoy seré despiadada —le advertí.

—Dame lo peor que tengas.

El marcador comenzó con su conteo: tic-tac, tic-tac. Me sumergí en una estocada profunda. Para haber elegido la espada, Zach practicaba un estilo de esgrima agresivo. Se saltó los sondeos y, apenas tres minutos después de empezar, ya avanzaba. Su cuerpo ágil se mezcló con el aire, y la punta de la espada apuntó directa a mi corazón. Lo esquivé, retrocedí, y luego avancé un paso. Ignoró la amenaza. «Maldito arrogante».

Me aseguré de que se arrepintiera y embestí hacia delante con una estocada que no se detuvo hasta llegar al suelo, donde le hice un corte a la altura de las rodillas. Gruñó ante el contacto, pero pudo morderse la lengua. El marcador sonó y marcó su retirada. 1-0.

Él volvió a la línea de guardia.

—Otra vez.

—Tu instinto —chasqueé los dedos, me alejé de él y volví a la posición inicial— no es tan bueno como crees.

—No te pago por hablar, Jane—. Volvió a acomodarse en la postura correcta—. Te pago por enseñarme esgrima.

«Sigue así y te cortaré en pedacitos».

En la ronda siguiente, no dejé de hostigarlo ni un segundo: dibujaba círculos con mi espada todo el tiempo que la tenía en el aire y desarmaba su posición de guardia continuamente hasta que sus paradas se volvieron nerviosas. Me devolvió el favor con unos golpes contundentes que no me daban tregua; invadía mi espacio cuando menos lo esperaba y me atacaba con tanta hostilidad como

si hubiese descabezado todas las esculturas griegas antiguas que tenía en su biblioteca. Él era una conjunción letal en un esgrimista: fuerza, velocidad y goce por el combate. Un verdadero apasionado del arte de la guerra.

La punta de su espada me besó en el hombro. Di un gruñido como si el contacto me doliera y retrocedí con un chirrido.

—¡Ah!

1-1.

Zach retrocedió y se alejó lentamente mientras admiraba su espada.

—Como dice esa frase: «acepta la derrota con gracia»…

«Serán tus últimas palabras…».

Volvimos a la posición de guardia y comenzamos de nuevo.

2-1. 3-1. 3-2.

A medida que progresaba el combate, tuve que reconocer que Zach bien podría conseguir entrar en el equipo olímpico. Poseía todas las cualidades más buscadas: velocidad, agilidad, anticipación del movimiento y una capacidad de observación superior. Se movía como un bailarín muy elegante y tenía una disciplina inigualable.

A la mitad del segundo periodo, dejé de prestar atención al marcador. Todo lo que sabía era que iba a derrotarlo; yo no perdía nunca.

Lancé la espada hacia él.

—¿Por qué esgrima?

Esquivó el golpe con astucia. Y, si la pregunta lo sorprendió, no dio muestras de ello.

Nunca le había hablado tanto como hoy en los cuatro meses en que llevábamos entrenando juntos. Pero como ya no necesitaba

ocultar mi identidad, me permití un poco de curiosidad. Mejor dicho: tenía toda la intención de revelarle quién era. Quería que supiera que era yo, que sabía cómo atravesarle el corazón a alguien con una espada, y que bien podía ser él como cualquier otra persona. Con un pase hacia atrás perfecto, dijo:

—Prefiero el contacto del filo de una espada, antes que el contacto humano.

—¿Qué tienen de malo los humanos?

—Todo. —Intentó golpearme el hombro pero lo esquivé y de un giro volví a mi posición—. Tú, por ejemplo, hablas demasiado para mi gusto.

—Pues busca otro entrenador.

El aire se llenó con el sonido gélido de su risa.

—Ambos sabemos que tienes demasiado talento y que no eres fácil de reemplazar. Algo que no se puede decir de la mayoría de los empleados.

—Andras es mejor instructor que yo.

—Andras es un caballo muerto, un amargado de la vida que vive a contramano con el mundo entero. Una víctima jamás saldrá victoriosa. Y yo no contrato a perdedores.

Nuestras espadas daban silbidos en el aire, encontrándose, cruzándose y después alejándose de nuevo.

—Te crees muy superior, ¿verdad? —le gruñí.

—¿Y qué culpa tengo si la mayoría son inferiores? ¿No crees, Jane Doe?

Avancé y arremetí contra él tan rápido que creé una ráfaga de viento detrás de mí.

Más por estado atlético que por técnica, me esquivó las embestidas las dos veces y apuntó sin éxito a mi corazón. Lo ataqué más rápido, sin respiro, sin un solo descanso entre paradas. Trastabilló y cayó al suelo, la espalda le quedó pegada contra la pista.

«Será mejor que te acostumbres a esta posición. A fin de cuentas, es la mejor para las langostas al plato, una vez cocidas».

Zach trató de recuperarse e intentó levantarse de un salto. Tenía unos reflejos deslumbrantes, pero no igualaban mi rapidez tan entrenada. Para cuando levantó el cuello, su máscara quedó pegada a la punta de mi espada, y así compensé las dos veces en que había apuntado su cuchillo hacia mí.

El tablero dio un pitido. 9-7. Y sentí cómo se deshacía el nudo de mi estómago al tiempo que apretaba el pie sobre su rodilla para que no pudiera ponerse en pie. Con un giro de mi espada aparté la suya, lejos de su mano.

Zach permaneció en la pista, tranquilo y sereno por detrás de la máscara; el pecho apenas se le levantaba con la respiración.

—Tarjeta roja, Jane Doe, muy roja.

—Pues el rojo es mi color favorito. —Usé la punta de mi espada para quitarle la máscara, desde el cuello hasta el cuero cabelludo, teniendo cuidado de no rozar su precioso rostro con el filo. Por mucho que odiara admitirlo, estropear tal obra de arte sería un desperdicio.

Zach se reveló ante mí, centímetro a centímetro, como el lento despliegue de una cortina de teatro, con su rostro estoico e inquebrantable y absolutamente impresionante. De algún modo, sus ojos atravesaron la máscara y se cruzaron con los míos. Me recorrió

un escalofrío por la espalda. No nos tocábamos. Para nada. Estábamos separados por capas y capas de tela pesada y acolchada, entre mi pie y su rodilla. Pero yo siempre decía que mi espada era la extensión de mi brazo, y la punta le acariciaba el extremo de la frente, justo donde su pico de viuda conducía a un perfecto mechón de cabello negro que caía sobre su ojo derecho.

Zach se quedó inmóvil por completo mientras yo deslizaba el mechón a un lado con mi espada.

—Interesante…

—¿El qué?

—Eres un pulpo, no un toro.

El corazón dejó de latirme. Listo. Ya estaba hecho. Le había revelado mi identidad con mi actitud de sabihonda y esa manía estúpida de hablar sin parar. «¿Acaso no es lo que buscabas?», me recordé por dentro. En cierto modo, ahora me parecía más un accidente que algo que hubiera buscado. No dije nada. Con suerte, lograba respirar.

—¿Sabías que…? —Su voz ronca perforaba las capas de mi uniforme y se deslizaba por mi piel como terciopelo negro—, ¿… que Aristóteles pensaba que los pulpos eran animales muy tontos? ¿No lo tomas como una ofensa personal?

Silencio. Me quedé congelada en el lugar, recreando en mi cabeza las últimas rondas y preguntándome en qué momento había hecho algo para revelar quién era. Pero, como Zachary Sun era como era, no me dio demasiado tiempo para disfrutar de la incertidumbre.

—Hasta por detrás de una máscara, tu cara de póker es tan mediocre como tus habilidades para el go. —Su mirada se enganchaba con la mía con tanta facilidad que casi olvidé que

llevaba puesta todavía la máscara—. Parecía que estuvieras sobre una alfombra de púas. Totalmente fuera de lugar. Muy diferente a cómo me entrenas normalmente.

Me deslicé la máscara hacia atrás y lo miré desde arriba con una sonrisa condescendiente. Unos bucles rubios desordenados cayeron en cascada hasta por debajo de mi cintura y me enmarcaron todo el cuerpo. El sudor resplandecía sobre mi piel. Nuestras miradas se pegaron. No podía mirar a los ojos a este hombre sin sentir que todo mi cuerpo empezaba a tararear el ritmo furioso de una canción de *heavy metal*. Estar cerca de él todo el tiempo sería un problema, porque el cuerpo se me calentaba demasiado.

—Así que fue así como supiste de la fiesta. —Echó la cabeza hacia atrás y permitió que mi espada recorriera la curva de su frente y la nariz con su toque más suave. La adrenalina se me disparó por las venas. Él jugaba con fuego—. Lo mencioné de pasada en uno de nuestros entrenamientos.

No respondí. Como de costumbre, él ya se había dado cuenta de todo. Y se quedó mirándome con ojos atentos, analizándome, evaluándome.

—En realidad no eres como ellos, ¿eh?

—¿Como quiénes?

—Como ellos. La gente común. Las personas simples. Estúpidas… —No le dije nada. Él siguió—: Vaya, vaya… Creo que voy a divertirme mucho contigo. —La sonrisa se le fue desplegando lentamente por el rostro. Muy leve. Era increíblemente avaro con su alegría—. Mi juguete nuevo y lustroso, solo para mí. Para disfrutarlo. Para usarlo a mi antojo. Para romperlo si quiero.

Quedé pasmada ante la gravedad de mi error. Lo había calculado mal, un giro equivocado en alguna curva. No tendría que haber aceptado trabajar para él, ponerme a su alcance a propósito. Para mi horror, hice lo mismo que alguna vez le acusé de hacer: abandoné el juego y me retiré hacia el vestuario para lamerme las heridas y recuperarme. Me siguió su risa oscura a medida que me desvanecía, me hundía en las sombras del pasillo, y lo dejaba en la pista para empaparse de su victoria.

Zachary Sun ni siquiera se molestó en levantarse. Sabía que ya estaba en la cima.

CAPÍTULO TRECE

Ollie vB: Hoy, después del *brunch*, he visto a las madres de Zach yendo a buscarle novia.

Zach Sun: Por última vez, mi tía no es mi madre.

Ollie vB: Te crio, te avergüenza todo el tiempo y dice que eres la peor de las mierdas. A las pruebas me remito: esta mujer es una de tus madres.

Romeo Costa: No puedo creerlo, pero estoy de acuerdo con Oliver.

Romeo Costa: Cualquier persona que te jode la vida hasta este punto tiene que ser considerada como uno de tus padres.

Romeo Costa: Ahora explica cómo defines eso de ir a buscarle novia.

Ollie vB: Me alegra que lo preguntes. Literalmente se acercaban a mujeres inocentes, y les pedían sus fechas de nacimiento y una lista de enfermedades hereditarias. Tu Ayi incluso señaló a una y dijo: «Esta es demasiado pequeña para cargar con los bebés del tamaño de los Sun».

Zach Sun: [gif de retirada por detrás de un arbusto]

Romeo Costa: ¿EN LA CALLE?

Ollie vB: No, pedazo de cerdo ignorante. En Hermès.

Romeo Costa: Y luego dicen que el amor no tiene precio.

Ollie vB: No importa cuál sea el precio, Zach diría que lo inflan y se negaría a pagar.

Zach Sun: Qué vergüenza, por favor.

Romeo Costa: No tanta vergüenza como que haya una foto ampliada de tu pene en medio de un tribunal, porque forma parte de un juicio horrible por la custodia entre tu examante y el vicepresidente.

Ollie vB: Yo no iría tan lejos como para llamarlo vergüenza. ¿Quizás sea un pequeño inconveniente?

Romeo Costa: Por Dios, Ollie, había camisetas con tu miembro impreso y la leyenda «Tiene mi voto».
Ollie vB: Me resultó halagador, la verdad. Y te diré que la foto de mi pene ha sido de las cosas menos ofensivas que ha ocurrido en política en los últimos diez años.
Ollie vB: Lo único malo es que ahora la gente quiere sacarse fotos con él solo porque es famoso.
Romeo Costa: No veo de qué modo eso puede ser malo. Te has hecho muchos vídeos sexuales como para lanzar tu propio canal porno.
Ollie vB: El problema es que no son chicas con las que salgo, ya me pide cualquier persona por la calle. Y parece que darles el gusto cortésmente es «exposición indecente».
Zach Sun: Ah, eso lo explica todo.
Ollie vB: ¿Explica, el qué?
Zach Sun: Aquello de «sin dientes la chupan mejor».
Ollie vB: ¡Ah, cómo extraño a las *babyboomers*! Fue la última generación maravillosa. Calentonas, con experiencia e incapaces de grabar con un iPhone.
Ollie vB: En cualquier caso, volviendo al tema de la triste historia de Zach…
Ollie vB: ¿Ya sientes el collar forrado de piel ajustándose alrededor del cuello, mi alegre amigo?
Romeo Costa: El matrimonio no es un castigo.
Ollie vB: De tener que elegir, yo preferiría la silla eléctrica.
Romeo Costa: [Emoji de ojos en blanco]
Ollie vB: Sin dudarlo.

CAPÍTULO CATORCE

Zach

Me aseguré de no salir de mi oficina el primer día de trabajo de Farrow. En primer lugar, y más importante, porque tenía cosas que hacer. El trabajo me daba consuelo y alegría siempre: operar en la Bolsa de acciones, comprar empresas a la fuerza y absorberlas con la mía mediante un lento proceso de digestión…

Todos los rasgos que me hacían inabordable y raro como ser humano —mi total desconsideración hacia todo, la falta de deseo y de empatía generalizada— eran ventajas en el mundo de los negocios. No importaba que yo ya hubiera amasado una fortuna de dimensiones obscenas. Hacer dinero era mi deporte sangriento predilecto; la Bolsa, mi ambiente natural, y cada uno de los seres con pulso, mis oponentes. Instalado en el trono de hierro de mi mansión en Dark Prince Road, me sentía como un campeón invicto.

En segundo lugar, y menos importante (pero notable, de todos modos), Farrow necesitaba tiempo para adaptarse a la finca, para familiarizarse con el lugar que yo llamaba hogar, recorrer cada espacio, explorar cada rincón y ponerse cómoda. Podía leer en ella como en un libro abierto y había decidido darle un tiempo para que

se adaptara. No era que en realidad me importara si se acostumbraba a estar aquí o no, pero esa mujer era un dolor de cabeza con patas que no se callaba y no tenía cura. Y solo cuando se relajara y estuviera bien infiltrada entre mis cosas, yo podría ejecutar mi plan en paz. Aquel pequeño pulpo era la prueba viviente de que la suerte no me había abandonado por completo.

En un principio, la había visitado en su cocina de tamaño minúsculo para burlarme de ella; quizás hasta para concretar su castigo. Pero después había sucedido algo; algo maravilloso y horrible a la vez: la toqué y no me encogí. No me estremecí. No vomité. Hacía veinte años que no existía humano alguno de la faz de la tierra que pudiese ponerme un dedo encima sin que me sintiera descomponerme. Ni un médico. Ni una mujer. Ni siquiera mi madre. Jamás se me había ocurrido que existiera un antídoto para mi problema. Que Farrow Ballantine fuera la princesa de Disney que iba camino al suicidio podía llegar a ser el modo que había encontrado el universo de equilibrarse para mí. Me hacía pensar en aquel dicho que dice: «cuando Dios envía un regalo, lo envuelve en problemas».

Yo no tenía modo de saber qué tenía esa asistenta feroz y rebelde que lograba que mi cuerpo no sintiera náuseas al contacto con ella. Sin duda, no era su horrible sentido de la moda. Ni los comentarios mordaces que acompañaban cada una de sus palabras. Ni mucho menos esos mechones rubios mal cortados que le caían de la cabeza; el *sashimi* que se vendía en el supermercado estaba mejor cortado que ese cabello.

Lo único que me importaba era no dejar pasar una oportunidad, porque yo nunca desperdiciaba una oportunidad de ningún tipo.

Mi pulpita iba a curarme. No importaba *cómo* mientras pudiera hacer que soportara el contacto de una mujer, y así cumplir la promesa que le había hecho a papá después de que él me protegiera de una muerte segura.

Así que, ese día, me enterré en los números y las acciones de bolsa que se desparramaron por las pantallas desplegadas ante mí.

De todos modos, nadie iba a echar de menos mi presencia.

CAPÍTULO QUINCE

Zach

Pasé seis horas ininterrumpidas de trabajo que fueron el primer atisbo de normalidad después de descubrir que mi instructora de esgrima de «la élite más selecta» había resultado ser una asistenta mal pagada. Para cuando levanté la cabeza de las pantallas del ordenador, el reloj de pulsera marcaba las doce y media en punto; mi reloj interno volvía a funcionar correctamente.

Natalie abrió la puerta con un chirrido y asomó la cabeza.

—*Yuju*, ¿puedo interrumpir?

«Ya lo has hecho, estúpida».

Me incliné sobre el respaldo de mi silla de cuero, me quité las gafas de lectura negras y las puse sobre el soporte.

—¿Sí?

—Su almuerzo está listo, señor Sun.

Desde que tenía diecisiete años, siempre comía lo mismo para almorzar: ocho tiras de *sashimi*, una pieza de toro *inari*, pimientos de *shishito* frescos y ensalada de pepino. No me interesaba la variedad. No sentía ningún placer por la comida y la diabetes de tipo 2 me preocupaba menos que la bancarrota fiscal.

—Sí, adelante.

Natalie invadió mis dominios y pasó con un carrito a través de la doble puerta.

Me siguió a la mesa de café, colocó ahí un bol de porcelana con agua y me alcanzó una toalla recién lavada con la que secarme las manos una vez limpias. En cuanto a asistentes, era suficientemente tolerable. Graduada en filosofía con las calificaciones más altas de la Universidad Johns Hopkins, no usaba productos cosméticos perfumados que me dieran náuseas y era capaz de recibir órdenes con una capacidad ejecutiva mínimamente por encima del nivel de la media. Era un poco pesada en lo referente al diálogo, pero aún no había encontrado a nadie que pudiera mantener sus preguntas, respuestas y reacciones dentro de mi límite preferido de dos sílabas. Traspasó la bandeja con la vajilla del carrito a la mesa, recogió su iPad y se lo aferró al pecho. La blusa azul pálido que llevaba se le enganchó al torso como papel film con el movimiento; la había combinado con una falda color gris grafito y un par de zapatos de Louboutin tan altos que posiblemente tuviera la vista de un águila que sobrevuela el Monumento a Washington.

Levanté una ceja, curioso por saber qué le había dado la idea de que podía quedarse.

—¿Sí?

Tragó saliva tan fuerte que la escuché en todo su trayecto por el interior de su cuello.

—Señor Sun… —Pintó un círculo con la punta de su zapato ridículo mientras seguía apretando los bordes de la pantalla de la *tablet*.

La miré fijo a los ojos. Ella sabía bien que yo no llenaría el silencio con palabras, y empezó a moverse inquieta ante mi escrutinio

silencioso.

—Hay algo más.

Después de analizarla durante unos diez segundos, me di cuenta de que no tenía intenciones de completar la idea.

—Bueno, me carcome la intriga, Natalie. Cuando quiera, la escucho. Por favor, que no pase de este siglo.

Tragó de nuevo y respiró entrecortadamente. Yo ya hubiera terminado mi almuerzo a estas alturas, y lo prefería a la temperatura precisa de ocho grados a la que esperaba que me lo sirvieran.

El tablero de go le llamó la atención y Natalie se llevó la palma de la mano al pecho.

—Vaya… ¡No había tocado su tablero de damas desde hacía meses!

—Es de go. —«Y *go* es la palabra inglesa para *irse*, que es lo que deberías hacer»—. ¿Decía?

—Sí. —Se aclaró la garganta—. Discúlpeme, por favor, por entrometerme, pero no pude evitar oír la conversación del otro día cuando su madre y Celeste vinieron a almorzar.

Hacía un esfuerzo por mantener el contacto visual conmigo. Una hazaña exigente, pues mi expresión por defecto quedaba en modo «hostilidad». Estiró la mano libre por encima de su falda.

—Sé que están haciendo audiciones a algunas mujeres para que sean sus potenciales… bueno… compañeras de vida.

Pobre Natalie. ¿Cómo podía llegar a imaginarse que tenía alguna posibilidad de ganar? Yo no tenía nada contra mi asistente, del mismo modo que no tenía nada contra las personas que usaban Crocs; que las considerara una falta de gusto no quería decir que no tuvieran derecho a respirar. O eso imponía la sociedad al menos.

Natalie era mediocre hasta el extremo: bonita pero no hermosa, trabajadora, pero no genial. Se había sacado un máster en una de las mejores universidades de élite —al igual que cantidad de idiotas con título—, pero no tenía ningún tipo de personalidad ni talento verdadero. De hecho, la única razón por la cual la había elegido de asistente era que no poseía esa aversión general a quedarse hasta tarde en el trabajo ni a la matemática más básica.

—Y estaba pensando… —Se mojó los labios y bajó los ojos de mi rostro al suelo, mientras se pasaba los dedos por entremedio de su cabellera color castaño oscuro—. Pienso que sin duda tiene que considerarme. Soy trabajadora y callada…

«No. Ahora mismo no lo estás siendo».

—Recibo muy bien las instrucciones. Soy diligente y sé formar parte de un equipo.

«¿De un equipo, ha dicho? ¿A cuánta gente cree que pienso invitar a mi cama?».

—No le traeré problemas. Haré… ha-ré… —Las mejillas se le pusieron escarlata. Presionó los labios con fuerza antes de dejar salir a borbotones las palabras sinsentido que siguieron—: Haré lo que usted quiera y como lo quiera… en la cama, digo. Ni siquiera le pediré exclusividad. Soy una superviviente, quiero una buena vida. Y tengo la sensación de que usted también es un superviviente, señor Sun. No sé ni cómo ni por qué, pero lo veo en usted.

No le pregunté qué veía, no me importaba. Pero Natalie había entrado en un estado de trance, demasiado ida para darse cuenta de que su reacio espectador permanecía inmutable ante su actuación tan deslucida. Cerró los ojos y dio un suspiro prolongado.

—Tiene usted ese aire, como de estar listo para la batalla al menor pretexto. Conozco esa mirada. Yo también la tengo, a veces.

—Aprecio su actitud… asertiva, Natalie, pero busco algo bastante específico.

Clavó sus ojos en los míos.

—¿Y qué es?

—Quienquiera que reciba la aprobación de Constance Sun.

Dejó salir una risita forzada incómoda.

—¿Constance es como su líder espiritual?

—Algo así. A fin de cuentas, es mi madre.

—¿Por qué dejar en sus manos la decisión de con quién casarse? —Elevó el iPad por su pecho como si fuese un escudo contra mi respuesta.

«Porque su esposo murió por protegerme y no ha pasado un solo día en que yo no haya deseado haber sido yo en lugar de él».

—Fue por mí que se quedó sin su pareja. Lo menos que puedo hacer es dejarle elegir la mía.

Los hombros de Natalie se encorvaron hacia abajo, todo su ser iba desmoronándose hasta lo más bajo. No me gustaba la gente con mala postura; quedaba descalificada desde antes de abrir la boca.

—Pero no es justo…

Levanté la mano.

—Como todo en la vida. Y, dado que hace tiempo que alcanzó usted la edad de tres años, imagino que esa información ya le llegó. —Extendí la servilleta de tela sobre mi regazo y levanté los palitos de metal dispuesto a comenzar—. ¿Algo más que quiera comentarme antes de mi almuerzo? Deseo comer en silencio.

Natalie abrió la boca y luego la cerró con fuerza, como si fuera un pez.

—Si eso es todo, está a punto de cumplirse su deseo —lo dijo con la voz entrecortada y se metió el iPad debajo de la axila.

Levanté una ceja.

—¿Se anulan los impuestos federales?

Era imposible que tuviera tan buena suerte. Había nacido el cuarto día del mes, en el cuarto mes del año: el número más desafortunado de la cultura china; porque, en mandarín, el cuatro se pronuncia muy parecido a la palabra «muerte».

Que la cura para mi aversión física a los humanos hubiese aterrizado de cabeza en mi regazo ya me parecía un golpe de suerte excepcional.

—Bueno, no *ese* deseo exactamente. —Natalie apoyó el iPad en el carrito y se ocupó las manos con el cuenco de lavarse de porcelana, que también depositó allí.

—Ha llamado su madre hace un rato para informarle de que va a dejarle llevar su collar Astteria a una chica. Ese personalizado de jade y oro que usted guarda en una caja fuerte para ella.

El estado de las citas modernas debía haber tocado fondo desde la última vez que tuve una, porque vi a Natalie sorber con la nariz, sin poder contener las lágrimas. Un castigo particularmente espantoso por mis pecados: tener que soportar las lágrimas de las mujeres sin recibir el mínimo sexo a cambio. Luego pasó a apretar los puños alrededor de las asas del carro y a desafiar su capacidad de carga.

—Constance dijo que la chica pasará hoy por aquí, por la oficina, y quiere que usted le «muestre el lugar». —Entrecomilló las tres

últimas palabras con un gesto de los dedos mientras su labio inferior se curvaba en un mohín contenido.

«Otra vez con esto». ¿Cómo podía ser que, después del plan N, su madre todavía no se hubiese dado cuenta de que las citas a ciegas no funcionaban?

Me puse los dedos en las cuencas de los ojos y me di un masaje al tiempo que soltaba un suspiro profundo.

—¿Y cómo se llama esa mujer?

Natalie hizo un ruido ronco con la nariz…

—¿Electra? ¿Exótica, tal vez?

—Eileen. —Mi madre sería capaz de comerse un plato lleno de globos oculares antes que tratar de emparejarme con una mujer llamada Exótica.

—Sí, algo así. Un nombre muy insípido, si quiere saber mi opinión.

«Pues menos mal que no lo he hecho».

—¿A qué hora viene?

—A las tres.

Podría proponerme hacer un esfuerzo con Eileen aun cuando fuese mejor morirme que hacerlo.

—Muy bien. Que pase cuando llegue. Yo me ocupo.

—¿En serio? Nunca recibe a nadie sin cita previa. —No le contesté. Natalie negó con la cabeza y refunfuñó—. No hay mujer en todo el distrito que no muera por recibir algo de su atención y usted solo tiene ojos para su madre. ¡Es ridículo!

—Cuide esas palabras, señorita Mikaylkov, a menos que desee perder su trabajo.

Natalie se quedó de pie en medio de la habitación como uno de esos muebles fuera de lugar que tienes que conservar porque un

pariente cercano te los regaló. Ella parecía tener algo más que decir, pero la idea de que le pagaba por horas para tratar de convencerme de casarme con ella en lugar de gastarme ese dinero en algo más útil —como ir a la tintorería o castrar al mastín italiano de Oliver— empezó a irritarme.

Ensarté una rebanada translúcida de *budo ebi* del plato de *sashimi* y me la llevé a la boca.

«Ya no está frío».

—¿Algo más, señorita Mikaylov?

Por razones totalmente ajenas a mi comprensión, albergaba la estúpida esperanza de que me dijera que Farrow había incendiado la casa, subastado mi colección de arte entera o cometido el crimen más horrendo en mi propiedad. Algo que me diera una excusa de ir detrás de la señorita Ballantine y aspirar algo del fuego de su existencia flamígera.

Pero Natalie no hizo más que volver a exhalar y decirme, con la cabeza gacha:

—No, señor, eso es todo.

Se retiró con el carrito y me dejó embrollado con una cita sorpresa que no quería tener y listo para saltar sobre un —sin duda muy poco protegido— servidor de una agencia de citas que iba a hackear.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ollie vB: ¿Cenamos hoy?
Zach Sun: Estoy ocupado. Paso.
Zach Sun: En especial si piensas aparecer con la misma ropa de la última vez…
Ollie vB: ¿Qué? ¿Te avergüenzas de salir conmigo si me pongo mi flamante camiseta de tirantes blanca?
Romeo Costa: ¿Qué? ¿No me digas que sales a cenar con una camiseta de tirantes blanca?
Ollie vB: ¡Cómo sois! Es cierto que antes se las asociaba con maltratadores y macarras, pero ya no. No estáis al día…
Zach Sun: Esas camisetas deberían quemarse en una hoguera, nadie debería ponerse eso si no es para ir al gimnasio.

CAPÍTULO DIECISIETE

Zach

La noticia de mi cita a ciegas sorpresa arruinó el ritmo acompasado de mi agenda. En un día normal, ya habría estado a medio camino en el proceso de selección de una toma de control hostil de alguna compañía. Eileen Yang acababa de salvar una empresa a expensas de mi mal humor.

El timbre sonó exactamente a las tres en punto. Al menos, había llegado a tiempo. Valoraba la puntualidad. Mostraba carácter. Bueno, un mínimo de carácter, en todo caso. Caminé hasta la ventana y pasé al lado del almuerzo sin comer. Había un Bentley blanco aparcado al lado de la fuente, reluciente por un lavado reciente. Una elección elegante. Nada demasiado ofensivo ni llamativo. Nada de Range Rovers color rosa ni Lamborghinis color verde-neón.

Metí las manos en los bolsillos delanteros y salí del despacho en dirección a la escalera para ir a saludar a mi cita a ciegas. A decir verdad, no podía considerarse demasiado *a ciegas*. No cuando acababa de atravesar la capa ínfima de seguridad para acceder al expediente de Eileen de la agencia de citas…

Eileen Yang. 33 años. Neuróloga, efectivamente; con domicilio en Manhattan. Titulada de tres carreras de dos universidades de la Ivy league. Varios períodos en Médicos sin Fronteras. Autora de un manual de biología de cierto renombre. El año pasado había agotado sus recursos financieros para pagar una hipoteca de doce millones de dólares para comprarse un apartamento en el barrio más lujoso de Nueva York. Parecía que mamá había encontrado a la candidata perfecta para ella; lo cual quería decir la candidata perfecta para mí también. Ahora, todo lo que yo tenía que hacer era no meter la pata. Fácil de decir, difícil de hacer. En lo referente a humanos, yo estaba más calificado para meter la pata que para tener éxito. Las mujeres, en especial, veían en mi existencia entera un desaire personal. Nunca les prestaba ningún tipo de atención y, cuando lo hacía, me salía en forma de honestidad brutal para informarles que encontraba su conversación tan soporífera como el acto de clasificar granos de arena según el tamaño.

«Tú eres capaz de todo, Zach, hasta sabes separar un átomo, literalmente. No puede ser que no logres que esta chica no te odie».

Bajé las escaleras con paso tranquilo, notando que la casa se veía particularmente limpia. Me decepcionó un poco que Farrow no hubiera intentado nada raro; estaba convencido de que íbamos a pelearnos desde su llegada. Tal vez maquinaba algo para más tarde. No había parte de mí que se tragara la idea de que se sometería y aceptaría la situación de tenerme por jefe y comportarse.

Cuando abrí la puerta, me encontré con la mujer ideal según mamá: alta y delgada, de cabello oscuro y brillante que le llegaba a los hombros y un traje verde salvia de Burberry. Llevaba el pelo con la raya al medio, recogido por detrás de las orejas, en un corte que

solo podría lograrse con regla. Una expresión neutra le adornaba el rostro, su postura era orgullosa y lineal.

—Buenas tardes. —Sonó casi robótica. No necesariamente algo malo para alguien que no era fanático para nada del *Homo sapiens* —. ¿Zachary?

«Lamentablemente». Hice una leve reverencia, me hice a un lado y la invité a entrar con un gesto.

—Eileen.

Cada fibra de mi cuerpo se contrajo ante la idea de que intentara abrazarme o besarme. Por suerte, entró con una desenvoltura ensayada, sin molestarse siquiera en mirarme mientras colocaba su bolso negro de Ferragamo sobre el aparador. Se quitó los zapatos de Malone Souliers, que tenían un tacón de altura considerable, los ordenó uno al lado del otro y los colocó junto a la puerta. Tenía un pañuelo Hermès alrededor del cuello, destinado a proteger la delicada piel del sol. Se lo desató y volvió a anudarse la seda en la muñeca, convirtiéndolo en una elegante pulsera a la moda. Apreté los labios para reprimir la risa; era como si mi madre la hubiera educado en persona.

—No te robaré demasiado tiempo. —Las palabras le salieron con una soltura muy practicada, como si las hubiera dicho decenas de veces. ¿Cuántas citas a ciegas había soportado Eileen para llegar a estar a este nivel de automatismo?—. Si fueses tan amable de darme el collar, me iré enseguida. Informaré a nuestras madres que conversamos y llegamos a la conclusión de que no coincidimos en los planes de futuro. Pero te agradecería que me des el collar; hay un evento de caridad por la tarde y, si no lo llevo puesto, tu madre querrá saber por qué.

Todo lo que yo quería era que se fuera de inmediato, de mi vida y con ese collar puesto. Pero había prometido casarme con la novia que mi madre me eligiera y Eileen cumplía con todos los requisitos; una piñata repleta hasta el tope con modales perfectos y una educación del más alto nivel.

—¿No te gustaría conocer la casa antes de irte al menos? —le pregunté con los dientes apretados—. Ya que has venido hasta aquí…

Estábamos a unos dos metros de distancia y ninguno de los dos tenía la menor intención de acercarse.

—No, en serio, no deseo interrumpir.

«Traducción: por favor, no me hagas pasar por este sufrimiento ni un segundo más».

—La interrupción es bienvenida. La Bolsa cierra en cincuenta minutos y he trabajado las horas que tenía destinadas para hoy.

Me miró como si acabara de anunciarle que me bañaba todos los días en orina de gato.

—¿Tu jornada de trabajo termina a las cuatro de la tarde?

—Yo trabajo todas las horas del día —le aclaré—. Y de la noche.

«Por si en algún momento se te ocurre pedirme tiempo como esposa».

—¿Y siempre eres tan flexible? —Frunció el ceño y enseguida suavizó la expresión; no valía la pena arrugarse por mí.

—Solo por hoy. —Me esforcé por sonreír mientras la amargura me explotaba por dentro—. Entonces, ¿me acompañas?

Eileen se mostró ligeramente tensa, la exhalación traspasó sus labios y un mínimo rubor le asomó en las mejillas. Era obvio que no esperaba que se lo pidiera.

—Acepto el *tour*, gracias.

No quería estar aquí, en igual medida en que yo no quería que estuviese aquí. El hecho de no tener que arrancarla a la fuerza tenía algo de reconfortante. Asentí con un movimiento ágil e incliné la cabeza hacia el ala este. Caminamos a una distancia prudencial el uno del otro, y yo iba soltando anécdotas y datos aburridos en cada habitación y sobre el arte que la decoraba. Eileen asentía en los momentos oportunos, fingiendo que le importaba, pero la sorprendí varias veces mirando su Cartier de cuero delicado. Casarme con alguien que no quería estar en la misma habitación que yo no sería lo peor que podría hacer. De hecho, prefería esta opción a la alternativa opuesta. Estar continuamente repeliendo a una esposa demandante se me antojaba como una tortura infernal.

De camino al comedor, pude ver a Farrow. Lo de darle espacio en su primer día no había durado demasiado. Estaba arrodillada en el pasillo, fregando una mancha de barro muy adherida a las baldosas de porcelana. Me había acostumbrado a presenciarla en ese estado: sudorosa, con la cabellera más revuelta que un nido de pájaros y la ropa salpicada de pigmentos decolorados. Tenía un aspecto lamentable, resultado de la pobreza y el agotamiento. Totalmente opuesta a mí y a mi gentil invitada. Y, me di cuenta, por primera vez, de que era jodidamente preciosa; tanto que al verla me costaba respirar. Con sus rasgos afilados, el cabello dorado y el azul brillante de sus ojos. Y ese flequillo largo, algo ondulado y descontrolado que le daba el aspecto de chica *grunge*, con tanto estilo que perfectamente podía salir en la portada de *Vogue*.

Me quedé pasmado ante esa línea de pensamiento. Yo jamás admiraba a ningún ser humano, y mucho menos por algo tan

temporal como la belleza.

«Esto es bueno. Está bien. Siempre que no olvides que ella es un medio para un fin y no una persona tridimensional, puedes admirar su apariencia».

Para demostrar mi propio punto de vista, la esquivé como si fuera un charco de vómito, mirándola desde arriba y con desprecio al tiempo que guiaba a Eileen por el pasillo.

—Te has dejado una mancha.

Farrow me fulminó con la mirada; sin duda, en su mente, me estaba apuñalando.

—Lo siento, jefe, pero es que usted forma parte del paisaje.

«Ahí la tienes». Ante el comentario afilado de mi asistenta, Eileen soltó un pequeño grito ahogado y se dio la vuelta para mirarnos.

Me detuve en el cruce entre el comedor y el ala de invitados, con los ojos todavía clavados en mi nueva criada.

—Para ti soy el señor Sun.

Farrow se desplomó contra la pared y sopló un mechón de pelo que le caía sobre el ojo, mientras nos observaba a Eileen y a mí. No se le notaba ni un atisbo de vergüenza o angustia por ser vista así, a nuestros pies, fregando el suelo de mi casa hasta sacarle brillo. Inclinó la barbilla y ofreció una sonrisa que mostraba los dientes en dirección a Eileen.

—¿Le ha dicho lo mal que juega al go? —Salido de sus labios, sonó tal y como había sospechado mamá: como si el go fuera la palabra clave para decir otra cosa, como si me acusara de ser pésimo en la cama.

Las cejas de Eileen se dispararon hasta la línea del cabello y sus dedos delgados le besaron la clavícula.

—¿Vas a dejar que te hable así?

—Espero que no. —Farrow agarró el trapo y siguió fregando—. Mi fantasía erótica es que me despida.

Me sorprendió encontrarme con que deseaba ser parte de sus fantasías eróticas. De hecho, me estaba costando conjurar cualquier otra cosa que no fuera verla con las piernas abiertas, desnuda, mostrándome lo mojada que estaba. Era oficial, ahora sí estaba chiflado. Navegaba en aguas turbias y desconocidas con estos pensamientos extraños y estos deseos descontrolados. Por culpa de su exhaustivo fregado, una gota de agua sucia me salpicó el dedo desnudo del pie. Me tembló el párpado. Ella agitó las pestañas y nos dedicó una sonrisa angelical.

—No confundir que me despida con que me dispare. Porque eso también lo hizo. ¿Le ha dicho que le gusta lanzar cuchillos?

Era un hecho: iba a matarla.

Pero antes iba a follármela.

Porque —y esto era lo importante— por alguna razón extraña y desconocida, ella parecía la única mujer con la que yo podía llegar a contemplar estar en la intimidad. De hecho, descubrí que no había dejado de pensar en su rostro. Su cuerpo. Su sonrisa sarcástica. El modo en que se movía en la pista. Como la Campanilla de Peter Pan en versión asesina. Letal y tierna al mismo tiempo.

Eileen dio un salto hacia atrás y giró la cabeza hacia mí.

—¿Tú tienes un arma arrojadiza?

—Tengo algunos cuchillos antiguos. —Le lancé a Farrow una mirada fulminante—. Son parte de mi colección de arte.

—También tiene un tanque. —Farrow sonrió; era evidente que se divertía—. Es lo único que conduce, se cree un G.I. Joe.

—No es un tanque. Es un blindado Conquest Knight modelo XV.

—¡No es más que un montón de chatarra! —cacareó y se tocó el vientre, sin preocuparse de mancharse la ropa otra vez—. Ah, y hablando de eso, lo he sacado a pasear. No debería dejar las llaves donde cualquiera pueda verlas…

Estaba seguro de que lo había hecho. Y no supe por qué, pero me ponía de buen humor saber que se había portado mal.

—En fin, veo que ustedes dos tienen mucho que hablar, así que… —Farrow se llevó dos dedos a la frente y nos hizo un saludo militar —. Que se diviertan, chicos. Los dejo seguir con sus cosas.

Eileen frunció el entrecejo, la palma de la mano se le empezaba a tensar por detrás de la nuca; claramente disgustada por la batalla verbal en la que me había metido con el personal de servicio.

—Disculpa la escena. —Le hice un gesto para que subiera la escalera—. La encontraron perdida en medio del bosque hace unos cinco años apenas; se crio entre los coyotes y piensa que es uno de ellos. Acepté darle un empleo como parte de un programa de rehabilitación dedicado a reincorporar personas de bajo coeficiente intelectual en la sociedad.

—Qué interesante. Hace apenas unos cinco años… —Eileen me imitó los pasos, deslizando una mano sobre su traje como si pudiera limpiarse del encuentro con mi pulpa salvaje—. La verdad es que domina el idioma de forma impecable.

Subimos por la escalera curva con la risa de Farrow como música de fondo, una banda sonora compuesta de campanadas socarronas. El eco retumbaba por el vestíbulo cavernoso, amplificado por el tamaño de la mansión. Hasta ahora, nunca había pensado que mi casa era demasiado grande.

—Sí, su dominio del idioma está bien —la conduje al salón que daba a mi oficina—, es el contenido de lo que dice lo que me preocupa.

—Parece haber buena química entre vosotros.

—No lo creo, no.

La única química entre nosotros era la radioactividad. Farrow y yo éramos elementos corrosivos, listos para explotar de un modo espectacular en cualquier momento, pero a mí siempre me había gustado la ciencia.

Eileen me siguió al vestidor de mi habitación y se detuvo, con pudor, frente a la caja fuerte. Haciendo gala de sus modales intachables, se dio la vuelta para darme privacidad mientras yo introducía la combinación de veintidós cifras y retiraba el collar de jade imperial que mi madre le prestaba. No se me pasó por alto que Farrow no solo me miraría introducir el código, sino que también lo memorizaría para usarlo más tarde. Las dos mujeres no podían ser más diferentes. Y por alguna razón descabellada e incomprensible, yo prefería la que tenía los modales de un oso hambriento. Deposité la caja tallada en la isla del vestidor que nos separaba. Las luces empotradas proyectaban sombras frías y azules sobre Eileen. Al verla bajo esa luz, sin un pelo fuera de lugar, toda ordenada, tan llena de estilo y de seguridad, supe que no había forma de que pudiera tocarla nunca (con o sin la ayuda de Farrow en mi vida); esto no iba a funcionar jamás.

Respiré hondo, odiándome por romper mi promesa a papá, una vez más. Y, justo cuando estaba a punto de hacer que se fuera, Eileen me sorprendió con las palabras que salieron de su boca.

—He traído pasteles de luna.

Me crucé de brazos.

—¿Qué? —No solo no era el momento de comer pasteles de luna, sino que ni siquiera era la época correcta según el calendario.

Una pequeña sonrisa le asomó por los labios. La primera cosa humana que había hecho desde que había entrado en mis dominios. Irónico viniendo de mí, lo sé.

Apoyó una mano en la isla y recorrió el vestidor con la mirada, como si la idea de que la descubrieran compartiendo el espacio conmigo le resultara tan desagradable como a mí.

—Pasteles de luna. De Chinatown. De los de verdad. Hechos por una anciana que se sintió mal porque no le quedaban del último Festival de la Luna y que me los hizo especialmente. Tienen triple yema.

«Suena como la receta perfecta para obstruir las arterias».

Me di cuenta de que había abandonado su tono formal y rígido, pero yo no tenía ni idea de por qué.

—Mi abuela me envió lejísimos, hasta un apartamento de un tercer piso en medio de la noche para recogerlos. —Se dio cuenta de que había dejado una huella dactilar en el mostrador de cristal y la limpió con el pañuelo Hermès que llevaba en la muñeca—. Me dijo que con eso te conquistaría. Aunque, la verdad… Ni siquiera estoy segura de querer hacerlo. —Se le crispó el labio inferior como si reprimiera una mueca de dolor. Siguió—. Lo de conquistarte, digo. Esto no tiene nada que ver contigo. Estás sobrecalificado, yo ya lo sabía. Lo que pasa es que no me gustan…

Hizo una pausa.

—¿No te gusta qué? —«¿Juntarte con nadie? ¿Que tu familia te organice la vida? ¿La humanidad?».

—No me gustan los hombres. —Terminó la frase en un susurro, mirándose los zapatos.

Eso explicaba que siguiera soltera. Y, para ser franco, su total desinterés en mi entrepierna. Se me empezó a aflojar una contractura en el hombro.

—¿Eres lesbiana? —Eso me daba algo con lo que trabajar: un matrimonio solo en los papeles, sin expectativas ni emociones, ni interacción alguna, ¡*ni sexo*!

—No. —Se mordió el labio, deliberando sus siguientes palabras—. Tampoco me gustan las mujeres. No siento deseo hacia nadie.

¡Ah, bueno! Mamá en verdad había encontrado la versión femenina de mí. Al menos hasta que Farrow Ballantine había irrumpido en mi vida. Porque ahora yo sí quería tocar a alguien; sin duda quería hacerlo. De hecho, quería hacer mucho más, maldita sea. La mirada de Eileen viajó hasta mi techo. Unas lágrimas bordeaban el contorno inferior de sus ojos. Resopló; el sonido era casi discordante en ella.

Parpadeé.

—¿No quieres tener sexo conmigo?

—No querré ni abrazarte si alguna vez nos casamos. Que, por cierto, es algo que solo contemplo porque realmente no quiero morirme sola. Quiero hijos. Quiero una familia. Quiero experimentar lo que otras personas disfrutan.

Me rasqué la barbilla. Podía funcionar. Eileen Yang no era agradable, pero tampoco era horrible. Suficientemente tranquila. Suficientemente independiente. Y parecía que compartíamos el mismo problema.

—Esto es espantoso. —Sacudió la cabeza—. Lo siento mucho. No debí haber venido. Yo sabía que lo del collar no era más que una excusa. Estoy haciéndonos perder el tiempo a ambos…

—¿Señorita Yang?

—¿Sí, señor Sun?

—Comamos esos pasteles de luna. Tenemos mucho de qué hablar.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Zach

—Entonces, ¿cuál era el tuyo? —Eileen se sentó en el asiento frente a mí en la sala de desayunos del invernadero y nos sirvió otra taza de té. Los pasteles de luna entre ambos, intactos. Devolvió la tetera a su lugar en la bandeja dorada, con el asa en el punto medio simétrico entre nuestras dos tazas—. Me refiero a la variedad de artículos domésticos que aparecían como por arte de magia cuando nos portábamos mal. ¿La chancleta?

Me recliné, sorbiendo el té a granel, y la analicé por encima del borde de mi taza.

—Te lo creas o no, mis padres nunca me amenazaron.

Quizás lo nuestro sí tenía futuro. Que no despertara nada en mí era una ventaja, no un defecto. Nunca podría meterse bajo mi piel, nunca podría influenciarme de ninguna manera.

—Ah, entiendo. —Asintió, casi para sí misma—. Te ponían de cara a la pared, ¿no?

Apoyé la taza de té en su plato y quité una gota que se derramó por el borde.

—Tengo los cuádriceps duros como piedras desde que empecé a hablar —dije.

Se tapó la boca con las manos y soltó una risita. Por primera vez en años, me sentí a gusto. Seguro de que cumpliría la promesa que le había hecho a mi padre. Sabía que Eileen no me haría pedazos si la ofendía. Podía sentirme seguro. Era una elección inteligente y lógica. El golpe de gracia era que me recordaba a mi madre, tanto por su personalidad como por su experiencia, y eso quería decir que jamás tendría sentimientos por ella a largo plazo, sin importar cuánto tiempo pasáramos juntos.

—Siempre pensé que el señor Sun era imponente. —Eileen inclinó la cabeza, había una capa de brillo distante en sus ojos—. Lo recuerdo tan severo de cuando era niña…

—Era estricto —confirmé—. Pero tenía un lado tierno también, que solo nos mostraba a mamá y a mí. ¿Qué más recuerdas de él?

—Recuerdo que te adoraba. Siempre le hablaba de ti a mi padre. —Eileen me miró a los ojos y se puso seria. Sus dedos de manicura se hundieron en el terciopelo rojo del asiento donde estaba. Los dos intentábamos compartir un momento de ternura, sin ningún éxito—. Yo siempre escuchaba porque sabía que ambos querían que nosotros dos nos casáramos.

Se produjo un silencio que crepitó entre ambos, lleno de tensión e inquietud.

Mi encuentro con Eileen Yang estaba destinado a producirse desde siempre. Ahora que había sucedido, debíamos tomar una decisión. En nuestro círculo, la gente desaprobaba los noviazgos largos. Importaba más la lealtad, el compromiso y la preservación de la línea de sangre.

—Nunca te amaré. —Apoyé el tobillo sobre la rodilla opuesta y me recosté en el respaldo del asiento—. Ni te tocaré tampoco… nunca. Ni para besarte en el altar. Ni mucho menos para dejarte preñada. De hecho, es poco probable que alguna vez me sienta lo suficientemente cómodo como para abrazar a mi propia descendencia.

«No es verdad», me recordé. «No si Farrow te cura».

Quizás algún día, dentro de mucho, pero muchísimo tiempo, me sentiría tan cómodo que podría darle la mano a mi futuro hijo para cruzar la calle.

—El afecto no es algo que me… —me aclaré la garganta— salga con naturalidad.

Al decir esas palabras, me asaltaron con violencia las imágenes del pasado.

«La carne quemada, la sangre por todas partes, los gritos, el olor de la piel chamuscada que me recorre las fosas nasales. Papá, papá, papá».

Por eso tenía que soportar a esa pulpita, para arreglar el daño que papá había dejado en mí.

Eileen asintió con la cabeza y se miró las manos. Se le enredaron los dedos entre sí; largos y delgados, como el resto de su estructura ósea. Haríamos unos niños bien apuestos, sin duda. Y no serían nada tontos, lo cual siempre es una ventaja.

—Quiero probar cómo es tener sexo. —Miró a su alrededor como si alguien pudiera escucharla susurrar sin entrar en su burbuja personal—. Ver si tal vez me acostumbro con el tiempo.

—Adelante, hazlo. —Empujé el plato hacia el centro de la mesa—. En tanto seas discreta, y siempre y cuando él o ella esté de acuerdo

en firmar todo el papeleo necesario, no me importa que tengas algún amante.

Me negaba a ser un hazmerreír, pero tampoco esperaba que mi futura esposa se sentara con las piernas cruzadas, por el mero hecho de complacer mis fobias.

Eileen empezó a darse golpecitos en la rodilla. Un pequeño vicio que encontré bastante molesto. Me pregunté si Farrow también tendría alguno. De ser así, ¿cuál sería? No podría sorprenderme con nada. Ni siquiera que le diera por matar cachorros.

—Me parece bien. ¿Eso significa…?

Asentí.

—Inseminación. Si nos decidimos a firmar este acuerdo, claro.

Suspiró, asintiendo para sí misma.

—Es realmente muy reconfortante para mí. El sexo ha sido, desde siempre, lo único que me ha impedido formar una familia. Cada vez que intentaba salir con alguien, terminaba en la cama y me detenía antes de que pasara algo. No importaba cuánto pudiera atraerme la persona en lo intelectual, nunca era como lo describía mi hermana. Se sentía… casi como algo no consentido.

—Bueno, eso no será un problema para nosotros, porque yo no quiero tu cuerpo.

Dividió un pastel de luna en cuartos perfectos con la punta del tenedor.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Tu cooperación. Que compartas la crianza de mis hijos. Que lleves el anillo. Que estés a mi lado en los eventos sociales. Podemos tratarnos amablemente, hasta amistosamente. Al final, tendremos mucho por compartir: hijos, metas, riqueza, poder.

Eileen se alisó el vestido.

—Pero el amor, no.

Asentí.

Respiró hondo. ¿Por qué tenía que respirar tan fuerte? ¿Cómo esperaba que yo tolerara su existencia cuando todo lo que hacía me resultaba tan irritante?

—¿De verdad lo estamos considerando? —preguntó Eileen, acomodándose de nuevo el pelo por detrás de las orejas—. Quiero decir… perdóname si soy demasiado directa, pero ¿crees que es buena idea que dos personas que están tan jodidas se reproduzcan? Sé que sobre el papel encajamos bien, pero…

—Pero el papel es solo papel —terminé la frase por ella—, fácil de destruir.

Yo ya había pensado en ello antes y siempre llegaba a la misma conclusión.

—Mis hijos no serán desgraciados. Yo soy así porque mis circunstancias me hicieron así. Si me quitaran esas circunstancias, estaría tan cachondo como cualquier otro depravado de este país.

Eileen hizo una mueca de desagrado ante la vulgaridad de mis palabras.

—¿Y nos llevamos este secreto a la tumba?

—¿Acaso importa? La mayoría de los matrimonios en nuestro tramo fiscal son contratos entre conocidos que alguna vez disfrutaron acostándose juntos. En todo caso, dado que el único intercambio de fluidos corporales ocurrirá en un entorno médico, seremos la pareja más limpia de esta ciudad.

Asintió y enderezó los hombros.

—Quiero seguir trabajando.

Sentía que era demasiado pronto para establecer las condiciones de su parte. Al mismo tiempo, era exactamente lo que yo había anhelado siempre: alguien que viera el matrimonio como una oportunidad de negocios. Eileen apartó el plato y se puso manos a la obra.

—Me encanta mi trabajo. Sé que mi madre le dijo a la tuya que quiero tomarme un año sabático…

—Trabaja todo lo que quieras. —Levanté una de mis palmas hacia arriba, frenándola antes de que empezara un discurso—. A excepción del último trimestre de embarazo. Quiero a mis herederos bien cuidados y que lleguen «como nuevos».

Esta era la única parte de la reproducción que realmente tenía sentido para mí: crear una fuerza de trabajo genéticamente superior a partir de cero para continuar mi negocio cuando yo muriera. Después de todo, no podía arrastrar el dinero al infierno conmigo en un equipaje de mano Louis Vuitton.

Y añadí, como si fuera un pensamiento posterior:

—Cuanto menos te vea, mejor. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo. —Me miró—. Tengo dinero, pero…

Se interrumpió.

—Pero no tanto como yo. Estudié tus finanzas cuando revisé tus antecedentes. —Saqué mi teléfono, abrí la aplicación y lo puse sobre la mesa—. Vienes de una familia con seis integrantes y la mayor parte de la herencia les quedará a tus hermanos. Te daré bienes en propiedades del vecindario por un valor de veinte millones, pero firmarás un acuerdo prenupcial blindado.

—Desde luego. E incluirá algunas de mis propias condiciones con respecto al presupuesto acorde a mi estilo de vida y las

organizaciones benéficas de mi preferencia.

—De acuerdo en principio, sujeto a cambios y a lectura de la letra pequeña. Mi mujer debe participar en las juntas directivas de algunas de mis empresas.

—¿Carga horaria?

—Tres horas por semana.

—Quiero compensación por mi tiempo en forma de un apartamento de mi elección en Shanghái.

—Hecho.

Hubo otra pausa. Si esto era todo lo que mi padre quería para mí, ¿por qué me parecía tan incorrecto?

—No quiero más de dos hijos. Tres son muchos y podrían interferir con mi carrera —dijo ella, ladeando la cabeza y mirando el techo como si intentara extraer de su cerebro todas las exigencias que se le ocurrieran—. Y una nodriza para cada niño hasta los veinticuatro meses. Me niego a criar retrasados con un coeficiente intelectual insuficiente.

—No hay problema, siempre y cuando nos dividamos la custodia si planeas continuar ejerciendo en Nueva York.

Mamá querría ver a sus nietos con regularidad. Y así su atención se mantendría alejada de mí. Dos pájaros de un tiro. Además, aún me aferraba a la estúpida esperanza de que papá quería que yo tuviera una familia por otra razón que no fuera cargarme con gastos innecesarios, dolores de cabeza y falta de sueño.

—Esto suena bastante aceptable. —Eileen me inspeccionaba la cara, posiblemente en busca de alguna señal de cuándo saldría corriendo por la puerta. La única persona que yo quería detrás de la

puerta era ella—. Y… ¿estás seguro de que estarás bien con este acuerdo?

Volvió a golpearse la rodilla. Tap, tap, tap. Y siguió:

—¿Que no me dirás de pronto que quieres amor y ositos de peluche y todas esas ridiculeces? Mi hermana dice que todos los hombres acaban queriendo una sola cosa. Se…

—Dinero —terminé la frase por ella—. Los demás vicios de la vida me aburren. No cambiaré de opinión.

—Eso me recuerda… ¿camas separadas?

—Alas separadas.

—¿Tan poco atractiva me encuentras?

—No eres tú, Eileen. Soy yo.

«En realidad también eres tú. Por ser mi clon mental. Yo ya tengo sexo conmigo mismo, se llama masturbación».

Quedamos sumergidos en el silencio. Sin nada más que discutir, me puse de pie, estirándome las arrugas de los pantalones. Eileen me imitó y se levantó hasta alcanzar su altura completa. Imaginé que algún día me molestaría la forma en que ponía los labios —fruncidos con forma de culo— porque le daban una expresión eternamente agria.

Guardé el borrador del contrato en mi aplicación, ansioso por acompañarla fuera del lugar.

—Haré que mi gente se ponga en contacto con la tuya para cerrar la negociación y dar las últimas instrucciones.

—Yo no tengo *gente* que trabaje para mí. —Entrecomilló la palabra en el aire con los dedos—. Pero pueden localizarme en el móvil. ¿Qué tal un apretón de manos para sellar el trato?

Y entonces, sin una pizca de consideración por lo nauseabundo que me resultaba tocarla, ella forzó su mano en la mía y le dio un apretón firme, húmedo y *caliente*.

De golpe, me subió un ácido del estómago. Me quedé helado durante unos instantes, aturdido y horrorizado, con la mirada clavada en el punto donde se conectaba nuestra carne. Mi brazo quedó inerte y mi mano, flácida en la suya. Odié mi aspecto patético; lo patético que *me sentía*. Se me trabó la boca en forma de grito, pero no salió nada.

«Suéltame. Deja de tocarme. Vete de una puta vez».

La bilis me subió por la garganta. Tragué. Tenía todo el cuerpo rígido excepto el brazo que ella había tomado. El contrato. El matrimonio. La promesa. Quería olvidarlo todo. Borrar todo el encuentro entero con esta imbécil desconsiderada. Pero papá… «Papá, papá, papá».

Concentré todo mi esfuerzo en esperar a que Eileen retirara su mano primero en lugar de apartarla yo mismo. Cuando por fin lo hizo, casi me desplomo de las náuseas. Todo duró menos de dos segundos pero me pareció como un día entero.

Eileen presionó el pulgar sobre unas migas de pastel de luna que le habían quedado sobre el vestido y las dejó caer sobre la taza de té sin la menor preocupación. Luego, sacó una tarjeta de presentación de su cartera y la presionó contra mi mano otra vez.

«Más contacto. Genial».

—Llámame.

—Aj —tenía un grito seco atravesado en la garganta. No podía producir ni una palabra—. Vete —conseguí decir. No fue exactamente educado, pero era lo máximo que podía articular.

—Claro. Puedo encontrar la salida yo sola. —Los ojos de Eileen iban de mí a la puerta del invernadero, con la misma indiferencia ante mi angustia que un médico en un examen de próstata—. Te enviaré algunos apartamentos de Shanghái por correo electrónico. Por favor, asegúrate de añadirme como contacto.

Se me cerraron los dedos en un puño; el inconfundible ardor de la carne humana se me extendía por la piel por donde ella había tocado. Sentí como si me hubieran mancillado. Marcado, manchado y contaminado. Nunca había tenido una reacción alérgica, pero se sentía igual: se me cerró la tráquea, no podía respirar… Todavía sentía como si siguiera tocándome. Necesitaba sacármela de encima, sacármela, ¡sacármela *ya*!

Y entonces al fin (por fin, maldita sea) Eileen se desvaneció por la puerta doble de la entrada. Y fue justo a tiempo; un segundo después y hubiera visto a su futuro marido desplomarse sobre el suelo de madera.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Zach

«Débil, inútil y patético».

No tuve tiempo de pensar en lo inútil que resultaba mi cuerpo quebrado para la civilización, una cáscara rota y vacía; en cuanto Eileen desapareció, corrí hacia la tetera y vertí su líquido caliente sobre mi mano. Cuando se acabó, me dirigí a toda prisa hacia el baño más cercano.

Natalie me alcanzó a mitad de camino, con un montón de documentos en la mano.

—Ah, hola. El señor Costa y el señor von Bismarck querían saber si…

La esquivé y le ladré por detrás de mi espalda:

—La respuesta es no.

Con el apuro, la puerta del baño se abrió de golpe y dio con fuerza contra la pared. El pomo de cristal del lado interno se rompió en pedazos sobre los azulejos. Cerré la puerta de una patada y pisé descalzo sobre los fragmentos de cristal, en una carrera frenética hacia el lavabo. Los talones se me llenaron de sangre, pero ni

siquiera noté el dolor. Todo lo que me importaba era quitarme de encima a esa maldita mujer.

Giré el grifo hasta la temperatura máxima, metí la mano debajo del chorro caliente y eché la cabeza hacia atrás, gimiendo. El agua hirviendo me laceraba la carne y me pinchaba cada milímetro como un cable pelado. Cerré los ojos y respiré hondo varias veces. El pulgar «bueno», el que no había quedado contaminado por el contacto con Eileen, me hacía unas caricias suaves sobre la piel infectada.

Me asaltaban las imágenes de cuerpos muertos, de carne putrefacta pegoteada sobre mí.

Sangre. Piel chamuscada hasta el músculo…

«Aguanta, Zachary, vamos a sacarte de ahí».

«Demonios, Stan. Ese chico no saldrá bien de esta. Va a salir hecho polvo…»

«Si fuera él, querría morirme yo también».

Golpeé el grifo con mi mano libre y temblorosa, intentando que saliera más caliente, pero ya estaba al máximo. El agua silbaba mientras me quemaba la piel hasta el hueso. No la retiré, no podía. No cuando necesitaba quitarme su tacto. No importaba el precio.

Detrás de mí, la puerta se sacudió, un traqueteo de las bisagras.

—Ey, tú, intento de G. I. Joe, ¿estás bien? Te he visto correr… —Obviamente, era ella. Estaba claro que no iba a tener ni un respiro. Otro traqueteo—. Uy. Se ha atascado la puerta.

—Vete —le gruñí.

Pero no se iba. Claro que no. Ella no seguía nunca las indicaciones que se le daban.

—¿Pero qué dem…? —Me llegó la voz por detrás de la espalda, pero estaba demasiado sumergido en mi trance para entender cómo había logrado entrar con el pomo roto—. Por Dios, Zach…

El agua se cerró. Yo todavía tenía los ojos cerrados con fuerza y la mandíbula dura como una piedra para evitar que la bilis que seguía alojada en la garganta se me saliera y se proyectara por todo el mármol de alrededor. Me quemaba la laringe con su acidez.

—Mierda y más mierda. Tienes la piel al rojo vivo.

Farrow. Ella estaba ahí. Adentro. Justo a mi lado.

Se me abrieron los ojos de golpe. Enfoqué la vista en ella y se me apareció como una pintura restaurada, como una figura conocida y que, a la vez, veía por primera vez. Con los ojos azules encendidos y la boca abierta por completo. ¿Por qué sería que ese uniforme de asistenta manchado me resultaba más apetecible que un traje elegante de Burberry? En serio, ¿en qué momento Farrow Ballantine había empezado a parecerme tan descomunalmente preciosa? Incluso ahora, con el pelo atado en un moño caótico y ese flequillo todo torcido y ondulado pegado a la frente por el sudor.

—¿Cómo has entrado? —le gruñí, sacudiéndome esos pensamientos tan inútiles—. El pomo está roto.

—El cerrojo exterior sigue intacto —me dijo y me mostró una horquilla del pelo antes de arrojarla al lavamanos. Pude darme cuenta del momento exacto en que se daba cuenta de mi estado de angustia. Se tapó la boca con una mano y se le desorbitaron las pupilas—. ¿Qué demonios pasa, Zach? Mira cómo estás.

Luego echó un vistazo a su alrededor, encontró un jarrón decorativo y lo usó para alejarme del lavamanos, arreándome como un pastor al rebaño.

«Sabe que no me gusta que me toquen. Se ha dado cuenta».

La idea de que conociera mi secreto más oscuro y depravado, y de verla respetarlo, me hizo un nudo en el estómago. Era tan típico de esta vida cruel empujarme a situaciones como esa… Y solo para enseñarme lecciones aún más crueles. La salvación podía llegar de los lugares más inesperados. A veces venía de la religión. A veces, del perdón. Y, a veces, de la chica que finalmente te diste cuenta que en realidad no odiabas.

Farrow me empujó contra la pared opuesta del baño.

—Tienes la piel en carne viva. Te van a salir ampollas. Son quemaduras como de tercer grado. Se te va a caer toda la piel si no hacemos algo.

Volvió al grifo, lo abrió y ajustó la temperatura del agua para que estuviera fresca pero no fría. Mientras esperaba, empezó a rebuscar en los armarios abiertos.

—El de arriba a tu izquierda. —Deslicé la espalda por la pared, me senté en el suelo y me agarré la muñeca—. ¿Qué clase de idiota guardaría el botiquín de primeros auxilios en el nivel inferior?

—Tal vez el mismo que se ha hecho una quemadura de tercer grado voluntariamente porque no le gusta que le toquen, pero no tiene los cojones como para admitirlo.

Abrió una caja roja y blanca y rebuscó en ella. Intenté tragar saliva y fracasé. Era más perspicaz que todos mis amigos de la infancia; ellos habían tardado mucho más en descubrir mi secreto. Era la primera vez que Farrow Ballantine no me divertía, más bien me preocupaba. No había nada más peligroso en este mundo que una mujer inteligente.

—Vaselina. —Sacó un bote del botiquín—. Bingo. Uf, ¿pero por qué casi no hay?

«Maldito Ollie».

Me armé de valor para examinar la piel que se me derretía lentamente por la mano. Rojo brillante, tirando a púrpura en los bordes. Los dedos hinchados y ampollados. Yo había visto cosas peores, pero era probable que ella no. Farrow depositó la vaselina sobre la encimera y siguió rebuscando en el botiquín. Maldijo. Volcó el contenido sobre el mármol y chasqueó los dedos.

—Levántate.

Me levanté sin chistar. Me pregunté en qué momento había empezado a recibir órdenes de mi propia asistenta, pero así estaba la cosa.

Pasó el dedo por el chorro de agua y volvió a comprobar la temperatura.

—Pon la mano bajo el grifo. Vuelvo enseguida. —Y apuntó un dedo a mi rostro—. Te juro por Dios, Zach, que, si te mueves un milímetro de este lugar, voy a buscarte y asfixiarte con mis propias manos.

Dicho esto, se fue.

El agua fría se sentía bien contra la piel, lo cual me sorprendió, ya que rara vez sentía algo. Oí que Farrow se movía en la cocina, abría y cerraba cajones, y maldecía… ¿en húngaro? Me di cuenta de que no me sentía demasiado molesto de que ella supiera mi secreto. Tal vez era porque yo sí sabía todos sus secretos y podía endilgarle sus propias debilidades en la cara. No, no era eso. La verdad era que, de alguna manera, confiaba en esa pequeña peste que era Farrow.

Ella abrió la puerta del baño de golpe, tenía un rollo de papel film en la mano y un frasco gigante de analgésicos en la otra. Dejó los analgésicos sobre la encimera y apagó el grifo. Luego, sacó un bastoncillo de algodón, lo untó con vaselina y aplicó una capa fina sobre la zona escaldada con movimientos largos y suaves.

Después sacó una tira del papel film y la rasgó con los dientes.

—Vas a tener que pagarme un extra por todo esto.

La ignoré. Abrió una almohadilla de hidrogel y la sujetó contra mi mano, con cuidado de no entrar en contacto físico conmigo. El dolor de la quemadura aumentó y me lamió la carne como una llamarada. Gemí de dolor.

—Quédate quieto —me dijo—. No te preocupes. Te envolveré sin tocarte.

Estuve a punto de decirle que una mujer como ella no podría preocuparme nunca, pero no era el momento de ponerme orgulloso. Cerré el pico y extendí el brazo hacia ella. Maniobró el rollo del plástico con precisión quirúrgica y consiguió envolver la zona afectada y la almohadilla de hidrogel sin tocarme la piel con la suya. Se me disparó una sensación extraña desde la mano hasta las entrañas. ¿Sería dolor? No lo había sentido en tanto tiempo que casi no lo reconocí. No sabía si me gustaba u odiaba sentir dolor con ella cerca.

Los hábiles dedos me aplicaron otra capa plástica sobre la piel.

—No sabía que planeabas una cita ardiente…

Fruncí el ceño y me apoyé en el lavamanos.

—¿Es un juego de palabras?

—Y no está nada mal, ¿no crees? Una cita «ardiente» —repitió—, porque te has quemado.

—Si tienes que explicarlo es porque el chiste no es gracioso. Y no era una cita.

—Ah, menos mal, porque estabas especialmente frío e inaccesible. Yo me hubiera ido apenas llegar. ¿Y ese *tour* por la casa? ¡Ni que fueras el presidente! ¿A quién puede importarle la madera de los muebles del dormitorio principal? —La fulminé con una mirada que intentaba ser una advertencia. Ella me ignoró—. Si no era una cita, ¿qué era?

—Un potencial acuerdo de negocios.

No había ninguna razón lógica para ello, pero me sentí profundamente mal por hablar con ella sobre Eileen.

—¿Y Natalie lo sabe? —La comisura de los labios de Farrow tomó la curva de una sonrisa inteligente—. Ella siente algo por ti.

—Y yo por ella.

—¿En serio?

—Sí, un aburrimiento total.

—Pobre Natalie. —Farrow sacudió la cabeza y me aplicó una tercera capa de papel plástico sobre la piel. Después, señaló el envoltorio con un gesto de cabeza—. ¿Puedo sujetarlo con el dedo? Tendré que tocarte.

Tenía que tocarme a través de tres capas de polietileno. Podía sobrevivir a eso. A pesar de todos mis esfuerzos por evitarlo, una leve sensación de calor se coló en mis mejillas.

—No pasa nada.

Su pulgar presionó el film en mi pulso y observé con asombro cómo sus dedos ágiles trabajaban con la lámina transparente. Seguía incomodándome que me tocaran, pero no me molestaba tanto a través de una barrera.

Recogió el frasco de calmantes, tomó dos pastillas y las arrojó en mi mano sana.

—Trágatelas mientras ajusto el papel film.

Me los metí en la boca y los tragué en seco, mirándola con desdén. ¿Por qué el hecho de que Farrow se ocupara de mis heridas me excitaba más que comer pastelitos de luna con triple yema con mi inmaculada futura esposa? Esto no tenía ningún sentido. Y el sentido era lo único en lo que siempre había confiado.

Incliné la cabeza, observando cómo se ondulaba el film mientras su aliento lo acariciaba.

—Lo que no entiendo es cómo puedes ser tan pobre cuando no tienes que pagar ni alquiler ni servicios, eres copropietaria de una empresa relativamente exitosa y tienes un trabajo extra de entrenadora de esgrima. —Yo ya sabía la respuesta, se me había aparecido así sin más cuando investigaba sobre su vida, pero me imaginé que tenía que establecer algún tipo de diálogo cercano antes de pasar al tema de acostarme con ella.

Farrow tragó saliva, con los ojos fijos en mi mano herida sin dejar de trabajar.

—La casa está pagada y la escritura está a mi nombre y al de mi madrastra, pero tengo que pagarle un alquiler en concepto de impuestos y la mitad de los servicios. Y, bueno, además me vi involucrada en una situación algo extraña… *o incómoda*. Así que me tocó pagar una suma importante, y todavía estoy con ello.

—¿Qué hiciste? —le pregunté, pero ya lo sabía. Lo que en verdad quería preguntarle era «¿por qué lo hiciste?». No parecía de las de ese tipo.

—No es de tu incumbencia.

—Estás en mi casa. Todo lo que hagas es de mi incumbencia.

—Debiste haber pensado en eso antes de contratar a alguien que intentó robarte. Supuestamente.

Los nudos que sentía por toda la espalda empezaron a aflojarse aunque ella seguía tocándome a través del film.

—¿Tienes novio? —En realidad, no me importaba. No era un factor que afectara mi toma de decisiones, pero podía llegar a convertirse en un dolor de cabeza a la hora de usar a la mujer de otro hombre.

Farrow entrecerró los ojos.

—Te lo repito: no es asunto tuyo.

—¿Podemos aclarar una cosa? —Apoyé una cadera contra el tocador—. Todo lo que hagas, toda persona con quien te comuniques y cada puto aliento que tomes es de mi incumbencia, ¿queda claro? Te hice de mi incumbencia el día en que te contraté, y soy muy bueno para los negocios. Ahora que eso está fuera de discusión, puedes darme la información voluntariamente o puedo extraerla por otros medios. Tú eliges.

—¿Yo elijo? No me dejas ninguna elección aquí. —Dio un paso atrás y recogió el teléfono que había dejado tirado en el suelo al irrumpir en el baño y se lo guardó en el bolsillo—. Ya te espabilarás para obtener la información.

Me encogí de hombros.

—Será mejor que lo confieses.

—No tengo novio. —Las fosas nasales se le abrieron al respirar con fuerza—. Ni me interesa tenerlo.

—La población masculina mundial está devastada con la noticia —dije, pero mi ocurrencia no pareció importarle en absoluto. Tal vez hasta parecía un poco aliviada.

—Qué pena —dijo, y sonrió un poco—. Ya sabes el refrán ese que dice «si no puedes conmigo en mis peores momentos, pues ten en cuenta que mi personalidad solo irá de mal en peor de aquí en adelante».

—El dicho no es así.

—Lo es para mi personalidad. —Se limpió las manos sobre el delantal del uniforme—. En cualquier caso, ¿te gusta ella?

«¿Por qué? ¿Acaso te importa?».

Me hice el tonto.

—¿Quién?

—Audrey Huffborn.

—Es Hepburn —la corregí.

—Pues esa no es tu novia. Se la ve toda arreglada y elegante, pero es obvio que es deprimente. —Farrow ladeó la cabeza—. ¿Y qué? ¿Te gusta o no?

—Sí — mentí.

Tenía que mentirle. No paraba de verme por dentro, en lo más profundo de mi alma, veía algo que yo no creía que existiera, buscaba en mi cara algo que yo jamás creí que iba a encontrar: *emociones.*

—Es muy hermosa. —El ceño de Farrow se suavizó—. El pelo brillante, los labios rojos, esos ojos almendrados…

—Vamos… Eres mejor que eso —intervine, y me pregunté por dentro si en verdad lo era.

—¿Mejor que qué?

—Que hablar de las minorías étnicas con metáforas alimenticias.

Farrow pareció sorprenderse, pero no se puso a la defensiva.

—Nunca lo había pensado así.

Arqueé una ceja.

—¿Cómo te sentirías si yo dijera que tienes ojos de tortita?

Echó la cabeza hacia atrás y resopló.

—Muy bien, buen punto, solo que…

—¿Qué?

—Quiero aclarar que me encantan las almendras. ¡Y también las tortitas! —Hizo un gemido de placer—. ¡Dios, me encantan las tortitas! Las de chocolate derretido, bien pegajoso, con cobertura de almendras extra.

Era ridícula y estaba totalmente desequilibrada, pero mis labios se movieron y luché contra la tentación de sonreír.

—Ya puedes irte.

Entrecerró los ojos.

—¿No vas a darme las gracias siquiera?

—¿Por qué?

—¡Por curarte la mano!

—¿Curarme la mano, dices? —Parpadeé varias veces, en verdad no lo entendía—. Tampoco es que me hayas puesto puntos, Pulpi. Solo la has envuelto en papel film.

—Ay, Dios, eres un completo gilipollas. —Se dio la vuelta y salió del baño de un golpe.

«Y tú eres mía. Me aseguraré de que así sea».

—No te olvides de limpiar el invernadero —se lo dije en un volumen fuerte por detrás de la espalda—. Mi cita dejó algunas migas.

CAPÍTULO VEINTE

Farrow

La mansión Sun brillaba lustrosa para cuando terminé. Era verdad que había dado una vuelta en el detestable vehículo de guerra de Zach y también que le había dado la vuelta al pene de la estatua romana de piedra del laberinto del jardín (si bien no fui yo quien lo rompió), pero, en líneas generales, había dejado la casa en mucho mejor estado del que la había encontrado, aunque ya estaba en perfecto estado. Nada fuera de lugar. Ni siquiera un palillo.

Cuando abrí el portón de salida para ir a buscar el antiguo Mercedes Prius que era mi coche, la pantalla del teléfono mostraba las siete treinta. Era tarde. Demasiado tarde para recorrer cuatrocientos metros a oscuras en cualquier otra ciudad que no fuera Potomac. Todas las demás casas de Dark Prince Road estaban iluminadas. La de Zach, no. Él prefería mostrar la existencia tenebrosa en la que vivía.

Recorrí el penoso camino al tiempo que maldecía a mi nuevo jefe.

Esa mañana, al detenerme frente al portón de hierro, un guardia me había indicado que debía aparcar fuera de la propiedad. El hombre se encogió de hombros y dijo:

—Órdenes del jefe.

No lo dudé ni por un instante. Parecía algo que Satanás haría para torturarme solo por diversión. Entretenimiento barato al verme corriendo hasta su mansión bajo la lluvia. Qué idiota. Y sin embargo, había algo frágil debajo de su superficie que no podía explicar. La forma en que se había encogido por el contacto humano me había roto el corazón. No podía odiarlo del todo, aunque sabía que probablemente debería hacerlo.

Las hojas de otoño crujían bajo mis pies y el sonido del agua de la fuente me llegó al pasar junto a ella. Logré llegar hasta la garita de seguridad y esta vez la crucé en lugar de saltarla por encima como la vez pasada.

Al otro lado de la calle, la mansión Costa brillaba con luces cremosas, visibles incluso desde la distancia. Me detuve y miré desde lejos, demasiado agotada como para preocuparme de mi aspecto patético.

Un camión de comida atravesó el portón privado y subió el largo camino, dejando a su paso el aroma de jengibre, citronela y canela. Servicio de *catering*. Para una cena normal de un día entre semana. Una corriente de saliva luchaba por escapar de mis dientes; no había comido nada en todo el día.

A lo lejos, vi la figura borrosa de una mujer muy embarazada. ¿Dallas Costa, tal vez? Saltó a la calle principal, en dirección al camión vestida con un glamuroso vestido amarillo canario de hombros descubiertos. Su marido la alcanzó por detrás y la alzó en sus brazos para que no tuviera que caminar. Se quedaron así, acurrucados, diciéndose secretos al oído mientras un ejército de sirvientes sacaba bandejas del camión y las entraba en la casa.

El corazón se me estrujó de celos y me pregunté por enésima vez cómo podía ser que hubiera personas tan diferentes, viviendo vidas tan diferentes, todas dentro del mismo barrio, con el mismo código postal.

A mi izquierda, las puertas de Oliver von Bismark permanecían siempre abiertas mientras una fila de coches de lujo se agolpaba para pasar. La música retumbaba hasta la calle. Seguramente estaba en medio de otra de sus fiestas salaces; de esas que son más orgía que fiesta.

En esta ciudad se sabía todo.

«Oliver es un vaginívoro autoproclamado», le había dicho Reggie a Tabby un día. «Encuentra placer con la que sea que considere suficientemente bonita como para convertirse en su siguiente comida».

Apostaba a que no tenía ni una preocupación en la vida. Que jamás había tenido que preguntarse cómo pagar una deuda o cómo preservar el legado de su padre.

«Ya vale de regodearte con la autocompasión, Fae. No está mal luchar por los logros. La vista se disfruta más si hay que escalar hasta verla».

El sonido de un claxon me distrajo de la mansión. Un barro espeso me salpicó las zapatillas cuando un Mercedes Maybach pasó rugiendo y se detuvo a mi lado. Se bajó la ventanilla trasera y reveló una mujer de edad indescifrable. Llevaba una chaqueta deportiva sobre un *body* de diseño parisino que mostraba su cuerpo moldeado a fuerza de Pilates. Un bolso de deporte Burberry de tartán completaba el cuadro. Me chocó que esta mujer despampanante

hubiera sido quien diera a luz a un hijo cuya sonrisa feroz se parecía a una enfermedad crónica terminal.

—Farrow —se quitó los auriculares—. ¿Tienes un minuto?

¿La madre de Zach sabía mi nombre? Esta familia sí que hacía los deberes. También era cierto que la había reconocido por mi propia investigación.

Asentí, pero no importaba. El chófer ya había aparcado. Salió, abrió de golpe la puerta de la señora Sun y le ofreció su mano. Ella la aceptó y salió con elegancia. A juzgar por lo plano de la línea de sus labios, sospeché que disfrutaría tanto de su conversación como de la de su engendro. Aun así, le di el beneficio de la duda y me dibujé una sonrisa amable en los labios. Ella arqueó una ceja.

—Eres la nueva asistenta de Zachary, ¿verdad? —Asentí, pero no dije nada—. Soy Constance, su madre.

—Lo sé.

No me extendió la mano, y sabía que no era por ninguna fobia de algún tipo, pero no me importó. Papá siempre decía: «nadie puede menospreciarte sin tu permiso». Pues bien, permiso no concedido.

Constance se ajustó la cola de caballo perfecta sobre la cabeza.

—Estuviste en la fiesta de Zach, ¿no es así?

Asentí otra vez. Y después oí un… ¿ladrido? Tres perritos esponjosos de raza corgi asomaron la cabeza por la ventanilla abierta. Llevaban puestos unos conjuntos a juego, mejor vestidos de lo que yo había estado jamás.

Constance le acarició la cabeza a uno de ellos a través de la ventana, sin sacarme de encima esos ojos con los que me tenía presa.

—Zach parece haber expresado cierto gusto por ti.

La verdad es que no hacía falta que empleara ese tono de asco. Además, sus palabras no tenían sentido alguno.

Por detrás de ella, el Mercedes me bloqueaba el acceso a mi coche. Aun así, rebusqué la llave en la mochila y presioné el botón del seguro. El coche dio dos pitidos. Me pareció suficiente respuesta.

—No eres muy habladora, por lo que veo. —Se sacudió las manos y asintió con la cabeza—. Voy a ir al grano: mi hijo es un depredador insuperable. Y, como tal, decidió traer a su presa a casa. Pero tú no eres la persona adecuada para él.

—Ah, ¿no? —Me anudé una bufanda barata al cuello. La calefacción del coche era uno de los muchos lujos que no podía permitirme.

—Sin ánimo de ofender.

—No me ofende. Lo tomo como un cumplido. Su hijo es muy… *peculiar*, por así decirlo.

El comentario le rebotó como si nada, probablemente amortiguado por la verdad que llevaba consigo.

—No tengo nada contra ti.

—Me alegra oírlo.

—Es solo que… Zach está en un momento clave de su vida. Y yo me temo que puedes llegar a interferir con sus decisiones. Que pudieras confundirlo o cegarlo con tu… tu… —Sus ojos me recorrieron de arriba a abajo desde el pelo pajoso hasta las zapatillas embarradas, en busca de algo positivo que decir sobre mí —. Tu astucia, quizás.

Me pregunté cuánto más iba a durar la conversación. Yo aún tenía que hacer mis estiramientos y quería correr unos kilómetros antes

de cenar. Ella jugueteó con el colgante sencillo de Chanel que descansaba entre sus clavículas.

—A ver… Estoy segura de que eres una chica adorable y que harás a alguien muy feliz. Pero ese alguien no será mi hijo.

El frío me caló hasta los huesos como un animal ponzoñoso. Arqueé una ceja, con la esperanza de que todo terminara antes de morir de hipotermia.

—Usted tiene presente que me he pasado el día limpiándole los baños, ¿verdad? Ni que hubiese estado haciéndole un baile erótico entre las columnas griegas del salón…

—Son de estilo francés. En cualquier caso, tienes que renunciar.

—Es posible. —Rodeé su Mercedes y me dirigí hacia el mío, eché la mochila en el asiento del acompañante y abrí la puerta del asiento del conductor—. Pero necesito el dinero.

«Y toda la ayuda que Zach prometió darme junto con el trabajo».

—Te haré un cheque ahora mismo.

Constance cerró de un portazo antes de que yo pudiera pasar y se pegó contra el metal oxidado de la puerta. Su figura torneada apenas llegaba a cubrirla en una fracción mínima. Se me vino un pensamiento ridículo: ¿cómo podía ser que algo tan pequeño diera vida alguien tan grande? Después, extendió los brazos al máximo y me bloqueó el paso:

—Dime tu precio.

—Aquí está el problema… —Me crucé de brazos—. Mi integridad no está en venta.

Era un comentario algo irónico, teniendo en cuenta lo que había hecho para ser expulsada de la esgrima de competición, pero ella no necesitaba saberlo.

—Tu integridad estará en venta si eso asegura la felicidad de mi hijo. —Levantó el mentón y se aferró al suelo, dispuesta a no moverse de ahí—. Y no hay nada más importante para mí que su felicidad.

Basta, ya había tenido suficiente. Había tratado de ser amable, pero la mujer me agotó la paciencia. Los nudos de la espalda me dolían tanto que ya era una provocación. No tenía por qué lidiar con las exigencias de su hijo y encima sumarme las de ella. Por una vez, quería ser la espada en lugar del espadachín.

—Oh, vaya, pues lo veo difícil. —Me llevé la mano al pecho, con el entrecejo fruncido en una mueca de tristeza mentirosa—. Hoy, después de su cita, lo he sorprendido metido en el vestidor, llorando sobre una botella de champán. Pobre tipo. Parecía ido. Lo ha vomitado todo encima de un traje Armani recién comprado.

La cara de asombro que puso prácticamente le sacó la mandíbula de lugar. Miré a mi alrededor y me pregunté de qué otro modo terminaría de arruinarme la vida Zach si le mataba a la madre de un paro cardíaco ahí mismo.

Cerró la boca de golpe y me dijo:

—Te quiero fuera de esta casa y lo más lejos posible cuanto antes. Basta de estupideces. Toma el dinero y vete.

Como si fuera un actor que responde al pie de texto, el chófer bajó la ventanilla y le pasó un talonario. Yo me estiré hasta el Mercedes para acariciar a los perros. Uno de ellos me apoyó las patitas en la mano y me lamió la muñeca.

—Dos millones de dólares —le dije. No tenía idea de dónde me había surgido la cifra. Era una cantidad obscena de dinero, pero ella

lo tenía. Podía apostarme el coche a que solo sus zapatillas costaban más que eso.

—¿Hablas en serio? —Constance ahuyentó al perrito con la mano. Aparentemente, no solo Zach no era para mí.

—Solo acepto efectivo y bitcoin. No quiero que Hacienda se quede con el cuarenta por ciento. —Me enderecé y le señalé mi coche—. Ahora, si me disculpa…

Constance Sun miró su reloj Apple de pulsera, sacudió la cabeza y miró al cielo, que había decidido empezar a rociar su lluvia sobre este encuentro ya de por sí bastante penoso.

—Millón y medio.

Oh, por Dios. Hablaba en serio.

—Dos millones o tendrá que sufrir el Día de Acción de Gracias conmigo cada año. —Sonreí—. Y le regalaré los jerséis navideños más horribles que encuentre.

—Somos ateos.

—Yo no. Y Zach respetará mis creencias. —La miré con el cuello inclinado—. ¿Usted lleva la talla S o la XS? ¿Y con qué estampado le gusta más: pizzas voladoras o luces de Navidad?

Se le llenó el rostro de pánico. En verdad se había creído lo que le decía.

—Está bien, está bien. Bitcoin.

Por un instante me quedé muda. ¿Esa mujer quería darme dos millones de dólares con tal de que yo renunciara? Había una parte de mí —gran parte de mí— que quería aceptar. Pero había otra parte que me decía que Zach me había ofrecido algo mucho más valioso que dinero en efectivo: los mejores abogados, los investigadores

privados con más contactos y recursos ilimitados para llegar al fondo de lo que le había pasado a papá.

—Pensándolo bien —me rasqué la nariz—, prefiero quedarme un poco más. Al final, es mejor tener trabajo, y así no me pierdo los chismes del barrio.

La mano se le disparó al pecho y tuve que concentrarme con toda la energía del mundo para no reírme a carcajadas. La gente rica no está acostumbrada a que la rechacen, en especial cuando hacen alarde de su riqueza. Si me hubiera hablado con dulzura de entrada, sin el tono condescendiente y las suposiciones tan crueles, quizás le hubiera dicho que sí. Pero ahora no íbamos a saberlo nunca.

—Esto no se termina aquí.

—No le tengo miedo, señora Sun —alargué cada una de las palabras sin quitarle los ojos de encima—, y me niego a someterme a su hostigamiento.

Ella me clavó una mirada antes de desaparecer tan rápido como había llegado. Entonces sentí algo extraño —*o a alguien*—, giré la cabeza y miré hacia arriba, a las ventanas enormes de la mansión de Zach. Y lo vi, de pie, mirando a través del cristal. Mirándome. Nuestras miradas se enlazaron y no flaqueó.

«No voy a retroceder», le dijeron mis ojos.

Él sonrió, y sentí casi como si pudiera escucharle contestar: «Me alegro».

CAPÍTULO VEINTIUNO

Ari: ¿Qué tal tu primer día?
Farrow: Una delicia. He estado partiéndome el culo unas diez horas.
Ari: Tienes un gran culo, así que veamos el vaso medio lleno.
Farrow: Después, él y su cita se han quedado a verme fregar el suelo, juntitos. Otra delicia.
Ari: ¿Fregar el suelo? ¿Estás hablándome en código?
Ari: Qué fetiches más raros tenéis en Estados Unidos…
Ari: Espera un minuto. ¿Ha invitado a una chica mientras estabas allí? Qué cabrón.
Farrow: Han tomado el té con pasteles de luna en el invernadero que da al río Potomac.
Ari: Vale, me retracto. Suena muy pintoresco.
Farrow: Ah, y después me ha perseguido su madre, que quería pagarme para que no fuera más.
Farrow: Me he negado a aceptar DOS MILLONES DE DÓLARES. Puedes decirme ya mismo que soy una idiota.
Ari: No eres ninguna idiota, tienes ética. Pero ¿puedo saber por qué no has aceptado?
Farrow: Piensa que le gusto demasiado a Zach. Apuesto que le preocupa que le robe esperma mientras le limpio la habitación o algo así.
Ari: Ah… ¿y tan descabellado es eso? El tío está como un tren. Jijiji.
Farrow: No seas perra. Sería como concebir un duende maldito o algo así. El tipo es detestable.
Farrow: Bueno, ya vale. Suficiente sobre mí y mi vida tan glamurosa. ¿Cómo va la tuya?
Ari: Estoy eligiendo el menú para mi boda, el verano entrante.
Farrow: Cómo desearía estar allí. Echo de menos Seúl.

Ari: Y Seúl a ti.
Farrow: Ven a visitarme pronto.
Ari: Lo haré, te lo prometo. 🖤

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Farrow

Tomé el huevo lanzado a mi sien como una señal de Dios de que había tomado la decisión correcta al entregar mi alma a Zachary Sun. Al menos, poder echar a mis monstruonastras de la casa de papá me daría la paz y tranquilidad que tanto necesitaba.

Los lamentos de Reggie retumbaban desde la cocina hasta la entrada.

—Creo que me va a dar un ataque de pánico.

Yo estaría igual si, como ella, hubiera desperdiciado mi vocación en el béisbol. Con ese brazo, podría haber sido la digna sucesora de Spencer Strider. Cerré la puerta de entrada con una indiferencia total hacia la yema salpicada. Sentía como si un camión me hubiera atropellado varias veces antes de que alguien me recogiera de la carretera, me lanzara a un basurero en llamas, y luego disparara a mis restos. Cada centímetro de mí se sentía magullado, desnutrido y agotado.

Me arrastré a la cocina, donde el contenido del congelador me dio la bienvenida: verduras congeladas, bocaditos de pollo y antiguas porciones empezadas de helado; todo desparramado por el suelo.

—No encuentro mis macarrones. —Reggie salió de la despensa de golpe con la cara llena de maquillaje y un vestido sacado de alguna serie de amas de casa ricachonas—. Por favor, dime que no te los comiste, Tab. ¿Cómo termino mi *vlog*?

—Esa mierda… Suerte si tiene trescientas visitas en los mejores días. —Desde un rincón, sentada sobre un taburete, Tabby se pasaba la lengua por los dientes delante de un espejito. Después tomó las llaves del coche de una frutera fea—. Vamos, Reggie, eso no es una carrera. Es dinero fácil. Sé una Elsa, no una Ana.

—¿Una Elsa?

—La de «libre soy».

Suspiré y abrí la nevera de un tirón, tomé un yogurt y me apoderé de una bandeja de frambuesas empezada. Ni Cosa Uno ni Cosa Dos se percataron de mi presencia, tampoco cuando cerré la puerta de golpe con la cadera y empecé ir lentamente hacia mi habitación. Ya lo limpiaría todo al día siguiente. Estaba molida a palos.

Reggie pataleaba a mis espaldas.

—Lo que te pasa es que estás celosa de que yo sí tenga una carrera.

Me metí unas cuantas frambuesas en la boca y me pregunté qué tipo de cena deliciosa habría preparado el chef de Zach para él esa noche. Me agarré del pasamanos y subí los escalones de dos en dos, sacudiendo la cabeza. A medida que avanzaba por el pasillo largo y estrecho, la temperatura iba en aumento. Yo tenía la última habitación y, de lejos, la más pequeña. Me venía bien, más fácil de calentar en invierno.

Abrí la puerta con el pie, sin darme demasiada cuenta de que ya estaba algo entreabierta, y me encontré a Vera muy cómodamente

sentada con las piernas cruzadas sobre mi cama, rodeada de cantidad de documentos esparcidos por todos lados.

Dejé la cena sobre mi escritorio y me lancé sobre la cama, a recoger todos los papeles.

—¿Qué demonios haces?

Mi partida de nacimiento; una carta de compromiso con una abogada que ya me había dejado seis meses atrás, cuando no pude pagarle el anticipo; algunos documentos legales de la sanción que me había dado la federación de esgrima… Todo ahí. Lo había visto todo.

Vera se levantó y se acomodó el cinturón Gucci que tenía puesto, un tesoro de segunda mano que se había encontrado en una canasta de ofertas de un negocio cualquiera.

—No te escandalices, nena. Ya sabía que andabas en algo, así que decidí husmear un poco.

—¿Has estado toqueteándome las cosas? —le solté, mientras recogía todo lo que podía con los brazos y lo metía en la carpeta azul donde lo tenía organizado—. Nadie te ha dado permiso.

Sacudió la cabeza y se echó el pelo decolorado a un lado.

—Esta es mi casa, ¿recuerdas?

—*Nuestra* casa —la corregí, cerré la carpeta con todos los documentos dentro y la apreté contra mi pecho—. A mí también me pertenece.

Vera miró a su alrededor con desagrado, calculaba qué podría hacer con el espacio de mi habitación.

—Llegará el día en que te compre tu parte.

—¿Con qué dinero? Soy la única que trabaja aquí.

Se dirigió a mi armario con pasitos de baile. Las bisagras crujieron y gimieron.

—No me vengas con esa actitud. Todo lo que te pasa te lo tienes merecido.

Se me contrajo cada músculo del cuerpo mientras la veía rebuscar entre la ropa, buscando… ¿qué? ¿Secretos? ¿Más documentos? Cualquier cosa que la ayudara a averiguar mis intenciones. Ella ya sabía que yo quería impugnar el testamento tan pronto como pudiera costearlo. No era difícil adivinarlo, bastaba con tener un cerebro pensante.

—¿Pero por qué? —Salté en dirección a ella y empecé a reordenar todo lo que tiraba, estrujaba y arrojaba—. ¿Por qué me odias tanto?

Era genuina la pregunta. No creía en los cuentos de hadas donde hay villanos que solo son malvados y héroes que solo son ángeles; yo creía en la zona gris que existe entre el bien y el mal, donde la gente buena puede tomar decisiones equivocadas y volver a intentar ser buena al día siguiente.

Vera hizo una pelota con una de mis camisas y la tiró al suelo, después se volvió hacia mí.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Aun cuando la respuesta es tan obvia? —Pesadas respiraciones agitaban sus hombros—. Tú eras su hija biológica, Farrow. Te parecías a él. Tenías la ventaja del ADN. Y él estaba obsesionado contigo. Te amaba mucho más de lo que merecías. Con Reggie y Tabby no era más que un sentimiento simulado.

Se llevó la mano al pecho y el anillo de compromiso del tamaño de un globo terráqueo que papá le había dado centelleó con la luz. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ah, mis dulces niñas. Se esforzaban tanto por complacerle…

Apreté la mandíbula y luché por no llorar. Lo extrañaba mucho; no porque fuera el mejor padre, sino porque era la única persona de mi lado. Era odioso. La soledad que había sentido desde que había muerto la tenía aferrada a mí como un vestido de látex. A veces, cerraba los ojos y luchaba contra la marea constante de soledad repasando los primeros recuerdos que tenía de papá. Últimamente, se había vuelto más difícil. Los recuerdos son peores que tu peor exnovio. Cuando quieres que se vayan, se quedan. Cuando los quieres aquí, se van.

Vera se apartó del perchero y se abrazó a sí misma.

—Y él ponía todos sus recursos y su tiempo en tu esgrima. Nosotras siempre íbamos en segundo lugar. Iba a animarte a cada competición, pero nunca iba a las presentaciones de ballet de Tabby ni a los partidos de Reggie.

Claramente no era el momento de señalar que ambas eran pésimas en sus actividades y que habían durado unos tres segundos en cada una. Toda la carrera de ballet de Tabby podía resumirse en un vídeo casero de menos de cinco minutos de duración en que hacía de árbol en *El Cascanueces*. Para ese papel no hacía falta moverse. Es más, *requería* quietud.

—Tú querías que papá me diera en adopción cuando me dejaron en la puerta. —Me apreté contra el pecho una de las sudaderas de papá que ella había dejado tirada por el suelo—. Tu crueldad no tiene fin.

—Sí, lo hice. —Vera me miró directo a los ojos. Estaba erguida, orgullosa y tiesa sin piedad—. Eras una bebé preciosa. No tenías ni un mes. Hubieras encontrado una familia maravillosa que te

adoptara, en algún lugar donde no tendrías que competir para que te dieran atención. Yo te hacía un favor. No eras adecuada para convertirte en hijastra.

—Oh, vaya… —Se me escapó una risa amarga—. No puedo creer que hayas dicho eso.

Pero lo había dicho. Por qué no. Vera Ballantine no tenía límites. Abrí la puerta de golpe, señalando el hueco que había dejado.

—Sal de mi cuarto ahora mismo.

Vera avanzó hacia mí y me miró muy de cerca, con la cara contra la mía.

—No impugnes el testamento, Farrow.

—No es el verdadero testamento.

Tenía la cara tan cerca que podía ver la furia inundarle los ojos e inyectarlos de rojo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque él me habría dejado la empresa.

«Y el colgante también», el que obtendría de Zach, tarde o temprano. Papá quería que yo tuviera todo lo que él atesoraba, porque sabía que lo guardaría cerca de mi corazón, que guardaría su memoria.

—Eres una idiota. —Levantó la mano y yo me agaché, en anticipación al golpe. En lugar de eso, se le agrandó la sonrisa y simuló limpiarme algo del hombro—. Nunca jamás nos vencerás, ni a mí ni a mis hijas.

Y con eso, salió.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Zach

Brett Conner era una de las personas más desagradables que había conocido en la vida; el testimonio fidedigno y grotesco de todos los de su especie, aun teniendo en cuenta que yo consideraba que la mayoría no merecía ni el oxígeno que respiraba. Lamentablemente, Brett hijo era el director general de una empresa que yo me proponía adquirir; una plataforma de contenido inapropiado, novedosa y muy en boga en las redes sociales, con un crecimiento de búsquedas que superaba el 4900% y unos ocho millones de usuarios activos por mes, cifras que crecían a cada minuto. Podía decirse que el hecho de que Brett padre fuera tan mujeriego había sido su perdición y su bendición a la vez. Le había permitido tener una empresa de un valor de más de tres miles de millones de dólares… pero también un hijo cuya única contribución a la sociedad era mantener a flote a los diseñadores de moda de su nicho único y exclusivo.

Brett hijo irrumpió en mi casa con unas gafas de sol de Prada de neón y un conjunto deportivo de Gucci en color dorado.

—Hola, ¿cómo te va, mi amigo amarillo? —Era un milagro que hubiera sobrevivido a ese nivel de incorrección política, y que a sus veintitantos todavía no le hubieran clavado un cuchillo de cocina en la cara. Levantó un puño a modo de saludo, con su sonrisa idiota tan característica; el único indicio de que había alguna función cognitiva funcionando—. He traído champán de Italia. Del verdadero.

No tenía ni ánimos de decirle que el verdadero champán era francés. La verdad es que no tenía ánimos de decirle nada. Y si hubiese tenido ánimos de cualquier tipo, no los habría desperdiciado en ese individuo. Ya cargaba con la tragedia de que mi ánimo tampoco se viera afectado en lo más mínimo por la señorita Eileen Yang, que se había pasado los dos últimos días enviándome enlaces de agencias inmobiliarias de Shanghái; lo que dejaba claro que iba a ser un dolor de cabeza.

Brett padre venía detrás del subproducto tan insatisfactorio de su esperma, seguido del director de finanzas de la empresa, un tipo trajeado llamado Jasper. Como no le respondí el saludo de puño, Brett hijo se contoneó cerca de la estatua de Guan Yu que había en el vestíbulo y extendió los brazos con la intención de darme un abrazo fraternal. Me aparté en el momento justo en que se lanzaba hacia mí, lo cual hizo que terminara desparramado en el suelo.

—¡Eh! —dijo con las manos sobre las pelotas, todavía en el suelo, boca abajo—. ¿Por qué has hecho eso?

—No me van los abrazos. —Lo empujé un poco con la punta de mi zapato para darle la vuelta—. Por favor, no babees sobre mi suelo. No quiero darle trabajo extra a quien limpia. Y en el futuro, no vuelvas a llamarme amigo amarillo, a menos que quieras que te llame piel pálida inservible.

Brett hijo se acarició la rodilla y frunció el entrecejo.

—¿Pálida? Pero si no soy tan blanco…

Cerré los ojos y respiré hondo. El padre hizo una mueca de desagrado, inclinó la cabeza y estiró el brazo para darme la mano, pero se acordó de inmediato que yo tampoco daba la mano. Entonces se metió la mano de nuevo en el bolsillo.

—Disculpe, señor Sun. Mi hijo está algo… sobrepasado por las responsabilidades corporativas. —Se quitó el sombrero que llevaba y se alisó hacia atrás los mechones de pelo blanco—. Imagino que usted hará algunos cambios en la cúpula directiva si avanzamos en nuestro acuerdo, ¿verdad?

Les di la espalda a los tres y me dirigí al sector comedor.

—Nombraré a mi propio equipo.

Había optado por una cena tranquila en lugar de una reunión oficial. Los datos que necesitaba ya estaban en una caja fuerte dentro de mi cabeza. Esa misma mañana había decidido el precio que deseaba pagar por la empresa; una cifra imprecisa en algún punto por debajo de la mitad de la cotización prevista por Forbes. Ahora no era más que cuestión de tiempo: doblegar a los Brett y darles bien duro por el culo; el único tipo de sexo que yo practicaba.

—Gracias por su hospitalidad, señor Sun. —Jasper me alcanzó, seguido de cerca por Brett padre, apenas unos pasos atrás—. Podríamos haber afinado los detalles en una oficina, así que aprecio el toque adicional…

—Por favor, quite su lengua de mi culo ahora mismo. No me interesa ese fetiche con usted. —Los pies me llevaron a través de la galería grandiosa toda decorada en cobre y marfil—. Ah, y le

ahorraré la pregunta incómoda: usted tampoco estará en la lista de contratados.

El hombre cerró la boca con fuerza.

Brett hijo se levantó del suelo de madera y nos alcanzó con un trotecito ligero.

—Vale, ya lo pillo. Entiendo ese jueguecito de mostrarte como un tipo duro, sí. Pero no voy a dejar que te comas nuestro almuerzo ni nada. Ponme una alfombra roja bajo el culo y luego quizá consigues un trato. —Hizo girar un dedo en torno a su cien—. No te hagas el loco, ¿eh?

No había nada en el mundo —y no tenía ninguna duda al respecto — que pudiera hacerme odiar más todavía a este tipo. Que habláramos el mismo idioma y aun así no pudiéramos entender ni una palabra de lo que el otro decía era un testimonio de lo bajo que había caído nuestro idioma común.

—El hecho de que quieras comprarnos la empresa lo dice todo. — Brett hijo se golpeó en el pecho—. Hemos hecho un buen trabajo, nos merecemos seguir en el equipo.

—No confundas la suerte con el talento. Tropezasteis con un hueco del mercado de pura casualidad, sin más. Tenéis tres desarrolladores de lujo que no os dan respiro y una lista interminable de empleados incompetentes corriendo esta carrera por vosotros. Vuestro competidores os van a alcanzar tarde o temprano y, cuando eso suceda, ya puedes ir despidiéndote de la tarjeta *premium* de papá.

Se rascó la cabeza.

—¿Qué competidores?

—Las otras empresas, vuestros adversarios, vuestros rivales. Gente mucho más inteligente que trabaja en lo mismo que vosotros. Vosotros no tenéis ni idea de cómo monetizar la marca. Yo soy el Jesús para vuestro Lázaro.

Pasé de largo al lado de dos camareros que sostenían cada una de las puertas dobles y llegué al comedor enmarcado por las altas columnas y las ventanas francesas que llegaban al techo.

—No estás en posición de negociar precios. Estás aquí para jugar con los niños en el suelo y dejar que los adultos nos encarguemos de lo demás.

—Ya me habían dicho que eras un tipo frío y despiadado, pero pensé que eran puras exageraciones.

—No lo eran. —Me detuve frente a la silla que encabezaba la larga mesa ovalada—. Es más, posiblemente se quedaban cortas.

La gente me perdonaba el estilo sanguinario porque era demasiado rico y poderoso para hacerme enfadar Y también porque había acumulado una lista larga de favores a lo largo de mis treinta y tres años de vida, y la posibilidad de que les reclamara el alma a cambio les quitaba el sueño.

Cuatro camareros llegaron corriendo a apartar las sillas. El personal del servicio de comidas iba y venía con las botellas de vino y vertía su contenido en nuestras copas. Brett hijo le hizo un gesto a una camarera para que le sirviera más. A ese imbécil le hacía tanta falta el alcohol como a mí me haría falta un segundo pene.

Jasper y Brett padre jugueteaban nerviosos con las servilletas y me miraban sin saber qué hacer.

—Sentaos —les ordené. Y se sentaron.

Sacudí la cabeza y saqué mi teléfono del bolsillo.

Zach Sun: SOS.
Ollie VB: ¡POR FIN, JODER! Te dije que esas clases de Pilates darían sus frutos. Y no era por el sexo jugoso con esa panda de esposas-trofeo aburridas.
Romeo Costa: ¿Qué demonios…? ¿ Qué piensas que significa SOS, Ollie?
Ollie VB: ¿No es Sexo Oral y Sucio?
Zach Sun: Rom.
Ollie VB: ¿Rom? Pero si ni siquiera tiene una S en su nombre…
Romeo Costa: Dime, @Zach Sun.
Zach Sun: Necesito que revientes mi cena de negocios.
Romeo Costa: ¿Quiero saber por qué?
Zach Sun: Porque puedo llegar a matar a alguien.
Romeo Costa: ¿Los Asters?
Zach Sun: Peor. Los Conner. El hijo es una pesadilla.
Ollie VB: Tuve sexo grupal con él. Seguro que está sobreactuando; es su mecanismo de defensa.
Romeo Costa: Eso lo explica todo. Voy a llevar a Galletita.
Zach Sun: Si no queda otra…
Ollie VB: ¡Epa! Entonces sí que estás desesperado. Yo también llevaré a mi cita.
Zach Sun: Tú no traerás a nadie.
Ollie VB: ¿Por qué?
Zach Sun: Porque no estás invitado.
Ollie VB: ¿Y por qué yo no?
Romeo Costa: Porque entonces tendré que evitar que Zach mate a dos personas.
Ollie vB: [Gif de Kim Kardashian llorando]
Ollie vB: Pero no tengo otra reunión donde lucir la camiseta de tirantes blanca.
Zach Sun: @RomeCosta, ¿cuánto tardas en llegar?
Romeo Costa: Ya estoy en camino.
Zach Sun: @OllieVB, puedes venir, pero no traigas esa ropa ni a la cita.
Ollie vB: Buuuu, pero, papá, ¡¿por qué?!
Zach Sun: Porque es probable que sea una fugitiva.
Ollie vB: Antes que nada, gracias por la confianza.

Ollie vB: Y en segundo lugar, sus abogados están negociando su entrega, y solo fue por conducir borracha.
Zach Sun: Con todo respeto, Oliver, vete al cuerno.
Ollie vB: Está bien pero llevaré coca rosa.
Zach Sun: Ni se te ocurra.
Ollie vB: Es de mala educación llegar a una cena con las manos vacías.
Zach Sun: Entonces no vengas y listo.
Ollie vB: Me encanta cuando te haces el duro. Sabes que tengo debilidad por los agujeros inalcanzables.
Zach Sun: Estás a punto de obtener uno nuevo en medio de la frente si no cierras esa bocaza que tienes, cortesía de mi cuchillo.
Romeo Costa: Llegamos en diez minutos, Zach.
Ollie vB: Y yo llevo la coca rosa. 🖤

Mientras chateábamos, el personal servía más platos y los dejaba sobre la mesa: pollo piri piri, arroz jollof y sopa egusi; también kanpachi crudo y carbonara de miso.

—Cuánta comida, por Dios. —Brett padre se dio una palmadita en el abultado vientre, devolviéndome a la realidad—. Nos está malcriando, señor Sun.

Llevé la mirada a la entrada, siguiendo su línea de visión, y vi a Farrow atravesar la puerta doble, con su vestido de asistenta negro ajustado y cuello blanco tipo Peter Pan. Llevaba una bandeja de plata y no me dedicó ni una mirada al pasar, pero yo sabía que con una sola palabra podía borrar esa expresión estoica de su rostro y hacer que el sudor le perlase la sien, arruinando la trenza francesa en la que había recogido su pálido cabello.

En los pocos días que llevaba trabajando para mí, Farrow se había hecho amiga de todo el personal: el cocinero, los jardineros, el mayordomo… Era una brisa de aire fresco en esa mansión inerte. El

problema era que a mí no me gustaba la brisa; la asfixia me iba bien.

Volví a guardar el teléfono en mi bolsillo y dejé los dedos crispados sobre el regazo. Con cada movimiento de ella, el aire acondicionado me enviaba su aroma. Contuve la respiración para evitar que me entrara en el cuerpo. Sin decir nada, colocó los tarros de caviar, inclinándose sobre mi plato con su cuerpo ágil y atlético. Constantemente ponía a prueba mis límites acercándose un poco más cada vez. Había mucho espacio vacío a mi alrededor, pero Farrow había decidido no ocuparlo. Tuve que concluir que era su modo de meter el pie en el agua para sentir la temperatura. ¿Sería que lo había descubierto y ya sabía para qué la quería aquí? Era muy probable que se hubiese dado cuenta.

El hecho de que pudiera imaginarme tocándola no me proporcionaba ningún consuelo. Al contrario, me hacía sentir como si un infierno me abrasara todo el tiempo bajo la piel.

Brett hijo soltó un silbido por lo bajo y se frotó las manos mientras recorría con los ojos el cuerpo de Farrow.

—Buena elección de personal, tío.

La sangre, por lo general un líquido congelado e inútil que me corría por las venas, se me agitó como lava en cuestión de segundos.

—Ya veo lo que has hecho. —Brett hijo me guiñó un ojo y se mojó los labios—. Muy listo. Así no tienes que sentar cabeza y encadenarte a una chica. Nada mejor que tener personal rotativo. ¿Y ella de dónde es? ¿Noruega? ¿Holanda?

—De la tierra de tu peor pesadilla —murmuró Farrow con un suspiro.

—Ah, y también habla. —Brett hijo se cacheteó sobre el muslo, con una risotada—. Muñeca, tú no eres ninguna pesadilla. Un sueño erótico, tal vez.

—¿Qué tal si ponemos a prueba la teoría con un objeto afilado? —Farrow sonrió dulcemente y parpadeó a toda velocidad mientras dejaba el último tarro de caviar sobre la mesa—. Se me da bastante bien manejarlos.

Se subestimaba de manera escandalosa; era la mejor.

Yo sabía bien que podía defenderse sola. Pero, aun así, quería matarlo para ella.

En cuanto se guardó la bandeja bajo el brazo y dio media vuelta para irse, la detuve con la punta del cuchillo para untar. Le besaba en el codo cada vez que ella exhalaba el aire. Me incliné hacia ella para tener privacidad.

—No deberías estar sirviendo la comida.

Los dedos se me rebelaban contra el cerebro, temblorosos, luchando por hundirse sobre su cintura y arrastrarla lejos de allí, a la vista de todos. No me reconocía últimamente. Tenía que hacer algo al respecto. Una lobotomía quizás, porque no había funcionado acortar el tiempo entre masturbaciones, de 48 a 24 horas. Hasta entonces, me había masturbado por cuestiones de salud, para tener buena circulación de esperma. No para fantasear con los labios de Farrow recorriéndome el pene.

La pulpita alejó el cuchillo.

—Les falta personal. —Reordenó mis cubiertos del lado equivocado y con el codo casi me tocó el pecho. Se me cortó la respiración—. El gerente de la empresa de *catering* dice que

espantaste a alguien. Dice que echaste a una empleada que tomaba su descanso en el jardín, ¿es así?

—Estaba fumando.

—Igual que esta chica —dijo Brett hijo y señaló a Farrow con el pulgar—. ¡Echa humo de tan caliente que está!

Farrow le devolvió el gesto con una sonrisa.

—Arderás en el infierno, idiota.

Ella no tenía idea de lo cerca que estaba de ese destino.

—Acepto si vienes conmigo. —Brett hijo se frotó las manos—. ¿Qué me dices?

Tomé el cuchillo de carne y me lancé sobre el tipo, lo miré a los ojos e incrusté el filo a un milímetro de su dedo meñique. Dio un grito ahogado y saltó hacia atrás en su asiento.

—Solo te diré esto una vez, y te lo diré suavemente: nunca jamás, ni una sola vez, pase lo que pase, se te ocurra mirar, tocar, hablar o respirar cerca de esta mujer. ¿Está claro?

Pero sin duda no lo estaba porque el más descerebrado de los Brett respondió echando esa cabeza hueca hacia atrás y soltando una risa furiosa, que casi lo hizo atragantarse con su propio aire.

—Tranquilo, hermano, si no es más que una sirvienta. Tengo unas veinte como ella en casa, esperándome. Si quieres hacemos un intercambio.

—¡Hijo, ya basta! —El ladrido de la voz de Brett padre me llegó por la izquierda.

Mi silla dio un chirrido contra el suelo con la fuerza con que fui hacia atrás. Empecé a levantarme, listo para incrustarle un cuchillo entre los ojos a Brett hijo, pero hubo dos cosas que sucedieron en simultáneo. Una, la voz aguda e irritante de Dallas Costa que

atravesó el aire desde el vestíbulo al tiempo que ella entraba al grito de:

—*¡Eeey, Zacharyyy!*

Y dos, Farrow Ballantine me acarició la muñeca con la punta de los dedos.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Zach

Dejando a Dallas de lado —en otro continente, a ser posible— me concentré en el roce de Farrow, que se abría camino por mi carne y mis huesos. Reprimí un silbido, aparté la mano y la fulminé con la mirada.

—¿Qué haces?

—No sé. —Me lanzó una mirada juguetona y una sonrisita—. ¿Sacarte de tu zona de confort quizás?

—Pues no lo hagas. Es donde quiero estar, demonios.

Pero mi tono de voz carecía de mordacidad. Y tampoco podía encontrar en mí ese impulso inmediato de correr al baño y frotarme la piel hasta arrancarme la capa infectada. Un destello de mi padre, muerto y rígido sobre mí, cruzó por mi mente, pero no se quedó. Y no tuve la misma reacción horrible que normalmente tenía cuando alguien me tocaba. Solo me sentí… aturdido. Y un poco mareado. Farrow retrocedió, se sopló un mechón de pelo suelto del ojo e hizo una salida teatral.

Dallas se inclinó hacia mí y le dio besos al aire.

—Mira toda esta comida. —Su barriga de embarazada invadió mi espacio personal. Un terrible recordatorio de lo que mi madre esperaba de mí. Un heredero, alguien que continuara la línea de sangre Sun.

Romeo soportó el abrazo de Brett hijo y después lo alejó con un dedo sobre la frente.

—Mira si todavía tienes la cartera en el bolsillo —le susurré a Rom mientras espantaba a un camarero que intentaba recoger el cuchillo clavado delante del plato de Brett hijo. Que le sirviera de advertencia para el resto de la noche (que con suerte no duraría mucho más).

—Todo se ve delicioso. —Dallas aplaudió y dio unos saltitos en el lugar, tanto como podía con la cosa enorme que se le cocinaba en el estómago—. Sin contar la compañía, por lo que he oído.

Dallas Costa era una criatura encantadora. Con esos exuberantes rizos castaños que le caían sobre los hombros, los ojos color esmeralda, esa sonrisa amplia y una figura por la que casi todo hombre hubiera ido a la Tercera Guerra Mundial. Y aun así, no despertaba nada en mí. Demasiado ruidosa, feliz y simple para mi gusto.

—¡Trufas blancas! —Cogió uno de los fideos rizados de un plato para compartir con la mano y se lo metió en la boca—. Lo has pedido para mí, ¿verdad?

—Todo tuyo ahora.

Le hice un gesto a un camarero para que me trajera otro cuchillo para la carne, aunque se me había ido el apetito por completo.

Dallas estampó su Birkin contra el pecho de Romeo y se llevó toda la bandeja de fideos hasta su sitio. En medio del caos, tanto Brett padre como su hijo permanecían en silencio. Demasiado

embelesados por el hombre que tenían enfrente, sin preocuparse de que nuestra reunión se viera interrumpida. Supuse que requería una explicación.

Como Farrow ya se había ido, me relajé, abrí la servilleta sobre mi regazo y dije:

—Rom y Oliver me asesoran extraoficialmente.

Era mentira, desde luego. A Oliver yo no lo llevaría ni a un burdel sin que me preocupara su conducta, mucho menos lo haría a una reunión de negocios. Pero Ollie y Rom me mantenían atento, al menos en líneas generales.

—Usted debe ser Oliver von Bismark, ¿no? —Brett padre, que no venía de familia de dinero y no podía dejar de fascinarse por quienes sí lo hacían, se inclinó hacia delante apoyado sobre los codos y me devoró con la mirada—. ¿Es el duque?

—De la nobleza prusiana. —Oliver hizo su entrada, vestido con un traje de tres piezas color gris, pasándose una mano por los rizos dorados. Teniendo en cuenta que no trabajaba, no supe ni por qué venía vestido así ni de dónde vendría—. Un título bastante inútil para ser honesto, una vez que conoces a todas las mujeres dispuestas a dar su consentimiento para el sexo.

Le robó a Jasper la copa de vino blanco intacta mientras iba a su asiento y le dio un beso en la cabeza a Dallas al pasar por su lado.

—Te ves fabulosa, señora Costa. ¿Cómo le va a mi ahijada ahí dentro?

—Vamos bien —respondió Dallas, al tiempo que masticaba una salchicha Boudin Blanc; la chica tenía menos glamur que una mancha de semen en los pantalones.

—Estás loco si crees que te confiaría a cualquier mujer, y mucho menos a mi hija. —Romeo se apresuró a sentarse al lado de su esposa y Oliver se desparramó al lado de Brett hijo, al otro extremo de la mesa—. Zach será el padrino.

—Quita esos pensamientos podridos de tu cabezota. —Oliver hizo un gesto forzado de asco y miró a Romeo con desdén—. Jamás intentaría nada con la hija de mi mejor amigo.

Romeo levantó una ceja:

—¿Ah, no?

—No. Eso sería de muy mala educación, teniendo en cuenta que pondré toda mi energía en seducir a su cuñada. —Ollie dio un golpecito sobre su copa y miró a un camarero—. Un martini con vodka. Con tres aceitunas. Mejor que sean dos los martinis, me tomaré el de Daytona Beach también.

—Me llamo Dallas. —Ella arrancó una uva del centro de mesa y se la llevó a la boca, solo para descubrir de la peor manera que era decorativa—. Y, por favor, no me conviertas en tu excusa para descuidarte.

Dirigí la conversación a un territorio más familiar. El sexo, y todo lo que conllevaba, no era mi especialidad. Me concentré en Brett padre, el que menos me enfurecía de todos los invitados.

—Entiendo que han recibido mi propuesta formal.

—Así es. —Cortó una rodaja del *wagyu* mantecoso y le agregó una cucharadita de espuma de patata y chimichurri de *shiso*—. Si bien es una oferta interesante y estamos halagados, creemos que ha infravalorado nuestra compañía en mil millones de dólares.

En realidad, la había infravalorado en dos mil millones, pero entendí que quisiera encontrar un punto medio de donde partir.

—No he hecho tal cosa, señor Conner. —Me recliné sobre el mantel e ignoré la comida por completo. No me interesaba la comida *gourmet.* Solo comía para sobrevivir—. Lo que hice no fue más que deducir mi seguro de responsabilidad contractual, que sin duda entrará en juego en breve.

Brett hijo frunció el entrecejo y se inclinó hacia delante:

—¿Seguro de responsabilidad contractual? —Sus gafas de sol seguían sobre su nariz, aun dentro de casa. Si Oliver hubiera venido con la camiseta de tirantes blanca, no habría sido el peor vestido.

—Sí, responsabilidad contractual. Seguro que estás al tanto del término, teniendo en cuenta la naturaleza de vuestra empresa. —Miré hacia Brett hijo con desgana—. Ofrecéis un servicio a personas que dejan que otros las vean chupar dedos de los pies y restregarse contra los asientos del metro. Toda esta operación es una bomba de relojería y habrá juicios de por medio; así que calculé todo el dinero que tendré que invertir en cuestiones legales para limpiar la mierda que la compañía dejará desparramada de un momento a otro.

Jasper inclinó la cabeza y buscó su copa de vino, pero se acordó de que Ollie se la había robado.

—¿O sea que usted dedujo mil millones de dólares por un juicio imaginario?

—No es imaginario —dijo Ollie y cortó un bocado de carne—. La gente pone demandas todos los días. Si pueden encontrar razones para denunciar a una empresa de pañales, ¿qué le hace pensar que no pueden encontrar una buena razón para joder a un sitio donde cualquiera puede decir que es mayor de edad y crear contenido pornográfico?

—Por no mencionar que el noventa por ciento de los ingresos de las empresas de redes sociales como la vuestra suele venir de la publicidad. —Arreglé la disposición de los cubiertos que Farrow había desordenado hasta alinearlos en paralelo—. Y que cerca del ochenta por ciento de las corporaciones enfocadas en el público familiar jamás consideraría anunciarse en vuestra plataforma.

—No va a ser nada fácil que los chicos muerdan el anzuelo. —Romeo, que había perdido la cabeza dos años atrás, terminó de cortar el bistec a su esposa—. Un valor de mercado estimado para una empresa de este tipo no puede considerarse algo real y comprobado.

—Exacto —dijo Ollie y chasqueó los dedos para recibir su martini y darle a mi camarero cien dólares de propina como si estuviera en un restaurante. El tipo se manejaba por el mundo como un personaje salido de una caricatura—. Nadie querrá anunciar sus productos al lado de la imagen de un pene.

Dallas miró a Ollie con una sonrisa burlona:

—Hablando de eso, ¿el tuyo no salió en la portada de *New Yorker*? —La muy chivata…

—Bueno, sí, pero es un pene fotogénico. —Ollie se metió un camarón en la boca—. Al menos se merece la portada de *Vogue*, rodeado de modelos que lo acaricien.

—Ah, veo que has pensado bien la cosa.

Ollie asintió.

—Sí, hasta contraté a un director de arte para que me diera ideas por si invitaban a mi fabuloso miembro a una sesión de fotos.

Dallas levantó un hombro.

—Los he visto mejores…

—Una opinión sesgada, sin duda. —Ollie bostezó y se tomó el martini de un trago como si fuera cerveza—. Estás inseminada por otro pene, tu visión no es imparcial.

Dallas le dio una palmadita en la pierna a su esposo.

—La verdad es que Rom tiene la circuncisión más bonita que he visto.

¿Por qué tenía a esta gente por amigos? ¿Por qué no había optado por vivir en una cueva en los Alpes? No tenía el más mínimo deseo de discutir sobre genitales ajenos.

—Papá… —Brett hijo finalmente se arrancó las gafas de sol de la cara y estampó sus zapatillas doradas de Versace en el suelo—. No puedes venderla a un precio por debajo del valor de mercado. Es una locura.

Brett padre miró en dirección a Jasper. Este último se pasaba la lengua por los dientes saboreando la nueva copa de vino que le habían alcanzado y no decía ni una palabra. La mirada volvió hacia mí:

—¿Mil millones es su mejor y última oferta?

—Sí, mientras me siga interesando. —Entrelacé los dedos sobre la mesa—. Soy pésimo manteniendo el foco cuando se trata de comprar nuevas empresas. La industria cambia todo el tiempo, y mi mente también.

—Papá, ¡no! —Los ojos del hijo se aferraron a los de su padre—. Te está presionando y hará lo que quiera contigo. No la vendamos. Trabajaré más horas. Esta vez, te prometo que hasta iré a la oficina. Te lo juro…

—Cierra la boca y déjame pensar. —Brett padre dio un golpe sobre la mesa haciendo repiquetear platos y cubiertos. Algo de comida

rodó hasta el borde de la mesa.

Dallas se lamentó.

—¡Ay, no! Las cerezas rellenas…

El personal irrumpió en la habitación, retirando los segundos platos y reemplazándolos con los de la siguiente ronda. Una mano se llevó mi comida intacta. Me relajé un poco en mi asiento, sabiendo que era Farrow quien estaba cerca de mí; que, aun si se rozaban nuestros codos, no me desplomaría.

Se inclinó sobre la mesa junto a mi brazo derecho para tratar de alcanzar un plato con los acompañamientos. El vestido corto se le subía por los muslos y revelaba la curva de su trasero redondeado. Era un milagro: mis dedos ansiaban arañar la parte de atrás de su rodilla, deslizarse hacia arriba por su muslo interno, acariciarle la entrepierna a través de la ropa interior y deslizar un dedo en sus bragas, frotando la costura de su apretada y húmeda feminidad. El deseo me chamuscó el cuello, se me enrolló por el cuerpo como unas cintas que me apretaran de arriba abajo, y se deslizó por el pecho y el estómago hasta llegar al pene.

Tuve una erección. Por primera vez en la vida, tenía una erección por una mujer. Una mujer de carne y hueso. En teoría, siempre había apreciado a las mujeres a nivel sexual, pero nunca de cerca. Quedé atónito ante la comprensión de que yo realmente quería tocar a Farrow Ballantine.

Ya no era solo que no me disgustara, más bien me gustaba y la deseaba activamente.

—Disculpen, señora Costa, caballeros. —Brett padre se puso de pie—. Necesito un minuto con Jasper.

Brett hijo se puso de pie de un salto y se pasó la lengua por los dientes. Su padre negó con la cabeza:

—A solas.

El hijo parpadeó varias veces con gesto incrédulo.

—¿Me estás tomando el pelo?

Le hice un gesto hacia la puerta, con la voz espesa por el dolor del deseo a punto de explotar.

—Tiene una sala a su izquierda.

Jasper y Brett padre salieron. Brett hijo se pasaba los dedos por el pelo tirando con fuerza. Miró a Oliver y entrecerró los ojos:

—Ey, tú, ¿yo no hice un trío contigo en algún momento?

—Éramos cinco —dijo Oliver, que sacudió la cabeza y miró el móvil con el ceño fruncido—. Pero había dos que se fueron cuando te vieron la espada. O más bien, la navajita esa que tienes.

Dallas soltó una risita. Romeo, un suspiro.

—Vaya, qué sorpresa… —Sentí la respiración de Farrow sobre mi oreja—. Jamás lo hubiera imaginado.

No sabía por qué, pero me parecía mal que estuviera sirviéndonos. A Dallas, en especial. Farrow se merecía sentarse al lado de esa belleza sureña, para chismorrear y estar a su mismo nivel. Ir vestida con las mejores ropas de diseño, y que todos la admiraran y adoraran. Se merecía el mundo entero, mierda. Anhelé con todas mis fuerzas que algún día lo tuviera. Aun cuando me dolía todo el cuerpo de pensar que no sería yo quien se lo diese.

Dallas asintió con la cabeza y levantó la mano en señal de admiración:

—Así se habla, hermana.

Brett hijo miró a Farrow con desprecio.

—Nadie te pidió la opinión, Cenicienta.

—Cuidado con lo que dices cuando te dirijas a ella. —Y, una vez más, incrusté un cuchillo de carne en la mesa, lo que causó una reacción general en todos los comensales—. O me aseguraré de que no te queden dientes para hablar.

—¡Ay, no! —Oliver se puso la mano en la frente mientras negaba con la cabeza—. No con el personal de servicio, Zachary. ¿Quién diría que de todas las personas del planeta, a ti te pasaría como a Chris?

Rom se detuvo en una rebanada a medio comer:

—¿Qué Chris?

—Christopher Marshall.

—Nunca he oído hablar de él. ¿Es alguien a quien le arruinamos la vida, quizás?

—Era el candidato a senador —indicó Farrow sin inmutarse—, en aquella película con Jennifer Lopez.

Oliver se levantó y empezó a darle palmadas en el hombro como si la felicitara por un golpe de golf:

—¡Bravo! Por fin una mujer profunda y culta. La película se llamaba *Sucedió en Manhattan*. Lloro cada vez que la veo. —Se secó una lágrima invisible con el dedo—. Pero estoy seguro de que Zachary prefiere lo que suceda en Maryland, que prefiere a una Mary que limpie en Maryland…

No me sorprendió que Ollie lo supiera todo sobre Farrow y su empresa de limpieza. Lo más probable era que mamá se hubiese desahogado con él antes de con Romeo, mientras se comía sus galletas de almendra y su té Da Hong Pao recién importado.

—Silencio. —Apunté con un tenedor a mis mejores amigos, un psicópata reformado y un sexópata con más kilómetros que un coche usado—. Los dos.

Farrow se volvió hacia Dallas, ignorándome por completo.

—Oye, deberías probar el tuétano relleno de maíz que vamos a traer. Está increíble. —Me señaló con el pulgar—. Me he zampado la porción de este aguafiestas en dos segundos.

Dallas se llevó la palma de la mano al pecho.

—¡Me muero! ¿Acabamos de convertirnos en mejores amigas?

—Es posible.

—Ya mismo nos consigo entradas para Taylor Swift —dijo Dal con el teléfono en la mano. Farrow subió y bajó las cejas varias veces—. Y haré pulseras de la amistad. ¿Tus colores favoritos?

—Violeta y verde.

Brett hijo miró a Fae con las pupilas dilatadas, listo para lanzar otra diatriba.

—Hablando de rellenos… —Luchó contra un ataque de mocos, claramente drogado hasta la médula, con la nariz más nevada que Nueva York en Navidad. Pero ella ni le prestó atención. Ya se había dado la vuelta y avanzaba hacia la salida con siete platos sucios en una mano. Él se limpió la nariz, se levantó y salió detrás de Farrow —. Voy a hacer una escapada rápida al baño.

Oliver echó su silla hacia atrás y suspiró.

—Me aseguraré de que se comporte.

—No. —Me levanté con la palma de la mano en alto—. Ya se ha pasado de la raya demasiadas veces. Quédate aquí. —Y después de una pausa, agregué—: Y quizá llama a mi abogado.

Brett hijo se estiró la ropa deportiva que tenía puesta y murmuró unas palabras incomprensibles.

—Voy a darle una lección a esta chica…

Se me trabó la mandíbula.

—*Definitivamente*, llama a mi abogado.

Me fui tras él y lo seguí de cerca mientras iba siguiendo a Fae, haciendo crujir el cuello y los nudillos. Ella entró en la cocina principal, ajena a los hombres que la seguían. Brett y yo entramos en fila, la miramos descargar los platos en un fregadero que ya estaba lleno.

—Uf. —Apoyó la mano en la encimera y se secó la frente—. Qué pedazo de personaje…

—Y tú, qué pedazo de culo. —Brett hijo avanzó. Se detuvo cerca, a unos pocos centímetros de ella, que ni levantó la vista de los platos y abrió el grifo listo para enjuagarlos.

—Yo, en tu lugar, no intentaría ninguna estupidez.

—Ah, ¿no? —Él se acercó más y sentí que la sangre en las venas me hervía a la temperatura del núcleo solar. Su nariz estaba descontrolada—. ¿Y eso por qué?

—Porque sé pegar más fuerte.

—Ah, así que te gusta duro, ¿eh?

Observé con meticulosa quietud como Brett hijo levantaba las manos, movía los dedos pegajosos y los estiraba, apuntando al trasero de Farrow. Se acercó a su objetivo y ya casi rodeaba la curva entre una de las nalgas y esas piernas tonificadas que se movían con destreza grácil en la pista.

—*Farrow.*

La tensión de mi propia voz me sorprendió.

Al tipo se le congeló la mano en el aire.

Pulpi giró la cabeza y parpadeó, sorprendida.

—¿Qué?

—¿Eres impresionable?

—Para nada.

—Bien.

Saqué mi cuchillo y lo arrojé directo a la mano extendida de Brett hijo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Zach

—¿Pero qué cojones…? —Brett miraba atónito a la punta faltante de su dedo—. ¿Qué cojones? ¿Qué cojones… has hecho?

Buena pregunta. ¿Qué cojones estaba haciendo realmente?

«No hay de qué preocuparse. No hay segundas lecturas, solo protejo mi antídoto. Sin duda un caso de protección de la propiedad privada y así lo defenderá la ley en un tribunal».

—Ay, ¡¡inooo!!! —Derramaba las lágrimas sobre la mano herida y la levantaba en dirección a la luz—. Justo la Palmela Andelson, ¡no!

Qué pena que mi puntería nunca fallara. Le había dado justo en la punta de los dedos índice y medio; nada que le dejara ningún daño profundo, solo un poco de tejido y nervios faltantes. *Lástima*. Un poco más a la derecha y no habría tenido que escucharlo chillar.

—¿Qué cojones, hermano? —Se apretaba la muñeca, colapsado, y lloriqueando con unos gritos angustiosos—. ¡Me has cortado la mano! ¡Me has cortado la mano!

«Lo he hecho, y desearía poder hacerlo de nuevo».

Brett tocaba el suelo tratando de encontrar las yemas de sus dedos caídas. Se habían dispersado por las baldosas como confeti, y

todavía seguía saliendo la sangre a chorros del hueco del que habían salido.

Este evento había marcado la primera vez en que tiraba un cuchillo fuera del círculo de práctica de tiro al blanco. La primera vez que le había dado a un blanco con este cuchillo en particular —regalo de papá— *en toda mi vida*. Sabía que el papeleo sería una pesadilla, pero no me arrepentía ni un poco.

—¿Pero qué mierda…? —Ahora Brett había empezado a gritar y dar patadas en el suelo, y seguía mirando fijamente el chorro de sangre que le caía por los dedos. Me pareció que al final había dejado de buscar los pedacitos faltantes.

—La única mierda aquí es que se te ha ocurrido tocar los cojones a la persona equivocada. Te he dicho que no te acercaras a esta mujer. Es mía.

—No ha sido más que un apretón amistoso…

—Ah, pero qué coincidencia. —Di un paso adelante, levanté el cuchillo del suelo y se lo agité delante del rostro, sosteniéndolo por el mango con dos dedos—. Solo un apretón amistoso, ¿no? Ahora no podrás usar la mano derecha ni para masturbarte mientras piensas en ella.

—Llamaré a la policía.

—¿Y qué piensas decir? —Limpié la hoja del cuchillo sobre el borde de su camisa y lo metí en el estuche—. ¿Que te has metido en mi casa drogado hasta las cejas y que has acosado sexualmente al personal?

—Estoy perdiendo sangre —gimoteó y salió de la cocina dando tumbos, gritando a un volumen inaudito y aferrando la muñeca contra el logo de Gucci que tenía en el pecho— ¡Papi! ¡¡Papá!!

Por fin, dirigí la mirada hacia Farrow. Se había mantenido en silencio todo el tiempo, evaluándome con esa mirada tan única que me hacía sentir preocupado de que desentrañara todos mis secretos más ocultos con solo mirarme a la cara.

Di un bostezo y dije:

—¿Qué?

—Has perdido el control.

—No he perdido el control ni por un segundo —le contesté—. Es este tipo, que no sabe tener las manos quietas.

—No soy tuya. —Los ojos celestes se le encendieron de furia—. ¿Por qué se lo has dicho a Brett?

—Lo serás. —La verdad se me escapó sin querer, sin previo aviso, ni consentimiento por parte de mi cerebro.

—No lo seré.

—Sí lo serás.

—¿Por qué estás tan seguro de ello?

—Siempre consigo lo que deseo. —Saqué la lengua y me la pasé por el labio inferior—. Y te deseo como nunca he deseado nada en mi vida.

Si en algún momento había pensado que ella caería rendida ante mi confesión inusual, me esperaba otra cosa. Ella no era una de esas fans. De hecho, mi respuesta parecía enfurecerla aún más.

Cogió un trapo que colgaba del grifo y se puso a limpiar la sangre de Brett del suelo.

—¿De verdad ha valido la pena?

No quería que ella tocara nada proveniente de ese tipo, pero me contuve de arrancarle el trapo de las manos. Necesitaba tomar las riendas en lo referente a mi obsesión antes de que se descontrolara.

—Ahora te meterás en problemas, ¿y para qué? —dijo Farrow, y roció un limpiador orgánico sobre los azulejos—. No es la primera vez que me pellizcan el culo. Y siempre termina igual: un ojo morado para el tipo que lo hace y los nudillos hinchados para mí.

El solo pensamiento de que algún hombre pensara que podía tocar a esta mujer sin su consentimiento me hacía querer hacer cosas terribles. Necesitaba nombres, direcciones, horarios. Y cuchillos. Muchos cuchillos, mierda.

—No me meteré en problemas.

Desde el salón, oímos a Brett padre que perdía la compostura a un nivel descomunal.

—¿Cómo has podido ser tan estúpido?

Estiré un pulgar en la dirección de Jasper y Brett padre que no paraban de regañar a Brett hijo, lo cual demostraba mi postura.

—Bastará con añadir algunos millones que endulcen la oferta de compra de la empresa. —Una sonrisa lúgubre y ladeada me atravesó la cara—. Era el plan desde un principio. Les hice una oferta bajísima.

—Me has tratado como un objeto. Como una posesión. —Hizo una pausa y me apuñaló con la mirada—. Puede que trabaje para ti, pero no hay nada más.

—Te equivocas. Hay más, mucho más. Tengo muchos otros planes para ti.

Sus ojos se achicaron:

—*Zachary…*

—*Farrow.*

Arrojó el trapo pesado y empapado dentro del fregadero. La sangre salpicó los platos y las tazas.

—¿Tienes algo que decirme?

—Claro que sí. —Caminé hacia ella y me detuve a menos de dos palmos. Todo un progreso. Vi cómo la línea de su garganta subía y bajaba ante la proximidad. Empuñé mi cuchillo, y con la punta le toqué el cuello manchado de sangre en el uniforme de asistenta. Y le sonreí con satisfacción—. El rojo te queda bien.

Dicho eso, salí en dirección al dormitorio principal. Sus viejas zapatillas chirriaron contra el suelo de mármol. Pisaban sobre mis pasos, siguiéndome de cerca, ruidosas y despreocupadas. Si no había una fiesta o una cena formal en casa, nadie tenía permitido entrar con zapatos en la mansión; ella había hecho caso omiso de la regla desde el primer día.

Pasamos al lado de Brett hijo sin decir palabra. Estaba enroscado contra la columna del primer escalón mientras el médico de familia de Ollie le cosía unos puntos y el padre y ese Jasper no paraban de regañarlo. Al otro lado del salón, Ollie, Rom y Delhi se reían, hacían sonar las copas y golpeteaban los platos de porcelana con los cubiertos.

Giré el pomo dorado de mi habitación y entré. La puerta se cerró detrás de Fae, que echó el cerrojo. Me siguió hasta el baño, donde giré el grifo hasta la temperatura más fría y hundí las manos bajo el agua. El agua se tiñó de rosa bajo la sangre. Nuestras miradas se entrelazaron a través del espejo. Si se había asustado de verme rebanarle un dedo a un hombre que casi le toca el trasero, no se le notaba para nada.

Terminé de limpiarme, entré en el vestidor sin prisa y empecé a desabrocharme la camisa. Farrow apoyó una cadera en el marco de la puerta. Tenía el uniforme y las piernas desnudas aún cubiertos de

sangre. Lentamente, bajé los hombros y dejé caer la camisa, con total consciencia de que ella tenía los ojos clavados en la tela, que cayó sobre la alfombra sin hacer un solo ruido. Me quedé ante ella con el torso desnudo, como una estatua expuesta a la vista del público, dejándola observar las vistas un rato más y empaparse con el paisaje de mis abdominales perfectos, el contorno de mis brazos esculpidos y la V profunda que se hundía en mis caderas por dentro de los pantalones. Los ojos se le abrieron tanto que parecían dos platos. El calor se me acumuló por debajo del ombligo y toda la sangre se me agolpó en el pene. Yo conocía esa mirada. La ponía yo mismo cada vez que estaba a punto de cerrar un trato difícil. Ella tenía hambre. De mí.

«No tienes ni idea de lo que te espera, Pulpita. Tendrás primer plato, segundo plato y postre todas las veces que quieras. Y todos los entremeses que quieras en medio. Vas a estar tan llena de mí que tu sexo tendrá la forma del mío».

El pensamiento me sorprendió tanto como la idea en sí; ni siquiera lograba llegar a tocarla todavía.

Rompí el hielo y chasqueé los dedos cerca de su cara.

—¡Hola, ey! Mis ojos están por aquí arriba.

Estábamos a unos tres metros el uno del otro. Pero, a diferencia de cualquier otra vez, con cualquier otra persona, cada centímetro se sentía como un continente entero.

—No hay nada en ellos. —Farrow cruzó los brazos—. Tu torso ofrece unas vistas mucho mejores.

Elegí una camisa blanca, coloqué la percha de terciopelo vacía de vuelta al perchero y me acerqué a ella, todavía sin camisa.

—No deberías dejar que nadie te hable como lo ha hecho Brett. U Oliver, de hecho.

Se le borró la sonrisa.

—Lo hacen porque saben que pueden. Yo no soy Dallas Townsend, no tengo a nadie que me proteja.

Me deslicé la tela sobre los hombros y di un paso más hacia ella.

—Sí que tienes a alguien.

Di otro paso mientras iba a abotonando uno a uno los botones con cada paso.

—Ah, sí, ¿y quién es?

—Yo.

El silencio se clavó en el aire. Y entonces, lo oí. Una risa que era como un cosquilleo en el viento revoloteaba desde su garganta como el sonido de campanas que anuncian una boda. Me entró en el estómago y desde allí se expandió en todas las direcciones posibles. No parecían mariposas, más bien murciélagos del mismísimo infierno.

—¿Qué ha sido eso?

La risa se le desvaneció, al igual que lo hizo el rumor que me había temblado en el pecho al oírla. No había sido desagradable y no se sentía como un ataque al corazón… Casi que quería sentirlo otra vez.

Ella parpadeó con sorpresa.

—¿Qué ha sido qué?

—Ese sonido.

Las cejas se le levantaron hasta la línea del cabello:

—¿Mi risa?

Me di cuenta de que sus cejas eran de un tono más oscuro que el de los rizos rubios casi tan blancos como el hielo, y resaltaban aún más la belleza salvaje de sus facciones; la extremaban. Su mirada tampoco era de un azul tradicional, sino de color pastel, del más pálido de los tonos azules, y tenía un contorno azul marino.

De repente pensé que podría mirar ese rostro durante horas sin aburrirme. Aquello era absurdo. Por lo general, las mujeres me aburrían. Su cara, al igual que su cuerpo, me resultaba indiferente y no me generaba la más mínima excitación.

—Ríete otra vez —le ordené.

Las delicadas cejas se chocaron entre sí.

—A ver, hazme reír.

—Imposible. No tengo nada de sentido del humor.

—Pues tendrás que desplegarlo.

—Eso no es una película, Farrow. Puede que me lleve algunas horas.

—De todos modos, ¿para qué quieres que me ría?

«Porque he sentido algo dentro del pecho y estoy desesperado por sentirlo otra vez».

Era la primera vez desde que papá había fallecido. Y posiblemente la última. Pero quería intentarlo.

—Tú solo hazlo.

—No puedo fingir. —Farrow se encogió de hombros y se echó hacia atrás—. Apuesto a que estás acostumbrado a que las mujeres finjan por ti.

«No, no lo estoy. Nunca las dejo acercarse tanto».

—No soy gracioso. Ni tú tampoco, a juzgar por tu último chiste.

—Esfuérzate. —Levantó el mentón sin quitarme los ojos de encima —. Has prometido protegerme. Has dicho que era tuya. Bueno, pues el camino al corazón de una mujer pasa por su boca. Tienes que hacerme reír.

«No es tu corazón lo que persigo», quería recordárselo.

Lástima que ella no fuera Dallas Costa. Esa boca no necesitaba risas, solo pasteles *gourmet*.

Ahora estábamos pecho con pecho. Sin tocarnos, pero tan cerca que sería suficiente si ella lo intentaba. Y yo quería que lo hiciera. Desesperadamente.

El corazón me latía con tanta fuerza que temí que se me saliera del pecho. Bum, bum, bum. Parecía que iba a despegarse de las arterias. Me adentré en mi mente, buscando algo gracioso. No me reía mucho. A decir verdad, no me reí nada. Había muy pocas cosas que me gustasen. De hecho, si lo pensaba detenidamente, Farrow estaba primera en la lista. Pero supuse que burlarme de ella no la haría reír *a ella* precisamente.

—Esto es ridículo.

Farrow levantó un hombro.

—No es culpa mía que nunca hayas tenido que impresionar a una chica en toda tu vida. Los treinta y tres es una buena edad para empezar.

Me había buscado en Google; yo nunca le había dicho mi edad.

Al darme cuenta de ello, algo caliente se extendió por mi pecho.

—Cuando Ollie fue a Oxford, tuvo un rito de iniciación en un círculo de masturbaciones: todos acababan en una taza y los novatos tenían que bebérsela. Ollie pidió repetir.

Farrow tuvo una arcada.

—Eso no es gracioso. Es un asco.

—Sí que es gracioso. Por dos razones: una, que Ollie sea tan espantosamente decadente. Y dos, que, de hecho, tiene dos títulos universitarios.

Ollie se había ido a Inglaterra a hacer un máster porque quería hacer una investigación en paralelo durante los dos años que duraba el curso: los fetiches sexuales de las europeas. En otras palabras, quería más libertad para perder el tiempo y tener todo el sexo posible sin tener que inventarse un trabajo. La poca lástima que podía sentir la tenía reservada para los futuros engendros de Oliver von Bismarck. La misión de su vida era repoblar el mundo. Un día, sus hijos y nietos se despertarían y se darían cuenta de que su árbol genealógico era, en realidad, una espiral.

—Si tienes que explicar el chiste, no tiene gracia. —Me miró severa y me copió las palabras—. Siguiente intento.

Se me escapó un suspiro entrecortado. No me extrañaba que los comediantes estuvieran siempre deprimidos. El humor me agotaba.

—Una vez me comí una bolsa entera de naranjas y sufrí las consecuencias.

—Otra vez, un asco. No tiene gracia.

Estaba empezando a desesperarme, lo que me enfurecía y emocionaba a la vez. Nunca en la vida había estado desesperado por nada.

—Mi tía solía esconder sus bolsos de diseño de su marido y los metía en el maletero de su coche. Una vez, dejó la llave en el contacto y le robaron el coche. Pero no sabían que se habían llevado una mina de oro de bolsos de diseño por un valor de más de un

millón de dólares, así que los tiraron todos a un lado de la carretera. La policía los recuperó y se los devolvieron.

Farrow hizo una breve mueca, pero no se rio.

—Vamos —le dije con un gruñido—. Si casi te ríes ahí…

—Sí, y casi tuve un orgasmo cuando me acosté con Park Woo Bin en el tejado del rascacielos de su padre a los diecisiete años. Pero no lo tuve. *Casi* es la palabra del millón aquí, Zach.

Yo no sabía quién era Park Woo Bin, solo sabía que era hombre muerto.

—Ríete. —La orden se escapó de mis labios como un susurro semiatascado en mi garganta.

—Haz que me ría —ronroneó ella, sacando el pecho hasta casi tocarme en el torso parcialmente expuesto.

No tenía elección. Tenía que sacar la artillería pesada. Respiré hondo, giré hacia un cajón, lo abrí y rebusqué entre unos álbumes de fotos. Saqué el que necesitaba y extraje una foto de dentro. Volviéndome hacia Farrow, tomé la foto por una de las puntas como si me diera asco (y así era), y se la pasé. Ella tuvo el cuidado de cogerla por el borde y se acordó de no tocarme.

—He perdido una sola apuesta en toda mi vida. —Me abroché el último botón de la camisa y me aclaré la garganta—. Oliver y Romeo me hicieron vestirme de cuero de pies a cabeza. Cuero pero color *rosa*.

Mis ojos se clavaron en su cara.

—Oh, por Dios, Zach. —Los labios le estallaron con la sonrisa más grande que yo jamás hubiera visto—. Los pantalones no tienen trasero.

—Un *souvenir* de la educación superior de Ollie. Volvió de Europa convencido de que los pantalones son una conspiración contra los culos en todas partes.

La risa le brotó por la boca y me golpeó directo en el pecho. Otra vez. Como una inyección de adrenalina directa al corazón. Lo sentí *funcionar*. Latía. Bombeaba sangre. Golpeaba contra mi esternón.

Mierda, era adictivo.

Ella era adictiva.

Su risa fue apagándose poco a poco y me miró por detrás de las largas pestañas.

—¿Feliz ahora?

—Lo máximo que podría estarlo —admití—. La cuestión es que… —Levanté la mano, y le aparté un mechón de pelo del ojo con mi dedo pulgar. El pelo era células muertas, no carne. Más fácil de manejar para mí. Y aun así, ambos dejamos de respirar. Nuestras miradas se encontraron. Se sostuvieron. Entraron en un trance implacable.

—Ahora eres mía, Farrow. Para protegerte, para corromperte, para profanarte. No dejaré que nadie te maltrate. Y mucho menos Brett.

Tragó con dificultad y la saliva recorrió su garganta.

—¿Y qué quieres a cambio?

«Todo», pensé. «Quiero todo lo que tienes para dar y más allá. Cada milímetro de tu persona. Cada sonrisa. Cada risa. Cada aliento. Cada caricia».

Por primera vez en la vida, ansiaba algo más que existir.

Quería permitirme *sentir* de verdad.

Ignoré su pregunta.

—Múdate aquí conmigo. Olvídate de vivir en tu casa para proteger la escritura. Bajo mi tutela, lo tendrás todo. La casa. La empresa. Los recuerdos; menos el colgante. Te haré un bonito abrigo con la piel de Vera y tus hermanastras, si lo deseas.

Los pechos de Farrow subían y bajaban, llenos y sensibles, en una súplica por ser tocados. Los picos de sus pezones se clavaban en la tela barata del uniforme.

—No, gracias.

—Le compraré la casa si es necesario —aclaré.

—Ya veo, Zach. Lo tuyo es lanzar el dinero hacia los problemas y verlos desaparecer. Yo no soy uno más de ellos. Comprar mi cariño no te funcionará, tendrás que ganártelo.

Me dieron ganas de reír. Yo había ganado mucho en muy poco tiempo en mi vida. De todos los desafíos conocidos, sin duda este era para el que mejor preparado estaba.

—Lo siento. —Le pasé el pulgar por la mejilla y le limpié una gota de la sangre de Brett. Los ojos le brillaron al entrar en contacto con nuestra piel. Un escalofrío me recorrió la espalda, una reacción involuntaria, como encogerse ante el sonido de un tenedor que se arrastra sobre un plato—. De verdad.

—¿Por qué? —Farrow casi no respiraba.

—Por arrastrarte a mi propio infierno personal. —Mantuve el pulgar sobre su mejilla—. Tú vas a arreglarme, Farrow… Para que pueda convertirme en el infierno de otra persona.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Farrow

Me solté del contacto de Zach y salí a toda velocidad de su vestidor como si mi trasero estuviera en llamas. Siempre había sido muy valiente, pero oír que mi jefe —que era más sexi que el mismísimo Hades— me decía que planeaba darme sexo hasta el hartazgo para poder superar algún trauma misterioso y estar con otra persona estaba muy por encima de mi escala salarial.

¿Pero qué mierda era eso…? En serio, ¿qué pedazo de mierda era eso? La peor parte era que yo tenía la entrepierna pegajosa, goteando de necesidad por él. Se me enrojeció la cara, sofocada por el deseo. Tenía la piel tensa y cosquilleante del anhelo de que la tocasen. *Vacía*. Me sentía vacía, más que ninguna otra cosa.

Apoyé una mano en la pared del pasillo y me esforcé por caminar derecha. El estómago se me había encogido al sentir la yema de su dedo sobre mi mejilla. Y esa sensación de vacío y calor anidó en mi centro, suplicando que la desataran.

Necesitaba descargarme. *Cuanto antes*.

Aturdida, llegué hasta la puerta más cercana, la abrí de un empujón y entré dando tumbos. La cerré y pegué la espalda contra

la madera fría; cerré los ojos e intenté regularizar la respiración. El matiz elegante de las velas Christian Dior y de la limpieza general me punzó dentro de la nariz.

«Concéntrate, Fae». Se me abrieron los párpados de pronto, estudié el entorno y me di cuenta de que había entrado en la biblioteca de arte de Zach. A diferencia de las de su oficina, aquí las piezas de arte adornaban cada centímetro de los estantes de madera de arce que iban de una pared a la otra y desde el suelo hasta el techo. Esculturas, cuadros, joyas antiguas y primeras ediciones.

Por desgracia, ni la escultura de Brancusi ni la primera edición de *Alicia en el país de las maravillas* impidieron que mi cuerpo traidor se amotinara contra mí. Mi clítoris desleal palpitaba y exigía ser tocado, tironeado y masajeado. Ya había tenido suficiente.

«Tendrás que ocuparte de esto antes de volver al trabajo».

Giré la cerradura, la moví tres veces para comprobar que estaba bien cerrada y me fui hasta el rincón más alejado de la biblioteca, apurada por el líquido de mi entrepierna que se deslizaba y me empapaba la ropa interior. Quizás debería haberme sentido mal al profanar la biblioteca de antigüedades de Zach, pero tal vez él no debería haber llamado indirectamente a mi coño su cura.

Las estanterías traquetearon por detrás de mí cuando me apoyé de espaldas contra ellas e hice caer un libro manuscrito de edición limitada del Renacimiento.

Me deslicé hasta la alfombra, con mi propio pulso zumbándome dentro de la cabeza.

«Es la última oportunidad que tienes para detener esta locura, Fae».

Demasiado tarde. Las rodillas se me abrieron por sí solas. Unas gotitas de sangre me saltaron sobre los muslos y quedaron ahí como pecas. Tendría que haberme preocupado más por el desastre que había dejado atrás con lo de los Brett. Hasta podía haber llegado la policía…

Pero no me preocupaba en absoluto.

Me zumbaba el pulso por dentro mientras me metía la mano entre las piernas, apartaba las bragas de algodón y me metía los dedos bien adentro. Por lo general, iba directa al clítoris, pero nunca me había sentido tan vacía en toda mi vida. Los dos dedos que introduje en mi vagina empapada no encontraron resistencia a medida que avanzaban.

Ay, Dios, no me bastaría con los dedos. Sacudí la cabeza. Unas lágrimas desesperadas me mancharon la comisura de los ojos. Miré a mi alrededor y me detuve en un estuche para cigarros bien grueso. Me desplacé hasta el escritorio, lo agarré y volví a mi sitio, metiéndolo dentro de mí mientras comenzaba a masajear mi clítoris.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Me sentí llena, recargada, deseosa de arder. No tenía sentido. El estuche era de metal, helado al tacto. Y totalmente inerte. Inmóvil por completo. Tal vez me ocurría porque era un objeto de Zach, o porque estaba en la biblioteca de Zach, en la mansión de Zach. En cualquier caso, podía sentirlo a mi alrededor, sobrevolándome, susurrándome palabras sucias al oído.

El dolor entre mis piernas se intensificó. Sabía que, sin importar lo que yo hiciera en ese momento, nunca estaría a la altura de lo que quería de verdad.

Quería a Zach empujándome contra el tablero de go. Quería desparramarme sobre él y que se me incrustaran las piedras en la espalda y se hundieran en mi piel sensible a medida que su boca fuera recorriéndome todo el cuerpo y su cabeza fuera desapareciendo entre mis muslos…

Mis dedos tomaron velocidad contra el clítoris. Me moví, y subí el trasero lo necesario para que el estuche metálico diera en mi punto G.

—Oh, Dios. —Se me arqueó la espalda como si fuera un arcoíris—. Sí.

Cabalgué sobre el estuche con los muslos tensos, ardientes, desesperados por más fricción. Me llegaron unas voces desde el otro lado de la puerta de la biblioteca. Oliver que se reía. Dallas que gritaba algo. Romeo que la aplacaba. Pero yo no estaba ahí. Me había perdido en mi propia cabeza. En otro mundo…

«Zach me devoraba el coño hasta que yo explotaba sobre su lengua. Me daba la vuelta sobre el vientre una vez ya agotada y me estimulaba pasándome el pene suavemente a lo largo de la raya de mi culo durante un rato, antes de penetrarme por detrás».

Se me cortó la respiración, la presión entre mis piernas iba en aumento. Gemí mientras pintaba círculos desesperados alrededor del clítoris. Me pellizcaba. Me masajeaba. Me daba golpes rápidos…

Su nombre escapó de mis labios como un cántico.

—Zach, Zach, Zach.

No era suficiente, quería más. Abrí más las piernas y empujé y tiré del estuche dentro de mí al tiempo que con la otra mano masajeaba el manojo de nervios que tenía entre las piernas. La brisa nocturna me acarició en los pezones, entraba por la ventana abierta. Se

endurecieron con la corriente de aire. Simulé que era el aliento de Zach que me atormentaba y me exigía que me sometiera a él.

—Haz que me corra. —Apreté mis paredes alrededor del estuche; desesperadas, suplicaban por soltarlo todo—. Por favor, Zach.

«Por favor, por favor, por favor».

Las voces detrás de la puerta se hicieron más fuertes, más alegres. No me importó. Se me tensaron los músculos, palpitaban al ritmo de mi sinfonía interior. Oliver estaba justo al otro lado de la puerta y bramaba sin parar. La risa de Dallas me resonaba por dentro. ¿Justo ahora habían decidido hacer una visita espontánea por la casa? ¿Justo cuando me había decidido a descargarme? Qué mala suerte la mía.

Y aun así, no me detuve. Más terca que nunca, redoblé el ritmo y me metí el puño entero en la boca para reprimir un grito al tiempo que me montaba sobre el estuche para cigarros como si fuera una ola. Apreté los dientes alrededor de los nudillos, las caderas se sacudieron de atrás para adelante. El placer me recorrió cada fibra del cuerpo como incendiándome, y se me calentó cada una de las células. Grité el nombre de Zach en mi puño, la palabra salió confusa y tosca.

Terminé con ese orgasmo eterno y me desplomé contra las estanterías, jadeando, agotada y sin fuerzas. Intenté recuperar el aliento mientras oía las voces que provenían del pasillo, que se hacían cada vez más fuertes.

—¿Dónde demonios están? —Dallas chasqueó la lengua—. Que le haya rebanado un dedo al pobre tipo, puedo entenderlo. Hasta lo defiendo. Pero necesita responder a las preguntas de su abogado.

Unos pasos resonaron por el pasillo.

—Acaban de irse los Brett y ese tal Jasper. —Era Romeo, con su voz neutra, casi aburrida—. Han firmado los descargos y todos los acuerdos de confidencialidad que les hemos metido por el culo con el abogado de Zach. Listo, está limpio. —Hubo una pausa, y después siguió—: Y hablando de acuerdos de confidencialidad…

—Sí, ya sé, ya sé —suspiró Oliver—. La primera regla del Club de la Lucha es: «No codiciarás a la esposa terriblemente sexi de tu mejor amigo».

—Oliver…

—Me ofende que pienses que iba a chivarme…

—Me ofende que creas que soy tan idiota para confiar en ti después de verte terminar la botella de tequila Clase Azul.

—Me ofende que te ofenda que…

Los pasos siguieron sonando desde el pasillo, cada vez más alejados de la biblioteca. Mientras tanto, permanecí congelada, con las piernas abiertas todavía, sin animarme ni a exhalar. Una bocanada de aire frío lamió mi entrepierna. Al fin, cuando el silencio se impuso durante un minuto entero, solté el aire.

«Levántate, pedazo de imbécil descontrolada. Límpiate. Lanza ese cigarrero por la ventana. Vuelve en ti, Farrow Ballantine».

—Farrow.

Me tomó un minuto darme cuenta de que el sonido de mi nombre no venía de mi cabeza. La voz gélida de Zach retumbó por las paredes y esta vez me sonó robótica al máximo. Mis ojos se abrieron de golpe y recorrieron la habitación hasta encontrar la cámara en la esquina del techo. Apuntaba directo hacia mí.

Oh, Dios mío.

Me había visto masturbándome en su propia casa.

Me había visto el sexo al aire, con las piernas muy abiertas.

Con los dedos jugueteando por ahí.

Con el estuche para cigarros.

«El estuche, el estuche, el estuche».

Quería prenderme fuego ahí mismo, pero me resistí a la humillación. Me aclaré la garganta y le sonreí a la cámara.

—¿Sí?

—¿Ya has terminado de contaminarme la biblioteca? —Su tono era impasible, indiferente.

De repente, me enfureció que no hubiera entrado en la habitación en cuanto me había visto abrir las piernas; que no me hubiera arrojado contra la ventana y penetrado allí mismo. Me desparramé contra los estantes llenos de cosas, sin cerrar las piernas todavía.

—Más o menos.

Sabía que él seguía observándome. Todo: el clítoris hinchado, mis pliegues rosados, los fluidos que se me escurrían por los muslos y sobre la alfombra, la sangre residual del dedo de Brett con trazos desordenados pintados en mis muslos… Pero me negué a mostrar debilidad.

—¿Qué ha sido exactamente lo que te ha parecido tan fascinante de la habitación? ¿Tal vez los Dostoievski y Murakami de tapa dura o las pinturas de Degas?

Esquivé el golpe directo.

—Principalmente, tu ausencia.

Se rio al otro lado del intercomunicador; un ruido estático que todavía lograba calarme hasta las entrañas. Me sacudí las manos.

—¿Hemos terminado con la charla? —Quería levantarme y limpiarme. Luego, obviamente, esconderme debajo de una roca y

pasar el resto de mi vida mortificada por lo que había pasado.

—Casi. —Silencio. Y luego—: Chúpate los dedos.

Quería desafiarlo. Y negarme. Pero… también quería hacerlo. Mis pezones ya se habían endurecido otra vez, mi cuerpo había dado un salto en respuesta a la orden gélida.

Giré la cabeza para sonreír a la cámara.

—Pídemelo con dulzura.

Hizo una pausa y se lo pensó:

—Por favor, métete los dedos en la boca y prueba lo que te hago con solo existir.

—Engreído…

—Mucho. Y todo yo, de la raíz a la punta, estoy a punto de llenar tu coño, culo y boca. Pronto, muy pronto.

Me recorrió un temblor de impaciencia y euforia: era lo que quería, lo deseaba más que nada en el mundo en ese momento. Me rodeé el pezón con el dedo húmedo.

—¿Crees que eres capaz de tocarme?

Otro silencio. Respondió, con firmeza:

—*Sé* que puedo tocarte.

Muy lentamente, me llevé los dedos a la boca y chupé, sin apartar la mirada fija de la cámara.

—¿Te gusta el sabor? —Su voz sonó espesa. Tensa. Apenas bajo control.

—Ni te lo imaginas.

Sonreí, junté las rodillas y me quité las bragas arruinadas. El vestido se me deslizó por las piernas al ponerme de pie. En cuclillas, recogí las bragas y el estuche para cigarros para meterlos en el bolsillo del uniforme.

—Ay, ay, ay. —Algo parecido a una risita oscura retumbó por el altavoz—. No hay que robar, pequeño pulpo. Este es tu segundo intento de golpe. ¿Acaso debo poner un cartel en cada habitación para recordarte las reglas?

Fruncí el ceño y miré a la cámara.

—Es un estuche de cigarros barato.

Había tocado fondo por segunda vez. De pie en una habitación vacía, hablando a una cámara con mi jefe, a quien quería montarme como si fuera un tronco. Y, sin embargo, de alguna manera, me sentía ligera, como si flotara.

—No importa, es mío.

—Te compraré otro.

—Me temo que es totalmente insustituible.

—Me estás tomando el pelo, ya te conozco.

—Cariño, quiero hacerte mucho más que tomarte el pelo si me dejas.

Hizo una pausa. Algo parecido a una risita ronca me hizo cosquillas en los oídos. Me crucé de brazos.

—¿Y ahora qué pasa?

—No es un estuche barato.

—A ver, ¿cuánto puede costar?

—No se trata del precio, se trata de su historia.

Resistí el impulso de escabullirme entre las sombras y por fin me di cuenta de la cantidad de antigüedades que había en la habitación.

—¿Qué? —Me eché el pelo por encima de un hombro—. ¿Era de Winston Churchill acaso?

—Casi. Thomas Jefferson. Lo sostenía en una mano mientras con la otra firmaba la Declaración de Independencia.

Joder. No había modo de arreglar un error tan grande. No tenía sentido ni intentarlo. Con más confianza de la que esperaba, me dirigí a una vitrina vacía, le abrí la tapa y metí el estuche para cigarros dentro, junto con mis bragas. Me giré hacia la cámara, arqueando una ceja.

—¿Contento?

—Solo estaré contento una vez que te tenga sobre mi tablero de go y te vea tener un orgasmo sobre mi pene. La invitación sigue en pie.

—Se te ha puesto dura, ¿eh? —le dije, con un gruñido.

—No —fue la respuesta instantánea.

—Mentiroso.

Me acerqué a la puerta, preguntándome si sería mentira o no. Quizá yo no le gustaba. Tal vez solo le excitaba verme masturbarme, pero no quería tocarme. Tal vez siempre hacía lo mismo y contrataba a chicas de asistenta para divertirse. ¿Qué sabía yo de ese hombre? Solo los datos impersonales que se leen en Internet.

Su voz me llegó como un cosquilleo en los oídos a medida que me alejaba.

—Puede ser, pero no podrías soportar mi verdad.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Zach

Ni siquiera me preocupé por echar a la gente de mi casa. De hacerlo, hubiera significado que lo tenía todo bajo control, y claramente no era el caso. Así que me encerré en el dormitorio principal, me metí en la ducha y giré el grifo a la temperatura más fría.

No funcionó.

Apoyé la mano sobre los azulejos y apreté con el puño mi pene hinchado. Me palpitaba y el líquido preseminal goteaba desde la corona. Una gota… otra… una más… Tan caliente y excitado que se puso violeta.

«No te masturbes. Ten una pizca de autocontrol al menos. Estás rompiendo todas tus reglas».

Pero no podía sacarme la visión de la cabeza. Esa vulva brillante y rosada, tan apretada y bella como una rosa a medio florecer, y goteando para mí. Esperando a que la hiciera mía.

Mierda.

Me agarré el pene desde la raíz, lo apreté con fuerza y empecé a mover el puño hacia delante y atrás, cada vez más rápido a medida

que crecía la presión dentro de mis testículos.

Cómo goteaba por mí.

Cómo arqueaba la espalda.

Cómo se metía ese estuche, que era *mío*, bien adentro.

Se me arremolinó un calor dentro del estómago y eyaculé en cuestión de segundos. Nunca había sido tan rápido. Y el chorro llegó más lejos de lo que creía posible. El semen espeso y caliente pintó la pared de azulejos. Me lo imaginé untado en medio de su trasero, donde formaría un charco en que pondría mi dedo para después desparramárselo por las mejillas. Y le escribiría mi nombre por toda esa piel suave con el color blanco nacarado de mi semen.

Cerré el grifo, me tambaleé hacia atrás y apoyé la cabeza contra la pared con los ojos cerrados.

Todo estaba cambiando.

Y yo también.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Ollie vB: ¿Soy yo o Zachary lanzó una bomba de humo y desapareció después de rebanarle un dedo a Brett hijo?

Romeo Costa: No eres tú.

Ollie vB:@ZachSun, ¿quieres un consejo?

Zach Sun: No, no lo creo. No acepto consejos de un hombre que colecciona más ADN que el FBI.

Ollie vB: Y que la agencia antinarcóticos, también. ¿Por qué todo el mundo minimiza mis logros?

Romeo Costa: Continúa, por favor.

Ollie vB: Ah, iba a darte un consejo

Ollie vB: https://www.MaxxSexShop.com/productos/preservativos-durex-largaduracion/pack-familiar

Ollie vB: Preservativos con lidocaína, para que no te corras en menos de dos segundos. Después no digas que no te ayudo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Farrow

—Pareces feliz.

La acusación salió de los labios de Andras mientras bailábamos en la pista de esgrima. Prácticamente podía oírlo fruncir el ceño. Las articulaciones le crujían como ramitas pisadas por una bota. Me hostigaba sin parar, me golpeaba con la espada todo el tiempo y trataba de empujarme al modo defensivo. Me negué a acobardarme.

Arrugué los ojos por detrás de la máscara.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Me lancé hacia delante y lo detuve por el hombro.

—Muy bien, Fae. Entonces, cuéntame, ¿por qué estás tan feliz?

Tal vez era porque ya casi ni estaba en esa casa maldita que hasta Dios tenía olvidada. Ya no me molestaba la idea de que se pudriera y degradara, al igual que los cuerpos de la gente que vivía en ella. Papá no hubiera querido que yo sufriera para conservar una casa en ruinas.

O tal vez porque Zach no me decía nada cuando me entrometía en sus dominios. Me había acostumbrado a dormir la siesta en una de sus habitaciones de invitados cuando me apetecía. Pasar tiempo en

su casa —aunque él no estuviera allí— me hacía sentir segura. Por primera vez, entendía por qué la gente se asentaba, confiaba en otros y se aferraba con fuerza. Esa sensación de seguridad me hacía muy bien al cuerpo. Hasta me sentía más ligera en la pista.

O tal vez porque estaba a punto de terminar mis dos primeras semanas de trabajo y mi primer sueldo estaba a la vuelta de la esquina. Mi plan era cobrarlo y pedirle a Zach el contacto de un buen abogado.

No tenía sentido guardarme las buenas noticias para mí sola.

Jadeé y di un giro de golpe para evitar el ataque.

—Por fin voy a conseguir un abogado para ir contra Vera.

—Postura. Extiende. —Me corrigió y me golpeó el brazo con la espada. Mientras me recolocaba, él se subió la máscara, aunque aún faltaba para terminar el combate. Su rostro se apareció ante mí, teñido de confusión—. ¿De dónde has sacado el dinero?

Me enderecé para volver al eje después de mi embestida.

—Mi nuevo jefe y yo tenemos un… acuerdo.

—*Remek*. Con que tienes un trabajo nuevo… —Se quitó la máscara por completo—. ¿Y quién es el afortunado jefe esta vez? —No sonrió, ni me felicitó.

Un nudo de inquietud se formó en mi estómago, pero me negué a dejar que su reacción me afectara. Ese hombre sabía que yo deseaba impugnar el testamento con toda mi alma. Y se preocupaba por mí. Quería verme alcanzar mis sueños. Y me ayudaba a ir en esa dirección, aun cuando yo ya no podía pagarle.

—Zachary Sun. —Andras silbó por lo bajo, se dio la vuelta y empezó a alejarse de la pista—. ¿El multimillonario de todas esas citas a ciegas?

Fruncí el entrecejo.

—Entre otras cosas.

—Y digo yo, ¿por qué está dispuesto a financiar este pequeño proyecto tuyo?

A juzgar por su movimiento de salida, supuse que terminábamos la práctica. Me quité la máscara, la arrojé sobre la línea lateral y desenchufé el cable que unía el traje con la espada con más fuerza de la necesaria. Se enroscó de golpe.

Me cargué la espada al hombro y troté para alcanzar a Andras.

—Oye, ¿pero qué insinúas? Soy su asistenta nada más…

Aunque a estas alturas yo ya tenía una idea muy clara de por qué me había contratado Zach. Él lo había dicho con todas las letras: para curarlo de su repulsión a los humanos. De todos modos, si llegábamos a acostarnos, iba a ser consensuado y sin ninguna relación con su cartera. Últimamente, me sentía vista a su lado y eso no me hacía ningún daño. Bajo la intensidad de su mirada persistente me sentía hasta protegida y adorada. ¿Acaso pensaba que ese nivel de atención le duraría? Para nada. El tipo había pasado toda su vida adulta centrado en adquisiciones hostiles, saltando de una empresa a otra. Podía cambiar de rumbo en un abrir y cerrar de ojos. ¿Y qué?

¿Por qué no debería tener sexo ardiente con un hombre guapísimo? Mi vida no tenía por qué girar solo en torno a la esgrima y el trabajo. Yo no tenía novio y su madre había colgado su foto en los catálogos de todas las agencias de citas exclusivas al este del Misisipi. Nada cambiaría para mí, excepto la oportunidad ocasional de relajarme y sumar unos puntos de karma por realizar un acto de caridad para alguien que claramente lo necesitaba.

Andras presionó el botón plateado y abrió las puertas. Entramos al pasillo amplio del club y empezamos a recorrerlo, pasando junto a los distintos socios vestidos con sus equipos de tenis o básquet. El campo de golf se extendía de lado a lado como una sábana verde perfectamente ajustada, apretada por montículos artificiales y salpicada de banderines.

—No insinúo nada —dijo, y suavizó la voz—. Solo me preocupo de que tengas la cabeza en su lugar.

Los hombros se me aflojaron. Tenía que dejar de desconfiar de la gente y asumir siempre lo peor. Me había olvidado de que la mente de ese hombre era unidireccional. Andras no quería que me desconcentrara de mi objetivo; era lo único de lo que hablábamos. Se detuvo frente al vestuario masculino y se volvió hacia mí.

—Si impugnas el testamento, pondrás todo tu tiempo, esfuerzo y dinero en ello, y ya estás demasiado dispersa. Necesitas estar enfocada. —Frunció el entrecejo y se le marcaron las arrugas de las mejillas—. ¿Por qué te es tan difícil pasar página y seguir adelante?

Me torcí los dedos y reboté de lado a lado con el peso, de un pie a otro.

—No es justo que se haya quedado con la mitad de la empresa.

Andras miró hacia arriba en un gesto de cansancio.

—No es más que una empresa de limpieza. Abre otra.

—No es solo una empresa de limpieza. Es el legado de papá. Le inventamos el nombre juntos, le elegimos el logotipo, los productos, los servicios… Teníamos planes que ya no sucederán. —Levanté las manos, el calor se me deslizaba por el cuello cuanto más me alteraba con el tema—. Y los recuerdos. Los vendió todos. Los quiero de vuelta.

Papá siempre decía: «Los recuerdos son un segundo corazón. Una vez que te vas, se quedan latiendo dentro de la gente que dejas atrás».

Esa mujer había vendido el segundo corazón de papá. Y yo iba a recuperarlo.

—Ya está, debes olvidar. —Andras sacudió la cabeza—. Las joyas. El arte. Todo eso debe estar ya en Siberia o quién sabe dónde. Incluso si lo rastrearas hasta encontrarlo, jamás podrías volver a comprar cada pieza.

Tenía razón. Y aun así, no podía dejarlo ir. Quería luchar contra Vera con todas las fuerzas que me quedaran hasta el último suspiro, incluso si no eran muchas. Por rencor. Por justicia. Por venganza. *Por dolor*. Veintidós años de ataques desde el primer momento en que aterricé en su vida como un bebé recién nacido. Veintidós años de lograr esquivar cada uno de sus planes para echarme de casa. Si dejaba pasar esos veintidós años y no hacía nada, era como dejarme pisotear como un felpudo.

«Esa es mi niña». La voz de papá se me llegó como si fuese una tormenta repentina. Casi se me caen las lágrimas al oírla. «Defiéndete. Hazte valer, incluso ante quienes amas. Si te encuentras sola, es porque en el fondo no te querían».

—No es el testamento verdadero —le dije con firmeza y con los dientes apretados—. Es la razón principal que tengo para impugnarlo. Ella mancilló su legado y le robó los últimos deseos.

Andras se agarró la cabeza como si le fuera a explotar.

—¿De qué hablas?

—Este escrito de ahora lo redactó ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco a mi padre. Ese no es su testamento. Lo siento en las entrañas, con el corazón. Hasta en los huesos.

El texto leído en la lectura de su testamento se refería a su colección de arte como «artículos varios». Artículos que serían vendidos en una subasta, con todas las ganancias entregadas a Vera Ballantine. El cuadro que papá juró que nunca vendería, incluso si el presidente en persona se lo suplicaba de rodillas. La escultura de nariz peculiar por la que juró que desataría la Tercera Guerra Mundial, porque le traía a la mente la que me había legado. Y el colgante que me prometió para el día de mi boda, para dármelo en el altar.

No era solo que no creyera que ese documento fuese el testamento, sino que me *negaba* a creerlo. Porque, de hacerlo, significaba que todas las promesas que papá me había hecho eran mentira. Y mi padre *no mentía.*

—¿Qué importa? —Andras levantó los brazos—. Ya está. Han pasado casi dos años. Enfócate en lo que puedes cambiar.

—Puedo cambiar esto. —Apreté los puños—. No tengo por qué soportarlo como si nada.

—Si pasas tiempo con este señor Sun, lo que tendrás que soportar será algo mucho peor, *te bolond* —gruñó, bajando la cremallera de su traje de esgrima.

¡Alto! ¡Un momento! Abortar misión. Rebobinar. Pausa. Andras acababa de llamarme zorra. Para empezar, una zorra no es más que una mujer que sabe que tiene permitido hacer todo lo que se le permite a un hombre. Y en segundo lugar, yo no tenía por qué aguantar esto.

Me enderecé y hablé lo más lento que pude, para asegurarme de que mis palabras se le quedaran bien dentro del cráneo.

—Lo que acabas de decir no está bien. Para nada.

—Lo que acabo de decir es la verdad.

Nunca lo había visto tan agitado por algo. No eran celos. Andras jamás se preocupaba por ninguna otra cosa que no fuera la esgrima. E incluso entonces, me ponía en primer lugar. Desde que había vuelto de Seúl, arruinada y deshonrada, él había reconstruido los pedazos por mí, haciendo tanto entre bastidores que sabía que nunca comprendería toda la magnitud de sus esfuerzos.

Pero él era pésimo con las palabras y había algunas cosas que eran inaceptables, que no se podían ni decir.

Me crucé de brazos:

—Quiero una disculpa.

No me importó que Andras fuese como un segundo padre para mí. Ni que lo más probable era que sus palabras fueran efecto de la preocupación.

—¿Acaso no te llegan los rumores? —Redobló la apuesta e hizo un gesto en dirección a la multitud de ricachones al otro lado de la pared—. Zachary Sun y sus amigos no saben hacer otra cosa que tomar, usar y abusar. Es un vividor. Nunca te tomará en serio. Puede que te ayude con algo ahora, pero se detendrá en cuanto se canse de ti.

Tenía razón.

Zach mismo lo había dicho. Yo solo era la tirita sobre la herida. Un remedio. Un antídoto. Ni más ni menos. Un medio para un fin.

Levanté el mentón bien alto.

—Ya soy mayorcita.

—Ah, pero no tanto, una niña grande quizás. —Andras me dio un golpecito sobre la nariz y me miró—. Haz el favor de escuchar a un adulto por una vez en tu vida. Ese asunto con tu madrastra, deberías enterrarlo junto a tu difunto padre. Él querría que te llevaras bien con ella, Fae. Él querría que empezaras de nuevo. Elige la paz, no la guerra.

«Yo no fui la que eligió la guerra. Me arrastraron a la fuerza, con gritos y patadas».

Negué con la cabeza. Tenía la próxima clase con Zach en diez minutos. Me preguntaba si vendría, teniendo en cuenta todo lo ocurrido.

—Tengo que irme. —Me ajusté la correa de la mochila al hombro —. Gracias por el consejo, pero voy a seguir adelante.

Me di la vuelta y me dirigí al vestuario de las mujeres. Tan pronto como empujé la puerta, me desplomé sobre un banco vacío y enterré la cara entre mis manos.

«No pasa nada. Estás bien. Zach Sun es tu billete a la redención, y a ti nunca te ha dado pudor tener sexo por una sola noche. Esto no es sucio. No está mal. Y no va a terminar con tu corazón aplastado en la pista, ni con un sable atravesado».

Eso era lo malo de crecer en un ambiente donde no existía el afecto humano: lo encontraba donde pudiera, incluso —especialmente, de hecho— en las aventuras sexuales de una sola noche.

A lo largo de mi infancia, papá había ido entregándome retazos de amor en dosis controladas, con la esperanza de que pasaran desapercibidas para las otras tres Ballantine. Hacía todo lo posible por mantener la paz, con la esperanza de criar a sus tres hijas en

armonía. Y sí que las consideraba sus hijas también, a Tabby y Reggie; las valoraba tanto como a mí, aun cuando no tenía una gota de sangre compartida con ellas. Pero ellas se negaban a verlo.

¿Y yo? Yo no tenía problema en calentarme el corazón con el ejercicio aeróbico y las sábanas almidonadas que me ofrecía algún que otro hombre de vez en cuando. De hecho, durante largo tiempo tuve la sospecha de que lo mío era exactamente lo contrario a lo de Zach: ansiaba sentir la piel de otra persona sobre la mía. Me lo pasaba bien con cada aventura amorosa y pasaba a la próxima sin mirar atrás. Las relaciones eran una apuesta demasiado alta. Eran un riesgo. El sexo era simple. Gratificación instantánea. Y Zach era un dios entre los hombres. Para nada iba a ser un riesgo para mí enamorarme del multimillonario melancólico y condescendiente sentado en lo alto de una torre de marfil.

Saqué el teléfono del bolso y eché un vistazo a los mensajes de mi mejor amiga.

Ari: No puedo creer que no vayamos a celebrar tu cumpleaños juntas.

Farrow: Yo tampoco. Eres mi persona favorita en todo el mundo ahora mismo.

Farrow: (No quiero sonar intensa ni exagerada.)

Ari: ¿Más que Keanu Reeves?

Farrow: Sí.

Ari: ¿Más que Taylor Swift?

Farrow: Sí.

Ari: ¿Más que Madonna?

Farrow: No te pases. Es la reina del pop.

Ari: Uy.

Farrow: Bueno, tengo que ir a chocar las espadas con el tipo con quien me masturbo bastante últimamente. Hablamos luego.

Ari: Qué manera de hacerme sentir como una perdedora. Lo mejor de mi día ha sido hacerme las uñas…

Ari: PD: ¿Hace cuánto que no tienes sexo? ¿Por qué no cambias tanta esgrima por otro tipo de espada? Ya me entiendes…

CAPÍTULO TREINTA

Farrow

Me dejó plantada.

Los inconfundibles signos de la decepción se enroscaron alrededor de mis tobillos y tiraron de mí. Qué estupidez. No tenía razones para estar molesta. Después de todo, iba a cobrar la sesión de entrenamiento igualmente y ahora tenía unos noventa minutos libres (y casi nunca tenía tiempo libre) para hacer lo que quisiera. Sin embargo, ya habían pasado casi diez minutos de la hora acordada, y yo seguía merodeando por nuestra pista, toda ataviada con el traje y el equipo completo de esgrima, y el casco aferrado en un puño, sin dejar de mirar de un lado a otro por todo el gimnasio.

¿Seguiría esperando?

«Solo si eres idiota».

Hmmm… Últimamente no estaba muy claro.

Resoplé y me dejé caer en la pista, con los codos clavados en las rodillas. Pasaron otros diez minutos. Luego quince. Después de veinte. Y me pareció suficiente. No iba a venir.

«A la mierda».

Me levanté de un salto, me colgué el porta armas al hombro y salí del gimnasio. Los esgrimistas a mi alrededor luchaban con todas sus fuerzas. El zumbido del aire acondicionado y el tintineo de las espadas me asaltaban en los oídos. La envidia me lamió el pecho, algo oscuro florecía en mi interior. *La ira*. Podría haberme mandado un mensaje. *Tendría que* haberme mandado un mensaje. Hubiese podido irme a casa, meterme en la cama, quizás dormir cuatro horas seguidas por primera vez en dos años… Cuanto más pensaba en ello, más rabia sentía. ¿Cómo se atrevía? La última vez que había dormido largo y tendido había sido en el útero de mi madre.

El suelo de baldosas retumbó cuando entré en los vestuarios, me cambié el equipo por una camiseta básica y unos vaqueros, y me dirigí hacia la salida a toda prisa. Pasé por las canchas cubiertas de básquet, las salas de Pilates, los campos de *pickleball* y los simuladores de golf. Cuantos más idiotas multimillonarios me cruzaba que me recordaban a Zach, más aumentaba el calor que sentía por dentro. Hubiese podido freírme un huevo en las venas.

Para cuando llegué al spa del club, ya había añadido el hambre a mi lista de razones por las que Zachary Sun había aterrizado en mi lista negra.

Tal vez estaba comenzando a alucinar, porque juraría haber visto a Andras entrar. Qué raro. Ese hombre no reconocería una aguja de bótox ni aunque le pinchara en el ojo.

Fruncí el ceño y corrí detrás de él, lanzándome a alcanzar la puerta antes de que se cerrara y colocando una mano sobre su hombro.

—Escucha, sobre nuestra conversación… —El hombre se dio la vuelta y me di cuenta de que no era Andras. Retiré la mano de su

hombro—. Ah, lo siento. Me he confundido.

—Hola, Fae. —Stacey, la recepcionista, me sonrió desde detrás de su escritorio—. ¿Qué tal?

—Muy bien. —Le devolví la sonrisa. Las mentiras no sabían a nada últimamente—. ¿Y tú?

Me arrastré hasta la puerta sin darme la vuelta, demasiado cansada para mantener una conversación con alguien que casi no conocía. El club nos daba trabajo a las dos, pero no habíamos hablado casi nunca; las veces se contaban con los dedos de una mano y aún sobraban dedos.

—Nada mal. Mi novio me va a llevar a España el mes que viene. Creo que se me va a declarar. —Se dio unas vueltas a un rizo con el dedo y barrió el techo con los ojos como si la pared de yeso tuviera el planificador de bodas impreso ahí arriba—. Casi me olvido, ¿estás enferma o algo? ¿Necesitas algo?

«Un poco de sentido común tal vez, por el modo en que pienso en el maldito estúpido de mi jefe».

Fruncí el ceño.

—No, ¿por qué?

—No, por nada. —Se metió el bolígrafo detrás de la oreja—. Como he visto a tu alumno entrar a la sauna, he pensado que habías cancelado la clase.

—¿Qué quieres decir con que has visto a mi alumno? —Me rasqué las sienes—. ¿Ha estado aquí?

—No se ha ido todavía. —Dio un golpecito de cabeza hacia el fondo del spa—. Está en la sauna. Bueno, si no se ha evaporado ya a estas alturas. —Soltó una risita y añadió—: Lleva cuarenta minutos ahí dentro.

«Hijo de…».

¿Había llegado hasta aquí pero no había entrado? ¿Por qué? Me mordí la comisura de la mejilla y me maldije por ser tan estúpida. Me había olvidado la regla número uno de la vida: nunca esperes nada de nadie; solo te lleva a la decepción.

—Disculpa. —Agrandé mi sonrisa falsa a la vez que arrancaba en dirección a la sauna—. Creo que me he olvidado algo ahí.

Stacey frunció el ceño.

—Pero si nunca has entrado en…

Me alejé tan rápido de ella que su voz se apagó en la distancia. Sentía una ira latente que me palpitaba por dentro de las venas. Y había algo más entremezclándose con esa sensación: entusiasmo ante la idea de verlo sin ninguna otra ropa puesta que una toalla.

Corrección: ante la idea de *mutilarlo* sin más ropa que una toalla.

Zach estaba solo en la sauna, sentado, con la cabeza apoyada en la pared a media luz, y ajeno al intruso que tenía delante. Avancé de puntillas y me asomé por la pequeña ventanita cuadrada que daba al interior; el pulso se me aceleró al verle la expresión tan despreocupada en el rostro.

Giró el cuello y se masajeó unas contracturas; estaba cubierto solo con una toalla blanca. Tenía el pelo negro azabache empapado de sudor que se le escurría por la cara. Parecía un dios de bronce, con sus bíceps y abdominales abultados y brillantes. El dolor tenue entre mis piernas se intensificó, y fue entonces cuando me di cuenta de que siempre había estado allí; que no se había ido realmente desde que me había masturbado en su biblioteca.

Mi mochila golpeó el suelo con un ruido sordo. Empujé la puerta y entré vestida.

Zach seguía con los ojos cerrados, pero, aun así, dijo:

—¿Cómo me has encontrado?

—Le he seguido el rastro a tu culo millonario.

—¿Esta es la parte en la que se supone que me ofendo?

—Esta es la parte en la que me dices por qué me has dejado plantada.

El vapor se me fue filtrando por dentro, marinado con la rabia que me hervía en las venas. Con la humedad circundante, el pelo se me pegó a la nuca y se me humedeció toda la ropa hasta quedarse pegada a mi cuerpo. De abrir los ojos en ese momento, Zach hubiera visto en primera fila mis pezones que lo saludaban a través de la tela blanca.

No lo hizo.

Se ajustó la toalla que tenía enrollada por detrás del cuello, con los ojos todavía cerrados.

—No tenía ganas de verte la cara.

—¿Es broma, verdad?

—Creo que ya me conoces lo suficiente para saber que no soy de los que bromean.

Di un paso adelante y sacudí la cabeza.

—No puedes dejarme plantada sin más.

—Sí que puedo. —Los ojos se le abrieron de golpe y el humor le cambió en una milésima de segundo, pasó de la indiferencia a la atención—. Y, en realidad, es lo que he hecho.

—Si me hubieras avisado, habría podido irme a descansar a mi casa.

—No, no hubieras podido. Tenías entrenamiento con Andras.

—Podría haber cambiado el horario.

—Negativo otra vez. Tienes trabajo, Cenicienta.

—Pero…

Me interrumpió en seco:

—¿Sabías que los pulpos hembra no comen ni se asean después de dar a luz? Mueren al poco tiempo de cuidar sus huevos. Los machos también, envejecen y expiran unas semanas después del apareamiento.

«¿Qué?».

—Qué dato tan deprimente. —«Y extraño»—. Gracias por esta información tan poco divertida. Retomando el tema…

—La hembra de pulpo puede poner hasta cuatrocientos mil huevos. Y pasa la vida protegiéndolos, día y noche, resguardándolos con el cuerpo hasta perecer una vez que eclosionan.

—¿Estás haciendo carrera para trabajar en el *National Geographic*? —El sudor salado se me metió en la boca. La humedad del aire me empapaba todo el cuerpo de la cabeza a los pies. Ya no me sentía como para la confrontación glamurosa que me había propuesto—. ¿A qué viene todo esto?

—Pareces una persona de una lealtad feroz. —Se encogió de hombros—. Conocí a un hombre así una vez.

Me negué a dejarme embaucar. En particular porque era la primera vez que hablábamos desde que él me había visto masturbándome.

Sacudí la cabeza.

—Estoy muy cabreada contigo.

—No lo estés.

—¿Por qué?

Se le abrieron las fosas nasales.

—Porque no.

—Eso no es una respuesta, Zach.

—Porque… —Dio una palmada al costado del banco, echaba bocanadas de fuego—. La única razón por la que no aparecí es porque eres una tentación.

Los jadeos pesados que le atravesaban el pecho le movían los pectorales arriba y abajo. Era de una belleza gloriosa. Lo hubiese lamido de pies a cabeza. Y estábamos solos. Su confesión me llenó de satisfacción.

—¿Piensas que soy atractiva? —pregunté, aunque me sentía tan deseable como una servilleta sucia, sudada como estaba y con la ropa adherida al cuerpo.

Se quitó una pelusa de la toalla que llevaba en la cintura.

—Sabes que sí.

—Tienes una forma muy rara de demostrarlo.

Frunció los labios.

—Es algo duro de…

—Ay, cariño. —Me di unos golpecitos en el mentón—. Se supone que debe ser así: algo duro; a menos que se necesite Viagra.

—No estoy hablando de *eso*. —Los ojos se le deslizaron hacia la toalla. *Eso* estaba elevándose por debajo y la cresta de su pene grueso y largo empezaba a presionar la prístina tela blanca—. Hablo de todo eso de… Eso de tocar. Dejarse llevar. Cambiar. Una cosa es ir intentándolo hasta tener éxito. Pero otra muy distinta… Si fracaso… —Maldijo y se frotó la mandíbula—. Si fracaso, será la gota que colme el vaso, la prueba concluyente para aceptar que jamás podré disfrutar de algo humano.

—Zach… —se me quebró la voz.

—Vivo la vida de un inmortal. Nada significa nada para mí, Farrow. Ni vivir. Ni morir. Ni comer. Ni beber. Ni reír. No muestro emociones por la sencilla razón de que no las tengo. Eres la única persona con la que me he cruzado en la vida que yo haya querido tocar. Así que, si esto no funciona…

—Funcionará —lo corté, el corazón me bombeaba tan rápido que sentí que se me saldría del pecho en cualquier momento. Quería ayudarlo. No solo porque ya se me hacía insoportable el hormigueo entre las piernas cada vez que estábamos en la misma habitación, sino porque quería que el hombre que me protegía *empezara a vivir;* que experimentara la normalidad, el placer, los orgasmos. Eché los hombros hacia atrás y lo miré directo a los ojos—. Yo me aseguraré de que funcione.

Se humedeció los labios, con una cautela evidente que acechaba a través de sus pupilas… Pero también había algo más. *¿Curiosidad?* De pronto, parecía como si las paredes de la salita pequeña y abrasadora se nos acercaran, nos acercaran. Decidí pasar a la acción: con un movimiento suave, agarré el dobladillo de mi camiseta y me la quité de un tirón; después la arrojé al suelo de madera.

Zach no reaccionó, salvo por el ruido que hizo al tragar que me indicó que estaba prestando mucha atención. El corazón me galopaba dentro de las costillas. Una gota de sudor me rodó por entre los pechos y por debajo del sujetador, bajó hasta mi ombligo y desapareció ahí dentro. Él observó el descenso con ojos hambrientos. Di un paso y me solté el pelo. Zach levantó la cabeza y me observó fascinado.

—Cuéntame algo interesante sobre ti. —Me desabroché el primer botón de los vaqueros y me desnudé para él—. Será una distracción hasta que tu cuerpo reaccione a esto.

—Soy… —empezó, y se detuvo.

Me desabroché otro botón. Luego otro.

—¿Eres qué?

¿Era mía esa voz gutural? No la reconocía. Me bajé los pantalones de un tirón y los tiré a un lado. Quedaron enredados con la camiseta en el suelo. Estaba segura de que mis bragas de algodón blanco se habían vuelto transparentes con lo mojadas que estaban.

Zach llevaba su vulnerabilidad como un traje a medida; de algún modo, complementaba esos pómulos altos y la mandíbula cuadrada de su rostro.

—Soy virgen —admitió, y sus ojos buscaron los míos. Iban en busca de una burla, una expresión de confusión o de lástima.

No encontraron nada de eso. Porque la verdad era que… yo no sentía más que un fuerte dolor por él. Dolor y un golpe punzante y posesivo que me sacudía de pies a cabeza. No tenía derecho a sentirlo. Me había dicho a mí misma que no tendría ni un sentimiento hacia ese hombre, pero no pude evitarlo. Parecía un niño en ese momento, no uno de los hombres más ricos y atractivos del planeta.

«Voy a desvirgarlo. Voy a poseer algo que nadie ha tenido nunca jamás: a Zachary Sun».

Me acerqué y me desabroché el sujetador de la espalda con una mano.

—No tienes por qué avergonzarte.

Él soltó una risita de amargura.

—Soy virgen y tengo treinta y tres años.

—Eres un hombre con un pasado traumático que hace que te sea difícil tocar o sentir —le contesté, un poco adivinando, pero también con algo de certeza. Él no hablaba de esto en ninguna entrevista, pero yo había leído artículos que describían el accidente espantoso en que había muerto su padre y el estado de angustia en que lo habían encontrado los bomberos. De haber sido yo, habría estado sin consuelo eternamente. Hubiese cambiado para siempre. Herida para siempre.

Dejé que el sujetador bajara deslizándose por los brazos. Mis pechos se hincharon, llenos y listos para que los tocaran. Los ojos de él se detuvieron en mis pezones, que se erizaron como dos diamantes. Me miró fijamente mientras yo me acercaba.

—Eso de Eileen… —Se aclaró la garganta—. No es una relación. Es un arreglo.

—Ya lo sé.

«Y aun así, lo odio, aunque no tenga derecho».

Llegué hasta él y me senté a horcajadas por encima de sus piernas, toda desnuda excepto por las bragas. Las rodillas se me hundieron en el banco a su lado, y quedé flotando sobre él, sin tocarlo. Apoyé una mano en la pared para mantener el equilibrio.

Él inclinó la cabeza hacia arriba y me observó con los ojos impregnados de lujuria.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque vi cómo la mirabas.

—¿Y cómo la miraba?

—Como si fuera un documento financiero de seiscientas páginas que tuvieras que firmar para una adquisición.

Se le escapó una risita, lo que le acercó el cuello y el pecho un milímetro más a mí. Mi entrepierna goteó a modo de respuesta. Me sentí vacía. Muy vacía.

—Esos documentos no suelen firmarse.

Miré al techo con gesto incrédulo.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí. Me gusta tu sentido del humor. Si alguna vez tuviera uno, sería parecido al tuyo.

Era el cumplido más extraño y conmovedor que me habían dicho en la vida.

—De todos modos… —Fruncí el ceño, deseando tocarlo—. No deberías casarte con ella si no te gusta.

—Que te guste alguien no tiene nada que ver con casarte con esa persona —replicó, y los ojos se le posaron en mis pechos. Las manos a cada lado del cuerpo le temblaron. Sabía que quería tocarlos, pero también sabía que no lo haría. No estaba listo. Aún no. Se mojó los labios con la lengua—. De hecho, cuanto menos me guste, mejor será el matrimonio. Tener sentimientos es una debilidad. Mira lo que le pasó a Romeo.

Negué con la cabeza.

—¡Pero, Zach!

—¿Pero qué?

—Lo que le pasó a Romeo es algo maravilloso: le hizo feliz.

Quise tocarle la cara, el pelo, los brazos musculosos, pero me detuve. En lugar de eso, nos miramos a los ojos, respirando el mismo aire caliente y húmedo. Estaba acostumbrándome a la cercanía con él. Y también sabía que alguien podría entrar en la sauna de un momento a otro. Y que con eso yo quedaría desterrada

de este club y del equipo de esgrima. Y aun así, no me importaba nada.

—Farrow —me dijo finalmente, con un gruñido, y los ojos se le deslizaron hasta el triángulo entre mis muslos, a las bragas empapadas.

—¿Sí?

—Quiero ver cómo te mojas por mí otra vez.

—Quítamelas, entonces.

Sus fosas nasales se dilataron y se concentró, frunciendo el ceño ante mis bragas como si lo hubieran atacado personalmente. Reprimí una risita.

—Podría tocarte si lo hago —dijo después de un momento.

—A mí eso me encantaría, Zach. —Alargó la mano para agarrarlas; era mi oportunidad: encorvé la columna y me aparté ligeramente de su cuerpo—. Con una condición.

Levantó la vista, en alerta, con el pelo que le goteaba y la cara perfecta.

—¿Cuál?

—Cumple con tu parte del trato. Contrátame un investigador privado y un equipo de abogados.

—Hecho.

Asentí con la cabeza con un pequeño gesto de agradecimiento, pero lamenté recordar la cuestión pendiente justo en ese momento. Había convertido aquello en una transacción y no lo era. Yo deseaba a ese hombre con o sin abogados. Pero también quería poner una barrera entre nosotros. Para recordarme de la dura verdad: «Zachary Sun no será mío nunca». No sé qué era más trágico: si el hecho de quererlo para mí o saber que no sucedería jamás.

Se mojó los labios y se crujió los nudillos, como preparándose para una pelea. Mis emociones oscilaban entre querer curarlo a besos (sus cicatrices, sus miedos, sus inhibiciones) y lo divertido que me resultaba ver que se lo tomaba todo muy en serio.

Zach rozó el elástico de mis bragas con la yema de los dedos, con mucho cuidado de evitar mi piel.

—Al verte tocarte, casi eyaculo ahí mismo en la oficina.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Relajé la espalda, disfrutando de la sensación de sus dedos sobre mis bragas. Parecía prohibido y clandestino, como un secreto sucio que solo compartíamos los dos.

Se le endureció la mandíbula y le tembló la mano al deslizarse por la ropa interior.

—No quería admitir el efecto que tienes sobre mí. —Para ser novato en eso, tenía perfectamente dominado el arte de estimularme y presionaba la palma por mi entrepierna hasta recubrirme el sexo entero a través de la ropa. Y todavía no me había rozado la piel ni con las yemas de los dedos.

—Joder, estás empapada. —Echó la cabeza hacia atrás y siguió, con tono firme—: Quiero clavarte en la madera hasta que te quedes pegada ahí.

¡Vaya! A ver, alguien tendría que decirle que había que tomarse con más calma lo de la charla sucia, e ir soltándola con cuidado y suavemente. Pero no era el momento de desanimarlo. Iba muy bien. Era el mismo hombre que se había provocado *quemaduras de primer grado* por darle la mano a una mujer.

—Necesito desesperadamente que me penetres. —La confesión me salió a trompicones de la boca y me di cuenta de que lo decía en

serio. No había nada que deseara más en el mundo en ese momento que llenarme del pene de Zachary Sun. Su mano sobre mis bragas casi me había arrancado un orgasmo, la presión era demasiado deliciosa, demasiado intensa para ignorarla.

Con la respiración entrecortada, Zach curvó los dedos y los hundió por mi culo a través del algodón, un poco abruptamente. Apretó el otro pulgar sobre mi clítoris, y una oleada de placer me recorrió el cuerpo y me hizo temblar las rodillas. Me ardían los muslos del esfuerzo de mantenerme suspendida sobre él.

—¿Esto… te gusta? —dijo casi sin aliento.

Miré hacia abajo y me di cuenta de que su pene, duro como una roca, se alzaba entre nosotros. Estaba completamente erecto y la pesada corona se asomaba por una abertura de la toalla. Una gota de líquido preseminal le brillaba en la punta. Quería inclinarme y metérmela en la boca.

—Me encanta. —Tenía los pezones tan sensibles que no pude contenerme. Me agarré uno de los pechos y lo empecé a masajear, acariciando mi punto más sensible—. No pares.

Me clavó el pulgar con más fuerza en el clítoris, y casi me prendo fuego ahí mismo, sintiendo una oleada de calor líquido recorrerme desde mi bajo vientre hasta mi centro.

Se me escapó un grito.

—Masajéalo, por favor. Pero… suavemente. En círculos.

Quería que me hiciera exactamente lo que yo me había hecho a mí misma para aliviar la necesidad del otro día.

Se pasó la lengua por el labio inferior y con el pulgar me masajeó el clítoris lentamente, estimulándome con confianza. Se me puso la piel de gallina; el placer era intenso hasta lo absurdo. Empecé a

cabalgar sobre su dedo, con los ojos cerrados, mientras me palmeaba mi propia teta y fingía que su dedo era la punta de su pene. Listo. Oficialmente había perdido el control.

—Quiero tocarte la piel. —La necesidad desesperada le espesaba la voz. Abrí los ojos para mirar entre sus piernas. De tan hinchado que estaba, el pene se le había puesto violeta. Eso tenía que doler.

—Hazlo.

—No… no puedo. —Su voz era una súplica.

—Solo piensa en otra cosa. Cuéntame algo.

«Preferiblemente que no sea sobre Eileen».

Yo sabía que no era más que un acuerdo de apariencias. Un matrimonio por conveniencia. Pero seguía sin gustarme que él estuviera con otra mujer.

La presión entre mis piernas aumentó. Me daba vueltas la cabeza, los pensamientos se arremolinaban como un ciclón, todos en el mismo sentido. Estaba al borde del orgasmo más intenso de toda mi vida y ni siquiera me había tocado directamente.

—No he vuelto a poner los pies en un vehículo normal desde… desde lo que me pasó. —La garganta se le movió cuando tragó saliva, las yemas de los dedos se deslizaban hacia la unión entre mi culo y mis muslos, hacia mi carne desnuda—. Solo conduzco vehículos blindados militares.

«¿Pero qué te pasó? ¿Quién te hizo esto?», quería gritar, pero sabía que tenía que mantenerle la conversación. Para que se distrajera.

—¿Quieres que deje de ser así?

La punta de un dedo me tocó la piel y prendió un fuego en ese mismo punto que disparó un zumbido difuso por todo el cuerpo. Con

la otra mano seguía presionándome el sexo a través de las bragas y me acariciaba el clítoris con el pulgar.

—No lo sé. Sí. No. Tal vez. —Su dedo meñique descansaba por completo sobre mi piel—. Quiero experimentar lo que es ser normal. Quiero ser… —Hizo una pausa, me miró con ojos de lujuria candente. Completó la frase—: … humano.

«Eres humano».

Quería gritárselo. Quería tatuárselo en el pecho, justo por encima del corazón, para recordarle que tenía sangre, carne y huesos. Al igual que el resto de nosotros.

«Buen trabajo, Fae. Hasta aquí ha llegado tu intento de mantener la distancia emocional».

¿Qué me importaba si Zachary Sun se sentía humano o no en ese pecho oscuro y desalmado que tenía? Me había metido yo sola en las aguas fangosas y fingía no ver el tsunami que se precipitaba hacia mí.

Alejé los pensamientos maliciosos y me concentré en el meñique que tenía contra mi muslo. Le pregunté:

—¿Cómo te sientes?

Él sabía exactamente a qué me refería: mi piel.

—Me siento… No es horrible. Extraño, quizás. Como si experimentara una textura nueva por primera vez.

—Guau, eres bueno con las palabras sucias. Juegas fuerte.

Se le levantó una de las comisuras de los labios. Eran hermosos. Dibujados a mano y rosados. Me pregunté si alguna vez llegaría a besarlos y cómo sería sentirlos contra los míos. Lo deseaba, pero nunca habíamos acordado besarnos. Solo sexo.

Miró al espacio entre nosotros, donde me tocaba con el dedo.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Me siento… vacía —admití.

El pulgar que tenía sobre mi clítoris se detuvo, y yo pensé que me caería de espaldas y estallaría en llamas. Me aferré a las paredes, luchando contra el palpitar intenso de mi entrepierna. Las gotas de nuestro sudor se mezclaron e intercambiábamos alientos como si fueran besos.

Y entonces, él hizo lo más glorioso, sexi y enloquecedor que podía hacer.

Quitó el pene de debajo de la toalla, lo agarró por la base, lo acercó a mi vulva y presionó contra las bragas justo ahí. Se le cerraron los ojos de un parpadeo. Y a mí también, con la presión creciente de tan solo la punta de su pene ya se me tensaba el cuerpo entero. Me aferré a la nada misma, al borde de la liberación y con una necesidad creciente de que me llenaran.

—N-no tienes que hacer esto si no quieres. —Apenas si me salían las palabras por la boca.

—Farrow —dijo él con tono firme, con la cabeza apoyada contra la pared y el mentón inclinado hacia arriba. Empezó a mover el pene con la mano hacia arriba y abajo por la abertura de mi vulva, con movimientos deliberados—. Ni el puto fin del mundo podría impedirme hacer que te corras.

Con esas palabras me desaté. Di un gemido salvaje y empecé a cabalgar la punta de su pene a través de mis bragas, moviendo el cuerpo al ritmo de nuestros jadeos. Se oyeron unos pasos pesados y unas risas que se filtraban por las paredes de la sauna, pero ya estábamos demasiado perdidos para preocuparnos.

La mano de Zach me agarró del culo; ahora la mitad de su palma cubría mi piel. Metió el dedo meñique por debajo de las bragas y me estimuló el agujero apretado.

Giró la cabeza de un lado a otro contra la pared; cerrando los ojos.

—Mierda, voy a correrme.

Yo quería más, pero sabía que él no podría manejarlo, que habíamos llegado al límite de su capacidad. La puerta detrás de mí se abrió de golpe y alguien entró en la sauna, cortando el vapor. El corazón se me sacudió en el pecho. Teníamos compañía. *En mi lugar de trabajo.* Giré la cabeza para ver quién era.

Zach me agarró la barbilla y la dirigió hacia él.

—Los ojos hacia mí, pulpita. Él no importa.

Él. Había un hombre allí. *Dios mío.*

Pero la sensación era demasiado buena, el orgasmo estaba demasiado cerca. Los dos estábamos empapados, calientes y excitados, teniendo sexo lento a través de mis bragas. Con la punta me acariciaba el culo, la vulva, el clítoris. *Todo*.

Clavé los ojos sobre Zach.

—¿Se ha ido ya?

Zach negó con la cabeza, con el rostro completamente tranquilo, estudiándome.

—No. Se ha sentado en el banco de enfrente. Está mirándonos.

Se me aflojó la mandíbula y me quedé boquiabierta. Me moví para bajarme de él, pero la mano de Zach se coló de mi culo hasta mi espalda, con los dedos extendidos con fuerza. Me hundió unos centímetros en su pene y la tela de las bragas, tan finas, se hundió

hasta que podía sentirlo palpitar dentro de mí. Tocando, pero sin tocar.

Iba a explotar de placer.

«Tú no estás bien, Fae».

No, para nada bien. Se me arremolinaba la vergüenza, el pudor y el deseo, todos juntos en una pirueta sobre la piel. No podía creer que estuviera dejando que él me penetrara con alguien mirando. Al menos ahora sabía que no lo había hecho por el dinero ni por su ayuda. Me habría acostado con Zachary Sun de todas formas.

—Zach —dije, con la voz entrecortada, desesperada de deseo de rodearlo por los hombros, abrazarlo, besarlo, sentirlo más—. No voy a poder recibirte del todo cuando llegue el momento.

—Sí, podrás. Recibirás cada milímetro de mí como una buena chica.

El intruso se movió detrás de mí. Zach parecía tenso, apenas bajo control, con una mano deslizaba su pene hacia adentro y afuera todo lo que le permitían las bragas, con la otra me sujetaba por la parte baja de la espalda.

Me agarró con más fuerza, en actitud posesiva.

—Ahora está masturbándose.

Yo no conocía a este hombre, ni siquiera de vista. Pero sin duda me excitaba la idea de que alguien se tocara mientras nos veía tener sexo.

—Quiero ver cómo te corres sobre mi pene ahora mismo, Farrow —me gruñó Zach en la cara, muy cerca… demasiado cerca.

Se me aceleró el corazón. Me cerré sobre la punta de su pene, me arqueé, con la cabeza hacia atrás, y me corrí. Estaba agotada y con

los muslos empapados. En esa postura y con los párpados bien abiertos, vi al hombre del banco de enfrente.

No lo había visto nunca; era joven e increíblemente sexi. Tenía la toalla abierta del todo, y el pene largo y grueso dentro del puño. Se lo sacudía con fuerza, cada vez más rápido; estaba cerca de la línea de meta también.

El cuerpo se me tensó como la cuerda de un arco. Seguía corriéndome, y corriéndome, y *corriéndome más.* Los dedos de los pies se me enroscaron y sentí un temblor por los músculos. Tenía la boca seca. Veía estrellas por todas partes.

—Farrow —dijo Zach.

Yo no podía dejar de mirar al desconocido que tenía detrás. Hicimos contacto visual y sentí como si él también me penetrara.

Zach me agarró por la mandíbula, tocó todavía más de mi piel desnuda, y la dirigió de nuevo hacia él para que lo mirara.

—Mírame en este instante antes de que apuñale a este imbécil en medio del pecho.

—No puedes ir por el mundo apuñalando a cada persona que me mire.

—Me temo que puedo y lo haré, mierda. No me pongas a prueba.

Lo creí sin dudarlo ni un segundo. Le había rebanado un dedo a un tipo por mucho menos; por *casi* pellizcarme el culo. Este estaba imaginándose conmigo mientras yo tenía sexo con Zach.

Me enderecé y lo miré a los ojos, las olas de placer del orgasmo me chocaron por toda la piel.

—¿Y a ti qué te importa? —le dije con una sonrisa provocadora, sin dejar de cabalgar sobre su pene, mezclando mis líquidos con los primeros suyos—. Yo puedo hacer lo que quiera con quien quiera. Tú

vas a estar prometido dentro de medio segundo. No nos debemos exclusividad. Ni siquiera estamos en una relación.

Se le afinaron los labios:

—El matrimonio no será real.

—¿Ah, no? Pero el anillo sí y en los papeles estaréis casados, y yo no pienso acostarme con un hombre casado —le advertí.

—No estaría engañando a nadie. Ambos tenemos permiso para tener amantes. —Se le contrajeron los abdominales de tanto tratar de no eyacular—. Y voy a curarme mucho antes de ponerme un anillo, así que no te preocupes. Ninguna de las dos es mi gran final. Ni ella ni tú.

Eso me dolió, pero, antes de que pudiera procesar el insulto, él se apretó el pene, hizo una mueca de dolor, se salió de mi ropa interior empapada y eyaculó. Unos chorros gruesos de semen caliente salieron disparados y se desparramaron sobre mi vientre. Ambos miramos fascinados cómo me marcaba con cada chorro.

Después de unos segundos, intercambiamos una mirada.

—Me has tocado —le dije con voz ronca.

Sus ojos parecían furiosos y la boca se le torció en una mueca. Por un momento, pensé que me atacaría, que saldría corriendo y se haría quemaduras de tercer grado para limpiarse de mi cuerpo por completo. Temblé de pies a cabeza del pavor de solo pensarlo.

Pero, en lugar de eso, Zach me agarró por la cintura, con los dedos temblorosos, tocando mi piel, y me levantó con él. Sin decir palabra, juntó una a una las prendas que estaban tiradas por el suelo (que habían quedado empapadas) y me las lanzó echas un bollo sobre los brazos sin tocarme. Me quedé tiesa, todavía de espaldas al intruso.

—Ponte el sujetador y los pantalones, Pulpi.

Hice lo que me ordenaba, aunque no tenía la menor idea de por qué. Ser obediente iba contra mi naturaleza. Tal vez realmente temía que le metiera un cuchillo entre las cejas a ese tipo. Me subí los vaqueros con dificultad y me abroché el sujetador.

Zach se enroscó mi pelo por la muñeca y lo usó como cuerda para girarme antes de que yo pudiera terminar de pasar la cabeza por la camiseta. Caminamos hacia el intruso los dos juntos con él llevándome por la correa improvisada. El semen blancuzco y pegajoso se deslizó por mi barriga y se me metió por debajo de los pantalones. Fue bochornoso sentir que el clítoris se me encendía de nuevo, de solo pensar que me entraría por el sexo.

Nos detuvimos a unos metros del extraño. Arrastré la mirada del suelo hasta encontrarme con la de él. Se veía agotado, avergonzado y sudado, había escondido el pene detrás de la toalla. Miraba a Zach con la boca abierta, sin esperar que él lo confrontara.

—¿Ves esto? —Zach señaló su esperma sobre mi vientre—. Respóndeme antes de que te clave un cuchillo en el ojo.

—Y lo hará —le informé al tipo casi sin aire, temblando de terror y, sí, también de disfrute.

—Sssí, sí… —logró soltar por fin el extraño—. Lo veo, lo veo.

—Este semen es *mío*. Y está sobre ella. —Tiró del nudo de mi cabellera sobre su muñeca, era delicioso—. Ella es mía, ¿entendido?

—No soy suya. —Enderecé la columna y quedé bien erguida y firme. Miré fijamente al hombre con ojos de furia—. Si quiero tener sexo contigo, lo haré; si quiero tener sexo con cualquiera, lo haré.

Una cosa era ayudar a Zach con sus problemas. Otra, dejar que él me ayudara con los míos. Pero no iba a ser su juguete. Su

pasatiempo.

—Bueno, bueno, tranquilos, amigos, por favor. —El tipo levantó las manos, sus ojos iban de un lado a otro entre nosotros, con las cejas fruncidas—. Solo quería entrar a la sauna antes de ir al trabajo. Yo... yo... Como no habéis parado cuando he entrado, he pensado que estaba bien mirar. La próxima vez, pediré permiso.

—La próxima, si te quedas mirando lo que es mío —Zach se inclinó hacia delante y le susurró al oído—, vas a perder algo más que el orgullo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ollie vB: Voy a matarte, @ZachSun. Me han echado del club por tu culpa.

Romeo Costa: Pensaba que te habían echado por acostarte con la esposa del presidente.

Ollie vB: Se divorciaron después de nuestra aventura. Ahora ella vive en Hawái y él en Nueva York. Me habían vuelto a aceptar, hasta que este exhibicionista de pacotilla que tenemos por amigo decidió mostrar la minga a los desconocidos.

Romeo Costa: Vas a tener que explicarte mejor.

Romeo Costa: [Gif de Michael Jackson sonriente, comiendo palomitas de maíz]

Ollie vB: Parece que nuestro amigo decidió montárselo con alguien en la sauna. El hijo de McGrew entró, lo vio todo. TODO. Y salió con el cuento de que era uno de nosotros tres. Obviamente, me señalaron a mí.

Zach Sun: ¿Y cómo sabes que no fue Romeo?

Ollie vB: Porque la tipa con quien se revolcaba no tenía ni un embarazo de ocho meses ni un cubo de pollo frito bajo el brazo.

Zach Sun: Quizás Romeo decidió probar una amante de usar y tirar.

Romeo Costa: @ZachSun, te pido por favor que no me hagas ayudarle a asesinarte. Ya tengo suficiente en mi consciencia en este momento, maldita sea.

Zach Sun: Haré que te reincorporen de nuevo.

Ollie vB: Más te vale. El equipo femenino de tenis está a punto de incorporar unas veinte mujeres. Iba a ser mi proyecto para este año.

Romeo Costa: Ay, Jesús…

Ollie vB: Jesús murió por mis pecados, así que, ¿no será mejor hacer que valgan la pena?

Romeo Costa: ¿Qué pasó con las noches de bingo para la tercera edad que planeabas?

Zach Sun: Ya me lo imagino…
Ollie vB: Gloria y yo pasamos un fin de semana maravilloso antes de que se retirara a Florida.
Ollie vB: La mujer inventó los ejercicios de Kegel. Ni el Rey Arturo hubiese podido sacarme de ahí.

Zach Sun salió del grupo.
Ollie vB agregó a Zach Sun al grupo.

Zach Sun: Es más fácil escaparse de algunas prisiones de máxima seguridad que de este grupo.
Ollie vB: En fin, ¿quién es la desafortunada?
Romeo Costa: Seguro que una friki experta en ciencias de la tecnología con tres premios Nobel.
Ollie vB: Estás desactualizado. Yo apuesto por la asistenta nueva.
Romeo Costa: ¿La que lo machacó al go?
Zach Sun: Por última vez, no me machacó, la partida no ha terminado aún.
Ollie vB: Y qué partida más jugosa, ¿no? ¿Por qué no me invitasteis?
Zach Sun: No sabes jugar al go.
Ollie vB: ¡A LA SAUNA, DIGO!
Zach Sun: Porque prefiero tener sexo sin correr riesgo de sífilis.
Romeo Costa: ¿Es la confirmación oficial de que te la has ligado? [Emoji de carita sonriente con una lágrima en el ojo]
Ollie vB: Es la primera vez de que recibo pruebas fehacientes de que Zach no es virgen.
Romeo Costa: Cierra el pico, Ol.
Ollie vB: Y yo que pensaba que estabas a punto de comprometerte con la doctora.
Zach Sun: Lo haré. Y pronto.
Romeo Costa: Es broma, ¿no?
Ollie vB: ¡Guau! Has pasado de CERO vida amorosa a ser un don juan descontrolado entre Cenicienta y la doctora Cullen. Muy bien hecho, @ZachSun. Bravo.
Zach Sun: ¿Cullen?

Romeo Costa: Eileen Cullen. 🥹
Ollie vB: 😛
Ollie vB: Eres como Bella Swan atrapada entre Edward Cullen y Jacob Black. Me encanta.
Ollie vB: Por si no lo sabíais, las historias sobre triángulos amorosos son mis preferidas.
Romeo Costa: Pero si tú no lees…
Ollie vB: ¿Y esto qué tiene que ver con la lectura? Hablo del porno.
Ollie vB: Tú busca «dos enfermeras y un policía». De nada. Pero hazlo desde un iPhone para que no se te metan virus.
Romeo Costa: Por enésima vez, el iPhone no es inmune a los virus.
Ollie vB: Ah, vaya. Con razón me cobraron esos dos millones por Deborah Melano.
Zach Sun: No tengo ninguna relación de amor con ninguna de las dos.
Ollie vB: Sí, claro, sigue convenciéndote mientras rompes todas las reglas con esa Cenicienta.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Zach

La primera señal de que tenía que frenar a tiempo antes de que el barco se hundiera por completo con mi situación con Farrow Ballantine vino de Natalie, nada menos.

Me acorraló en el invernadero, donde estaba sentado frente a seis ordenadores portátiles abiertos, tratando infructuosamente de dar seguimiento a múltiples mercados en esas pantallitas de doce pulgadas.

—¿Ha pasado algo en la oficina, señor Sun?

«Sí. Está Farrow».

No la estaba evitando. Al contrario, ella se había pasado los últimos tres días desde el incidente de la sauna esquivándome cada vez que yo doblaba una esquina. De vez en cuando, se metía en mi oficina, revisaba nuestro juego de go y cambiaba alguna piedra de lugar, pero solo si yo no estaba. Lo cual, en un acto patético, me obligaba a instalarme en el ala opuesta de la mansión.

No levanté la vista de las pantallas.

—¿Hay alguna razón para que estés aquí?

—Me había preocupado, nada más.

«No eres la única».

¿Desde cuándo se me había reconfigurado la vida para satisfacer las necesidades de otra persona que ni siquiera tenía parentesco conmigo? Más aún, ¿desde cuándo Farrow Ballantine se había convertido en alguien cuyos pensamientos, acciones y emociones me importaban en lo más mínimo?

Me levanté de un salto y Natalie saltó del susto con el golpe que dio la silla al estrellarse contra el suelo. La mandíbula casi se le sale de lugar cuando empecé a pasearme de un lado a otro junto a las ventanas que iban del suelo al techo. De un lado a otro. Y de vuelta al otro lado. Estaba en plena ebullición, a punto de explotar.

Tres días. Tres malditos días.

Hacía tres días desde que Farrow me había confrontado en la sauna y me había forzado a cuestionarme mis propios parámetros de cordura. Tres días desde que había sentido sus líquidos chorreando por mis dedos y desde que le había amasado el culo, esa carne tan fresca, sin retorcerme ni vomitar. Tres días desde que las paredes apretadas de su sexo húmedo me habían enjaulado la punta del pene, me lo habían aprisionado bien fuerte y me lo habían apretujado.

¿Qué se sentiría si me acostara con ella como correspondía? Esa misma pregunta me consumía durante el día y me devoraba por la noche. Estaba obsesionado y no podía concentrarme en ninguna otra cosa que no fuera volver a saborear el contacto con su piel. De repente, no podía recordar por qué encontraba tan desagradable la carne humana, ni cuándo había empezado a pasarme eso… Quería sentir la suya sobre la mía las veinticuatro horas del día.

Lo cual me llevaba al siguiente problema: Farrow no mostraba signos de querer entibiar la mirada fría que me dedicaba desde entonces. Me pasaba el día desesperado por la más mínima señal de vida proveniente de ella; cualquier prueba ínfima de que ella quería mi contacto tanto como yo quería el suyo. Y así, me encontraba dando largas caminatas por mi jardín de orquídeas, meditando cuatro veces al día en lugar de tres, y vagando por los pasillos de mi mansión como un fantasma embrujado, a la caza de cualquier signo de su presencia.

Y ella estaba en todas partes y a la vez en ninguna. En el aperitivo inesperado que aparecía en la bandeja de mi almuerzo, que no había cambiado nunca antes en diecisiete años. En la sábana extra que apareció en mi cama, por debajo del edredón, tras la bajada de temperaturas por el cambio de estación. Y en las grabaciones de la cámara de seguridad de mi oficina, que yo miraba siempre para asegurarme de que había ido a hacer su movimiento de go.

Y para mi sorpresa, hacía su trabajo a la perfección. Había contratado ya a miles de asistentas y ninguna me satisfacía, al punto de haber invertido sumas ridículas en equipamientos de robótica con la esperanza de no tener que volver a tratar con la incompetencia humana. Pero desde que Farrow estaba al cargo, la mansión estaba más limpia que nunca.

¿Cuál era el problema? Que cambiaba las cosas de lugar, lo cual también me forzaba a cambiar a mí. Ponía flores en los jarrones, cambiaba los muebles de sitio, corría todas las cortinas para dejar entrar luz natural… ¿Por qué no me parecía ridículo que se enorgulleciera de convertir mi casa en un hogar? ¿Que sonriera para

sus adentros cuando cambiaba de sitio un frutero en una de mis islas de cocina o que inclinara los cuadros en el ángulo perfecto?

Y ella parecía tranquila de ir de un lado a otro evitándome, mientras que yo estaba a punto de arrancarme la piel a fuerza de arañazos. ¿Por qué ya no nos hablábamos? ¿Por qué no nos molestábamos? ¿No nos *tocábamos*? Me sentía como un bebé que acababa de descubrir cómo es caminar. Quería tenerla todo el tiempo. Tocarle el pelo. Las mejillas. Los pechos. La entrepierna.

Tras cuatro días de silencio, me decidí a acorralarla. La encontré en el jardín, destripando un rosal blanco para llenar mis jarrones decorativos que valían números de seis cifras. Pensé que no se tomaría muy bien que le dijera que esas rosas no deberían colocarse en urnas que eran esencialmente tesoros históricos, algunas de más de seiscientos años de antigüedad; que con solo exponerlas a la humedad perdían valor.

El sencillo vestido blanco y negro de asistenta le quedaba apretado en las curvas y se las resaltaba cada vez que se arqueaba o doblaba alguna parte del cuerpo. El pelo, como oro fundido, le enmarcaba los hombros y la cara a la perfección. Tenía unos auriculares en las orejas y movía la cabeza de un lado a otro mientras cortaba con tijeras mis flores tan bien cuidadas. No me oyó llegar, ni siquiera cuando ya estaba a medio metro. Me llegó su aroma hasta la nariz. Olía a verano y a pecado; al sol besando una flor recién salida del capullo.

Como llevaba ropa puesta, no lo pensé dos veces y le toqué el hombro para llamarle la atención.

Se sobresaltó un poco y se puso de pie tambaleándose, mientras se quitaba los auriculares de las orejas.

—Por Dios, Zach. Me has asustado.

«Lo mismo digo. Estoy más que asustado, estoy aterrorizado hasta las cejas por tu culpa, Pulpi».

Pero no le dije eso, sino que entrecrucé los dedos por detrás de mi espalda y le clavé una mirada de insatisfacción.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No.

—La haré de todos modos. ¿Por qué me castigas con tu silencio?

—¿Que te castigo con mi silencio? —Echó un montón de rosas dentro de un cubo y se limpió las manos en el delantal—. No has parado de decirme que no soy más que una asistenta. ¿Por qué habría de buscarte y entablar una conversación contigo?

Le estaba restando importancia a lo que éramos y eso me cabreó. Tuve que respirar hondo y contar hasta diez. Yo nunca me enfadaba. ¿Qué demonios me pasaba?

—Tú y yo tenemos un acuerdo —dije y me levanté por encima de ella, mientras me concentraba en usar cada pizca de autocontrol que me quedaba para no arremeter contra ella. Siempre había compadecido a los colegas y amigos que sucumbían a las emociones ante el inconveniente más trivial—. Y ahora mismo no estás cumpliendo tu parte del trato.

—¿Y acaso tú sí? —Volvió a los arbustos, cogió las tijeras del suelo embarrado y atacó las rosas con toda su fuerza. Eso no era podar ni recortar, era decapitar—. Yo empecé a cumplir con mi parte del trato y aquí estoy, tres semanas después, y no tengo ni abogado, ni investigador privado ni ninguna pista a la que agarrarme para poder empezar a luchar contra Vera.

Ah, era por eso por lo que estaba enfadada y me ignoraba; porque pensaba que me había olvidado de mi promesa… Se me tensó la mandíbula y tuve que masajeármela para no ponerme a gritar.

—Ya hay unas cuantas cuestiones en marcha. —No era cierto. En realidad mi plan era prolongar lo inevitable tanto como pudiera.

—Ah, sí, claro, seguro. Unas cuantas cuestiones supersecretas que nadie sabe cuáles son.

Retomó el podado de rosas. Despiadada. A este ritmo, dejaría mi jardín completamente vacío. No tenía idea de lo que estaba haciendo.

—Qué conveniente que lo hayas mantenido todo en secreto…

—Estoy trabajando en ello, de verdad. —Mis labios apenas se movieron con mis palabras.

Por detrás nuestro, se oyó el clic de las puertas del balcón que se abrían. Eran mamá y Celeste Ayi, seguro. Siempre almorzábamos juntos los viernes. Solo que este viernes se me había olvidado debido a que acababa de descubrir el sexo y eso era lo único que quería comer.

—Creo que… —Tomé a Farrow por los brazos, sin importarme lo que podrían pensar mi madre y Ayi, y la giré hacia mí—. Me temo que tendrás que creerme. No tienes opción. Tú y yo hemos iniciado un acuerdo de negocios. Eso nos convierte en socios por el momento. Te he dicho que tengo algunas cuestiones en marcha y lo he dicho en serio. Tenemos una reunión con mi equipo de abogados y un investigador privado hoy a las cuatro. Estaba esperando que cerrara la Bolsa de valores para reunirnos.

La vi parpadear con rapidez, pasar de una emoción a otra por todo el espectro posible, desde la confusión hasta la esperanza. Y entonces hizo algo extremadamente terrible.

Entonces, sonrió.

Sonrió y lo sentí por todo el cuerpo.

—¿Eso has hecho?

—Sí —me quejé—. Te dije que lo haría, ¿no? Pienso que deberías cambiarte de ropa y sacarte el uniforme para la reunión.

La miré de reojo, enfadado porque me había sentido obligado a darle explicaciones. Nunca había estado en esa situación antes.

Asintió con la cabeza y acarició con el dedo los pétalos aterciopelados de una de las rosas que tenía en el cubo.

—Lo haré. —Pausa. Me pregunté si sabía que mi madre nos estaba mirando. Seguramente no. Parecía sumergida en sus propios pensamientos. Farrow levantó los ojos hacia los míos—. ¿Tengo que pagar algo? ¿Un anticipo o algo así…?

—Yo me encargo de todo —negué con la cabeza—. Tú solo tienes que venir a la reunión y relatar un poco lo que sucede.

Asintió. Me sentía desesperado por algo; no sabía qué. Apreté los puños a cada lado del cuerpo.

«Da la vuelta, Zach. Aléjate de aquí».

En cambio, me quedé mirándola. La hostilidad emanaba de mí a la espera de… ¿de qué? ¿Un agradecimiento? Si yo no quería que me diera las gracias. Recibir un agradecimiento era un trato formal en la cultura china. Indicaba una distancia entre dos personas. Y yo a ella la quería cerca.

—¿Y bien? —Se humedeció los labios y me observó, atenta, con un gesto incierto—. ¿Necesitas algo más?

«Tu atención. Tus palabras imposibles. Tu dulce entrepierna. En particular, tu dulce entrepierna».

—Que dejes de asesinar esas rosas —fue lo que dije mientras le quitaba las tijeras de podar con delicadeza—. No tienes ni idea de lo que haces.

Ella se rio.

—He terminado de limpiarlo todo y estoy aburrida. Distráeme un poco, hazme el favor.

No dije nada. De hecho, ya era lo que estaba haciendo: favores. Dejando que hiciera cosas que no le permitiría hacer a nadie en el mundo.

—Zach… —dijo Farrow, y frunció el ceño—. ¿Quieres que te toque?

«Sí. No. Por Dios, no tengo ni la menor idea».

Sentí que volvía a la secundaria, retrocediendo en el tiempo como Benjamin Button en la película, y no sabía cómo pensar, sentir o comportarme con una chica. Arrojé las tijeras a uno de los cubos lleno de las rosas recién cortadas que ella acababa de mancillar.

—Sí, supongo que puedes tocarme. —Pero el tipo de contacto que me imaginaba no era necesariamente el que quería que mi familia más directa presenciara.

Los labios se le torcieron, pero no con forma de sonrisa.

—Inténtalo otra vez —dijo.

Se me abrieron las fosas nasales y respiré con fuerza.

—Por favor, tócame.

Ella levantó una ceja; era obvio que se divertía.

—¿Dónde?

«En cualquier parte. En todas partes». Pero tenía que mantenerme dentro de los márgenes del contenido apropiado, teniendo en cuenta que Celeste Ayi seguro que ya estaba lista para hacer salir su cámara y empezar a dar consejos.

—En la cara —dije con voz ronca y firme; humillado y alborotado al mismo tiempo. Me temblaba el cuerpo entero ante la confesión—. Quiero sentir una piel sobre la cara.

Sería la primera vez desde el accidente. Desde que su sangre me goteó en los ojos y se me escurrió por las mejillas como si fueran lágrimas.

Nos miramos y, por un momento, el mundo dejó de existir. No había trinos de pájaros. No había nubes que nos sobrevolaran despacio. No nos miraba mi madre con ojos de desaprobación.

El pecho de Farrow tembló con la respiración agitada. Dejó el cubo de rosas en el suelo y las manos se elevaron hasta mi cara.

—Dime algo que te distraiga —fue su instrucción, con una sonrisa suave, con una voz sedosa—. Algo sobre los pulpos.

Yo cerré los ojos.

—Tienen tres corazones.

—Pues deben amar a lo grande.

Sus manos estaban casi sobre mi rostro. Las sentí sobrevolar frente a mí. Dejé de respirar por completo, como si me preparara para una sacudida.

—Son criaturas trágicas —le contesté y abrí un ojo de golpe—. No pueden amar nunca. Están programados para consumar su meta reproductiva: procrear y perecer al terminar. No tiene ninguna posibilidad de sobrevivir.

—¿No podrías llamarme gatita, mejor? —Farrow se rascó la nariz; se veía perturbadoramente adorable—. Hasta aceptaría conejita.

—Ser gatita lo elige cualquiera. Y las conejitas están en la mansión de Hugh Hefner. —Abrí el otro ojo y negué con la cabeza con resolución—. Tú eres un pulpo: inteligente, sofisticada y trágica.

Y entonces, pasó. Puso sus manos a cada lado de mi rostro, enmarcándome las mejillas. Inspiré profundo y cerré los ojos con fuerza. Su piel tibia y húmeda se hundió sobre la mía. Me forcé a abrir los ojos y mirarla. Sus uñas me raspaban la piel con suavidad. Se me disparó un escalofrío por la columna vertebral.

—Mírame, Zach. —Farrow sonrió. *Sonrió*—. Tú puedes con esto. Tú puedes tocar y sentir.

Estábamos de pie en medio del jardín, como dos árboles, gruesos y frágiles a la vez, balanceándonos suavemente con la brisa, y no pude soportarlo. Todo me vino de golpe a la memoria, como un torbellino.

Los recuerdos. El asco. Y la culpa de seguir queriendo sentir la piel de esta mujer, aun con mi padre ya muerto y yo que no podía ni recordar sus últimas palabras.

—¿Qué fue lo que te pasó? —dijo con voz ronca. Negué con la cabeza. No podía hablar de eso. No podía repetirlo y que mis oídos lo oyeran, mucho menos los de ella—. ¿Qué tal te sientes?

Lo pensé un momento.

—*Siento*, que ya es mucho… —Bien. Mal. Complicado—. Y es más de lo que pueda pedir en la vida.

—Zachary —ladró mamá desde el balcón y congeló el momento con aire gélido—. Llegas tarde y tenemos hambre.

Farrow apartó las manos de mi rostro y dio un paso atrás de golpe. Se le enrojeció el cuello.

—Te veo a las cuatro. —Se alejó de mí, agarró el cubo con rosas y se escabulló hacia la puerta principal.

—No te vayas —dije con una voz ronca que salía de la nada.

Ella se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—No vayas —dijo en un susurro. Y no supe por qué, pero, de repente, todo me pareció trágico. Como el pulpo, que engendraba vida para acabar con la suya.

Giré sobre mis talones, todavía con el aroma punzante de sus manos sobre mi rostro y, a sabiendas de que no iría a rasparme con jabón para limpiarme de su contacto, me abrí camino hacia el balcón. Mamá y Ayi estaban sentadas junto a la baranda de mármol y me miraban como si acabara de aterrizar con mi nave espacial en medio de un campo de maíz con el sombrero propulsor de Bob Esponja en la cabeza. Perplejas le quedaba corto como descripción; parecían haber tenido una experiencia esotérica.

—Deberías tener más cuidado con el personal. —Mamá habló en un volumen alto, para que sus palabras llegaran hasta Farrow—. No querrás tener una demanda por acoso sexual.

No respondí.

A lo largo de mi vida, la gente siempre me decía: «qué bien que sobreviviste». Pero ¿acaso era así?, ¿había sobrevivido de verdad a ese accidente? Yo no lo creía. Había perdido demasiadas partes de mí ese día. Aun así, vivía sin vivir. A fin de cuentas, los supervivientes son expertos en moverse dentro del papel que la vida les exige con el peso que les dejaron sobre la espalda. Y ese había sido mi destino durante veintiún años.

Hasta ahora.

Ahora estaba avanzando. Volviendo a la vida lentamente.

Las luces estaban demasiado fuertes y la comida me parecía saturada de sabor.

Pero ya no estaba muerto por dentro.

Y eso me atemorizaba.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Zach

—Debes cerrar el acuerdo con Eileen antes de que se lo repiense. —Mamá apoyó los palillos en su lugar, con la espalda recta como un centinela—. Tus días de escabullirte con el personal de servicio deberían haber terminado. Ya tienes treinta y tres años.

Celeste Ayi se metió un *dumpling* en la boca, y sus ojos rebotaron desde mi cara hasta la de mamá.

—¿Y quién te ha dicho que se escabulle? Ese abrazo iba proyectado a la gran pantalla.

—No seas ridícula. —Mamá se arrancó la servilleta del regazo de un tirón y se la llevó a la comisura de los labios para limpiarse una mancha invisible—. Mi hijo es incapaz de romperme el corazón de ese modo. Una mujer que no ambiciona nada en la vida no puede elegirse por esposa. Es ilógico. Y demasiado peligroso.

Tomé una rodaja de pepino, me la arrojé a la boca y empecé a masticarla. Mamá miró en dirección a mí, a la espera de mi confirmación. Como no la tuvo, prosiguió:

—Él sabe que su padre tampoco la hubiera aceptado nunca. Y eso le importa muchísimo, dado que Lao Bo ya no está entre nosotros

para darnos su opinión.

Esa frase la decía a menudo y a mí me ponía muy nervioso. En particular porque más de una vez hubiese deseado ser yo quien muriera en el accidente. Tomé mi copa de vino.

—Lo tengo presente, mamá.

—¿Y desde cuándo tomas vino con el almuerzo? —Ayi se llevó una mano al pecho—. ¡Pero si podríamos haber compartido muchas *happy hour*!

No me necesitaba para eso, tenía más amigos de los que nadie podía necesitar. A la mayoría, los había adquirido después de patrocinar ella sola un desfile local por el orgullo hacía unos veinte años. Recién llegada a Estados Unidos, no estaba acostumbrada a los acrónimos y las abreviaturas, y pensó que LGTB significaba *let's get boba tea* (tomemos un té de burbujas). Lo demás, es historia.

Mamá ignoró a su hermana por completo.

—¿Hay algún problema del que deba saber?

—Sí, yo diría que *un problema* sí que lo hay. —Ayi sacó un espejo de bolsillo de la cartera y se miró el maquillaje, aunque no éramos más que nosotros tres—. El problema es que Eileen le parece menos atractiva que el pescado frío. Y ni siquiera enlatado.

—Eso no es cierto. —Mamá volvió a estirar de golpe la servilleta sobre su regazo—. Él la adora y ella es despampanante. —Se volvió hacia mí y me dijo—: ¿No es así, Zachary?

—No está mal de apariencia. —Agité la copa de vino, con una sensación de desagrado pensando en que mi madre tenía razón. En términos pragmáticos, no había razón para retrasar lo inevitable por mi parte. Tenía un acuerdo con Eileen. Desde entonces, me había enviado varios correos electrónicos y hasta mensajes de texto.

Esperaba que yo diera el siguiente paso. ¿Y por qué no hacerlo? Teníamos un trato.

Ella me daría herederos. Estabilidad. Tranquilidad mental frente a mi madre. Y lo más importante, me ayudaría a cumplir con la promesa que le había hecho a papá. Mamá empujó el plato hacia delante y perdió la paciencia.

—Zachary, ¿estás escuchando al menos?

Me desperté de mis ensoñaciones y apoyé la copa de vino.

—Siempre.

Se puso de pie, su plato estaba todavía lleno, su té intacto.

—Cierra el tema con Eileen Yang. —Se echó el bolso al hombro—. Es una buena chica. Ni se te ocurra arruinarle la reputación.

Y salió como un relámpago, dejándome con mi tía ajena a todo.

—¿Vas a comerte ese pincho? —Ayi apuntó a mi plato con sus palillos—. Estoy a dieta y no como carbohidratos.

Acababa de comerse un *dumpling*, pero lo último que yo quería era charlar con ella.

—No, adelante —dije, levantándome y abotonándome la chaqueta —. Cómetelo.

A las tres y media avancé con calma hacia una de mis salas de conferencias. Había programado la reunión media hora antes de lo que le había dicho a Farrow a propósito; no quería que viera esa parte.

En el momento en que entré, todos se levantaron de sus asientos. Dos abogados especialistas en derecho inmobiliario: Dan Harlow and Bryan Di Pietro; que eran los mejores de la zona. Mi abogada

personal ya contratada por adelantado: Deanne Tibon. Y un investigador privado: Tom Coates. Estaban todos juntos, sentados uno al lado del otro a un lado de la mesa ovalada.

Me desabroché la chaqueta y tomé asiento en la cabecera sin darle la mano a nadie. Más allá de Farrow, todavía encontraba desagradables a la mayoría de los humanos.

—¿Y bien? —Bryan miró a su alrededor con ojos atentos—. ¿Qué es eso tan grave que nos ha juntado a todos aquí como si fuéramos las Fuerzas Armadas?

—Y has interrumpido mis vacaciones en las Barbados —dijo Deanne y dio un giro con la cabeza, reclinada sobre la silla. Tenía unos sesenta años y estaba desesperada por jubilarse. De hecho, yo era el único cliente con quien se había quedado—. ¿Finalmente vas a adquirir Walmart?

—No exactamente. —Aunque era una posibilidad. Entrelacé los dedos de las manos—. Tengo una tarea para vosotros. Y el fracaso no es opción.

Los miré a los ojos uno por uno, sin apurarme. Proseguí:

—No debéis escatimar recursos. No debe quedar roca sin levantar. Vosotros cuatro vais a ganar este caso u os enfrentaréis a la expulsión total de vuestra especialidad.

Tom dio un silbido.

—Qué palabras más fuertes.

Deanne cruzó los brazos delante del pecho y dijo:

—No para mí. Lo que yo quiero es jubilarme.

—Bueno, ¿de qué se trata? —Bryann desabrochó su maletín y rebuscó un bloc de notas—. ¿Qué quieres que hagamos?

Presioné el botón del intercomunicador y llamé a Natalie, quien les repartió unas carpetas que tenía preparadas de antemano.

—Quiero que dejéis todo lo que tengáis entre manos y os concentréis en este trabajo.

Si algo iba mal, si lo arruinaban, yo los arruinaría a ellos.

Era tan simple como eso.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Zach

El pedazo de papel arrugado y enterrado en el fondo del bolsillo delantero de mis pantalones me quemaba tanto que parecía que iba a agujerear la tela. Casi podía sentirlo arder sobre mi piel.

—Por el amor de Dios, este lugar es de lo peor. —Oliver pasó rozando con los dedos las vitrinas de la joyería *boutique* y se detuvo frente a un collar antiguo de esmeraldas que debía costar unos buenos diez mil y que estaba protegido tras un vidrio grueso—. ¿Cómo puede ser que todas las joyas sean iguales? —bostezó provocador, con su traje color borgoña ceñido al cuerpo y su pavoneo arrogante—. ¡Qué insulso todo!

—¿Qué más necesitas? —dijo Rom, con una risa socarrona, inclinándose sobre un par de pendientes que sin duda alguna pretendía comprar para su esposa—. ¿Una pulsera con forma de pene?

—Claro, algo así. —Oliver se encogió de hombros—. No estaría mal algo de variedad.

—Golpeteó con los dedos sobre el vidrio y siguió inspeccionando la joyería de lujo. Pequeña, exclusiva y abierta solo con cita previa.

Ofrecía algunos de los anillos de compromiso más caros del mundo.

«Será mejor que zanjemos este asunto cuanto antes».

Saqué el papel arrugado del bolsillo y me lo estiré sobre un brazo, tratando de leer la lista sin ceder a la tentación de prenderle fuego.

Diamante lágrima blanco
20 quilates
A partir de 1,8 millones
Banda delgada

Y por favor ten en cuenta que no quiero nada que no sea hecho a medida.
Si tienes alguna duda, llámame al móvil sin problema.
Eileen

La bilis me llegó a la garganta pero no le hice caso. La promesa a papá. El compromiso con mamá. Así era como habíamos llegado hasta aquí.

Una empleada de unos cuarenta años, vestida con un traje, se acercó a Ollie con las manos entrelazadas por delante del torso.

—¿Busca algo especial para alguien especial, señor?

Romeo contestó por él:

—Si Oliver tuviera que comprar joyas a cada persona con quien está, se quedarían sin *stock*. Este hombre tiene más proteína repartida que una carnicería.

A la mujer se le frunció la nariz. A su lado, Oliver rio y puso un brazo alrededor del hombro de Rom.

Los ignoré a ambos y fui hacia el joyero que había detrás del mostrador, con cada paso, la suela de mis zapatos Oxford se oía sobre el suelo de porcelana.

—Necesito uno de estos. —Arrojé el papel sobre el mostrador que nos separaba, con la esperanza de que con la caída se prendería fuego. No tuve suerte.

El hombre, sudoroso, se la llevó a la altura del rostro y arrugó los ojos por detrás de sus gafas de aumento.

—¿Aquí dice «dos quilates»?

—Veinte —lo corregí—. Y de entre uno punto ocho y dos millones, por favor.

Tragó saliva. Solo con la comisión del seguro de esta venta se compraba otra casa.

—Ah, sí, claro, señor. —Fue hacia la oficina—. Déjeme mostrarle un par de opciones.

—No hace falta. —Le sacudí la mano en la cara y miré la hora en mi Philippe Patek—. No necesito verlo. Con tal de que cumpla con todos los requisitos de la lista, puede envolverlo y traerme los papeles del seguro. —Hice una pausa y continué—: Voy a necesitar también el certificado.

Eileen parecía exigente con esas cosas, tanto como yo. Eso debería haberla convertido en alguien más afín para mí, pero no lo logró.. El rasgo me resultaba tedioso y agotador. ¿Acaso era así como me veían todos *(es decir, Fae)*?

Al joyero se le cayeron las pinzas que tenía en la mano y se le abrió la boca. Parpadeó.

—¿No desea ni ver el anillo de compromiso de dos millones de dólares que va a comprar?

—¿Acaso no he sido claro? —lo reté—. ¿No es lo que acabo de decirle?

—Disculpe a nuestro amigo —dijo Ollie riéndose y apareció a mi lado—. Lo que pasa es que lo obligan a casarse con la versión humana de una declaración de impuestos.

Lo acribillé con la mirada y le dije:

—Si tú no la conoces…

—Me dijiste que te recuerda a ti mismo —me dijo con voz y gesto de lástima—. Así que debemos concluir que ella no es el alma de la fiesta.

«Lo que debemos concluir es que mi amigo debería rogarle a Dios que lo perdone por ser un maldito mujeriego depravado, y que yo debería organizar ese encuentro entre ellos dos para que el Todopoderoso pusiera a Ollie en su lugar».

Lamentablemente, un budista jamás recurre a la violencia; al menos un budista que no haya conocido a Farrow Ballantine, como yo.

—Llegaremos tarde a la subasta de la agencia Frestone. —Di unos golpecitos sobre mi reloj de pulsera y miré de nuevo al joyero—. Solo envuélvalo un poco y dese prisa.

—No entiendo ni para qué vamos. —Romeo le hizo una seña a una de las empleadas para que le envolviera el collar que había visto para Dallas—. El arte que tienen es de lo peor. Siempre lo ha sido.

—Y el sexo, inexistente. —Oliver se acarició el rostro, de arriba hacia abajo—. La edad promedio es de ciento dos. Hasta yo mismo tengo mis límites.

—Siempre dices que en Frestone no tienen ni una pieza de arte de buen gusto. —Romeo levantó una ceja—. ¿Qué te ha hecho cambiar

de opinión?

Vi al perplejo joyero meter una cajita cuadrada de terciopelo negro dentro de un estuche de satén color beige.

—Tienen una pieza que quiero.

Me entregó el paquete y yo le pasé la tarjeta.

Romeo hizo una pausa. Después dijo:

—Una pieza, ¿de qué? ¿De mierda?

—Una réplica del *Salvator Mundi*, de Da Vinci.

—¿Qué? —Oliver se atragantó con su propia saliva—. ¿Vas a comprarte una réplica? Estás a un paso de comprarte imitaciones de Gucci y de Prada, de las que llegan en un camión clandestino.

No era el momento de admitir que Celeste Ayi poseía algunos bolsos de Hermés de edición limitada de origen dudoso. Los había comprado en una venta de *garage* de un exsocio, el dueño de una tienda de artículos del hogar de lujo, que le había insistido con que era una oportunidad. Mi intención era llevar el secreto hasta la tumba, y sacar los trapitos al sol ahora mismo era adelantar el cavado de dicha tumba.

—Es un cuadro horrendo. —Romeo recogió su bolsa—. Soy fan de Da Vinci, pero, en ese, el buen amigo Salvi tiene un escote bien visible.

Oliver se llevó la mano al pecho y dijo:

—Yo me caliento cada vez que veo ese cuadro, la verdad.

Lo pinché con el dedo índice en la frente y contesté:

—Tú te calientas cada vez que ves *El grito*, de Munch.

Chasqueó los dedos y me señaló.

—¡Oye! Esa boca tiene forma de O, perfecta para una mamada.

Miré al techo con gesto de hartazgo y cogí la tarjeta y la bolsa del mostrador.

—Vosotros dos no entendéis nada de arte. Vamos.

—No puedo creer que nos lleves a ese antro a la fuerza. —Oliver negó con la cabeza mientras me seguía fuera de la tienda, con Romeo totalmente indiferente detrás de él—. ¡Las cosas que uno hace por los amigos verdaderos!

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Ari: Hola, calentorra.
Farrow: (Suspiro prolongado)
Farrow: No tendría que haberte contado lo de la sauna…
Ari: Nada de eso. Es la primera vez que haces algo divertido solo para ti.
Ari: ¡Y qué DIVERTIDO!
Farrow: Todavía tengo réplicas orgásmicas.
Ari: No puedo ni creerlo. Tiene al mundo entero a la espera de ver con quién se casa y entretanto tú te lo montas con él como una yegua desbocada en una sauna pública.
Ari: Pensándolo bien, sí que puedo. Es TAN propio de ti.
Farrow: Bueno, ya está bien. Pasemos al siguiente tema.
Ari: Entonces, ¿oficialmente tienes representación legal desde hoy?
Farrow: Sí. Me he reunido con el investigador privado también. Es un equipo increíble, Ari. Son una manada de leones. Parece demasiado bueno para ser verdad.
Ari: Eso te pasa porque no has tenido muchas cosas buenas en tu vida últimamente. La verdad es que creo que Zachary Sun es tu ángel de la guarda.
Farrow: Qué raro.
Ari: ¿Por?
Farrow: Porque yo pienso más bien que es un demonio que terminará por asesinarme en algún momento.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Farrow

El resto de la semana fluyó como un río de aguas tibias contra mi piel.

El lunes, Zach me pidió que lo acompañara durante sus almuerzos. Usó el plural. Su intención era bien clara: pasar más tiempo juntos. Acostumbrarse a la vida compartida con una mujer. En otras palabras, me había convertido en su mascota. Una compañera obediente que lo seguía como una sombra a todas partes, a la espera de instrucciones.

Me dije a mí misma que lo aceptaba por el equipo de abogados increíble que me había contratado, pero lo cierto era que disfrutaba de su compañía. Lo cual no era demasiado cumplido para él teniendo en cuenta la competencia que enfrentaba. Antes que pasar tiempo con Vera, era mejor contraer una enfermedad venérea mortal; antes que Tabby y Reggie era preferible probar las torturas de la Inquisición; y la idea de Andras de pasar un buen rato era equivalente a horas de un entrenamiento tan intensivo que me dejaba moretones del tamaño y la forma de un plátano. Y mi dulce y amada Ari vivía al otro lado del planeta.

En ese momento, estábamos sentados en la oficina de Zach, mordisqueando porciones de pescado crudo y discutiendo sobre arte abstracto. Y no me estaba gustando ni la comida, ni el paisaje, ni el hombre con quien tomaba el almuerzo.

—¿Por qué comes junto a tus pantallas? —me moví, nerviosa, sobre mi asiento, con las piernas sobre el apoyabrazos de terciopelo, mientras miraba el plato de comida. *Sashimi*, ensalada de pepino de algún tipo, y un zumo verde.

—Porque el trabajo no termina nunca. —Una pieza de atún toro desapareció en su boca. Pero no estaba mirando a la pantalla. Me miraba a mí.

Yo tomé el *sashimi* de *unagi* con dos dedos y me quedé mirándolo como si fuera una ofensa personal. Al tenerlo así, frente a mí, no veía otra cosa que un pulpo. Zachary Sun me había arruinado el *sushi* de un plumazo.

—Si no te das un descanso para disfrutar de todo ese arduo trabajo, ¿qué valor tiene en realidad?

—No comas como las bestias —dijo Zach, con un suspiro—. Usa los palillos.

—No sé usarlos. —Ensarté un palillo en un trozo de salmón y lo usé como pincho para metérmelo en la boca—. ¿Y no era que soy un pulpo para ti?

Él exclamó, con los ojos casi salidos de las órbitas:

—¿Viviste en Corea y nunca aprendiste a usar los palillos?

No sabía por qué, pero todo lo que hacía este hombre me producía calor y rabia, aun si no hiciera más que fruncir el entrecejo, gruñir, resoplar y regañarme. Quizás yo tenía algo parecido al síndrome de Estocolmo, pero eso hubiera implicado que había un

secuestrador y en este caso yo misma había enloquecido por completo y estaba ahí por propia voluntad.

—Pues no. ¿Quién iba a decirlo, eh? —le contesté, con un resoplido de exasperación mientras empujaba el plato sobre el escritorio—. Siempre usaba cuchara y tenedor para comer. Ari me regañaba todo el tiempo por eso.

—¿Se supone que debo saber quién es Ari?

—Mi alma gemela de Seúl.

Arqueó una ceja:

—¿Sexo?

«¿Estás celoso?», me dio tentación de preguntarle.

—No, gracias —fue mi respuesta.

—No me hagas enfadar, Farrow, te he preguntado algo.

—¿Y qué? No soy tuya, Zachary Sun.

—De hecho, sí, ya te lo dije. Lo serás… Además, soy tu jefe, estamos en horas de trabajo y te he hecho una pregunta… —Apenas si movía los labios al hablar. Me di cuenta de que lo tenía al borde de la locura.

Me encogí de hombros.

—Los chismes íntimos son más caros.

Se le trabó la mandíbula. Abrió un cajón de su escritorio, sacó la cartera y echó un billete de cien dólares entre ambos.

—¿Ari es un hombre o una mujer?

—Una mujer —le dije y me encogí de hombros—. Pero eso no dice nada de su orientación sexual.

Puso los ojos en blanco, me arrojó otro billete y me guardé los dos en la cintura del uniforme.

—Es hetero —dije con una sonrisa—. Y está a punto de casarse.

—¿Y no podía haberte enseñado a comer con palillos?

—Ah, lo intentó. Pero una vez que me di cuenta de que si como con palillos no puedo tragar tan rápido como me gustaría, perdí el interés.

—La comida no hay que tragarla, hay que consumirla tomándose un tiempo.

—Ah, claro, lo dice alguien que no hace dos cosas a la vez…

Sacudió la cabeza.

—Constance te desheredaría.

—Me alegro de no ser su hija, entonces. Mejor no tener ninguna madre que tener una que lo único que hace es querer doblar tu voluntad en la única dirección que conoce para quererte. —Me puse de pie y señalé el plato que había dejado a un lado; me pregunté si mis palabras le habrían llegado hasta donde me había propuesto. Su corazón estaba recubierto de tantas capas que no estaba segura—. Lo siento, pero esto está incomible.

No había modo de sentirme llena después de seis rebanadas finas de pescado frío. Ansiaba comer cosas deliciosas, ricas en calorías y malas para la salud. Algo que no fuera bueno para mí, como Zachary Sun. «No, Fae», me retaba el lado lógico de mi cerebro. «Como una sopa espesa tipo *jajangmyeon* o unas pupusas». Cuanto antes me comiera algo de eso, mejor me sentiría.

—Esta comida es perfectamente nutritiva. —Él siguió masticando con la boca cerrada. Treinta y dos veces por bocado. Sin falta—. El combustible ideal para el cuerpo.

—Tal vez si fuera una máquina… —Como pensaba yo en serio del cuerpo de Zach—. Pero yo me conozco, y en este momento necesito

algo que me bloquee las arterias al punto de que haga falta echarles acetona para destaparlas.

Andras me mataría.

«Pero Andras no está aquí».

Abrió la boca, sin duda a punto de regañarme, pero la cerró; después, la volvió a abrir y me preguntó:

—¿Como qué?

Buena pregunta. Cualquier cosa sería mejor que lo que solía robar de la nevera de mi casa: la comida sin gluten, sin sodio, sin carbohidratos y sin sabor de Vera, Reggie y Tabby. Como dudaba poder soportar las consecuencias de pedírmelo a él servido en bandeja, las pupusas requerían quince buenos minutos de recalentado en la freidora y mi *jajangmyeon* predilecto lo servían en Rockville, me contenté con lo más grasiento que se me ocurrió.

—*Pizza*. —Sentí cómo se me arrugaban los ojos con la sonrisa de recordarme devorando varias porciones de *pizza* antes de entrar al teatro con papá—. Quiero una *pizza* al estilo de Nueva York. Gruesa, de masa crujiente, con tanto queso encima que podría moldearse una estatua a escala real de un niño de cinco años. —Se me hizo agua la boca de solo pensarlo. Añadí—: Mejor que sea de once años.

Se horrorizó. Como si le hubiera dicho que me iba a comer un niño de verdad. Así que, ¿por qué no provocarlo un poco más todavía? Zach estaba tan ofendido por los placeres de la vida que quería obligarlo a probarlos todos, que entendiera por qué valían la pena.

Me crucé de brazos y me recliné en el asiento.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste *pizza*? —dije.

Frunció el ceño mientras buscaba en los archivos perfectamente organizados de su memoria.

—Tercero o cuarto de primaria tal vez… En la fiesta de cumpleaños de Trevor McKee. La trajeron de Sicilia, pero era bastante mala.

Traté de pasar las hojas de su calendario de mesa vacío con el palillo. Negué con la cabeza.

—Oh, Zach…

—Sí, lo sé. ¿Por qué no trajeron al chef y los ingredientes en avión desde Italia?

—Vamos a pedir *pizza* ahora mismo. Y más te vale que sea tan grasienta que necesitemos cuatro trapos absorbentes debajo de la caja para no manchar nada. Y también… —alcé las manos en el aire y me encendí como el famoso árbol de navidad enorme del Rockefeller Center— ¡Cerveza! Vamos a pedir cerveza, de la más aguada y barata que haya.

—Cerveza belga —contestó él.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, hoy vas a hundirte conmigo.

—Fantástico. —Apretó los labios en una línea fina—. ¿Y qué sigue en la lista? ¿Vamos al Aldi y pillamos una sobredosis de Fentanilo?

—Dios, ¡los supermercados Aldi son lo máximo!

—¿Lo dices en serio?

Estaba horrorizada con lo estricto de su estilo de vida, pero me eché a reír de todos modos.

—Ah, y pagas tú, dicho sea de paso.

Parecía que iba a vomitar, tenía los pómulos pálidos y marcados. Se me subió el corazón a la garganta. Estaba segura de que iba a decir que no.

Después de varios minutos de silencio total, empujó el plato de *sashimi*.

—Está bien. Comeremos *pizza*.

—¡Por fin has visto la luz!

Levantó un dedo.

—Con una condición.

Se me aceleró el corazón.

—¿Cuál?

«Por favor, di algo sucio que yo también quiera hacer».

—Sin complementos asquerosos.

—Solo piña.

—*Concretamente*, que no tenga piña.

—¿Siempre eres así de duro para negociar?

—No. —Hundió las manos en un bol para limpiarse las manos de dimensiones enormes—. Por lo general yo no negocio, solo me llevo lo que quiero.

—¿Y qué problema tienes con la piña?

—Ninguno. —Se pasó una toalla por la palma de la mano—. Solo que la *pizza* no es su hábitat natural.

—Y cuál es, ¿entonces?

—El cubo de la basura.

«Qué grosero».

—Bueno, a mí me gusta y tú vas a adaptarte.

Pareció horrorizarse ante la idea.

—¿Por qué?

—Porque tú quieres que yo me adapte a tus treinta centímetros.

—Mide más de treinta centímetros.

—No mucho más.

—Estás anatómicamente diseñada para hacer salir a un pequeño humano de hasta cinco kilos —señaló.

—Y tú estás anatómicamente diseñado para comerte una piña.

Sacudió la cabeza.

—Esto es terrible.

—Bienvenido al mundo del cortejo, Zachary.

—Estoy por cambiar de opinión… —Zach presionó un botón del escritorio—. Natalie, encárganos una *pizza* grande con piña.

—Y queso extra —susurré, deslizándome hasta el borde del asiento y olvidándome de guardar las distancias.

A Zach le tembló un músculo en la mandíbula. Estiró una pierna y, de una patada, hizo rodar mi silla a unos quince centímetros de distancia. Hice un gesto de protesta. Él soltó un suspiro, pero agregó:

—Y que sea con queso extra.

—Señor Sun —dijo Natalie con tono agitado—, ¿necesita ayuda?

—Evidentemente —contestó, alargando las palabras—, para eso te pago.

—Lo que quiero decir es si está usted bien.

Sí, eso fue lo que dijo. Así de *increíble* era lo que estaba pasando.

—No, ni de lejos. —Zach me miró a los ojos, sin pasión ni deseo, y soltó un suspiro interminable—. Lo que pasa, Natalie, es que me estoy dejando llevar por una mujer.

Al día siguiente, arrastré a Zach al invernadero para almorzar. Yo siempre había querido comer allí, pero además pensé que él podría necesitar pasar tiempo en ese ambiente después del incidente de la quemadura por el contacto con Eileen. Comimos *poke bowls*, con

ensalada en lugar de arroz y una porción extra de pepinos para él. Era un avance. Un día después, devoramos una lubina en el balcón. Esta vez me dejó darle una patata asada. Estuvo con una cara larga todo el almuerzo y no paró de quejarse del contenido graso. Aun así, antes de que terminara la comida, lo vi tragarse otra.

Y al otro día, nos preparé a ambos unos sándwiches de cerdo llamados *banh mi thit nuong* y los unté con una porción extra de alioli casero; y hasta les eché un poco de paté dentro cuando él miraba para otro lado.

Tiré la servilleta sobre mi plato vacío y me recliné sobre el asiento.

—¿Cuál es tu pieza de arte favorita?

—Ninguna.

—¿En serio? —Me incorporé de un salto—. Con todo el arte que coleccionas, ¿no tienes una favorita?

—Pues no. No todo tiene que medirse en función de otra cosa.

—Pero… —fruncí el entrecejo—. Todo el mundo tiene una obra de arte favorita.

—¿Tú también?

—Así es: el *Teléfono Langosta*.

Papá tenía una réplica que me encantaba. Vera la subastó apenas unas semanas después de su muerte.

Zach se detuvo a mitad de camino de un bocado.

—¿El de Dalí? —Me sacaba de las casillas con los bocados diminutos y mesurados que daba. Y las treinta y dos masticadas de cada uno. Asentí y Zach arqueó una ceja—. Era de esperar que *esa* fuera tu obra de arte favorita.

—¿Qué quieres decir con eso?

No me contestó y envolvió sus labios alrededor del sándwich.

Al terminar la hora del almuerzo, miré su plato. No había dejado ni las migas.

Cada mañana, me pasaba media hora recorriendo todo el lugar, abriendo cada una de las ventanas de la mansión para que pasara la luz del sol. Para que el mismo señor Sun sintiera algo de calidez por primera vez en la vida.

Yo me negaba a comer en silencio y siempre le contaba sobre mi vida. La madre que nunca estuvo. El padre que sí, pero del que jamás tuve todo lo que quería. La soledad. Seúl. La esgrima. Mi sueño de ir a las Olimpíadas. Todo lo que extrañaba mi vida anterior. La que tenía en Asia, lejos de mis hermanastras y madrastra malvadas.

Él se quedaba allí, absorbiéndolo todo. Como si la interacción humana fuera un acto que debía soportar a su pesar. A veces, cuando me entraban ganas de reír, él se echaba hacia atrás.

Zachary Sun apenas si era humano.

Y para poder curarlo, primero tenía que volverlo real.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Farrow

La noche anterior a mi cumpleaños, decidí quedarme a dormir en casa de Zach. Supongo que me había vuelto adicta a los pequeños placeres de las tantas habitaciones de invitados de su mansión: el colchón amplio y firme, las lujosas almohadas, el tocador enorme y el aroma de las flores frescas y las velas decorativas que flotaba en cada rincón. El chef mantenía llena la nevera y, últimamente, las provisiones también contemplaban las cosas que me encantaba comer. Zach me dejaba circular a mi antojo y se ocupaba de esconderse de mí para luego buscarme espontáneamente.

Por primera vez en casi dos años, tuve un sueño largo e ininterrumpido. Sin despertarme ante los gritos de Vera que me ordenaba fregar los platos, ni los lloriqueos de Tabby y Reggie para que preparara el desayuno. Solo… paz. Me desperté rodeada de un silencio delicioso y abrí los ojos con un parpadeo delicado.

«Tienes veintitrés años. Felicidades. Un año más. Para disgusto de tu supuesta familia».

Me permití veintitrés segundos para llorar mi carrera de esgrima. Valentina Vezzali ya tenía dos medallas olímpicas a esta edad. Cada

día, avanzaba mi reloj biológico. Seguramente no tenía importancia. Aparecer en una competición sería algo descarado.

Después, me di golpecitos en el puente de la nariz hasta que no olí nada para luego pasar dos minutos convenciéndome a mí misma de que me había llegado el aroma de las tortitas de cumpleaños con virutas de colores, que eran la especialidad de papá. Las echaba de menos. Le echaba de menos.

Y por último, sin ninguna razón lógica, alcancé el teléfono de la mesita de noche y miré los mensajes. La decepción me hizo cosquillas en los conductos lagrimales al abrir los últimos mensajes con papá y no encontrar ninguno nuevo. Él acostumbraba a dejarme un mensaje largo cada mañana de mi cumpleaños, lleno de afirmaciones positivas. Y por la tarde, cuando yo llegaba a mi dormitorio, me encontraba con una cesta llena de golosinas.

Releí sus últimos mensajes de texto, aunque ya los tenía grabados en la memoria… con resaltador permanente.

Papá: ¿Recuerdas a la señora Langer?

Farrow: ¿Mi maestra de primer curso?

Papá: Sí, ella. Finalmente se ha casado. Anoche fui a la boda.

Papá: Los votos fueron tan emocionantes que hasta el helado de los postres se derritió.

Farrow: Enseguida vengo, voy a arrancarme los ojos.

Farrow: Tus chistes son de lo peor, papá.

Papá: Hablamos de ti un rato. (Bueno, más bien yo hablé de lo maravillosa que eres y ella escuchó amablemente).

Papá: Estoy tan orgulloso de ti, pequeña. Me muero por verte patear traseros en tu competición este fin de semana.

Farrow: Elige la primera fila esta vez. :(

Papá: Lo prometo.

Farrow: Te quiero.

Papá: Yo te quiero más.

Suspiré y salí de los mensajes. Revisé dos veces que no hubiera borrado nada por accidente. Me había vuelto paranoica de llegar a perder algún recuerdo tangible de papá. Especialmente, con todas sus pertenencias empeñadas. Una lágrima amenazó con resbalarme por la mejilla. Era cierto lo que decían… Los recuerdos más felices al final se convierten en los más tristes.

Ahora, solo tenía una persona en el mundo que me deseaba feliz cumpleaños…

Ari: Feliz cumpleaños, mujer increíble.

Ari: No olvides lo mucho que te quiero. Aunque estaré aquí para recordártelo todos los días durante el resto de tu vida.

Ari: De acuerdo, eso ha sonado un poco raro, pero sabes lo que quiero decir. Oh. Y también, te he mandado un cheque. No es demasiado, pero suficiente para reservarte un día de spa. Sabes que te lo has ganado.

Ari: Y no me vengas con lo del dinero. No estaba segura de tus horarios, así que no he querido reservarte nada por mi cuenta.

Sonreí frente al teléfono y luché contra las lágrimas de nostalgia y autocompasión. La verdad era que quería estar con ella en ese momento. Corrección: quería viajar en el tiempo a Seúl, al momento en que papá nos visitó y nos llevó a Ari y a mí a comer cosas excéntricas y deliciosas. Me enjugué los ojos con furia, y comencé a responder a través de una cortina borrosa de lágrimas.

Farrow: ¡Voy a estrujarte! Y, para que lo sepas, eres una sentimental. Te amo hasta el infinito. F.

Hubiera sido tan fácil volverme a dormir, cerrar los ojos y olvidarme de mis problemas… Zach me lo habría permitido y Andras habría hecho la vista gorda por ser mi cumpleaños.

Pero no lo hice, agarré mi mochila y salí en mi coche al club de campo a entrenar. Llegué puntual, concentrada y hambrienta. Andras parecía un poco distraído, así que no lo molesté por haberse

olvidado de mi cumpleaños. De todos modos, era mi entrenador, no mi mejor amigo. No podía echar las culpas a nadie por mi falta de amistades, a nadie más que a mí. La mayoría de mis amigos vivían en Seúl, donde había pasado los años de la universidad. Y ahora estaba demasiado hundida en la bancarrota, además de acobardada y deshonrada hasta el tuétano, como para pensar en viajar.

Terminado el entrenamiento, me fui al vestuario a cambiarme rápido la ropa antes de la clase de Zach. Pero, cuando saqué el teléfono, vi que me había mandado un mensaje. (Había hecho todo un *show* para pedirme mi número después de haber estado buscándome un lunes para nuestra supuesta cita de almuerzo y regañarme por no haber llegado puntual; cuando, en realidad, por un lado, ambos sabíamos que él tenía mi teléfono, como resultado de sus habilidades de hackeo y su indiferencia total por mi privacidad, y, por otro, ¿quién almuerza a las once y media de la mañana? Solo los jubilados sin nada que hacer).

Tuve un segundo de patetismo y se me subió el corazón a la garganta. ¿Se habría acordado de mi cumpleaños?

Zach: Tengo que cambiar la clase de hoy. Mi madre da una fiesta y parece que necesita que vea el menú con ella.

Se me estrujó el corazón en el pecho. ¿Y qué esperaba? Él no sabía cuándo era mi cumpleaños. No tenía ni idea de que acababa de cumplir veintitrés años. Supongo que tendría una copia de mi documento de identidad archivada en alguno de sus ordenadores de cuando me había contratado, pero ¿por qué iba a mirarlo?

Con dedos temblorosos, le contesté:

Farrow: Vale, que te diviertas.

Ahogué mis penas en un dónut de chocolate acompañado de un café helado grande que me resultó particularmente glacial bajo el

aire helado. Conduje hasta Swallow Falls para ver fluir el río, metí una vela en el agujero del dónut y pedí un deseo.

—Papá, si estás ahí arriba, por favor, dame una razón para despertarme mañana. Cualquier cosa. Por pequeña que sea. Considéralo mi regalo de cumpleaños.

Se me cayó una lágrima sobre el dónut y le pintó una línea brillante sobre el glaseado de chocolate. Cerré los ojos y levanté el rostro al cielo.

—Si lo haces, te perdonaré por romper tu promesa y perderte mi última competición.

El aire helado del comienzo del invierno me abrasó las vías respiratorias al inspirar una bocanada y me recordó que no debía llorar. No tenía motivos para hacerlo. Muy pronto, vería el final de Vera.

«Sí tienes una razón para hacerlo», me recordó la parte solitaria y amarga de mi alma. «Estás sola en este mundo. Tu mejor amiga está al otro lado del planeta y has apostado todas tus fichas por un hombre que quiere tener sexo contigo y, después, dejarte».

Mi teléfono sonó con un mensaje, interrumpiendo mi fiesta de autocompasión. Lo saqué del bolsillo trasero y mordí el dónut.

«Por favor, que sea alguien que me quiere».

Vera: Veo que has conseguido representación legal nueva.

Vera: He encontrado a uno de tus sabuesos hurgando en la basura.

Vera: ¿Y quién paga la factura de esta ridiculez? Dímelo.

Vera: Muy bien, Farrow. Aun así voy a aplastarte. Sin guantes esta vez. Como a mí me gusta.

Me quedé mirando la pantalla. Los tres puntitos seguían bailando en la parte inferior. Se me cortó la respiración. Apareció otro cuadro de texto.

Vera: Feliz cumpleaños, Farrow. Ojalá que sea el último.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Farrow

Cualquier atisbo de esperanza de que Zach supiera que hoy era mi cumpleaños voló por la ventana cuando volví a su mansión. La casa parecía un globo de nieve, tan bella a lo lejos, envuelta en una capa fina de hielo. En el interior, el zumbido cálido de las luces y las ráfagas de aromas me hacían la boca agua y me envolvían como una manta. A estas alturas, el humor de perros me había calado hasta los huesos y no hubiese podido extirpármelo ni con una pala mecánica.

No ayudó que, mientras iba hacia la cocina, la poderosa voz de Zach cortara el aire desde el cuarto de arriba, haciéndome estallar los oídos. No había llegado al rellano siquiera, que ya me había dado una orden.

—Farrow. A mi oficina. *Ahora*.

¿Esperó hasta que yo llegara a un paso de la cocina para hacerme subir? Qué imbécil. Con un gruñido, subí los escalones y abrí de golpe las puertas dobles de su oficina. Estaba sentado detrás del escritorio, despatarrado en el asiento como un gato grande, jugando con algo en la mano.

Apoyé un codo en el marco de la puerta y me resistí a acobardarme o encogerme ante él.

—¿Qué pasa? —Exploté un globo de chicle rosa sobre mi boca.

Él parecía horrorizado. Siempre parecía horrorizado.

—¿Eso es chicle?

Arqueé una ceja.

—Sí. ¿Algún problema?

Sacudió la cabeza e ignoró la provocación.

—Hoy tienes que prestar especial atención a la sala de baile. El decorador y el personal de *catering* ya están allí, cambiando las cosas de lugar. Es un desastre.

¿Otra fiesta? *¿Por qué?* Si hasta los extraterrestres de las galaxias más remotas se daban cuenta de que él detestaba las reuniones con mucha gente.

Pero yo ya sabía la respuesta: *Constance.* Siempre Constance.

—Entendido. ¿Algo más?

Me dedicó una mirada y me asaltó un pensamiento extraño: «Me pregunto cómo se ven esos ojos si están enamorados».

—Aún no me has hecho la cama.

—He tenido que madrugar para ir a otro lado. Lo haré ahora. ¿Algo más?

Recorrió su mandíbula con el dedo, pensándolo. ¿Estaba *intentando* encontrar más tareas para mí? ¿Por qué estaba siendo tan justamente insoportable hoy?

—Tienes que limpiar todas las ventanas del primer piso. No podemos permitir que se vean marcas de gotas de lluvia o huellas dactilares en los cristales en las fotos con *flash*.

Fruncí el ceño.

—Pero si ayer limpié todas las ventanas.

—Hazlo otra vez.

Me di cuenta, por primera vez, de que lo que Zach tenía en la mano era el estuche de cigarros que yo había usado para masturbarme. Lo reconocí por el cuerpo metálico y el capuchón dorado. Jugueteaba con él y lo movía entre los dedos.

—Pero si están limpísimas. —Levanté las manos y perdí la paciencia—. No tengo por qué hacerlo de nuevo. No tiene sentido.

—No tiene que tener sentido, Pulpi. Estás aquí para cumplir mis órdenes.

Zach se metió el tapón en la boca. Tragué saliva. Esa cosa había estado *dentro de mí.* Por eso me había dicho que no me la llevara. Así podía saborearme. Algo me hervía en las venas. ¿Deseo? ¿Furia? No lo sabía con certeza. Lo único que sabía era que me hervía la sangre por dentro y que amenazaba con derramarse.

Cerré los puños con fuerza a los lados del cuerpo.

—¿Qué demonios te pasa?

—Todo, diría yo.

—Hoy estás más insufrible que nunca.

Volvió a concentrarse en las pantallas y se puso a escribir en el teclado con el estuche entre los dientes blancos y rectos.

—Sea como sea, tienes trabajo que hacer. Así que, en marcha, pulpita.

Me quedé mirándolo con la boca abierta, estupefacta. Sentía unos latigazos cada vez que le hablaba. Caliente un segundo; frío al siguiente. No era el mismo hombre que se había pasado horas en una reunión conmigo y un equipo de abogados, trabajando sin descanso para sacarme del lío en el que Vera me había metido. No

era el mismo hombre con el que almorzaba todos los días, cuya garganta se estremecía cada vez que nuestras miradas se cruzaban. No era el mismo hombre que ansiaba mi contacto con tanta fuerza que a veces yo sentía que con solo mirarme me lamía la piel.

Sacudí la cabeza, me di la vuelta y bajé las escaleras para empezar mi jornada laboral. Las lágrimas me quemaban en el fondo de los ojos mientras fregaba las ventanas ya limpias. Papá no había respondido a mis plegarias este cumpleaños, eso era seguro. Cerré los ojos y envié otro mensaje al universo. Una disculpa.

«Lo siento, papá. No era mi intención. No fue culpa tuya que rompieras la promesa. Pero sí es culpa mía haber hecho algo de lo que sé que te avergonzarías».

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Farrow

La mansión se había transformado en un castillo de Disney. Una tira de guirnaldas de una luz tenue cálida colgaba del ejército de arces rojos que se extendía por el camino hasta la entrada. Dos columnas de flores rojas y doradas enmarcaban las puertas a cada lado. En el vestíbulo, había una pared tapizada de rosas blancas para que los invitados se hicieran fotos delante de ellas. Las bolsas con los detalles para los invitados se alineaban en la entrada como soldaditos de juguete, sujetas con lazos de terciopelo. En el salón de baile había mesas redondas que enmarcaban la pista y el techo estaba todo cubierto de globos led que iluminaban la sala.

Había entrado en un cuento de hadas.

Un cuento de hadas al que, como de costumbre, no me habían invitado.

Me preguntaba qué se celebraría. Ojalá fuera la emancipación tardía de Zach de su madre autoritaria. Aunque no contaba con ello. Él no era capaz de sentir otra emoción que la culpa, y cortar el cordón sería admitirse a sí mismo que estaba muerto por dentro.

La buena noticia (y no es que lo fuera mucho) era que no tenía que trabajar. Me las había arreglado para robar una caja de pastelitos de almendra blancos y rojos y me fui con ella a la habitación de invitados. Era mi regalo de cumpleaños para mí misma. Cerré la puerta detrás de mí, me tiré sobre las almohadas y puse la música a todo volumen: *Water*, de Tyla.

Incluso a través de los auriculares baratos que tenía puestos, logré escuchar todo lo que sucedía afuera: los coches que se detenían en la entrada, los aparcacoches, el tintineo de las copas de champán, la risa indulgente de esa gente que no se pagaba ni las cuentas de su propia casa, la banda en directo, el bullicio de ese uno por ciento de la población que se entretenía…

Me acosté en esa cama que no era mía y me quedé mirando el techo, sumida en mi propia ira. Esta vez, había elegido la habitación más alejada de las escaleras, no la que usaba habitualmente, con la esperanza de que el sonido de la felicidad de los otros no me alcanzara. Pero me alcanzó.

Y me abrasó el alma.

«Sola, sola, sola».

Todo me recordaba ese hecho tan simple. Es lo que tiene la soledad: no hay gente solitaria de por sí, sino que hay personas que intentaron darles una oportunidad a los demás y terminaron completamente decepcionadas.

Me metí más adentro de las sábanas, cogí el teléfono y empecé a ver vídeos antiguos de YouTube de mis combates de esgrima. Principalmente para ver a papá en la primera fila, animándome. Andras siempre me instaba a estudiar mis debilidades, y me decía que el camino a las Olimpíadas requería disciplina y humildad. No

sabía aún si lo conseguiría. Parecía bastante improbable, teniendo en cuenta mi pasado. Pero la esgrima me hacía feliz de verdad. No quería decepcionar a Andras. Además, el único momento en que mi mente se desconectaba era en la pista.

«Y entretanto, me dejaba empalar por un millonario melancólico en una sauna».

Sentí un golpecito en la puerta. Me levanté de golpe y el edredón rodó por mi regazo. ¿Quizá no había oído bien? ¿Por qué me buscaría Zach en medio de su fiesta? Me quedé mirando la puerta. El golpe volvió a sonar, esta vez más fuerte.

Me aclaré la garganta:

—¿Sí?

Oí una voz dulce y femenina que provenía del otro lado de la puerta.

—¿Farrow?

«Dallas Costa».

—Sí.

—¿Puedo pasar?

«¿Por qué?».

—Eh, sí, claro.

La puerta se abrió sigilosamente y entró Dallas, caminaba como un pato, con su embarazo de cien siglos. Llevaba un vestido dorado brillante, con falda ancha y escote corazón. Tenía los pechos tan descontrolados que ni el mismísimo ejército de Estados Unidos hubiese podido doblegarlos. Con una mano, se abanicaba la cara con algo que parecía un cheque de cuarenta mil dólares.

—Por fin te encuentro. —Con la otra mano, me acercó una bandeja que tenía tal cantidad de comida que hubiera alcanzado

para alimentar a todo el vecindario y se lanzó sobre la cama a mi lado—. Te he buscado por todas partes. He mirado en todas las habitaciones… Pero ¿cuántas son?

—Trece. —«Y hoy he pasado de limpiarlas todas y cada una de ellas»—. Además de un montaplatos que lleva a una bodega secreta. Pero esa no la limpio, no puedo arriesgarme a encontrar los restos de la gente que Zach ha ido matando por haber pronunciado mal alguna palabra en latín o haber calculado mal sus impuestos.

—La verdad es que las declaraciones de impuestos se las hace él mismo —dijo Dallas, agitando una mano—. Es como un pasatiempo para él. Una forma de relajarse. Algo así como un sudoku o un puzle de seis mil piezas.

La miré de reojo, con la cabeza inclinada hacia un lado, todavía confusa.

—¿Qué haces aquí?

Traducción: Si ha habido un desastre ahí abajo y se necesita que limpie con urgencia, voy a estrangular a alguien.

Estaba fuera de servicio, eran casi las ocho y media.

—¿Cómo que por qué? ¿No es obvio? —Se sirvió una porción de pastel de la bandeja y los ojos claros le brillaron con calidez—. Allí abajo son todos unos aburridos.

Me mordí los labios para no sonreír. Me caía muy bien Dallas, aunque sentía que no debería ser así. Todo el mundo sabía que había nacido en cuna de oro, pasaba los veranos en Europa, iba a los bailes más exclusivos del país y se codeaba con gente cuyas declaraciones de impuestos anuales tenían tantos ceros que uno perdía la cuenta. Había tenido todas las oportunidades de ser exactamente como Tabby y Reggie: una mocosa rica y malcriada. No

teníamos nada en común: ni intereses, ni amigos, ni gustos ni disgustos. Pero, sin embargo, me daba cuenta a primera vista de que ella podía ser una amiga fiel.

Dallas metió el dedo en un dónut, lo levantó y se lo metió en la boca.

—La forma en que le contestaste al tipo ese de la cena del otro día… Inolvidable. No es fácil encontrar mujeres con agallas en este lado del país. Es como si hubieran pasado con los aviones de la fuerza aérea y les hubieran aspirado la personalidad a todas.

—Gracias. —La miré con interés, aún algo perpleja, y señalé la bandeja que tenía al lado—. ¿Esto es para mí?

Soltó una risa alegre y contagiosa.

—¡Claro!

Sentí cierta admiración por los rayos de sol que emanaba. Me pareció el tipo de persona que era capaz de quemar todo el lugar si una le entraba por el lado equivocado, pero que también podía iluminar toda la habitación. Me gustaba su energía.

Cogió otro dónut.

—Te he preparado una bandeja con todo lo que merece la pena comer. Me he encargado de probarlo todo antes. ¿Eso es ser una buena amigo o no?

—La mejor —murmuré.

—¡Soy de las de todo o nada! —dijo y agarró su pequeño bolso Hermès, de donde sacó algo—. Por cierto, nos he hecho estas pulseras de la amistad.

Una pequeña bolsa de plástico aterrizó en mi regazo. Y apareció una idéntica colgando de su mano, la agitó frente a mí y el círculo de cuentas ondeó en el aire.

—Sin juicios de valor, por favor. Estar muy embarazada es muy aburrido. Tuve que cancelar el *puenting* que tenía programado en Nueva Zelanda la semana pasada. ¿Puedes creer lo sobreprotector que es Rom?

Se me dibujó una sonrisita en los labios.

—Inaudito.

No podía creer que me hubiera hecho reír en un día en que sentía tanta lástima de mí misma. Como no me moví, me arrebató la bolsa, sacó una pulsera Swiftie de cuentas violetas y verdes (se había acordado de lo que le había dicho) y me la puso en la muñeca; después puso la suya al lado. Combinaban. El nombre de cada una nos guiñó el ojo desde las cuentas de plástico barato. Le quedaba ridículo mezclado en medio de las marcas de lujo que llevaba de pies a cabeza.

Tomé un *spam musubi* y lo desenvolví.

—¿Qué es?

—*Spam musubi*, cerdo con arroz o algo así. Tendría que haberte traído un poco del *sushi* de ahí abajo. Se ve tan increíble que debería prohibirse; pero no puedo comer pescado crudo ahora mismo —suspiró.

—Me refiero a tu embarazo.

—Ah. Una niña. O eso espero. —Se le iluminó la cara—. Rom dice que le preocupa quedar en minoría en casa, pero yo digo que siempre fue así; tengo múltiples personalidades, según mi estado de ánimo y la época del mes.

—Serás una madre increíble. —Se lo dije en serio.

—Voy a hacerlo lo mejor que pueda. —Sonrió—. Si una cosa he aprendido de mi propia madre es que tienes que enseñarle a tu hija

a ser extremadamente poderosa, de modo que pueda protegerse por sí sola.

Me dio una punzada en el vientre, un anhelo profundo de tener una madre. Una de verdad. Y no una que me abandonara, ni tampoco que se pasara toda la vida intentando echarme.

Incliné la cabeza y jugueteé por un instante con las palabras que iba a decir:

—¿Y no has notado nada extraño de las madres de por aquí…?

—¿Dices de por aquí en referencia a esta casa, a la ciudad, al estado…?

—A nuestro alrededor.

No es que yo perteneciera a su mismo círculo, pero, en ese momento, Dallas me parecía una amiga de verdad y no pude evitar aferrarme a su calidez.

—Ehm… —Se dio unos golpecitos en el labio e hizo una pausa—. La verdad es que no sé mucho de la madre de Oliver, pero la de Romeo deja mucho que desear. Podría decirse que, para él, Constance es su madre.

—¿Constance? —Me quedé boquiabierta—. ¿La Constance de Zach?

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, suena imposible, pero Romeo dice que no siempre fue como es ahora. La Constance que él recuerda era de una calidez maternal. Le preparaba el almuerzo todos los días para que no comiera comida basura, lo iba a buscar a la escuela con Zach y le enseñó matemáticas ella misma, porque había dado clases en la universidad.

—Constance Sun —repetí.

—Sí, la misma. —Dallas se dibujó unos círculos en el vientre—. Rom me dijo que, cuando su marido murió, ella se volvió una zombi. Y que, cuando por fin se recuperó, se transformó en alguien diferente por completo: rígida, llena de reglas, sin sentido del humor. Rom piensa que Constance tiene miedo de que, si no está todo perfecto, les pueda volver a pasar algo malo.

Me recosté en la almohada y pensé en las palabras de Dallas. Perder a alguien en una tragedia no era excusa para comportarse de cualquier modo, pero lo explicaba. El dolor te reconecta el cerebro. Los momentos de tranquilidad se convierten en los más ruidosos. La única manera de apagar todo ese ruido es hacer que tu vida sea más ruidosa que tu mente. Y, de todas las personas del mundo, yo podía dar fe de ello. Por todo ello sabía que no tenía derecho a juzgar a nadie. Y, aun así, no podía evitar sentir resentimiento contra ella por la forma en que hacía sufrir a su hijo. Incluso cuando él me hacía sufrir constantemente a mí.

Mordisqueé un pedacito de *cieple lody* sin morderlo del todo, pero supe que debía estar bueno porque a Dallas se le fueron los ojos para atrás.

Me dio un codazo en el brazo y se limpió las migas del mentón.

—Pero ¿qué te pasa? Eras una chispa de energía la primera vez que te vi y hoy te ves como… apagada.

—No pasa nada.

«¿A quién quería convencer: a ella o a mí misma?».

—Vamos a intentarlo de nuevo —dijo Dallas y resopló—. En esta amistad, no hay lugar para las mentiras.

—Hoy es mi cumpleaños —admití.

—¿¡Qué!? —Se puso pálida y se levantó de un salto. Bueno, lo más rápido que pudo con un humano entero dentro del vientre—. ¿Es broma? ¿Y qué hacemos aquí? Deberíamos estar celebrándolo.

—No hay mucho que celebrar —le dije, y me quedé mirando los postres mientras tragaba saliva—. No tengo familia, y todos mis amigos están en Corea.

—No todos. —Dallas abrió el armario que teníamos enfrente, vio que estaba vacío, y lo cerró—. Yo estoy aquí y tengo ropa preciosa para prestarte para una noche inolvidable. Solo tienes que decir que sí.

—No.

—La música de abajo es increíble. La comida es una delicia divina. Además, nadie te reconocerá. Y no me separaré de ti ni un segundo.

—La respuesta sigue siendo no.

—Vamos, Farrow. —Dobló las rodillas y presionó las palmas de las manos en señal de súplica—. No puedes negarte. Estoy embarazada y en un momento muy vulnerable. ¿Y si rompo aguas antes de tiempo por tu culpa? Tendrías que mudarte a otro planeta para esconderte de mi marido, y entonces no podremos atiborrarnos de comida por todo el planeta juntas.

No podía darme el lujo de atiborrarme de comida por todo el planeta, ni a nivel financiero ni a nivel práctico si quería ganar alguna medalla de oro en esta vida.

Dallas empezó a agitarse mientras enumeraba todas las formas en que su marido y sus amigos rastreaban a sus enemigos. Era implacable. No era de extrañar que pudiera con Romeo Costa. Esa mujer podía derrocar un régimen entero con una rabieta.

—¿Es eso lo que quieres que te pase? —No esperó mi respuesta. Me palmeó en el hombro y agregó—: Quédate aquí, ¿vale?

Quería decirle que no. Decirle que yo no tenía arreglo. Pero si Zach podía encontrar en sí mismo el empuje para hacer un cambio… entonces, tal vez yo también podría.

—De acuerdo. —Forcé una sonrisa—. Te espero.

CAPÍTULO CUARENTA

Farrow

Parecía la Bestia después de arreglarse para cenar con Bella: demasiado emperifollada y con un peinado excesivamente rizado. Me veía *ridícula*. Un vestido esponjoso color rosa pálido se me derramaba por todas las extremidades y me sentía como una tarta Pavlova.

—Me lo compré la semana pasada, pero no puedo usarlo por… —Dallas se señaló la barriga de embarazada y suspiró—. ¿No es ostentoso y discreto a la vez?

«Igual que una tarta con merengue, que es lo que parezco».

Pero sonreí porque, si bien me sentía ridícula, también enormemente *feliz*. Mi nueva amiga revoloteaba por todas partes, me ponía horquillas de mariposa en el pelo y cantidades industriales de brillo en los labios, hasta el punto que parecía que me hubiera explotado un panal de abejas en la boca. No recordaba la última vez que había usado maquillaje. Ni siquiera había tenido nunca rímel.

Dallas atrapó otro rizo, lo apretó con una horquilla y dio un paso atrás, sacudiéndose las manos y admirando su obra.

—Nena, te pareces a Candice Swanepoel.

Estreché los ojos.

—¿Quién es esa?

—La modelo de Victoria's Secret —rio.

—No miro la televisión —murmuré.

Se rio más fuerte. Esa era la razón por la que Ari era mi única amiga.

Dallas tiró de mis manos y me arrastró por la habitación de huéspedes con una sonrisa satisfecha.

—Ven. —Todavía teníamos puestas esas pulseras ridículas—. Quiero que todos en ese salón te vean así de sexi. Y después quiero que alguien trate de seducirte y que Zach tenga otro ataque posesivo por tu culo, como el otro día cuando le rebanó el dedo a ese imbécil…

Pegó el dorso de la mano a la frente como si fuera a desvanecerse:

—¡Me desmayo!

—Todavía no sé cómo no le pasó nada por culpa de aquello. —Fui recolectando las varias faldas de mi traje de noche a fin de no romperme una pierna con la caída al caminar. Eran más pesadas de lo que pensaba.

Dallas se apretó una mano sobre los labios.

—Oh, mi niña inocente. Zachary Sun es más grande que la ley.

«Ah, pero qué noticia tan fantástica. ¿En qué lugar quedaría yo si llegaba a cabrearlo?».

Bajé uno por uno los escalones, sujetándome a la pared y al brazo de Dallas para no caerme. ¿Cómo podían las mujeres usar tacones? Me parecería más fácil llevar unos zancos del circo.

Ella enlazó su brazo con el mío.

—Así que… ¿tienes muchos amigos en Seúl?

Debía ser agradable ser el sol personificado. Charlatana. Dulce. Toda la cosa de estar entre la gente le salía con total naturalidad. Me era fácil ver por qué Romeo estaba obsesionado con ella: poseía la extraña habilidad de hacerle a uno sentirse visto, importante, digno.

—No muchos, pero sí algunos. Mi mejor amiga, Ari, se va a casar dentro de unos meses. Tengo muchas ganas de verla. —De hecho, había ahorrado durante más de un año para pagarme el billete de avión y un pequeño regalo que no estaba en las listas de boda.

Dallas asintió.

—Ari… Qué nombre más bonito.

—Es la abreviatura de Arirang. Ella lo odia, porque se llama así por una canción popular antigua que sonaba en la habitación de al lado cuando sus padres la concibieron en un hotel. La canción es buenísima, dicho sea de paso. Pero cada vez que tiene que explicar que sus padres lo hicieron al ritmo de esa canción, se pone más roja que un tomate. —Solté una risita en la palma de la mano—. Ari es bellísima, divertida y, simplemente, la mejor del mundo. También es esgrimista. Ojalá la conocieras.

—Seguro que lo haré algún día.

Llegamos al salón de baile y sentí que entraba en un lugar casi prohibido, aun cuando la mujer con quien entraba prácticamente tenía las llaves de la ciudad. Por no decir que el día anterior había fregado literalmente esa habitación de pared a pared. Vacilé, con los dedos sobre la tela brillante del vestido.

Dos empleados de traje nos abrieron la puerta y, en un abrir y cerrar de ojos, fuimos absorbidas por el torbellino de la deslumbrante fiesta. Vestidos en tonos pastel barrían el suelo

mientras las parejas bailaban. Los camareros entraban y salían de la muchedumbre como pequeñas motas que se arremolinaban entre los diamantes. Las mujeres se inclinaron entre sí para susurrarse cosas al oído en cuanto entramos.

La columna de Dallas se tensó. Se puso bien cerca de mí, y por poco me abraza. En ese momento me di cuenta de que éramos más parecidas de lo que hubiera esperado. Ella era demasiado colorida y demasiado valiente para encajar ahí. Y yo era demasiado pobre y feroz para desearlo siquiera.

—No les hagas caso. Las únicas personas que se llenan de odio son las que no tienen amor en su vida. —Deslizó su mano dentro de la mía y me llevó dentro—. Te enseñaré a bailar el vals.

Mi primera reacción instintiva fue negarme, pero después pensé: ¿por qué no? Demonios, era mi cumpleaños. Me merecía bailar así vestida, con un vestido precioso.

Dallas me tomó en sus brazos, pasó una mano por la parte superior de mi espalda y, con la otra, agarró la palma de la mía. Me sentí ridícula. Yo era mucho más alta que ella, y nos separaba un vientre relleno con un bebé. Aun así, me dejé llevar.

—Hacia delante con el pie izquierdo, de lado con el derecho, cierras ambos y… ¡tac! Eso es. —Me guiaba con los pies—. Hacia atrás con el derecho. Ya lo tienes. Había olvidado que eres esgrimista. Rápida con los pies.

La música me acariciaba la piel desnuda de los brazos al ritmo del balanceo y las vueltas. Cerré los ojos y decidí ignorar las miradas que caían sobre nosotras, con todo su peso. «De incógnito, y una mierda». Volábamos bajo el radar como una banda de música en medio de una biblioteca.

—¿Tú crees en los finales felices? —le dije con voz apenas audible para que me escuchara.

—Sí. —Se aferró a mi espalda con más fuerza—. Vivo el mío cada día. No siempre es perfecto, pero sin duda es feliz. Todos podemos escribir nuestros propios finales felices. Por eso existe la esperanza. Es nuestra pluma.

—Siento que la mía se ha quedado sin tinta.

—¡Para nada! —Nos movió con un giro, sonriendo—. Solo hay que agitarla un buen rato.

Nos reímos y empezamos a dar vueltas, como dos niñas que juegan a la ronda y fantasean roles inventados. Cuando terminó la canción, Dallas me hizo una reverencia y yo la imité. Después levanté la cabeza y la sonrisa se me borró de la cara en un instante.

Porque detrás del hombro de Dallas estaba nada menos que mi jefe.

Mi jefe formidable e increíblemente molesto, al parecer.

Zach me miraba con tanta furia que podía hacer arder el aire con la mirada hacia donde yo estaba. Me sorprendió que me reconociera con el vestido prestado y el peinado elegante. Sus ojos me enviaron una advertencia y curvó un dedo para indicarme que me acercara. Me di la vuelta, le di la espalda y me dirigí hacia la barra. No. Me negaba a que me trataran como a un perro que se había portado mal, especialmente en mi cumpleaños.

A mitad de camino, una mano se aferró a mi codo desde atrás. Me giré, apartándola de un tirón.

—No te atre…

Oh, vaya. Esperaba a Zach, pero en su lugar estaba Oliver von Bismarck. De cerca, parecía más apetecible todavía. Tenía los ojos

más claros y azules que el mar del Caribe y el cabello castaño claro peinado a un lado como en un anuncio de Tom Ford. Tan hermoso. Tan depravado. Sentí pena por las mujeres que caían en su trampa.

Curvó los labios rosados.

—Pero si eres tú.

Arqueé una ceja.

—¿Yo?

—El antídoto.

«¿El antídoto?». Había oído que era un mujeriego, no un alcohólico. Tal vez era un hombre de múltiples facetas.

—No estoy segura de lo que quieres decir.

—Desde luego que no. —Oliver me estudió de arriba a abajo—. Tenemos que hablar.

—Va a ser que no.

—Venga, charlemos un rato. Baila conmigo.

—¿Qué gano con eso?

—Un recuerdo para atesorar. —Su sonrisa era tormentosa. Chorreaba pecado y decadencia—. Algo de lo que presumir.

Me apoyé contra la barra y agité la mano para llamar la atención del camarero.

—Bonito ego. ¿Te hacen pagar exceso de equipaje cuando viajas?

—¿Qué es eso? ¿Algo de la clase media? —Se le fruncieron las cejas—. Yo solo vuelo en avión privado.

«Ay, madre mía, esta gente…».

El camarero me ignoró y pasó zumbando con tres copas en la mano.

Oliver se acercó para que le oyera.

—De todos modos, dime tu precio.

Fácil.

—Un billete de ida y vuelta a Seúl. En primera clase.

Se rio entre dientes.

—Trato hecho.

Luego, me agarró la mano sin preguntar y me arrastró de nuevo a la pista de baile antes de que pudiera decir nada. Casi que podía sentir la sonrisa de Dallas calentándome la nuca al tiempo que la muchedumbre se abría para él. Nos colocó en el centro de la pista y me giró para que lo mirara. Sus dedos presionaban mi espalda, cálidos y fuertes. En otro mundo, en otro tiempo, los hubiese disfrutado. En este, lo único que me preocupaba era sobrevivir.

La orquesta empezó a tocar y tomamos posición; él con una postura impecable y yo con una rigidez poco estudiada. Y así bailamos.

—El señor Sun —Oliver me hizo girar— está roto. Estoy seguro de que ya te has dado cuenta a estas alturas.

Me abrazó más fuerte y se me ocurrió que de afuera se vería como un momento íntimo y clandestino casi por definición. No sabía cómo, pero estaba segura de que Zach estaba mirando como un halcón al acecho, y de que esa era la intención de Oliver desde un principio.

No le respondí.

—Está rodeado de bordes afilados —dijo, y me dio otra vuelta—. Y no deja que nadie se le acerque demasiado, para que no se desangren.

Seguí sin decir nada y seguí dejándole darme vueltas como una muñeca de trapo. En el giro, noté que un mar de mujeres me miraba

con ojos envidiosos; yo seguía aferrada a los hombros de Oliver von Bismarck. Las ignoré y seguí buscando a Zach sin éxito.

—Pues bien, no sé quién eres… —Oliver guio cada uno de mis pasos, moviéndose lo suficientemente lento para que pudiera concentrarme en sus palabras—. Y la forma en que te infiltraste en su vida es cuestionable, por decirlo suavemente.

Su tono claro y serio me sorprendió. No se parecía en nada al del fiestero descerebrado que hubiese esperado de él.

—En cualquier caso —continuó—, si de algún modo le haces daño a mi mejor amigo, que parece francamente obsesionado contigo, te arrastraré en persona a las fosas del infierno y te arrojaré al fuego. Él ya ha sufrido suficiente en la vida. ¿Te queda claro?

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. Debía parecer que nos lo estábamos pasándolo espléndidamente bien.

—Lo trituraré hasta convertirlo en polvo si así lo deseo, von Bismarck. A mí no me van las amenazas.

Aquello no era verdad, yo no tenía nada de poder sobre Zachary Sun. Nadie lo tenía. Yo solo era la única persona que él encontraba de algún modo tolerable como para poder tocarme. Yo era su juguete nuevo y brillante, algo con lo que pasar el rato.

—Tienes una lengua afilada. —Me miró de arriba a abajo—. Ya veo por qué le gustas.

—Pues espera a ver mi espada.

Se le iluminaron los ojos, con un brillo de curiosidad que acechaba desde el fondo. Curiosamente, su belleza no me afectaba. Me recordaba a una estatua. Perfectamente pulida, pero completamente muerta por dentro.

«Hace tiempo esa había sido mi descripción de Zach, ¿qué habría cambiado?».

Me tragué la pregunta y me concentré en Oliver.

—¿Cómo sabes que le gusto?

—Para empezar, ya no parece que la vida le esté metiendo limones por el culo, de dos en dos, durante las veinticuatro horas del día. —Lo pisé; él me atrapó por la cintura y dejó salir una risa ronca por la garganta—. Por Dios, eres adorable. Tan tosca como él.

—Es la primera vez que bailo el vals.

—Por el bien de todos los pies de la ciudad, espero que sea la última.

—¿Siempre encuentras tanta diversión en las personas que no son de tu clase social?

—Para nada. Por lo general las encuentro totalmente insignificantes. —Dios salvase a la pobre mujer que lograra domesticar a esa bestia. Qué personaje.

La canción llegó a su fin. Nos separamos unos treinta centímetros. Oliver se inclinó, me tomó la mano y se la llevó a los labios. Levantó la vista y me miró fijo a los ojos mientras me rozaba la piel con los labios.

—Recuerda, pequeña Fae. Nada de herir los sentimientos de Zachary. Puedo parecerte un osito de peluche ahora mismo, pero no te equivoques: también puedo convertirme en un león feroz.

Esbocé una sonrisa que debió parecerle una mueca.

—Como ya te dije, von Bismarck, no me intimida una cuenta bancaria abultada ni el pene mediocre que intenta compensar.

Se rio todo el camino hasta el bar. Estupendo. Ahora no podía ir a tomarme algo. El muy imbécil iba a pensar que lo seguía; ese ego

no le entraba ni en un barrio entero. En lugar de eso, me dirigí a la cocina, abriéndome camino a través de la gente. Todos estaban exultantes de excitación. Lo que, lejos de aumentar la mía, me sofocaba. Estaba casi en la puerta cuando oí mi apodo.

—Pulpi.

¡Uff! No iba a poder ni tomarme un respiro esa noche.

Me detuve, pero no me di la vuelta a mirar a Zach.

—Idiota… —fue mi modo de devolverle el saludo.

Sus pasos apenas si sonaron cuando se acercó hasta quedar justo delante de mí, bloqueándome el camino a la cocina.

—¿Disfrutando de mi fiesta?

Me tomé un tiempo para observarlo vestido en su traje de esmoquin impecable, con los ojos inyectados en sangre. Las palabras de Oliver se me agolparon en la mente. Por primera vez, me di cuenta de que, por detrás de los trajes de diseño y los cortes de pelo de mil dólares, Zachary Sun era un hombre roto. «Si yo no estuviera tan centrada en mi propia miseria…».

—La verdad es que no. —Levanté un hombro—. Llevo una hora intentando pedirme algo de beber, y siempre me interrumpe alguien. —Levanté una ceja y continué—: En este momento eres tú. Por favor, sé tan amable de retirarte.

—Estoy en mi casa.

—Me doy cuenta. Si fuera mía, no dejaría que *mi mamaíta* se ocupara ella sola de la decoración. —Mierda, realmente estaba de mal humor esa noche.

Dio un paso hacia mí, con un temblor en los dedos de refrenar el deseo de tocarme.

—¿Qué te ha dicho Oliver?

«Me ha amenazado de muerte si te hago daño, pedazo de idiota. Tienes unos amigos geniales, según parece. ¿Qué demonios habrás hecho para merecértelos?».

—No es asunto tuyo, Zach. —Arqueé una ceja—. ¿O necesito recordarte que no tenemos un acuerdo de exclusividad?

—¿Y yo acaso necesito recordarte que soy quien manda aquí?

—No te preocupes… Me acuerdo de eso cada vez que veo tu maldita cara. No es la buena voluntad lo que me retiene aquí.

—Esa boca, señorita Ballantine. Puede que la quiera envuelta alrededor de mi pene, pero no dudaré ni un instante si tengo que despedirte.

La cara debió haberme traicionado en lo que pensaba: que estaba peligrosamente cerca de que lo pateara en los huevos, porque dio un paso atrás, soltó un gruñido y se llevó una mano al pelo.

—No tenía derecho a tocarte.

—¿Quieres dejarte de estupideces posesivas? —Crucé los brazos sobre el pecho—. No tienes derecho.

—Pero sí tengo voluntad. —Cerró la boca con tanta fuerza que los dientes chocaron entre sí—. La voluntad de acabar con cualquiera que te mire o te toque.

Cerró el puño, presionándolo contra el muslo y supe que quería contacto. Un abrazo. Un momento piel con piel para calmar la ira. Su rostro se suavizó, y, maldita sea, le siguió mi corazón. Apartó la mirada por un momento.

—Hoy me he portado como un maldito imbécil, ¿no?

—Así es —coincidí—. ¿Por qué?

Abrió la boca para hablar. Desde el centro de la habitación, el tintineo inconfundible de un cuchillo contra un cristal fino nos

interrumpió el momento. Giramos la cabeza en esa dirección. La música se detuvo.

Constance estaba de pie sobre un podio lleno de micrófonos, envuelta en un vestido azul marino con capa, el pelo recogido y adornado con delicadas joyas.

—Damas y caballeros, gracias por acompañarnos hoy. Permítanme un momento de atención.

Su voz —puro acero, fría y afilada— me recorrió todo el cuerpo y se me puso la piel de gallina. Le entregó su copa de champán a un camarero y escaneó la habitación hasta que sus ojos se posaron en Zach. *A mi lado.*

Una nebulosa se instaló frente a su rostro y se le desdibujaron las facciones; le asomó un destello de rabia, pero lo suavizó rápidamente con una sonrisa.

—Quisiera comenzar dándoles las gracias por tomarse el tiempo de venir a esta reunión de última hora. El apoyo de cada uno de ustedes aquí presentes es un valioso tesoro. La familia Sun y la Fundación Sun For Warmth agradecemos a esta comunidad los esfuerzos mutuos que realizamos por la preservación de la vida salvaje local.

¿Había dicho salvaje? Muy apropiado, teniendo en cuenta que era una bruja rabiosa.

«El dolor», me recordé, «cambia a las personas». Pero con los ojos de esta mujer como dos taladros sobre mi sien, me costó evocar la descripción de Dallas de la antigua Constance Sun. ¿Preparar almuerzos para la escuela? ¿Recoger a críos en coche? ¿Dar clases de refuerzo de matemáticas? Esa no podía ser la misma mujer que me apuñalaba con la mirada ahora.

Se le dibujó una sonrisa tensa en la comisura de los labios.

—Nos hemos reunido hoy para compartir una noticia emocionante. Algo que, estoy segura, muchos de ustedes han estado esperando.

Se me hundió el corazón hasta los dedos de los pies. Presentía lo que iba a decir y, si bien no estaba sorprendida, se me revolvió todo el cuerpo por dentro.

—Como bien saben, mi hijo Zachary ha estado en el mercado desde hace ya algún tiempo, en busca de la novia perfecta. —Se rio con tal gracia que hasta a mí me pareció contagiosa—. Creo que mi búsqueda de nuera es el secreto peor guardado del país.

Una oleada de risas recorrió la sala. Y, a mí, una oleada de náuseas me estalló en el estómago. «No, no, no». A mi lado, Zach se tensó y su expresión se transformó en granito. Su meñique rozó el mío.

«Su… meñique… ha… rozado… el… mío».

Y eso era suficiente para incendiar el mundo entero.

—Hoy estoy, por lo tanto, encantada de informarles que la búsqueda ha terminado. Deseo aprovechar esta oportunidad para anunciar oficialmente el compromiso de mi hijo Zachary con la encantadora Eileen Yang. Que venga, por favor, la joven pareja.

Al principio, Zach no se movió. Ambos nos quedamos mirando cómo Eileen se deslizaba por la sala con un vestido de lentejuelas plateadas y verde oliva. La cola del vestido se deslizaba sobre el suelo de mármol. Llevaba guantes de satén hasta los codos, y su aura era etérea y elegante.

Un dolor punzante me atravesó el corazón y lo sentí como todo aquello que me había prometido que no me ocurriría: como si mi

corazón yaciera ensangrentado sobre la pista, atravesado por una espada. De repente, no podía respirar.

La voz de Eileen retumbó a través de los seis micrófonos del podio.

—Oh, madre… —Besó a Constance en ambas mejillas y se abrazaron a la altura de los codos, con sus peinados idénticos—. Es un honor sumarme a su familia. Le prometo hacer infinitamente feliz a Zach.

Otra mujer —la tía de Zach, según pude reconocer— atravesó la pista de baile y apoyó la mano sobre el hombro de Constance. A diferencia de ella, no parecía encantada.

Recorrió el salón con la mirada y dijo:

—Y hablando de Zach, ¿dónde está el hombre más famoso del momento?

—A segundos de migrar a Dinamarca —tosió Oliver en su puño, provocando una mirada de advertencia de Constance.

Sentí como si estuviera teniendo una experiencia extracorporal en el momento en que Zach me abandonó y partió a la deriva hacia el fondo de ese salón de baile, donde tomó su lugar entre las mujeres más importantes de su vida. Quedaron los cuatro hombro con hombro sin tocarse. Constance servía de amortiguador entre la pareja. Hasta en medio del dolor agonizante que me desgarraba por las venas, me reconfortó un poco el hecho de que Zach no tuviera que tocar a Eileen; sabía que él no quería hacerlo.

«¿De dónde me vienen estos celos?».

—Damas y caballeros… —Constance plantó las manos sobre el hombro de Zach y de Eileen respectivamente. Zach estaba visiblemente alterado, con las fosas nasales abiertas de tanto

contener las ganas de gritar. Yo también quería gritar. La cara de Constance estallaba en una enorme sonrisa, irradiaba una felicidad auténtica—. Me complace presentarles a los futuros señor y señora Sun.

Los aplausos estallaron por toda la sala como una erupción y retumbaron en mis oídos. Los *flashes* de las cámaras brillaron frente a mis ojos. Me di la vuelta y empecé a caminar a toda velocidad.

—Eileen… —La voz de Constance seguía retumbando por cada altavoz que sobresalía de las paredes, a un volumen tan alto que podía oírse a través de los vítores—: Muéstrales a todos tu anillo de compromiso. Haz un pequeño paseo por la sala.

Mis piernas se movían en piloto automático y mi mente daba vueltas por lo que, en realidad, siempre había sido obvio. Zach me había advertido todo el tiempo que se casaría con Eileen. Cuando llegué a la escalera, me desplomé en el tercer escalón como un cisne roto, con el vestido de baile envolviéndome. Sollocé en mis propios brazos y me di cuenta de que lloraba en serio por primera vez desde la muerte de papá. No me reconocía en esta fragilidad; siempre me había sentido orgullosa de mi fortaleza.

—Estúpida… —Resoplé, con toda la cara hecha un mar de mocos y lágrimas—. Eres tan pero tan estúpida.

Me arranqué los estúpidos tacones de mis estúpidos pies.

—¿Cómo has podido pensar que podrías encajar de algún modo entre esta gente?

Con todo lo que me había resistido al *glamour* y al brillo de la élite de Maryland durante toda mi vida, y, en una sola noche de descuido, me habían servido el recordatorio que tanto había intentado ignorar:

que yo podía ser el pasatiempo, pero chicas como Eileen Yang siempre llegarían a la gran final.

—Farrow. —La voz de Dallas explotó detrás de mí. Giré el cuello y la vi avanzar hasta donde me encontraba—. Por favor, espera.

Me levanté de un salto y empecé a subir los escalones de dos en dos. No quería esperar. No quería que me viera así de humillada y definitivamente no quería escuchar sus mentiras piadosas, diseñadas para hacerme sentir mejor.

Llegué hasta mi habitación, cerré la puerta detrás de mí y presioné la espalda contra la madera. Cerré los ojos y respiré hondo.

«Estás bien. No puedes llorar lo que nunca has perdido. Él nunca ha sido tuyo, Farrow».

Pero había empezado a sentirlo mío.

Era como si el pasado, el presente y el futuro conspiraran para traerme exactamente lo que yo necesitaba, y luego me lo quitaran.

Hice un esfuerzo por abrir los ojos, rogando que el dolor y la humillación desaparecieran con cada parpadeo. Y así fue, fueron desapareciendo poco a poco y siendo reemplazados por un estado de estupefacción, al darme cuenta de dónde estaba: la habitación de invitados que solía usar. *Mi habitación.*

Me apoyé las yemas de los dedos sobre los labios, sorprendida.

—¿Qué? Zach…

Había regalos por todas partes. En cada rincón de la sala. En cada milímetro. Sobre cada mueble. En cada hilo de la alfombra. Un mar de cajas y bolsas de lujo. Todo envuelto y atado con papel de aluminio dorado.

«Se ha acordado».

Se había acordado de mi cumpleaños.

A menos que… ¿hubiera sido Ari? Pero no podía ser. Ari no sabía la dirección de Zach. Y nadie más en este mundo se habría preocupado tanto.

Me limpié los ojos y la nariz, me acerqué hacia una montaña de cajas, agarré una y rompí el envoltorio. Apareció una caja de Chanel por debajo del papel brillante. La abrí y descubrí un par de zapatillas: piel de becerro blanca con el logotipo de la firma bordado en negro.

Fruncí el ceño.

Cogí otra caja y la abrí: unas zapatillas Tory Burch, color cámel. Otra caja: Prada, esta vez. Unas Golden Goose plateadas, unas Balenciaga rosas para correr, unas Burberry de caña baja, unas Dior de caña alta, unas Louboutin personalizadas, diseñadas especialmente para la esgrima… Me había llenado la habitación con cada marca de zapatillas de diseño que existía. Y todas eran cómodas, todas eran zapatillas que yo realmente usaría.

Era dulce y considerado; y absolutamente enloquecedor. Porque ahora, más que nunca, no quería sentirme como un caso de caridad. Cada caja parecía burlarse de mí, recordándome la brecha que nos separaba; lo pobre que era yo en comparación con él; el zapato roto que había dejado atrás el día del baile…

«Puede que yo sea Cenicienta, pero Zachary Sun no será mi príncipe azul».

Sin más preámbulo, empecé a recoger las cajas y las arrojé por la ventana.

Quizá Zachary Sun podía comprar una entrada para muchos lugares.

Pero no para mi corazón.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Zach

Deslicé mi brazo por el estante, barriendo esculturas, ediciones especiales y pinturas, que se estrellaron contra el suelo de mi oficina con un estruendo agudo.

—¿Pero en qué demonios estaba pensando?

—Estaba pensando que estás comprometido con otra persona y no quiere tus putos regalos de compasión.

Oliver estaba desparramado sobre una camilla de masajes en medio de mi oficina, para nada familiarizado con el concepto de límites.

—Se llama dignidad, Zach. Algunas personas la tienen.

—¿Por qué tiene que tenerla *esa* mujer justamente?

Me concentré en mis pantallas, a una le arranqué los cables y me preparé para lanzarla por la ventana; pero me acordé de que mis empleados estaban ahí abajo recogiendo los veintitrés paquetes de zapatillas de diseño. Uno por cada año de su exasperante existencia.

—Porque, si ella fuera como todas los demás, no te habría gustado desde un principio… —murmuró Oliver contra el agujero de

la camilla de masajes, mientras un enorme sueco le clavaba los pulgares en los omóplatos.

Estallé la pantalla contra la mesa y la partí en tres. Dejé una abolladura nueva y bonita sobre el escritorio. Después, se oyó el golpe seco de mis pies contra la alfombra cuando me dirigí a la ventana, a ver el desastre que había dejado en el césped. Lo peor era que yo había pensado que, cuando Farrow se diera cuenta de que me había tomado el tiempo de regalarle cosas que realmente usaría (unos regalos que también eran un guiño del momento en que nos conocimos), saldría a buscarme. Que se deslizaría en mi dormitorio durante la noche y pondríamos en práctica nuestras caricias.

Mis dedos arañaron el alféizar de la ventana mientras intentaba desesperadamente encontrarla con la mirada, a sabiendas de que no la vería. Había revisado las grabaciones de cada cámara de seguridad de cada rincón de la propiedad y nada. *Cero*. ¿Dónde cojones estaba?

«En la jodida lista de pago de nóminas sí que está, allí sí».

—Amigo, te sale humo por los oídos. —Se rio Ollie a mis espaldas —. ¿Y qué esperabas?

—¿Una empleada más profesional, quizás?

—Estaba en tu *fiesta sorpresa de compromiso*. De pie, junto a tu prometida. Después de que te la follaras en esa sauna hace menos de una semana.

—No hubo penetración. —No *todavía*. Pero quería que hubiera. Y más que cualquier otra cosa en el puto planeta, incluso más que comprarme la *Mona Lisa*.

—Bueno, sea como sea, no esperes ganarte el premio al Jefe del Año. Tú también fuiste muy poco profesional.

Me aparté de la ventana para mirarlo con el ceño fruncido.

—Ella sabe que no va en serio.

—Pues a mí me pareció que iba bastante en serio.

—Me caso con Eileen por necesidad. Todo el mundo lo sabe menos mamá. —Iba a destrozarme las muelas si no me controlaba un poco.

—Lo siento, amigo. Lo de «mamá me ha obligado» no es un argumento tan convincente como crees.

—Tú no estás en posición de darme lecciones, Oliver. Tu relación más larga es con tus bolas anales.

—Debes saber que las reemplazo cada dos semanas para asegurar niveles de higiene adecuados a mis parejas sexuales. —Oliver sonó escandalizado—. De todos modos, no es que haya tenido mucha acción últimamente. Para serte sincero, ayer me puse a correr en chanclas por el pasillo solo para recordar cómo suena el sexo.

—Pero si estuviste con alguien en tu casa hace dos días. ¡Hasta nos enviaste fotos! —Para mi desgracia.

—El tiempo es subjetivo. —Oliver se encogió de hombros bajo los dedos diligentes de ese Hulk gigante—. La cuestión es que te has ganado tu sitio en la caseta del perro; disfruta de la comida que sirven ahí.

Le lancé una mirada fulminante.

—Eres un insulto para la especie.

Oliver levantó su cara de engreído del agujero de la cama de masajes y me sonrió.

—Ahora usa esa misma energía para arrastrarte por lo que quieres, Zachary.

—Yo no me arrastro.

—Has estado mirando el tablero de go como si fuera la foto de un amor perdido.

Eso era porque esa maldita bruja ni siquiera se había molestado en hacer una jugada esta mañana y era su turno; nunca se saltaba una jugada.

—Yo… no… me… arrastro.

¿Qué demonios significaba arrastrarse siquiera? ¿Qué esperaba que hiciera?

—Vamos, tío, limpia el estropicio que has provocado.

«¿Pero cómo?».

—Por última vez: yo no…

Oliver me desestimó con un gesto y metió la cabeza de nuevo en el agujero diciendo:

—Natalie, querida. ¿Qué tal si haces algo útil y me traes otra copa?

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Zach

No podía encontrarla. Farrow había desaparecido por completo desde la fiesta de compromiso de la noche anterior y ni se había molestado en ir a trabajar por la mañana. Para cuando Oliver se fue, yo ya estaba convencido de que se había acobardado y se había mudado de vuelta a Seúl sin entregar su preaviso de dos semanas. Al fin y al cabo, la irresponsabilidad parecía encajar perfectamente con su estilo.

Me cabreé, ladré a Natalie para que la encontrara, volví a revisar las cámaras de seguridad y al final recurrí una vez más a la puerta de Vera. Durante todo el trayecto hasta allí, me decía que no iba porque la echara de menos. Era una cuestión de responsabilidad: una empleada mía había decidido ausentarse sin previo aviso y no iba a dejar que se saliera con la suya.

Cuando llegué a la entrada de las Ballantine, y aparqué en doble fila frente a un Mercedes, me quedó claro que Farrow *no* se había trasladado a Seúl. Dos coches deportivos relucientes flanqueaban su viejo Prius mugriento, dejándole apenas espacio para que pudiera meterse dentro.

La puerta de entrada se abrió de golpe antes de que yo llegara a apagar el motor. Una de las hermanas —juro por mi vida que no podía recordar cuál era cuál— se precipitó hacia mí y, al verme, empezó a jadear de emoción. Abrí la puerta de golpe, usando el peso del metal para apartarla.

—Señor Sun. —Agitaba las pestañas con todas sus fuerzas y empujaba las tetas más hacia afuera cuanto más se arqueaba sobre el capó de mi coche. Otra cosa que habría que desinfectar al volver a casa—. ¿En qué puedo ayudarle?

«Puedes evaporarte en el aire».

Cerré la puerta con una patada por detrás.

—Estoy buscando a tu hermana.

—¿Reggie? —La expresión le cambió de golpe y se fundió en una mueca—. Está en Nueva York, de compras de temporada. Ni siquiera sé por qué. Si es demasiado enana para lucir nada decente…

—Reggie, no. La que no es un cero a la izquierda.

Me había olvidado de que su familia la tenía desheredada.

—¿Farrow?

—Esa misma.

—¿Puede usted creer que la muy idiota desapareció sin avisar? La casa es un desastre total. —Tabitha hizo un puchero—. Nosotras también merecemos atención, ¿sabe?

—Discrepo.

—No sea tan duro. —Soltó una risita. Su ruido de hiena me taladró los oídos como si fueran uñas arañando una pizarra, y me recordó que la única risa que me gustaba era la de Pulpi—. ¿Sabe lo que necesita, Zach?

—Una interlocutora para esta conversación que no tenga el coeficiente intelectual de una estrella de mar muerta.

—Alguien que le complemente. Una chica sencilla y fácil. —Se echó el pelo por encima de un hombro—. Como yo.

Cómo deseé que las mentes huecas tuvieran un botón silenciador.

—¿Quieres un consejo gratis? —Cerré el coche con llave, no confiaba en que ninguna de las mujeres Ballantine no me lo robara —. Eso de describirte a ti misma como una fruta madura al alcance de la mano no es tan atractivo como crees.

—Usted no es tan duro como piensa que es. —Me siguió hasta la puerta principal—. Es un libro abierto.

—Y tú eres analfabeta. —Entré sin miramientos, sumando el allanamiento de morada a la lista de malas influencias que Farrow había tenido en mí—. ¿Dónde está?

Fui de habitación en habitación, e iba notando las capas de suciedad. Cada centímetro apestaba a comida podrida. La grieta en la pared del comedor —que no era más que una pequeña fisura la última vez que había estado ahí— había hecho metástasis y ahora la atravesaba de un extremo al otro. Los platos sucios brotaban de los montones de ropa y salpicaban la alfombra manchada. ¿Acaso esa gente no hacía nada si Fae no estaba ahí para servirles?

Tabitha me siguió mientras se bajaba la minifalda por los muslos.

—¿Es verdad que ahora está comprometido?

«Por desgracia».

Empecé a subir al segundo piso por la escalera.

—Espero que no crea que tiene alguna oportunidad con Fae. —Jadeó, intentando seguirme, aferrándose con los nudillos blancos al pasamanos mientras yo avanzaba por el pasillo—. Porque no la

tiene. Nadie la tiene. Ella… es incapaz de sentir emociones. Siempre ha sido así. Insensible. Fría. Extra…

Me giré de golpe y me acerqué tanto a ella que podía verle asomar el rubor en las mejillas que le iba manchando la cara.

—No termines esa frase si valoras tu insignificante vida. La uña del meñique de Farrow Ballantine vale más que toda tu existencia. Ahora, haz algo útil.

Parpadeó varias veces, con gesto de asombro por mi reacción.

—¿Co-como qué…?

Buena pregunta.

Su aliento me rozó la mejilla y quise arrancarme la piel de cuajo.

—Fuera de aquí. Ve a dar un paseo. —Me eché hacia atrás, poniendo tanta distancia entre nosotros como el estrecho pasillo permitía—. Necesito hablar con tu herma… —No, no era su hermana —. Con Fae.

Aparte del indicador evidente de su presencia, su coche, sabía que Pulpi estaba agazapada en algún lugar dentro de estas paredes por el simple hecho de que no tenía otro sitio a donde ir.

Tabitha aspiró el aire y dejó asomar el labio inferior.

—No puede ser que ella le guste en serio, ¿no?

«No, no me gusta. Es mucho más que eso. Estoy totalmente obsesionado con ella».

—Fuera de aquí.

Le di la espalda y empecé a abrir puertas sin miramientos. Cuando llegué a la última del pasillo, la encontré cerrada con llave. *Bingo*.

Solté el pomo.

—Farrow.

Podía arrancarla de cuajo de las bisagras si quería. Normalmente, es lo que hubiera hecho. Sin embargo, quería que ella me dejara entrar, que me invitara a sus dominios.

—Idiota —me saludó desde detrás de la madera. Sonaba bien. Tranquila, relajada. *Valiente.*

Apoyé la frente en la puerta y cerré los ojos. Solo con su voz ya se calmaba mi alma llena de mierda. Y eso era un problema. Un gran problema.

—Abre la puerta.

—No pienso abrir siquiera una lata de atún para que te cortes la muñeca. Inténtalo de nuevo.

—Lo diré de otra manera: abre la puerta o la echo abajo.

No me duró demasiado el intento de querer volver a ganarme su simpatía. Me zumbaba el cuerpo, con una parte de rabia y dos de desesperación. Necesitaba que me abriera. *Ahora mismo.*

—Pues hazlo si te atreves. —El sonido de un cajón al deslizarse llenó el espacio—. Soy tan buena con la espada como con un cuchillo. —En ese momento, algo golpeó la madera y se clavó en ella —. Sigue con tus estupideces y podrás averiguarlo, Sun.

A pesar de mí mismo, una sonrisa asomó en mis labios. Era un ejército de una sola persona, y la admiraba por ello.

Apoyé el hombro sobre la puerta.

—Tiraste cincuenta mil dólares en zapatos, jovencita.

Farrow bostezó.

—Y tú has hecho que alguien los devuelva a mi armario.

—¿Cómo lo sabes? ¿Tan predecible soy?

Mi pregunta se encontró con un silencio total. Hubo otra pausa antes de que ella contestara, con una resistencia evidente:

—Siempre cuidas de mí…

—Y aun así, saliste corriendo.

—A ver, no exageremos tampoco. Me fui en mi coche y ni siquiera me pasé el límite de velocidad. No seas tan engreído.

—Venga va, ábreme.

—Venga va, olvídame.

Luché contra la sonrisa que empezaba a asomar en mi cara.

—¿Quieres que te cuente algo curioso sobre el pulpo? —negocié.

Silencio. Lo tomé como una señal. *Al fin.*

—El pulpo suelta tinta cuando está en peligro. El moco y la melanina le nublan el olfato al depredador, y se le hace más difícil encontrar al pulpo. —Me retorcí y volví a apoyar la frente contra la puerta—. Pero la tinta es tan potente que, si el pulpo no se escapa a tiempo, puede morir en su propia estrategia de escape.

«¿Qué coño estás haciendo? ¿Y en qué momento te has convertido en el puto *Animal Planet*?».

Oliver y Romeo se partirían de la risa si me oyeran en ese momento.

Aun así, pasé la punta de la nariz por la madera astillada y seguí moviendo los labios.

—A veces hay que correr riesgos, Pulpi. Tienes mucho que perder si dejas esto ahora.

¿Le estaba suplicando? ¿Me estaba arrastrando? No lo sabía. Ni me importaba demasiado. Lo único que me importaba era conseguir que esa mujer volviera a entrar en mi casa.

Esperé un minuto a que hablara. El minuto se convirtió en dos. Luego en tres. Pasó otro minuto más y pensé que ya me iría de ahí

con una marca medio violácea o rosada en la frente de tanto apretarme.

Al fin, Farrow me sacó de mi angustia.

—Podrías haberme contado lo de la fiesta de compromiso.

Mis pulmones se vaciaron de golpe contra la madera. Apreté los labios. Yo nunca le daba explicaciones a nadie que no fuera mi madre, y hacerlo ahora me resultaba humillante. Pero, para variar, Farrow tenía razón. Podría habérselo dicho. *Tendría* que haberlo hecho.

—Me escaqueé —admití.

Más silencio. Luego una respuesta.

—¿Cómo dices? —Me pareció oír un atisbo de sonrisa en sus palabras. ¡Sería bruja!

—He dicho que me escaqueé —repetí, a un volumen más alto—. Tomé el camino fácil porque no estoy acostumbrado a lidiar con embrollos. Y lo nuestro es… es *un embrollo,* la verdad. —«Por decirlo suavemente». Suspiré y exhalé con fuerza—. Y porque tengo la profundidad emocional de un puñado de palitos de verduras.

Su risa retumbó al otro lado de la puerta, y sentí cómo un peso de diez toneladas se desprendía de mi pecho.

—Sigues sin gustarme.

—Puedo no gustarte y aun así amar la forma en que mi verga te penetra, Farrow. Hasta puedes odiarme y disfrutar de que te llene de regalos y te ayude legalmente. —Apreté el pomo de la puerta, sabiendo que no se abriría, pero deseándolo de todos modos—. Esa cosa con Eileen no es real. Ella no va a tener nunca ni mis besos, ni mi adoración, ni mi atención total y completa. Es solo una marca en

una casilla, no es una amenaza para ti. Al igual que una estrella fugaz solitaria no es una amenaza para el sol.

—Zach… —Su voz, más alta pero suave, salía justo por detrás de la puerta—. ¿Crees que soy el sol?

«No. Eres todo el puto universo. Y eso es lo que más odio de ti».

—Tenemos un trato. —Me aclaré la garganta y traté de sonar pragmático—. Y cumpliré mi parte. Estoy aquí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el final.

Contuve la respiración y esperé que se destrabara la puerta, pero no ocurrió.

—¿Por qué fuiste tan imbécil conmigo el día de mi cumpleaños? —Su voz acarició mi piel como terciopelo. Podía sentir su calor traspasando la puerta.

—Porque… —admití con los dientes apretados—, los dos necesitamos recordar que esto no es más que una transacción comercial. Me gustas, Farrow. De más maneras de las que conozco. Pero si no trazamos una línea de separación… esto que tenemos puede hacernos pedazos. —Apreté los dedos dentro de mis manos en dos puños y me mordí los nudillos hasta que me salió un poco de sangre. Seguí hablándole—: Ahora, por favor, abre la puerta. Tengo información importante de tu caso y quiero contártela.

La puerta gimió al abrirse, *por fin*. Retrocedí y se me trabó la respiración en medio de la puta garganta cuando la vi por primera vez en casi veinticuatro horas. Sin maquillaje, con el pelo hecho un desastre, pantalones de estar por casa y una camiseta del equipo local de esgrima. Sencilla. Sin pretensiones. Perfecta.

—Farrow. —Me ahogué con su nombre. «Tranquilízate, por Dios, Zach». Sacudí la cabeza, tratando de romper el hechizo en el que me había atrapado, y endurecí mi expresión hasta recuperar mi habitual indiferencia—. Tengo noticias.

Me deslicé junto a ella para entrar en su cuarto. Un escalofrío de placer recorrió mi hombro donde nuestros cuerpos se rozaron. Esperaba que la pequeña habitación estallara de personalidad como su dueña. Sin embargo, parecía impersonal. El mínimo de muebles, lo esencial. Sin pertenencias ni nada íntimo. Ningún cuadro. Nada fuera de lugar. Nada *en general*. Podía haber sido una habitación de invitados. O la cámara de tortura de un asesino en serie. Levanté una pila de carpetas que había traído conmigo y las deposité sobre la mesita de noche.

Siguió cada uno de mis movimientos con los ojos.

—¿Qué es esto?

—Bryan y Deanne revisaron los registros de la oficina. —Abrí una carpeta y saqué un documento lleno de subrayados. Se lo di—. Encontraron una discrepancia temporal con el testamento.

Se quedó boquiabierta, su labio inferior carnoso suplicaba que lo recogieran con una cuchara y lo derramaran dentro de mi boca para chuparlo hasta el olvido. *Mierda*. Nunca había besado a una mujer en toda mi vida, pero ahora quería; quería sentir su calor y su lengua mezclarse con la mía, que nos fundiéramos en una sola entidad.

Farrow se recolocó un mechón de pelo detrás de la oreja y recorrió el texto con los ojos.

—¿Qué significa esto?

—Significa que el testamento ejecutado no coincide con el que se presentó oficialmente hace tres años. —Le estudié el rostro con cuidado, en busca de alguna reacción—. El testamento de Vera no tiene validez legal.

Mientras leía, sus ojos se volvieron más brillantes, con lágrimas que se negaba a derramar. Algo salvaje se despertó dentro de mi pecho. Quería abrazarla. Quería acurrucarla a mi lado. Quería protegerla del mundo que siempre le fallaba.

—Zach… —Levantó la cabeza de golpe, sonriendo—. Esto es fabuloso. Es la prueba fehaciente de que Vera falsificó el testamento. Podemos impugnarlo.

—Todavía no. —Le quité la hoja de las manos y volví a meterla dentro del legajo—. Dan, Bryan y Deanne quieren más tiempo.

—¿Qué? —Se le borró la sonrisa—. ¿Por qué?

—Cuanto más sólida sea nuestra causa, más fácil será ganarla. Necesitamos cronologías, pruebas contundentes, un paso a paso de cómo lo hizo, cuándo lo hizo y quién la ayudó. Hay un testigo del testamento original con el que necesitamos hablar. No podemos hacerlo a medias, Pulpi. Tiene que ser a prueba de balas. Tienes que ser paciente.

—¡Ughhhh! —Se lanzó sobre mí y me rodeó el cuello con los brazos, sus labios besaban mi piel mientras hablaba—. Pero no quiero ser paciente.

Por un segundo, me congelé y luché contra el instinto de apartarme.

«Joder, joder, joder…».

Cerré los ojos y conté hacia atrás: 10, 9, 8… Después abrí uno y me di cuenta de que no tenía ganas de echarme ácido en la cabeza.

7, 6… Eché los hombros hacia atrás y me relajé un poco, me entregué a su contacto. 5, 4… Respiré por la nariz, todos y cada uno de los aromas deliciosos de Farrow me eran familiares. 3… Dejé de contar y empecé a permitirme disfrutarlo.

Su piel en la mía se sentía como el encuentro de dos terciopelos. Se deslizaba como una seda y me estrujaba hacia ella. Era… placentero. Y marcaba la primera vez que la veía soltarse. Había dejado de actuar como una guerrera, y estaba radiante sin esa armadura pesada de por medio.

Un hilo de orgullo se me hilvanó en el pecho: me había elegido *a mí* para bajar la guardia; el villano frío y cruel de su cuento de *Cenicienta.* Y lo peor de todo era que dudaba que se hubiese dado cuenta de que lo había hecho.

Entretejí los dedos en su pelo y después no supe muy bien qué hacer con ellos. ¿Acariciarle las ondas? ¿Pasarle los dedos por los mechones? ¿Darle unas palmaditas en la cabeza como si fuese una colegiala que acaba de recibir una nota de felicitación en el cuaderno? Los dedos me temblaban. Casi doy un paso atrás abrumado por tantas opciones.

«Esto está ocurriendo. Sí, está pasando y no quiero que termine».

Apoyé mi mejilla sobre la suya, disfrutando del hecho de que podía hacerlo.

—El tiempo pasará volando, ya lo verás.

—¿Cómo lo sabes? —Su aliento me hizo cosquillas en la oreja.

No me encogí. No temblé. No retrocedí.

—Porque es lo que ocurre cuando uno se lo pasa bien.

—Contigo pasan muchas cosas, Zachary Sun, y pasarlo bien no es una de ellas.

—Tu entrepierna está en total desacuerdo con eso.

—Mi entrepierna no es quien decide aquí.

—Pero quizás debería serlo, criatura deliciosa. Soy su mayor admirador.

Sus dedos subieron por mi cuello, rodeando mis mejillas. Se apartó de nuestro abrazo y levantó el mentón hacia mí, con las pupilas dilatadas mientras asimilaba nuestra posición. La proximidad. El *contacto*. Nuestros ojos se encontraron. Los suyos brillaban como el Mediterráneo resplandeciente, tan increíblemente azules que no pude apartar la mirada. Abrió los labios y bajé la mirada para recorrerlos con mis ojos.

—¿Crees que podría…? —Dejó su pulgar sobre mis labios, flotando sobre ellos—. ¿Crees que podría besarte una sola vez? Quiero decir, besarte *de verdad*.

—Farrow… —Su nombre salió de mi garganta con un sonido seco y gutural.

—¿Crees que estás listo para un beso, Zach?

«No. Sí».

Hice un esfuerzo por aparentar confianza, enterrando mis dedos en sus costados.

—Cariño, estoy listo desde que te sentaste en esa mesa de go vestida con ese camisón medio transparente e intentaste fingir que eras una de nosotros.

—Nunca intenté fingir nada, tonto. Sabía que destacaría y estaba orgullosa de ello.

Sonrió y, en ese instante… Nunca había algo tan milagroso, tan impresionante, tan… *¡A la mierda!* Borré el espacio que quedaba entre nosotros y pegué los labios sobre los suyos.

Por un momento, nos respiramos mutuamente. El aire crepitaba entre los dos como fuegos artificiales. Sus labios eran suaves y tibios, y flexibles, en contraste con el resto de ella. Sentí un hormigueo en cada célula de mi cuerpo. Era como si nos estuviéramos fundiendo el uno en el otro, y quería más.

Despacio, *muy pero muy despacio*, le abrí la boca y deslicé la lengua por su labio inferior. Ella dejó escapar un pequeño gemido, y recordé lo que Tabitha había dicho antes de que la enviara al infierno: Farrow no sabía amar, era incapaz de sentir. No habría nada de qué preocuparse por ella, pues su corazón no se rompería. ¿Pero el mío?

Su lengua se encontró con la mía y se deslizó por mi boca, ahuyentando mis pensamientos. Fue una sensación extraña, hasta algo incómoda. Tener un órgano de otra persona dentro de mi cuerpo me ponía los pelos de punta.

Me quedé congelado, pero Farrow no se detuvo. Deslizó las uñas por mi nuca, lo cual me envió unos escalofríos por la espalda. Se tomó todo el tiempo del mundo para sacar su lengua de mi boca. Y solo una vez que lo hizo me di cuenta de lo mucho que me gustaba tenerla ahí, tener una parte de ella dentro.

Entonces tomé las riendas yo, la cogí por los hombros y volví a besarla, con entrega. Nuestras bocas lucharon por un momento, mordisqueaban y rebotaban y besaban y gruñían. Me tragaba cada quejido y cada ruido que ella emitía, agarrándola por el cabello y empujándola hasta que su espalda chocó contra la pared. Ambos tropezamos con las sábanas desechas y los almohadones arrugados, riéndonos sin dejar de besarnos. Quería devorarla. Comérmela entera y chuparme los dedos al terminar.

—Qué delicia —dije mientras con la lengua seguía persiguiendo la suya por dentro de su boca, girando y acariciando y buscando cada rincón—. Tienes un sabor que es una delicia.

Saqué los dedos de su pelo y acerqué las manos a su garganta delicada. Le incliné la cabeza a un lado y le besé el cuello. Se sentía tan frágil en mis brazos, mientras movía las caderas para encontrarse con mi pene erecto. Me estremecí de anticipación, listo para penetrarla contra la pared hasta atravesarla y llevarla a otra dimensión; estaba muy excitado, la deseaba con todo mi ser. Me buscó con la boca y nos besamos otra vez, como si nuestras vidas dependieran de ello.

—La ropa. —Hundió las uñas en mi camisa y me la arrancó, agitada—. Ya no la necesitamos.

Por mi parte, estuve completamente de acuerdo. Ella empezó a tironear de los botones de mi camisa cuando se oyó la puerta del piso de abajo que se abría de una patada y se estrellaba contra la pared.

—¡¡Ya he vuelto!! —Regina había vuelto. *Genial.*

De un segundo a otro, Pulpi me alejó de un empujón. Me tambaleé hacia atrás, frustrado y caliente y temblando de nervios, maldita sea.

—No podemos hacer esto. —Fae se limpió los labios hinchados y magullados—. Nadie puede enterarse de que estoy haciendo el tonto con un hombre comprometido.

—Ese compromiso no vale una mierda —le recordé. Eileen me había escrito ayer mismo para decirme que quería volver a Nueva York tan pronto como el calendario se lo permitiera.

—No, tu *relación* es una mierda. Pero el compromiso es bien serio.

Tenía razón. La miré a los ojos, frustrado y molesto. Las voces susurrantes del piso de abajo no dejaban lugar a dudas: Tabitha había informado a Regina de los últimos acontecimientos.

Farrow se frotó la cara y gruñó:

—¿Qué quieres, Zach?

«Quiero sumergirme en tu calor un poco más, para que, cuando regrese a mi fría y entumecida vida, no me congele».

—Quiero que ambos honremos nuestra promesa. —Besé la parte superior de su cabeza, deteniéndome por un momento para dejar que el secreto aroma de su cuerpo se filtrara en mi sistema—. Arréglame, Farrow.

Cada segundo que pasaba, en que ella estaba más cerca de desprenderse de Vera y sus hermanastras, era un segundo que nos alejaba. En el momento en que ya no me necesitara, se iría.

«¿Y qué si lo hace?».

Yo volvería a mi existencia anterior, tan pacífica y tranquila.

Estructurada, despiadada y solitaria.

Sin vida.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Farrow: Hay novedades sobre el testamento de papá.

Farrow: Voy a poder impugnarlo.

Farrow: Ari?

Farrow: ¿Estás por ahí?

Farrow: Estás despedida como mi mejor amiga.

Farrow: Vale, no lo estás. Pero vuelve pronto. Te necesito.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Farrow

Dos días después de mi cumpleaños, volvía a limpiar inodoros y repasar ventanas. Mis rodillas raspaban las baldosas del baño de la habitación de invitados de Zach mientras vertía lejía dentro de un retrete que no había usado nadie durante al menos una década. Los vahos me hacían cosquillas en la nariz y me quemaban los ojos.

Zach vagaba por la casa como un fantasma desquiciado, dando órdenes y proyectando una sombra oscura y formidable sobre Natalie y el resto de su personal. No había trabajado nada desde la mañana, sino que había ido asomando la cabeza en las distintas habitaciones por las que yo me movía y exigía saber qué iba a almorzar, qué haría después del trabajo y si podíamos pasar tiempo juntos.

Supuse que «pasar tiempo juntos» debía entenderse como frotar nuestros genitales hasta encender el fuego. Y, por más vergonzoso que sonara, la idea no me disgustaba para nada. Sí, él estaba

comprometido, pero yo había leído el grueso contrato con Eileen, que había quedado sobre su escritorio. Ninguno de los dos quería compartir habitación, ni tocarse, ni siquiera vivir juntos, ni en la misma ciudad. Incluso había escuchado sus conversaciones, y sonaban como dos hermanos viejos que apenas se toleraban mutuamente por el interés común de dividir una gran herencia.

Aun así, algo me devoraba por dentro y por fuera, desgarrándome poco a poco.

Cambié el spray de lejía por cera de abeja y unos trapos de limpieza, y pasé a los armarios de madera. Detrás de mí, oí el crujido de la puerta que se abría. Me limpié el sudor de la frente con el codo y ni me molesté en mirar al intruso.

—Ya te lo he dicho… quiero macarrones con queso y una hamburguesa enorme para almorzar. —Suspiré—. Y sí, no vuelvas a decirme que no tengo cinco años. No me impor…

—Levanta ese culo, Cenicienta. Nos vamos de aquí.

Giré la cabeza de golpe y me encontré con Dallas, que ocupaba todo el espacio de la abertura de la puerta, ataviada con un abrigo de imitación de leopardo, un sombrero rosa de vaquera, gafas de sol adornadas con diamantes y una cantidad de maquillaje en la cara que alcanzaría para volver a pintar la Capilla Sixtina. Parecía… *desquiciada.* Pero también adorable al máximo.

Yo seguía de rodillas, tratando de no tener un episodio de epilepsia con solo verla.

—¿Qué haces aquí?

—Celebrar tu cumpleaños, tonta. —Dallas se arrancó las gafas de los ojos y sonrió—. Siento haber tardado más de un día en organizarlo. Estaba limando asperezas.

Ella irrumpió dentro, protegiendo su nariz (y a su bebé) de los vapores con los dedos pellizcados.

—En marcha. Tenemos un vuelo en treinta minutos.

—Un… ¿*vuelo*? —Me levanté de un salto, con los ojos desorbitados —. ¿Qué quieres decir con un vuelo? No tengo ni el pasaporte encima.

Me hizo un gesto despreocupado con la mano.

—No te preocupes, no saldremos del país.

La dejé arrastrarme fuera del baño por la muñeca por el único hecho de que me negaba a ser responsable de dañar a su bebé.

—No tengo ni una muda de ropa.

—He hecho la maleta por ti. —Prácticamente irradiaba alegría por la voz mientras iba hacia el pasillo dando los saltos—. Espero que te gusten los tangas y los calentadores de pezones de cuero.

Honestamente, no sabía si estaba bromeando o preparándome para lo que estaba por venir.

—Mi documento… —No terminé la frase.

—Volamos en avión privado. No necesitas nada.

Privado. Mierda. Dallas iba en serio. Estábamos a punto de salir por la puerta principal cuando Zach se materializó como un murciélago del infierno y nos bloqueó el paso. Era el epítome perfecto del hombre alto, moreno, guapo y psicótico. La oscuridad se deslizaba por sus hombros como humo y se arrastraba hacia mis pulmones. Llevaba un jersey negro de cachemira y pantalones color carbón que le envolvían el cuerpo, combinados con un grueso reloj de pulsera.

Se cruzó de brazos, con la mirada muy atenta y los ojos fijos en Dallas:

—¿Dónde crees que te la llevas?

—No es un jarrón decorativo viviente de tu pertenencia, Zach. Es una persona. —Dallas levantó el mentón hacia él—. No la estoy llevando a ningún lado. Nos vamos las dos juntas.

Él cerró los ojos y respiró hondo. Los abrió de nuevo y todavía parecía listo para explotar en llamas de la ira:

—¿A dónde estáis yendo juntas?

—A divertirnos. —Dallas tocó con un dedo su sombrero de vaquera y le guiñó un ojo, llena de buenas vibraciones—. Como cuando uno se ríe y se lo pasa bien, y no elucubra un asesinato masivo de todas las personas con las que está en desacuerdo. Búscalo en Internet, te juro que ese estado existe.

—Tenemos planes. —Sus fosas nasales se ensancharon, y se acercó tanto a su rostro que temí que la tocara sin querer y que un vómito saliera proyectado por todo el suelo. Acababa de pulirlo hacía una hora.

—Sí —se pasó una mano por su barriga embarazada—, ya he visto lo que tienes planeado para ella: otro día de trabajo. Por eso se viene conmigo.

Zach se acercó aún más hacia su cara.

—De ningún modo.

—Muy buena la actuación de cavernícola, Zach. —Me aferré al brazo de Dallas, haciendo sonar nuestras pulseras de la amistad—. Ahora ve a gruñirle a otra persona.

—Me ofrezco como voluntario. —Era la voz despreocupada de Romeo que nos llegaba por detrás de la espalda de Zach mientras se acercaba—. A propósito, Sun, será mejor que te alejes de la cara de

mi esposa si no quieres averiguar cómo es mear dentro de una bolsa durante el resto de tu vida.

Zach no se echó atrás.

—Farrow tiene planes.

—Farrow tiene boca. —Romeo lo tiró hacia atrás del cuello de la ropa—. Si quiere quedarse, puede decirlo.

Los ojos de Zach se deslizaron hacia los míos, en busca de ayuda. La verdad era que quería quedarme con él, pero precisamente por eso no debía hacerlo. Nunca sería mío, solo era un préstamo temporal. Necesitaba invertir mis emociones en otras personas. ¿Y Dallas? Era una apuesta segura, de las mejores que había visto en mi vida.

Negué con la cabeza.

—Nos vemos luego. —Pasé junto a él con Dallas pisándome los talones—. Disfruta de tu pescado crudo y tus neuronas recalentadas.

Romeo apoyó una mano en la espalda de Dallas y nos condujo hacia una elegante limusina negra mientras decía:

—Ya has oído a la dama.

—No puedes irte sin más. —Zach me seguía de cerca, haciendo caso omiso de los otros dos—. Estás en tu horario de trabajo.

El frío se me caló en los huesos, pero lo ignoré.

—Despídeme.

Ya había llegado a la limusina. El conductor estaba de pie delante de la puerta y la tenía abierta para mí. Le sonreí, a punto de deslizarme dentro, cuando Zach me agarró por la parte trasera de un brazo sobre mi camisa e intentó detenerme.

Recuperé mi brazo de un tirón y me giré de golpe.

—Ni se te ocurra fastidiarme esto.

Dallas se acomodó en el asiento trasero y Romeo le dio un beso a través de la ventana mientras le susurraba una despedida sobre la sien.

Hice un gesto hacia ellos. Y dije:

—Este es mi momento Cenicienta. Pasar tiempo con una amiga nueva. Ir a un lugar divertido. Sentirme por un día como un ser humano de pleno derecho y no solo la asistenta de alguien. No me importan los planes que hayas hecho, Zach. Organizaste una fiesta de compromiso el día de mi cumpleaños. Trabajo tantas horas para ti que es ridículo, así que esto me lo tengo permitido.

Sus ojos rodaron en las cuencas y se bebían a sorbos cada milímetro de mi cara.

—No te quiero sentada en un vehículo sin protección. Al menos llévate el mío.

Se me hundieron los hombros y parte de mi ira se disipó. Le acerqué una mano al pecho, y me encontré con el galope salvaje de su corazón; los golpes eran tan intensos que me lastimaron la palma.

—Si yo siempre conduzco mi Prius, Zach.

—Y a mí siempre me dan pequeños infartos cuando te veo hacerlo. —Parecía realmente molesto por ello. Después, al darse cuenta de cómo sonaba lo que decía, añadió—: Tú eres mi oportunidad de normalidad. Estoy totalmente involucrado en tu vida hasta que… te descarte.

—¡Qué romántico!

—Es triste, pero te aseguro que es de lo más romántico que he dicho jamás.

—Estaré bien.

Me agarró por los codos y luché contra el impulso de besarle.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Enredó los dedos en mi pelo y me tomó por la cabeza. Se me cortó la respiración en medio de la garganta cuando me di cuenta de que estaba a punto de besarme. Deseaba que me besara con toda mi alma, más de lo que quería sobrevivir al resto de nuestro contrato. Pero justamente por eso tenía que ponerle fin. Por mí, Zachary Sun rompería todas sus reglas. Pero, *para él*, yo rompería mi propio corazón.

Giré la cabeza en el último segundo.

Los labios de él se posaron sobre mi mejilla, y se rozaron contra una lágrima solitaria que se me escapó de un ojo.

—Que te diviertas —dijo con voz ronca.

—Gracias.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Farrow

—A ver, toma. Prueba este. Pato *jianbing*. —Dallas abrió una bolsa de mantecados y se metió uno en la boca—. ¿Qué tal estaban las galletas de té escocesas, por cierto?

Le di un mordisco a una rebanada de *biltong jerky*, uno de los casi dos mil tentempiés que teníamos delante.

—La perfección de un orgasmo oral —le contesté.

No habíamos siquiera despegado todavía y Dallas ya había probado la mayor parte de la comida con la que Romeo le había llenado el avión: sus platos favoritos de cada país; era obvio que los había visitado todos. Me quedé mirándola con una mezcla de alarma y asombro. ¿Cómo podía meter toda esa comida en su cuerpo?

Frankie pataleó en el sofá de enfrente. No podía sacarle los ojos de encima. Era la hermana menor de Dallas. Tenía ese tipo de belleza que desafía tanto a la naturaleza como a la lógica, con ojos verdes felinos, labios carnosos y unos mechones exuberantes color castaño que le caían en cascada hasta el trasero.

—No mires a mi hermana de esa manera. —Los ojos de Frankie se entrecerraron—. Ella come por dos.

Incliné la cabeza a un costado y completé la frase:

—¿Por dos… luchadores de sumo?

Se echó a reír y Dallas se inclinó para darle un manotazo en el brazo.

—Te dije que era divertida.

—También me dijiste que puede matarme con un palillo. —Frankie se abanicó y frunció las cejas—. ¿Es así?

—Es una ligera exageración. —Tomé mi cóctel y bebí un sorbo—. Pero sí sé cómo causar un daño importante con un objeto afilado. ¿Por qué?

—Tengo algunos nombres y direcciones. —Frankie sacó un caramelo de su envoltorio y se lo metió en la boca—. Pero ya hablaremos de trabajo en otro momento, ahora vamos a celebrar tu cumpleaños.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo puedes celebrar el cumpleaños de alguien que no conoces?

—Tienes el visto bueno de mi hermana. Cualquiera que supere sus estándares es digno de celebración.

El avión empezó a rodar y, al rato, despegó y atravesó las densas nubes plateadas. No había preguntado ni adónde íbamos. El destino no tiene casi importancia cuando se está bien acompañado, y esas chicas eran de lo mejor que puede pedirse en el mundo de las mejores amigas.

—Cambiando de tema. —Dallas se chupó el dedo para limpiarse las migas, cogió una bolsa de viaje de un asiento y la lanzó a mis brazos—. Date una ducha y cámbiate. Pronto aterrizaremos en Nueva York.

Nueva York, una de mis ciudades favoritas. El corazón me dio un vuelco de felicidad. Me colgué la bolsa sobre un hombro, caminé al baño y abrí la puerta.

Al llegar ahí, solté la bolsa de golpe y se me salió un chillido por los labios.

—¡Ari!

Mi mejor amiga estaba en el umbral, radiante, preciosa y sonriendo como una loca.

—¡Por fin! Llevo siglos aquí escondida.

Nos abrazamos de un salto, con chillidos tan fuertes que podrían haber sorprendido hasta a los mapaches. Me abrazó con tanto ímpetu que me crujieron los huesos.

La balanceé de un lado a otro.

—¿Qué haces aquí?

—Tu nueva mejor amiga me llamó para darte una sorpresa. —Se rio en mi oído—. Es un tesoro, ni loca la dejes ir.

—¿Mejor amiga? Es el ascenso más rápido que me han dado en toda la vida. —Dallas apareció en la puerta, con un hombro apoyado en el marco—. Aunque, pensándolo bien, también es mi primer puesto de trabajo.

Ari se separó de mí y miró a Dallas de arriba abajo.

—Nena, sin duda has pasado por muchas posiciones para llegar donde estás hoy.

Dallas se pasó la palma de la mano por la barriga de embarazada.

—No tienes ni idea.

—No, pero quiero oírlo todo.

Después de más chillidos y risitas, Ari y Dallas se fueron solas a la cabina y yo me di una larga ducha, me lavé el pelo y me lo sequé

con secador. Y me calcé a la fuerza unos vaqueros apretadísimos y una sudadera de diseño con capucha que Dallas me había elegido. La ropa tenía una nota que decía:

No todas las chicas quieren un vestido para sentirse hermosas.
Algunas deslumbran con unas botas de combate y una espada.
Una de estas se ha convertido ya en una gran amiga para mí.
Feliz cumpleaños, F.
Dal

Cuando terminé, el avión ya se preparaba para el aterrizaje. Y, pasado un rato, estábamos las cuatro en la pista, donde un chófer uniformado nos llevó a Angelo's.

—Es el mejor restaurante italiano de todo Nueva York. —Dallas sacudía los pies en el asiento trasero de la limusina—. Y yo los conozco todos.

Ari y Frankie se rieron.

Dallas no; ella se quedó mirando a los ojos a mi mejor amiga, con una cara más seria que si estuviera sufriendo un infarto.

—No es broma, ¿eh? ¿Sabías que hay dos mil cuatrocientos? Y eso sin contar los clandestinos.

La sonrisa de Ari desapareció. Me dio un codazo y me susurró al oído:

—¿Dónde encontraste a esta chica?

—En una cena. —Me encogí de hombros y sonreí a Dallas—. ¿Dónde iba a ser?

Después de una cena de siete platos, en la que comí en nombre de toda la nación belga, tomamos unos cócteles en un bar cercano.

Frankie mostró un documento falso y nos invitó a cinco rondas de chupitos a todas.

—¿Cómo puedes permitirte esto? —Dallas se la quedó mirando—. Estaba segura de que papá te había confiscado la tarjeta de crédito desde que compraste esa islita a la que querías enviar a los perros policía retirados.

—¿Puedes creer su falta de altruismo? —Frankie miró al techo con un gesto de hartazgo en el rostro y se bebió de un trago su cóctel de frutas—. Esos perros han hecho más por el país que la mayoría de los políticos.

—Te lo volveré a preguntar, hermanita. ¿Cómo puedes permitirte esto?

—Ah, Oliver me dio dos de sus tarjetas de crédito. Es un tesoro.

Dallas se atragantó con su cóctel.

—¿Estás viéndote con él?

—No. —Frankie soltó una risita, como si la respuesta fuera obvia —. Le mandé un mensaje en que le decía que necesitaba tomar prestada una tarjeta o dos, y me las envió con un mensajero.

—Frankie, una tarjeta de crédito no es como un vestido de fiesta. No es algo que puedas pedir prestado.

—Por supuesto que sí. ¿O cómo crees que he estado financiándome la vida durante las últimas tres semanas?

Para cuando llegamos a Broadway a ver un espectáculo, ya no solo estábamos alegres, sino borrachas como una cuba.

—¿Qué vamos a ver? —Solté un hipido mientras me tambaleaba sostenida por los brazos de Dallas.

Ella se había tomado tres margaritas sin alcohol mientras nosotras tres íbamos cada vez más perjudicadas. Mirábamos su *mocktail* con

resentimiento y resoplábamos: «¡Qué ironía que los cócteles para embarazadas se llamen vírgenes!».

—Cenicienta. —Frankie se movía suelta dentro de su vestido de la década de los cincuenta, como un capullo en flor—. Solo está en cartel durante cuatro semanas. Es genial, ¿verdad?

«Es apropiado, ¿verdad?», corregí en mi mente.

Por mucho que intentara huir de la comparación, siempre volvía a mí como un bumerán. Ari me apartó de Dallas para asegurarse de que no la aplastara, pasando mi brazo sobre su hombro para llevarme dentro del teatro. Los espectadores entraban y salían del edificio.

Llegamos a nuestros asientos y nos dejamos caer en ellos entre ataques de risa sin motivo. Frankie y Ari sacaron una pequeña tiara de una bolsa de marca y la colocaron en mi cabeza. El espectáculo fue increíble y tuve que esforzarme para no llorar durante la mayor parte de la función. Para cuando salimos al gélido aire de principios de invierno, todo lo que podía pensar era que Dallas tenía razón: «A veces, tienes que escribir tu propia historia para conseguir tu final feliz».

—Bueno… —Ari apretó el hombro contra el mío y caminó más rápido que las hermanas Townsend a propósito para dejarlas atrás —. Cuéntame qué pasa con Zach.

—Tenemos algo y él está comprometido. —Apenas reuní la energía mínima para levantar un hombro—. Así que, ya ves, es bastante jodido.

—Dallas dice que lo tienes como a un cachorro. —Ari me escaneó el rostro—. Que te sigue a todas partes y anda apuñalando a cualquiera que se atreva a acercarse a ti.

—Ja, ja.

—¿Eso significa que se hace pis encima cada vez que te ve?

—Espero que no, porque me ocupo de lavarle la ropa.

No tenía ni idea de a dónde íbamos, y estaba empezando a entender que no importaba. Tarde o temprano, una limusina aparecería de la nada y nos llevaría a todas a un aeropuerto privado, desde donde volaríamos de regreso a casa en un avión de lujo que parecería un ático de soltero en Manhattan. Así vivía Dallas Costa, la chica más encantadora de todo Estados Unidos.

—Me desea —admití y sentí que se me apretaba la garganta alrededor de una bola de ansiedad—. Pero es más grande el deseo por complacer a su madre, así que lo nuestro no tiene ni pies ni cabeza.

Pero sí tenía alma y corazón, y eso me asustaba. No le conté a mi mejor amiga el porqué de la fascinación de Zachary Sun hacia mí; que le había pasado algo que lo hacía vivir en un invierno en que le aterraba toda vida humana y que yo era su única esperanza de salvación, aunque no tenía ni idea de qué lo había dejado así.

—¿Y qué pasaría si el deseo por ti fuera más que el de complacer a su madre? —Ari rodeó mi codo con su brazo—. ¿Qué harías?

Nos detuvimos en un cruce, Dallas y Frankie nos alcanzaron. Tragué saliva. Había evitado la pregunta durante un tiempo. Después de un momento, dije:

—Si me permitiera tener esperanza, me permitiría romperme. Y nunca he tenido el privilegio de hacerlo.

Una limusina se detuvo frente a nosotras, aparcando en doble fila. El conductor bajó y nos abrió la puerta.

Me deslicé dentro del coche, sabiendo que no le había dicho toda la verdad a Ari, porque una parte de mí ya se había resquebrajado.

Y, cada día que pasaba, Zach abría esa fisura un poco más.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Farrow

Debido a mi ligera embriaguez, la mansión Sun me parecía una casa de jengibre, con la nieve que se arremolinaba en los alféizares como un glaseado espeso. Me tambaleé sobre los zapatos que me había prestado Dallas y me estremecí cuando la puerta de la limusina se cerró con un golpe seco detrás de mí. La absurda tiara de plástico se resbaló de mi cabeza.

Me agaché para recogerla y casi me caigo para atrás al ver a Natalie salir furiosa de la mansión, con unas carpetas apretadas contra el pecho.

—Ah. —Se le curvaron los labios hacia abajo—. Ya has vuelto.

Como siempre, su apariencia era impecable y parecía tan desgraciada que daba miedo. Volví a ponerme la tiara en la cabeza y me eché la bolsa que Dallas me había regalado al hombro.

—Pareces decepcionada de verme.

Natalie me había tratado con desdén desde mi primer día. Normalmente, lo dejaba pasar, incluso cuando derramaba sus bebidas «accidentalmente» para que yo las limpiara.

—Lo estoy —dijo, y dio la vuelta para seguirme dentro de la casa —. Antes de que llegaras, estábamos empezando a conocernos mejor. Con el señor Sun, digo.

Dejé la bolsa en las escaleras y me dirigí a la cocina a por un vaso de agua; la escuchaba a medias.

La tenía pegada como una sombra, tan cerca que me incomodaba.

—Estábamos construyendo algo hasta que lo confundiste con tu… tu… —Natalie tomó aire y me miró de arriba abajo, tratando de averiguar lo que Zach veía en mí.

«Vaya, un *déjà vu*».

—¿A ti también te crio Constance? —Me quité los zapatos en el pasillo con el cerebro un poco confuso, pero con un recuerdo algo vago de que Zach detestaba que se pisara la casa con ellos.

Natalie me ignoró, entró con pasos pesados a la cocina y gesticuló señalándome de arriba abajo:

—No sé ni qué ve en ti.

Cogí un vaso y lo llené de agua del grifo. Me lo llevé a los labios.

—Muy maduro de tu parte.

—Tienes que desaparecer. Está comprometido. Ella no le permitirá que te quedes.

Ja. Si Natalie supiera que ni Zach ni yo planeábamos vernos después de las próximas semanas… Y no es que a Eileen le importara demasiado. ¡Si había sido ella la que había pedido la cláusula para las citas extramatrimoniales, por si alguna vez *ella* superaba su aversión a la gente!

—Gracias por el consejo, Natalie, pero a Zach no le gusta que le ande merodeando la gente por aquí fuera del horario laboral. —Agité los dedos delante de ella para que se marchara—. Vamos, andando.

—Espera… ¿En serio crees que le importas?

«No. Sí. Tal vez un poco».

Lo que sí sabía es que le gustaba a su cuerpo y que su mente disfrutaba de mi compañía. Pero también sabía que podía decirse lo mismo de un juguete sexual, así que no le contesté la pregunta, tiré el sobrante de agua y enjaboné el vaso.

—Sabes bien que no eres más que un juguete para él. —Natalie me observaba con una sonrisa sesgada, como si esperara que sus palabras me afectaran—. Os he visto merodeando por la casa y te aseguro que no eres más que eso. Lo de Eileen va en serio.

Mantuve la expresión neutral en el rostro mientras me enjuagaba la espuma y me decía por dentro lo que siempre me decía cada vez que Reggie me informaba de que necesitaba limpiarse los ojos con lejía después de mirarme: «El odio no tiene nada que ver con lo que te falta, sino con que alguien ve en ti algo que desea y se da cuenta de que no puede tenerlo».

—Todavía no me crees, ¿verdad? —Soltó una carcajada—. Míralo cuando está contigo y luego míralo cuando está con Eileen. Esa es toda la respuesta que necesitas.

Dejé el vaso en el fregadero con demasiada fuerza. Se resquebrajó y una diminuta astilla se clavó en mi palma. Empecé a sangrar. Por fuera y por dentro.

«¿Por qué, Fae? Si no es más que un acuerdo».

Pero era más que eso. Y era hora de que me lo confesara.

Dejé la mano dentro de la pileta de la cocina para que Natalie no la viera. Por siempre fiel al animal herido que yo era, en la lucha por mantener las apariencias.

Me obligué a sonreír, sintiendo cómo el aturdimiento se desvanecía.

—¿Eso es todo?

—Quizás quieras echar un vistazo al comedor. —Natalie se encogió de hombros, insatisfecha porque no había logrado hacerme llorar—. Te borrará esa sonrisa socarrona que tienes.

De hecho, no fui al comedor a ver nada.

Primero, fui a la oficina de Zach, subiendo los escalones de dos en dos, ansiosa por terminar la noche mágica con él. Las puertas se chocaron contra los topes cuando irrumpí en la habitación; los había hecho instalar unas semanas atrás, después de ver cómo hacía tambalear los estantes cercanos al marco de la puerta al limpiar.

Entré en el despacho, descalza, miré para todos lados y me detuve para acariciar una piedra de go.

«No está aquí».

Después, fui a su dormitorio y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Abrí de golpe y asomé la cabeza para echar un vistazo a su cama; estaba hecha. Con un resoplido, empecé a ir de habitación en habitación, sin encontrar nada. Bajé las escaleras y fui hacia la única habitación que no había querido comprobar por principios. Sin embargo, a medida que me acercaba al comedor, me iba llegando el tintineo suave de los utensilios.

Giré la muñeca y miré la hora. Las diez. Zach siempre cenaba a las siete. Las piernas me llevaron hacia delante. Una luz suave se derramaba por el pasillo. La música en vivo me acarició los oídos: violines, flautas… ¡Hasta una maldita arpa! Un maremoto de aromas deliciosos se abalanzó sobre mí: lasaña, budín de canela, tocino confitado… Todos mis platos favoritos.

Zach lo sabía. Se lo había dicho una vez mientras movía una piedra de nuestro juego de go interminable: «Cualquier cosa que sepa como la comida de otra familia. Así puedo cerrar los ojos y fingir que yo también tengo una».

Sentí una semilla de emoción que se plantaba en el vientre y echaba raíces.

«No puede ser. ¿Acaso él…?».

Llegué hasta la puerta dando saltitos, con la tiara aferrada al cabello como si la vida se le fuera en ello; aunque cayó por la alfombra cuando doblé la esquina y me detuve en seco. Mi corazón chocó contra mis costillas con la misma fuerza. Era un milagro cómo algo tan doloroso podía ser tan silencioso.

Zach estaba sentado en la larga mesa, de espaldas a mí, cenando con Eileen; un precioso vestido color rosa pálido caía sobre su figura esbelta. El salón brillaba con un tono rojizo. Había rosas. Rosas por todas partes. Asfixiaban el espacio como un baño de sangre. Y las velas. Por Dios, las velas. Iluminaban cada rincón del lugar.

Quedé paralizada. No podía moverme. Las palabras de Natalie me rebotaron en los oídos: «Míralo cuando está contigo y luego míralo cuando está con Eileen».

Estaban compartiendo una cena romántica.

La estaba cortejando.

El cortejo no era parte del contrato. Lo había leído entero; incluso había espiado los cambios realizados en el documento de Word.

Eileen se inclinó sobre la mesa y le susurró algo a Zach, que estaba erguido como una estatua. Pude darme cuenta del momento en que ella se percató de mi presencia. Una pequeña sonrisa se le

dibujó en los labios. Mantuvo el contacto visual conmigo, echó la cabeza hacia atrás y se rio de algo que había dicho él.

Entonces lo entendí. La petulancia de Natalie. La advertencia. Ella sabía en qué me estaba metiendo.

Caminé hacia atrás y me choqué contra una lámpara. El golpe sonó en el aire, justo al mismo tiempo en que la orquesta tocó la última nota de Beethoven. Atrapé la lámpara en el último minuto antes de que cayera al suelo.

Zach levantó la cabeza.

—Farrow.

Nuestras miradas se cruzaron. No sabía por qué, pero no podía moverme. No podía ni soportar la idea de enfrentarme a él. No en ese momento.

«Retrocede. Vete. Aborta la misión».

Pero mis pies seguían pegados a la madera. Él se puso de pie y corrió hacia mí. El movimiento repentino me activó y me puse a correr.

Corrí más rápido que nunca, directo a mi Prius maltrecho.

Pero, al salir de la mansión, me di cuenta de que no tenía adónde ir. Mi supuesta familia no me quería, y yo tampoco las quería a ellas.

«Dallas». El nombre sonó dentro de mi cabeza como un disparo. Dallas me daría asilo.

Zach me siguió de cerca a ritmo lento mientras cambié de dirección hacia la mansión Costa.

—Farrow. —Aceleró el paso cuando se dio cuenta de que yo tenía un destino—. ¿A dónde crees que vas?

Empezó a lloviznar, las gotitas de lluvia me mojaron el rostro.

Sus pasos se detuvieron, vacilaron un segundo, luego continuaron resonando detrás de mí.

—Te estoy hablando.

Levanté un dedo hacia él, con gesto grosero, sin darme la vuelta y acelerando en dirección a la mansión Costa.

—Ya lo oigo, y desearía que dejaras de hacerlo.

—Pero, por todos los cielos, ¿qué demonios he hecho ahora para cabrearte?

«¿Pero este tipo no se da cuenta de nada?»

Pude oír cómo rechinaban sus dientes cuando me alcanzó y trató de agarrarme por el hombro. Lo esquivé, siempre más rápida que él. La lluvia se intensificó. El agua helada me chorreaba por la ropa.

—Vuelve a la mesa con tu cita.

—Farrow, ven aquí.

«Y una mierda».

Me negaba a dejar que me tratara como a un perro. Llegué a la puerta de Dallas y la golpeé con tanta fuerza que habría podido despertar a los muertos. Zach me sujetó del hombro y me giró hacia él. Lo vi a través de una cortina de lluvia, con el pelo peinado hacia atrás, todo mojado, y la cara oscura como un trueno. Tenía el traje de diseño ceñido al cuerpo portentoso y, por un segundo, me sentí celosa de la tela.

—Volvamos a casa, por favor. —Temblaba, pero no estaba segura de que fuera por el frío—. Ahora.

—Deja de darme órdenes.

—La verdad es que soy tu jefe, se supone que es lo que tengo que hacer.

«Oh, joder. Maldita sea».

—No estoy en horario de trabajo —lo corregí—. Puedo hacer lo que quiera. Y lo que quiero es no estar cerca de ti.

Oí unos pasos que se acercaban al otro lado de la puerta. Zach entrecerró los ojos al cielo, se estremeció con la lluvia, y luego los bajó hacia mí.

—Puedo explicártelo, si me dejas…

La puerta se abrió de golpe. Romeo Costa llenaba el marco, con un tamaño aproximado de un tanque T-54.

—¿Qué está pasando aquí?

—Nada. —Zach me agarró del brazo, con los dedos congelados—. Farrow y yo ya nos íbamos.

—¿Puedo pasar la noche en vuestra casa? —solté.

La expresión de Romeo pasó de la irritación a la confusión.

—Ah, joder. —Se pasó una mano por la cara—. Veo que Galletita vuelve a acoger a animalillos abandonados… Me prometió dejar de hacerlo después del cuarto gatito.

—No es un animalillo abandonado y no se va a quedar. —Zach tiró de mí de nuevo—. Vamos, Farrow.

Mantuve la atención en Romeo y me mantuve firme.

—¿Puedes llamar a Dal?

Yo sabía que no estaba siendo justa. Zach y yo teníamos un trato y hasta el momento, la única que lo había roto era yo, pero no podía evitarlo. ¿Por qué tenía que cortejar a Eileen en su casa? Tenía recursos para llevarla hasta la luna si quisiera. No tenía por qué echármela en cara a cada momento.

«¿Por qué te importa? ¿Y cómo podría él saber que te importa?».

Dios, realmente necesitaba enfrentarme a estos molestos sentimientos de una vez. Algún día. Solo que no ahora.

Romeo miró a Zach, con una ceja levantada.

Yo lo miré a él con el ceño fruncido:

—¿De verdad acabas de pedirle permiso a tu amigo? ¿Cuántos años tienes, cinco?

—Eso no ayuda a tu causa —dijo Romeo.

Y al mismo tiempo, Zach dejó salir un:

—No, para nada —arrastrando las palabras.

Aparté el brazo de un tirón y respondí:

—Oh, sí. Claro que sí.

Zach fulminó a Romeo con la mirada.

—Voy a hundir tu nueva empresa farmacéutica...

—Lo siento, amigo. —Parecía genuino en su disculpa—. Galletita se haría un caviar con mi esperma, y queremos tener más hijos.

—Farrow, *por favor,* te lo pido. —Zach escupió las palabras como si tuviera ácido en la boca—. Tenemos que volver a casa.

Por fin me di la vuelta y lo miré:

—¿Por qué?

—Porque sí. —Zach lanzó una mirada rápida a Romeo; las orejas se le estaban poniendo de color rosa, ocultas detrás de las gotas de lluvia.

Levanté una ceja.

—¿Porque sí?

—Porque no puedo soportar la puta lluvia. —Levantó las manos al aire—. ¿Contenta ahora? Se me dispara el trauma, mi estrés postraumático o como quieras llamarlo. Nunca jamás, en los últimos veintiún años, había salido cuando llovía.

La lluvia se convirtió en granizo y nos golpeaba cada centímetro de la piel. No podía creer lo que acababa de oír.

Romeo se aclaró la garganta y dijo:

—Os dejaré solos un momento. —Entornó la puerta sin cerrarla del todo—. Farrow, avísame si todavía necesitas un lugar donde pasar la noche.

Zach y yo permanecimos de pie el uno frente al otro. Ambos jadeábamos con fuerza. Tuve una idea. Una idea terrible. Pero una que necesitaba ejecutarse, fuera como fuera.

Metí la mano en el bolsillo en busca del objeto metálico.

—¿De verdad quieres explicarte?

Se pasó la mano por el cabello y tiró de él, lanzando las gotas de lluvia para todos lados.

—Desesperadamente.

—Vayamos corriendo hasta mi coche. Yo conduzco.

—Yo no puedo… —cerró la boca sin terminar.

—Estás listo, Zach, ya es hora. —Lo tomé por el brazo—. Estoy aquí para curarte, ¿no? Así que cúrate de una vez.

Cerró los ojos y se frotó los dedos sobre los párpados.

—Este acuerdo tiene demasiadas cláusulas comprometedoras.

—Somos una gran maraña de cláusulas, señor Sun, más te vale acostumbrarte.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Zach

El Prius atravesó Potomac, barriendo la lluvia con el parabrisas. Parecía tan ligero, tan insustancial frente a la naturaleza… «Una trampa mortal». Me agarré del apoyabrazos y le hundí las uñas hasta rasgar la tela barata, sin prestarle atención a mi pobre corazón, que me latía a diez mil pulsaciones por segundo.

«La sangre. Su cara. El olor de la carne quemada». Los recuerdos me arrollaron con la lluvia, como me pasaba siempre. Pero negarle a Farrow su solicitud significaba seguir con la discusión de antes, y no estaba dispuesto a ello.

«Entonces prefieres arriesgarte a perecer en esta trampa mortal, por lo que parece».

No fue mi acto más lógico, pero ya había descubierto muy rápido que la lógica no existía en lo que respectaba a Farrow Ballantine. Revisé dos veces el cinturón de seguridad, medio esperando que se partiera si tiraba demasiado fuerte.

—¿Es necesario que conduzcas como una loca que acaba de darse un atracón de cuatro kilos de cocaína?

Aceleró hacia las afueras de la ciudad.

—Ni siquiera me he saltado el límite de velocidad.

Quería estrangularla y besarla al mismo tiempo. Los dos goteábamos el agua salada sobre los asientos de su coche, con la ropa pesada y pegada al cuerpo.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

—No, quiero que me lo digas —exclamé, y después me di cuenta de que me comportaba como un imbécil una vez más; entonces me aclaré la garganta y le dije—: Necesito al menos algún tipo de control sobre la situación. Esto me está alterando.

Apretó los labios con fuerza y dijo pausadamente:

—Voy a llevarte a mi escondite. Donde iba cada vez que volvía de Seúl. Me pasaba los veranos encerrada en una casa en un árbol que me construí para mí sola.

La creí. Creí que esa mujer se había construido una fortaleza porque la vida no le había dado un reino propio. Miré las lágrimas que caían sobre el techo del coche y agradecí la distracción.

—¿Dónde queda?

—En el antiguo camino a la mina abandonada.

—Buen lugar para esconder un cuerpo.

—Hay que estar preparado para todo en esta vida. —Ella se encogió de hombros, con la muñeca reposando en el volante mientras aceleraba, sin darle importancia a la lluvia torrencial—. No te olvides de que convivía con Vera, Reggie y Tabby.

—Tu padre debería haberse divorciado.

O más aún, debía haberla abandonado en cuanto vio que Farrow no era bienvenida en su casa. Yo albergaba en secreto unos

sentimientos bastante retorcidos hacia ese hombre. Ya se había muerto, pero no lo suficiente como para expiar sus pecados.

Fae se mordisqueó el labio inferior; reflexionaba sobre mis palabras.

—Era como yo: quería una familia a toda costa. Y… supongo que eso lo cegó. La posibilidad de que lo aceptaran en una familia… —Hizo una pausa—. Por eso no quiero tener una relación. No quiero cometer el mismo error. No quiero dar demasiado de mí a la persona equivocada.

El coche se detuvo de golpe. Farrow tiró del freno de mano delante de la señal de estacionamiento restringido. Aferré la manilla de la puerta y reprimí un gruñido. El lugar estaba desierto, el Prius era el único coche a la vista en medio de la noche oscura. La miré de perfil mientras el pulso me iba volviendo a su ritmo normal. Observé la forma en que se le habían pegado las pestañas por la lluvia.

Me zumbaba el teléfono en el bolsillo, con un mensaje tras otro. Sin duda era Eileen. No lograba que me importara. Para alguien que decía no querer un romance conmigo, esa mujer me buscaba demasiado.

Farrow se volvió hacia mí.

—Mírate.

Me tomó las manos con las suyas. Me temblaban tanto que golpeaban contra la consola central. El calor me subió por el cuello y me calentó las mejillas y las orejas. Estaba avergonzado, aterrorizado, furioso y *vivo*. Tan jodidamente vivo que me asfixiaba con demasiado oxígeno. Jamás me había alejado tanto de mi zona de confort. Para mí, entrar en un coche que no fuese blindado era como saltar de un avión sin paracaídas. ¡Y encima con lluvia! Aquello

era como si me hubiesen pedido que me rajara las muñecas con una navaja.

—¿Quién te lastimó tanto? —Me miraba con esos ojos de ángel que veían el bien donde no lo había—. ¿Quién te hizo esto? ¿Por qué eres así?

Miré hacia los árboles que teníamos delante y los observé balancearse, como si fueran personas que rezaban en una misa.

—No soy de los que se ponen a hablar de sentimientos.

—Y yo no soy de las que se acuestan con el jefe que está comprometido con otra. —Me apretó la mano y me dio seguridad a su manera tan única—. Aquí los dos estamos fuera de nuestro elemento. *Habla.*

Y en ese momento, en el instante en que sentí que ese bosque se tragaría mi secreto y se lo llevaría hasta la tumba, decidí cometer un error táctico por ninguna otra razón que para complacer a esta mujer. Moví la piedra equivocada.

—Cuando tenía doce años, mi padre y yo salimos a buscar el regalo de aniversario para mi madre: el colgante.

Se le abrieron los ojos de par en par.

—El otro colgante del juego.

Asentí con la cabeza.

—Cuando volvíamos, un camión chocó contra nosotros y volcamos. Papá me protegió con su cuerpo y murió.

«Me llamo Sun, el sol, y soy el único sol del mundo que trae la oscuridad».

—Zach…

La interrumpí, y seguí el relato con tono neutro:

—Pero él no tuvo el privilegio de morirse enseguida. Ni yo tampoco. El cuerpo le quedó atravesado por un rastrillo y su muerte fue una agonía lenta. Me observó todo el tiempo hasta morir, con los ojos enrojecidos y el rostro cada vez más azul. —Farrow tomó aire pero no dijo nada. Yo seguí—: Lo vi perder la vida en tiempo real.

Todavía podía verlo morir delante de mí; no me costaba mucho evocar la imagen. La bilis me subió por la garganta. Me la tragué y me obligué a escupir el resto de lo que pasó.

—Por la forma en que volcó el coche, la gasolina se filtró en el motor. Tuvieron que desmontarlo pieza por pieza para sacarme. Durante horas, el cuerpo muerto de mi padre estuvo sobre el mío, con la sangre goteándome encima. —Farrow me apretó la mano con más fuerza y me animó a seguir—. Al principio, la sangre se me derramaba encima como una corriente. Pero al final eran gotas que me salpicaban la cara de vez en cuando. Ni siquiera me acuerdo de las últimas palabras de mi padre. —Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza, sabía que con eso no borraba el recuerdo, pero me hubiera gustado que pasara—. Ese día llovía. Y hacía tanto frío que estoy seguro de que papá lo sentía en los huesos cuando dio su último suspiro.

El aire se le salió de los pulmones con un suspiro y supe que sentía pena por mí, que la mayoría de la gente lo haría. Y era por eso que me había negado a relatarlo antes. Ni siquiera a la terapeuta que me había enviado Celeste Ayi hasta que tuve dieciséis años. Ni a Romeo ni a Oliver, que sabían lo que había pasado por los medios y por mamá.

Farrow susurró, sin soltarme la mano:

—¿El conductor iba borracho?

—No. —Giré la cabeza hacia el reposacabezas, con el agua empapándome el cuerpo a través de la ropa mojada—. Esa es la peor parte: no iba borracho, no era el malvado de la película. Solo era un padre de familia con cinco hijos que estaba sobrepasado de trabajo y se estiró para alcanzar su café en el portavasos y perdió control del vehículo.

Farrow me acariciaba la mano con el dedo pulgar y lo movía en círculos.

Enrosqué la otra mano en un puño y me hundí las uñas en la palma.

—Se pasó del límite de velocidad porque quería llegar temprano a casa, su hijo tenía un recital. Se declaró culpable de inmediato y nos escribió una carta de disculpa.

Se me ocurrió que Farrow había perdido a su padre en un accidente, también. La miré y me pregunté si oír hablar a alguien de la muerte de su padre despertaba algo en ella. Me encontré con la respuesta de inmediato. Tenía los ojos fijos en mí, con toda la atención centrada en nada más que en mí.

Me mordí el labio inferior.

—El caso nunca llegó a los tribunales. Él enseguida aceptó un acuerdo con la fiscalía y le concedió a su esposa un divorcio rápido para que pudiera seguir adelante y encontrar a alguien que se ocupara de la familia. Mi madre le sigue pagando la escuela a los hijos.

Fae enterró la cara entre las manos.

—Por Dios…

Me preguntaba si eso cambiaría su percepción de Constance. A pesar de todo lo negativo que tenía —y tenía mucho—, mamá no era

un ser humano horrible. Solo estaba muy equivocada, encadenada al dolor y luchando por existir sin tener el control total sobre cada aspecto de su vida y la mía.

—Me quedé con toda esta rabia dentro y sin tener a nadie contra quien dirigirla. —Me miré el regazo—. Y entonces, convertí la rabia en culpa.

Nunca le había dicho esas palabras a nadie; ni siquiera las había dicho a solas en voz alta. La verdad me atravesó el pecho como una bala. Había pasado tanto tiempo sin sentir nada en absoluto, que, desde que Farrow había entrado en mi vida, había sentido una sobrecarga sensorial. Ella era la prueba viviente de que existían los ángeles en medio del infierno.

—Lo siento tanto… —La voz me llegó a los oídos y me calmó donde me quemaba—. Siento tanto que el mundo haya sido tan cruel contigo y que hayas tenido que cargar con esto tú solo… —Entrelazó los dedos con los míos y siguió—: Más que nada, siento que nadie te haya enseñado que está bien sentirse mal y que sanar es como estar con el agua al cuello: te ahogas tanto como flotas. Lo que necesitas es tener a alguien con quien puedas llorar libremente, Zach. No una prometida.

—Hablando de eso… —Me solté de sus manos, todavía poco acostumbrado a tener tanto contacto—. Sobre lo que has visto hoy…

—No es cosa mía. —Farrow terminó la frase por mí—. Tenemos un trato. Sé que estás comprometido y debería haberme…

—Déjame terminar. —La miré a los ojos—. Había planeado esa cena para ti. Las velas. La comida. Las flores… Todas esas cosas incómodas de las películas.

—¿Acaso tú ves películas románticas? —Parecía desconfiada.

—Involuntariamente y solo para sacar ideas que te hagan sentir… *que no te uso*. —Esbocé una sonrisa—. Porque tenemos un acuerdo frío, pero eso no significa que debas sentir que me aprovecho de ti. —Hice una pausa y continué—: Ollie me hizo una lista.

Ella apretó los labios.

—¿Qué viste?

—Oh, por Dios, unas cosas horribles. —Me estrujé la camisa para secarme la manga y la hice reír aún más fuerte—. *Cuando Harry conoció a Sally*. ¡Qué porquería!

—Es un clásico —protestó Farrow—. ¿Qué tiene de malo?

—En mi opinión, dos personas con un pelo tan horrible no deberían procrear. De ahí solo puede salir algo malo.

Farrow echó la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas.

—¿Qué más odiaste ver?

—*Titanic*. ¡Pero si tenía sitio sobre esa puerta, Farrow! Hasta había espacio para tres personas si se apretaban un poco.

El coche tembló con la risa. No entendí por qué. No me parecía gracioso, solo le decía los hechos. Se las arregló para sacudir la mano en señal de que no le diera importancia.

—Continúa, por favor.

Solté un suspiro y proseguí:

—Y luego la del baile ese… ¡*Dirty Dancing*! Por favor, debería llamarse *Creepy Dancing*, el baile espeluznante. Joder, salta a la vista que Swayze era bastante mayor que ella… Y luego aquella de *Llámame por tu nombre*, que es *American Pie*, pero con un melocotón. Sea como sea, lo que quiero que conste es que pasé por horas de incomodidad extrema para disculparme por tu cumpleaños.

Su sonrisa me deslumbró, tan grande que me llené de calor por dentro.

—¿Me preparaste la cena?

—Con todos tus platos preferidos.

—¿Y compraste rosas y velas?

—Era tu cumpleaños. Y, bueno, montaste todo ese escándalo por mi regalo, aunque todavía sigo pensando que fue un buen gesto.

—¿Y pediste consejos a tus amigos? —Se tapó la boca con la mano y aulló detrás de ella.

No pude evitarlo y yo también sonreí. Su felicidad era contagiosa.

—Deja de pavonearte tanto —le ordené.

—¿No te gustó un poco ni una? —Subió y bajó las cejas—. Digo las películas.

—Pulpi, es objetivo: son malísimas.

Sus risitas se metían por mi torrente sanguíneo y me hacían sentir ligero.

—Llámame así otra vez.

—¿Pulpi?

—Sí.

—Pulpi.

Sonrió.

—Qué apodo tan inusual.

Sonreí.

—Para una chica muy inusual. —Me quité la chaqueta—. En todo caso, estaba sentado allí, rodeado de rosas, con una comida casera hecha por mí y me di cuenta de lo patético que resultaba. Tú no estabas. Es más, parecías contenta de irte, incluso cuando te rogué que te quedaras.

—Pensé que era una demostración de poder. —Se le suavizaron los ojos y la creí—. ¿Y cómo terminó Eileen donde tendría que haber estado yo sentada?

Le dirigí una mirada vacía y desapasionada.

—Se me apareció en la puerta. Vino a visitar a mi madre al otro lado de la calle, y supongo que pensó que podríamos revisar nuestra lista mientras estaba en la ciudad.

Mamá había aparecido detrás de ella antes de que pudiera decir que no, la había arrastrado a mi despacho y había insistido en que cenáramos todos juntos. Luego había huido al minuto, sin siquiera tomarse un vaso de agua: «Ya sabes cómo me duele la cabeza si me acuesto tarde», había dicho. Era la excusa menos convincente del planeta, hacía tres décadas que no le dolía la cabeza.

Farrow parecía sumida en sus pensamientos y se daba unos golpecitos sobre los labios.

—¿Por qué no le dices a tu madre que no quieres casarte con ella?

—Porque no solo le debo un buen matrimonio a mamá. También se lo debo a papá.

—¿Y estás dispuesto a sacrificar tu felicidad por la de tu madre?

—Sí —dije sin dudarlo—. Yo estoy acostumbrado a ser infeliz. Mejor dicho, estoy acostumbrado a no sentir nada en absoluto. Pero al menos mamá todavía tiene una oportunidad de ser feliz.

No había muchas cosas en el mundo que me afectaran, pero esos seis años en que mamá se había alejado de la vida me habían asustado mucho. Una repetición de eso la dejaría fuera de combate, y Celeste Ayi y yo haríamos todo lo posible por evitarlo.

Farrow parecía triste y eso me ponía triste *a mí*. Detestaba cuando su estado de ánimo se infiltraba en el mío, como si estuviéramos

conectados por un hilo invisible.

—Eso lo entiendo, y lo respeto. —Asintió—. Todo lo que siempre he querido en la vida ha sido una familia, un lugar al que pertenecer. Puedo entender que quieras inventarte una familia como sea, aun cuando no sea de lo más natural.

Me di cuenta de que Farrow temblaba violentamente; también le castañeaban los dientes.

—Deberíamos desnudarnos —le solté de pronto.

Ella me dio un golpe en el pecho.

—¡Qué conveniente!

Me mojé los labios.

—Para no tener una neumonía.

—No tengo tanto frío.

—Bueno, en ese caso, hazlo por mí.

—¿Me quieres desnuda?

—Te quiero de todas las maneras posibles —admití, con plena seguridad de que ella no me malinterpretaría en mis intenciones—. Pero desnuda me encantas, y aún más encima de mí.

Ella buscó el dobladillo de la sudadera que llevaba y se la sacó de un solo tirón.

Y así, sin más, de un momento a otro, me hundí en el deseo.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Farrow

El pene de Zach se irguió al verme sin sujetador. Mis pezones pedían atención, tensos y sensibles. Él los ignoró por completo y se reclinó sobre el asiento, con la erección pegada a su muslo a través de los pantalones mojados. Se acarició la entrepierna con aire cansino mientras con la otra mano empezó a desabrocharse la camisa.

Arqueé la espalda y me bajé los vaqueros hasta las rodillas sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Cuántas?

Se abrió la camisa.

—¿Cuántas qué? —Se sacudió la tela por los hombros musculosos, bronceados y perfectos.

Me apoyé sobre la puerta del conductor y me quité las botas de una patada junto con los pantalones, sin sacarme la ropa interior, así él podía quitármela con los dientes.

—¿Cuántas películas has visto por mí?

Zach se quitó los zapatos y se desabrochó el cinturón, sin sacarme los ojos de los pechos.

—Demasiadas.

De todas las personas que había conocido, nadie me hacía sentir tan despampanante como Zachary Sun, con solo mirarme como me miraba. De hecho, era el primer hombre que me hacía sentir hermosa.

Se quitó los pantalones y los calzoncillos de un tirón. El pene asomó erecto, con el eje sedoso como terciopelo; grueso, largo y decorado con unas venas suaves y una corona prominente. Con solo verlo se me hizo agua la boca.

Zach tiró los pantalones al asiento trasero y su mano se detuvo en algo.

—¿Qué es esto? —Sacó una caja de zapatos de Chanel del asiento trasero.

El calor se me subió a las mejillas.

—Lo que me regalaste…

—Una parte —me corrigió. Entonces enganchó el dedo en la parte inferior del lazo de satén y lo desató hasta que quedó en un largo cordón color crema—. La mejor parte no ha llegado aún. Junta las muñecas y ponlas sobre el reposa cabezas.

Por lo general, a alguien que me pidiera eso lo mandaría respetuosamente a la mierda. Pero, con Zach, estaba dispuesta a renunciar a parte de mi control. Quería sentirme indefensa ante un hombre por una vez en mi vida. Dejarme llevar. Él temía tocarme, así que me prometí que le dejaría hacer de todo.

Levanté los brazos muy lentamente y presioné las muñecas contra el metal que conectaba el reposacabezas y el asiento. Supuse que el cuerpo tendría alguna reacción inesperada. Miedo. Resistencia. Arrepentimiento. Pero no. Me di cuenta, por primera vez, de que

confiaba en Zachary Sun. Podía confiarle mi vida. Mi seguridad. Mi búsqueda de venganza… Pero no mi corazón.

Zach se inclinó sobre el tablero apretando la cinta blanca de Chanel en la mano.

—Buena chica… —Inclinó el respaldo hacia atrás hasta que quedé casi acostada, se sentó a horcajadas sobre mí con sus muslos trabajados, me juntó las muñecas y me ató rápidamente—. ¿Quién hubiera dicho que serías tan obediente si el incentivo es una verga dura y larga?

Me robó un beso rápido y me anudó las muñecas dos y tres veces. El satén se clavó con una mordedura seca sobre mi piel y un disparo de adrenalina me recorrió la espina dorsal. Un torrente de calor líquido me cosquilleó por debajo del ombligo y supe que encontraría mi ropa interior completamente empapada. Tiré de las correas, solo para probarlas, y me encontré bien sujeta al asiento. Indefensa por completo y a su merced.

Entorné los ojos.

—Eres sospechosamente bueno en eso de atar a la gente. Vas a levantar sospechas.

—Tú también lo serías si tu mejor amigo estuviera todo el tiempo en posiciones comprometedoras.

—¿Oliver?

—Romeo.

Dejé la conversación marcada para más tarde; eso tenía que saberlo.

Zach se enderezó todo lo que pudo dentro del pequeño coche, todavía a horcajadas sobre mí, admirando su obra. Me tomó por el

mentón y me inclinó la cabeza para que nuestros ojos se encontraran.

—Siempre eres preciosa, Farrow Ballantine, pero eres especialmente preciosa cuando te tengo a mi merced.

Con los nudillos, me acarició el pezón derecho con un roce suave como una pluma. Se me convulsionó el cuerpo, las caderas empezaron una cabalgata desenfrenada, mi entrepierna rogaba que la llenaran, de él.

—Más —dije en un lamento.

—¿Más? —Jugueteaba con el borde de mis bragas, con pequeños toques sobre mi piel—. ¿Más de qué?

Lo miré a los ojos y me recordé que aquello no era fácil para él; todo el tema del contacto.

—Más de lo que quieras darme.

Los nudillos viajaron desde mi pezón derecho al izquierdo.

—¿Dónde quieres que te bese ahora?

Bajé con los ojos a mi ropa interior, aunque sabía que el coche era demasiado pequeño para que se deslizara hasta el suelo.

—Ah, ya veo. —Asintió—. No te preocupes, cariño. Esta noche te correrás en mi lengua.

Mi garganta se estremeció y tragué saliva. Él se apoyó contra el volante, me tomó por los muslos con una mano y me tiró por las piernas hacia arriba, hasta que se apoyaron sobre sus hombros.

—No tenemos que hacerlo si tú no quieres. —Me sentí obligada a decírselo, aunque me sentía arder en un infierno de necesidad que me chamuscaba cada célula de la piel.

—¿Que no quiero? Tengo la intención de convertir tu sexo en mi nuevo hogar. Quiero vivir dentro de ti. Devorarte de pies a cabeza.

Arrastró las bragas a un lado, me hundió los labios en la entrepierna y me succionó. Con la nariz me masajeó el clítoris y me puso al borde de la combustión. Los labios carnosos y calientes se movían contra mi sexo mientras me decía:

—Eres una droga, Farrow Ballantine. Y ya estás en mis venas.

Tensé los muslos contra su rostro y con las rodillas le rodeé el cuello mientras él no dejaba de pasarme la lengua por mi apretado agujero, por toda la línea hasta mi trasero y, después, me succionaba con la boca. Me arqueé de deseo, que se transformó en un dolor desesperado; necesitaba que su lengua húmeda tuviera más acceso a mi vulva codiciosa.

Me encontró el clítoris con la lengua y, con la punta, fue dibujando círculos por el montículo apretado a un ritmo lento y tortuoso. Después, hundió su dedo medio bien hondo por dentro de mi entrepierna. En una desvergüenza total, me aferré a él con las paredes y pedí más.

—Mira qué empapada estás —murmuró y lengüeteó el clítoris más rápido, con un gruñido depravado desde el fondo de la boca—. Mira qué apretada estás. Jamás me he follado un agujero tan pequeño como este.

—¿Pero cuántos agujeros te has follado? —La pregunta salió disparada mientras él empezaba a masajearme todo el sexo con el dedo.

¿Acaso no era virgen como me había dicho? Y, de todos modos, ¿cómo pierde la virginidad un hombre que detesta el contacto humano? ¿Con el alcohol? ¿Con drogas? ¿Con sufrimiento extremo?

Zach añadió otro dedo y los sumergió con una fuerza punzante; casi al punto del dolor, pero sin llegar al límite.

—¿Prometes no reírte? —gruñía por debajo de mi sexo, devorándome el clítoris, la hendidura y la parte interna de mis muslos, con el hambre y el ansia de un hombre hambriento.

—Te lo prometo.

—Muñecas sexuales. —La boca se detuvo sobre mi piel, tenía la respiración entrecortada, con el pecho golpeaba en la parte de atrás de mis muslos—. De plástico. Sintéticas. Frías. Necesitaba satisfacer mis necesidades.

—¿Eso es todo?

Se me expandió el corazón, creció hasta alcanzar el tamaño del desamparo que Zach tenía dentro, queriendo engullirme cada gota de angustia que había sentido y cargarla yo misma.

—Eso es todo. —Desató la cinta de Chanel para liberarme y me regaló un beso ardiente en la parte posterior de la rodilla. Cerró los ojos al admitirlo—: Muñecas a un lado, soy completamente virgen. Ya te lo dije.

Me incorporé un poco para poner la mano sobre sus nudillos, donde él seguía metiéndome los dedos.

—Está bien. —Se detuvo y me miró con ojos llenos de lujuria. Con una mirada tan infantil y tan absurdamente deslumbrante que me costó contener las lágrimas—. No tienes nada de patético. —Le acaricié la mandíbula y recorrí todo el contorno con la yema de un dedo—. Sería un honor para mí tomar su virginidad, señor Sun, si usted quisiera dármela.

Me dedicó una sonrisa torcida.

—Toda suya, señorita Ballantine.

Miré entre los dos, donde la mano se cernía junto a mi sexo.

—¿Puedo enseñarte algunos trucos?

Le vi la nuez de Adán rodar por su garganta y asintió.

—Por lo general —hizo una pausa—, mis *acompañantes* no eran muy buenas con los consejos. Ninguna de ellas tenía boca.

Puse los ojos en blanco, tratando de no reírme.

—Déjame que te enseñe. —Volví a llevarle el dedo índice hasta mi sexo—. Ahora enróllalo al llegar al final. Sí, así. —Me moví, mis fluidos nos recubrían los dedos y un escalofrío de placer creció dentro de mí—. Aquí. Adentro y afuera. Cuando lo doblas así, das en mi punto G. —Eché la cabeza hacia atrás y di un gemido—: ¡Sí!

Su mirada se clavó en mi rostro mientras seguía masajeándome el sexo, con la boca hinchada de haberme comido entera. No podía soportarlo: su deseo de hacerme sentir bien, ese anhelo casi infantil de aprobación… Le agarré las mejillas y lo atraje hacia mí. Lo besé con furia y saboreé mis jugos en su lengua, la lluvia en su piel…

Los cristales se empañaron. Él no paraba de masajearme con los dedos y su pene, que se presionaba sobre la parte de atrás de mi muslo, se veía rojo y listo, húmedo en la corona. El olor a sexo se arremolinó dentro del coche y supe que jamás podría quitarlo de allí. Cada vez que entrara, me acordaría de este momento.

El orgasmo empezó a crecer y se juntó debajo de mi ombligo como un remolino.

Zach se llevó uno de mis pezones a la boca, lo chupó y lo rozó con los dientes superiores. En un momento se detuvo y me miró, con la barbilla apoyada en el valle entre mis pechos.

—¿Cómo puede ser alguien tan perfecto? —El dedo se movía más rápido dentro de mí, la saliva se juntaba sobre mi pecho. Pasó del izquierdo al derecho y lo succionó dentro de su boca—. ¿Por qué no puedo dejar de tocarte?

Busqué su pene en mi muslo y lo froté.

—Sigue. Más rápido.

—No, quiero penetrarte —gruñó, y con los labios volvió a mi boca; me besó con necesidad animal, frenético—. *Ahora*.

—¿Tienes un condón?

Su boca se deslizó hasta mi garganta, la besaba y mordisqueaba sin parar.

—Ya saldré.

El orgasmo crecía entre mis piernas. Era como flotar por un acantilado, a la espera de que me alcanzara la gravedad.

—*Zachary.* No voy a dejar que me penetres sin condón.

Volvió a mi pezón con los labios.

—¿Tampoco si te lo pido muy amorosamente?

—Tampoco…

—¿Tampoco si te regalo todo el arte que poseo excepto los colgantes?

—¿Se… serías capaz de hacer eso? —Jadeé, los músculos temblándome en un clímax que me retumbó por todo el cuerpo.

—Soy un hombre desesperado y tú eres muy testaruda.

Pero estaba demasiado ocupada desmoronándome en mil pedazos y no pude responderle. En cuanto empecé a correrme dejó de meterme los dedos, me tapó el sexo y lo apretó con fuerza con la base de la palma de la mano. Gemí tan fuerte que las ballenas del Pacífico debieron pensar que era una señal de socorro.

—Siento tu líquido. Oh, joder. Tengo la palma cubierta de ti. —Zach hundió el rostro en mi hombro y se frotó el pene por la parte de atrás de mis muslos—. Esto es hermoso, *tú* eres hermosa.

Se incorporó sobre ambas rodillas y bajó lentamente mis piernas de sus hombros, levantando la palma de la mano que había tenido en mi entrepierna, cubierta de mis fluidos. Me mordí el labio inferior y me resistí a avergonzarme. Todavía agitada con el orgasmo y con el sudor de ambos mezclándose por todas partes.

Zach me acercó la mano al rostro.

—Mira lo que has hecho. —Asentí. Él prosiguió—: Ahora, lámela.

Lo hice, con un nivel de entusiasmo que debería haber estado reservado para salvar a toda la nación de una invasión alienígena. Había algo increíblemente ardiente en lamer mi propio deseo por él. Cuando terminé, él se inspeccionó la palma con ojos atentos, sonrió y luego se zambulló para besarme por todas partes.

Nuestras lenguas se enredaron, y gemimos en el beso, abrazándonos el uno al otro como si se nos pusiera en juego la vida. Tenía todo el cuerpo hecho pedazos, tanto por el orgasmo como por la posición en que había estado, pero todavía quería devolverle el favor; darle a él la liberación que tanto necesitaba. A fin de cuentas, era humano por mucho que se lo negara a sí mismo.

Lo aparté de mí y rodó al asiento del copiloto, siguiéndome con la mirada con ojos sedientos.

Abrí la puerta, di la vuelta al coche y abrí el lado del acompañante. Le mostré un dedo con forma de gancho:

—De pie.

—¿Vas a abandonarme en este bosque? —Zach se agarró el pene y trató de domar la erección; buscaba los calzoncillos en medio de la oscuridad—. Porque déjame asegurarte, Pulpita, que ya tengo suficiente sufrimiento por aquí.

—Vamos a solucionar tu problema sin tener sexo —le declaré, y lo tomé de la mano y tiré hacia afuera.

Parecía que no le importaba tocarme, al menos tocarme a mí. Se me llenó el pecho de orgullo de ver lo lejos que había llegado. A través del resplandor débil de los faros, pude ver el escepticismo en su ceja levantada, pero aun así me siguió la corriente.

Cerré la puerta detrás de él, lo empujé contra ella y lo besé. Los dos seguíamos casi desnudos, solo en ropa interior. En cualquier momento, alguien podía vernos. Yo temblaba de ansiedad y diversión de solo pensarlo. Pero Zach no era como yo. Para mí, era cosa habitual jugar con el peligro. Sabía que estaba llevándolo al límite. Lo que no entendía era por qué él me dejaba.

Zach miró alrededor al tiempo que yo me inclinaba de rodillas. La gravilla del suelo se me hundió en la piel. Tiré de sus Calvin Klein y se los bajé hasta la rodilla. Su pene caliente empezó a latirme en la mano; estaba tan grande que casi no podía tenerlo quieto.

—La verdad es que preferiría que no me vieran con la verga metida en la boca de mi asistenta —masculló, pasándome los dedos por el cabello y acercando mi cabeza, en sentido contrario a sus palabras—. Es un nivel de depravación que solo se permiten ciertos políticos blancos de mediana edad, Pulpi. Levántate, por favor, quizás para otra oportu…

Pero antes de que pudiera terminar la frase, tomé su pene por la base y me lo llevé a la boca, y se lo succioné de ahí hasta la punta.

—De acuerdo. —Se pasó una mano por la cara y siguió hablando, con una voz ronca—. Parece que voy a destruir mi reputación por completo hoy, junto con cualquier otro principio que haya tenido en

la vida. Es en verdad impactante cómo *tu* boca me mete *a mí* en serios problemas.

Sentí una risita que me burbujeó en la garganta, pero la contuve y me metí la mitad de su pene en la boca. Quería más, pero ya no cabía.

Enrolló dos veces mis mechones de pelo salvaje alrededor del puño e inclinó mi cabeza ínfimamente en el momento en que empezó a impulsarse hacia mi boca.

—Por Dios, Pulpi, te siento tan deliciosa.

Le miré la cara por la cortina de mis pestañas sin dejar de mover la cabeza de un lado al otro y de saborear ese gusto suyo: terroso y cítrico.

—Más, Farrow. Así. —Empujó las caderas hacia delante, rogándome que me metiera más en la boca—. Qué buena chica.

Sonreí alrededor de su verga; nadie me había acusado de eso antes.

—Es demasiado grande —conseguí murmurar—. No va a entrar toda toda.

—La haremos entrar. Te lo prometo.

—Es enorme.

—Vayamos centímetro a centímetro.

Fácil de decir para él. Total no era el que tenía que hacer lugar para todos esos centímetros. Abrí más la boca y levanté el mentón mientras él se agarraba el pene y lo metía más adentro de mi boca. Con la punta me tocó el fondo de la garganta. Las lágrimas me empezaban a asomar por los ojos, se me empezaba a activar el reflejo nauseoso. Lo contuve, desesperada porque él se sintiera bien.

Se frenó de golpe y se le tensó todo el cuerpo. Sus abdominales tan trabajados se movían como locos. Cada vez que respiraba, se le contraían.

Me acarició la cabeza, casi en una reverencia.

—¿Estás bien para dejarme entrar un poco más?

Asentí.

«¿Por qué asientes? Te va a meter las amígdalas hasta los pulmones».

—¿Segura?

Como no podía hablar con la boca alrededor del pene, le hice un gesto grosero con el dedo como toda respuesta. Zach se rio entre dientes; su voz ronca se filtró en mi interior y me calentó en esa noche tan fría. Apretó un poco más y su pene se curvó hasta adoptar la forma de mi garganta. Respiré hondo por las fosas nasales y traté de regular la respiración. Literalmente, me estaba asfixiando con su polla.

—Eres tan tibia —dijo con una voz tierna que se me derritió el corazón entero y se me derramó por las tripas—. Quiero metértela tan fuerte por la boca que te quede abierta toda la vida.

Le agarré las pelotas, como advertencia para que no se pasara con las guarradas. Él gimió, dejó caer la cabeza hacia atrás y se impulsó un centímetro más. Ahora lo tenía todo metido en la boca. Nos tomamos un segundo para acomodarnos a la situación.

Jugueteó con el pelo de mi nuca.

—¿Puedo correrme?

Sentí que derramaba líquido preseminal en mi garganta, gota a gota. Le temblaba todo el cuerpo. Asentí con un gesto leve con la cabeza, todo lo que pude. Él empezó a impulsarse, penetrándome

por la boca sin piedad y sin soltarme los pelos. Apoyé una mano en la puerta trasera por detrás de él, en un delirio de deseo.

Me metí la otra mano entre las piernas y le di vueltas al clítoris sin dejar de seguir chupándolo, mordisqueando y escupiendo sobre su pene que me llenaba la boca. Los empujones de Zach se volvieron más bruscos, su agarre en mi pelo más fuerte; y yo seguía frotándome el clítoris más rápido y con más fuerza.

—Me voy a correr a chorros —gimió—. Tengo que salir.

Sacudí la cabeza en un frenesí enloquecido, solté la puerta y lo agarré por sus nalgas de hierro con mi mano libre mientras gemía en mi propio orgasmo. Quería que me eyaculara en la boca.

—No soy creyente, Farrow. —Zach me enterró las dos manos en el pelo y me inclinó la cabeza ligeramente hacia arriba para que lo viera—. Pero me resulta difícil creer que la naturaleza sea capaz de una perfección tan radical como tú.

Su semen inundó mi boca. Hice una gárgara con el líquido espeso y caliente, que se me pegó a las paredes de la garganta como la miel. Él me puso de pie, tambaleándose también. Yo luchaba por mantenerme derecha, tenía las rodillas como una gelatina con el peso de mi propio clímax.

Estaba todavía con la euforia del orgasmo, cuando me irguió y me cogió por la nuca.

—Quiero hacer un montón de obscenidades contigo, hacerlas contigo y *para ti*. Y voy a empezar ahora mismo.

Metió la lengua en mi boca con fuerza y me besó hasta dejarme sin aliento, todavía la tenía llena de su semen, que goteaba de las comisuras de mis labios mientras nos besábamos, mordíamos y mordisqueábamos, gimiendo en la boca del otro. Se nos derramaba

por el mentón, se nos pegaba por la piel como si fuera pegamento, en medio de la noche fría…

Estábamos entremezclados por donde se viera: miembros, dedos, pelos, lenguas. No podía frenar ese desastre ni que lo intentara con toda el alma. Este hombre oscuro y atormentado me tenía atrapada bajo su hechizo, y yo estaba lista para dejar que siguiera usándome.

Solo que no era un hechizo cualquiera.

Era pura magia negra.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Romeo Costa: ¿Y? ¿Ya os habéis reconciliado?
Ollie vB: ¿Ha habido sexo de reconciliación?
Ollie vB: (Por cierto, ¿de quién hablamos?)
Romeo Costa: La asistenta megasexi de Zach se me apareció anoche en la puerta de casa, empapada como un gatito abandonado y pidiendo refugio.
Zach Sun: Tuvimos un pequeño desacuerdo. Ya está resuelto.
Ollie vB: ¿Le pediste que te devolviera los huevos?
Romeo Costa: No seas ridículo, Oliver.
Zach Sun: Gracias, Rom.
Romeo Costa: No tiene huevos para hacer semejante petición.
Zach Sun: Los dos tenéis la mentalidad de un niño de cinco años.
Ollie vB: Mentira. Está claro que yo estoy en el apogeo de la adolescencia llena de hormonas.
Ollie vB: En algún momento entre los trece y los diecinueve.
Ollie vB: Todavía no puedo creerme que estés acostándote con el personal doméstico.
Zach Sun: Y yo todavía no puedo creerme que le dieses a una mujer que no conoces de nada dos de tus cinco tarjetas de crédito.
Romeo Costa: ¿DISCULPA?
Ollie vB: Lo he hecho. Tres veces. En lo que va de… hoy. Por las fotos en Instagram, Frankie está en Costa Rica, tomando sol en un bikini diminuto. Es el dinero mejor invertido de toda mi vida.
Ollie vB: Y tú, ¿cómo te has enterado?
Zach Sun: Por boca de Farrow.
Ollie vB: Debería usarla para chupártela más y hablar menos de mis negocios.
Zach Sun: Para tener «negocios», tendrías que tener un trabajo.
Ollie vB: ¿De qué conoce Farrow a Frankie?

Romeo Costa: Dallas y Frankie llevaron a Farrow de paseo por su cumpleaños.
Ollie vB: ¡Epa! Bueno, no voy a fingir que no me duele que no me pidieran ser el estríper que sale del pastel.
Zach Sun: Lo último que necesitan tus antecedentes penales es que salgas de donde sea sin nada de ropa.
Ollie vB: Ya he terminado el período de libertad condicional y aquello fue con total consentimiento. Gracias-por-recordárnoslo-a-todos-lo-presentes. Y ya te lo dije: ella solo se cabreó porque no me acordaba de su nombre.
Romeo Costa: Bueno, voy a dejar esta conversación pendiente unos segundos.
Ollie vB: ¿Por? ¿Vas a contar algo importante?
Romeo Costa: No. Me voy a buscar unas palomitas de maíz para esto.
Ollie vB: [Emoji de cara de hartazgo con ojos que miran al techo]
Ollie vB: Bueno, a ver… ¿dónde está ahora?
Romeo Costa: ¿Quién? ¿Frankie? Seguro que en la guardería, aprendiendo las letras y los colores.
Ollie vB: Farrow, tarado.
Romeo Costa: En el salón de casa con Galletita. Parece que están haciendo muñecos de vudú.
Romeo Costa: No, me he equivocado. Acaban de decirme que están aprendiendo croché. Pero, joder, qué mal les sale.
Romeo Costa: Dallas acaba de terminar un gorrito y parece un calcetín para penes.
Zach Sun: Espero con toda el alma que eso no sea algo que exista de verdad.
Romeo Costa: ¿Qué quieres que te diga? A Dallas le gusta el esquí… Y este es un espacio sin juicios.
Ollie vB: Son las tres. ¿Farrow no tendría que estar trabajando a esta hora?
Romeo Costa: Dudo que, en este momento, la descripción de su trabajo incluya otra cosa que no sea meterse la verga de Zach por todos los agujeros del cuerpo.
Zach Sun: Como vuelvas a referirte a ella de este modo, te las verás con un cuchillo insertado en la mano como Brett hijo.
Ollie vB: Ay, qué tierno, Zachy. Se supone que no debes encariñarte con ella. Estás COMPROMETIDO.

Romeo Costa: Este compromiso va a ser más corto que la carrera de Vanilla Ice.
Zach Sun: ¿Vanilla qué?
Romeo Costa: Pues eso.
Ollie vB: ¿Podéis dejar de decir la palabra vainilla? Me desestabiliza.
Romeo Costa: ¿Por qué?
Ollie vB: Me recuerda al sexo del misionero.
Zach Sun: Pienso ir adelante con el matrimonio.
Romeo Costa: ¿Pero no acabas de pagarle a Dan un anticipo de unos cien mil para los honorarios legales de Farrow?
Zach Sun: No tiene nada que ver.
Ollie vB: Ah, claro, bueno… @RomeoCosta, ¿quién se lo dice: tú o yo?
Romeo Costa: Yo no. Imagínate lo gracioso que va a ser cuando se dé cuenta.
Zach Sun: @RomeoCosta, ¿puedes decirle a Farrow que vuelva a casa?
Romeo Costa: Un segundo.
Romeo Costa: Dice que no tiene casa, que vive en la habitación de invitados de su jefe, y que se está divirtiendo demasiado con mi mujer para volver hoy. Que lo intentes mañana.
Ollie vB: Esta relación es lo mejor que ha dado este mundo desde el pan de molde.
Zach Sun: No como carbohidratos.
Ollie vB: Pues deberías. Estás muy gruñón.
Zach Sun: Os odio a todos.
Romeo Costa: No a todos.
Romeo Costa: A Farrow, no.

CAPÍTULO CINCUENTA

Zach

Hasta ahora, nunca había entendido por qué los griegos habían invadido Troya a causa de Helena. Pero me había despertado listo para salir a la guerra, o incluso a dos guerras, y justificarlas, con tal de poder volver a hundir el pene en los labios carnosos de Farrow. Empecé la mañana temprano y pasé la mitad de ella preguntándome cuándo podría ir por el segundo *round.* Después de hacer mis ejercicios, me fui a la oficina con mi mejor traje. Era patético: llevaba un tres piezas hecho a medida a pesar de trabajar en mi propia casa solo para impresionar a mi *asistenta*, maldita sea. Pero hacía tiempo que había dejado atrás mi orgullo (de hecho, había dejado muchas cosas atrás después de probar el sexo de Fae). Pasé un dedo por el teléfono y revisé las llamadas perdidas. Tres de mamá. Dos de Eileen. Una ola de irritación me recorrió: habíamos incluido una cláusula en nuestro acuerdo para limitar las conversaciones; hice una nota mental para enviarle una copia anotada del contrato.

Ignoré las llamadas, respondí a una cadena de correos de la abogada y el equipo, y me puse al día con los avances del

investigador privado. Tenía que ser una operación sin posibilidad de error; Pulpi se merecía aniquilar a Vera y yo quería asegurarle el legado, que recibiera su herencia completa: la casa, la empresa de limpieza y un paquete de indemnización que le permitiera elevar el negocio a escala descomunal; o, mejor aún, jubilarse. De solo imaginármela limpiando la casa de otro imbécil con su pequeño uniforme apretado, me entraban ganas de prender fuego a toda la ciudad.

—Señor Sun. —Natalie salió del baño, apuñalando el suelo con los tacones mientras se acercaba apresurada—. Buenos días.

Desde que tenía reuniones en esta parte de la casa, permitía que se circulara con zapatos.

—Lo de buenos está por verse. —No me aceleré ni un poco—. ¿Qué tienes para mí?

Seguí pasando los mensajes de mi teléfono, con la esperanza ridícula de que… ¿de qué exactamente? ¿De que Farrow decidiera de pronto que quería sexo rápido en el lavadero? Tenía que ordenar mis expectativas con urgencia. Dos noches atrás, había cruzado una línea y le había rogado tener sexo sin protección. ¿Y si las cosas hubieran tomado otro rumbo y la hubiese dejado embarazada?

«Para empezar, me hubiese sentido feliz de no tener que casarme con Eileen».

Sacudí la cabeza para no dejar que esos pensamientos me llevaran tan lejos de la realidad. Eileen era un hecho, no una opción. Algo que haría feliz a mamá. Algo que cumpliría con mi promesa a papá. Y, dejando todo eso de lado, era una elección segura. Con ella nunca iba a correr el riesgo de que me succionaran el pene, totalmente desnudo en medio del bosque como un adolescente en

celo; nunca sentiría la necesidad de apuñalar a alguien porque se hubiese atrevido a pensar en tocarla; nunca sería consumido por cada una de sus respiraciones o cada sonrisa o cada rareza mía que me descubriera…

—Tiene agendada una reunión de Zoom a las 10 con CIRPE Corp, un *brunch* a las 11:30 en el centro con los accionistas de TechT y, a las dos en punto, vuela a Chicago para firmar el contrato que cierra el acuerdo con GoProBono. Fuera de eso, tiene una cena pendiente de confirmar con Constance y Celeste en ese nuevo restaurante indonesio de Rockville Pike si llega a tiempo. —Natalie se las arreglaba para ametrallarme con la lista antes de volver a respirar.

—No llegaré a tiempo. Discúlpame con ellas y paga la cuenta con mi tarjeta. —No había visto a Farrow en veinticuatro horas. Meterme en su cuerpo era de máxima importancia; más que la respiración y demás funciones básicas. Me había comprado tal cantidad de preservativos que se podía proveer la zona roja entera durante una década. Abrí las puertas de mi oficina.

—Asegúrate de terminar con la organización de mis archivos, la tintorería y las compras antes de las cinco. Quiero la casa para mí solo.

«Traducción: Quiero tirarme a Farrow en varios lugares de la casa en paz, sin tener que exhibirme ante el mundo como un depravado».

—¿Y si no me da tiempo a terminar?

—Terminas mañana.

—Ah, pero había pensado…

—No es una pregunta, Natalie. Te lo estoy ordenando. —Me detuve en el umbral—. Si no te gustan las condiciones de tu empleo,

siempre puedo ofrecerle el puesto a alguien igual de incompetente.

Hizo un gesto de protesta con la boca.

—Nunca parece importarle cuando Farrow le contesta.

«Es porque ella es la actuación estelar y tú no eres más que un extra en este espectáculo».

En lugar de responderle, le cerré la puerta en las narices. Antes de acomodarme en mi silla de ejecutivo, hice una parada en mi interminable partida de go con Fae. Anoche había movido una piedra, lo cual significaba que había vuelto a casa en algún momento. El hecho de que durmiera a un pasillo de distancia me resultaba extrañamente reconfortante. Saqué una piedra del cuenco y la coloqué en el tablero. Tenía dos de sus piezas atrapadas. Ganaría la partida en los próximos días, después de todo.

—Pequeño pulpo ingenuo… A este paso conquistaré todo tu reino. —Reprimí una sonrisa, sabiendo, en el fondo, que el verdadero capturado era yo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Zach

Como todas las bocanadas de esperanza, la mía vivió una muerte lenta y penosa. Yo había *esperado* recibir otra felación por parte de Farrow antes del almuerzo. En cambio, lo que recibí fueron las numerosas interrupciones de Natalie, que obstaculizaban mis videoconferencias programadas y mis reuniones de negocios.

Luego, pasó mamá a quejarse por mi falta de respuesta a sus llamadas y me instó a descargarme una aplicación de seguimiento por si terminaba en una zanja en alguna parte. Le vi brotar unas lágrimas genuinas por los ojos; sabía que aquella ansiedad latente de cuando se había enterado del accidente nunca se le había terminado de ir.

Después, llegó Oliver con una petición absurda de tomar prestada mi casa para una orgía. Lo eché a patadas, literales, y él se limitó a pedirme que lo hiciera otra vez, pero con más fuerza.

Y en todo eso, *ni el menor rastro* de Pulpi.

Miré por las cámaras de seguridad: los pasillos, las cocinas, los distintos salones… Nada.

«Basta con esta obsesión. Concéntrate en el trabajo».

A las dos horas de seguir intentándolo, concluí que me era imposible. Traté de convencerme de que solo iba a controlar a una empleada rebelde mientras me levantaba del asiento y me dirigía a su habitación. Llamé a la puerta, sintiéndome el idiota más grande del mundo. Estaba en *mi* casa. Y ella, a *mi* cargo. ¿Por qué me sentía tan fuera de control?

—Farrow. Sé que estás ahí. —No hubo respuesta. Apreté el codo contra la puerta, exhalando con frustración—. Tu coche está aparcado en la puerta (dicho sea de paso, en el puto lugar donde debería estar el mío) y alguien se ha comido todos mis tentempiés saludables durante la noche.

Al fin, oí su voz descarada, sin un atisbo de tono de disculpa, desde el otro lado de la madera.

—Esas barras energéticas de anacardo son lo máximo, tienes que comprar más.

Había hablado con el descaro de siempre, pero percibí algo frágil en ella. Hasta endeble. Se me elevaron los nervios hasta el cielo.

—¿Pulpi? —Repasé las últimas cuarenta y ocho horas mentalmente y escudriñé cada uno de mis recuerdos—. ¿He hecho algo malo?

—Lo sorprendente es que no has sido tú.

—¿Puedo abrir la puerta?

—Preferiría que no me vieras así.

—¿Así cómo?

—Vulnerable.

—Farrow. —Cerré los ojos y tomé aire—. Te he mostrado los lados más oscuros y depravados de mí. Me he desnudado en cuerpo y

alma ante ti. Todo lo que te pido es poder mirarte a los ojos un minuto.

Sentía el planeta girar bajo mis pies mientras esperaba la respuesta.

—Puedes pasar —dijo finalmente.

Empujé la puerta, entré y la cerré detrás de mí. Natalie rondaba por la casa —y quizás Constance también—, así que quise proteger la privacidad de Pulpi. Estaba echada en la cama, con las largas piernas enredadas en las sábanas de satén y la cara enterrada en una almohada. Llevaba solo una sudadera enorme, pero aun así me pareció más hermosa que cualquier mujer vestida de gala. El pelo dorado se esparcía por la funda de la almohada como rayos de sol líquidos.

Algo se me apretó en el pecho cuando la vi.

«Más te vale que sea un infarto, Zachary», me advirtió la voz de mi madre dentro de mi cabeza.

Corrí hacia ella.

—¿Qué ha pasado?

Nunca la había visto llorar ni nada que se le pareciera. De hecho, una de las razones por las que esta mujer me atraía tanto era el hecho de que era más fuerte que el hierro.

—¿Qué te han hecho y quién ha sido? —le pregunté.

Encontré la espalda con las manos por debajo de las sábanas y empecé a acariciarla de un lado a otro sentado al borde del colchón.

Con la cara todavía hundida en la almohada, se sacó el teléfono de debajo del pecho y me lo arrojó cerca de la mano.

—Me he despertado y me he encontrado con esto.

Apareció en la pantalla un artículo del *New York Times*, con el titular en negrita, que decía: «Farrow Ballantine: De prodigio y talento a ENGAÑO».

—Mira la pestaña de noticias que lleva mi nombre. —La seda amortiguó el sonido de sus gemidos, que no eran gritos, pero sí señal de su angustia visible—. Ten un cubo cerca por si te entran ganas de vomitar.

Decenas de titulares escandalosos adornaban todos los sitios web más conocidos.

«Farrow Ballantine fue expulsada oficialmente de las Olimpíadas por dejarse ganar».

«La esgrimista Farrow Ballantine perdió a propósito: ¿tendrá otra oportunidad en el equipo olímpico?».

«Farrow Ballantine "engañó" al sistema: informe especial».

No me sorprendí para nada con ninguno de estos titulares; ya lo había desenterrado todo en mi investigación previa antes de contratarla. Poco antes de regresar a Estados Unidos, Farrow había perdido a propósito en el último partido en Seúl. De algún modo, la muy tramposa se las había arreglado para mantenerlo en secreto y manejarlo puertas adentro con el Comité Olímpico y la Federación de Esgrima Estadounidense. Lo que no entendía era cómo lo había conseguido, dado que tenía menos contactos que un teléfono de prepago.

—Mi futuro en la esgrima se ha acabado. Estoy acabada —susurró, abrazando la almohada contra su pecho—. Nunca podré llegar a las Olimpíadas.

Le pasé la mano por la mejilla, buscando rastros de lágrimas. No encontré ninguna, pero aun así sorbió por la nariz, intentando

contener una nueva oleada de emoción.

—Tienes que contarme lo que pasó, Pulpi. Desde el principio. —Le aparté el pelo de la cara, sobre todo como excusa para tocarla—. ¿Crees que puedes hacerlo?

Se giró sobre la espalda, dejando su rostro completamente visible. Tenía la nariz enrojecida, los ojos hinchados y el cabello revuelto. Cerré los puños y me concentré en no romper nada.

Farrow se mojó los labios.

—¿Prometes no juzgarme?

«Soy yo el que necesita que lo juzguen. Para mi total horror y sorpresa, tú podrías prender fuego al mundo entero, y yo te aguantaría los putos pendientes y te animaría desde las gradas».

—Te lo juro.

Se incorporó, apoyando la espalda contra el cabecero mientras me miraba con cautela. Se mordió el labio inferior antes de hablar.

—El último día en Seúl, hice algo… malo.

—Explícate, por favor.

—Acababa de recibir una llamada informándome de que mi padre había muerto en un extraño accidente. Me lo contaba una tía lejana. No era Vera. Ni Reggie ni Tabby. —Bajó la mirada a su regazo—. Intenté contactar con Vera por correo electrónico y por teléfono. Incluso envié a un vecino a llamar a su puerta, pero me evitó.

Solté una maldición, la rodeé por la cintura con un brazo y la subí a mi regazo, el pelo se desparramó por mi pierna como una cascada dorada.

Ella parpadeó y se relajó entre mis muslos.

—Ese mismo día, más tarde, descubrí que había cancelado la tarjeta que papá me había dejado para que usara en Corea. También

me vació la cuenta bancaria conjunta, incluidos mis ahorros personales. Sabía que no podría comprar el pasaje de regreso sin ese dinero.

Le pasé las yemas de los dedos por la cabeza y le masajeé el cuero cabelludo, más que nada para distraerme de la rabia que me hervía por dentro.

Fae apoyó la mejilla sobre mis abdominales.

—No quería que estuviera en el funeral de papá. Quizás solo para hacerme daño, pero con la ventaja añadida de convencer a los demás de que no me importaba para cuando presentara el testamento.

Los ojos le brillaban con las lágrimas no derramadas.

Por suerte para mí, Vera no vivía demasiado cerca. Pasar el resto de mi vida en el corredor de la muerte parecía una existencia deprimente.

Le masajeé un nudo en el cuello y le deslicé un pulgar por la columna, con la esperanza de aliviarle la tensión.

—Todos los que te conocen saben que amas a tu padre.

—Nadie aquí me conoce de verdad, salvo tú. —Arrugó la nariz y se frotó las lágrimas que se negaban a caer—. Tenía otras opciones. No voy a negarlo. Ari es la heredera de una fortuna descomunal; hubiese podido pedirle un préstamo sin dudarlo, y ni siquiera me habría pedido que se lo devolviera. Y todos mis otros amigos de la esgrima habrían aportado para que me comprara el pasaje de regreso si les hubiese dicho que lo necesitaba.

Mi mano subió por su nuca hasta su mandíbula solo para tocarla. Estaba maravillado de poder hacerlo. Maravillado de que ella me

dejara. Y sabiendo que tenía que hacer algo con esa sensación o, de lo contrario, saldría a la caza de Vera Ballantine.

—Pero no lo hice por… *orgullo*, maldita sea. —La expresión de Fae se oscureció, con la mirada fija en un punto invisible en el techo—. Por orgullo no salí a pedir dinero, ni siquiera para asistir al funeral de papá.

Se acurrucó de costado y enterró la nariz en mi estómago.

—Me había pasado toda la vida sintiéndome indefensa ante Vera, Reggie y Tabby. Pero esto marcaba la primera lucha contra ellas sin que papá estuviera de por medio. Quería demostrarles que podía defenderme sola. —La vergüenza se le salía por los poros, y la tela de mi camisa le amortiguaba la voz—. No pensaba con claridad. Acababa de perder a mi padre. Estaba sin dinero, al otro lado del mundo, y tenía dos días para conseguir un billete a casa. No podía ni ver el futuro. Ni mi carrera de esgrima, menos. Ni tampoco las Olimpíadas.

Los dedos de Farrow se cerraron en dos puños apretados contra mi muslo.

—El día que murió, papá debía tomar un vuelo nocturno a Corea para verme competir. Era el último combate antes de regresar a Estados Unidos para las eliminatorias olímpicas. Contra Laura Müller: rica, joven y talentosa, pero ni de lejos cerca del nivel de habilidad necesario para ganarme. —Tomó aire y las puntas de las orejas se le pusieron rosadas—. El padre de la tal Müller se me había aparecido unas semanas antes y me había insinuado que quería llegar a un acuerdo; que la competición no significaba nada para mí porque yo llegaría a las eliminatorias en Estados Unidos de todos modos y ahí

podía ganar a todos los contrincantes y conseguir mi puesto en el equipo olímpico.

Le abrí los puños y le suavicé las marcas de las uñas en la palma de la mano.

—Pero a Laura… ganarle a una esgrimista como yo le daría la confianza necesaria para competir en las eliminatorias europeas. —Los hombros se le tensaron—. Por supuesto, dije que no. Luego, seguí con mi vida como si no hubiera pasado nada. —Hizo una pausa y luego—: Pero la mañana de la competición, a solo dos días del funeral de papá y sin forma de llegar allí… —Tragó saliva y cerró los ojos—. Me senté en el vestuario y pensé que no me afectaría demasiado, así que acepté el trato…

Una única lágrima le rodó por el ojo derecho y cayó en cascada sobre la mejilla hasta desaparecer bajo la camiseta.

—Acepté perder el campeonato a cambio de un billete a Washington D.C. y honorarios de servicios legales ilimitados. —La mandíbula de Fae se desencajó—. Yo sabía que Vera haría algo con el testamento, que iba a necesitar un abogado. Parecía tan fácil. Tan inofensivo. Se suponía que nadie lo descubriría.

Tracé el puente de su nariz con el dedo.

—¿Cómo se enteraron?

Yo había visto ese partido varias veces en YouTube después de que Tom me diera el informe completo sobre Farrow. El dolor se hacía evidente en los ojos inyectados en sangre. Si hasta el locutor había hablado del reciente fallecimiento del padre de Fae. En cualquier caso, y sin importar lo que hubiera hecho o cómo hubiera combatido —si bien o mal—, todo podía haber sido creíble. Aún no

entendía esa pieza faltante del rompecabezas: ¿Cómo habían atrapado a Farrow?

—Por Vera —resopló Farrow—. ¿Cómo si no?

«Yo a esta mujer la mato tarde o temprano».

Lenta y dolorosamente. Con entusiasmo.

—Llegué al funeral de papá en el último minuto. —La respiración entrecortada le sacudía el pecho—. Justo cuando empezaban a bajar el ataúd a la tierra. Me lancé sobre él y lo abracé con fuerza, llorando. —Una risita amarga le subió por la garganta y dijo—: Fue todo un espectáculo. Y la última vez que lloré. —Hizo una pausa, sumida en sus pensamientos—. Bueno, antes de ahora. Antes de ti.

Se me abultaron una cantidad de pensamientos crueles en la cabeza. Pensamientos inútiles e irreales.

«Déjame ser tu refugio, Farrow Ballantine. Déjame redimirte como tú me redimes a mí».

Le tomé la mano y la sostuve entre las mías, apretándola con fuerza.

—¿Y Vera, qué hizo?

—Montó un gran escándalo, por supuesto. Me arrancó directamente del ataúd y me tiró al suelo. Me la quitaron de encima sus propios parientes. Entonces, empezó a gritarme que no tenía derecho a aparecer allí, que no estaba invitada. —Se le dibujó en los labios una breve sonrisa y siguió—: Le respondí, como siempre había hecho. Que es el motivo por el que había terminado al otro lado del mundo: se había hartado de mis modales tan «revoltosos». Todo porque siempre me había negado a dejarme hostigar por ellas; Vera, Reggie, y Tabby.

Un hilo de orgullo se enredó en mi pecho. Al principio, me frustraba que Farrow se negara a soportar tonterías; especialmente las mías. Pero ahora me había acostumbrado a ir a la espera de su descaro y lo añoraba todos los días.

«Estás jodido hasta la médula».

Como si pudiera oír mis pensamientos, Farrow suspiró y continuó su relato:

—Tabby chilló tan fuerte que pensé que me reventarían los tímpanos. «¿Pero cómo ha logrado llegar hasta aquí, mamá?», decía. Y a Reggie se le escapó: «Pensé que le habías vaciado la cuenta bancaria». La oyó tanta gente que se podía oír el ruido de sorpresa de la multitud.

—¿Y qué pasó después?

—Vera me arrastró detrás de un árbol y me dijo que había hablado con la madre de Laura, quien había admitido lo del soborno. Imagino que se lo confesaron porque la consideraban mi madre de hecho; porque estoy segura de que nadie pensaba que ella les iría a los del Comité Olímpico.

—¿Y entonces?

—Me pusieron una multa. De la noche a la mañana, mi reputación se fue a pique en la Federación y me expulsaron del equipo en plena clasificación. La única razón por la que la sanción no fue más lejos fue por Andras. Todo el mundo lo venera.

—Pero si nunca jamás ha ganado una medalla. —Me pasé una mano por la mandíbula e hice esfuerzos por recordar la información que había leído sobre él—. Nunca ha entrenado a nadie que haya ganado una medalla de oro.

—Es tosco, tiene la personalidad de un atasco de tráfico y soy la única que ha logrado entrenar con él, sí. Pero eso no es lo importante, lo que se dice entre los esgrimistas es que todo lo que necesitas para ganar una medalla es hacer una sesión con él. Y es verdad. Las últimas cuatro medallistas femeninas se entrenaron con Andras. Solo que no lo tomaron como entrenador titular, porque es un capullo insoportable.

—¿Y Vera? ¿Simplemente lo dejó pasar?

—Vera aceptó no ir a los medios si me mantenía en mi sitio y hacía todo su trabajo sucio.

El resto del rompecabezas encajó solo: por qué Farrow se había convertido en Cenicienta 2.0, por qué todavía practicaba esgrima con la esperanza de competir en las Olimpíadas y por qué se había pasado la mañana llorando por la oportunidad oficialmente perdida.

—Ya nunca podré dedicarme profesionalmente a la esgrima. —Fae sacudió la cabeza, se levantó de un salto y se acercó a la ventana—. Ese sueño se ha ido, está muerto. Igual que mi padre.

—¿Por qué lo ha filtrado Vera ahora?

Fae se abrazó a sí misma y miró por la ventana a las rosaledas.

—Ha descubierto que tengo un investigador privado y un ejército de abogados husmeando los papeles. Encontró a Tom rebuscando en la basura en mitad de la noche.

«Estúpido tarado».

—¿Cómo lo sabes?

—Vera me mandó un mensaje.

La culpa me atravesó como un rayo: yo había metido a Tom en su vida, yo me había cargado su sueño de esgrima.

Los hombros de Farrow se hundieron mientras se abrazaba a sí misma con más fuerza que antes. Siguió hablando:

—Ni siquiera estoy segura de que Andras siga queriendo trabajar conmigo. Yo era su oportunidad de conseguir un oro olímpico.

—¿Ya se ha puesto en contacto contigo?

Tomé su teléfono y eché un vistazo a todos los artículos horribles. La historia corría a toda velocidad e iba acelerándose mientras hablábamos. Explotaba en cada plataforma de noticias. Era tendencia en todas las redes sociales. No había posibilidad de que Andras no la hubiera visto. A menos que se hubiera ido a Marte de vacaciones.

Pulpi sacudió la cabeza y volvió el rostro hacia mí. Las lágrimas derramadas por completo le cubrían las mejillas.

La furia se me acumulaba en los talones y me calentaba todo el cuerpo.

—Farrow, deja de llorar —le disparé. La orden manchó las paredes como si fuera alquitrán pegajoso.

No estaba acostumbrado a esto. A… *sentir*. Y con Farrow, yo lo sentía todo. Todo el tiempo, maldita sea. Qué terriblemente problemático. Lo detestaba.

Para mi horror, los sollozos se hicieron más fuertes. Los lamentos de Fae me arañaban el pecho y me desgarraban la carne en pedazos.

—No lo entiendes. —Cayó al suelo de rodillas e inclinó la cabeza hacia abajo para que no pudiera verle el rostro—. Durante toda mi vida, yo no tuve demasiado a mi nombre. Ni una familia. Ni un hogar. Lo único que tenía era un sueño, un destino: la pista olímpica. —El cuerpo le vibraba con los sollozos—. He entregado todo mi ser

en pos de ese momento. He soñado con él cada noche, lo he deseado cada mañana de mi existencia. Me he leído todos los libros, he estudiado todas las técnicas… —Envolvió los brazos alrededor de las rodillas y enterró la cara en ellas—. Sin esta meta ya no sé quién soy.

Me acerqué a ella, me hundí en la alfombra a su lado y la sujeté por los hombros. Ni siquiera me di cuenta de que ahora la tocaba con facilidad, que la dejaba echarse sobre mi regazo, y que no era para ayudarme a mí, sino para ayudarla a ella.

Y quería volver a tocarla. Con frecuencia.

—Escúchame, Farrow. —Le levanté la barbilla con la punta del dedo—. La esgrima es solo una de las muchas capas que hay en ti. No te reduzcas a un solo sueño. Eres una luchadora. Una mujer de negocios. Una hija. Una mujer de principios.

Sus ojos se aferraron a mí, brillantes con las lágrimas como dos zafiros pulidos.

Puse los ojos en blanco, con sorna, y agregué:

—Y una jugadora de go bastante decente.

Ella resopló y dejó asomar una sonrisita en los labios.

—La esgrima no te ha definido nunca, Pulpi. —Le limpié las lágrimas con el pulgar—. Te dio un hogar cuando lo necesitabas.

«Pero ya no lo necesitas. Ahora tienes el mío».

Dios mío. ¿De dónde había salido eso?

Ahogué ese pensamiento tan rápido como había llegado y tomé a Farrow por los hombros.

—Ya no eres una niña indefensa. Eres una mujer capaz, competente, exasperantemente inteligente. Pronto vas a destruir a

Vera, y ella lo sabe. ¿Sabes qué es esto de denunciarte a la prensa? Es una muestra de debilidad. Ella ha parpadeado primero, Pulpi.

Farrow se dejó caer sobre la espalda y se agarró el estómago. Fruncí el ceño y me pregunté qué habría dicho para que ella riera. Y ahí ocurrió algo extraño: una brizna de aire de la rejilla de ventilación me hizo cosquillas en la oreja y me envió un escalofrío por el cuello. Lo que sentí fue… *¿frío?* Hacía años que no sentía frío. Hacía años que no sentía casi *nada*. Este momento, saborear el frío mientras Farrow recorría todas las emociones existentes bajo el sol, se sentía como el punto culminante de mi existencia.

Farrow empezó a tener hipo y logró detenerse un segundo para decir:

—¿Quién iba a pensar que serías justo tú quien me diera una charla motivadora? —Se agarró la sudadera y le temblaron los hombros—. En serio, llevo horas esperando a que Ari se despierte.

Apreté los labios: no le veía la gracia. Aun así, ella no paraba de reír. Caminé hacia la puerta, tomándome todo el tiempo posible, dándole la oportunidad de detenerme. Y lo hizo.

—Espera. —Más risitas—. ¿No te ha dicho nunca nadie que puedes ser un verdadero caballero cuando quieres?

—Por Dios, no. —Me di la vuelta y levanté una ceja hacia ella—. Y no se lo digas a nadie. No volverá a ocurrir.

—¿Zach?

—¿Sí, Pulpi?

—Cuéntame algo interesante sobre los pulpos.

No tuve que pensar demasiado. Había almacenado cantidad de datos interesantes en mi cerebro especialmente para ella, porque sabía que le gustaban.

—Los pulpos son criaturas tan inteligentes y tan superiores en cuanto a su cerebro que, si les falta estimulación mental, se angustian tanto que recurren a la autofagia y se comen su propio apéndice.

Parpadeó, con sorpresa, y me miró con la cabeza inclinada.

—Te lo preguntaré otra vez: ¿no puedo ser un gatito?

—No.

—¿Por qué?

—Porque eres espectacular, inteligente y diferente. No un cliché.

Se mordió el labio inferior y un rubor delicioso le subió por las mejillas. La respiración se le hizo más pesada. Nos estábamos adentrando en algo que acabaría en la destrucción total.

—¿Zach? —volvió a preguntar.

—¿Sí, Pulpi? —volví a responderle.

—¿Y ahora qué pasará?

—Para mi próximo acto… —la tomé de la mano y la ayudé a levantarse—, voy a incendiar el mundo por ti.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Zach

Rompí el protocolo.

¿Cuál? El de no interactuar con humanos a menos que fuera absolutamente necesario.

Parecía fácil. Sin embargo, me encontré acorralando a Vera Ballantine en un callejón como un mafioso cualquiera. Me dije a mí mismo que ella casi me había invitado, por hacerse tan fácil de encontrar. Había publicado sus selfis geolocalizadas en tres plataformas de redes sociales y reservas a nombre de cada una de las infradotadas que tenía por hijas.

Habían elegido cenar en uno de esos restaurantes horribles, mal llamados «orientales», donde se las ingenian para convencer a los *influencers* de que lo que venden no es la peor comida de la galaxia. Del tipo de los que sirven *sushi*, *pad thai* y *pho* bajo el mismo techo.

Me escondí en un pasillo angosto y esperé a que terminaran. Lo último que necesitaba era aparecer en un periodicucho de cotilleos. Casi una hora después de su llegada, Regina y Tabitha se quedaron dentro del restaurante mientras la madre salía a pedir el Mercedes al aparcacoches.

Vera se escurrió por el callejón, sacó un cigarrillo del bolso Gucci y apenas brillaron las brasas anaranjadas del palito del cáncer, le apreté la punta de mi cuchillo por la espalda, a la altura de la cadera, aún escondido en las sombras.

Jadeó de la sorpresa y trató de darse la vuelta:

—¿Pero qué mier…?

Hundí la hoja más profundamente en su espalda, forzando su cuerpo a estrellarse contra la pared de cara.

—No hace falta que te gires, Vera. Me gustaría cenar esta noche, y tu cara es el mejor supresor de apetito que hay.

Tragó saliva y se le hundió la mejilla sobre los ladrillos rugosos.

—¿Zachary Sun?

—Escucha con atención. —Ignoré su pregunta a sabiendas de que no me veía, y menos en la oscuridad—. Tu existencia en este momento es de una enorme inconveniencia para mí. Deja de meterte con tu hijastra.

—¿Farrow? —Se inclinó hacia atrás sin acordarse del cuchillo—. Esa chica me arruinó la vida. Quiere hundirme…

—No he venido hasta aquí a escuchar una charla TED. Te di instrucciones específicas: no te atrevas a meterte con ella. Ni ahora. Ni en el futuro. No importa el resultado de la disputa legal que tenéis entre manos. —Incliné el cuchillo para que sintiera el filo—. Farrow Ballantine está bajo mi tutela. Sabes bien quién soy. Y sabes de lo que soy capaz.

«Farrow saldrá ganadora del caso aunque sea lo último que yo haga en toda mi vida».

Necesitaba asegurarme de que Vera no iba a atacarla después, y no pretendía quedarme cerca de mi asistenta para averiguarlo.

Vera intentó girarse de nuevo y, por un segundo, casi se cae.

—Usted no lo entiende —dijo.

A lo lejos, el aparcacoches le preguntaba a su compañero adónde había ido la clienta.

A Vera se le cayó el cigarrillo de los dedos temblorosos y rodó por el pavimento.

—Me quedaré sin un centavo…

—Sí que lo entiendo. Lo entiendo perfectamente. Pero no podría importarme menos. Farrow Ballantine está oficialmente fuera de tu zona de influencia. Si vuelves a interferir en su vida una vez más, te aseguro que te quitaré la tuya.

—Usted nunca me mataría. —Le salió una risa miserable por la garganta. Intentó girarse de nuevo, pero esta vez curvé el cuchillo al costado de su garganta y perdí la paciencia—. No arriesgará su vida por esa mujer que es un pedazo de basura de clase media blanca.

—Tú y yo no somos iguales, Vera. Yo no respondo ante la ley. Arruinarte a ti la vida es más fácil que pedirse una comida para llevar.

—Señor Sun…

La corté y me negué a confirmar mi identidad, sabiendo que así ella nunca podría probar sus sospechas:

—Yo me considero una persona meticulosa. Cuando haya terminado contigo, seguiré con tus hijas…

—Por favor…

—Me ocuparé de que vivan en la más absoluta pobreza, que jamás puedan casarse con alguien respetable. Ambos sabemos que son incapaces de salir adelante por sí mismas. —Clavé un talón sobre su cigarrillo y lo pulvericé por debajo de la suela. Se apagó

con un silbido—. Para cuando acabe con tu familia, te arrepentirás del día en que decidiste formar una y dejar a Farrow fuera de ella.

Empezó a sollozar y las lágrimas le brotaron por los ojos.

—Es usted malvado.

Los aparcacoches se impacientaron y empezaron a llamarla por el nombre. Uno de ellos le pidió a otro que fuera al restaurante a buscar a las hijas. Tenía que cerrar el tema.

—Lo soy —le confirmé, en total tranquilidad con su observación—. Te irá mucho mejor si no te olvidas de ese dato tan simple. No solo soy más malvado que tú, sino que también más capaz. Considera esta como tu primera y última advertencia, Vera. Deja en paz a Farrow.

Ella volvió a estallar en otro ataque de lágrimas y asintió.

—Ahora date la vuelta y vuelve al restaurante. Si llegas a darte la vuelta, lo último que verás antes de morir será el destello de mi espada.

No tenía intención de malgastar un cuchillo en perfecto estado con ella, pero ella no lo sabía.

Asintió, más rápido que un muñeco de esos que rebotan con la cabeza.

—Está bien, está bien.

La empujé hacia la calle con la empuñadura del cuchillo. Se tropezó con sus propios pies, y seguía llorando y ahogándose en sus propias lágrimas.

—Mamá. Ufff, ¿dónde te habías metido? —Uno de los engendros de Vera se le aferró al brazo tan pronto como ella se acercó—. Hemos tenido que esperarte en medio del frío.

—No te preocupes, cariño —le ronroneó Vera, con la voz de negocios de siempre—. Solo me he tomado un descanso para fumar un cigarrillo.

—Deberías dejar de fumar. Se está comiendo nuestra herencia y no nos queda demasiado.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Romeo Costa: @ZachSun, ¿qué pasa con esa circulación interminable de abogados e investigadores privados en tu casa?

Romeo Costa: ¿Estás planeando un golpe de Estado?

Ollie vB: Si es así, ¿puedo encargarme de algún ministerio de Desarrollo Económico? Me encanta no tener trabajo.

Ollie vB: Mejor: ¿está disponible alguna Administración de Seguridad Social? Dos pájaros de un tiro. Lo que yo más soy, sin ninguna duda, es eficiente.

Zach Sun: Muy gracioso. Estoy ayudando a Farrow con su caso legal.

Ollie vB: ¿Todo el día, todos los días? Parece que no te dedicas a otra cosa.

Zach Sun: ¿Puedo sugerirte que tengas algún pasatiempo? Y, ya que estamos, ¿que te compres una puta vida?

Romeo Costa: ¿Acaso trabajas en tus cosas algún minuto del día?

Ollie vB: Como, ya sabes… ¿planear tu propia boda?

Ollie vB: (Tu sugerencia de tener un pasatiempo es demasiado ridícula y no me entretiene ni un poco. El espectáculo de la mierda de vida que llevas es mucho más divertido.)

Zach Sun: Mi vida marcha como una máquina bien lubricada.

Ollie vB: El lubricante es un regalo del cielo. A mí también me encanta.

Romeo Costa: ¿Para ti todo es sexo, @OllievB?

Ollie vB: Claro que no.

Ollie vB: También me dedico a veros a vosotros dos sucumbir a la rutina monógama. Esto me produce mucha alegría, lo creas o no.

Romeo Costa: Te creo.

Ollie vB: Soy oficialmente el último que queda en pie.

Romeo Costa: A menos que alguna de las enfermedades venéreas que tienes se te extienda a las extremidades.

Zach Sun: No estoy casado todavía.
Ollie vB: No estoy hablando de la doctora Cullen; ella no pinta nada. Hablo de tu asistenta con espada.
Zach Sun: Se llama Farrow y lo que tenemos es estrictamente temporal.
Ollie vB: Con todo respeto, estás delirando.
Romeo Costa: Estoy de acuerdo con Oliver.
Zach Sun: Tonterías. Es un riesgo calculado.
Romeo Costa: De ser así, eres pésimo en matemáticas.
Zach Sun: Los dos sois unos inútiles.
Ollie vB: Falso. Espera a que te rompa el corazón, entonces mi hombro será tu lugar favorito donde llorar.
Romeo Costa: Ay, pero qué tierno. ¿Dónde aprendiste esa frase, Ol? ¿En *Outer Banks*?
Ollie vB: Se llama cultura, caballeros. Deberían probarlo alguna vez.
Ollie vB: #JusticeForSarahCameron.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Farrow

Natalie debía haber golpeado a Zach en la cabeza con el palo de la amnesia, porque pasó los días que siguieron como si el momento que habíamos compartido en mi habitación —aferrados en un abrazo como si la vida se nos fuera en ello— no hubiese sucedido nunca. Ella se dio cuenta de mi estado de ánimo y me guiñaba un ojo cada vez que nos cruzábamos por el camino. En cuanto a Zach, no podía enfadarme con él. La verdad era que no me trataba como a los demás —con segundas y terceras dosis de maldad—, sino que, a diferencia de lo que hacía con Natalie y el personal en general, él todavía se detenía a hablar conmigo cada vez que nos encontrábamos en los pasillos.

Y aparecía en las reuniones cuando Dan, Bryan, Deanne y Tom llegaban con los avances legales: revisaba los documentos, me guiaba, hacía las preguntas difíciles que yo no sabía cómo hacer. Y, sin decir nada, había contratado a otra gente de limpieza para que

hicieran el trabajo que yo no hacía para que pudiera concentrar la energía en el caso y revisar todo el papeleo.

En lugar de centrarme en ganar la medalla de oro, había decidido centrarme en ganar el caso. Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que no quería volver a competir. Me encantaba el deporte, eso sí. Pero, desde el momento en que cometí la falta, supe que me merecía el castigo y que, si había logrado esquivar el fardo, era por los contactos de Andras, tan bien acomodados en el mundo de la esgrima. Era hora de afrontar las consecuencias de mis actos. Vera no me había arrebatado mi última posibilidad de ir a las olimpíadas, me la había arrebatado yo sola.

Pero eso no quería decir que fuera a permitir que se llevara todo lo que papá había dejado como herencia.

Después de dejar mis comentarios en un informe jurídico, deambulé por la casa de Zach, en busca de algo para hacer. El lugar estaba reluciente, gracias a los esfuerzos conjuntos de mi paso por la casa junto con el del nuevo servicio de limpieza y Dallas tenía cita con el obstetra, así que no podía perder el tiempo comprando cosas para el bebé por Internet y viendo con horror cómo se pedía comida a domicilio desde siete restaurantes diferentes para satisfacerse los antojos.

Iba por el pasillo, pasando por las puertas abiertas, cuando oí que me llamaban por mi nombre desde la terraza acristalada.

—¿Señorita Ballantine?

Constance Sun. Me detuve en seco, mis hombros se tensaron en un nudo.

«No dejes que te presione. Tienes todo el derecho de estar aquí. La vida te ha hecho fuerte para que puedas protegerte».

Redirigí mi camino con un suspiro, deteniéndome al ver lo que tenía frente a mí: Constance y Eileen estaban sentadas frente a una gran mesa de madera, con folletos esparcidos por todas partes. El sol se derramaba por detrás de sus hombros y las hacía parecer dos ángeles caídos. Zach se había marchado hacía horas. Debían de haberse instalado por su cuenta. Aun así, la idea de que Eileen estuviera cerca de él, en su casa, me ponía la piel de gallina. No llevaba demasiado bien eso de salvaguardar mi corazón.

Esbocé una sonrisa despreocupada.

—¿Sí?

Constance se sirvió otra taza de té.

—¿Sería tan amable de ayudarnos?

—Claro. —Los dientes se me entrechocaron, pero mantuve la sonrisa intacta—. ¿En qué puedo servirlas?

—Mi visión ya no es lo que era. ¿Podría ayudarme a organizar estos salones para fiestas de boda en orden alfabético?

Los ojos se me desviaron hacia las gafas de lectura que llevaba en la nariz y se me arrugó el ceño a la mitad de las cejas. La intención era evidente: quería que yo viera lo que el futuro le deparaba a su hijo; él era para Eileen y, lo más importante, *no para mí*. Si dejaba que me afectara, sus garras se hundirían en mis huesos. Así que, con toda la sutileza de que fui capaz, tensé cada uno de los músculos del cuerpo, sabiendo que me observaban de cerca como hienas.

Eileen dio una inspiración rápida.

—Constance…

Ella tampoco podía creer semejante mezquindad, pero yo sí. Yo ponía en peligro lo más importante que Constance tenía en el

mundo: el futuro de su hijo. Nada le importaba más que mantenerlo a salvo, bajo su vigilancia. Se resistía a dejar entrar cualquier elemento desconocido y peligroso en su vida porque podría terminar como su padre. Lo entendía, pero no tenía por qué gustarme.

—Oh, no, Eileen, por favor, no te sumes tú *también* a todo esto. —Constance enfatizó la palabra «también»—. Esta gente está aquí para ayudar.

—¿Esta gente? —Eileen se encogió tanto en el asiento que por poco desaparece.

Constance chasqueó los dedos en dirección a mí.

—Dese prisa, querida, por favor. Que tenemos una degustación de pasteles en una hora.

«Vete a la mierda». Me negué a que me viera romperme y le mostré mi mejor sonrisa más brillante y feliz.

—Ahora mismo.

Recogí los folletos de la mesa y decidí no contárselo a Zach. ¿Qué sentido tenía? Ella se quedaría una vez que yo me fuera. Por mucho que odiara a Constance, no podía negar el hecho de que ella adoraba a su hijo a su propio modo retorcido. Le dejaba cajas enteras de su ensalada de pepino favorita cada tres días, celebraba cada una de sus victorias profesionales y (según Dallas) había movido los hilos necesarios para que reconstruyeran por completo la carretera en la que había muerto su esposo, para que Zach no la reconociera. No dudaba de su devoción por su hijo.

Eileen me dedicó una sonrisa avergonzada sin mirarme a los ojos y me ayudó a acomodar la pila de folletos. Me atravesó una punzada reticente de cierto respeto.

Las Maldivas, la Costa Amalfitana, Southamptons…

Los destinos no importaban. Tampoco la boda en sí. El simple recordatorio de que Zachary Sun ya no necesitaría una razón para contar conmigo me era suficiente para sentir una ola de desesperación que me atravesaba en espiral por todo el cuerpo.

—Oh, pero Eileen. —Constance frunció el ceño ante el silencioso (y chocante) acto de resistencia, pero aceptó una pila de folletos de su futura nuera—. Tu corazón es demasiado puro, los indeseables se aprovecharán de él.

Capté su mensaje subyacente. Ella debía verme de la peor forma posible. ¿Acaso podía culparla? Me había metido en la vida de su hijo intempestivamente, me había metido de golpe en su hogar, había tratado de robarle e intercambiábamos orgasmos a cambio de asistencia legal y montones de dinero. Yo estaba lejos de ser un ejemplo de altruismo. Todo ello mientras mantenía el pacto conmigo misma de no involucrarme en una relación, de no convertirme en papá y Vera.

Constance alzó un folleto a la luz.

—¿No es precioso este lugar?

Me tomó un momento darme cuenta de que me hablaba a mí. No pude evitarlo. Aunque sabía que me dolería, eché un vistazo al folleto: el Botanica. Un paraíso de árboles, miles de millones de flores exóticas y muebles de jardín hechos a mano. Fue como una daga directa al corazón.

«¿Qué te pasa, Fae? Las bodas te dan escalofríos. Siempre has dicho que eran un desperdicio de dinero».

—Impresionante —asentí; realmente lo pensaba. Con la sonrisa falsa todavía pegada al rostro, deposité los folletos restantes sobre la mesa y le ofrecí una pequeña reverencia, con una inclinación de las

rodillas que era una floritura—. ¿Puedo ofrecerle algo más, señora Sun?

Funcionó. Constance parecía completamente desolada por mi buen humor.

—De hecho… Eileen, querida, ¿por qué no le muestras a la señorita Ballantine los vestidos que marcamos como favoritos? Estoy segura de que tendrá alguna opinión interesante.

Los ojos de Eileen se abrieron de par en par. La idea parecía horrorizarla, y no la culpaba. Yo ya ni me tomaba la molestia de ponerme el uniforme de asistenta, así que mi sentido de la moda —o más bien la falta total de él— se veía desde lejos. Hoy llevaba unas mallas negras y un jersey peludo de color verde y amarillo.

—Seguro que la señorita Ballantine tiene cosas que hacer… — Eileen dejó la frase a medias.

El tiempo no era un problema. Lo que realmente me preocupaba era el hecho de que quería hacerme un ovillo y llorar hasta morirme de deshidratación. Porque elegir un vestido de novia para la esposa de Zach era lo peor para mí. Tuve una reacción física literal ante ello, como si un escuadrón de escorpiones se me arrastrara por la piel.

Pero, una vez más, no podía dejar que Constance me ganara, así que dije:

—Me encantaría echarles un vistazo.

Con un suspiro, Eileen agarró una pila de folletos brillantes con notitas autoadhesivas entre sus páginas y hojeó dentro de tres de ellos hasta llegar a lo que buscaba. Desplegó las opciones frente a mí como un abanico: unos vestidos de lo más clásicos, en línea A, con mucho tul y tanto encaje encima como para abrir un burdel francés.

Zach los hubiera odiado todos. A él le gustaba lo contemporáneo con cierto aire artístico, la seda griega, los cortes plisados, quizás algo retocado con diamantes… Me dio vértigo darme cuenta de que yo conocía muy bien lo que le gustaba y lo que no.

Me tragué un grito desesperado y me encogí de hombros mientras golpeteaba sobre una de las fotos. Todas me parecían iguales, de todas formas.

—Este es increíble.

Eileen se iluminó.

—Es mi favorito.

Por un momento, sentí pena por ella. Porque sufría de la misma fobia que Zach, porque estaba a punto de embarcarse en un matrimonio sin amor, porque no tenía a nadie que la ayudara a sobrellevar sus temores… Por lo menos, Zach terminaría nuestro acuerdo ya curado; yo me lo había prometido.

Constance me estudiaba el rostro en busca de cualquier rastro de emoción —de tristeza, decepción o de celos—, pero no encontró nada. Poco sabía ella que se hallaba frente a una experta veterana en el arte de la violencia emocional, cortesía del campo de maniobras en que Vera me había entrenado durante veintitrés años.

—Muy bien, señorita Ballantine. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Ya puede irse.

—Si necesita cualquier otra cosa… —estiré el pulgar hacia el pasillo—, estaré en el salón mirando una película.

Provoqué a Constance a propósito; estaba resentida con ella por ser tan controladora con Zach, a sabiendas de que no tenía las agallas de ir contra él.

Ella me miró con el ceño fruncido:

—No me había dado cuenta de que es su día libre.

—Ah, no lo es. —Me llevé una mano al pecho—. Uy, pero qué *feo* de mi parte…

Salí tarareando, y no dejé caer la primera lágrima hasta estar segura por completo de que no se oiría en ningún lado de la casa.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Farrow

Zach no volvió a casa.

Saqué el teléfono, miré la hora —las diez y media; «¿pero qué cojones…?»— y me contuve de enviarle un mensaje de texto por la única razón de que no me debía ni explicaciones ni nada. De hecho, me lo venía repitiendo como un cántico para mis adentros desde que Constance y Eileen se habían ido hacía tres horas.

«No es tu novio. No es tu marido. No es tuyo. Punto. Pronto, le prometerá sus votos para siempre a otra mujer en un vestido todo esponjoso en medio de un campo de polen».

«Eres temporal e insignificante. Una pluma en el viento».

Recorría mi habitación de arriba a abajo, como una leona en una jaula oxidada. Podía ver lo irónico de la situación: mientras el que ahora era el marido de Dallas la había encerrado en una jaula de oro y ella luchaba con uñas y dientes por liberarse, yo me había metido en mi propia jaula dorada por voluntad propia y no quería salir. Hubiese sido más fácil si el brillo y el *glamour* me atrajeran, porque eso lo podía encontrar en otra parte. Pero no, lo que yo anhelaba eran las sonrisas dulces que compartíamos de un lado a otro lado de

la habitación, las caricias fugaces y sus palabras de consuelo, que eran adictivas; cada una de ellas se me quedaba grabada en la piel como un tatuaje.

Enrosqué los dedos en el alféizar de la ventana de mi cuarto y me quedé mirando fijamente el agua brillante de la piscina. El agua cristalina me devolvió su brillo bajo la luna.

«Lo que necesitas es un chapuzón. Refrescarte esas hormonas desbocadas y esos celos al rojo vivo».

Me puse un traje de baño amarillo de dos piezas que había sido de Dallas («total, ahora parezco una salchicha alemana metida dentro de un tubo de goma», me había dicho), cogí una toalla y bajé la escalera haciendo caso omiso al clima helado. El vapor se elevaba de la superficie de la piscina en unas nubes blancas espesas.

Me sumergí de cabeza, atravesé la superficie del agua hasta el fondo y nadé sin parar sin volver a la superficie hasta alcanzar el otro lado de la piscina. Ahí inspiré con fuerza hasta el fondo de mis pulmones y llevé la cabeza al cielo. Las estrellas bailaron por todo mi rango de visión, se fundían unas con otras, se mezclaban en el torbellino de lágrimas.

«Ya basta con esta fiesta lastimera y extraña de autocompasión. Te la guardas para los días de cumpleaños y ya. Ponte a nadar».

Lo hice. Hasta que los músculos se me tensaron y me ardían de tanto ejercitarse. Hasta que pensé que los miembros se me caerían y saldrían flotando; cada vuelta más dolorosa. Hasta que al fin se me despejó la mente. Cuando terminé, me subí a una de las tumbonas que había dentro de la piscina y cerré los ojos, sin molestarme en secarme. El viento implacable me lamió el cuerpo y los pezones se me endurecieron hasta entumecerse. Se hizo un

charco de agua con lo que me goteaba del pelo. Dibujé en mis labios la letra de una canción que escuchaba noche tras noche en mi litera de Seúl.

«*The ribs aren't a cage. They're the walls to your home…* Las costillas no son una jaula. Son las paredes de tu casa».

Dejé entrar y salir el aire entrecortadamente y aparté la melancolía.

«Estás viviendo de prestado, Fae».

Me negué a darle a Constance el placer de arruinarme el momento.

«Pero ¿y si tiene razón?», preguntó una vocecita dentro de mi conciencia. «¿Y si le estás haciendo daño?».

La semilla me brotó por dentro de la mente y echó raíces en mi pecho.

«¿Y qué hay de ti? Este hombre hará una carnicería con tu corazón. Lograr esta victoria contra tu madrastra malvada no vale esa carnicería».

La sola idea de Eileen vestida con uno de esos vestidos de novia me revolvía el estómago. ¿Cómo me las arreglaría para soportarlo cuando llegara el momento de separarme de mi demonio personal?

—Pulpi.

Su voz tranquilizadora me envolvió como una manta de cachemira.

Se me tensó cada músculo del cuerpo, pero dejé los ojos cerrados. Sus pasos firmes se acercaban, resonando contra la pesada losa de granito del borde de la piscina. Por debajo de la parte de arriba de mi bikini, los pezones se me tensaron y el corazón me dejó de latir una docena de veces. Solo de oírlo llegar, el calor se

me agolpaba en el estómago. Aun así, me negué a demostrarle lo contenta que estaba de que hubiera vuelto.

—¿Qué haces aquí fuera? Hace mucho frío.

«¿Ah, sí? No siento otra cosa que un deseo desesperado por ti».

—¿Quieres pescar una pulmonía? —gruñó.

—No eres ni mi padre ni mi madre.

—No, pero ahora mismo soy lo más cercano a una familia que tienes. —Se le suavizó la voz—. Mírame.

Abrí los ojos. Era doloroso mirarle. Demasiado hermoso, con el pelo negro, esos ojos de alquitrán y esa estructura ósea devastadora.

—¿Dónde estabas? —No pude contener la mordacidad de mi voz.

Zach caminó hacia mí, goteando su poder y riqueza en sus pantalones de color gris oscuro y su jersey de cachemira azul marino bajo un chaquetón negro.

—Tenía algunas reuniones en Washington. —Se metió las manos en los bolsillos, me recorría el cuerpo con los ojos.

—¿A las once de la noche?

«No es asunto tuyo», me recordé.

Tenía que parar. «Era necesario». ¿Desde cuándo me había convertido en una novia empalagosa?

—He estado conduciendo por ahí —admitió Zach y se detuvo al llegar al borde de la piscina, apenas a unos pasos de distancia. Me esperaba ver ansia en sus ojos, pero, en lugar de eso, me encontré con algo de preocupación; una emoción peligrosa que no tenía lugar en nuestro acuerdo.

Arqueé una ceja y traté de mostrarme impasible.

—¿En tu coche blindado?

Se le torcieron un poco los labios.

—En un BMW común y corriente.

—Guau, vives al límite.

—Sí, siempre que esté seguro de que no estás ahí para empujarme por el precipicio. —Hizo una pausa—. Necesitaba pensar un poco.

—¿Ah, sí? —Una esperanza tonta e idiota me floreció en el pecho. Quería que dijera «sobre ti, sobre nosotros»—. Es un concepto nuevo. Sabes que puedes pensar en cualquier parte, ¿no? Incluso desde la comodidad de tu hogar.

—Pulpi… —advirtió.

—Dime, ¿y en qué pensabas?

—Principalmente en el calendario de mi matrimonio inminente. En cómo encajarlo con mi agenda de negocios. En este momento estoy en plena adquisición de algunas empresas que van a exigirme cierta atención hasta que reestructure sus juntas directivas.

Asentí y simulé que su respuesta no me atravesaba por la carne y los huesos.

—La gestión del tiempo es importante. Tienes suerte de tener a Natalie.

—No quiero hablar de Natalie ni de ninguna otra mujer de mi vida. —Parecía tan triste que, por un momento único, realmente me alegré de su dolor. ¿Por qué iba a ser yo la única en sufrir?

—¿Qué deseas, entonces?

—Que subas las escaleras, te des un baño caliente y te pongas al menos tres capas de ropa antes de que pierda la puta cabeza.

—Creo que estoy bien aquí. —Sabía que no castigaba a nadie más que a mí misma y, aun así, quería hacerle una escena. Y terminar

con un gesto grosero con la mano.

Se le crisparon los dedos a los lados del cuerpo, se le terminaba la paciencia.

—Tienes los labios azules.

—Tú tienes negro el corazón.

—*Farrow…* —gruñó y me mostró los dientes—. Ven aquí ahora mismo. Es *invierno.* Vas a terminar en el hospital si sigues así.

—Qué inconveniente más terrible.

—*Farrow.*

—Si tanto te importa, ven a buscarme.

Para mi sorpresa, la cara de Zach ni se inmutó. Bajó el primer escalón de la piscina y el agua le llegó a los tobillos, y de ahí empezó a avanzar hacia la tumbona. Cuando me alcanzó, se quitó el abrigo y me levantó al mejor estilo nupcial, cubriéndome con la pesada tela. El aroma a madera y cítricos me envolvió y me calentó el cuerpo en un instante. Por instinto, quise rodearle el cuello con los brazos. En lugar de eso, simulé que miraba algo por detrás de él y fingí un bostezo.

Para mi disgusto, se le crisparon los labios en una risa.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Salió de la piscina dando zancadas, empujando el peso del agua mientras me llevaba hacia la casa.

—Tú. —Sus ojos no se apartaron de los míos ni un segundo.

—¿Te divierto?

—Me complaces.

—Pues resulta que tú a mí no. —Un calor delator me subió por las mejillas. Miré hacia otro lado, hacia las luces de la casa, para evitar besarlo.

—¿Sabías que el pulpo muere después de aparearse? Es una especie que solo practica la fecundación externa. —Me agarró con más fuerza—. Varios machos insertan sus espermatóforos en la hembra o le entregan el esperma. Luego, se marchan para morir. La hembra pone los huevos. Una vez que eclosionan, su cuerpo sufre un «suicidio celular» que empieza por las glándulas ópticas.

Por poco le resoplé en la cara.

—Zachary Sun…

—¿Sí, Farrow Ballantine?

—Lo de soltar guarradas sexuales se te da de pena. —Se rio, le vibraba el pecho y le retumbaba contra mi cuerpo. Apoyé mi mejilla contra el suyo y le dije—: Entonces, ¿lo que dices es que, de consumar nuestra atracción, acabaremos muertos?

Empujó las puertas del balcón y subió por las escaleras hacia el segundo piso.

—Lo que digo es que el deseo es un asunto complicado, especialmente para las criaturas inteligentes.

—¿Pero?

—Pero vale la pena.

Me llevó a su dormitorio, donde me tumbó en la cama antes de dirigirse hacia su cuarto de baño. El sonido del agua golpeando sobre su enorme bañera antigua de cuatro patas llegó hasta mí. El aire se llenó de aroma a lavanda. «Una bomba de baño». Pero si él odiaba los productos perfumados.

Zach cerró el grifo y se me acercó, tenía los pantalones todavía empapados del agua de la piscina.

Me mojé los labios al verlo levantarme de nuevo.

—Deberías venir a la bañera conmigo —le dije.

Qué relación más retorcida teníamos, siempre pasando de enemigos a amantes. Zach no respondió, me puso en el borde de la bañera y aflojó el cordón que sujetaba la parte de arriba de mi bikini. Cayó al suelo con un golpe húmedo. Me devoró con una mirada rápida y pasó a engancharse los pulgares a cada lado de la parte de abajo y me la deslizó por las piernas.

Hundió mi cuerpo desnudo dentro de la bañera y dejó mi pelo por el borde. Apenas si sentí el agua. El frío me había entumecido todo el cuerpo. Poco a poco, mis terminaciones nerviosas se descongelaron y fui recuperando la sensibilidad. Incliné la cabeza contra el borde y lo miré fijamente, ebria de deseo. Toda mi frustración se convirtió en placer mientras mi cuerpo se abría de ansias de entregarse. Él seguía de pie a un lado, mirándome como un halcón, con el pene erecto y pegado contra su muslo.

Arqueé una ceja.

—¿Has visto algo que te gusta?

—«Que me gusta» se queda corto. —Se pasó una mano por los pantalones, simulando que alisaba una arruga invisible y apretándose el pene en el proceso—. Y aquí radica el problema.

—¿Qué problema? —Moví las pestañas—. Pensaba que esto era solo un acuerdo temporal.

—Lo es, siempre me ha costado separarme de mis juguetes favoritos.

Arqueé la espalda, metí la mano entre mis muslos y me busqué el clítoris. Se me hundió el estómago al verle tensar la mandíbula y arrugar las cejas. Los picos de mis pezones atravesaron la superficie del agua, rosados y erectos, suplicando ser tocados.

Dijo una palabrota y giró la cabeza por un momento.

—*Joder*, Farrow.

—Vamos, Zach. Si al final no soy más que un juguete… —Aumenté el ritmo entre las piernas y dejé escapar un gemido—. Y tú también eres mi juego favorito.

Me miró sin pestañear cuando abrí una pierna por encima de la bañera y desplegué mi sexo, sintiendo el agua caliente penetrarme.

—Joder, joder, joder y mil veces joder.

Se arrancó el jersey de los hombros y lo tiró al suelo. Le siguieron los calcetines, seguidos de los pantalones y los calzoncillos en un mismo movimiento.

El pene se le salió, alto, grueso y largo, una perla de líquido preseminal lo coronaba en la punta. Por un momento, temí que no fuera a caberme dentro.

Se metió en la bañera con un chapoteo, me rodeó por los tobillos y tiró de mí hacia él. Me agarré a los bordes para recuperar el equilibrio. Mi agujero apretado se chocó contra su verga y le arrancó un gemido. Me puso una mano en la espalda y con la otra me agarró la mandíbula y me besó con un beso largo, fuerte y desordenado.

Gemí dentro del beso y su lengua se encontró con la mía. Se apretó el pene con el puño y lo llevó hasta mi entrepierna.

—Condón. —Me tragué sus gemidos, jadeando—. Necesitamos un condón.

—Por favor, Farrow. —Su boca se deslizó por el costado de mi cuello, me raspaba con los dientes la piel sensible—. Te daré lo que sea y todo lo que quieras en este mundo con tal de que me dejes penetrarte así. Necesito sentirte. Toda. Sin ninguna barrera. Te lo suplico.

Me froté por todo su pene, hacia arriba y hacia abajo, en toda su longitud, con los ojos clavados en una batalla de torcer voluntades.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea.

Pegó la frente contra la mía, cerró los ojos, en una cruda agonía que le pintaba todo el rostro. Por un momento, se me cruzó la crueldad de pedirle el colgante, pero no sería justo. Más allá de la guerra psicológica, yo quería que me lo diera porque sabía que me correspondía y no como parte de un chantaje.

—Quiero que me digas por qué te has mantenido distante últimamente.

Echó la cabeza hacia atrás y me miró fijo a los ojos.

—¿De verdad quieres saber por qué? —Asentí—. Porque me aterrorizas, Farrow.

Miró a un lado, hizo una pausa y se volvió hacia mí, con la garganta atorada en el intento por tragar saliva.

—Me recuerdas que soy humano —prosiguió—. Que un simple contacto puede, de hecho, destruirme. Debería desterrarte, Fae.

—¿Por qué?

—Haces que quiera disfrutar de mi vida, no solo sobrevivir.

Sus palabras me recorrieron la columna vertebral como un escalofrío. Levanté la pelvis, anudé mis brazos sobre su cuello y me hundí en su pene.

Me clavó los dedos en la espalda, y se metió hasta el fondo.

—*Joder.* —Se me salió un gemido por la garganta a mitad del camino. Se me desorbitaron los ojos. Estaba mojada y preparada, pero su pene era demasiado.

—Tranquila. —Me tomó por la cintura y me besó las mejillas, la nariz, los ojos—. Haremos que entre. Confía en mí.

No sabía por qué yo estaba depositando mi confianza en un hombre que era virgen y tenía un pene del tamaño de un rifle AR-15, pero asentí y me tragué un grito de dolor cuando metió la mano entre nosotros. Con el pulgar jugaba con mi clítoris mientras con los dedos me clavaba la mano en las caderas. Metió otro centímetro dentro de mí. Incliné la cabeza hacia atrás y solté unos sonidos roncos mientras me besaba en cada rincón de la cara y el cuello.

Apreté las paredes de la bañera con los dedos.

—Mi preciosa y valiente criatura. —Me llenó con su pene, con la boca viajó hasta mis pechos y me lamió los pezones—. Mira cuánto te gusta mi pene. Qué buena chica. ¿Crees que puedes correrte sobre mi polla por mí? —Me mordisqueó el costado de la mandíbula —. ¿Crees que puedes hacer que mi primera vez sea especial?

Asentí y contuve la respiración mientras él se metía más adentro. Tenía casi todo su pene en mi interior y era tan grande que se sentía como si me tocara los órganos internos y me destripara por dentro. Y, aun así, no podía negarlo: el placer era muy intenso. Poco a poco fui desplegándome y empecé a aceptar el objeto extraño que tenía dentro.

—Eso es. Ahora empieza a cabalgarme, nena.

Las paredes de mi entrepierna se aferraron a su pene con una fuerza mortal. Los ojos se le pusieron en blanco, en un placer tan intenso que dejó de jugar con mi clítoris y se quedó estremeciéndose dentro de mí. Cada vez que yo me levantaba y hundía sobre su pene, en una cabalgata digna de una vaquera en el rodeo, sus abdominales se chocaban contra mi vientre.

Me rebotaban los pechos en el espacio que había entre ambos, pesados y llenos. Trató de tomarlos con los labios, los succionó y los soltó con un chasquido.

—Más despacio —me pidió, tomando uno de los pechos. Apartó la mirada de la mía y dijo con una voz ronca—: Estoy a punto de correrme y no quiero. Mierda, quiero vivir dentro de ti. Pagaré el alquiler con intereses.

Lo provoqué aumentando la velocidad mientras disfrutaba de verle una vena que se le abultaba en el cuello por el esfuerzo de contenerse.

—Pídemelo bien.

—Por favor… —Su frente cayó sobre la mía—. Necesito más.

Me tiró del pelo y me dio un beso infernal. Voraz y lleno de una desesperación que yo jamás había sentido. Se negaba a despegar los labios de los míos mientras seguía acariciándome los pechos y daba vueltas con la lengua por dentro de mi boca. Nos besamos y nos besamos hasta que nos quedamos sin saliva.

Me agarró por la nuca y me reclamó la boca una vez más, echaba gruñidos dentro de ella.

—Mía. Siempre serás mía, ¿me oyes?

Palabras apasionadas que no significarían nada cuando lográramos despegarnos. Giré la cabeza y me negué a responderle.

Me agarró de la barbilla y me obligó a mirar hacia abajo, al espacio entre nuestros cuerpos: su pene se deslizaba hacia dentro y hacia fuera de mí, grueso y brillante con mis jugos.

—Míranos —me ordenó—. Mira esto. Aquí, frente a nosotros. Es el pico más alto de mi existencia. No hay *nada* que se sienta como tu sexo aferrándose alrededor del mío.

Yo ralentizaba mis movimientos para verle el pene grueso entrar dentro de mí, dándole tiempo para que se relajara, pero ninguno de los dos podíamos detener ese tren de carga de placer. Al poco tiempo, ambos volvíamos a jadear con fuerza, el sudor brillaba sobre nuestros hombros. Lo cabalgué más fuerte y más rápido, e incliné mis caderas para que se deslizara hasta más adentro. Me agarró por la cintura y me guio con movimientos frenéticos.

El mundo entero se desvaneció y solo quedamos nosotros dos. Zach —con el placer crudo y elocuente estampado por toda la cara— y yo, que escalaba cada vez más alto en la ruta del orgasmo. Me temblaban los muslos por el esfuerzo y, al mismo tiempo, una avalancha se desmoronó por mis miembros. El clímax me inundó como una tormenta y me arrancó un grito de los labios.

—Voy a acabar, mierda, voy a acabar. —Maldijo, me agarró del mentón y me miró a los ojos—. Necesito correrme dentro de ti.

—Zach…

—Te lo suplico. —Se le quebró la voz—. Por favor.

Me apreté alrededor de su pene al oír sus palabras, excitada de nuevo, y sabiendo que estábamos siendo muy imprudentes.

«¿Qué demonios te pasa, Fae? ¿Qué demonios os pasa a los dos?».

Pero nos habíamos convertido en prisioneros de nuestro deseo. Incapaces de pensar con claridad; sin ganas de hacerlo. Apenas logré calcular en qué día del ciclo estaba y confirmar que era un día más o menos seguro, que ya casi me llegaba el periodo.

—Por favor. —Los ojos de Zach estaban vidriosos, casi incoherentes, y me recordaban que había sido yo la que lo había desvirgado. Poseía una parte de él que sería mía para siempre.

Tragué saliva y volví a correrme otra vez ante la idea de que me llenara.

—Acaba dentro de mí.

Cuando me oyó, el pene le bombeó y se hinchó. Entonces, lo sentí. La oleada de calor que se extendía por mi sexo mientras su semilla se derramaba por dentro de mí. Nuestros orgasmos chocaron entre sí. Nos aferramos el uno al otro y le clavé las uñas en la piel mientras su boca se fundía con la mía como si fuéramos una sola entidad tratando de frenar un huracán. Volamos por lo alto del cielo, alcanzando la cima más alta juntos.

Después, nos quedamos acurrucados y seguimos estremeciéndonos durante un rato en la piel del otro hasta que el agua se volvió turbia. Zach me besó el hombro. De vez en cuando me acariciaba el cuello con la nariz. Yo no quería irme. No quería que se terminara el momento. Su pene empezó a ablandarse dentro de mí, y sentí ganas de llorar, porque había algo terriblemente patético en nosotros: yo, luchando desesperadamente por mi supervivencia y negándome a admitir que estaba enamorándome de este hombre; y él por fin encontrándose frente a la posibilidad de ser feliz y rechazándola para calmar su culpa.

Zach me tomó la cara y la giró para que lo mirara.

—Pulpi…

Puse mi expresión más neutra, aunque el corazón se me alborotaba de furia dentro del pecho. Había dejado que eyaculara sin preservativo; le había permitido correrse dentro de mí. Lo había dejado entrar en mi cuerpo, en mi mente, en mi *alma*. Ahora el único espacio que le quedaba por conquistar era mi corazón, y se estaba acercando a él a toda velocidad.

—Siento haberte pedido que folláramos sin protección. Ha sido una estupidez por mi parte. —Se le arrugaron los ojos de arrepentimiento. Todavía estaba dentro de mí—. Un error de juicio terrible. Si pasara algo… —Zach tragó saliva y, después de una pausa, dijo—: Te prometo que…

Me apresuré a cortarle, no quería escuchar una promesa que no podría cumplir.

—No pasará nada, porque voy a tomarme la píldora del día después ahora mismo.

Me levanté. Ambos vimos su pene deslizarle hacia fuera de mí, centímetro a centímetro. Me alcé sobre él, mojada y vulnerable. Temblando. El semen se me derramó por la parte interna del muslo.

—No tienes que hacerlo. —Me agarró por detrás de las rodillas, cerró los ojos y me besó en la entrepierna, respirándome—. Nunca te traicionaría, nunca le daría la espalda a un hijo mío.

Un latigazo de pánico me azotó la espalda, resoplé para ocultar la bola de lágrimas que se me agolpó en la garganta y pasé por encima de él.

—Créeme, ninguna parte de mí quiere ser un simple error que se convirtió en un escándalo.

Se puso en pie y me siguió.

—Tú no eres ni un error ni un escándalo.

—¿Entonces vas a escondernos a mí y al bebé y dejarnos en algún lugar lejano? —Me envolví en una de sus toallas exuberantes—. ¿Vas a enviarnos un cheque cada mes?

Frunció el ceño y empezó a secarse.

—No es lo que he querido decir.

Pero no me quedé para averiguarlo.

—Farrow. —Me seguía, y los pasos detrás de mí ganaban cada vez más velocidad—. No huyas de mí.

«Entonces, convénceme para que me quede. Termina con este compromiso tuyo. Dime que importo».

No lo hizo.

Tropecé por el pasillo y corrí hasta mi habitación. Si me veía la cara, me hubiera visto las lágrimas, el dolor, la confusión… Porque lo que había pasado en esa bañera no lo había sentido como sexo; lo había sentido como hacer el amor.

—Farrow, *espera*.

Le cerré la puerta en la cara.

Y albergué la esperanza de cerrarle también mi corazón.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Farrow

A la mañana siguiente, el universo hizo gala de su sentido del humor más retorcido: conducía de vuelta de la farmacia, me eché en la boca la pastilla del día después —una que se llamaba «Plan B»—, me la tragué con un zumo de naranja a punto de caducar que estaba de oferta y, en cuanto salí de mi Prius, el goteo delator de mi periodo se me deslizó por el muslo.

—¡Joder!

Cuando terminé de ducharme y limpiarme toda la sangre, mi ánimo se desplomó, así que bajé las escaleras, lista para asaltar la cocina en busca de algo dulce y bien calórico. Zach vagaba por los pasillos en algún lugar, seguramente marchando como un demonio en busca de su ración de carne. Me las había ingeniado para esquivarlo toda la mañana y planeaba hacer lo mismo durante toda la noche. Me vibró el teléfono con otro mensaje; suyo, probablemente. Aun así, lo revisé por si acaso y fruncí el ceño al ver el nombre que se iluminaba.

Andras: Mañana a la hora de siempre.

Me detuve en seco y me quedé pensando en cómo responderle. Era el primer contacto que teníamos desde que había saltado el escándalo. Supuse que habría necesitado tiempo para procesar la noticia antes de dejar de entrenarme sin ninguna ceremonia, junto con su sueño de formar a una medallista de oro olímpico. Al final, me decidí por algo simple.

Farrow: OK.

Me había metido en la despensa sin molestarme por encender la luz y estaba revolviendo en las cajas de galletas y *snacks* cuando la puerta se cerró detrás de mí. La oscuridad cubrió la habitación. Empuñé una bolsa de galletas, suspiré y me di la vuelta para alcanzar el pomo. Choqué contra un pecho musculoso, que jadeaba.

—Has estado evitándome. —La voz de Zach se coló directamente entre mis muslos; una zona con la que, al parecer, tenía línea directa. Odiaba el modo en que mi cuerpo traicionero no parecía entrar en sincronía con el resto de mi opinión hacia él.

Me eché el pelo por encima del hombro y dije:

—Parece un tema recurrente en nuestra relación.

—Otra cosa que parece recurrente en nuestra relación es mi voluntad de gastar todo mi tiempo, esfuerzo y recursos en ti, mientras tú me ignoras por completo.

—El premio al Jefe del Año está en camino. —Suspiré—. ¿Qué quieres, Zach?

—Tu compañía. Tu atención. Tu entrepierna. Por nombrar solo algunas cosas. —Hizo una pausa, consumía casi todo el espacio ínfimo con su presencia—. Tenemos un trato.

"Ah, claro. Nuestro trato. Nuestro estúpido y maldito trato".

—Tenemos un trato que dice que estaremos juntos cuando el tiempo nos lo permita. Nuestro trato *no dice* que yo tenga que estar a tu entera disposición. No soy tu «coño de alquiler». —Marqué unas comillas en el aire sobre las palabras groseras, pero él no podía verlo en la oscuridad—. Yo no soy tu puta, Zachary.

Me apretó contra los estantes y con la mano me encontró la mejilla con una precisión espeluznante.

—Jamás he dicho que lo fueras. —Zach bajó la cabeza para degustarme.

Alejé la cara por instinto y le dije:

—Ahora mismo no puedo. Me acaba de venir la regla, así que nada de ñaca-ñaca.

—A mí no me molesta si a ti tampoco.

—Pues la verdad es que sí me molesta. Y, de hecho, me tengo que ir.

No era realmente una mentira: tenía que irme, a mi habitación; para descomprimirme de todos los sentimientos que me atormentaban desde que habíamos tenido sexo.

Se le aceleró la respiración.

—¿A dónde?

—Tengo una cita —le dije y me maldije a mí misma por decirle una mentira tan estúpida.

—¿Una *cita*? —Golpeó los estantes detrás de mí con las manos.

—Sí, parece que tienes buen oído, Zach. Sí. He dicho una cita. —Me lamí los labios—. Te dije que no tenemos exclusividad.

—Ponle precio. A la exclusividad, digo. —Se me ocurrió pensar que ni quiso saber quién era el de la cita por una simple razón: lo

averiguaría él mismo de todos modos. Sus dedos me acariciaron las clavículas—. Es el colgante lo que quieres, ¿verdad?

«Lo quiero por encima de las ganas de vengarme de Vera». Ese colgante era lo que me había traído aquí en primer lugar y siempre acechaba en el fondo de mis pensamientos; todas las veces que pasaba por su oficina, volvía a mirarlo. Pero ahora que conocía a Zach, me negaba a recurrir al robo o al chantaje. En algún momento del camino, había decidido que iba a recuperar el colgante, pero de manera legal y sin coacciones de por medio.

—Mi libertad no se negocia. —Le quité uno de los dedos de encima de mí con un golpecito—. Voy a salir te guste o no. Y, si te molesta, recuerda: tú estás comprometido.

En lugar de responderme, se abalanzó sobre mí, se metió mi labio inferior dentro de la boca y empezó a succionar con fuerza, robándome el aliento. Ese beso era diferente; era cruel y demandante, al borde del frenesí.

—Quiero penetrarte aquí mismo. Ahora mismo. —Me acarició el paladar por dentro de mi boca con la lengua—. Me importa una mierda que estés con la regla.

Yo todavía estaba en carne viva por lo de ayer, tenía un dolor sordo que me recubría las paredes de la vulva y no podía ni pensar en nada más horrible que el sexo mientras estaba con la regla. Al mismo tiempo, lo ansiaba. Quería llenar el vacío con él.

Me succionó le lengua hasta que la tuve dentro de su boca. Gemí ante el atrevimiento.

—Dime que pare, Pulpi.

Pero no pude. No podía en el momento en que sentir esa boca que se deslizaba por mi mentón era como sentirme en el paraíso.

Con las manos me arañó la parte de arriba del pijama y le arrancó los botones, que volaron por todas partes y rodaron a nuestros pies. Agarró uno de mis pechos a través del sujetador y apretó la parte de abajo para acercarse mi piel a los labios.

—Esto no significa nada. —Las palabras salieron del fondo de mi garganta y él succionó mi pecho entero, lamiéndome el dolor con cada gemido y pasándome los dientes por la piel sensible de toda la zona.

—¿Sí o no? —Sonaba frío. Tan tan frío.

Gemí y le contesté:

—Sí.

No había jugado limpio. Mis manos vagaron por su cuerpo, mis dedos desaparecían dentro de su cabello y tocaban con avidez su piel suave y sus músculos abultados. Apenas si llegué a añadir:

—Condón.

Esta vez no discutió; sacó uno de su bolsillo —¿acaso el muy imbécil lo llevaba ahí todo el tiempo, solo por si acaso?— y le rompió el envoltorio con los dientes mientras me bajaba los pantalones y las bragas. Me subió un escalofrío cuando me empujó el sujetador hasta el cuello y empezó a dibujar círculos sobre mi piel mientras se iba cada vez más hacia abajo.

—Odio esto, que lo sepas —le informé mientras seguía conduciéndole la cabeza hacia mi entrepierna.

Usó el pulgar para acariciarme a lo largo de la abertura de mi vulva chorreante con la boca aferrada a mi clítoris. Solté un gemido desesperado y arqueé el trasero, con ansias de que me tocara.

—Pobrecita mía. —Me echó una brisa de aire en el clítoris con su aliento—. Siento mucho que tengas que sufrir otro orgasmo.

Sacó la lengua y pasó la punta desde la raja de mi culo hasta el clítoris. Tuve un espasmo de placer que me recorrió por todo el cuerpo.

—Me siento tan vacía. —La confesión se me escapó de los labios con la voz atragantada—. Te necesito dentro.

No me importaba siquiera lo mal que estaba todo, lo tan fuera de control y hasta lo pecaminoso del tema. No me importaba que mi cuerpo no se hubiera recuperado de la noche anterior o que unos delicioses moretones todavía me salpicaran la piel. Lo quería donde tenía que estar: dentro de mí.

—Sí, ya sé, nena. Estoy a punto de penetrarte tan hondo que volverás a sentir la espada cada vez que camines.

No lo dudé. La última vez, me pareció que su pene me llegaba hasta el corazón. Lentamente, retiró el tampón y lo tiró al suelo. Tan pronto como lo sacó, entró en mí. No me penetró con suavidad esta vez. Empujó su miembro envainado de golpe y me llenó hasta los topes. La sensación fue tan intensa que sentí como si tuviera un orgasmo y diera a luz al mismo tiempo. Los músculos se me tensaron alrededor de él, ordeñándole el pene erecto mientras me sobrevolaba con el torso.

Nuestras frentes se encontraron.

—Hola, Pulpi, ¿qué tal?

Me imaginé su mirada hambrienta de sexo; debía verse como un león que va tras un banquete delicioso. Yo esperé que se me apareciera la vergüenza de un momento a otro, pero todo lo que podía sentir era el deseo; mucho deseo.

—Agárrate de mis hombros, Farrow.

—¿Por qué?

—Porque estoy a punto de penetrarte hasta el fondo del alma.

Me apretó la garganta con esos dedos elegantes que tenía, se salió por completo y después empezó a penetrarme sin piedad. La puntuación perfecta de cada uno de sus impulsos se anteponía a mis gemidos, y la seguía un giro de su cintura y una inclinación del cuerpo para golpearme en el punto G. Me liberó la garganta, bajó la cabeza y me asaltó la boca desesperado. Nuestras lenguas luchaban y se amoldaban la una a la otra, ninguno de los dos terminaba de dominar la situación por completo.

Por detrás nuestro, se abrió la puerta de la despensa con un quejido. La luz fue filtrándose, centímetro a centímetro.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Asomó la cabeza de Natalie—. Quería algunos *pretzel*s.

—Fuera. —Zach cerró la puerta de una patada sin siquiera mirar hacia atrás, y sin dejar de besarme y penetrarme. Debió atrapar un dedo a la pobre Natalie, porque la oí gritar.

Zach se movió y nos bajó al suelo. Cada vez que me penetraba, mi espalda se deslizaba contra las baldosas brillantes. La fricción, el dolor y las vibraciones me llevaron a alturas desconocidas, a sitios que no sabía que podía alcanzar mi clímax. Todo mi cuerpo se sentía electrificado, hinchado y vivo.

Me aferré con las paredes de la entrepierna alrededor de su pene, le sentí la piel palpitar contra la mía.

—Voy a correrme —dijo.

Miré al cielo con los ojos en blanco y me invadió una avalancha de calor. Me balanceé hacia delante y atrás mientras el clímax me agarraba por la garganta.

Zach no bajó el ritmo, me penetró todavía más fuerte, más salvaje, como si quisiera clavarme contra el suelo.

—Voy a marcarte hasta que no quede ninguna duda de a quién le perteneces.

—No le pertenezco a nadie —le gruñí mientras él no paraba de devorarme los pechos, masajearme los pezones y lamer cada centímetro de mi cuerpo. Se caían las cajas de galletas desde los estantes y se sumaban a los botones desparramados por el suelo.

—Que te diviertas en tu cita, Pulpi. —Me soltó la piel con un golpe de succión y sin duda me dejó otra marca más—. Puede que simules disfrutar de la compañía de otro hombre, pero ambos sabemos que nadie podrá llegarme ni a la suela de los zapatos.

Zach frotó la marca con el pulgar para que penetrara todavía más en mi piel.

—Voy a correrme ya.

—Yo también.

Solo con Zach había tenido orgasmos tan coordinados. No podía evitarlo. Con él se me sobrecargaban los sentidos. Todo era demasiado. La vista. La sensación. El hombre. Su pene se sacudió dentro de mí. Él dejó salir un gemido gutural y empujó la cara contra mi omóplato. Sentí el calor de su semen dentro del condón y el goteo de mis fluidos en las baldosas. En cuestión de segundos, se puso de pie antes de que yo pudiera estabilizar la respiración, y volvió a meterse el pene en los pantalones. Dejó la puerta entreabierta y dejó entrar una pizca de luz para poder anudar el preservativo lleno de líquidos. Yo seguía en el suelo todavía, jadeante, mojada y desnuda.

—Es hora de que lo admitas, Pulpi. Nadie más estará a la altura. Soy yo, yo soy el único hombre que desearás en la vida.

—¿Cómo lo sabes?

Dio un paso atrás y frunció el ceño:

—Porque es lo que tú eres para mí.

Toda la actitud desafiante que había logrado reunir hasta ahí se desvaneció por completo de un solo golpe. Antes de que pudiera responderle, se dio la vuelta y salió, asegurándose de prender las luces al pasar, para poder echar un buen vistazo al regalo que dejaba atrás.

Mi tampón desechado, empapado de mis jugos y cubierto del rosa de la sangre diluida. La prueba de lo que yo era: su puta a domicilio.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Zach: No olvides de no limpiar la despensa.
Farrow: Tu autocorrector es un desastre. Y sí, la limpiaré cuando vuelva.
Zach: No ha sido el autocorrector.
Zach: Y ni se te ocurra tocarla.
Farrow: ¿?
Zach: No quiero que la toques hasta que tenga la oportunidad de hacerte lamer el maldito suelo mientras te tomo por detrás.
Farrow: No puedes hablar en serio.
Zach: He dicho que no la toques.
Farrow: Estás enfermo.
Zach: Sí. Y tú eres mi antídoto, Pulpi.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Farrow

De pronto se me ocurrió que la invitación de Andras a entrenar podía ser un castigo antes de mi ejecución. Después de todo, hoy estaba alcanzando nuevos niveles de mal humor. Un milagro, teniendo en cuenta que el abanico de emociones de ese hombre era tan angosto que rivalizaba con el de un psicópata.

Andras se arrancó la máscara de la cara.

—*Az lsten verje meg.*

Salió de la pista dando tumbos, a mitad de nuestra sesión de entrenamiento. Yo ni siquiera sabía qué había hecho mal esta vez (había llegado temprano, concentrada y alerta, lista para aniquilar todos sus intentos por atraparme con su espada).

Me desenganché del cable y salí detrás de él.

—Pero si todavía nos quedan cuarenta minutos, ¿dónde vas?

Me ignoró y se metió en la oficina, furioso.

Conseguí colarme, justo antes de que cerrara la puerta.

—¿Qué pasa?

Tenía el pelo pegado a la frente por el sudor. Me lo quité de un manotazo y reboté de un pie al otro. Nos las habíamos ingeniado

para ignorar el elefante en la sala durante toda la mañana, pero ahora tenía la sensación de que ese elefante estaba a punto de aplastar la poca esperanza que yo tenía.

—No tiene sentido, Fae. —Andras se desplomó en el asiento y encendió un cigarrillo a pesar de la prohibición de fumar—. *Vége*. Tu carrera está en una crisis existencial. No importa lo talentosa que seas ni lo muy motivada que estés, no tienes futuro en la esgrima. —Se reclinó sobre el respaldo del asiento y continuó—: Simular que no es así es una crueldad hacia ti y una pérdida de tiempo para mí.

Me quedé de pie, con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿por qué has esperado hasta pasada la mitad del entrenamiento para decírmelo? —Con el calor se me incendiaron las mejillas.

Andras levantó un hombro.

—Trataba de ahorrarte la perorata.

—Sería la primera vez…

Succionó el cigarrillo y liberó una columna de humo entre los labios finos.

—Quería echar un último vistazo a tus habilidades antes de comunicarte mi decisión.

—¿Ah, sí? —Me crucé de brazos—. ¿Y cuál es el veredicto?

—Estás lista para las Olimpíadas. —Golpeó el cigarrillo en el cenicero, con el ceño todavía muy fruncido en una arruga que se le marcaba en el rostro—. ¿Recuerdas a mi amigo del Comité Olímpico?

Andras tenía muchos amigos en el Comité Olímpico Internacional. Después de todo, era el famoso Andras Horvath, su reputación le precedía.

Asentí, pero no me acordaba.

—Claro que lo recuerdo.

—Hemos hablado de ti toda la semana.

Me acerqué.

—¿Y?

—Habló con los del comité. Están dispuestos a darte una segunda oportunidad si pagas lo que queda de la multa por adelantado.

Se me alborotó el corazón contra la caja torácica. Ahora podía hacer eso; ahora que Zach pagaba los honorarios de los abogados, ahora sí que podía hacerlo.

La esperanza se me agolpó en la garganta y se me engrosó la voz.

—¿Crees que hay alguna posibilidad?

—No puedo prometer nada. —Dos columnas de humo gris se le salieron disparadas por las fosas nasales—. Pero es una posibilidad.

—Tenemos que intentarlo. —Apoyé los dedos en su escritorio y me incliné hacia él. «¿Y toda esa aceptación de mi retiro como esgrimista?». Le dije—: Haré lo que sea. Entrenaremos dos veces al día. Pagaré lo que falta por adelantado…

—Hay una condición.

Quedé a la espera de sus palabras. Él usó la brasa del cigarrillo para levantar una pequeña montaña de ceniza sobre el cenicero.

—Tienes que retirar esa estúpida demanda contra tu madrastra y dejar en paz a la familia de tu padre.

Las palabras me dejaron sin aire; me golpearon con tanta fuerza que fui para atrás. «La familia de tu padre». ¿Y yo qué era para mi padre? ¿Un adorno navideño? ¿Por qué no iba a luchar contra la injusticia? Vera se había inventado un testamento y le había robado a mi padre su última voluntad. Retirarme para dedicarme a nuestra empresa había sido siempre mi objetivo final. La esgrima era mi

sueño, pero no sería mi carrera en el largo plazo. Y me negaba a que me avergonzaran hasta doblegarme. Después de todo, una rosa no sobrevive sin sus espinas.

—Pero si es ella la que inventó ese testamento entero. —Levanté las manos al aire—. Robó la colección de arte de mi padre, vendió todas sus…

Andras hizo estallar el puño contra la mesa y todo lo que estaba encima se sacudió con la fuerza del golpe.

—Suficiente.

Cerré la boca, pero me negué a moverme ni por un milímetro.

Él se puso de pie, jadeante, y enroscó la colilla en el cenicero.

—No me importa tu drama familiar. No me importa esta mujer, Vera. Ni tus hermanas. Tu mente no está en la pista cuando estás ocupada luchando contra ellas. O estás dentro toda tú, o estás fuera. No voy a dejar que me hagas perder el tiempo mientras te dispersas.

Yo no entendía por qué entrenarme para las Olimpíadas e ir legalmente contra Vera eran excluyentes entre sí.

—No estoy dispersándome. —Sacudí la cabeza y me apresuré a contestarle—: La esgrima tiene prioridad absoluta. De lo de Vera se encargan los abogados y un investigador priva…

—¿Un investigador privado? —La cara de Andras se manchó como un helado de fresa. Me señaló con el dedo—. Has perdido la poca cabeza que tenías. Considéralo como un ultimátum. O dejas esta ridiculez y sigues adelante con tu vida, o yo dejaré de entrenarte.

—No es justo. —Cerré las manos como dos puños y me subió un temblor por el cuerpo que era tan fuerte que por poco me puse a vibrar—. Esto no tiene nada que ver con la esgrima.

—Todo tiene que ver con la esgrima. —Andras rodeó el escritorio y se apoyó contra él. Cruzó los brazos sobre el vientre y reguló el tono —. Si te llevo a las Olimpíadas, debes saber escucharme. Soltarás las cosas cuando yo te lo diga, comerás del menú que yo te dé, obedecerás cada una de mis indicaciones… —Inspiró por la nariz con fuerza, con las fosas nasales bien abiertas—. Y la primera es que lo dejes todo. Los investigadores privados, los abogados… Toda esta ridiculez. Deja de vivir en el pasado, Farrow. Empieza a trabajar por el futuro.

Ninguno de los dos cedió. Nuestros ojos se desafiaron sin parpadear. Había tantas cosas que quería decir, suplicar, rogar, explicar, negociar… Él me superaba en altura y porte; yo quedaba a la sombra del gran Andras Horvath; el instructor legendario, el mito urbano… Pero, a fin de cuentas, lo que quería no era solo que renunciara a la justicia, sino que renunciara a quién yo era.

—Si es todo o nada… —Di un paso atrás—. Prefiero no tener nada.

Me di la vuelta y salí furiosa de la oficina. Una letanía de blasfemias en húngaro estalló a través de la puerta. Oí que se rompían cristales, que los muebles rodaban por el suelo.

Pasé la yema de un dedo por la placa con su nombre pegada a la pared.

—Adiós, Andras.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Farrow: ¿Está la despensa lo suficientemente limpia para ti ahora?

Zach: Sí.

Zach: Pero ahora tenemos que ocuparnos del lavadero.

Farrow: No hemos hecho nada en el lavadero.

Zach: Todavía.

Ollie vB: Qué fino, Zach. Definitivamente, deberíais ir a dar una vuelta o dos.

Zach: ¿QUÉ COJONES HACES EN ESTE CHAT?

Ollie vB: Ya te dije que mi soporte técnico es un tipo increíble.

Farrow: Me considero oficialmente perturbada.

Ollie vB: Oh, vamos… ¡Pero si ha sido muy gracioso! Lo de dar unas vueltas, ¿no lo pilláis? Porque vais a hacerlo sobre una lavadora, donde se carga la ropa.

Ollie vB está escribiendo…

Zach: ¡Rápido, Fae! Bloquea su número antes de que haga otro chiste sobre *cargas*.

Farrow abandonó el chat.

Zach abandonó el chat.

Ollie vB: Y menuda descarga va a ser…

Ollie vB: Maldita sea.

CAPÍTULO SESENTA

Zach

Podría escribirse una tesis de mil páginas sobre las maravillas de mis primeros descubrimientos con el sexo. Cada vez que salía de la entrepierna apretada de Farrow, los treinta y tres años que había pasado fuera de ella me parecían una pérdida de tiempo. Por desgracia, ella tenía cosas que hacer: una madrastra que arruinar, una medalla que ganar y la demandante esposa de Romeo que afeitar (Ollie los había descubierto en un baño y se las había arreglado para enviar fotos antes de que Rom le tirara el teléfono al triturador de basura).

Así que me encontraba en el club de campo, descargando las frustraciones en la cancha de tenis, golpeando las pelotas que me lanzaba la máquina. Cuando me detuve para hidratarme, vi a mamá al borde de la pista con un traje de tres piezas impecable, lo cual me confirmaba la sospecha de que no nos habíamos encontrado por casualidad.

—Zachary. —Me golpeó cariñosamente con su bolso Hermès—. Mi querídísimo hijo único.

—Mamá —respondí apartándome ligeramente de ella.

Oh, Constance. Nunca captaba las indirectas, ni siquiera si eran más gruesas que un tronco de árbol. Me había mantenido alejado de la mansión la última semana, y había preferido llevar a Farrow a The Grand Regent y a lugares de escapada que le recordaban a Corea.

—Eres más difícil de encontrar que un Birkin de cocodrilo mate. ¿Dónde has estado?

«Metido en la vulva chorreante de Farrow Ballantine».

—Fui al infierno y volví. —Me colgué la raqueta al hombro y me sequé el sudor de la frente—. ¿Por qué? ¿Qué necesitas?

No estaba de humor para entretenerme con sus deseos y necesidades. De hecho, todo lo que quería era volver a casa con la esperanza de enterrarme dentro de Farrow. Con razón se enfatizaba tanto en el tema de la abstinencia: una vez lo probabas, no podías pensar en otra cosa.

Mamá resopló.

—Esa no es forma de hablar a tu madre.

—Pero *sí* es forma de hablarle a una mujer que me obliga a casarme con alguien contra mi voluntad.

Nos quedamos los dos paralizados en medio del aparcamiento. Ella, estupefacta; yo, aliviado. Era la primera vez que le decía que no quería casarme con Eileen; que no quería casarme *con nadie*. Con la verdad expuesta, no pudo reprimir el impulso de contraatacar.

—¿De qué estás hablando? Si es perfecta para ti. —Mamá empezó a enumerar las virtudes de Eileen con los dedos—: Preciosa, amable, inteligente, médica y, por si fuera poco, viene de una gran familia. Los Yang son protectores, caritativos y obscenamente ricos.

—No me importa. —Golpeé la raqueta contra el cemento—. *Yo también* soy asquerosamente rico y, ¿sabes qué?, mi enorme cuenta

bancaria y mi cartera de clientes todavía más abultada no me han hecho feliz nunca. Nada más lejos. He desperdiciado la vida tratando de lograr cada vez más, de ganar más, de poseer más… Persigo emociones seguras para llenar el vacío que tengo por dentro. No necesito otro premio para demostrarle al mundo todo lo que he conseguido.

Todo el cuerpo de mamá empezó a temblarle dentro del traje impoluto.

—¿Qué estás diciendo?

Sabía que me había metido en aguas turbulentas. Pero di el salto, listo para ahogarme. Era ahora o nunca. «Para siempre» era mucho tiempo que pasar con alguien a quien no amabas.

—No quiero casarme con Eileen.

—Zachary. No puedes decir eso. —Mamá apretó el collar Buccellati que papá le había regalado en su noche de bodas—. Ya lo anunciamos. Hubo una fiesta de compromiso.

—La gente cancela compromisos todo el tiempo. Oliver y Romeo tienen una apuesta sobre cuándo se cancela el mío.

—¿Qué pasa con la pobre Eileen? Le hiciste una promesa. Se convertirá en el hazmerreír de todo el mundo. ¿Quién va a tomarla en serio después de esto? ¿Y a ti?

Esto me tocó un punto débil. No estaba equivocada. Tanto Eileen como yo sufriríamos un gran golpe en nuestra reputación si rompíamos el compromiso. A mí no me importaba demasiado —la única persona cuya opinión me interesaba no sucumbía jamás ante las presiones sociales—, pero no sería justo para Eileen; no después de que yo me hubiese comprometido con ella. Aun así, pensé, ¿qué

dolería más? ¿Empezar un matrimonio en que ninguno de los dos nos soportábamos o un golpe al ego que sería temporal?

—Durante mucho tiempo he dejado que tú y la tía Celeste dirigierais mi vida personal por mí, simplemente porque nunca me importó desarrollarla. Pero ahora sé que no debo dejar que esto se convierta en una bola de nieve que termine en desastre, tanto para mí como para Eileen. Hablaré con ella y le haré saber mi decisión.

—Shh. —Mamá miró a su alrededor a los miembros del club que deambulaban por el lugar con sus carritos de golf acolchados—. Habla más bajo que nos oirán.

Me tomó del brazo y me llevó a la parte trasera de una cabaña privada. Su contacto me abrasó la piel, pero no me dieron ganas de vomitar. La risa me cosquilleó la garganta. Si no estuviera tan furioso, estaría eufórico. Farrow me estaba arreglando. Roce a roce, hacía que el contacto con otras personas me resultara menos repulsivo. Mamá me acorraló contra la pared, abrió su Birkin, sacó un inhalador, se lo puso entre los labios e inhaló tres veces.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tienes?

—Tengo… —el labio inferior se le curvó con gesto disgustado— ansiedad. El doctor Shahi también me dio unas pastillas, que *por supuesto* no pienso tomar.

Metió el inhalador en el bolso y sacudió la cabeza. Añadió:

—Ah, no pasa nada. No me mires así, Zachary. Ambos sabemos que mi vida no vale demasiado desde que falleció tu padre.

Guerra psicológica barata, pero que funcionaba a las mil maravillas. La culpa se me deslizó por las entrañas y se derramó como lava. Pero mamá lo decía en serio. Yo lo sabía. Ella tenía un

propósito en la vida, y ese *era yo*. Cada vez que se me olvidaba, bastaban dos segundos para recordar las palabras que le había gritado Ayi aquella vez, y que fueron las que la habían sacado del estado zombi: «¿Y si tu hijo también muere? ¿Vas a dejar que eso suceda mientras te revuelcas en el dolor? Yo no puedo proteger a Zach sola».

—¿Crees que no me doy cuenta de que no amas a Eileen? —Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas. Sacó un pañuelo del bolso y se secó los ojos con unos golpecitos suaves—. Yo ya lo sé, hijo, créeme.

En un esfuerzo por tolerar el contacto, llevé a mi madre hasta un asiento cercano tomándola por el brazo. Los hombros le temblaban con tanta fuerza que ni siquiera se dio cuenta de que la tocaba por primera vez en más de veinte años. Me pregunté qué veía al mirarme: tan inteligente, tan frío, tan incapaz de rellenar las grietas de mi alma… Ni siquiera había podido decirle las últimas palabras que había dicho su esposo. Al final, a pesar de lo mucho que sabía, desconocía lo único que importaba.

Mamá resoplaba y el corazón se me hundía por dentro.

—Pero papá y yo siempre quisimos que vivieras las cosas que hacen que la vida valga la pena: un hogar hermoso, hijos, alguien con quien encontrarte cuando vuelves a casa… Ese vacío que sientes se irá cuando tengas una familia que lo llene de alegría. ¿O cómo crees que sobrevivo desde que tu padre murió? —Mamá parpadeó un par de veces, con los ojos enrojecidos—. Tú y tía Celeste sois mis salvavidas. A menudo, sois lo único que me hace levantarme por las mañanas. Quiero que tengas eso con alguien responsable. Alguien en quien se pueda confiar. Alguien seguro. —Suspiró y jugueteó con

el pañuelo—. Eileen es capaz de capear todas las tormentas que la vida te depare. Es resiliente y muy considerada. Nunca irá en contra de su moral. Nunca te engañará ni te robará. La elegí con mucho cuidado para ti. Es parecida a ti en todo.

Mamá tenía razón. Pero la verdad del asunto era que Eileen no era la mujer que yo quería.

—Y esa chica… Farrow. La que trajiste a vivir contigo… —Se le torció la boca hacia abajo y levantó un dedo en una señal de detención preventiva—: Me niego a fingir que es tu asistenta. Los dos sabemos lo que es.

Me pasé el pulgar por la mandíbula tensa para masajearme.

—Lo que sea Farrow está fuera de discusión aquí.

—No tanto. —Se dio unos golpecitos sobre la nariz con el pañuelo —. Yo sé que es tu amante. No pasa nada. No hay nada malo en satisfacer los impulsos. Todos tenemos necesidades.

Si hubiese podido encogerme de vergüenza hasta desaparecer en el olvido, lo habría hecho en ese mismo instante. Mamá continuó:

—Pero ella no es del tipo de mujer para casarse. Tú también lo sabes. Ya viste las noticias. Participó en un engaño a cambio de un beneficio económico. ¿Cómo sabes que no está contigo por tu dinero y poder?

No respondí, más que nada porque Farrow había accedido a nuestro acuerdo a cambio de honorarios legales (dinero) y lograr una venganza (poder).

Mamá negó con la cabeza. Y prosiguió:

—Tú eres un trofeo para ella. Si fueras pobre, ¿acaso os habríais conocido? ¿Habríais empezado una relación?

Me quedé en silencio, sabía que tenía razón. No porque pensara que Farrow fuese una cazafortunas —si algo podía decirse, era que ella era justo lo contrario, pues trataba peor a la gente con dinero—, sino porque entendía las circunstancias en que nos habíamos conocido; me daba cuenta de cómo se veían para el mundo exterior y me parecía lógico que un padre o una madre pudieran preocuparse.

Mamá siguió; percibía la grieta en mi coraza.

—No te digo que no la veas nunca más. Puedes quedártela para las vacaciones y para darte algún capricho de vez en cuando. —Tragó saliva—. Ya lo hablé con Eileen. Está de acuerdo si a ti te complace. Y me dijo que vosotros dos no tenéis intención de tener una relación física.

—¿Cuál es el objetivo de estar juntos si ninguno de nosotros lo desea *de verdad*?

—Oh, Zach. Tener una relación no es cuestión de sexo. Una relación tiene que ver con tener valores compartidos, objetivos en común y algo de amistad. —Mamá temblaba a mi lado, frágil y pequeña, vomitaba sus argumentos como si estuviera al borde de la muerte—. La relación que tienes con esa chica, Farrow, es un engaño. Está construida sobre pilares inestables. La atracción se desvanece con el tiempo. El deseo se evapora. Las ansias van y vienen. ¿Pero la amistad? Eso perdura.

En contra de mi voluntad y de todo lo esperado, traté de ver su perspectiva, su lógica basada en la exclusividad mutua de la amistad y la atracción. ¿Y no se le ocurría que yo podía considerar a Farrow una amiga y al mismo tiempo querer acostarme con ella?

«¿Y acaso se te ha ocurrido a ti? Si se te hubiera ocurrido, no le echarías el acuerdo en cara cada vez que las cosas se ponen incómodas con ella».

Mamá se alisó la camisa y tanteó el terreno. Intenté no inmutarme.

—Eileen será buena para ti. Ella no te ve como un medio para conseguir un fin. Para ella, eres una inversión a largo plazo.

Tal vez tenía razón. No en lo de enamorarme de Eileen, eso no me iba a pasar nunca. Pero tal vez había dejado que mi tiempo con Farrow me nublara el juicio. Eileen me ofrecía todo lo que necesitaba tildar en mi lista, mientras que Farrow me ofrecía una cuenta atrás, y hasta el precio de eso era muy alto.

—Mamá. —Le apoyé las manos sobre ambos brazos y la llevé un poco más lejos, maravillado del hecho de poder tocar a otra persona sin tener mi cuchillo como barrera protectora—. Lo siento, pero sería injusto de mi parte darle a Eileen cualquier tipo de esperanza de que podamos ser algo más que dos conocidos.

—Por favor. —Mamá apretó las manos. El bolso salió volando y rodó por el suelo, con todo el contenido derramado como si fueran las tripas. Ella ni siquiera se dio cuenta—. Por favor, Zachary. Solo dale una oportunidad más. Por tu madre. Por tu tía. Por tu padre. Él te habría dicho que al menos lo intentaras. Sabes que te habría dicho eso.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Parecía tan frágil en ese momento, parecía la misma mujer que había llorado a mi lado en mi cama de hospital antes de que el tiempo curara mis heridas físicas y ella se desvaneciera lentamente… Mamá me pasó la palma de la mano por la mejilla. Cerré los ojos y luché contra el asco que sentí.

Las náuseas de ahora no eran más que un malestar breve y momentáneo, gracias a Farrow. Mamá siguió insistiendo:

—Por favor, dale una oportunidad a Eileen. —Me apretó el hombro a través de la camisa—. Os he reservado un fin de semana en los Hamptons. La casa está lista. Ella estará allí, esperándote. Solo inténtalo por mí.

Cerré los ojos y me di cuenta de que necesitaba que fuera Eileen la que rompiera esto primero. De acuerdo, iríamos a los Hamptons. Pero la escapada no iba a terminar con campanas de boda.

—Si hago esto —dije con voz ronca—, ¿me dejarás libre?

—Sí. —Mamá apretó el pañuelo entre ambas manos—. Sí, te lo prometo.

—Muy bien. Pues iremos a los Hamptons.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Ari: Tierra llamando a Fae. Por favor, da señales de vida cuanto antes.

Dallas: Estoy tentada de ir a lanzar mi culo por allí a ver si está bien. Hace tiempo que no sé nada de ella.

Ari: Define «hace tiempo».

Dallas: Tres horas.

Ari: A ver, he tenido discusiones sobre el mejor sabor de Milkis que han durado más que eso…

Dallas: Bueno, es que justo ahora estamos bastante codependientes.

Dallas: Si hasta me ayudó a afeitarme las piernas el otro día.

Farrow: Estoy viva.

Farrow: (Por desgracia).

Dallas: ¿Cómo sabemos que eres tú y no otra persona que se hace pasar por ti para poder vender tus órganos en el mercado negro?

Ari: DALLAS SEA-CUAL-SEA-TU-NOMBRE-DE-SOLTERA COSTA, aléjate de la categoría de crímenes reales en Netflix, ya.

Dallas: Solo digo lo que diría cualquier persona que estuviera preocupada por Farrow. Ari, pregúntale algo que solo sabría Farrow.

Ari: ¿Cómo se llamaba el tío ese con quien me besé en el instituto y que te hice jurar que guardarías en secreto porque se peinaba como un tarado y comía cebolla cruda en público?

Farrow: Lee Ji-sub.

Ari: ¿PERO POR QUÉ LO HAS DICHO?

Farrow: ¡PORQUE ACABAS DE PREGUNTÁRMELO!

Ari: Estás despedida como mejor amiga.

Ari: Es broma. No podría conseguir otra como tú jamás… y no es que no lo haya intentado.
Farrow: Ja, ja.
Dallas: Bueno, ese «ja, ja» no ha sido nada efusivo. ¿Estás bien?
Farrow: El imbécil de Andras acaba de abandonarme porque me niego a retirar mi pleito contra Vera.
Dallas: ¿Qué mierda tiene que ver él con eso?
Ari: Apoyo la pregunta de Dallas.
Farrow: No lo sé, pero oficialmente no tengo ni entrenador ni medalla olímpica. Y después del escándalo mediático en que Vera me metió, estoy frita. No puedo creerlo: se ha terminado.
Dallas: Mierda, Fae. Lo siento. Espérame ahí. Voy en un minuto con unos margaritas y todos los tentempiés que nos gustan.
Ari: Hazme FaceTime cuando llegues.
Farrow: Estaré bien. Solo fue un sueño.
Dallas: Nadie consigue lo que quiere si no lo sueña antes. Si no, ¿cómo sabemos siquiera lo que queremos?

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Farrow

No tendría que haberme sorprendido de que Zach tuviera un vehículo blindado en cada estado. Y con chófer privado. Íbamos pasando uno tras otro los campos de golf exuberantes y las casas de playa gigantescas que se extendían a lo largo de miles de hectáreas de arena blanca.

Yo miraba por la ventanilla, abrazada a mi bolso, que sostenía contra el pecho, con la cara sin duda tan blanca como un papel. Todo me daba igual. Nada me importaba demasiado después de mi conversación con Andras. El cielo gris se resquebrajaba como la cáscara de un huevo y la lluvia golpeaba las ventanas de láminas gruesas. La madre naturaleza se desgañitaba por los ojos y yo hubiera querido hacer lo mismo; estaba en una lucha intensa por mantener intacta mi expresión estoica.

Zach apagó el aire acondicionado para que no me fuera directo a los brazos desnudos.

—¿Hay algo que te gustaría ver en Hamptons, Pulpi?

Se había asegurado de sentarse lo más cerca posible. Pero lo ignoré durante todo el viaje, también en el avión.

—Sí —le dije con tono seco—. Me gustaría ver tu mansión por el espejo retrovisor de mi Prius una vez que todo esto termine.

Si le molestaba la lluvia en algo, no se le notaba.

«Se está curando, día tras día, mientras tus sueños se alejan cada vez más».

Zach se reclinó en el asiento y estiró las piernas.

—¿Qué he hecho ahora?

—Traer a tu actriz de reparto a unas vacaciones con tu prometida es un golpe bajo, hasta para tus estándares.

—Tú no eres mi actriz de reparto. —Los ojos se le clavaron en mi rostro de un modo que me puso feliz y angustiada al mismo tiempo —. Y tienes que parar con lo de Eileen.

—¿Por qué?

—Porque… es complicado.

—A mí me parece bastante sencillo.

—Necesito tiempo.

Resoplé y giré la cabeza para mirarlo a la cara.

—¿Para qué?

—Para resolver algunas cosas. —Se tironeó del cabello sedoso—. Y te quiero a mi lado.

Desvié la mirada hacia la ventana y negué con la cabeza. Ni siquiera estaba enfadada con Zach; él había dejado las reglas claras desde el principio y yo las había aceptado. No, el objeto de mi ira se encontraba a más de quinientos kilómetros, en Potomac. *Andras.* Andras Horvath con su ultimátum ridículo y extraño.

—Pulpi. —Zach me tomó la mano, la apoyó en su regazo y se puso a jugar con mis dedos. El gesto me dolió más de lo que me calmó. Me recordaba que todo esto terminaría en unas pocas semanas, tal

vez hasta días—. ¿Qué te preocupa? ¿Es Andras? Puedo encontrarte un entrenador mejor.

—No. Ya me desperté de esa fantasía —admití mientras el coche pasaba junto a setos imponentes y se acercaba a una mansión de piedra caliza francesa—. Seguiré practicando esgrima por diversión, pero nada más.

—¿Y como entrenadora? —Enroscó los dedos sobre los míos en el regazo mientras el coche rodaba por el camino que llevaba a la puerta principal—. ¿Considerarías seguir entrenándome? Eres fabulosa en eso.

Su cumplido me lamió la piel como un rayo de sol.

—Supongo que necesitas seguir practicando.

—Serás grosera… —Se llevó el dorso de mi mano a los labios y me dio un beso prolongado—. Quédate junto a mí, ¿de acuerdo?

Eileen estaba en la puerta vestida con un vestido burdeos impecable y un abrigo a juego, con las manos enguantadas y unidas frente a ella, por delante del cuerpo.

Tragué saliva y deslicé mi mano fuera de la suya.

—De acuerdo.

Permanecer cerca de Zach resultó imposible conforme avanzaba el día, así que recurrí a sudar mis frustraciones en el gimnasio del sótano mientras Eileen lo arrastraba de un salón a otro por todo Long Island. A la mujer no se le había escapado ni un segundo desde que habíamos salido del coche. La sonrisa se le había borrado al verme, pero se había recuperado rápidamente, alegre y educada.

—Señorita Ballantine, qué sorpresa tan encantadora. —Miró a Zach mientras entrábamos—. Pensaba que, en todo caso, vendrías con Natalie.

«Ya somos dos».

Yo solo había aceptado ir para seguir el caso de cerca. Zach se comunicaba con frecuencia con el equipo estelar de abogados por teleconferencia y no podía arriesgarme a perderme de ninguna noticia; no cuando la victoria sobre Vera se avecinaba.

Zach nos abrió la puerta y dijo:

—Farrow es mi mano derecha.

Casi se me sale una carcajada y le susurré en voz baja:

—¿El juego de palabras es intencional?

Nuestros hombros se frotaron entre sí en la sala, al entrar. Caminábamos a unos pasos de Eileen. Él sonrió y me rozó con el dedo meñique sobre el mío muy brevemente.

—Eso depende de si te pareció gracioso o incómodo.

Aflojé los hombros y me descongelé un poco.

—Las dos cosas, un poquito.

—Entonces sí, fue intencional.

Nos embarcamos en la visita de cortesía de la mansión de catorce dormitorios, durante la cual Zach fue tan descarado de asignarme el que estaba junto al suyo y, a Eileen, uno en la esquina más alejada. Mientras el personal nos llevaba el equipaje a las habitaciones, Eileen anunció que tenían cita con un planificador de bodas para ir a ver salones. Por supuesto, aproveché la oportunidad para redimirme.

Me volví hacia él y le dije:

—Deberías ir.

Cuanto más lo pensaba, más decidida estaba: Zach necesitaba una Eileen. Yo no estaría por aquí para siempre. Una vez que estuviera curado y nos separáramos, me sentiría tranquila de saber que tenía a alguien constante e inquebrantable en su vida. Los ojos de Zach iban de una a otra y la esquina de sus labios se curvaba hacia abajo ante la idea.

—De verdad, Zach. —Sonreí, asintiendo con la cabeza—. Deberías irte. Estaré bien.

Y con «estaré bien» me refería a hervir de celos verdes y pegajosos que no tenía derecho a sentir. Sudé la gota gorda en el escalador del gimnasio y la máquina zumbó cuando llegué a los sesenta minutos. Me bajé de un salto, tomé una botella de agua del soporte y me la bebí entera. En la ducha, pensé en todas las maneras en que me reiría en la cara de Vera cuando esto terminara. Durante dos años, me había imaginado ese momento de mil maneras diferentes. Pero hoy, por alguna razón, la idea de quitarle cosas a Vera ya no me emocionaba; la idea de darle cosas a Zach, sí.

Me puse unos pantalones de deporte y una sudadera y empecé a bajar las escaleras. En eso, me llegaron unos fragmentos de la conversación entre Zach y Eileen y se me filtraron en los oídos. Me detuve y apoyé la espalda en la pared para esconderme.

—… lo que pienso es que deberíamos honrar el deseo de tu madre e ir a la cena. —Eileen se sirvió una copa de *chardonnay* de una de las islas dobles—. Se tardan seis meses para conseguir una reserva en The Winstonian.

—Tardaremos una eternidad y, encima, no quiero comer ahí. Ni siquiera tengo hambre. —Zach hablaba con su característico tono

distante—. Yo tengo bastante papeleo que revisar, pero ve tú. Lo pasarás bien.

Si fuera yo, ya habría empezado a pelear con él. Justamente por eso Eileen le convenía.

—He oído decir que la comida es divina. —Dejó el vaso sobre la mesa, era la paciencia personificada—. Sería un desperdicio no aprovechar la reserva. Además, ¿tu amigo Romeo no es copropietario del lugar? Estoy segura de que no le sentará muy bien que desperdicies una mesa para dos personas.

El corazón se me atascó en la garganta mientras esperaba la respuesta. En un gesto de egoísmo total, quería que se quedara, que le diera la espalda a ella. De hecho, por un instante desquiciado sentí deseos de gritar: «Yo soy mejor para ti. ¿Por qué no me eliges?».

Pero, en lugar de eso, no dije nada; tenía todo el cuerpo rígido en medio del silencio.

—Está bien. —Él consultó el reloj de pulsera—. Iremos.

Cerré los ojos e inhalé entrecortadamente.

—Estupendo. —Eileen vertió el vino en el fregadero—. Llamaré a tu chófer y me pondré algo sexi. Será buena idea llamar la atención y mostrar a la gente que somos una pareja poderosa. Esto podría ser bueno para nuestras carreras.

Los zapatos de tacón golpearon sobre la madera en dirección a mí. Subí las escaleras hasta mi habitación y cerré la puerta detrás. La voz de Eileen resonó dentro desde el pasillo.

—… me lleva a cenar ahora. —Dio un suspiro en el teléfono, como si acabara de regresar de una carrera de cinco millas—. He tenido que hacer un poco de magia, pero lo he logrado. —Hubo un silencio

y después gimió, entre risitas, y continuó—: Ay, sí, ya sé. Me muero de ganas de montarme sobre este hombre; es tan gruñón y tan sexi. Pero se está descongelando. Deberías haberlo visto cuando fuimos a ver salones. Todas las mujeres tenían los ojos sobre él, no se las sacaba de encima. Con una sola vez que vea lo buena que soy en la cama, ese cerebrito caerá rendido.

Sentí como si unas garras afiladas y oxidadas se me aferraran a la garganta. No podía soportarlo más. Sus palabras deberían haber hecho sonar campanas de advertencia, pero no podía ver más allá del recordatorio constante de que pronto sería de otra persona.

Eileen se metió en su habitación y dejó una huella de risas y perfume tras de sí. Mantuve mi oreja pegada a la puerta y escuché cuando volvió a salir, silbando para sus adentros. Se oyeron los tacones que bajaban la escalera.

Durante todo ese tiempo, Zach no vino a mi habitación a ver cómo estaba.

Ni siquiera me envió un mensaje de texto.

Una hora después de que Zach y Eileen se fueran, yo estaba de pie en la puerta de la mansión Sun, vestida con un minivestido metálico que Dallas dijo que había dejado allí el verano anterior.

—¿Estás segura de que es la mejor forma de lidiar con mis celos furiosos? —Estaba aferrada al bolso de diseño también prestado, con el teléfono pegado a la oreja, esperando mi Uber—. Porque, para mí, con un buen *sexting* con un desconocido ya bastaría.

—Más que segura. —Dallas masticaba algo crujiente al otro lado de la línea—. Confía en mí, soy experta en ingeniería de las

relaciones.

—Eso no existe.

—Lo único que Zach está haciendo es dejar a su madre jugar con su corazón. —Dallas ignoró mi escepticismo—. Pero es a ti a quien quiere.

—Pero Eileen es buena para él. —Me chorrearon tantos litros de sarcasmo que podría haberme deshidratado ahí mismo—. Es la mejor decisión, la más racional.

Cuanto más lo pensaba, más segura me sentía: era una catástrofe. El matrimonio entre esos dos era como una reunión de recuperación de adicciones en una farmacia. ¿Cómo podrían dos personas con la misma fobia curarse entre sí?

—No hay nada racional en el amor, nena. —Dallas soltó su risita de campanario de iglesia—. Soy vuestra fan número uno: «Fachary» por siempre.

—Fachary suena horrible. —Hice una mueca—. Es como… «facha».

—¿Qué tal al revés, «Zarrow»?

—No. —Me estremecí dentro del vestido diminuto, ya arrepentida de esta noche antes de que empezara—. ¿Cómo tengo que decirte que Zach y yo no somos ni una opción?

—Claro que sí que lo sois. ¿O no viste nunca lo de Kate Beckinsale y Pete Davidson? En el amor y la guerra todo se vale.

Pasé el peso de una pierna a otra y luché contra el frío que me calaba hasta los huesos. Justo en ese momento, vi parpadear los faros de un Toyota Camry a lo lejos, que se acercaba hacia mí.

—No puedo creer que vaya a salir con otra persona.

—Oye, no tenéis exclusividad, ¿no? —Crujió algo al otro lado. Seguramente, otra bolsa de algo comestible—. Y casualmente te he organizado una cita con un tipo genial. Y, ¿quién sabe?, tal vez de eso pueda surgir algo real.

Dallas había insistido en montarme una cita en The Winstonian y me había conseguido una mesa en el último minuto por cortesía de un Romeo cansado ante la insistencia, para que pudiera recordarle a Zach que nuestra falta de exclusividad iba para ambos. Era mezquino, pero no estaba en condiciones de rechazarlo. Uno, porque no había comido desde la mañana. Y dos, porque realmente necesitaba demostrarle tanto a Zach como a mí misma que yo no estaba al cien por cien en esta relación.

—No pongas el listón muy alto —me dijo Dallas mientras me bajaba el minivestido por encima de los muslos. Era más corto que la mecha de Romeo.

—Zach me dejó toda llena de marcas con sus succiones: por todos lados en las tetas y en la barriga.

—Uf. ¡Qué sexi! —suspiró Dallas—. Y Zach está jodido de cojones.

Le mostré una sonrisa bien grande al conductor del Uber y murmuré:

—Yo también.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

Farrow

Anderson Stause era un hombre que difícilmente iba a robarme el corazón.

Para ser honesta, no sería capaz ni de robar el pimentero que teníamos enfrente, en medio de la mesa del restaurante decorada a la luz de las velas.

No había nada aparentemente malo en él (aparte del hecho de que su bigote me recordara a ese personaje ridículo de dibujos animados, Bob Belcher). Pero tampoco había nada aparentemente bueno. Para ser del todo honesta, era más soso que una sopa de avena sin condimentar. Simpático, pero no amable. Culto, pero no inteligente. Agradable a la vista, en cuanto a lo estético, pero no guapo. No tenía ese magnetismo poderoso de Zach, ni la pasión juvenil y entusiasta que le encendía un fuego en los ojos.

—Estoy muy contento de que podamos comer aquí. —Anderson extendió una servilleta sobre el regazo y sonrió—. Siempre he querido probar este lugar, pero nunca pude conseguir mesa.

Observé la sala. No hacía ni un minuto que nos habíamos sentado en la mesa, y ya se había comido todo el pan de cortesía, se había

tomado dos cócteles y se había guardado los cubiertos en el bolsillo. ¿De dónde lo había sacado Dallas?

Le sonreí cortésmente, y seguí escudriñando el restaurante, mientras le prestaba atención a medias.

—Ejem… —Mis ojos se posaron en Zach y Eileen, tres mesas más allá. Como si me hubiera sentido la mirada, Zach giró la cabeza y puso el foco justo en mí con precisión asombrosa. Tan pronto como asimiló el vestido, se le oscureció la expresión y frunció las cejas. Un cosquilleo me recorrió la espalda y tragué saliva. Nunca lo había visto así, tan… incapaz de contenerse.

Eileen estaba sentada frente a él, hablando a mil por hora mientras jugaba con el palillo mezclador de su cóctel. Me llevé la bebida de cereza a los labios, y volví a centrar mi atención en mi cita, para darle una oportunidad sincera. Anderson parecía sumido en una profunda charla conmigo.

—… padre quería que fuera a la escuela pública. ¿Te lo imaginas? Así no tendría que pagarme la matrícula. Todo por ese supuesto caso de «acoso sexual» que surgió cuando yo trabajaba para el senador Hurton. Parece que no se permite a nadie cometer errores nunca. ¿Dónde está la compasión?

¿Dónde?, eso era lo que yo me preguntaba. En mí, no, por ninguna parte, eso seguro. El tipo era aburrido y machista. ¿Con que «Ingeniería de las relaciones»? ¡Los cojones! Me di cuenta enseguida de que Dallas nos había puesto juntos con el único propósito de cabrear a Zach. Anderson era tan encantador como un cubo de basura desbordado.

Como si me hubiera leído la mente, el nombre de Dallas brilló en el teléfono sobre mi regazo.

Dallas: Perdón por decirte que era mono.

Dallas: Sabía que no habrías aceptado ir si te decía que es un tarado.

Dallas: Y solo para que lo sepas: también está acusado de enviar fotos de desnudos sin consentimiento previo, pero yo estoy tranquila porque sé que puedes aplastarle los huevos como dos *dumplings* si se pasa contigo.

Suspiré para mis adentros y me hice una nota mental para vengarme de Dallas. Mientras tanto, Zach y yo nos habíamos quedado sumergidos en un juego de miradas. Ninguno de los dos se daba la vuelta. Ninguno levantaba ni los cubiertos de la mesa. Ninguno se movía.

Eileen trataba de atraer la atención de Zach de nuevo hacia ella. Su comportamiento era todo lo opuesto de mi impresión inicial: se revolvía el pelo, se empujaba las tetas hacia delante por dentro del vestido, se reía como una colegiala… Me zumbaba el cuerpo de celos, al punto de que casi no escuché el aviso de un nuevo mensaje. Anderson ni siquiera se percataba de que yo miraba el teléfono; seguía hablando sin parar.

—… casi no logro terminar la universidad por todo lo que estaba ayudando a mi madre con su casa nueva por aquí, en los Hamptons, después de que se divorciara de mi padre, y por eso él tuvo las narices de dejarme fuera de la herencia.

Yo seguía con el teléfono en el regazo, iba pasando el dedo por la pantalla.

Zach: ¿Qué haces aquí?

Le contesté enseguida.

Farrow: Como. Bebo. Flirteo un poco.

Levanté la vista. Zach estaba leyendo mi mensaje. Eileen había notado algo raro al fin. Con gesto de desagrado, miró a su alrededor

y me vio. Se le apretaron los labios en una línea dura. Se bebió de un trago la mitad de su copa.

Zach: Flirteando con ese no puede ser. No es de tu tipo.

Farrow: ¿Cómo lo sabes?

Ahora ya ignorábamos abiertamente a nuestras citas.

Zach: Porque parece una mota de polvo y no creo que sea mucho más deslumbrante.

Odiaba pensar que tenía razón. Y odiaba que me echara la bronca por estar en una cita cuando estaba en lo mismo en ese mismo instante.

Farrow: Para tu información, es agradable y fascinante. Podría llevármelo a casa.

Zach: No te atrevas ni a bromear con eso. Eres mía.

Se mostró posesivo abiertamente y sin excusa y no tenía derecho. Me recorrió una ira candente por las venas. Al otro lado de la mesa, Anderson había pasado a debatir si los desnudos fotográficos no consentidos podían o no considerarse acoso. Sin pensar, me estiré hasta él y estreché su mano entre las mías. Jadeó, pero su sorpresa se transformó en arrogancia de inmediato. Con una sonrisa, me besó el dorso de la mano. Se me subió un trago de bilis por detrás de la garganta.

Arrimó la silla a la mesa.

—Veo que no soy el único que ha notado la química que tenemos.

«Pedazo de imbécil, la única química que hay aquí es la toxina botulínica que quiero darte de comer a cucharadas».

—Puedo sentirla. —Traté de contener la mueca de dolor—. Nuestra química es increíble.

El teléfono en mi regazo sonó varias veces en una sucesión rápida.

Zach: ¿Vas a dejar que te TOQUE?

Zach: Tiene que ser una puta broma de mal gusto.

Zach: Nos vemos en la puerta en dos minutos. Nos vamos.

Farrow: No eres mi jefe.

Zach: POR ÚLTIMA PUTA VEZ, SÍ QUE LO SOY, MALDITA SEA.

Pero ya era tarde. Había tomado una decisión. Y lo que necesitaba ahora era salir de aquí. La comida, los cócteles y la ostentación no valían la pena. Dallas se había equivocado. Yo no necesitaba nada de todo esto. Sabía que tenía que haberme quedado en la cama con un chocolate caliente y mi Kindle.

—¿Te importaría que fuéramos a otro lugar? —Aparté la mano de debajo de la de Anderson y me la limpié en el vestido por debajo de la mesa. Me la había apretado como una planta carnívora. Ahora necesitaba un batallón de fuerzas especiales para separarme los dedos de nuevo—. La verdad es que… «No puedo estar frente a mi jefe y a su prometida por miedo a incendiarme…». Pero no fue como terminé la frase, le dije—: necesito salir de aquí.

—¿Seguro? —Se le arrugó la frente—. Porque el señor Costa mencionó que la comida sería gratis…

—Muy segura.

Me levanté mientras me preguntaba cómo se lo hacía Anderson para ser *tan poco* atractivo, ¿acaso podría ser peor? En medio de mis pensamientos, tomó un pincho de bambú de la panera de la mesa y lo usó de mondadientes.

«Sí, puede. Acaba de tocar fondo más abajo».

Dejé la servilleta sobre la mesa.

—Disculpa, iré a refrescarme. Vuelvo enseguida.

Anderson me hizo una venia y me dijo:

—No hay problema. Tómate tu tiempo. Yo voy a probar algunos entrantes, es una pena que se desperdicien.

Reprimí un movimiento de cabeza y salí, zigzagueando en medio del mar de mesas, hasta llegar al baño de mujeres. Me aferré al borde del lavamanos con forma de caracol marino y me miré al espejo.

—Tranquilízate, Fae. Es un tipo nada más.

—Un tipo que está muy pero que muy enfadado.

Zach entró y cerró con llave. Me di la vuelta y la parte baja de mi espalda me quedó contra la encimera húmeda. Caminó hacia mí, con una neblina oscura de ira ronroneando a su alrededor. El corazón me dio un vuelco y dejó de latir por un instante. Sentí un espasmo que me recorría todos y cada uno de los músculos al verle.

Se apretó contra mí, todo su cuerpo me cubría.

—¿Qué haces aquí?

«Pierdo la cabeza». Pero, por puro instinto, eché la cabeza hacia atrás y le sentí el bulto caliente apretarse contra mi muslo.

—Disfruto de la comida y de un hombre guapo. —Necesitaba recordarle con furia (y recordármelo mí misma) que era un ente libre —. Te dije que no tenemos exclusividad, no hay nada que puedas hacer al respecto.

Su pene se sacudió entre nosotros y se me clavó en el muslo con más fuerza.

—Sí se me ocurre una cosa que puedo hacer al respecto.

Un deseo líquido entró como una inundación y me llenó el fondo del estómago. Mis pezones se pusieron en punta como pequeños diamantes color rosa.

—¿Qué sería eso?

—Hacértelo aquí mismo.

Me aferró del pelo, me acercó mi cara a la suya y estrelló los labios contra los míos. El beso me hizo arder la boca y se evaporó todo: la ira, la confusión y la duda. Me rodeó las mejillas con las palmas de las manos y me atrajo hacia él, como si quisiera devorarme entera, tragarse todo mi cuerpo, y no dejar nada de mí para nadie más.

—Mía —dijo con un gruñido dentro del beso y me mordió el labio inferior. Sus manos vagaban por todo mi cuerpo y los dedos se me enroscaban por todas partes. Ahora él era el pulpo que trataba de apoderarse de cada célula de mi ser—. Mía, mía, mía —repitió varias veces, y profundizó nuestro beso, con una mano que empezaba a serpentear por mi entrepierna.

Los dedos de Zach recorrieron la entrada de mi sexo a través de las bragas y se me escapó un gemido. Decidí retomar el odio adecuadamente una vez que *termináramos* de apretarnos y penetrarnos con furia. Llevó los labios hacia mi pubis y me recorrió por todo el cuerpo, pasando por todo el minivestido y recorriéndome los muslos a tirones bruscos.

Me ponía la boca por todas partes: me cubría los pezones a través del vestido, me mordía la piel sensible de la cintura, me lamía y me chupaba cada centímetro de piel desnuda que me asomaba fuera del atuendo. Se arrodilló, me apartó la ropa interior y me penetró con la lengua.

Arqueé la espalda y abrí las piernas para él, con una mano apoyada en el lavamanos y la otra agarrándolo del pelo.

—Zach.

Me penetró con la lengua como una fiera; agarrado de mis nalgas como si me castigara con fuerza. Con el dedo meñique me

estimulaba por el ano a través de la ropa interior y, mientras tanto, me devoraba con la boca como si estuviera desnutrido. Dejé caer la cabeza, el placer me crecía por dentro y era demasiado intenso.

Los dedos se hundieron más a fondo en mi culo.

—Esta vulva chorreante es mía.

Le apreté la lengua con fuerza descomunal, ya al borde del abismo.

—Este culo es mío —continuó, y me mordió la unión entre el culo y la cara interna del muslo, mientras me hacía girar mi clítoris con la punta de la nariz—. Cada una de tus respiraciones me pertenece.

Comencé a mecerme sobre esa boca ávida.

Se bajó la cremallera y se quitó los pantalones mientras el orgasmo me desgarraba el cuerpo.

—Puedes alardear con tus citas todo lo que quieras, pero jamás te escaparás de mí.

Se puso de pie, me levantó sobre el lavamanos de mármol y me abrió las rodillas de un tirón. Me rompió las bragas con otro tirón y se arrojó dentro de mí como si estuviera poseído. Sentí que me estiraba al máximo, y sentí el olor del látex mezclarse con el del sexo.

Alguien trató de girar el picaporte desde fuera varias veces. Se me estremeció el corazón cuando Zach se abalanzó sobre mí, se salió al mismo tiempo, y al instante siguiente volvió a entrar. En las últimas dos semanas, habíamos gastado dos paquetes de preservativos del tamaño extra grande, por lo que yo ya me tendría que haber acostumbrado a su tamaño; pero no.

Jadeé y fingí por un segundo que había algo que podía importarme más que seguir así, penetrada por él, mientras le

rodeaba el cuello con los brazos.

—Nos van a ver.

Mis uñas se arrastraban por sus bíceps y se negaban a prestar atención a mi propia advertencia. Bajé el mentón para verle el pene aparecer y desaparecer dentro de mí, brillante con los fluidos que lo recubrían. A través de la capa fina de la goma, todavía podía distinguir la cresta venosa gruesa.

El picaporte de la puerta dejó de sonar y el ruido fue sustituido por unos golpes fuertes.

—¡Ay, pero por favor! Me estoy meando.

Se me escapó una risa de la garganta.

—Shh. —Zach me presionó la palma de la mano contra los labios, me calló, y al mismo instante, aceleró el ritmo, penetrándome más profundo y más rápido—. Sé una buena chica y tómate mi pene sin chistar. Sí. Así. Lo estás haciendo tan bien.

Con la mano libre, me bajó una de las tiras del sujetador por el hombro y dejó un pecho al descubierto. Estaba lleno e hinchado y pedía a gritos ser tocado. Bajó la cabeza para llevarse el pezón a la boca y cada terminación nerviosa de mi cuerpo se puso con piel de gallina.

Grité dentro de su puño y me aferré a él con más fuerza. El segundo clímax me recorrió como una corriente eléctrica por todo el cuerpo. Cada vez que me penetraba, la punta de su pene me golpeaba sobre el punto G. Por detrás de mis párpados cerrados, los ojos se me llenaron de estrellas. Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes.

—Por favor, dime que estás a punto. —Movió la boca sobre mi pezón, los empujones se volvieron más bruscos y menos controlados

—. No puedo soportarlo más. Estás ordeñándome a gotas.

La puerta sonó con fuerza:

—¡Ey!

¿Pero se había bebido toda el agua del local o qué?

—Ya casi —gemí.

Me quitó la mano de los labios y se tragó mis gemidos con besos. El semen caliente llenó el condón y eyaculó dentro de mí, por detrás. Los dos temblábamos abrazados, sudorosos y destrozados por nuestros propios orgasmos. Nos quedamos así durante un rato largo, abrazados; él tenía la frente apoyada sobre mi hombro. Su respiración fuerte me recorría por la espalda. Ninguno de los dos quería moverse y volver al mundo real.

—Por favor, voy a explotar. —La Dama del Pis volvió a golpear la puerta—. Ya basta. Si no abres ahora mismo, te juro que llamo al encargado.

Zach y yo nos miramos a los ojos. Se retiró de mí lentamente, con el pene erguido aún a media asta; anudó el condón usado y lo tiró a la papelera. Yo me agarré del lavamanos y luché por recuperar el aliento.

Me dio un beso dulce en los labios y, al instante, una sonrisa educada y distante se apoderó de su rostro.

—Recuerda, Pulpi. Puedes salir con quien quieras y engañarte con todas las historias que quieras sobre dejarme atrás y seguir adelante, pero siempre seré yo quien te dé esto. Nadie te regala estos orgasmos, nadie posee cada centímetro de ti.

Se subió la cremallera y se dirigió a la puerta. La destrabó y salió. La veinteañera rubia que esperaba al otro lado retrocedió y los

nervios le asomaron a través del elegante traje chaqueta que llevaba.

—Dinero por tu silencio. —Zach sacó un fajo de billetes del bolsillo y lo lanzó en su dirección—. Si hablas, te arruinaré la vida.

Y así, tan despreocupado, regresó a su cita con Eileen.

Y me dejó atrás toda retorcida, tanto física como mentalmente.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

Zach

Sentí los ojos de Eileen pegados a mi espalda cuando me detuve en la mesa de Farrow en el camino de vuelta a la mía. El hecho de que nuestra unión era una farsa cotidiana al nivel de las comedias de Monty Python se hacía cada vez más evidente. Había que evitar el dolor innecesario a toda costa. De hecho, la única razón por la cual había aceptado esa cena era para cancelar el compromiso y evaluar la matriz de riesgos.

El tipejo vestido con el polo Lacoste me miró desde su plato de pasta, con una sonrisa llena de manchas de tomate.

—¡Mierda! Pero si *eres tú*. —Se le iluminaron los ojos—. Hombre, vengo siguiéndote la carrera hace diez años. Traté de entrar en tu empresa de pasante cuando me gradué. Soy tu fan número uno.

Estaba en alto por encima de él y le catalogaba el rostro sección por sección para estar seguro de que Pulpi jamás podría encontrar a un hombre como ese realmente deseable.

—Por desgracia, yo no puedo decir lo mismo.

El fideo *linguini* se le cayó de los labios.

Me abotoné el *blazer* con una mano.

—Vengo a decirte cómo va a ser el resto de tu noche, si es que alguna vez deseas volver a llevar a cabo algún tipo de actividad comercial en el estado de Nueva York. En cuanto vuelva tu cita, la llevarás a casa y conducirás por debajo del límite de velocidad. La acompañarás hasta la puerta, pero no entrarás. Le estrecharás la mano —*brevemente*— y le dirás que su vestido es encantador y que ha sido la cita más fascinante de toda tu vida, pero debido al hecho de que ella está claramente por encima de ti, muy por fuera de tu liga, harás una noble retirada y dejarás espacio para alguien que realmente la merece. Entonces, desaparecerás de su vida para siempre. Es todo, ¿necesitas que te lo deje por escrito?

Se le cayó el tenedor del puño y golpeó sobre el plato con un ruido metálico. Abrió los labios, pero no pudo hablar; con lo cual me confirmó la sospecha de que no había nada dentro del globo hueco que tenía entre las orejas, más allá de modelos de dinero fácil con bitcoines y fetiches pornográficos.

Le di un chasquido con los dedos por delante de los ojos y perdí la paciencia. Eileen me miraba fijamente, y no quería prolongarlo más de lo necesario. Ahora que había descubierto los placeres del sexo, supuse que no le hacía ningún favor atrapándola en un matrimonio sin contacto físico. Seguro que ella podría encontrar a su propio Pulpi que la curara (le deseé buena suerte para mis adentros; sabía que la mía era única en su especie).

—¿Está claro o no? —repetí.

El tipo tragó saliva:

—S-sí.

—Bien. —Me quité una pelusa de un hombro, con una sonrisa fría fija en el rostro—. No te olvides, cara de avena: si la lastimas, si la

ofendes, si intentas sobrepasarte con ella, lo sabré y habrá represalias.

Le acomodé el cuello de la camiseta sin tocarlo.

—Buen provecho.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

Farrow

Me di cuenta de que tener personas a mi servicio era peor aún que ser yo la que lo brindaba. Durante todo el fin de semana, Zach envió al personal de la residencia para que me mimaran. Me perseguían cantidades de personas que me rogaban que les permitiera hacerme otro batido, o prepararme un baño, o traerme café, o llevarme de compras.

—Tengo piernas, permiso de conducir y la capacidad de autogestionarme —les gruñía, y oía la risita divertida de Zach en algún lugar en la distancia—. Por el amor de Dios, tómense un descanso, miren una película, búsquense algo dulce para comer de la despensa y déjenme en paz.

Eileen se había ido y se me quitó un peso de encima. Se había ido a atender una emergencia de un paciente en medio de la cena con Zach y no había regresado aún.

Durante todo el fin de semana, Andras no paró de enviarme mensajes de texto, me rogaba que reconsiderara mi posición con lo de Vera. Una vez, lo llamé y le exigí explicaciones de por qué estaba tan empecinado. Esquivó la pregunta y siguió insistiendo en que

cuidaba de mí y mis intereses. Me sentí frustrada y confusa, y más que nada decepcionada. Hasta ahí siempre había creído que Andras estaba de mi lado.

Zach y yo ya hacíamos cualquier cosa con total imprudencia, y nos escabullíamos al jardín de rosas y nos robábamos besos y orgasmos. La culpa se estableció en mi estómago como un ladrillo pesado que no paraba de hundirme y, aun así, no podía dejar de responder activamente.

Por la noche, se metía en mi cama y me arrancaba emociones y sensaciones que yo ni sabía que existían. Él adoraba cada parte de mi cuerpo y por primera vez en mi vida, me sentí elegida, y no como la opción por defecto. Al punto de que me di cuenta de que necesitábamos una conversación franca sobre hacia dónde íbamos.

Eso ya no parecía un proyecto ni un acuerdo.

Parecía un para siempre.

A pocas horas del vuelo de regreso, Zach me dejó una nota sobre la mesa de luz.

«A las dos, en la rosaleda».

Las mariposas que se me agolpaban en el estómago me contaban una historia tan antigua como el tiempo.

Zachary Sun no era ni mi jefe ni mi aventura: lo era todo.

Era hora de tener la charla que había aplazado durante meses.

Llegué al banco del jardín unos minutos antes de la hora acordada. Estaba lleno de flores rojas y blancas exuberantes por todas partes, las flores y las espinas abrazaban la piedra con forma de cisne y se enredaban entre sí como espadas. Me entretuve un rato con el teléfono, ojeando los correos electrónicos de mis

abogados. Nunca me había acobardado ante nada, pero contarle mis sentimientos a Zach me daba sudores fríos.

Unas hojas crujieron a mis espaldas. Levanté la vista del teléfono y me sorprendió ver venir a Eileen avanzando hacia mí. Sus tacones se hundían en el suelo húmedo. Llevaba un vestido largo y marrón que se le balanceaba al caminar, combinado al tono con un fino cinturón de Hermès. El maquillaje era mínimo, la expresión, plácida, y el pelo iba recogido en un moño impecable y elaborado.

Me puse tensa y me costó sostenerle la mirada penetrante. Estaba al tanto de mis indiscreciones con su prometido. No importaba que las dos tuviéramos acuerdos con él, ni que ninguna de nosotras los hubiera roto en sentido técnico. Hasta el momento, me las había ingeniado para esquivarla en la mansión enorme, gracias a su acto de desaparición. Ahora, ella se me aparecía como un espejo y me obligaba a verme frente a frente con mis pecados.

Me puse de pie.

—Oh, por favor, señorita Ballantine. —Eileen agitó una mano—. Usted no es mi empleada. Puede volver a sentarse.

—Soy la empleada de su prometido. —La palabra fue quemándome por todo el camino que recorría por mi garganta hasta chamuscarse en mi lengua.

—Pero hoy vengo como mujer: vengo a hablarle de mujer a mujer.

Mi corazón cayó en una espiral descendente y peligrosa.

Eileen se deslizó a mi lado y me obligó a desplazarme hacia el borde del banco. Se apoyó el bolso en el regazo.

—Aprecio que haya venido.

—Yo no aprecio que se haya hecho pasar por Zach para citarme aquí engañada.

—Puede que no lo aprecie, pero seguro que puede entenderlo —asintió Eileen—. Por eso escribí algo tan vago. No podía arriesgarme a que rechazara la petición. El tiempo no está de mi parte en este asunto.

Me aferré a mi máscara de indiferencia y sentí la inminente catástrofe que se avecinaba sobre mi vida.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Creo que ambas sabemos en qué me puede ayudar. —Rebuscó algo en el bolso con los labios apretados—: Deje de acostarse con mi prometido.

Su demanda me rebanó el pecho, llegó hasta lo más profundo de mi corazón y me lo estrujó. No tenía sentido negar lo evidente, ni siquiera como reacción instintiva. Como mínimo, Eileen se merecía la verdad.

Me refugié en mi chaqueta y forcé las palabras que me salieron por la boca.

—No es nada serio. —No era mentira. Para Zach, al menos. Él me recordaba en repetidas ocasiones, y también a sí mismo, que nosotros dos teníamos un acuerdo temporal. Aun así, decirlo me hizo sentir sucia, como si fuera una mentira piadosa.

Los ojos de Eileen recorrieron mi rostro y en ellos pude ver muchas de las emociones en las que me había estado ahogando yo misma: agonía, celos y desesperación. Esa lástima autocompasiva cruda que casi no dejaba respirar. Sus ojos brillaban con lágrimas, pero sabía que no las dejaría caer. Eileen, como yo, veía la vulnerabilidad como una debilidad. No se permitía romperse.

—Puede que para usted no sea nada serio, pero lo es para mí. —Se alisó el vestido y estiró una arruga en particular—. Mi sueño

siempre ha sido casarme con él.

Fruncí el ceño, sorprendida.

—Pensé que ni siquiera se conocían hasta hace unos meses.

Se frotó la nariz roja y negó con la cabeza.

—Oh, virgen santa, ¿cómo puede ser tan ingenua?

Volvió a meter la mano dentro de su bolso y retiró un pequeño álbum de fotos escolar, que pasó a entregarme. Lo abrí de golpe y se me hundió más todavía el corazón al ver las dos primeras fotos nada más. Dos bebés mofletudos con muslos rollizos e idénticos cortes de pelo con forma de taza me miraban sonrientes.

«No. No, no, no».

—Somos Zach y yo de bebés. —Señaló la segunda foto—. Y en esta tenemos dos años. Nuestros padres eran muy amigos.

—Zach nunca lo ha mencionado.

—No lo recuerda. Cuando Constance nos reencontró, no quise avergonzarlo y no lo mencioné. He esperado este momento durante tanto tiempo… Lo he… —Eileen cerró los ojos y las mejillas se le enrojecieron. Hizo una pausa y después negó con la cabeza—. Ah, pero no importa.

—Dígamelo —le insistí y me giré hacia ella para mirarla de frente.

Eileen había soportado mi presencia en silencio en la vida de Zach durante meses. ¿Era cierto que no le importaba o tenía miedo de hacer tambalear el barco antes de tener asegurado su lugar? Entonces recordé su llamada de la otra noche. Para Zach este acuerdo era una cuestión de negocios. Pero ¿y para ella?

—Lo he amado toda la vida.

«Dios mío».

Jamás se me había ocurrido que ella pudiera quererlo como algo más que un símbolo de estatus. Me había engañado con sus sugerencias continuas de agregados al contrato: de cláusulas en contra del contacto y a favor de las salidas con otras personas.

Eileen abrió los ojos, el labio inferior no paraba de temblarle.

—He pasado treinta y tres años diseñándome para ser lo que Zachary Sun necesita como esposa —dijo—. Me he ido esculpiendo como una plastilina según sus deseos y anhelos.

«Eso no es amar», quería gritarle. Pero en vez de eso, me hundí más a fondo dentro de mi chaqueta y seguí escuchándola hablar.

—Cuando éramos niños, él salía a protegerme cuando mis hermanos mayores me acosaban. Era inteligente, salvaje y valiente. Le encantaba hacer esculturas de barro, así que yo también hacía esculturas de barro. Le encantaba columpiarse en las cuerdas, así que yo también lo hacía. Se divertía en el parque infantil, y yo lo seguía. Cualquier cosa con tal de estar cerca de él. Y él me dejaba… hasta que mi familia se mudó.

Quería echarme a llorar. Por el Zach niño, que debería haber sido siempre libre y despreocupado. Y por el Zach adulto, que cargaba con el peso de su trauma. Y sobre todo, sentí envidia por Eileen Yang por conocer ambas versiones de él. De repente, no pude evitar maldecir lo injusto que era todo. La gente que conocía a su alma gemela de joven jamás debería tener que sentir que habían empezado el libro en el capítulo equivocado, que era necesario leer el comienzo para apreciar el final.

Eileen señaló una de las fotos con un dedo y se mordió un labio.

—Un día, mi padre nos contó que un amigo suyo de la universidad había muerto. Mis hermanos casi no se acordaban de él, pero yo sí.

Fui al funeral y le di mis condolencias. Zach ni siquiera me reconoció. Casi ni reconocía a sus amigos de la escuela.

«Oh, Zach». Se me volvió a romper el corazón en pedazos por él.

Eileen continuó, sin darse cuenta de que había pedazos de mí esparcidos por la rosaleda.

—En ese momento decidí que me daría la oportunidad de volverme todo lo que él necesitaba y que volvería como la mujer perfecta. El título de médica, los vestidos elegantes y las donaciones de caridad. Todo está diseñado para complacer a Constance y atraer a Zach. Fui dando forma a mi personalidad para que se amoldara a la suya: tranquila, serena, fría y elegante.

Una parte desesperada, tortuosa y trastornada de mí se preguntó… «¿Y es eso lo que realmente necesita? ¿O necesita su opuesto? Para sacarlo de su caparazón y darle la dosis de alegría que solía tener».

Los dientes de Eileen raspaban sobre el labio inferior mientras ella miraba a lo lejos.

—Mientras tanto, absorbía cada chisme que oía de él por mis padres y recopilaba toda la información que podía en las redes sociales: de los mensajes de sus amigos, los compañeros de clase, su tía.

¿Acaso éramos tan diferentes realmente? Yo también había hecho mi investigación sobre él antes de conocerlo. Ambas habíamos conocido a Zach bajo un disfraz de otra cosa, ambas habíamos firmado un contrato con él, y ambas habíamos caído en la trampa rápida, intensa y profundamente.

Eileen hojeó el álbum de fotos sin mirarlo realmente.

—Para cuando volví a encontrarme con Zach, me había transformado en la versión de mí misma que requería. Le mostré todo lo que necesitaba mostrarle: una mujer inteligente, fría y desinteresada en tocar a los hombres; alguien que le daría familia sin arruinarle su estilo de vida actual. Yo sabía que congeniaríamos, y así fue.

Una pequeña y triste sonrisa se le dibujó en los labios. Se me rompió el corazón por ella; y también por mí. Porque por fin entendía lo que era amar a alguien que nunca podría ser tuyo por completo, ni de verdad.

—Cerramos el acuerdo de compromiso el mismo día que nos «conocimos» y volví a casa satisfecha de poder ayudarle; sabía lo aliviado que debía sentirse de encontrar a alguien que podía darle todo lo que necesitaba sin comprometer ninguna parte de sí mismo.

Cada palabra suya me desgarraba por dentro. Sentí náuseas de culpa, dolor y horror. No podía ni hablar.

—Su madre me adora. Su tía me quiere. Estoy dispuesta a seguir sus reglas. Si me quiere cerca, estaré a su lado. Si quiere que me mantenga lejos, puedo hacerlo también. Estaré ahí con cada versión de sí mismo, sin importar si sigue así o si cambia. Voy a moldearme y convertirme en cada cosa que él necesite. ¿Puedes tú decir lo mismo? ¿Eres capaz de abandonar todos tus sueños por él?

Mi mente me llevó a la oficina de Andras. Me vi a mí misma, temblando de rabia, incapaz de abandonar mi sed de venganza. Y vi a Andras ordenándome que la soltara para poder perseguir nuestro sueño en común. Y en ese momento me di cuenta de que la idea de quitarle algo a Vera ya no me entusiasmaba. Quizá no podía

renunciar a mi sed de venganza por la esgrima, pero sí podría hacerlo por Zach.

Eileen tomó mi silencio como una señal de acuerdo, cerró el álbum de fotos y lo dejó apoyado sobre su regazo. Entonces, dijo:

—Mi vida es estable. Tengo un trabajo real, un horario adecuado y la capacidad de formar una familia; y eso a nivel emocional, físico y económico. Y *nunca jamás* le he robado a nadie ni he engañado en mi vida.

«Pero sí le mentiste a Zach», estuve a punto de señalar, aunque me tragué las palabras porque no tenía derecho a juzgarla. «Mentiste sobre quién eres, no le dijiste que os conocéis de antes y que no compartís fobias».

—Farrow, te digo esto porque creo que eres una buena persona y con una mente clara. Debes ver que soy más adecuada para él. Que tus problemas no serán más que una carga. Si de verdad te importa él, y yo creo que es así, lo dejarás ir.

—¿Qué me está pidiendo que haga?

En los márgenes de mi mente, se encendió una señal de alarma gigantesca. Me obligué a dejar de lado mis emociones y pensar desde la lógica.

«Todo en ella es mentira. Y esa llamada telefónica… Se reía de cómo había engañado a Zach y se lo llevó a esa cena a la fuerza, y lo convirtió en una cita. No confíes en ella».

Eileen se recogió un pelo suelto por detrás de la oreja.

—Te estoy pidiendo que te subas a un vuelo, te vayas de la casa de mi prometido y no vuelvas nunca. Y si lo haces, yo me haré cargo de los gastos legales de tu caso…

Me eché hacia atrás y me pregunté cómo se había enterado siquiera de eso.

—No necesito su caridad.

¿Había metido la nariz ella sola? ¿Se lo había contado Zach? Yo sabía que él no lo haría.

Eileen se puso a juguetear con el enorme anillo de compromiso que llevaba en el dedo.

—No es caridad. Es un acuerdo. No es diferente del que tienes tú con Zach.

Salvo que *sí* era diferente. Yo quería ayudar a Zach. El deseo de Eileen era meramente de existir a su lado. ¿Cómo podía amar a alguien que no había visto desde la infancia? ¿Acaso lo conocía siquiera? ¿Sabía que odiaba la lluvia, pero que amaba el frío?, ¿que fingía sentir asco por los Cheetos picantes, pero los devoraba a miles si le ponían un paquete cerca?, ¿que su actitud de indiferente era solo en apariencia, pero que poseía una lealtad feroz cuando se trataba de sus amigos y familia?

Sin alzar el volumen de mi voz y manteniendo con sumo cuidado mi expresión facial neutral, le dije:

—Mi acuerdo con él termina pronto.

—Tu acuerdo con él termina *ahora*. —Metió el álbum en el bolso y se puso de pie—. Creo que ya he tenido bastante paciencia.

—No soy yo con quien tiene que hablar. En realidad, hasta donde recuerdo, era usted quien pedía que fueran más estrictas las cláusulas de no contacto y la que sugirió que quedaran permitidas las relaciones extramatrimoniales…

Ya me parecía dudoso que a ella le pareciera bien mantener *esas* clausulas para siempre. De hecho, hubiera podido apostar algo al

hecho de que ella las había sugerido proactivamente para bajarle la guardia. Como si me hubiera leído el pensamiento, echó unas risitas cortas dentro de las puntas de los dedos.

—¿Crees que él hubiera aceptado casarse si yo no hubiera pedido esas cláusulas?

—Lo engañaste.

—Es solo una mentirijilla piadosa.

—Una mentirijilla piadosa es cuando le dices a un niño de cinco años que su hámster está en la granja cuando en realidad se ha muerto. Inventarse una fobia entera como base para un compromiso *no* lo es.

Siempre me había preguntado por qué mis hámsteres necesitaban ir en busca de aire libre a esa granja que no tenía dirección postal.

—¿Y qué importa? Funcionó. Estoy comprometida con él. Tú solo eres la asistenta. Entérate de cuál es tu lugar. —Le dio vueltas a ese anillo hasta que el diamante gigante quedó frente a mi rostro—. Tu acuerdo con mi prometido se termina hoy.

Levanté el mentón.

—Zach ya es mayorcito y es capaz de tomar sus propias decisiones.

—Pedirte que te vayas es algo que hago por pura cortesía. —Eileen se elevaba por encima de mí, tan alta que podía oler la pastilla de menta de su aliento. No se le movió ni un músculo de la cara cuando dijo—: No te equivoques. Me libraré de ti, de un modo u otro. Lo que me falta de imaginación, lo compenso con ambición.

Fue raro, pero me relajé con esas palabras. Esta era mi zona de confianza, gracias a Vera. Se me levantaron un poquito las comisuras de los labios.

—¿Me estás amenazando?

—No, Farrow, te lo estoy *diciendo*. —Eileen me despegó con dos dedos una espina que yo tenía sobre la manga—. No te mereces el amor de Zachary Sun. Da un paso al lado y deja pasar a quien sí. O seré yo quien se encargue de que te hagas a un lado.

No sabía qué me deparaba el futuro con Zach, pero lo que sí sabía era que él jamás podría ser feliz con esta mujer manipuladora.

—Me complace que hayamos tenido esta charla, Eileen. —Con una sonrisa, me puse de pie, y me sentí más ligera de lo que me había sentido desde hacía días—. Buena suerte con eso de convencer a Zach de que se enamore de ti. Quién sabe… —Hice una pausa y me acordé de sus palabras durante aquella llamada, así que se las arrojé de vuelta—: Una vez que le muestres lo buena que eres en la cama, ese cerebrito caerá rendido.

Me di la vuelta sobre los talones de un saltito y me encaminé de regreso a mi habitación.

—Te estás metiendo con la perra equivocada. —Eileen me agarró del brazo para detenerme—. Estoy a punto de dejar caer cada uno de los círculos del infierno de Dante sobre ti.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Zach

Como Farrow volviera a decir la palabra «porno», saltaría sobre ella, la penetraría en ese *jet* y recrearíamos nuestra propia escena pornográfica, al diablo con la audiencia.

—Espera un momento. —La lengua le asomó por la boca mientras luchaba por enfocar la cámara en el ángulo adecuado hacia sus chilaquiles, para que no parecieran comida de bebé—. Dallas y Ari quieren fotos porno de comida.

Me relajé contra el cuero, molesto por las distracciones constantes. Los amigos de Corea de Pulpi habían decidido que hoy era el día perfecto para hacerle una visita virtual y animarla a que se mantuviera fuerte mientras duraba ese baño de sangre de los medios. Por fin se había desconectado de una videollamada, solo para que Dallas empezara a acosarla por su grupo de chat preguntando por los tentempiés del vuelo.

—¿Señor Sun? —Desde el sofá, Natalie levantó el teléfono—. Tengo a sus abogados en línea.

Se había quedado en Manhattan durante el fin de semana para cuidar mis propiedades allí y regresaba a Maryland con nosotros.

Eileen, en cambio, se había quedado en la ciudad. No podía esperar a contarle a mamá que había intentado salvar mi compromiso y que, en su lugar, me lo había cargado. No ocurría nada malo con Eileen. De hecho, no tenía más que un solo defecto: ella no era Farrow. Y eso era suficiente para acabar con el trato.

—¿Abogados? —Fruncí las cejas—. ¿En plural?

Normalmente, me llamaban de uno en uno.

—Sí, señor. Los tres. —Natalie se levantó del asiento y se sacudió las migas de galleta del traje mientras me entregaba su teléfono—. También está Tom en la llamada. Creo que puede ser importante.

—¿En serio, Einstein? Me pregunto cómo te habrás dado cuenta.

Farrow alzó la cabeza del teléfono de golpe. Me lanzó una mirada preocupada. Maldije para mis adentros; odiaba esa distracción tan inoportuna. Para empezar, había planeado aprovechar el vuelo para hablarle a Pulpi de nosotros. En concreto, de si podría existir un «nosotros» más allá del ámbito de arrancarnos la ropa el uno al otro y embarcarnos en esas idas y venidas verbales interminables. Y, en segundo lugar, durante el trayecto en coche hasta el aeropuerto, Fae había mencionado que tenía algo que decirme sobre Eileen.

Se enroscó el cabello dorado en un moño alto y levantó las piernas que estaban por debajo de su culo.

—¿Qué dicen?

Tomé el teléfono que me daba mi asistente, que seguía merodeando por allí; saltaba de un talón al otro y me miraba fijamente a los ojos.

—¿Natalie?

—¿Sí, señor Sun?

—Ten la amabilidad de esfumarte.

Ella asintió, aunque con visible disgusto, se metió el ordenador portátil bajo la axila y se dirigió a la cabina. Farrow me agarró de la manga. Entrelacé nuestros dedos y los apreté.

—Todo irá bien.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque… —recorrí los bordes del lunar que tenía por debajo del ojo con mi otra mano—, si pierdes el caso, lo que tengo reservado para Vera será infinitamente peor que cualquier castigo que la ley pueda imponerle.

—Es un milagro que no hayas acabado en la cárcel todavía.

—Lo es solo para aquellos lo bastante ingenuos como para creer en el sistema legal. —Apoyé el teléfono de Natalie contra una caja de dulces y lo cambié al modo de videoconferencia—. Ustedes dirán.

La cara de Deanne fue la primera en aparecer.

—¿Señorita Ballantine?

—Sí. —Fae levantó la mano como si estuviéramos en preescolar—. Estoy aquí.

—¿Está de acuerdo con que el señor Sun escuche esta conversación? Contiene información sensible.

—Sí —asintió Farrow—. Adelante.

Me pinchó una pizca de orgullo y me confirmó lo que yo ya sabía: estaba hundido bien hondo, pero hasta el cuello.

—Sería mejor tener esta conversación en persona. —Tom sacó una libreta—. Hay mucha evidencia delicada que revisar.

—Literalmente no tengo la fuerza de voluntad para rechazar un postre sin lácteos. —Fae ocupó la mitad de mi asiento para tener

mejor ángulo de visión—. ¿Qué le hace pensar que puedo esperar a que aterricemos para saber lo que tienen que decirme?

Nuestros codos se rozaron entre sí y solo con eso se me encendió algo por dentro, algo posesivo y depravado.

Tom se llevó el lápiz a los labios y titubeó:

—Ejem…

—Ya la oíste. —Le masajeé el muslo con el pulgar, con mi torso todavía relajado contra el respaldo del asiento—. Suéltalo todo antes de que te saque las tripas.

—De acuerdo, solo quería asegurarme de que nadie se desmoronara.

—Yo ya estoy hecha pedazos. —Farrow agitó una mano en el aire —. Por favor, continúe.

—Hemos descubierto algo alarmante. —Tom hizo una pausa—. Quiero decir criminalmente perturbador.

Farrow se mojó los labios.

—¿Acaso Vera cometió algún delito?

—Así parece. Un delito atroz, un crimen. —Tom vaciló—. Señorita Ballantine…

—¿Sí?

—¿Está usted sentada?

—No. —Fae se abrió en una sonrisa con los dientes a la vista, lo cual me arrancó una igual a mí—. Estoy de pie, bailando un mambo. —Señaló con el pulgar el tapizado de cuero detrás de nosotros—. ¿A usted qué le parece?

Supuse que no le había perdonado aún que lo hubieran descubierto y que con eso se hubiese desencadenado la tormenta mediática.

Tom se encogió de hombros y se preparó para el disparo:

—Vera contrató a alguien para matar a su padre.

Silencio. Silencio absoluto. Del tipo de silencio que penetra por los tímpanos.

—Lo siento —añadió Tom, como pensamiento posterior.

Las palabras flotaron en el aire y empezaron a asfixiarnos como un gas nervioso. Busqué algún signo de dolor en Fae, de reconocimiento o de agonía. Lo único que encontré fue amargura.

Tom se rascó la sien.

—¿Podemos continuar?

Deanne dejó de teclear y dijo:

—Démosle un minuto.

Pero Fae no necesitaba un minuto. Se levantó de un salto y empezó a deambular.

—Es imposible. Papá murió en un accidente. El aparcacoches…

—Sabía exactamente lo que hacía. —Tom buscó una carpeta y la abrió—. Un hombre llamado Eugene Thomas. Era el aparcacoches involucrado en el supuesto accidente, como estoy seguro que usted ya sabe.

—¿Supuesto? —Fae cerró los ojos—. Si ni conocía a papá ni a Vera. Se le trabó el pie en el acelerador.

Tom hizo pasar unas páginas y sacó una hoja de entre medio de ellas, y dijo:

—Encontré un teléfono desechable que Vera compró dos meses antes del incidente. —Levantó un papel y lo mostró a la cámara, como si fuese posible ver algo de la letra impresa de tamaño ínfimo —. Estos son los registros de llamadas que extraje de ahí.

Fae se detuvo en sus pasos.

—¿Y qué dicen?

—Vera extrajo doscientos mil dólares de una cuenta de ahorros secreta. También mantuvo unas cuantas conversaciones breves con un número que pude rastrear y está a nombre de la mujer de Thomas.

Farrow se apretó el puente de la nariz.

—¿Qué tiene que ver su mujer con esto?

—Nada. Tenía cáncer de fase 4. Necesitaba una droga experimental muy cara. —Tom apoyó el papel—. Y Eugene lo hizo a cambio de dinero rápido.

—Daba por descontado que lo acusarían de homicidio involuntario. —Farrow apoyó los puños en la mesa y unió las demás piezas por sí sola—. Sabía que le darían una sentencia leve en una cárcel de mínima seguridad. ¿Cómo no iban a hacerlo? Si tenía un bebé y una mujer con cáncer. Y había sido un «accidente».

—Exacto. —El rostro de Dan apareció en la pantalla—. Los registros muestran que la señora Thomas se recuperó por completo con el tratamiento. Mientras que el marido sigue en prisión, tiene varias organizaciones benéficas que le pagan las cuentas, la comida y el cuidado de los niños. Hasta se compró una casa nueva.

Tom dio un silbido.

—Cinco años no es un precio tan alto a cambio de todo esto.

Bryan ajustó la cámara y por fin nos mostró la cara.

—Tenemos todas las pruebas. Los recibos. La comunicación por escrito. Vera pensó que, si usaba un teléfono desechable y una red privada virtual, podría tapar las huellas. Pero parece que todavía se saltó algunos pasos.

Los seis nos quedamos digiriendo la información.

Fae rompió el silencio con una voz de susurro.

—Pero… ¿por qué?

—El dinero del seguro. —Tom agitó su carpeta en el aire—. Estudié las declaraciones de impuestos conjuntas de Vera con tu padre, y los estados financieros. Gastaban más de lo que ganaban. —Hizo una pausa. Y siguió—: A Vera le gustaba comprar cosas bonitas.

Farrow se dejó caer en el asiento enfrente de mí con la mirada hacia el techo, sin ver nada en realidad.

—Eso todavía le gusta.

—Puede ser, pero ahora mismo no puede comprar más que en Walmart. —Deanne sacó a relucir otro documento—. Vera se gastó el dinero del seguro tan pronto como le entró en la cuenta bancaria.

—Eugene Thomas. —Farrow se frotó la frente—. ¿Pueden contarme un poco sobre su pasado? ¿Su familia?

Tom hojeó las páginas y dijo:

—Claro.

Mientras esperábamos a que encontrara lo que buscaba, el avión comenzó a descender. Una ráfaga de mensajes de texto se sucedieron en la parte superior del teléfono de Natalie.

Jilly Bean: ¿Sigue haciéndose el duro tu jefe?

Jilly Bean: ¿O es otra cosa la que tiene dura…? [Emoji con cara sugestiva].

Jilly Bean: Tienes que averiguar lo que hizo esa asistenta para lograr acostarse con él.

Jilly Bean: Así podrás entrarle.

Jilly Bean: Con que te quedes embarazada, listo, mina de oro. Y por fin podemos abrir la empresa.

Hice una nota mental para despedir a Natalie —y para no beber nada que ella me diera—mientras Tom respondía a Pulpi.

—Eugene Thomas. Veintiocho años. Sus padres nunca se casaron. Su madre lo registró con su apellido. Creció sin padre, porque siempre estaba viajando por el mundo en busca de trabajo. Retomaron el contacto durante el juicio. Tanto su padre como su madre lo visitan una vez por semana en la cárcel.

Farrow se inclinó hacia delante, con ansias de más.

—¿Cómo se llaman?

Tenía una idea en mente; Farrow siempre tenía una idea en mente. Me gustaba esa parte de ella. Me recordaba nuestro primer encuentro oficial: ella, ardiente como el infierno en lencería, colocando piezas de go como un genio; y yo, absorbiendo la vista mientras su lengua se deslizaba por sus labios. En cualquier otro momento, se me hubiese puesto dura como una roca.

—La madre es Paula Thomas. El padre es… Espera. —Tom chasqueó la lengua—. El padre se llama Andras Horvath.

Farrow cerró los ojos.

Yo no veía más que rojo.

Andras.

Todo encajó. Mi temperatura se elevó al nivel de la de un horno. Farrow respiraba con fuerza, con las fosas nasales bien abiertas. Sospeché que se nos atravesaba el mismo pensamiento por la mente: el modo en que castigaríamos a Andras y a Vera. Otra cosa que me gustaba de Farrow: compartíamos la misma sed de venganza.

—Sé que esto es mucho para asimilar todo junto. —Deanne recogió su teléfono y se lo sostuvo frente al rostro—. Pero hay un modo de remediarlo.

Fae se desplomó contra el respaldo del asiento y dijo:

—¿Cuál es? ¡Me lo he perdido!

—La justicia, señorita Ballantine. Olvídese de la demanda. El siguiente paso es llevar todo esto ante las autoridades…

Farrow la desestimó con un gesto con la mano.

—Usted haga lo que tenga que hacer; yo me iré a buscar a Vera en cuanto este avión aterrice.

—Señorita Ballantine… —Bryan se estiró con el torso hacia delante —. Eso sería muy *pero muy* desaconsejable. Cualquier cosa que usted haga o diga puede obstaculizarnos el…

—Supérenlo —lanzó Fae, como si fuera una interjección, y yo casi la beso al instante. Justo debajo del ojo, sobre aquel lunar que ya desde hacía tiempo quería besarle—. Voy a cazar a Vera hasta encontrarla.

—La mejor venganza es la justicia. —Deanne levantó ambas manos, como si quisiera meter un animal salvaje en el corral—. Confíe en mí.

—Es abogada, no puedo confiar en usted.

Esta vez sí que me lancé y la besé: en el lunar, por la mandíbula.

—Pero…

—Ya la habéis oído: la señorita Ballantine ha tomado una decisión —intervine al fin—. Cualquier desastre que pueda causar, vais a tener que limipiarlo.

Dan se desplomó contra el asiento.

—No soy Superman.

—Por el dinero que te pago, deberías serlo.

Deanne suspiró.

—Me gustabas más cuando no tenías una mujer que te llevaba de la nariz a todas partes.

«Sí, pero yo me gustaba menos».

—A ver si te gusta quedarte desempleada si sigues pasándote de la raya.

Sonrió.

—Se llama jubilación…

Colgué y lancé el teléfono al sofá, después apoyé el mentón sobre el hombro de Farrow.

—¿Estás bien?

—Lo estaré. —Inclinó la cabeza hacia atrás y la apoyó en mi cuello —. Eso creo.

La cantidad de fuerza que tenía esta mujer tan solo en su uña era capaz de detonar una bomba nuclear.

—Claro que sí. Eres la persona más fuerte que conozco.

—Y tengo la intención de asestar el golpe más cruel de mi vida. — Su mirada se clavó en la mía—. Pero antes, necesito romperme.

—¿Romperte?

—Sí, desmoronarme: llorar un rato como si fuera un bebé. Permitirme deshacerme en pedazos por todas las veces que me he negado a hacerlo.

—Pues rómpete. —Le di un beso en el hombro, en la mejilla, en la sien—. Yo volveré a juntar las piezas.

«Aunque sea lo último que haga».

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

Farrow

Mi mente iba en una sola dirección y pedía sangre.

Primero, llamé a Andras mientras asfixiaba con las manos el volante de mi Prius con el que circulaba por las calles de siempre.

Descolgó al primer tono.

—Veo que has recuperado el sentido de la razón.

«Sí, ese y los otros cinco sentidos de siempre; y todos quieren darse un festín con tu sangre».

—Te he enviado una dirección por mensaje. Nos vemos allí.

—Son las diez…

Colgué, sabiendo que vendría. Si no otra cosa, como mínimo la perspectiva de que su hijo pasara más tiempo en prisión debía hacerlo temblar.

«Qué estúpida eres, Fae. Tendrías que haberte dado cuenta de que era demasiado bueno para ser verdad cuando Andras Horvath apareció el día que aterrizaste de Seúl y se ofreció a acogerte bajo su tutela».

Había dejado entrar una serpiente en mi jardín. Un espía. Una y otra vez, me había convencido de que me centrara solo en la

esgrima. Me daba sesiones de entrenamiento en horarios al azar que me interferían con las reuniones con los abogados, me hacía tajos en el traje de esgrima que requería reparación a cada momento… Una distracción tras otra. «Estúpida, estúpida, estúpida».

Veinte minutos más tarde, detuve el coche frente a mi casa de la infancia. Estaba en el mismo escalón en el que me habían dejado abandonada de bebé. De pronto, no podía entender ni por qué quería vivir aquí. Una pizca de arrepentimiento se me arremolinó por dentro. Tal vez no debería haber rechazado el ofrecimiento de Zach de venir conmigo, pero tenía que defenderme con mis propias manos. Si no aprendía ahora, dependería de él para siempre. Metí la llave en la cerradura y traté de girarla, pero descubrí que Vera la había cambiado. El frío condensado con el aire que me salía por la boca hizo una nube al pasar por mis labios y me reí para mis adentros.

—Claro, por supuesto. Pero no importa. —Tiré la llave sobre el felpudo y golpeé la puerta con los puños hasta hacerla temblar—. Esta es tu casa nada más que en los papeles, jamás fuiste bienvenida aquí.

Se oyó el golpeteo de unas pantuflas que se acercaban a rastras sobre el suelo de madera.

—Parece que hoy alguien se ha levantado un poco violenta. —Los gruñidos de Tabby me llegaron desde el otro lado de la puerta—. Tranquilízate. Ya voy.

—¿Has pedido comida a domicilio y no me has preguntado qué quería? —La voz de Reggie venía desde arriba, probablemente de su habitación—. ¿Qué es todo ese ruido? ¿Quién se ha muerto? Uf, por favor, dime que Farrow.

No es que necesitara más razones para cabrearme todavía más, pero eso fue lo que me pasó.

Tabby abrió la puerta de un tirón y se encontró nada más y nada menos que conmigo justamente, ahí parada en el porche, vivita y coleando, saludándola con la mano. Se le arrugó la nariz en un gesto como si, con mi mera presencia, yo aparentemente apestara el lugar.

—Hablando del diablo…

—Prefiero ser un demonio a ser una puta barata. —Me abrí paso empujándola con el hombro y entré en la casa—. ¿Dónde está tu madre?

Un hedor agrio a comida podrida se deslizó por mis fosas nasales. Una gruesa capa de polvo cubría el banco de la entrada. Algo olía a pelaje mojado, aunque las mujeres Ballantine solo apreciaban los animales en sus platos y en sus abrigos. Como era de esperar, nadie se había molestado en limpiar desde que me había ido.

Tabby me siguió hasta el salón, jadeando al intentar mantener el ritmo.

—Mamá cambió las cerraduras.

«No me digas, tarada».

Se oyeron unos pasos pesados por las escaleras.

Reggie bajó y dobló la esquina pocos segundos después.

—No tienes derecho a estar aquí. —Me tiró de la manga de la chaqueta, pero le di un empujón—. Nos arruinaste la vida. Renunciaste a la empresa y ahora somos pobres.

—Y encima, ¡has puesto una demanda en nuestra contra! —Tabby extendió los brazos para tratar de detenerme—. Deberías demandar a tu peluquero antes, bruja horrorosa. Ni siquiera te ha hecho el corte recto.

Para empezar, me cortaba el pelo yo sola con una de esas pinzas que prometían un corte recto; supuse que también podría demandar a los fabricantes.

Pasé cómodamente por el espacio enorme entre el televisor y el brazo extendido de Tabby.

—Vosotras solo me queríais de asistenta.

—Se llama poner al día tus deudas.

—¿Qué deudas? No soy yo la que despilfarra dinero en ropa de Prada. —Incliné la cabeza y la miré de lado, directo a la blusa que tenía puesta—. Bueno, supongo que ahora es Frada.

—Sí, tus deudas. —Reggie alzó las manos al aire—. Papá y mamá se ocuparon de todos los gastos de tu viajecito por Corea. Papá por poco se desangra. ¿O no sabes todo el dinero que le costó esa escuela? No podíamos ni seguir manteniendo mis caballos.

—Nada.

—¿Eh?

—No costó nada porque me dieron una beca completa. —Me metí en el comedor al ver que el salón estaba vacío—. Y los caballos tuvieron que irse a un centro de equinoterapia porque *tú* no les dabas de comer.

—Iba al colegio.

—Yo también. —Me di la vuelta de golpe y me paré frente a Tabby, la miré a los ojos y le largué—: La única razón por la que me fui a Corea fue porque pasabas cada minuto del día recordándome que no soy parte de esta familia. —Las dos me siguieron a la cocina. La inspeccioné y descubrí que tenían montañas de cajas de cartón apiladas en la despensa. Me volví hacia ellas—. ¿Os mudáis?

—Ya no podemos permitirnos esta casa, ¿no lo ves? —Para reforzar su argumento, Reggie me empujó mientras cerraba con cinta una caja medio vacía con tanta energía tóxica que podría iluminar Las Vegas—. Si los gastos mínimos de mantenimiento son ochocientos al mes.

Tabby se le sumó, y se puso a cerrar cajas que casi no tenían nada dentro.

—La pondremos en alquiler y nos mudaremos a un apartamento para poder comer. ¿Estás contenta?

«No, la verdad que no».

Yo no disfrutaba con su desgracia. Lo único que quería era que dejaran de joderme la vida. En cambio, con Vera, era distinto…

Cogí una caja vacía y empecé a llenarla con mis pertenencias.

—¿Dónde está vuestra madre?

No tenían derecho a echarme de una casa que también me pertenecía y no podía estar tranquila de que no me tiraran mis cosas.

—No está en casa —mintió Tabby justo en el momento en que Vera irrumpía del garaje, toda sudada dentro de un bodi ajustado con estampado de cebra. Los vapores que emanaba solo del espray de cabello ya me daban náuseas.

—Chicas, tenéis que ayudarme con las cajas… —Las palabras se le murieron en la garganta en el momento en que me vio—. ¿Qué haces aquí, pedazo de mierda?

Era oficial: venía lista para la pelea.

—Recoger mis cosas. —Abrí una puerta del mueble de la cocina que estaba encima del fregadero y saqué el plato de Mickey Mouse

que papá me había guardado porque sabía que me encantaba comer el queso a la parrilla ahí—. Ah, y de paso te traigo unas noticias.

—Déjame adivinar: ¿que me vaya preparando para recibir al oficial de policía? —Vera se cruzó de brazos y me recorrió con los ojos como si estuviera a punto de pegarme un tiro—. Porque yo también me conseguí representación leg…

—Sé que lo mataste.

El silencio que siguió embebió las paredes. Vera se puso del color de fondo de su traje de cebra. Tabby y Reggie se miraron entre sí y empezaron a hablarse con el gesto de gritar, pero sin voz. Palabras sin sentido. Tabby se masajeó la sien. Reggie echó la cabeza hacia atrás. Ninguna de las dos parecía saber nada de todo ello. El pánico en su rostro lo decía todo; no tenían idea de lo que Vera había hecho.

—¿De… de qué estás hablando? —Vera se dirigió al fregadero dando tumbos y apenas logró llenar un vaso de agua con las manos temblorosas—. ¿Matar a quién?

—Eres muy mala en esto. Siempre lo has sido. —Me dirigí hacia las escaleras con mi caja en la mano—. Por eso papá me envió lejos, para ahorrarme tu supuesta crianza.

Las tres me siguieron escaleras arriba.

—A tu padre lo mató ese aparcacoches del estacionamiento. —Vera golpeaba la madera dura con sus pasos pesados y sin duda les dejaba marcas—. Yo no tuve nada que ver.

—Nada excepto el pago de doscientos mil por la molestia, querrás decir. —Me di la vuelta y le envié una sonrisa dulce por el pasillo—. Pero eso no va a funcionar como coartada frente al tribunal.

—No tienes forma de probar esta ridiculez.

Avancé por el pasillo hasta mi habitación y abrí la puerta de golpe; por un momento, me quedé pasmada ante lo que vi.

—¿Y dónde está todo? —Odié que mi voz se quebrara al decirlo.

Vera, Reggie y Tabby abarcaban toda la puerta como guardaespaldas. No me dejaban ni un centímetro por donde escapar. A Tabby se le dibujó en los labios una sonrisa satisfecha.

—Ah, nos pareció que era todo basura, así que lo tiramos.

—Lo siento, Fae. —Reggie examinó sus uñas con forma de ataúd —. Hay una diferencia entre lo *vintage* y lo descartable.

—Tus cosas apestaban… —Tabby sacó el pulgar por detrás de la espalda—. A lejía. Se olía desde el otro lado del pasillo. —Hizo una pausa y tembló al decir—: Me daba arcadas.

«Si la mato, es cadena perpetua, por ser asesinato de primer grado», me recordé, y di un paso atrás para no hacer ninguna estupidez. «Hasta diez años, podría sopesar los pros y los contras».

Esas aves de rapiña no habían dejado nada, ni una mota de pelusa. Todos mis recuerdos habían desaparecido: la vitrina llena de medallas de esgrima, las espadas que había usado de niña en mis competiciones, la caja llena de entradas de Broadway que tenía guardada de los viajes a Nueva York con papá… Todo se había ido. Para siempre. Por completo. En cada versión de la venganza que me había imaginado en la cabeza, siempre había mantenido la intención de tomar solo lo que papá quería para mí. Yo nunca les habría hecho algo así a ellas. El calor me subió por las mejillas, estaba tan ardiente que temí empezar a incendiarme en ese mismo momento.

—No tienes ninguna prueba… —Vera traspasó del marco de la puerta y trató de presionarme— para demostrar estas mentiras que vienes a vomitar bajo mi propio techo.

La enfrenté a mitad de camino y me mantuve firme.

—*Mi* techo.

«Sí, lista para la pelea, sin duda alguna».

Sin la amenaza del chantaje cerniéndose sobre mi cabeza, ya no necesitaba estar esquivándola cada vez que me intimidaba. Tenía la verdad de mi lado. Y una columna tan fuerte como la Torre Lotte de Seúl. Hasta con los tacones puestos, le quedaba por encima de su altura y la veía desde atrás de mi nariz. Agregué:

—Soy dueña del cincuenta por ciento de esta casa.

Papá me había transferido su parte de la propiedad al cumplir los dieciocho. Era su modo de hacerme sentir bienvenida.

«Esta casa es tuya tanto como suya, mi pequeñita».

Vera acortó la distancia y me golpeó con el pecho. Abrió la boca para hablar, pero la interrumpió el ruido de la puerta principal que se estrellaba contra la pared:

—¿Vera? ¿Estás aquí, *drágám*?

Andras. Sentí que su voz era un cianuro que me entraba por el torrente sanguíneo. Y ahí me di cuenta de lo que había dicho. *Drágám,* «nena».

La palabra pintó una realidad más espantosa y me eché hacia atrás, con los labios entreabiertos.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes una aventura con Andras?

Era la última pieza que encajaba en su sitio. ¿De qué otra manera se hubieran conectado Vera, Andras y su hijo? Él no la había conocido a través de su hijo; fue su hijo quien la había conocido *a través de él.*

—Esto no tiene nada que ver con tu padre. —Se le enrojecieron las mejillas por debajo de sus tres kilos de maquillaje—. Andras y yo

nos conocimos después de su muerte. Yo estaba hecha un desastre.

«Todavía lo estás».

Andras pasó tan de golpe entre Tabby y Reggie que las hizo trastabillar y las dejó de cara en la alfombra. El sudor le empapaba el pecho desnudo y unos pelos gruesos se le quedaban pegados y planos sobre la piel. Llevaba pantalones de pijama a cuadros, pantuflas de algún hotel y una mueca que podría haber dejado a Steve Carell sin trabajo.

No era la primera vez que estaba allí, observé. Había subido directamente.

—¿Qué tal, Andras? —Me apoyé sobre mi tocador, con el mentón inclinado hacia él—. Me alegra que hayas podido venir.

Miró al espacio entre Vera y yo.

—Farrow…

Levanté una mano y lo interrumpí:

—Vera me estaba diciendo que esto que hay entre vosotros es medio reciente. Lo cual me fascina, teniendo en cuenta que llegó a conocer a tu hijo *antes* de que vosotros hicierais buenas migas… Me pregunto cómo se conocieron ellos entonces. No puede ser por un romance entre Vera y su padre, ¿no?

La cara de Andras se puso pálida como un papel y las manos se le cerraron en dos puños.

—Deja a Eugene fuera de esto.

—¿Sabías que ella ayudó con los medicamentos para el tratamiento de su esposa? Hay una palabra para eso… —Fingí pensar y chasqueé los dedos en el aire—. ¿Dinero manchado de sangre? No. Conspiración para cometer asesinato. No, claro que no.

Suena demasiado grave. —Me golpeteé el labio con el dedo y seguí murmurando—: Em…

Reggie jadeaba del asombro. Tabby se escondía por detrás de la hermana. ¿Y Vera?

Vera decidió que era buen momento de lanzarse sobre mí.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

Farrow

Lo irónico fue que, justamente gracias al entrenamiento con Andras, pude esquivar a Vera.

Bajé la cabeza y, al mismo tiempo, retrocedí hacia la pared: mi juego de pies olímpico. Como no me quedaba lugar al lado, no fue lo mismo. Me arrinconé yo sola. Vera me agarró por el cuello y me clavó las uñas acrílicas sobre la piel tierna de esa zona. Me tambaleé hacia atrás. Choqué con fuerza con los omóplatos contra la ventana. Levanté los brazos y le solté el agarre, luego di una torsión y le propiné una patada voladora en el estómago. Ella voló hacia atrás con un aullido y fue a caer directo sobre Andras.

«Gracias, Ari, por obligarme a tomar esas clases de defensa personal».

—Qué coincidencia más extraña. —Señalé con un dedo al espacio entre ellos—. Que empezarais a veros justo cuando Eugene fue a la cárcel.

Tabby corrió hacia su madre y la palmeó en el estómago, lo que la hizo mostrar una mueca de dolor. Luego me señaló con un dedo:

—No tienes pruebas.

Entretanto, Reggie pasó por al lado de Andras y corrió hacia mí, a tratar de inmovilizarme contra la pared. En vano. No solo estaba muy fuera de forma sino que además nunca había luchado por nada en la vida.

La agarré por el brazo, se lo retorcí por detrás y me detuve un segundo antes de rompérselo. Entonces, me apoyé en su oído.

—Te sugiero que dejes de intentar hacerme daño si no quieres que se sumen más cargos contra ti.

Usé a Reggie de escudo humano y avancé. Andras, Vera y Tabby retrocedieron colectivamente, mirándome horrorizados.

Reggie se sacudía y pataleaba hacia todas partes, en un intento por liberarse.

—No dejéis que me haga daño…

—Tampoco es que necesite las manos para algo, ¿no? —Con mi mano libre, le acaricié la cabeza—. No es que haga demasiado, no. Ah y no: entregar tarjetas de crédito en la caja y mensajearse por teléfono no cuenta.

Me percaté de que sonaba como la mala de la película, y también de que no me importaba.

Vera seguía tirada en la alfombra y, desde ahí, sacudió un dedo hacia mí, con los ojos fijos en los míos:

—Si le tocas un solo pelo, te juro que…

Yo ni me acordaba de la última vez que me había mirado. Digo mirarme *de verdad.* De niña, quería que me mirara todo el tiempo. Ojalá hubiera sabido entonces lo que sabía ahora: que buscar el amor en las personas que no son capaces de amar solo me provocaría un agujero quemado a fuego en mi corazón; y no había venda ni remedio en todo universo para arreglarlo.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí, mientras apretaba con más fuerza el brazo de Reggie.

—Mira a tu alrededor, Vera. No estás en posición de amenazarme. Has quedado expuesta, se te ha caído la máscara. Eugene está a punto de pudrirse en la cárcel muchos más años de los que había pensado. Y tú y Andras le seguiréis los pasos.

Unos ríos finos de sudor le corrían por la sien.

—Buena suerte con probarlo en la justicia.

—No la necesito. Tengo un investigador privado que ya lo ha hecho. —Le ofrecí una sonrisa serena—. Te doy un consejo, Vera: la próxima vez que planees un asesinato, no dejes rastros digitales. —Fruncí el ceño y rematé la frase—: Aunque no sé si podrás usar un móvil entre rejas.

Estiré una mano por detrás y saqué una carpeta que llevaba enrollada en la cintura de los vaqueros. Se la arrojé a las rodillas. Las pruebas de sus distintos delitos —las había impreso en el avión — se esparcieron a su alrededor; todas las imágenes de sus pecados cubrieron la alfombra. Se le empaparon los ojos con las pruebas de sus diferentes crímenes, uno por uno. Pasó por todas las etapas del dolor en menos de un minuto, les dio la vuelta y volvió a pasar de la aceptación a la ira.

—Eres una cucaracha asquerosa. —Respiraba con fuerza por las fosas nasales muy abiertas—. Todo fue culpa tuya. ¿O qué pensabas? —Una sonrisa viciosa se le subió por las mejillas. Siguió hablando—: Tu padre murió por tu culpa.

No pude evitarlo. Se me encogió el cuerpo por detrás de Reggie; y sabía que ella lo sentiría, pero no podía refrenar el temblequeo.

«Tienes que controlarte, Fae. Le extirparás a la fuerza cada pedazo de verdad ahora. Y todo el resto viene después».

—Él había cambiado el testamento. —Vera clavó las uñas en el muslo de Andras y se aferró para ponerse de pie, por poco le baja los pantalones con el impulso—. Te puso de heredera de toda la empresa, el coche, la mayoría de sus propiedades y todos los trastos viejos que tenía por ahí.

—Estaba en todo su derecho. Era *su* testamento.

—¿Y qué esperabas? ¿Que me quedara de brazos cruzados viéndote arrebatarnos todo aquello por lo que mis niñas y yo habíamos trabajado tanto?

Tuve que recurrir a todas mis capacidades de autocontrol para no gritar. En cambio, me quedé tiesa y fría como una estatua de piedra, aferrada a Reggie, y le dije en un volumen de voz espeluznante:

—Esperaba que fueras una persona razonable y que no asesinaras a tu marido por tonterías.

—¿Tonterías? ¿*Qué tonterías*? —dijo con tono de burla y se despegó una pestaña postiza que le deambulaba por la mejilla—. Tú te fuiste a tu mierda allí en Seúl. ¿Y nosotras? Nosotras éramos las que le pedíamos comida a domicilio, las que le llevábamos la ropa a la tintorería y supervisábamos a las asistentas que limpiaban la casa. Tú estabas de viaje viviendo tu cuento de hadas mientras nosotras poníamos sangre, sudor y lágrimas para simular que éramos una familia feliz. —Vera se arrancó el otro par de pestañas, con un tirón de piel, y siguió—: ¿Y cómo nos lo agradeció el muy cabrón? —Señaló al techo con un dedo—. Con un testamento que apenas nos dejaba un techo sobre la cabeza.

—¿Y no se te ocurrió nunca que me dejaba todo lo que podía legalmente porque no se sentía valorado por ti? Tenía que enviar a su hija al otro lado del océano para no exponerla a la violencia de su esposa hacia ella. Te eligió *a ti* en vida. Y me eligió *a mí* ante la muerte. Pero para ti nada es justo.

Ni me molesté en decirle que le hubiera cambiado de lugar en cualquier momento. Que habría dado cada centavo a cambio de ser la elegida mientras él aún estaba aquí. «¿Por qué no me había elegido a mí?».

—¿Justo? ¿De qué hablas? Nos íbamos a quedar sin nada. —El pecho de Vera subía y bajaba con cada grito—. ¿Qué se suponía que teníamos que hacer?

—*Trabajar.*

—Yo ya había trabajado. —Se desabrochó un pendiente de oro—. Desde los cinco años que robaba billeteras en los centros comerciales. No iba a hacerlo más.

—No, claro, porque ahora te has graduado en lo de asesinar a hombres por dinero.

—Tú no ves más allá de tus privilegios. No tuviste que dejar la escuela a los doce años para ganar dinero para tu madre y tus hermanos. Nunca tuviste que vender tu cuerpo a cambio de una bolsa de comida. ¿Trabajar? Hice de todo. *Mi cuerpo* hizo de todo. —Señaló a Reggie y Tabby y remató—: ¿O cómo crees que terminé con estas?

La creí. La creí y sentí lástima por ella. Y al mismo tiempo la odiaba. No tenía derecho de matar a mi padre.

—¡Mamá! —Reggie dio una patada contra el suelo—. Pero si me dijiste que mi papá había muerto en la guerra.

Tabby se rascó la sien y dijo:

—Y a mí me dijiste que mi papá se había muerto al salvar un delfín herido.

Vera las ignoró por completo y se quitó el otro pendiente. Siguió hablando:

—No tenía ni veintidós años y ya tenía una niña que empezaba a caminar y una en camino en la barriga. Pañales, biberones, facturas del pediatra… Estaba harta de todo. Entonces tu padre se mudó al lado de mi proxeneta y me tocó la lotería.

Tiró los pendientes de aro del tamaño de una pelota de béisbol sobre la palma de la mano de Tabby.

—Un día que tenía cita con el ginecólogo, le pedí que cuidara a Tabby. Yo tenía una fiebre que no se me iba y tu padre me dejó quedarme en su casa. Y se pasó toda la noche despierto, cuidándome hasta que me bajó la fiebre. Dos meses después, me mudé con él.

Al lado de Vera, los ojos de Andras no se le despegaban ni por un instante, pegados a los labios como si oyeran sobre ese pasado por primera vez.

—Mi proxeneta se fue de la casa de al lado porque tu padre le pagó para que lo hiciera. —Vera dio un paso adelante—. Y, por una vez en mi vida, lo tuve todo: dos hijas, un hogar, un marido apuesto… Y entonces, apareciste *tú*. Tan necesitada. Tan ávida de su tiempo. Siempre llorando para que te dieran de comer o te abrazaran.

—Era un bebé. Hacía lo que hacen los bebés.

—¿Y Reggie? Ella también era un bebé. Si tu padre hasta me pidió si podría amamantarte a ti también. Ni siquiera eras mi hija. —

Seguía avanzando hacia mí, a pasos lentos y medidos—. En el momento en que te vio envuelta en esa caja, supe que lo arruinarías todo. Porque la forma en que te miraba... Tabby, Reggie y yo teníamos su simpatía. Tú tenías su amor.

Agarré a Reggie con más fuerza cuando me di cuenta de que Vera se había acercado mucho. Podía verle las motas verdes que le nadaban dentro de los ojos muertos.

—Es mentira. —Sacudí la cabeza, negándome a creerlo—. Papá te eligió a ti. A mí me envió lejos. Él…

—¡¿Ah, sí?! Tú fuiste a esa escuela internacional exclusiva con todos esos niños ricos, y ni siquiera podía solventarte el equipo de esgrima. ¿Sabías que se gastó nuestros ahorros? Vendió nuestras acciones y hasta metió mano en nuestro plan de pensiones.

«Ay, papá». De todos modos, por muy mal que lo hubiese hecho papá, eso no le daba derecho a Vera a hacernos daño.

Quería que la tierra me tragase para enterrarme debajo de la casa hasta que se pudriera.

—Eso no justifica cómo me trataste. —De repente solté a Reggie y la empujé lejos de mí. Ella se dejó caer a los brazos de Vera entre sollozos. Me quedé mirándolas abrazadas, mientras sacudía la cabeza. Proseguí—: A mí nunca me diste una oportunidad. A mí nunca me diste amor.

Con eso, Vera explotó.

Arrojó a Reggie a los brazos de Andras y anuló la distancia que nos separaba de un salto; de repente la tenía frente a mí, muy cerca.

—¿Amor? —se burló—. Mira, al menos ahora tienes a alguien que se preocupa por ti. Te has embolsado a un millonario. No nos

hubieras atrapado nunca sin él. No te confundas.

Tal vez. Pero eso no quería decir que no pudiera luchar mis propias batallas.

—Yo me encargo de mis propias guerras. —Me enderecé hasta alcanzar toda mi altura y la miré fijamente a los ojos por debajo de la nariz—. Estás invitada: aquí tienes tu asiento en primera fila. Terminó el partido, Vera. Y el de Eugene, también.

Andras empujó a Reggie hacia Tabby, y a Vera la separó de un codazo.

—No metas a mi hijo en esto —gritó.

Me agarró de los brazos y me sacudió todo el cuerpo. A diferencia de Vera, él sí tenía más fuerza que yo. Me golpeé contra la pared y pegué un grito. Un dolor agudo me recorrió la columna vertebral. Se me cayó el teléfono del bolsillo y rodó por la alfombra. La aplicación de grabación de voz parpadeó en la pantalla. Traté de cogerlo, entrando en pánico de que se diera cuenta.

Pero Andras se me había pegado contra la cara, tan cerca que con cada palabra que decía me pintaba la mejilla con saliva.

—No dejaré que le arruines la vida a Gene. ¿Entiendes? Me tienes harto con esa cruzada tuya.

Subió con las manos hasta mis hombros y empezó a sacudirme. Los huesos se me convirtieron en gelatina. Traté de luchar, haciendo uso de la rapidez de mis pies bien entrenados: patadas, pisotones, barridas. Pero no funcionó nada. Andras estaba rabioso, carente de dolor por completo.

—Gene no hizo nada malo. —Andras me sacudió más fuerte—. Tu padre era un perdedor. No se merecía a Vera. No se merecía a sus hijas. Tuve que aguantar tus idioteces durante dos años seguidos

para evitar que te metieras en problemas de nuevo. Vera tiene razón. Eres una rata. Tarde o temprano, roerás tu propio camino hacia la destrucción.

La cabeza me empezó a flotar dentro del cráneo. Había dejado de registrar las palabras hacía ya un rato, perdiendo la consciencia por momentos. Con cada sacudida, sentía que los huesos por dentro me rebotaban unos contra otros. De pronto, se detuvo. Me desplomé contra la alfombra, casi sin darme cuenta de la conmoción a mi alrededor.

«Concéntrate, Fae».

Hubo un ruido sordo y algo que estallaba en pedazos. Lo único que supe es que ya no me sacudían como una muñeca de trapo.

Entonces oí la voz de Zach que llenaba la habitación como una ráfaga de oxígeno puro.

—¿Cómo te atreves a tocar a mi chica, viejo de mierda? Ese ha sido el error más grave de tu vida. —Parpadeé varias veces y pude despejarme del mareo, justo a tiempo para ver volar a Andras hasta el otro lado de la habitación—. Ojalá quieras que te incineren, porque no va a quedar nada de ti para un entierro.

Tabby dio un chillido, y quedó hecha una bola sobre mi colchón vacío junto a Vera y Reggie. Andras se estrelló contra la pared del fondo. Y se desplomó contra el suelo, mientras se cubría la cara con los puños. Zach arremetió contra él y empezó a darle patadas en el estómago sin parar; mientras Andras trataba de cubrirse en posición fetal. Los mocasines puntiagudos de Zach iban rompiéndole los huesos uno por uno, costilla por costilla; le iban asomando por el cuerpo como nudillos nuevos, se iban intercalando con los gritos de agonía:

—Tú…

Zach le pisó el pecho con furia.

—… no…

Después, una costilla.

—… podrás…

El tobillo.

—… tocarla…

La garganta.

—… si…

La muñeca.

—… estás…

Y al final, la cara.

—… muerto.

La sangre empezó a brotarle por la nariz y salpicó toda la alfombra. Por el pecho al descubierto se le veían manchas del mismo color y le asomaban los primeros moretones.

Oliver irrumpió en la habitación como un rayo, y arrancó a su mejor amigo de mi exentrenador de esgrima.

—Zach.

Se sumó Rom y lo aferró por el otro hombro.

—Oh, por Dios.

Andras había dejado de hablar. Quizás hasta también de respirar. Era difícil de decir. Parecía una bolsa de alubias aplastadas. Había un bulto sin forma donde antes había una persona.

Bum. Bum, bum. Bum. Me dio un temblor al darme cuenta de que el sonido había salido de mi pecho. El corazón me golpeaba contra la caja torácica. Zach se sacudió para librarse de sus amigos, ahuyentándolos como moscas.

Se abalanzó sobre mí y me tomó entre sus brazos.

—¿Qué te duele?

«Todo».

Pero no lo dije porque pensé que Andras no sobreviviría a otra ronda de golpes de puños y patadas por parte de Zach. No es que me importara, pero no valía la pena ir a la cárcel por él.

Zach me estrechó contra su pecho. Hubiera querido fundirme ahí dentro.

Le hundí la nariz en la piel e inhalé profundo; no me importó que no se entendieran las palabras de tan apretada que estaba.

—Has venido…

—No te oigo bien. —Me acariciaba el cabello, pasaba por cada lugar por donde me había tocado Andras e iba reemplazándolo por *su* contacto—. Oliver y Romeo han venido conmigo porque tenían miedo de que matara a alguien.

Oliver lo palmeó en la espalda.

—O a «alguienes».

Después, levantó un mocasín e hizo una mueca de asco cuando se dio cuenta de que la sangre de Andras le había empapado la suela.

Me apoyé en el pecho de Zach, restregando mi mejilla contra su cuello.

—Cuéntame algo sobre los pulpos.

—El brazo del pulpo tiene mente propia. La mayoría de las neuronas de un pulpo están en sus brazos. Estos pueden realizar tareas sin la mente de su dueño; incluso pueden moverse una vez cortados.

Arrugué la nariz.

—Dios, qué macabro.

Ya había tenido bastante de eso por hoy, muchas gracias.

Zach me levantó y me llevó en brazos por la escalera hasta el salón. Las luces azules y rojas hacían remolinos sobre el cristal de la ventana y proyectaban distintos tonos sobre su rostro tan bello.

—Lo he grabado todo. —Eché la cabeza hacia atrás y lo miré a los ojos—. Allá arriba.

Oliver entró en la habitación con mi teléfono en la mano y dijo:

—Aquí lo tengo.

Rom tiró de él, por el cuello y se lo llevó para atender a la policía y dejarnos a solas.

Zach se sentó en el sofá; todavía me tenía en brazos.

—Qué suerte que tú seas el pulpo y no yo.

—¿Por qué?

—Porque, si yo tuviera ocho extremidades, Andras ya estaría muerto.

Solté una risita y por fin me permití relajarme. La sonrisa se me desvaneció cuando vi que se llevaban a Vera esposada.

—Ya está, por fin se ha terminado. Entonces, ¿por qué no me siento mejor?

Cuatro paramédicos se llevaron a Andras en una camilla.

Zach me pasó el pulgar por debajo del ojo.

—Porque nada de esto te devuelve a tu padre.

—Lo echo de menos.

—Lo sé, cariño, lo sé.

—Gracias por venir.

—Siempre. Ahora estás a salvo, Farrow. —Zach me besó en la frente—. Estarás a salvo *siempre.*

Pero mi corazón no lo estaba.

Porque por fin se había dado cuenta de algo peligroso.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

Zach

Yo había desarrollado un sexto sentido después del accidente de coche: tenía la habilidad de ver la catástrofe antes de que ocurriera. Lo había sentido con la confrontación familiar de Farrow, y lo sentía ahora, que la llevaba a casa y ella miraba por la ventanilla perdida en sus pensamientos.

El olor desagradable del adiós flotaba en el aire como un perfume barato. Según los términos de nuestro acuerdo, habíamos terminado. Punto final. Yo podía tocar carne humana y Farrow había resuelto sus problemas familiares. Los abogados se encargarían de cerrar lo que quedaba y envolverlo con papel de regalo.

Y, aun así, ninguno de los dos se atrevía a abordar el tema.

«A la mierda».

Di un volantazo y me detuve justo antes de llegar a Dark Prince Road. Ella no reaccionó, seguía mirando hacia los árboles en silencio.

—Farrow.

Nada.

Me desabroché el cinturón de seguridad, salí del coche y di la vuelta. Abrí la puerta de su lado. Se me quedó mirando a la altura

del hombro, sin enfocar los ojos en nada, y ese fue el segundo infarto de la noche. El primero había sido al ver a Andras maltratarla. Si Ollie y Rom no me hubieran despegado, yo estaría en una celda ahora mismo; y él, en la morgue.

Al fin me miró cuando la tomé en mis brazos y nos trasladamos al maletero del coche, donde había mucho espacio, y bajé el asiento trasero que se reclinaba y se convertía en una cabina plana.

—¿Qué pasa por esa cabeza tuya, Pulpi?

—Nada bueno.

—Imposible. —La apoyé en el asiento y encendí la luz del techo del coche—. ¿Qué te duele?

—Todo.

Por encima de ella sin tocarla siquiera, le rocé el hombro con mi pulgar, con toda suavidad, justo en el punto en que había visto a Andras agarrarla.

—¿Aquí?

Una lágrima diminuta y renuente se le derramó y se deslizó por la mejilla. No sollozó. No hizo ningún ruido. Solo asintió. Me incliné y la besé justo ahí. Después la vi cerrar los ojos mientras le pasaba la lengua por ese punto, para borrarle todo rastro de ese bastardo.

Recorrí después la nuca, donde la había golpeado contra la pared.

—¿Y aquí?

—Y el codo también.

Ella seguía mirando al techo mientras yo iba borrándole todo contacto de Andras que le quedara por el cuello, la cadera, la espalda, el pliegue del codo. Y durante todo ese tiempo, ella no volvió a decir palabra.

—Preciosa. —Cuando terminé, me aparté y simplemente me quedé mirándola así como estaba, extendida sobre el maletero, con el pelo salvaje del color del sol extendido por todos lados—. Eres jodidamente preciosa.

Los dedos de Farrow trazaron un camino sobre el tapizado de nailon.

—¿Qué piensas de Monowi?

—No sé de qué me estás hablando.

—Está en Nebraska.

—Suena bien.

—Es una población de un habitante.

—¿A dónde quieres llegar con esto?

«Por favor, no digas que quieres ir a Monowi».

—Solo pensaba en Monowi.

Quise echarme a reír, tal vez hasta gritar. De haber podido elegir, sin embargo, hubiese ido a por un segundo *round* contra Andras. Farrow y yo teníamos tanto de qué hablar… y nos habíamos quedado en Monowi. Ella no me había dicho aún lo que fuera que necesitaba contarme sobre Eileen. Y no había preguntado todavía por nuestro futuro. Pero el instinto —junto con las pocas neuronas que me seguían funcionando en el cerebro y no habían quedado chamuscadas por el incendio de la ira contra Andras— me decía que la conversación iba a ser diferente esta vez, diferente de lo que hubiera sido si la hubiésemos tenido en el avión *antes* de que se terminara nuestro acuerdo.

Farrow apoyó una mano sobre las costillas.

—No hubiera podido vencer a Andras y Vera sin ti.

Me dejé caer sobre el trasero, estiré las piernas todo lo que pude y acomodé los muslos de Farrow sobre los míos.

—Sí que hubieras podido.

—No, no hubiera podido. Vera lo ha dicho muy claro. En el momento, le he contestado que podía sola con mis propias guerras, pero no es verdad.

—Sí es verdad. Siempre has sido una luchadora, toda la vida.

—Puede ser. Pero también es cierto que me apoyaba en mi padre sin darme cuenta. —Me buscó con la mirada—. Se gastaba todos los ahorros para financiarme la carrera de esgrima, una carrera que ya no existe.

—La opinión pública se ha inclinado a tu favor, tus amigos de la academia de esgrima han hablado con los medios y han contado las circunstancias. Una vez que lo de Vera y Andras salga a la luz, no van a poder seguir echándote en cara el haber perdido un partido sin importancia.

—Pues deberían hacerlo. Me equivoqué.

—Si quieres abandonar la esgrima, hazlo. A veces renunciar es más valiente que persistir. —Le levanté el mentón y la obligué a mirarme—. Pero no lo hagas por miedo de lo que piensen de ti, es una idiotez. Y tú eres más fuerte que eso, Farrow Ballantine.

—No voy a renunciar. Bueno, no lo sé todavía. —Suspiró y tiró de los hilos sueltos del tapizado de nailon del suelo del maletero—. Supongo que me creía muy independiente, porque vivía por mi cuenta y luchaba contra Vera a mi manera… Pero, en realidad, tenía la ayuda de papá (más de lo que creía) y la tuya.

«Pídeme ayuda, Farrow. No estás sola. Yo soy tu ejército de un solo hombre».

Antes de que pudiera contestar, se incorporó y se sacudió las manos.

—¿Podemos ir a casa?

Le examiné la cara, era por completo incapaz de leerle un solo gesto y lo odié.

—Por supuesto.

—Creo que es hora de terminar nuestra partida de go.

CAPÍTULO SETENTA

Farrow

Al final decidí que lo que más extrañaría sería la pintura de la francesa desnuda que se preparaba para el baño. Casi tanto como para pedirla de recuerdo, pero supuse que eso iría en contra de mis planes. Yo me dedicaba a memorizar la fila de cuadros del despacho de Zach mientras un médico me curaba las heridas inexistentes. Las verdaderas no podían curarse con un estetoscopio y un botiquín de primeros auxilios. Necesitaba tiempo, pero me curaría. Lo sabía.

Zach daba vueltas alrededor, preocupado por cada moretón como si fueran heridas mortales tras una pelea con un animal salvaje.

—Está bien. Solo son unos rasguños. —El doctor Sullivan dejó a un lado el hisopo con que me inspeccionaba—. No hay nada importante. —Después, hizo una pausa y dijo—: No es tan grave como rebanarse un dedo.

Ah. De ahí lo conocía. Era el médico de cabecera de la familia de Oliver, el que había atendido a Brett hijo después del incidente de la cocina. Cuando terminó, Zach lo acompañó a la puerta y volvió unos minutos después.

Señalé con la cabeza a la mesa de go.

—Debemos continuar nuestra partida ahora.

No tenía sentido posponerlo.

—¿Llegas tarde a algún sitio?

—¿Y si te digo que sí? —Levanté una ceja y metí un dedo del pie en el agua. Sentí que se me hacía un nudo en el estómago.

—Depende. ¿A dónde? —Hizo una pausa—. Y, por el amor de Dios, no digas Monowi.

—Tú no crees en Dios.

—No, pero *lo que sí* creo es que hay alguien en el universo que juega con mi vida. —Se ubicó en su asiento de siempre en la mesa —. Pero, en serio: si llegas a decir Monowi, quizás salgo a bombardear la ciudad.

Me acomodé en la tapicería lujosa y levanté la tapa de mi bol.

—¿Cómo lo harías?

Me daba cuenta de que nuestra conversación se había convertido en algo de lo más ligero. Como si ambos quisiéramos escapar del problema obvio que se nos venía encima.

Como siempre, tomó una piedra con modales de go perfectos.

—¿Te olvidas acaso de que el vecino es traficante de armas?

Contrarresté su movimiento con el más despiadado que se me ocurrió.

—Bueno, está bien. Supongo que le perdonaré la vida al único residente de Monowi —dijo. Y frunciendo el ceño ante el tablero, añadió—: Esto podría durar toda la noche.

—Tengo buena resistencia.

—Es posible, pero planeo agotarte a fuego lento hasta el final.

—Seguimos hablando de la partida, claro.

—Claro.

Cuatro horas más tarde, él tenía el control del tablero. Ninguno de los dos había dicho una palabra durante todo ese tiempo; solo nos habíamos concentrado en las piedras. Parecía sumido en sus pensamientos cuando por fin reuní el valor de abordar el tema.

Me recliné en el asiento, junté los dedos sobre el regazo y le dije:

—Renuncio.

Levantó los ojos del tablero de golpe.

—¿Cómo dices?

—No me quedan movimientos. —Separé los dedos y señalé a las piedras—. Felicidades, has ganado.

—¿He ganado?

—Así es. —Asentí e hice todo lo posible por no derretirme en la nada—. Has ganado el colgante de manera limpia y justa.

«Lo siento, papá. ¿Te he decepcionado?».

En algún momento, Zach y yo habíamos acordado aprovechar el colgante como premio. Con el tiempo, el juego se había convertido más en entretenimiento y disfrute que en competición. No creo que ninguno de los dos nos diéramos cuenta en realidad de lo que habíamos hecho. A juzgar por la tensión que tenía Zach en los hombros, debía haberse olvidado de que jugábamos por el colgante.

—Farrow.

Negué con la cabeza y me levanté. Tenía la intención de despedirme del colgante una última vez. Pero a los pocos pasos, me di cuenta de que solo había un colgante en la vitrina. *Y no era el mío.* La reacción que tuve fue muy tibia y me sorprendió. Pensé que me echaría a llorar, que me daría la vuelta y le exigiría explicaciones. Pero todo el asunto con Vera me había succionado el cráneo y me había cableado las neuronas de otro modo.

Vera, Reggie y Tabby se pasaban la vida acumulando objetos materiales, sin poder saciar sus ansias de lujo. Cometían delitos, les arruinaban la vida a las personas y jamás comprendían el daño que causaban. No quería ser como ellas. ¿No me hubiera encantado recuperar todas las cosas que Vera había subastado? Sí, con cada fibra de mi ser. Pero me negaba a que la ausencia de ellas me dictara mis emociones. Si me concentraba solo en lo que no tenía, jamás sería capaz de apreciar lo que sí tenía.

—Háblame, Farrow.

—Tomemos una copa. —Me desvié hacia el carrito del *whisky*, serví dos vasos y me senté sobre el escritorio de Zach, balanceando las piernas—. Creo que lo necesitamos.

Se me acercó, ignoró la bebida que le ofrecía y se paró entre mis piernas. Apoyó el mentón sobre mi hombro. Unos meses atrás, no podía ni apoyarme el meñique sobre el cuerpo.

—¿Qué pasa dentro de esa cabeza caótica tuya?

«Todo lo que creía saber sobre mi pasado es falso. No sé quién soy. Ni cuál es mi propósito en la vida ahora que la esgrima no está y se ha hecho justicia. Tengo miedo de convertirme en Vera y priorizar todas las cosas equivocadas. Y creo, con cada milímetro de mi alma, que soy mejor para ti que Eileen, pero no quiero sumergirme en una relación sin antes saber quién soy».

En vez de eso, me conformé con una frase muy simple:

—Me temo que lo que estoy a punto de pedirte es egoísta.

—Quiero que seas egoísta. —Rodeó mi muñeca con los dedos y levantó la bebida hacia sus labios, tomando un sorbo exactamente donde yo había dejado una marca de bálsamo labial—. Considera que soy tu genio de la lámpara; tus deseos son órdenes.

—Cuéntame algo sobre pulpos —le dije, acobardándome en el último minuto.

«Hazlo de una vez, pedazo de gallina».

—Ah… —Zach enterró la nariz en mi pelo e inhaló el aroma de mi champú (que, siguiendo mi estilo, resultaba ser el suyo)—. Si esa es tu idea de lo que es una petición egoísta, tendremos que revisar el diccionario.

—Por favor.

Cerró los ojos, se despejó las ideas y me pregunté si pensaba que esta sería la última vez que me daba un dato curioso sobre el pulpo. Se le abrieron los ojos y dijo:

—Los pulpos tienen ocho tentáculos.

—Guau, quién lo hubiera dicho. —Le golpeteé la frente con un nudillo—. Con razón tienes esa fama de ese coeficiente intelectual de más de 200.

—Todavía no he terminado, mocosa. —Me dio un toque en la punta de la nariz—. Me sorprende que hayas logrado sobrevivir veintitrés años con toda esa paciencia.

—Lo siento. —Con mi mano libre, hice el gesto de cerrarme los labios con un candado y de arrojar la llave.

—Siento contradecirla, señorita, pero sé que no lo siente. —Levantó la llave imaginaria del suelo y la usó para abrirme los labios —. Tengo muchos planes para esa boca suya y para todos tiene que estar abierta.

Me froté los nudillos contra la mejilla, para ir en contra del calor que me subía.

—Continúa —le pedí.

—En chino mandarín, la palabra «cuatro» suena igual que la palabra «muerte», por eso el cuatro es el número de la mala suerte en la cultura china; yo nací el cuarto día del cuarto mes del año. Y el ocho, por otro lado, es el número de la suerte. —Zach retrocedió hasta que quedamos enfrentados nariz con nariz, a escasos centímetros de distancia—. Tú eres mi amuleto, Farrow Ballantine. Hasta el universo sabe que te necesito.

Nunca había estado más cerca de decirme que me amaba. El corazón se me rebeló contra el cerebro, y amenazaba con salirse de las arterias y saltar sobre Zach. «No lo hagas», suplicaba con cada latido. «Detente».

—Quiero un premio de consolación. —Señalé con el pulgar al tablero de go—. Por perder la partida.

Él arqueó una ceja.

—¿Esa es la petición egoísta?

Asentí con la cabeza.

—Prométeme que…

—Te lo prometo.

—Ni siquiera he dicho cuál es la promesa.

—Lo que quieras de mí es tuyo.

Suspiré y le eché un vistazo a la vitrina vacía donde debía estar mi colgante junto al suyo.

«Lo que fue hecho para ti no te lo puede quitar nadie».

Bajé el mentón y miré al suelo. Dije las palabras en una sola respiración:

—Prométeme que no te pondrás en contacto conmigo durante un mes entero.

—¿Perdón? —Se quedó quieto como una estatua, era aterrador verlo—. ¿Y si no puedo vivir sin ti?

—Lo hiciste durante treinta y tres años.

—Eso era antes. Y casi no era vivir.

—Ni siquiera estamos saliendo.

—Empecemos.

—Estás comprometido.

—Voy a romper el compromiso con…

Levanté una mano y lo interrumpí:

—¿Puedo explicarme?

—Sí. —Su rostro expresaba un grado de reticencia que solo podía compararse con la de un niño pequeño enfrente de un plato de coles de Bruselas.

—Estas manos sostenían espadas y arrebataban sueños. —Me miré las palmas de las manos extendidas frente a mí—. Ahora no tienen más que… *un vacío*.

—Puedo conseguirte un lugar en las Olimpíadas.

—Aun si pudieras hacer algo como eso, no sé si es lo que quiero. No sé lo que quiero en general, ahora que Vera y Andras están arrestados, que mi reputación está arruinada y que he descubierto que mi padre renunció a todo por mí.

Zach le dio un pequeño tirón a la manga de mi camisa.

—Su muerte no es tu culpa —dijo.

—Lo sé desde la lógica, pero necesito tiempo para aceptarlo. Tiempo, Zach. Eso es lo que pido. Para sanar, para darme cuenta de quién soy y para conocerme lo suficiente para saber lo que quiero. Tengo tanto miedo de convertirme en Vera y de empezar a ir detrás de todas las cosas equivocadas…

—Tú no tienes absolutamente nada en común con Vera.

—Pero cada gramo de mi ser teme convertirse en ella.

Le apoyé una mano en el pecho y lo estudié con cuidado. Se veía tan frustrado, tan enfadado, tan confundido, que quise abortar la misión, dar marcha atrás y saltarle a los brazos. Pero no pude.

—Te amo, Zachary Sun.

«Mi primer amor. Y el único. Por siempre».

Yo sabía, incluso antes de decirlo, que era verdad. Me había enamorado de él como en cascada, en una cascada de nieve. Cuanto más caía, más fría estaba.

—Farrow…

Volví a levantar la mano y quise bajarla de inmediato porque parecía que iba a incendiarse en ese mismo acto.

—No estoy esperando que me digas lo mismo —contesté—. De hecho, *no quiero* que lo hagas. No ahora, al menos. Solo quiero que sepas que te amo.

—¿Por qué? ¿Por qué me amas?

—No lo sé. —Se me subió el calor por las mejillas hasta la punta de las orejas—. No quiero decir que sea porque me ayudas, porque me haces sentir bien o porque no puedo pensar en otra cosa desde hace días. Esas razones me parecen superficiales. —Sacudí la cabeza y me agarré la nuca. Y continué—: Si me lo preguntas ahora mismo, no puedo darte una respuesta real. Solo eso: que te amo porque sí. Porque te amo. Nada más. Nada menos.

—Está bien.

—Pero no quiero contestar ahora mismo. No me conozco lo suficiente como para explicar qué es lo que amo de ti. Solo sé que te

amo. Más de lo que nunca he amado ninguna otra cosa en la vida. ¿No debería al menos entenderlo mejor?

Todo lo que recordaba de mi vida eran peleas: peleas con Vera, peleas con Tabby y Reggie, peleas de esgrima, peleas *con Zach*. No sabía quién era yo sin todo eso. Me quedé mirándome las zapatillas de Prada, uno de mis regalos de cumpleaños. Chirriaban contra el escritorio de madera. Necesitaba hacer un examen de conciencia profundo y ponerme en primer lugar antes de amar a nadie más. Y él también tenía un desorden enorme que limpiar. Inicialmente, había planeado contarle lo de Eileen, pero él tenía que escucharlo de ella. Y si no lo hacía, si se quedaba con ella, entonces significaba que nunca habíamos sido el uno para el otro.

—Tomémonos un mes separados. Para lidiar con las cosas con las que necesitamos lidiar. —Me incliné sobre su escritorio, tomé un rotulador rojo y le arrebaté el pequeño calendario que nunca usaba. Marqué con un círculo la fecha dentro de un mes—. Si me amas tanto como yo a ti, volverás conmigo, Zachary Sun. Te estaré esperando.

Parecía dispuesto a entregarme al doctor Sullivan para que me revisara el cerebro. Pero por fin consiguió refunfuñar:

—Si es lo que quieres.

Esbocé una sonrisa.

—No ves la hora de deshacerte de mí, ¿eh? —Por dentro, el corazón se me deshizo como una galleta rancia. Hubo un momento de silencio y después salté del escritorio y me metí las manos por los bolsillos, incierta de cómo despedirme—. Entonces, listo, diría yo.

No dijo nada. Esperé unos segundos más. «Di algo. Cualquier cosa». No lo hizo. Con un suspiro, salí de la oficina y bajé los

escalones. Justo cuando toqué la puerta principal con la mano, lo oí acercarse por detrás.

—Espera.

Me detuve, pero no me di la vuelta. Se me tensó el cuerpo cuando sentí algo deslizarse por mi mano. Una llave electrónica.

La giré en la palma de la mano.

—¿Qué es esto?

—Para el garaje.

Seguí sin girarme.

—¿Por qué?

—Hice dejar tus cosas ahí hace unos días.

«Oh, por Dios». Me sentí como una idiota. Aquí estaba yo, diciéndole que lo amaba, ¿y él había llevado las cosas a su garaje? Solo habíamos estado separados una hora desde que aterrizamos, el tiempo que me llevó ir del aeropuerto a mi casa de la infancia y confrontar a Vera y Andras… Hice un esfuerzo por no tirarle la llave y me quedé mirando el pomo de la puerta sin ver nada en realidad.

—Ah —le dije vagamente.

—Mándame un mensaje cuando quieras sacarlo de allí para que no esté en casa.

—Gracias.

Tenía que irme de ahí antes de ponerme a llorar. Sin una palabra más, abrí la puerta y me lancé a la noche helada de invierno, sin estar demasiado segura de a dónde ir. Había llegado a la mitad del camino —en dirección a la casa de Dallas— cuando di media vuelta, corrí de regreso a la puerta de entrada y planté un beso sobre el ventanal congelado que había al lado.

Podría haber jurado que, cuando me enderecé, vi una sombra alejarse del cristal desde el otro lado.

—Adiós, Zachary Sun. Espero verte en un mes.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

Zach

Cuenta atrás: 30 días.

No había señal más clara de haber tocado fondo que ponerse a llorar por una chica a menos de ocho horas de su partida. *Bien.* No había habido lágrimas de por medio, pero apenas si me las había ingeniado para arrastrarme fuera de la cama a tiempo para quejarme de que Natalie llegara a trabajar un minuto antes de la hora.

—Pero si siempre me pide que llegue temprano. —Hizo un puchero y dio unos pasitos en el lugar—. La última vez que llegué puntual, me quitó la paga extra.

Arqueé una ceja y abrí la cuenta de correo electrónico.

—¿Por qué llevas zapatos dentro de casa?

—Porque siempre deja que llevemos zapatos en el ala de negocios.

Empecé a escribir una primera versión de un mensaje, solicitando la presencia de Eileen para una reunión en el Grand Regent, durante

la cual tenía toda la intención de cancelar nuestra boda. Hablando de eso…

Me volví hacia Natalie:

—¿Dónde está mi almuerzo?

Se le acumularon unas lágrimas sin derramar en los bordes de los ojos.

—Pero si ni siquiera son las diez.

Miró a su alrededor por la habitación, como si esperara ver cámaras ocultas.

«Yo también, Natalie. Yo también. Tal vez todo esto no es más que una broma pesada y Pulpi aparecerá de un momento a otro atravesando la puerta doble, para pavonearse junto al tablero de go y hacer un movimiento».

Pulsé la tecla de envío en el correo electrónico. Ahora todo lo que necesitaba era informar a mamá que: uno) había ido a los Hamptons como ella deseaba; dos) había arruinado toda posibilidad de futuro con su candidata a novia al destripar, literalmente, a Farrow contra ese baño en el mismo restaurante donde cenaba con Eileen; y tres) que esperaba que ella honrara su promesa de cancelar el compromiso.

Cerré los ojos y giré la silla para no tener que ver el tablero de go.

«Cálmate de una puta vez, Zach. Solo son treinta días. Has sobrevivido treinta y tres años sin Farrow».

¿Pero realmente lo había hecho?

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

Cuenta atrás: 28 días.

Ari: ¿¿Perdón??
Ari: ¿Por qué me estoy enterando por @DallasCosta de que Vera está en la cárcel con una fianza de 900 mil dólares que no puede pagar y Reggie y Tabby están viviendo en un motel de carretera?
Ari: LO LOGRASTE. GANASTE. LA CASA Y LA EMPRESA SON TUYAS. CELÉBRALO.
Dallas: A ver, nueva amiga del alma, ¿acaso no sabes leer?
Ari: Sí, sé, ¿por qué?
Dallas: Porque no sabes leer ni el más mínimo indicio de lo que pasa. Fae tiene el corazón roto. Acaba de mudarse de la casa de Zach. No le importan esas chorradas.
Ari: ¿Qué?
Ari: Me he perdido…
Ari: ¿Por qué?
Farrow: Teníamos un trato. Ambos conseguimos lo que queríamos.
Ari: Espera, ¿y qué ha sacado ÉL de ese trato?
Dallas: [Emojis de melocotones x 3].
Dallas: [Emoji de berenjena, emoji de fráncfort, de gatito y de dónut].
Dallas: Es sutil, pero creo que queda claro.
Farrow: Eres la versión femenina de Oliver.
Dallas: Son las hormonas del embarazo. Pienso en sexo TODO el rato.
Ari: ¿Y Zach dejó que te marcharas así como así?
Ari: (Lo siento por cambiar de tema, Dal.)

Farrow: ¿Queréis dejarme terminar antes de bombardearme con emojis sexuales? Sois un par de pervertidas.
Farrow: [Emoji de ojos en blanco].
Farrow: Le pedí separarnos por un tiempo. (¡¡¡ES TEMPORAL!!!).
Farrow: Él quería que me quedara. Lo que es todavía peor.
Ari: ¿Y dónde vives ahora?
Dallas: En la casa de la familia Costa. ¡ YUPIIII!

Dallas envió un archivo adjunto.

Ari: Solo veo comida…
Dallas: Uy, lo siento.
Dallas: Está detrás de esa pila de cajas de galletas que acaban de entregarme. ¿Le ves la oreja izquierda?
Ari: Una oreja más preciosa. A Van Gogh, lo haría llorar.
Farrow: Ja, ja. Muy graciosa.
Ari: Te quiero.
Ari: Sabes que siempre estoy a una llamada de distancia… y a un vuelo, en caso de que haya que patear algún trasero.
Farrow: Se agradece. <3

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

Cuenta atrás: 27 días.

Ollie vB: ¿Zach sigue vivo?
Ollie vB: Hace tres días que no lo veo ni sé nada de él.
Romeo Costa: Oliver… ¿es preocupación esto que detecto en tu alma completamente corrupta?
Romeo Costa: No tendrás fiebre, ¿no?
Ollie vB: No es preocupación por Zach, sino por el futuro de este barrio tan exclusivo. Los precios de la vivienda bajarán si se descubre que es el escenario de un crimen sangriento.
Ollie vB: ¿No deberíamos revisar que no se esté pudriendo en su casa con un objeto contundente incrustado en su cabeza?
Ollie vB: Admitámoslo, nadie se sorprendería si resulta que por fin cabreó a alguien hasta la muerte.
Ollie vB: Estamos hablando de un hombre cuya idea de la seducción consiste en llamar «pulpo» a una mujer…
Romeo Costa: Zach está vivo. Al menos, en el sentido técnico de la palabra.
Romeo Costa: Solo está de morros porque Farrow se mudó con Dallas y conmigo y lo dejó con el culo al aire.
Ollie vB: Uy. Pues le va a doler el trasero…
Ollie vB: De haberlo sabido… le habría recomendado un buen lubricante orgánico que tengo.
Romeo Costa: Eres una fuente de conocimiento, von Bismarck. Un verdadero hombre del Renacimiento.

Ollie vB: Así que al final se mudó.
Ollie vB: ¿Qué pasó? ¿Descubrió que es un psicópata?
Romeo Costa: No, esta parte le parecía bien.
Romeo Costa: Se negó a ser «la otra».
Ollie vB: Error de novata. La «otra» se lleva todos los beneficios y no tiene el drama y las obligaciones familiares.
Romeo Costa: También dijo algo sobre necesitar encontrarse a sí misma.
Ollie vB: Suspiro largo. Qué pereza. Lo mejor son las de menos veinte y las de más de cincuenta. Nada en el medio vale la pena.
Romeo Costa: Constance los está presionando, a él y a Eileen, para que pongan fecha para la boda.
Ollie vB: Hubiese estado bien que se conocieran antes del compromiso.
Romeo Costa: No estás equivocado.
Romeo Costa: En cualquier caso, Eileen está desaparecida en acción. Posiblemente siga así para evitar la ruptura.
Ollie vB: ¿No deberíamos ir a ver si Zach está bien?
Romeo Costa: Diría que es lo que hacen los buenos amigos. Así que… ¿mejor si no vamos, no?
Ollie vB: Ja, ja, ja, me parto. Zach, estamos en camino. Esta vez, ábrenos la puerta.
Zach Sun: Estoy ocupado.
Zach Sun: Y además, Farrow no rompió conmigo.
Romeo Costa: Claro. Para eso tendríais que haber estado juntos.
Zach Sun: Vete al cuerno, Costa.
Ollie vB: Ey, ¿qué es esa actitud? Ni que alguien se hubiera cagado en tu chimenea…
Zach Sun: TÚ lo hiciste. Y casi te rompo la nariz por ello.
Ollie vB: Bueno, teníamos diecisiete años y, para que conste, fue una broma muy sofisticada.
Zach Sun: No vengáis a mi casa.
Ollie vB: Echaremos la puerta abajo.
Zach Sun: No os dejarán pasar los de seguridad.
Romeo Costa: Le conseguiré una cita a Farrow con otro tipo, si no abres la puerta.

Zach Sun: Si le buscas una cita, lo único que abriré será tu cuerpo para extirparte cada uno de los órganos con una motosierra. Uno por uno…
Romeo Costa: …
Zach Sun: Está bien. Os abriré.
Ollie vB: Así me gusta, buen chico.
Zach Sun: ¡Cierra la boca ya!
Ollie vB: Solo si me pones una mordaza con bola de silicona, nene.

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

Zach

Cuenta atrás: 26 días.

El sonido de una orquesta de más de cincuenta músicos me despertó de mi decimosexta hora consecutiva de sueño. No podía ni deprimirme en paz. Me tapé la cabeza con la almohada. Un saxofón atravesó las plumas de la almohada, y lo siguió el instrumento más inútil en la Tierra: el triángulo.

—Maldita sea.

Salté de la cama y bajé las escaleras, sin molestarme en ponerme una camisa.

—Oh, cariño, estás despierto. —Mi madre se iluminó al verme, sentada en uno de los taburetes de una de las islas de cocina—. Ayúdame a elegir la pieza musical para la boda.

Había decenas de músicos agolpados en la cocina espaciosa. Bajaron los instrumentos enormes y asintieron con la cabeza al verme.

Los ignoré a todos y miré a mamá.

—¿Qué? ¿Desde cuándo mi casa es tu segundo hogar?

—¿Es una queja de que vengo demasiado a menudo?

—Parece más bien un grito de socorro. —Celeste Ayi entró en la habitación con pasos lentos y un cóctel mimosa en la mano—. Oh, Zachy, vendremos todos los días, ya que nos lo pides tan amorosamente.

—No habrá boda, mamá. Ya te lo dije. —Me quedé mirando a la orquesta hasta que los músicos empezaron a guardar los instrumentos—. Fui a los Hamptons, como querías, y mandé el compromiso al demonio.

—No seas ridículo. —Mamá agitó una mano en el aire—. Si Eileen confirmó la fecha conmigo en persona ayer mismo.

Qué conveniente, teniendo en cuenta que Eileen no había contestado ni uno de los miles de mensajes de texto, correos electrónicos o audios que le había mandado. Era obvio que quería que esa farsa de compromiso siguiera adelante. Nunca hubiese imaginado que sus habilidades para esquivar un tema rivalizaran con las de White Goodman. Eso sí que era «una cuestión de pelotas» y, de hecho, era lo único interesante en ella.

—Ya que estás aquí, me encantaría tu opinión sobre el pastel. —Mamá sacó del bolso un catálogo pesado de quinientas páginas y lo dejó caer en la encimera con un golpe seco—. Yo pienso en una de limón de varios pisos de color marfil, y que llegue hasta el techo. No demasiado dulce, por supuesto.

—Te encargaré una para tu cumpleaños. —Esperé hasta que todos los músicos se fueran, cabizbajos, antes de volver a mirar a mi madre—. Porque no me voy a casar.

El último mensaje de Tom se reía de mí desde el bolsillo de mis pantalones. No se lo había contestado.

Tom: ¿Vas a querer que la siga o no? Porque no eres lo suficientemente atractivo para que yo quiera aguantar tus contradicciones.

Respiré con fuerza por la nariz. Me había prometido a mí mismo respetar la privacidad de Farrow y no perseguirla.

«Pórtate bien, Sun. Son solo treinta días. No es tanto. Cuando te des cuenta, Farrow estará de vuelta donde pertenece».

El problema era que ser bueno no parecía algo bueno, sino todo lo contrario.

Celeste Ayi hojeó el catálogo y frunció el ceño.

—¿Estás segura de que queremos que la boda sea en primavera? No creo que mi pelo soporte el calor. —Chasqueó los dedos—. Ah, tal vez podría contratar a un peluquero personal que esté conmigo durante toda la recepción. Sería una inversión fenomenal.

—Xiao Ting, tenemos la prueba de los vestidos en una semana. —Mamá chistó con fuerza al ver que su hermana se bebía su copa de golpe—. Necesitamos mantener un peso estable. Al menos hasta después de la boda.

Suspiré y volví a la cama.

No importaba lo que yo dijera. Mamá no me escuchaba.

Tenía que encontrar a Eileen.

CAPÍTULO SETENTA Y CINCO

Cuenta atrás: 26 días.

Zach Sun: 6:00 p. m. en el vestíbulo del Grand Regent.

Zach Sun: ¿Se puede saber por qué me has dejado plantado, señorita Yang?

Zach Sun: Sé que estás en Potomac, Eileen. Me lo ha dicho mi madre.

CAPÍTULO SETENTA Y SEIS

Farrow

Cuenta atrás: 25 días.

En el quinto día de mi liberación de Zachary Sun, Dallas pidió refuerzos.

Di un gemido de dolor ante la percha que me había lanzado, desde el lugar que ocupaba, sentada al borde del edredón de su cama.

—Por última vez, no estoy deprimida.

En verdad, no lo estaba.

Desde que me había ido de la casa de Zach, me había prometido centrarme en mí misma; usar estos treinta días para ordenarme la mente y ponerme la cabeza en su sitio. Con sus treinta y tres años, me llevaba diez de ventaja en esta tierra para averiguar quién era y lo que quería de la vida; yo me merecía estos treinta días extra. Además, ahora que sabía que Eileen amaba a Zach —y *mucho más* de lo que había dejado entrever— mi antiguo acuerdo con él me parecía asqueroso (aunque también me lo parecían todas sus

manipulaciones; tan desagradables como el papel higiénico de una sola capa).

Entonces, Dallas lanzó otra percha, pero a Frankie.

—Eso es lo que dicen todas las personas deprimidas.

«Tiene razón».

—¿Por qué necesitamos refuerzos? —Me puse la falda de tul esponjosa—. No somos los Vengadores.

—Habla por ti. Yo sí me siento Ironman. —Hettie, la jefa de cocina de los Costa y la persona más carismática en todo el planeta, frunció el ceño al ver el tutú rojo y dorado en que Dallas la había metido—. Vamos a una discoteca, no a un espectáculo de ballet.

—Mi hermana nunca tuvo una despedida de soltera. —Frankie le pasó un brazo alrededor del hombro a Dallas—. Si quiere que nos pongamos esto, nos pondremos esto.

—Gracias, Frankie. —Dallas se puso un vestido blanco que apenas le cubría la barriga—. Nada cura mejor la depresión que una escapada al club.

Me desplomé sobre su colchón y me cubrí la cara con las dos manos.

—¡Que no estoy deprimida!

Pero ella ya había pasado a nuestras camisetas y nos asignaba unas idénticas a las tres. Se pintó los labios de rojo cereza, con un pintalabios apto para embarazadas, y se dio la vuelta hacia nosotras.

—¿Qué tal estoy?

«La verdad, como una novia despechada en fuga». Pero también…

—Adorable.

Después de que las cuatro terminásemos de vestirnos, bajamos las escaleras de dos en dos, con los brazos entrelazados. Desde la isla de la cocina, a Oliver se le cayó la cuchara cuando nos vio. Echó la cabeza atrás y pegó un aullido, sin molestarse en hacer ningún comentario.

Romeo frunció el ceño y tiró del borde del vestido de Dallas.

—¿Adónde vais?

Ella se puso de puntillas y le dio un beso en la frente.

—Al club...

—¿Así vestidas?

Dallas llevaba puesto un vestido de novia con minifalda y velo, Hettie, Frankie y yo teníamos tutús brillantes y unas camisetas rosas con la leyenda: ESTOY CON LA NOVIA.

Dallas se alisó la camiseta.

—¿Qué tiene de malo nuestra ropa?

—No parece apropiada.

—Ay, por favor, si solo vamos a una zona de restauración… Un momento. —Dallas ladeó la cabeza—. ¿Pensabas que me refería a un club nocturno?

—¡Nadie llama «club» a una zona de restauración!

Dallas sacó su tarjeta de fidelidad exclusiva y la mostró, a modo de evidencia:

—Soy socia, por lo tanto es un club.

Como siempre, Romeo sucumbió a las artimañas de su esposa e hizo que nos llevara su chófer. Me recorrió un pinchazo de envidia: yo quería tener lo que había entre Dallas y Romeo. ¿Tendría yo mi final feliz? La posibilidad de que se acabaran los treinta días y de que Zach me dejara plantada estrepitosamente me carcomió el

cerebro durante todo el trayecto. Eso era lo que pasaba cuando le das tu corazón a alguien: siempre había una posibilidad de no volver a quedar entera.

Una vez en la zona de restauración, probamos cada uno de los puestos, después comimos un segundo plato, un tercero y un cuarto hasta que vinieron los de seguridad y nos echaron.

Dallas tenía razón: no había nada mejor para curar la depresión que una escapada al club.

Tal vez sí estaba un poco deprimida.

Después de todo, llevaba la llave en mi sujetador, justo por encima del corazón.

El órgano que se rompería en pedazos al segundo en que decidiera usarla.

CAPÍTULO SETENTA Y SIETE

Cuenta atrás: 23 días.

Para: dreileenyang@clinicazafiro.com
De: zacharysun@suninternational.com

Asunto: Incumplimiento de contrato

Señorita Yang:

Dado que no ha respondido a ninguno de los innumerables intentos de contacto de mi parte, se desprende que ha incurrido en un grave incumplimiento del contrato entre Ud. y quien suscribe, según indica el artículo XVII, sección 8, subsección m, párrafo 2. Adjunto la copia con comentarios, donde encontrará señalada la sección pertinente. Para evitar consecuencias indeseadas, le sugiero que se ponga en contacto conmigo a la mayor brevedad a fin de discutir sobre los pasos que habría que seguir. De surgir más instancias de incumplimiento, se pasará a acciones legales inmediatas.

Atte.,
Zachary Sun

Gerente general, Sun International Inc.

CAPÍTULO SETENTA Y OCHO

Farrow

Cuenta atrás: 22 días.

Logré sobrevivir a mi primera semana sin Zach.

Durante ese tiempo, me reuní con policías y abogados para discutir el caso, estuve en casa de los Costa con Dallas y a veces con Frankie (para disgusto de Romeo) y evité quedarme mirando la llave, que finalmente metí en el fondo de uno de los zapatos de cumpleaños que Zach me había regalado.

Hoy, Dallas me había convencido de ir a ver un torneo de esgrima juvenil local. La paranoia me recorría las extremidades mientras caminaba hacia las gradas a toda velocidad, con el mentón hacia abajo.

—Ve más lento. Me rebota la barriga contra los muslos cada vez que doy un paso. —Tenía a Dallas agarrada del brazo—. ¿Sabes?, si la gente te mira es por todo lo que llevas puesto.

Llevaba el pelo recogido dentro de una gorra, gafas de sol oscuras que me tapaban los ojos por completo y el uniforme a rayas de una pista de bolos donde había aceptado unas horas de trabajo para

tener algo de efectivo hasta que se vendiera la casa. Vera había accedido a ponerla en venta porque necesitaba pagar sus crecientes gastos legales.

Apenas habían pasado dos segundos desde que nos acomodamos en el asiento con Dallas, que ella levantó la nariz olfateando el aire.

—¿A qué huele?

—Vómito. —Gemí, sacudiendo mi uniforme—. La contracara de la liberación femenina: nosotras, las mujeres, nos hemos empoderado e independizado tanto que ahora debemos pasarnos los fines de semana entre vómitos en lugar de leyendo libros en el *jacuzzi*.

—Habla por ti. —Dallas se rascó la nariz—. Yo he visto todas las temporadas de *One Tree Hill* esta semana mientras trabajabas.

El olor ácido subió desde mi camisa. Me levanté y me colgué el bolso al hombro.

—Iré a lavarme y a cambiarme de ropa.

Dallas me saludó con la mano sin mirarme siquiera, ya concentrada en la competición. El sonido familiar del choque de las espadas me hizo cosquillas en los oídos. Tenía ganas de pararme al lado de la pista, de estar cerca de la acción, pero no sentía la necesidad de ponerme el traje de esgrima. «Qué raro…».

Cuando volvía del baño, me encontré con una esgrimista que practicaba sus estocadas en el pasillo. Ya la había visto antes, entrando en calor con otras chicas menores de catorce años. Titubeé por un momento, antes de volver a entrar al gimnasio, aún con las gafas y la gorra puestas.

—Eres espadista, ¿verdad? —le dije.

Asintió con cara de susto por hablar con una extraña.

—Pronto será mi turno

—Te he visto practicar. —Pasé el peso de un pie a otro y me pregunté si me estaría extralimitando—. Te concentras demasiado en hacer movimientos elegantes en lugar de atender a la distancia y el tiempo. Concéntrate en tu juego de pies básico, y verás cómo le ganas segundos a tu oponente.

—¿En serio?

Me encogí de hombros y me di cuenta de que no había entrenado a nadie más que Zach, quien tenía un talento natural.

—Solo es una sugerencia.

Y aun así, me vi inclinarme hacia delante cuando la llamaron por el nombre y comenzó el combate. Anna perdió los dos primeros toques, demasiado empeñada en hacer movimientos vistosos.

«Juego de pies, pequeña. Concéntrate en los avances y retrocesos».

—¡Ay! —Dallas apartó su brazo de debajo del mío de un tirón. Vaya, creo que la estaba agarrando muy fuerte—. Tienes que calmarte. Ni siquiera la conoces.

—Sí, ya lo sé, pero…

¿Pero qué?

«Pero sigues amando el deporte. Te encanta analizar a los esgrimistas en detalle. Te encanta la emoción del juego. Solo que ya no quieres competir».

Me eché hacia atrás con el descubrimiento y me quedé perdida en mis pensamientos, aunque no por mucho tiempo. Anna perdió otro punto, y quedó detrás de su oponente por un paso. Me levanté y me llevé las manos a la boca.

—Concéntrate en tu juego de pies —le grité.

—Dios mío. —Dallas se encogió lo más que pudo en el asiento; todo lo que le permitía su enorme barriga de embarazada—. ¿Será así como se siente Romeo cuando me pongo a debatir si es mejor con o sin queso extra por la ventanilla del coche cuando pedimos comida rápida y hay coches detrás?

Pero no me importaba. Funcionó. Anna ganó tres puntos seguidos y alcanzó a su oponente. Y cuando el combate terminó 15-11, di un salto en el aire y pegué un grito de alegría como si fuera su entrenadora personal.

Las gafas negras se me cayeron al suelo con el movimiento. Me quedé congelada al darme cuenta de que la gorra ya se me había caído antes, en algún momento. Se oyeron unos susurros entre los bancos. Algunos dedos me apuntaron; era obvio que algunas personas me habían reconocido. Estaba esperando que en cualquier momento alguien se levantara y se pusiera a gritarme, a llamarme fraude. En cambio, la mayoría me ignoró, varios desconocidos me sonrieron y uno hasta me pidió una selfi. Al final del campeonato, me abrí paso junto con Dallas escaleras abajo, por las gradas.

—Ey, espera.

Dallas me señaló.

—¿Te habla a ti?

Me di la vuelta y vi a una mujer vestida de pies a cabeza de la marca Lululemon que caminaba hacia nosotras desde el otro lado del gimnasio.

—¿Tú le has dicho algo a mi hija antes de su combate? —me gritó.

—Oh, mierda. —Dallas me dio un codazo—. Parece que se ha cabreado. ¿A ti qué te parece?

Retrocedí un paso y la arrastré con el movimiento.

—Tal vez deberíamos correr —dije.

Nos dimos la vuelta con la intención de escapar, pero Anna corrió hacia mí y me agarró por el estómago en un abrazo.

—¡Ha sido increíble! He hecho exactamente lo que me habías dicho. ¿Puedes entrenarme? ¿Por favor? —Juntó las manos por delante y esperó el momento en que la señora estuviera al lado nuestro para decir—: En este momento, me entrena mi madre y no tiene ni idea de lo que hace.

La madre de Anna asintió y se pasó una mano por la nuca.

—Es cierto. Acabamos de mudarnos aquí y todavía no he tenido la oportunidad de encontrarle un entrenador. ¿Tienes sitio para una nueva alumna?

—Eh… —Dibujé un círculo en el suelo del gimnasio con el pie—. Pienso que…

—Claro que sí. —Dallas sonrió y entrelazó sus dedos con los míos —. Tiene disponibilidad total.

Me balanceé sobre los pies, sin saber muy bien cómo decir lo que iba a decir:

—Sabes que yo…

—Sí. Eres Farrow Ballantine. Te hemos reconocido. —La madre de Anna nos ofreció una sonrisa suave—. Todos los de la esgrima sabemos lo del partido ese en Corea.

—Ah… —Quería hacer como Homer Simpson en aquel gif en que desaparece entre los arbustos.

—Y por cierto, te apoyamos. —Levantó el pulgar—. Incluso desde antes de que se supiera lo de tu familia.

Me quedé mirando a Anna, avergonzada, halagada, y sintiéndome un poco rara de que estas personas que yo no conocía para nada analizaran mi vida como si estuviéramos en un documental de Netflix sobre crímenes reales.

«A ver, nunca se sabe. Tabby siempre quiso que le dieran una oportunidad en Hollywood».

Anna asintió, con una sonrisa grande en el rostro.

—De haber sabido que debajo de esas gafas raras y esa gorra estaba Farrow Ballantine, habría seguido tu consejo a la primera —dijo. Y entonces se volvió hacia Dallas—: ¿Cómo dejas que tu amiga salga de casa vestida así?

Y así fue cómo, una tranquila tarde de un día entre semana, terminé convirtiéndome en entrenadora de una adolescente de trece años descarada.

CAPÍTULO SETENTA Y NUEVE

Zach

Cuenta atrás: 20 días.

La dosis letal de angustia del día de hoy vino de la mano de los sospechosos habituales: Celeste Ayi, mamá y sus delirios de que la boda continuaría según lo planeado. (Mamá seguía negándose a aceptar la derrota, y Celeste Ayi consideraba que la perspectiva de devolver su vestido hecho a medida era una parodia nacional).

Mamá estaba sentada en la isla de cocina, ante una carpeta enorme con los nombres de todos los integrantes de nuestra familia, pasados y presentes.

—Zachary, ¿no te preocupa que no esté terminada la lista de invitados?

—¿Quién se casa? —Apuñalé la yema de un huevo, solo para verlo sangrar y de ahí pasé al mango—. Porque yo no, mi compromiso está cancelado.

Le di un sorbo a mi expreso y me pregunté qué estaría haciendo Farrow ahora mismo. ¿Trabajando? ¿Practicando en la pista? ¿Causando problemas junto a Dallas? El hecho de que viviera al otro

lado de la calle y que, aun así, se las ingeniara para evitarme todo el tiempo era un digno estudio de caso de la CIA. Yo, mientras, empezaba a comportarme como un asesino en serie a lo Joe Goldberg, trabajando frente a la ventana, arruinando todos mis cálculos y mirando cada diez segundos a ver si ella había pasado. No estaba en mi mejor momento.

—No seas ridículo. —Mamá pasó una página de la carpeta y le estampó una pestaña por el margen exterior—. Eileen ya me ha enviado su lista de invitados.

—Hablando de Eileen, esta mañana he ido a la policía a declararla desaparecida. —Bueno, lo había intentado; pero parece que no se la puede declarar desaparecida si responde a todo el mundo menos a ti.

Mamá me miró como si me hubiera unido a una secta y quisiera entregar toda mi fortuna.

—Eileen está ocupada con todo el trabajo que da organizar la boda de nuestros sueños. Lo mejor es no molestarla durante los próximos meses.

—De ser por mí no la molestaría ni por las próximas reencarnaciones.

—Ah. —Celeste Ayi se inclinó hacia delante y señaló un nombre con el dedo—. Invitemos a Xiao Bai a la ceremonia del té. Tal vez así logremos que nos dé al fin la receta de sus fideos *dan dan*.

—Ni te molestes. Nos dirá los ingredientes, pero no las medidas. —Mamá apartó la mano y se detuvo en un nombre—: ¿Y Olivia? Es encantadora.

—Sí, una furcia encantadora. —Ayi tomó un cuchillo, lo acercó a la página y empezó a raspar sobre el nombre para borrarlo de los

registros de la familia Zhao—. Me trató de un modo condescendiente cuando llegué solo porque hablaba mejor inglés que yo. ¿Y qué si no entendía la jerga cuando llegué? «Vete a la mierda» no fue muy difícil de aprender.

Unos pocos fragmentos de la conversación me llegaban de lejos. Se me agitó dentro del cuerpo algo caliente y violento. Me bebí el expreso de un trago y dejé la taza en la isla. Después, saqué el teléfono del bolsillo. Con el nudillo me rocé el pene de pasada, lo que alcanzó para arrancarme un sonido sordo.

Nadie me había dicho que, después de perder la virginidad, quedaría reducido a las necesidades más instintivas. Con Pulpi lejos de mi vida, había pasado del sexo cada tres o cuatro veces al día a cero total. De repente, toda la existencia de Oliver von Bismarck tenía muchísimo más sentido para mí. Ni siquiera me había masturbado desde que ella había salido de mi vida y me había dejado hecho un caos, y no era por falta de esfuerzo. Anoche, me había puesto a ver porno al azar y ni siquiera se me había puesto dura.

De acuerdo. Echaba de menos a Farrow, sí. Farrow Ballantine con ese cabello despampanante, de longitud perfecta para que lo atrapasen con un puño, y con esos muslos delgados, tan hábiles para montarme el pene. Y su entrepierna apretada, dulce y suave como el mango que tenía en el plato frente a mí

—Fuera.

Nos tomó un momento a los tres darnos cuenta de que ese gruñido áspero había salido de mí. Mamá frunció el entrecejo y caminó hacia mí.

Me puso una mano por encima de la frente y la retiró antes de tocarme, en cuanto se acordó de mi aversión al contacto.

—¿Te encuentras bien?

—Por favor, fuera. ¡Idos!

Corté el mango por la mitad, justo antes del hueso, esforzándome por parecer normal. Al percibir mi estado de ánimo, Ayi eligió la autopreservación y condujo a mamá fuera de mi mansión a la fuerza. Al minuto en que se cerró la puerta, tomé el borde de la encimera con mi mano libre y la apreté con fuerza. Cerré los ojos con furia. Traje la visión de Farrow a mi mente, desnuda y con las piernas abiertas sobre la isla, con sus pezones rosados y el sexo brillante, esperándome solo a mí.

—Pulpi —me atraganté con el nombre, y se me endureció el pene dentro de mis pantalones.

En mi imaginación, me invitaba más cerca de ella y empezaba a retorcerse sobre la encimera, al tiempo que se metía una mano entre las piernas y hacía girar un dedo alrededor de su clítoris hinchado. Mi pene se tensó contra los pantalones y se me hizo la boca agua. Me imaginé inclinándome y saboreando su deliciosa vulva empapada y le di un mordisco goloso al mango. Los jugos fluyeron por mi mentón y el aroma frutal me llenó las fosas nasales a medida que iba saboreando esa fruta azucarada y terrosa. Perfecta, perfecta, perfecta.

Se me escapó un gruñido de la garganta mientras me daba un festín con el mango, más rápido y más fuerte ahora, visualizando que empezaba a comérmela. Me puse de pie, con el pene contra uno de los armarios de la cocina, agradecido por la fricción, restregándome contra mi cocina como un perro, sin dejar de comer.

Sin ella conmigo, había perdido la razón y la dignidad, y el control sobre la realidad.

—Pulpi…

Me terminé el mango y eyaculé dentro de mis pantalones; el esperma lechoso y caliente se disparó por la tela y parecía no tener fin. Tiré la carne del mango en el fregadero y dejé caer la cabeza entre mis hombros en un gesto de frustración. Todo el cuerpo se me convulsionó y me estremecí como si estuviera en medio de un intenso síndrome de abstinencia. No podía aguantar ni un minuto más sin ella.

«A la mierda».

Saqué el teléfono y pulsé la tecla de llamada sobre el primer número de marcado rápido. Luego colgué rápidamente antes de que sonara, porque me di cuenta de que estaba oficial, completa y absolutamente dominado por ella. Patético y condenado, repetí el proceso una y otra vez —llamada, fin de la llamada. Verde, rojo—, como alguien que disfruta de castigarse.

Quería su roce.

«Su… roce».

El semen me manchó los pantalones y se me quedó pegado en una costra contra la piel. Indomable, con los mechones de pelo pegados sobre la sien —no me había aseado durante días—, levanté la vista y me vi reflejado en el fregadero brillante; no me reconocí.

Me caía el sudor por las mejillas y una marca rojiza se extendía de la frente hasta el mentón y de oreja a oreja. Abrí el grifo de golpe, puse la cara debajo del chorro de agua y dejé salir un rugido de angustia.

Cuando levanté la cabeza, tenía a mi madre enfrente que me miraba desde el otro lado de la isla; había venido a buscar su bolso olvidado. Se lo llevó al pecho, lo apretó y dijo, en un hilo de voz:

—Zachary, ¿estás enfermo?

«No estoy enfermo», pensé, desesperado. «Solo enamorado».

CAPÍTULO OCHENTA

Zach

Cuenta atrás: 17 días.

—Hola, este es el contestador automático de Eileen Yang. No estoy disponible en este momento: o estoy de guardia o no me encuentro en el consultorio. Por favor, deje su nombre, número y un mensaje breve, y le responderé lo antes posible. Gracias.

—Soy tu exprometido por milésima vez. No sé si sabes que hemos entrado en el territorio del «ex» compromiso; lo sabrías si atendieras el maldito teléfono o respondieras tus correos y mensajes, o quizás también lo sabrías (y sé que te parecerá una sugerencia descabellada) si *no* me hubieses dejado plantado durante cinco putas horas en el vestíbulo del Grand Regent. Como puedes ver, es de suma importancia que hablemos en persona para que entiendas que el cese de nuestro vínculo es oficial. Si tuvieras la mínima intención de terminar con estas estupideces conmigo, estaré esperando y haciendo todo lo posible por no destruir cada pieza de tu privilegiada vida en el proceso. Hasta pronto.

CAPÍTULO OCHENTA Y UNO

Zach

Cuenta atrás: 13 días.

En relación con mi futuro fallecimiento, siempre me había preguntado cuándo sucedería. Y no *si* sucedería. Ni cómo. Sino *cuándo*. Parecía inevitable. En abril, iba a cumplir treinta y cuatro años, la edad que tenía papá cuando murió. ¿Cómo podía ser que él (más grande que la vida misma, un pilar de la comunidad y mi ídolo) viviera menos que yo?

La respuesta: era imposible.

Y así fue como dejé de molestarme en simular que era un ciudadano de lo más honrado de la sociedad y ni siquiera me preocupé de seguir *participando* en la civilización. Sucumbí a la idea de mi muerte e iba de un restaurante a otro y de un hotel a otro, a la caza de la pesadilla de mi existencia: Eileen Yang. El problema era que no sabía nada sobre ella: no sabía lo que le gustaba y lo que no, dónde se tomaba un café o pasaba el tiempo. Todo lo que sabía era que se había tomado el año sabático y se había desvanecido en el puto espacio de lo desconocido.

Se lo había hackeado todo: las tarjetas de crédito, intactas; las redes sociales, silencio total; el correo electrónico, todo contestado salvo a mí.

Tom se reclinó en mi sofá y apoyó los pies en el reposabrazos.

—Está lejos de cualquier red de suministro.

—¿Qué? ¿Te parece divertido?

Lanzó una pelota antiestrés al aire y la atrapó de nuevo.

—¿No queda nada del Zachary Sun que conozco?

Me rocé la mandíbula con los nudillos, desde donde me saludaban unos milímetros de barba crecida.

—Lo único que pasa es que hace un par de días que no me afeito.

—Lo único que te pasa es que tienes la crisis de los cuarenta. —Dejó caer la pelota que rodó por la alfombra—. ¿Qué mierda te pasa?

Qué mierda, tal cual. Hacía seis días que había renunciado a toda normalidad, tenía todas mis reuniones, citas y proyectos cancelados. Por no hablar de Oliver y Romeo, a quienes evitaba como a la peste. Me pasaba el día mirando por la ventana, con la esperanza de ver pasar a Farrow en su coche. (Pasó una vez y no le vi la cara, pero conocía ese culo como la palma de mi mano). Y, por la noche, vagaba por los pasillos de la mansión, desesperado por capturar alguna bocanada de su aroma que aún permaneciera en el aire.

Y entre ambas cosas, perseguía a mi futura exprometida como un desquiciado, en la desesperación por ponerle fin a esta locura. «Ya basta». Me levanté como un rayo.

Tom bajó los pies y se incorporó en su asiento.

—¿A dónde vas?

—A su apartamento. —Salí disparado al pasillo, dando zancadas que eran dos pasos en uno.

—¿A Nueva York? —Me alcanzó al trote y empezó a agitarse; siguió—: No estará allí. Mandé a un amigo a comprobarlo en persona.

Aun así, tenía que hacer algo. Lo que fuera con tal de enderezar ese lío que debería haber resuelto hacía tiempo. Tom dejó de perseguirme cuando doblé la esquina y me metí en mi segundo garaje. Debí asustar mucho al pobre Ian, con mi cara sin afeitar, porque blandió las llaves por delante como si fuera un arma; era mi chófer y le tomó un momento reconocer a su propio jefe, al menos pasaron unos veinte segundos hasta que bajó las llaves.

—¿Señor Sun?

—Al aeropuerto. —Me deslicé dentro del coche y tomé un vaso del minibar—. Cuanto antes.

Tenía planeado ahogarme todo el viaje en mi propia miseria y cientos de vasos de *whisky*, lo suficiente para llenar una piscina olímpica. A través del vidrio divisor, el reloj me miraba con ojos fijos. Me dije para mis adentros que beber antes de las nueve de la mañana me convertía en pirata y no en alcohólico; y que presentar dudas en cuanto a sobriedad era una característica muy generalizada, y no un defecto, para un multimillonario casi retirado.

Para cuando aterricé en Nueva York y aparecí en el edificio de Eileen, no podía mantenerme en pie.

A un metro de mí, había un niño que sostenía a su perro por la correa con fuerza; luchaba por mantener quieto al labrador que no paraba de ladrarme.

—Mami, Smithy no para.

Su madre se inclinó y logró hacer callar al cachorro y, al mismo tiempo, negó con la cabeza.

—Siempre hace esto frente a alguien extraño.

«Listo, era el punto más hondo del hundimiento».

Y, sin embargo… De algún modo yo sabía que aún me quedaba un largo camino por recorrer antes de tocar el fondo verdadero. Trece días, para ser exactos.

Debería haberme tomado más en serio lo de imaginarme mi muerte futura.

Porque, de hecho, no parecía manifestarse en forma de un accidente fatal.

Sino que se manifestaba en forma de corazón maltrecho, en los intentos patéticos de un hombre trastornado por volver a poner las piezas en su lugar.

CAPÍTULO OCHENTA Y DOS

Farrow

Cuenta atrás: 10 días.

«Cambio». La palabra estaba sentada sobre la punta de mi lengua como un peso, esperando caer. Podía contar todos los acontecimientos importantes de mi vida con los dedos de una mano.

Y al pensar en cada momento, me daba cuenta de que nunca había hecho una sola cosa por mí misma. Nada intencionadamente. Quizás mudarme a Seúl podría considerarse un acto de amor propio, pero había tomado esa decisión después de años de súplicas de Vera, Reggie y Tabby.

Lo cual me llevaba a mi nuevo apartamento: un pequeño monoambiente en Gaithersburg, dentro de Maryland. Seguro. Pintoresco. Con macetas rebosantes de peonías, dalias y margaritas, que se derramaban por sobre el tejado de la panadería italiana que había debajo. El edificio de ladrillos rojos me traía un poco de calma en el caos que era mi vida. Era acogedor. Nostálgico. Y el primer regalo verdadero que me hacía a mí misma.

Extrañaba a Zach. Cada maldito día. A veces, hasta me metía en YouTube para verlo en las entrevistas viejas, y me aferraba al sonido frío y ronco de su voz. La forma en que su mandíbula cuadrada se contraía cuando recibía una pregunta difícil, y la sonrisa ladeada y despectiva que ofrecía cuando alguien esperaba una sonrisa de verdad. Y a la vez, me sentía feliz en mi nuevo hogar. Del mismo modo en que me había enamorado de un hombre, me había enamorado de la vida que había descubierto que podía construir para mí. «Lo único que falta ahora es él».

—Bueno, nena. —Dallas dio una palmadita sobre una caja de cartón sobre la mesa de café. Una sonrisa de satisfacción le iluminó el rostro—. Es la última.

Oliver se dejó caer en el sofá.

—Lo dices como si hubieras cargado algo.

—Y sí que *he cargado*. —Se acarició la barriga—. A mi hijo.

Había trasladado la mayoría de mis cosas por partes desde hacía una semana en los espacios de tiempo en que no practicaba con Anna, y Dallas me había ayudado hoy con lo que me quedaba. Había rechazado todas las cosas que ella quería pasarme y que no usaba aunque eran preciosas porque quería sentir que esa casa me pertenecía. Una mesa de comedor antigua para dos, una cortina de segunda mano hecha en París, mi primer colchón comprado de primera mano en toda mi vida… Naturalmente, el sitio parecía una mezcla entre IKEA y un rastrillo; una mezcla regurgitada, por cierto. Y me enloquecía de felicidad. Me recorría la espalda un entusiasmo que era como una corriente eléctrica de emoción. Ahora entendía por qué la gente quería tener cosas completamente propias: era revitalizante.

Desde el otro lado de la puerta principal, oí unos pasos que subían por la escalera angosta.

—Te has olvidado una cosa. —Era Romeo.

Tomé el teléfono mientras Dallas se levantaba para dejarlo entrar y contesté a la llamada de Ari con el ceño fruncido.

—¿Está todo bien? ¿No es super tarde allí?

—Dime que estás camino a tu casa.

—Ya estoy aquí. —Me mordí el labio y luché contra una nueva oleada de pánico. ¿Sería una emergencia?—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Nada malo. —De hecho, sonaba emocionada—. Pero necesito que firmes la recepción de una entrega.

—¿Una entrega? —dije en un gemido—. Amiga, por favor, basta de velas. Entre Dallas y Frankie tengo velas perfumadas suficientes para toda la semana de Pascua.

La risa de Ari llenó el otro lado de la otra línea… Y mi pecho.

—No son velas.

—Bueno, ¿qué es…?

Dallas abrió la puerta de golpe y me interrumpió al revelar a Romeo, al otro lado de la puerta, que arrastraba algo pesado. Tenía el ceño muy fruncido, muy incómodo de haber sido relegado al rol de repartidor.

—¿Sigues ahí? —se quejó Ari—. Quiero que lo abras antes de irme a dormir.

Romeo dejó la caja gigante en el centro del apartamento. Había una cantidad de agujeritos que salpicaban la mayor parte de la superficie. Me acerqué a la caja y tiré de la cinta.

—Estoy abriéndolo —le dije, en el mismo momento en que mi regalo decidió presentarse con un ruido estridente que sonó como un «guau». ¡Oh! Dios… mío.

Arranqué la tapa, chillando mientras Ari se reía en el fondo. Me saltaron más ladridos a la cara. Recogí un embalaje de dentro de la caja y lo abrí de golpe. Un par de ojos negros me miraron desde el fondo, rodeados por una bola de rizos del color del alquitrán. De no ser por la lengua rosada que salía en un rollo de la boca, hubiera pensado que el regalo era una bola de pelos gigante.

—Es un…

—Un *cockapoo*, un cruce entre *cocker spaniel* y un caniche. Un cachorrito rescatado de un refugio. ¿Te puedes creer que no lo haya acogido nadie en un mes?

—¡¿Qué?! —Le apreté la nariz húmeda contra la mía y le di un beso—. La gente es tonta. Es perfecto.

—Sabía que dirías eso. —Podía oír la sonrisa en el rostro de Ari—. Ahora que no está Vera en tu vida para molestarte por el desorden o los pelos, aquí tienes al perro de tus sueños.

—No puedo creer que te hayas acordado.

—Por supuesto que me he acordado, eres mi mejor amiga.

Dallas dejó que el cachorro le mordisqueara el dedo y le dijo:

—Bienvenido a la familia.

—Zach va a cagarse en los pantalones. El tipo detesta el desorden. —Oliver saltó del sofá—. ¿Por qué no lo llamas Dogstoevsky? Servirá para curar las heridas cuando vuelvas corriendo a sus brazos.

—No le va a poner ese nombre —dijo Dallas y lo apartó de un codazo para quitarlo de en medio—. ¿Qué tal Mary Cockins? Como

es mitad *cocker*…

Sentí un temor genuino por sus futuros hijos.

Besé al perrito en la cabeza.

—Os presento a Vezzali: la mejor esgrimista de todos los tiempos.

Como si fuera una señal, metió la cabecita debajo de mi mentón y me miró con adoración, confirmando que seríamos el uno para el otro de por vida. Me propuse no llorar. No iba a llorar. Pero entonces Vezzali empezó a lamerme la cara y a mover la cola en mis brazos tan fuerte que me golpeaba como si fuera un bate de béisbol. Se le balanceaba todo el cuerpo de un lado para otro. Tan ligero, tan pequeño y tan increíblemente peludo, que se convertía en el compañero de cama perfecto.

—No, no. ¿Qué es esa cara? —Dallas sacó el labio inferior—. Como si estuvieras a punto de llorar. No estás a punto de llorar, ¿no? Porque estoy demasiado hormonal y me pondré a llorar a mares contigo.

—No estoy a punto de llorar. —Las lágrimas me colgaban de las pestañas del borde inferior de los ojos. «Maldita sea». Pero eran lágrimas buenas y purificadoras, de alguien que al fin tenía un hogar. Mis ojos rebotaban entre Dallas, Vezzali, Oliver y hasta Romeo. Después de veintitrés años, por fin había aprendido que un hogar no tenía por qué ser un lugar; podía ser una persona.

—Ay, no. —Dallas se tapó la boca con las manos; las lágrimas le caían a ella también. Pero, en su caso, empezó a sollozar y a refregarse las mejillas sin siquiera intentar detener la inundación. Se arrojó a mis brazos y me abrazó—. ¿Por qué lloramos? —Saltaba sin parar, chocándose con Vezzali con la barriga—. ¿Tengo que matar a

Zach? He oído que la comida en prisión es terrible, pero te quiero demasiado como para no hacerlo.

Me la desenredé despacio y limpié los ojos de ambas con mis mangas.

—Son lágrimas de felicidad.

Vezzali ladró para expresar que estaba de acuerdo. Y yo era feliz. Tan tan feliz. La única pieza que faltaba estaba sentada en la mansión de Dark Prince Road, probablemente rumiando como solía, contando los días que faltaban para nuestro reencuentro.

—Oh, Fae. —Una nueva oleada de lágrimas corrió por las mejillas de Dallas.

Me dio miedo de que se le adelantara el trabajo de parto. Ya de por sí, Romeo parecía listo para colgarme de la azotea. La tomó en sus brazos, la abrazó y le frotó la espalda.

—Gracias a Dios que no estás llorando de tristeza. —Ella se soltó de Romeo, tomó su bolso de la isla de mi cocina (solo de pensar en eso me entraban ganas de bailar: era *mi* isla de cocina) y cogió un paquete de pañuelos sin abrir con los que se secó los ojos—. El puesto de comida de abajo cierra en menos de una hora y pensaba que no llegaríamos a tiempo. ¿Sabías que venden *fettuccini* recién hechos cocidos en una rueda de queso parmesano? ¿Nos necesitas para algo más?

Me reí y negué con la cabeza, preguntándome si se había puesto a llorar por mis lágrimas o por la idea de perderse esa comida.

—Disfruta del plato de *fettuccini*, nena —dije.

—¿Qué plato? —Miró al techo con gesto de asombro—. ¡Pienso comprarme la rueda entera! Este trimestre me muero de antojo por los carbohidratos.

Entonces, ella y los chicos se fueron en una ráfaga de besos al aire, refunfuños y chistes verdes. Dallas Costa, damas y caballero; el equivalente humano al día de verano más dulce.

Cerré la puerta dando un suspiro, fui hacia mi nevera nueva y abrí una lata de refresco. Me senté en mi horrible pero adorable sofá a cuadros amarillos y morados —mi hallazgo favorito de segunda mano— y deslicé los dedos por mi viejo portátil, para revisar los correos electrónicos.

El primero: Reggie y Tabby, que me rogaban que aceptara una oferta muy baja por la casa; se habían mudado del motel a la casa de una tía lejana en Virginia Occidental y querían irse de ahí lo antes posible. Después, acepté un trabajo fácil con un viejo cliente de Mary Limpia Maryland. Los dos empleados que Vera no había llegado a echar necesitaban un trabajo estable, así que me había quedado con la empresa hasta decidir qué quería hacer. Y por último, había un correo electrónico de un desconocido; un esgrimista sin clasificación que quería competir a nivel nacional. Había oído los rumores de que Anna había superado su categoría en la última competición y pensaba que no estaba de más pedir ayuda. Sonreí, halagada y le escribí mi respuesta. Una sola palabra, en letras mayúsculas, y en negrita: un gran SÍ.

Empezaba una nueva vida para mí. Una que había empezado yo sola desde cero. Una vida que amaba. Y, sin embargo, la caja de zapatos apilada en aquel rincón me atormentaba. Semanas atrás, Romeo y Oliver habían recogido mis cosas de la casa de Zach y me habían dicho que él las tenía en mi habitación; lo que significaba que no había querido decir lo que yo pensaba cuando había dicho que encontraría mis cosas en el garaje.

Y aun así… tenía miedo de descubrir los secretos que había detrás de esa llave.

Porque también le había dado otra llave a Zach: la de mi corazón.

CAPÍTULO OCHENTA Y TRES

Zach

Cuenta atrás: 5 días.

La cuenta atrás se cernía sobre mí como una guillotina. Cada día que no podía encontrar a Eileen me alejaba del hombre tranquilo, sereno y despiadado que alguna vez me había enorgullecido ser. Había agotado todas mis opciones: los cuatro investigadores privados que había contratado habían fracasado en sus intentos; todos los parientes de Eileen se negaban a dar su ubicación, a pesar de las numerosas amenazas; y en cuanto a mamá… ni Guantánamo tenía posibilidades de sonsacarle información.

En el vigésimo quinto día sin Farrow, decidí que ya había experimentado suficiente angustia contenida en la comodidad de mi casa con temperatura regulada y arrastré mi patético ser hasta la cámara criogénica, donde al menos podría estar a gusto con las bolas a medio congelar.

«Entonces, ¿llegó a curarte Farrow o no?», empecé a razonar conmigo mismo. «Seguro que no es san Antonio, capaz de lograr milagros. Ni tampoco Bian Que. Ni siquiera Fu Xing».

No. Una sentada en la sala de hielo me daría claridad cognitiva. Y *además*, me permitiría demostrar que no había cambiado, que todavía no sentía absolutamente nada, ni siquiera el frío. Hacía casi cuatro semanas que no entraba en la cámara; aun así, programé la temperatura al modo avanzado. Entré en bata y de inmediato sentí el golpe agudo de la escarcha que me carcomía la piel.

«Mierda».

—¿Pero qué demonios…? —dije con voz ronca y cerré la puerta por detrás, mientras un humo blanco se me enroscaba alrededor de los miembros y me trepaba por el cuerpo como la hiedra.

Se me nubló la vista. Me di la vuelta para ver en el reloj digital cuánto tiempo había pasado. «Un segundo». Un puto segundo.

¿Era una broma? Temblé y me di cuenta, con horror, de que sentía frío. Que *sentía*, en general. Mi nariz se entumeció, demasiado congelada para inhalar correctamente. Tuve que cubrirla con las palmas, estremeciéndome con violencia mientras me movía de una pierna a otra.

Sentía frío. Dolor. Estaba *vivo*.

Los segundos pasaban con una lentitud atroz. Empecé a saltar, a hacer unas cuantas sentadillas para combatir el congelamiento. Por fin entendí por qué Romeo y Oliver se ponían inquietos apenas entraban a la cámara.

Por fin sonó el timbre terminados los tres minutos, llegué hasta la puerta tambaleando y la empujé. No se abrió. Le di un buen golpe con el hombro, con un impulso que normalmente la lanzaría contra la pared como una tromba, y no se movió. Un pánico portentoso y caliente me cortó por dentro. El cuerpo humano no estaba diseñado

para soportar esa temperatura durante más de nueve —tal vez diez — minutos, y yo ya había alcanzado los cuatro.

Caminé hacia atrás, me di el mayor impulso que pude, corrí hacia la puerta y le di una patada giratoria. Nada. El terror y la alarma se me arremolinaron por dentro.

«Vas a morir sin volver a ver a Pulpi. Qué gran jugada, tarado».

—Piensa. —Empecé a caminar y traté de juntar calor en el cuerpo —. Piensa, piensa, piensa.

La puerta no tenía cerraduras a propósito, para asegurarse de que no hubiera ningún tipo de accidente. Eso significaba que… Golpeé la puerta con el puño con fuerza.

—¡¿Quién anda ahí?!

Quienquiera que fuese, conocía mi guarida de memoria y tenía acceso abierto a mi casa. Golpeé con mi puño con una fuerza descomunal, en el intento de que esa fuerza me sacara de allí.

—Dejadme salir.

Iba a matar al psicópata que estuviera detrás de aquello. De hecho, me devané los sesos en busca de algún sospechoso, con la esperanza al menos de presenciar su muerte en mi cabeza antes de que me llegara la mía. Por desgracia, no tendría ni el tiempo suficiente para preseleccionar a los veinte primeros. Mi desesperación me crecía por dentro, me arañaba el pecho. «Cinco minutos y sumando».

Di otro puñetazo sobre la puerta.

—Dejadme —patada— salir —empujón— ¡de aquí!

El hielo se acumulaba en mi piel y una niebla blanca y gris nubló mi visión. Empezaba a perder la claridad de pensamiento cuando la puerta se abrió con un chirrido. Dos manos feroces me tomaron con

fuerza y me arrastraron fuera de la cámara. Mis ojos daban vueltas dentro de las órbitas y la oscuridad me cubría la visión por completo mientras esas manos me llevaban hasta la ducha horizontal del gimnasio de mi casa. El agua caliente golpeó mi piel cuando abrieron todas las alcachofas, que dispararon chorros a máxima presión sobre mi espalda. Tuve unos cuantos espasmos; el cuerpo intentaba aclimatarse de nuevo a la temperatura normal.

Poco a poco, mi vista regresó, como si fuera una cámara ajustando el enfoque.

Oliver estaba sentado en la tumbona climatizada, vestido con una bata de satén dorada y una sonrisa de satisfacción. Me lancé hacia él a la velocidad de una larva. Él bostezó, bajó del sillón del spa de un saltito y me empujó hacia atrás casi sin esfuerzo. No pude contraatacar, tenía el cuerpo demasiado débil de haber estado encerrado a esas temperaturas subantárticas. Hizo girar los dedos de su mano por delante del rostro.

Di un puñetazo sobre la baldosa de mármol —una idiotez— y me arrepentí al instante.

—Psicópata. —Poco a poco, se me empezaron a descongelar los nervios. Justo a tiempo para que el dolor se me disparara por todos los nudillos—. Me podría haber muerto.

—Podrías. —Oliver se inclinó para comprobar la temperatura del agua—. Y, a juzgar por las últimas tres semanas, parecía que lo quisieras. Has perdido todo deseo de vivir, Zachary, nene. Tenía que recordarte que la vida es un don precioso. Es mi deber moral como amigo.

—Te voy a matar —le escupí, con el cuerpo aún en proceso de descongelación bajo el torrente de agua, cobrando vida lentamente. No recordaba que me hubiera desvestido antes de lanzarme debajo del chorro y, sin embargo, estaba completamente desnudo.

—Eso me lo dicen a todas horas. Tú me amas, y lo sabes.

—No te…

—El problema es que la amas también a ella y no estás dispuesto a sacar la cabeza de tu mierda de enredos y hacer lo que hay que hacer.

—Qué, según tu opinión, sería… —Entrecerré los ojos y me agarré de los bordes de la ducha.

Oliver cruzó una pierna sobre la otra.

—Cancelar esa boda falsa, para empezar. Sabes que odio las malas inversiones: no voy a enviarte un cheque ni comprarte un regalo de la lista solo para ver cómo te divorcias más rápido que Britney Spears de Jason Alexander.

—¿Ese es el de *Seinfeld*?

—Es lo que piensan algunos, pero no. Es otro. —Ollie se puso de pie y caminó hacia mi bata. La recogió del suelo y me la arrojó.

Me desplomé sobre la cama, abandonando el plan de resistirme.

—He cancelado la boda.

—Y, sin embargo, ayer recibí la invitación.

—Y estoy buscando a Eileen por todas partes.

—Ambos sabemos quién es tu mejor opción para encontrarla.

—Mamá nunca me lo dirá.

—Ejem… Me pregunto cuál es la otra mujer que prácticamente vive a tu lado. —Retomó su lugar en la tumbona climatizada y cruzó las piernas—. Hay quienes la llamarían segunda madre.

—Celeste Ayi. Ah… —Claro. Durante años me había acostumbrado a asumir que no sabía nada sobre nada, al punto de que ni se me ocurría que tenía ojos y oídos y la incapacidad absoluta de guardar un secreto si se la presionaba lo suficiente.

Oliver dio un chasquido con los labios en un gesto de hastío al verme salir de la ducha como una flecha y meterme en la bata con un estremecimiento.

—Eileen es algo que no debió haber pasado nunca. Tenerlo todo con alguien que no significa nada para ti no es tenerlo todo para nada. No hay ningún logro en eso. Si tan solo…

Tendría que terminar ese monólogo frente a su público de seguidores sometidos.

Yo tenía una tía caótica a quien rastrear.

CAPÍTULO OCHENTA Y CUATRO

Farrow

Cuenta atrás: 4 días.

—¿Qué creéis, chicos, vendrá en cuatro días o no?

Estaba sentada frente a los hombres de mi vida, apoyada en la hierba junto a la tumba de papá. Vezzali se despatarró a mi lado, con la cabeza sobre mi rodilla, aunque eso levantaba la mitad de su pequeño cuerpo en el aire.

—Seamos realistas, no son más que treinta días. Hasta hay vinos baratos que necesitan más tiempo para madurar. —Abrí una caja de fichas que tenía apoyada sobre el regazo, saqué unas y busqué un bolígrafo en la mochila—. Uy. No quisiera darte una mala impresión de él, papá. Zach es estupendo. Un poco áspero por momentos y un poco raro, pero eso es lo que más me gusta de él.

«Deja de posponerlo, Farrow».

Suspiré. Claro, quería hablar con papá sobre Zach, pero más que nada era una excusa para evitar la verdadera conversación que debíamos tener.

—Supongo que es hora de ponernos serios. —Me llevé las rodillas al mentón y apoyé a Vezzali sobre mi chaqueta en el suelo—. Siento no haberte visitado antes; ahora tengo mucho que decirte, y cada palabra me asusta. —Se levantó una brisa que estaba extrafría en esa mañana de invierno. Continué—: Siento que hicieras todos esos sacrificios de los que nunca me enteré, siento que renunciaras a tanto para que yo me convirtiera en esgrimista. Y siento haber arruinado esa carrera de esgrima de modo tan dramático. ¿Te avergüenzas de mí?

Una ráfaga de viento me golpeó de pronto y me envió el bolígrafo lejos, como a medio metro.

—Está bien, está bien. Basta de revolcarme en la autocompasión. Lo pillo. —No sabía si reír o llorar, así que me aclaré la garganta—. Siento no haberte visto antes de morir, siento no haber llegado a tiempo para evitar que te enterraran… Sabía que lo que siempre quisiste fue que te incineraran y que esparcieran las cenizas en la heladería donde se nos ocurrió el nombre para la empresa. Lo siento también por no querer ser dueña de Mary Limpia Maryland. Y, más que nada, lo siento mucho por tener tanto resentimiento hacia ti ahora mismo.

Me masajeé la mandíbula con el pulgar para ir ganando tiempo, mientras me preguntaba cómo iba a decir la siguiente parte. Y fue extraño que papá eligiera justo ese momento para hablarme dentro de la cabeza, cuando por fin me había dado cuenta de lo enfadada que estaba con él.

«No pasa nada, Fae. Estar enfadada no es malo. Significa que has aceptado que mereces más».

Exhalé un suspiro y me clavé los dedos en las sienes.

—Estoy enfadada contigo. ¿Te das cuenta, papá?

«Tan pero tan enfadada que a veces me cuesta respirar».

Me levanté y empecé a caminar.

—Estoy enfadada porque sabías desde el principio que Vera no me quería y te quedaste con ella de todos modos; estoy enfadada porque no me protegiste de sus ataques, hasta cuando era imposible que no supieras al punto al que había llegado.

Cayeron unos grumos de nieve de un árbol semidesnudo, y Vezzali se vino a mis brazos.

—Serás bruto. —Le acaricié la cabeza y lo cargué en mis brazos mientras seguía caminando de un lado al otro, como si hubiera sido papá el que casi lo empapa de nieve—. Tengo todo el derecho del mundo a estar cabreada por estas cosas. Deberías haberme protegido. Por mucho que quisieras esa familia, yo también soy tu familia. Yo también te quería. Me merecía que me protegieras.

Quería llorar. Reír. Gritar. Pero, sobre todo, sentía que la energía me abandonaba. Me dejé caer al suelo, cansada de estar enfadada, queriendo deshacerme de todo para poder enterrar mi furia con él.

—Estoy enfadada porque tu idea de mantenerme a salvo fue enviarme al otro lado del mundo; por eso te culpo de no poder verte antes de morir. Estoy enfadada porque rompiste tu promesa y te perdiste mi último combate. Y porque ese combate arruinó mi vida, y nada de eso habría pasado si hubieras dejado a Vera desde el principio.

La mano se me enredó en un puño al costado del cuerpo. Vezzali ladró al percibir mi estado de ánimo y me lamió la mejilla con la lengua.

—Estoy tan jodidamente cabreada cada vez que pienso en ello… Maldita sea. ¿Por qué no me pusiste en primer lugar mientras estabas con vida? ¿Por qué tuviste que esperar a morirte? Ahora lo único que me quedan son los recuerdos y *se han ido*. ¿Y tus pertenencias? Subastadas. ¿Y lo que recuerdo en mi mente? Se irá borrando con el tiempo… Y tengo tanto miedo.

«Cuando se me borre el último recuerdo de ti, ¿acaso me quedará algo que me diga cómo es ser amada incondicionalmente?».

Ese era el problema de darle a alguien un pedazo de una misma: una vez que se iban, jamás lo recuperabas.

Se me ahogaron las lágrimas cuando me di cuenta de algo que no había notado antes…

—Y, sobre todo, lamento lo solo que debiste sentirte. Con una esposa que te odiaba, unas hijastras que solo querían aprovecharse de ti y la única persona que te amaba al otro lado del mundo.

La primera nevada del día aterrizó sobre mi mejilla. Se derritió contra el calor de mis emociones y se me derramó por el mentón con forma de lágrima. La aparté, recogí las fichas y la mochila y corrí al coche con Vezzali antes de que se congelara.

Una vez dentro del Prius, conduje directamente hasta la heladería Happy Swirls, y acomodé mi perrito sobre una de las mesas de afuera. Me senté en el banco; el mismo en el que papá se había sentado conmigo hacía más de diez años para pensar una lista de nombres posibles para la empresa de limpieza: Divas del Polvo y Fresco Menta (eran los nombres que había elegido yo); y Cristal Claro y Punto de Partida (los de él).

No eran más que las cinco de la mañana y la heladería no había abierto aún. Pasaban algunos coches, pero, en líneas generales,

Vezzali y yo disfrutábamos de la paz, la tranquilidad y de los primeros rayos de sol que asomaban por el horizonte. Saqué las fichas y una caja de cerillas y miré las palabras que había escrito sobre ellas en la tumba de papá.

En nuestra primera competición de esgrima juntos, estabas tan orgulloso que casi te peleas con el padre de otra esgrimista. Se ofendió tanto que celebraste la derrota de su hija.

Cuando la Sra. Drake te llamó a una reunión de padres porque le dije que siempre estabas por las nubes, cuando en realidad quería decir que eras más alto que yo (y ella pensó que le hablaba de drogas), me llevaste al cine después, y nos comimos dos cubos enteros de palomitas de maíz.

Aquella vez que te pregunté si los bebés salían de la barriga, dijiste que sí y me dejaste suponer que yo había salido de tu barriga, porque no querías que supiera que mi madre biológica me había abandonado.

Recuerdo tras recuerdo, me los grabé en el cerebro. Uno por uno. Todos mis trozos favoritos de papá. Y luego los puse en la lata que traía, encendí un fósforo, y los quemé hasta convertirlos en cenizas. Se elevaron con el viento, dispersándose por Happy Swirls, justo donde él quería que estuvieran.

Junté una cucharadita de cenizas que quedaba en la lata y las vertí en el relicario de pulsera que había comprado con mis primeros ingresos como entrenadora, y así me quedé un pedazo de papá conmigo para siempre.

Si hay vida después de la muerte y tenemos oportunidad de hacerlo todo de nuevo, te vuelvo a elegir como mi papá.

CAPÍTULO OCHENTA Y CINCO

Zach

Cuenta atrás: 4 días.

El tiempo se deslizaba como un monstruo escondido en las cloacas. Cada día se asemejaba a tres inviernos. No quería hacer otra cosa que arañar las paredes que constantemente parecían cerrarse sobre mí. A pesar de la repentina revelación de cómo sacarle la información a Celeste —¿quién sabía que las emociones podían nublar la lógica hasta el punto de hacernos alcanzar la estupidez?—, aquel no era mi descubrimiento científico favorito ni tampoco importaba demasiado si no podía encontrar a la maldita mujer.

Me había pasado todo el día anterior y toda esa misma mañana rastreándola, solo para que Natalie, de entre todas las personas, fuera quien diera en el clavo.

—¿QUE ESTÁ *DÓNDE*? ¿QUÉ MIERDA ES ESO? —rugí en el teléfono, en parte para que me escuchara por encima del chicle que Natalie comía siempre ahora, y también porque Celeste Ayi había elegido el único momento de la vida en que la había necesitado

cerca para escaparse a un spa en el lugar más alejado que había encontrado.

—Celeste está en Chiang Mai con Constance. —Natalie puso la voz nasal como las hermanas Kardashian, y anhelé con todo mi ser que fuese la trillonésima hermana, así se iba bien lejos, a Los Ángeles o a la mierda, me daba igual con tal que fuera lejos de mí—. Es una ciudad en Tailandia.

—Ya sé dónde es. —Me arranqué el abrigo de los hombros y pateé la puerta de mi casa como un niño de tamaño y fuerza considerables. Parecía sospechosamente conveniente que Ayi y mamá estuvieran en otro lugar mientras yo intensificaba mi búsqueda de Eileen—. ¿Y qué demonios hace allí?

—Ha dicho que está meditando. —Algo crujió entre sus dientes; adiós a la profesionalidad.

—Pero si ella no medita. —De hecho, mis únicos recuerdos en un templo eran los días en que nuestra cocinera tenía libre y mi madre me obligaba a comer ahí.

—Ha dicho que usted diría eso… Y que te dijera que ha decidido intentarlo; que no le ve el sentido de quedarse en casa porque igual no festeja la Navidad.

Me quité los zapatos y los lancé por el aire.

—¿Y cuándo has hablado con ella?

—Emm. —Podía casi imaginar a Natalie retorcer un cable invisible de teléfono alrededor del dedo mientras pensaba la respuesta—. Justo antes de mi hora de salida. ¿Quizás hace unas doce horas?

Justo cuando acababa de acorralar a uno de los primos deportistas estrella de Eileen, y de amenazarlo con hacerle tanto daño en las piernas que quedaría arruinado para todo futuro posible

en el deporte. Mamá debió darse cuenta de que estaba a pocos segundos de perder la cabeza.

Subí a mi dormitorio como una tromba.

—¿Y cómo no me lo has dicho?

—Se lo estoy diciendo ahora.

Me apreté el puente de la nariz.

—¿En qué hotel se aloja?

—Yo no…

—Sí que lo sabes. Basta de estupideces. Sé que te paga un extra para que le reserves los viajes personales.

Natalie esbozó un gruñido. Esa mujer era tan entrañable como una hemorroide del tamaño de una nuez.

—Está bien. Le enviaré el enlace del hotel.

—Prepara mi avión. Voy para allá.

Tardaría unas treinta y seis horas de ida y vuelta en mi *jet* privado, lo que me dejaba unos dos días para negociar con ella y luego volver a tiempo con Farrow. Era arriesgado, pero tenía que hacerlo.

Había empezado a preparar el equipaje y las cosas esenciales para un viaje rápido cuando me encontré con un silencio inoportuno. Mi sonido favorito, por lo general. A menos que viniera acompañado de una sensación de derrota prematura.

Me detuve en seco delante del perchero.

—¿Natalie?

—Eh…

—Escúpelo de una vez.

—Se han llevado su avión.

—¿SE HAN LLEVADO MI AVIÓN? —gritó.

—Sí. —Al menos tuvo los modales de parecer avergonzada—. Han dicho que usted no iba a necesitarlo.

—Ah, pero qué suposición más arriesgada.

Me di cuenta de inmediato del plan de mamá: quería asegurarse de que no tuviera modo de llegar a ella, y asumió que yo jamás tomaría un vuelo comercial por considerarme por encima de algo así. Tomé el teléfono y disparé un mensaje:

Zach Sun: Necesito un avión CUANTO ANTES.

Romeo Costa: Dallas se ha llevado el mío. Está con Frankie en una cata de quesos por Italia, cortesía de Constance.

Ollie vB: Parece que esta Navidad alguien está muy caritativa.

Ollie vB: A mí me ha conseguido entradas para un *show* sexual hiperexclusivo en Berlín. No podía no ir.

Qué meticuloso lo de mi madre, como era de esperarse. Un vuelo comercial añadiría otras dos horas por trayecto. Cuatro si llegara a haber una escala.

Llevé el teléfono de vuelta a mi oreja.

—Natalie.

—¿Sí?

—Resérvame un vuelo a Chiang Mai. El primero que salga.

—¿Justo en *el día* de Navidad? Eso sí que va a ser una misión. —La escuché que ya tecleaba en el ordenador—. El primero en salir no tiene lugar en primera clase. Solo turista.

—Resérvalo.

Me llegó un jadeo desde el otro lado de la línea y me penetró el oído. ¿Realmente estaba tan alejado de la sociedad en general?

—¿Está seguro?

—Estoy segurísimo —respondí exactamente en el mismo tono.

—De acuerdo. Estoy reservándolo ahora mismo.

—Gracias. Ah, y Natalie…

—¿Sí, señor Sun?

—Este es su aviso de despido. Sus dos semanas comienzan ahora.

—No puede hacerme esto —gritó, sin siquiera preguntar por qué. Totalmente inconsciente de que las últimas semanas había mantenido su empleo de casualidad, porque simplemente había estado demasiado jodido como para acordarme de despedirla antes.

—Sí que puedo. Intentaste robarme esperma.

—Lamentabl… —trató de terminar la frase, pero no la dejé.

—Feliz puta Navidad. Y no vuelvas a presentarte por aquí.

CAPÍTULO OCHENTA Y SEIS

Cuenta atrás: 3 días.

Ollie vB: Tengo material.
Romeo Costa: No, gracias. Rechazo cualquier cosa que puedas estar ofreciéndome, porque probablemente sea algo asqueroso.
Ollie vB: «Material» es sinónimo de chismes. Tu esposa de alcurnia sureña estaría tan avergonzada de ti ahora mismo…
Romeo Costa: ¿Cuál es la primicia?
Ollie vB: Nuestro buen amigo Zachary ha sido visto por una aristócrata de segunda fila en el aeropuerto, arrastrando un carrito como un plebeyo sin su propio avión privado.
Romeo Costa: ¿Estás seguro de que era Zach?
Romeo Costa: Porque es menos terrenal que Neptuno.
Ollie vB: Le sacaron fotos.
Zach Sun: No tiene nada de espeluznante.
Romeo Costa: @ZachSun, ¿confirmas este informe de tan dudosa procedencia?
Zach Sun: Mi madre me ha robado el avión.
Ollie vB: [Emoji de gesto de OK]. Suena a excusa por no haber hecho los deberes de la escuela, la mejor que he oído en mi vida.
Romeo Costa: ¿Estás DENTRO de un avión comercial en este instante?
Zach Sun: Desgraciadamente, así es.
Ollie vB: ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?
Zach Sun: En primero de primaria.
Ollie vB: Dios mío, ¿cómo es? Cuéntanoslo todo. Lo he visto en las películas, pero nunca lo he hecho.

Zach Sun: Lleno. Ruidoso. Y la comida huele como si la hubiera digerido un perro anciano que después te la hubiese vomitado en el plato.
Ollie vB: Creo que acabo de acercarme unos segundos a mi muerte por dentro solo de leer esto. ¿Cómo es la clase ejecutiva? ¿Es como ir de *glamping*?
Zach Sun: No quedaban billetes en primera clase, así que estoy en clase turista.
Ollie vB: Es broma, ¿no? ¡No me jodas!
Romeo Costa: Tranquilo, Ollie. Aquí nadie se te acerca (y menos a tu verga) sin un traje especial contra sustancias peligrosas.

Zach Sun envió un archivo adjunto.

Romeo Costa: Por Jesús bendito. Está en clase turista de verdad.
Zach Sun: Y además es un vuelo con escalas.
Romeo Costa: @ZachSun, ¿te molestaría decirnos qué era tan urgente y dónde vas? Nos tienes en ascuas.
Zach Sun: Tailandia, para arrancarles a mi madre y mi tía la información de dónde está Eileen.
Romeo Costa: Las dos te van a matar.
Zach Sun: Lo tengo muy presente.
Ollie vB: Si lo logran, ¿puedo quedarme con la cámara criogénica? Tu modelo está agotado.
Romeo Costa: Ya que has estado desaparecido en combate todo el mes, te lo pregunto por aquí…
Romeo Costa: ¿Qué te hizo darte cuenta de que no puedes seguir adelante con la boda?
Zach Sun: Farrow.
Ollie vB: ¿Y lo de la cámara? ¿Es un no?
Romeo Costa: Lucha por ella, hermano. Lo vale.
Zach Sun: Estoy en ello. Y sí, ya lo sé.
Ollie vB: Supongo que tendré que arrastrarla a casa yo mismo después de que tu madre te tire al río Mekong sin salvavidas.
Romeo Costa: Es bueno saber que algo logró colarse en tu corazón.
Zach Sun: No es solo en mi corazón. La tengo metida por todo el sistema.

CAPÍTULO OCHENTA Y SIETE

Zach

Cuenta atrás: 3 días.

Nunca esperé que la gente se doblegara a mi voluntad. Simplemente, a lo largo de toda mi vida, vi que todos lo hacían con naturalidad, como si yo emitiera una orden inquebrantable por el mero hecho de existir. Después del accidente, cuando mamá cambió por completo, consideré que ese giro de ciento ochenta grados era la manera que tenía el universo de contrarrestar mi vida bendecida.

Hasta ahora.

Cuando todo se fue a la mierda.

Y a *nadie* pareció importarle una maldita palabra de lo que decía.

Arremetí por la entrada de la grandiosa villa de cuatro habitaciones con piscina al mismo tiempo que ahuyentaba como a una mosca a la asistente del spa que mamá había contratado para su estadía en el Four Seasons Chiang Mai.

—¿Dónde están?

Se debatió por un momento entre si perseguirme por el hotel o salir corriendo en busca de ayuda.

—No sé a quién se refiere.

—Sí que lo sabes. Sun Yu Wen y Zhao Yu Ting. ¿Qué habitación?

Mis mocasines golpeaban sobre la madera del suelo en dirección a la puerta que daba a la terraza privada. Una pared de lotos y árboles tropicales frondosos dejaban oculta a la vista la piscina rectangular. Celeste Ayi estaba desparramada sobre una cama tamaño extragrande recubierta por un dosel, con un sombrero de ala tan ancho que podía cubrir un edificio entero. Bebía un cóctel tropical y hojeaba las páginas de una *Vogue* que tenía sobre el regazo.

Bajé una de las escaleras dobles del balcón y me detuve a un paso de ella. La asistente corrió detrás de mí, pero yo era más alto y más rápido y me alimentaba una furia que podía hacer combustión durante toda una vida.

—Zhao Yu Ting.

Levantó la vista de la revista sin que se le notara ni la más remota sorpresa de verme.

—Zachary. Mi sobrino favorito.

—Tu *único* sobrino.

Hizo un gesto con la mano y pasó una página.

—Ni me lo recuerdes. Ya sabes que me encanta la variedad. ¿Qué tal tu vuelo?

Ni siquiera me preguntó cómo sabía que estaban allí. Estas mujeres sabían que las perseguiría para conseguir la información que yo buscaba. Consideré presionar a Ayi para obtenerla, pero ahora que había llegado, mi sed de sangre exigía respuestas directamente de la fuente. Me tembló la mandíbula.

—¿Dónde está mamá?

Estaba agotado al máximo, trastornado por el desfase horario y por llevar casi un mes sin hablar con Farrow. Con un suspiro, Celeste Ayi desató el nudo de satén que le sujetaba el sombrero y lo dejó a su lado. Se bajó las gafas de sol y me miró.

—Ahora mismo no te conviene hablar con tu madre.

—¿Por qué no?

—¿Por qué? —Resopló y se llevó una mano a la garganta—. Bueno, ¿no es obvio? Ella cree que estás a punto de cometer el peor error de tu vida.

—¿Cuál? ¿Avergonzar a la familia? Porque mi familia entera consiste en tres personas y me incluyo.

—Tonterías. Tenemos familia extendida. Al menos doscientas personas. —Se levantó, miró de reojo a la pobre asistente detrás de mí como si hubiera esperado que me echara a puñetazos—. Y no. Cree que morirás de una muerte horrible si no te casas con alguien dispuesto a seguir todas y cada una de sus instrucciones de seguridad. ¿Recuerdas cuando a Natalie se le fundieron los circuitos cerebrales y compró tus Stefano Ricci en el centro comercial en lugar de en la tienda insignia? Tu madre te dio ginseng rojo en el té durante una semana. Temía que murieras de complicaciones por la enfermedad de manos, pies y boca.

La seguí a la cocina y le dije:

—Estás de coña.

Siempre había pensado que su ansiedad provenía de la repentina y violenta muerte de su esposo… pero ¿mamá realmente creía que me iba a morir por usar los zapatos equivocados?

—¿Por qué te mentiría?

—Porque lo haces. Todo el maldito tiempo.

Me pasé todos los años del preescolar convencido de que todas las jugueterías de Potomac se habían prendido fuego, solo porque mi tía prefería pasar tiempo en el centro comercial que cuidarme.

—Puede ser. —Ayi se encogió de hombros. En realidad no le importaba—. Pero no te estoy mintiendo sobre esto, Zachary. Enamorarse es como nadar demasiado lejos de la orilla. En el momento en que te das cuenta del peligro que corres, es demasiado tarde. Es más seguro no nadar.

—¿Mamá piensa eso?

—Pregúntaselo tú mismo. Nunca te has molestado en hacerlo.

Me quedé paralizado, en ese mismo momento me di cuenta de que tenía razón: la idea de analizar algo en serio con mamá me hacía querer cambiarme el nombre y mudarme a Alaska. Y no es que sintiera el frío demasiado. Bueno, al menos hasta antes de Farrow.

—¿Forzarme a un matrimonio sin amor no tiene que ver con nuestro legado?

—«¿Legado? ¿Reputación?» —Ayi agitó una mano y encendió la máquina de café expreso—. Si yo ya puedo llevar adelante los legados de cada una de las familia de Chiang Mai. Así de impresionante soy. No necesitamos a ningún CEO de la lista de Fortune 100 para hacer eso. ¿Nunca te dijeron que eres un poco aburrido? En todo caso, es *eso* y no otra cosa lo que está arrastrando la reputación por el suelo.

—Basta con tus burlas. —Le arrebaté la taza de la mano y derramé el líquido marrón por todo el mostrador al apoyar la taza de un golpe—. Y no me voy a ninguna parte antes de ver a mamá, así que más te vale que me digas dónde está.

—Uf, qué pesado. —Ayi miró al cielo con gesto de hastío y se debatió entre los frutos del mostrador: jaca, longan y lichi—. Haciéndose un tratamiento facial en el baño. No le digas que he sido yo que te ha mandado para allá.

—Gracias, Ayi.

—De nada, *sha haizi*.

Caminé por el pasillo espacioso y llamé a la puerta del dormitorio principal. No hubo respuesta. Golpeé más fuerte y me llegó un suspiro desde el otro lado.

—Si es mi hijo, no estoy. Si es el servicio de habitaciones, déjelo en la puerta.

Estaba a punto de que le brindaran un buen servicio, sin duda alguna; una buena dosis de realidad. Empujé la puerta pesada y me encontré cara a cara con mi madre. Estaba tumbada boca abajo en una camilla de masaje donde la atendían dos jóvenes masajistas. La cubría una toalla —por suerte— y escribía en el ordenador portátil que tenía delante. «Con que meditando, ¿eh?». Esta mujer iba detrás de la paz mental tanto como yo de más amigos con adicciones sexuales (disculpas, Ollie).

Al ver a su único hijo, mamá cerró el ordenador con el ceño fruncido.

—Oh. —Se incorporó y ahuyentó a las masajistas—. Eres tú.

—Mamá. —Abrí los brazos y fingí una sonrisa. Entretanto, sentí que se disparaba hasta el cielo la ira que sentía por su viaje improvisado en el preciso momento en que se me desmoronaba la vida—. Me alegro de verte.

Cruzó las piernas, se llevó el vaso a los labios y sorbió por una pajita.

—Me hiere en lo más profundo de mi ser que no te alegres de ver a tu madre —dijo.

Rodeé la camilla, la miré directo a la cara y le contesté:

—A mí me hiere en lo más profundo que hayas elegido arruinar cualquier posibilidad de felicidad en mi vida.

Se atragantó con el agua y empezó a toser mientras elevaba los ojos para encontrarse con los míos. Yo nunca antes la había enfrentado, siempre había sido cordial, comprensivo y obediente. Era mi modo de disculparme por haber matado a su marido.

Apoyó la taza.

—¿Perdona?

—De hecho, no te lo perdono. —Me senté en un banco frente a una ventana que daba a la piscina. Estábamos por tener una larga charla—. Desde que papá murió, he tratado de ser el hijo perfecto para compensar el hecho de haberlo matado.

—Tú no lo mataste…

—Sí que lo hice y ambos lo sabemos. Su lado del coche permaneció casi intacto en el choque. Si se hubiera quedado allí, estaría vivo. Es rastrillo tendría que haberme perforado a mí en el pecho, y no a él.

Tragó saliva y se dio la vuelta. No podía decir nada ante la verdad dicha así, en crudo y espantosa.

—Después de que salieras de tu duelo…

—No he salido. —Se puso la bata, mirando fijamente la pared—. No he salido de mi duelo.

—Está bien… —La creí, porque yo tampoco lo había hecho—. Cuando volviste a ser funcional —corregí—, Ayi y yo acordamos no agitar las aguas. No queríamos provocar una recaída.

—No estoy rota. —Cruzó los brazos, aún demasiado terca para admitir lo que había pasado—. No hay nada malo en mí.

La ignoré, acercándome a la mesita de noche.

—En ese momento, no sabía que firmar ese contrato no escrito me condenaría a una vida de seguir una demanda irracional tras otra. No porque estuviera de acuerdo con ellas, sino porque necesitaba expiar mi pecado —proseguí.

—Tú no eres un pecador. —Se llevó los dedos índices a cada lado de la sien y se masajeó—. Aquí no hay ningún pecado que expiar.

—Sí que lo hay, pero ya terminé de expiarlo. No voy a casarme con Eileen.

Mamá se bajó de la camilla de un salto.

—Eileen es tu lugar seguro.

—Eileen no es para mí.

«De hecho, Eileen sería más adecuada para una carrera en el programa de protección de testigos».

—¿Y *esa* mujer sí que lo es? —Mamá se abalanzó sobre mí y se clavó el pulgar en el pecho—. Desde el accidente, yo me reorganicé toda la vida para asegurarme de que estuvieras a salvo. Para que nunca volviera a ocurrir algo como lo del accidente. Que comieras la comida más segura, que pasaras tiempo con los grupos más seguros, que condujeras los coches más seguros… Y, mírate. Estás vivo.

—Sí, estoy vivo. Pero no soy feliz para nada.

«Bueno, hasta antes de Farrow…».

—¿De dónde viene todo esto? —Mamá arrugó la nariz como si yo fuera un proveedor de servicios con el que ya no quería tratar. Pero

podía ver más allá; le había tocado una fibra sensible—. Son solo los nervios previos a la boda. Ya pasarán una vez que pase la fiesta.

Levanté la palma de la mano para detenerla y negué con la cabeza. Estábamos cara a cara. Tan cerca que podía olerle el perfume tenue que siempre iba pegado a su piel: aceite de coco y flor de cerezo.

—El compromiso está cancelado. Fin de la discusión. Y no te he soltado este discurso para discutirlo, simplemente no quería que te tomara por sorpresa.

Mamá apretó los labios en una línea dura.

—¿Que me tomara por sorpresa el qué?

Nunca la había visto así. Tan roja por todas partes; la piel del cuello se le erizó como si tuviera una reacción alérgica a nuestra conversación.

—Por el hecho de que cortaré todo lazo contigo si te niegas a aceptar el fin de mi compromiso.

—¿Qué? —Los ojos se le salieron de las órbitas—. No puedes hacer eso. Soy tu madre.

Me puso la mano en el hombro. La aparté. Sinceramente esperaba que entrara en razón. No me causaba ningún placer cortar nuestra relación. Al fin y al cabo, ella hacía lo que hacía porque su esposo había muerto, al igual que yo que me alejaba de todo contacto con la piel, la lluvia y los coches después de haber perdido a papá.

—Perdiste el derecho a identificarte como tal cuando me chantajeaste emocionalmente para que me casara con alguien a quien sabías que no amaba. Acepto mi responsabilidad por dejarte hacerlo, pero no te equivoques: nunca más dejaré que tus miedos dicten mi felicidad.

O mi propio trauma, para el caso.

Mamá se tambaleó, buscaba las palabras que decir y no las encontraba.

Recogí su teléfono de la mesita de noche y lo sacudí, seguro de que encontraría ahí la ubicación de Eileen. Terminé el parlamento:

—Ah, y *esa mujer* se llama Farrow. Y planeo convertirla en mi esposa.

Como ya había dicho lo que había venido a decir, me di la vuelta y me dirigí a la puerta. El ruido sordo de mis mocasines resonó en el silencio inquietante. De repente, se les unió el sonido de otro par de pies.

—No puedes cortar los lazos conmigo. —Mamá trató de agarrarme por la manga de la camisa. El sudor se filtró por la tela desde sus garras húmedas—. Y desde luego que no puedes casarte con esa mujer.

Giré a la altura del pasillo y le mostré los dientes.

—Ya he tomado una decisión.

Después, aceleré el paso. Mamá chilló y salió corriendo detrás de mí. Pasamos al lado de Celeste Ayi, en el salón, y ladeó la cabeza, curiosa al vernos. Abrí la puerta de salida de golpe y empecé a bajar las escaleras. Entonces oí otro chirrido de mi madre por detrás de mí.

—Espera.

No quería girarme y darle un minuto de mi tiempo, especialmente considerando la fecha límite que se acercaba. Aun así, giré sobre mis talones y la observé desde lo alto de las escaleras... Estaba agarrada a las solapas de la bata con una mano y con la otra se apoyaba en el marco de la puerta como si no pudiera mantenerse en pie.

Cogí más fuerte el teléfono robado.

—¿Qué?

—No puedo… —Cerró los ojos. Después, silencio.

Miré el reloj e insistí:

—¿No puedes qué? —Necesitaba romper el compromiso con Eileen lo antes posible.

—No puedo… —Los ojos de mamá se abrieron de golpe. Grandes y salidos de la órbita. Pareció sorprendida por un segundo, como si hubiera visto algo que no esperaba ver.

—Ya basta, mamá.

Pero, en lugar de responderme, se le doblaron las piernas por las rodillas, como un cervatillo que intenta dar su primer paso, se tropieza, y muere.

CAPÍTULO OCHENTA Y OCHO

Zach

Cuenta atrás: 3 días.

Había buenas y malas noticias.

La buena noticia era que mi madre no había muerto. Bueno para mi conciencia, bueno para su salud, y positivo en general.

La mala noticia era que, en ese momento, yo estaba en un hospital de Chiang Mai con un vuelo de vuelta a los Estados Unidos cancelado, a la espera de que mi madre despertara después del infarto sufrido, cortesía de quien suscribe.

—Te dije que no te enfrentaras a ella por lo de Eileen. Casi la matas. —Celeste Ayi se paseaba por la pequeña habitación, vestida de Chanel de pies a cabeza, haciendo compras en línea con el teléfono en la mano—. Ah, creo que acabo de encontrar un par de Louboutin de Moda Operandi. Nadie se dará cuenta de que son de segunda mano, ¿no?

Me senté junto a la cama de mamá y miré la pantalla de mi teléfono.

—Los médicos han dicho que ha sido un miniinfarto.

Ya había visto dónde estaba Eileen en el teléfono de mamá hacía un par de horas y me había reservado asientos en todos los vuelos de regreso de la semana siguiente, por si acaso; por si mamá tardaba en despertar y por si no encontraba un chárter privado. No había manera de que me hicieran pasar por el infierno de la clase turista de nuevo.

—Sí, pero ¿quién se va a quedar con ella hasta que la den de alta? —Celeste Ayi se detuvo frente a la ventana, sin dejar de atender a las oportunidades de los diseños exclusivos—. Yo. Y ya tengo unas Navidades muy ocupadas. Estoy invitada a cantidad de eventos.

—No, no lo estás.

—Bueno, no lo estoy, está bien. Pero sí me han invitado de acompañante.

Puse el teléfono en el soporte junto a la cama del hospital y le di unos golpecitos con el dedo. Decir que no me importaban los compromisos sociales de mi tía era hasta demasiado sutil.

Cuanto más pensaba en todo lo ocurrido, más difícil me resultaba sentirme arrepentido de haber confrontado a mamá sobre la boda. Claro que yo no la quería en un hospital. Y claro que era fácil pensar eso cuando ya sabía que su vida no corría ningún peligro real. Pero al fin había cerrado el ciclo. Podíamos seguir adelante desde aquí. Tal vez incluso volver a nuestra relación anterior. Antes de la muerte de papá.

Celeste Ayi se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Zachary?

—¿Sí?

—¿Crees que debería ir a traerme una maleta? Me quedaré aquí durante un buen tiempo, después de todo.

—Es buena idea. Yo me iré de aquí en las próximas cinco horas. —Tenía que hacerlo, de hecho, si quería alcanzar a Farrow.

—¿Quieres algo del hotel? —Celeste soltó el teléfono dentro de su Birkin—. ¿Un tentempié? ¿Algo para asearte? ¿Un par de modales nuevos?

—Estoy bien en todos esos frentes. —Le hice un gesto para que se fuera y seguí mirando la pantalla, a la espera de una llamada de la empresa de chárteres—. Salvo el de los modales. Pero, francamente, no me importa.

Celeste Ayi torció una comisura de los labios y se detuvo en la puerta antes de marcharse. Me miró fijamente a los ojos durante un rato.

—Estás distinto

—¿Distinto cómo?

—Te has convertido en… —pensó en la palabra adecuada y siguió —: *un ser humano.*

—De acuerdo.

Se encogió de hombros.

—No me disgusta, ¿sabes?

—No me importa.

CAPÍTULO OCHENTA Y NUEVE

Zach

Cuenta atrás: 2 días.

Dos horas.

Mi vuelo despegaría en dos horas. Directo a Italia, donde estaba alojada Eileen; en una finca lujosa, propiedad del segundo exmarido de Celeste Ayi. Tenía la intención de romper el compromiso con ella en no más de siete minutos y subirme directo a un *jet* que me llevaría de vuelta a Potomac con casi veinticuatro horas de margen.

Tenía la mirada fija sobre mamá, que tenía los ojos cerrados, la piel pálida y sin brillo. Parecía haber envejecido un par de siglos. Y, sin embargo, también parecía en paz. Relajada al fin, sin el peso de nuestra pérdida.

Se le movieron los ojos de izquierda a derecha por debajo de los párpados. Me incliné hacia delante, apoyé los codos sobre las rodillas y seguí observándola. Las enfermeras la habían llenado de medicamentos, le habían inyectado todo tipo de analgésicos para calmar el dolor de la costilla que le había roto el paramédico que la

había atendido en el hotel. Iba tan drogada que debía andar por las nubes, más alta que la inflación del país.

Abrió los ojos en la habitación a media luz. La máquina que tenía conectada a ella continuó con el latido constante. Yo no sabía qué habría de hacer un buen hijo en ese momento; no tenía mucha experiencia en ese aspecto. Si los papeles hubieran estado invertidos y fuese Farrow quien se cerniera sobre mi cama en un hospital, querría que me tomara la mano.

Aun así, la mía me la guardé de mi lado. Después de todo, hacía apenas unas horas que había amenazado a mamá con cortar nuestra relación si se oponía a lo nuestro con Pulpi.

—Estás en el hospital. —Apoyé la espalda en el asiento y me di cuenta de que sentía un alivio sustancial de verla despertarse—. ¿Cómo te sientes?

Mamá sacó la lengua para mojarse los labios. En lugar de eso, se le escapó un gruñido; el movimiento era demasiado exigente en su estado actual. Cerró los ojos con fuerza y me contestó:

—He tenido mejores días. —No le dije nada. Ella tomó aire, como si quisiera asegurarse de que podía—. ¿Qué me ha pasado?

—Un miniinfarto. —Metí las manos en los bolsillos—. Muy leve, según los médicos. Estás en el hospital de Chiang Mai, en la mejor institución de salud privada que hay aquí, monitoreada todo el día. Celeste Ayi está en el hotel, preparándose una maleta. Quieren que te quedes cinco días para controlarte el ritmo cardíaco y hacerte unos estudios generales.

—Entonces, ¿por qué me siento tan… *mareada*? —Tragó saliva y dejó salir una mueca de dolor atroz, como si ese mero movimiento se lo produjera—. ¿Y con un dolor terrible?

—Los médicos te han tenido que reanimar en la villa y te han roto una costilla en el proceso; es más doloroso que peligroso. De hecho, no es peligroso para nada. Solo una molestia. Puedes bombearte más analgésicos con este botón si quieres. —Le tomé la mano y se la llevé hasta un control remoto blanco escondido en la esquina de la cama.

Mamá jadeó un poco. Y se quedó con la boca abierta. Casi chilló cuando la toqué.

—Lo siento. —Me aparté—. ¿Te he hecho daño?

—No, no. —Sacudió la cabeza y se quedó mirándome, como hipnotizada—. Es solo que… me has tocado, Zach. Tú nunca tocas a nadie. No desde que tu padre falleció.

—Farrow me enseñó el contacto piel con piel. —Sonreí, en algún lugar entre la amargura y la nostalgia—. Hubo mucho ensayo y error.

Momentos incómodos.

Momentos alegres.

Y aprecié cada uno de ellos.

Se le colgaron unas lágrimas de las puntas de sus pestañas inferiores.

—¿Puedo…? —Le temblaron las manos por todas partes—. ¿Puedo cogerte la mano? Llevo años queriendo hacerlo…

Pero no esperó que le diera permiso. Agarró mi palma y entrelazó nuestros dedos. Una piel seca y fría se encontró con la mía. Permanecí completamente inmóvil mientras ella se llevaba el dorso de mi mano a los labios helados y agrietados. Y me daba un beso en los nudillos.

Me recorrió un temblor desagradable, pero no me acobardé ni retrocedí. No quería lanzarme a la ducha y subir la temperatura

hasta la de una tetera hirviendo. Supongo que porque me había curado. Era curioso, siempre me había imaginado que todos mis problemas desaparecerían si aprendía a tocar, pero nunca se me había ocurrido que tocar fuera a ir de la mano con los sentimientos. Y la única persona cuyo tacto ansiaba estaba a miles de kilómetros de distancia, en otro continente, probablemente peleándose con un cocodrilo solo para demostrarse a ella misma que podía con él.

Mamá empezó a llorar desconsoladamente.

—¿Ha sido ella? ¿Ella ha logrado esto? —Apenas si podía distinguir lo que decía en esos susurros roncos—. ¿Ella te ha hecho tocar de nuevo?

—Sí.

«No tienes ni idea. Me enseñó más de lo que jamás podría esperar aprender».

—Pero… ¿cómo?

La noticia debió haberle roto un pedazo de cerebro. Había pagado millonadas en todo tipo de psicólogos, terapeutas, médicos y hasta hipnotizadores. Con especialistas de todo el mundo. Los mejores en cada uno de sus campos. Y ninguno de ellos había logrado ayudarme. Ni siquiera un poco.

—Es simple. —Separé la mano de la suya y proseguí—: Ella hizo que tocarla me resultara enteramente irresistible. Me mostró una calidez, un coraje y una pasión por la vida que jamás había visto. Me hizo olvidarme del trabajo, de los logros vacíos. Me hizo… —Me volvieron los *flashes* de mis días con Farrow y se me formó una pequeña sonrisa en los labios—. Me hizo comer comida basura y beber cerveza de mierda.

—Oh, Zachary. —Mamá sonaba horrorizada y divertida por igual—. Eso es extremadamente desagradable. —Hizo una pausa y vi que le asomaban los ingredientes de una sonrisa y se le extendían por el rostro—. ¿Pero te hizo sentir feliz?

—Me hizo sentir fascinado. Antes de Farrow, me había olvidado de cómo es ser feliz. Daría cualquier cosa por traerla de vuelta.

Mamá se miró las piernas cubiertas con una manta. Una arruga le surcó el espacio entre las cejas. La mujer que se gastaba miles de dólares en mascarillas faciales había envejecido una década en apenas unas horas. Parecía indefensa ante el mundo.

—Tengo que decirte algo, Zachary.

La miré en silencio. No había mentido cuando le había dicho a Farrow que creía que había alguien en el universo que jugaba conmigo. Mi vuelo saldría en noventa y siete minutos, y la cuenta atrás avanzaba por segundos. Mientras tanto, yo estaba sentado en medio de esa especie de confesión en el lecho de muerte, sin el lecho de muerte… Era un truco cruel del destino que, a pesar de las miles de oportunidades que habíamos tenido de tener esa conversación en casa, hubiéramos decidido conversar sobre el clima y las acciones durante nuestros almuerzos insípidos.

—¿Qué es?

—Yo… —Mamá se llevó el puño a los labios para reprimir una tos. Las venas azules y púrpuras le corrían por el dorso de la mano como si fuera un mapa de la familia—. Yo respeto a Farrow por haberte tratado bien.

—¿Más allá de tu intento de sobornarla?

Sí, lo había presenciado a través de los ventanales el primer día de Farrow; ver cómo ella rechazaba el cheque me había despertado la

curiosidad.

—Sí. Fueron unos trucos insignificantes para quitártela de encima. —Mamá se miró los pies tapados—. Se defendió bien.

—Es así de fuerte.

Quizás debería haberme enfadado, pero no lo hice. Para empezar, me lo esperaba; de hecho, había anticipado algo peor. En segundo lugar, Farrow Ballantine podía defenderse sola. Y, además, ella florecía con cada pequeña victoria. Hubiera sido inútil luchar cada batalla por ella cuando todo lo que convertía a Pulpi en la mujer que amaba podría resumirse en su corazón: fuerte, vibrante, recubierto de acero y, a la vez, cálido.

—Rechazó el dinero, dicho sea de paso —añadió mamá tras una pausa.

—Ya lo sé.

—Su trato contigo probablemente fue más lucrativo que lo que yo ofrecí.

—Eso también lo sé.

—¿Y no crees que pueda ser una cazafortunas?

—No. —No dejé lugar a dudas en mi voz. Pregunta contestada. Caso cerrado. Si insistía, cumpliría con mi amenaza y me iría. Para siempre.

—Yo tampoco creo que sea una cazafortunas. —Mamá tocó la cánula en su mano, sin mirarme a los ojos—. Pero no es eso lo que quiero decir.

Miré el reloj, desquiciado por la posibilidad de perder el vuelo y arruinar cualquier oportunidad con mi pequeña y luchadora no cazafortunas

—¿Y qué es lo que quieres decir?

—Que podría ser peor todavía. —No se atrevió a mirarme—. Creo que Eileen te está mintiendo.

—¿Sobre qué?

—Su personalidad, su aversión a tocar, ciertos pedazos de su historia. Cualquiera de esas cosas.

No me sorprendió. Más que nada porque ya la había puesto en la cima de mi lista negra por el crimen de negarse a ser dejada cuando nunca habíamos tenido una relación real. Cualquier rasgo negativo extra solo podría considerarse un plus.

—No cambia nada. El compromiso siempre fue una farsa. No tengo intención de casarme con ella. La pregunta es por qué ibas a permitir que tu hijo se casara con una mentirosa.

—Porque ella moldeó su vida alrededor de la tuya. Y alguien dispuesta a hacer eso está dispuesta a mantenerte a salvo.

—No necesito estar a salvo.

Finalmente me estaba dando cuenta de eso. Con cada roce. Cada lluvia. Cada viaje espantoso en ese Prius de la muerte. Cada vez que me contenía, me hacía más pequeño como persona. Había tanto riesgo en dar saltos como en no saltar para nada.

—Sí que lo necesitas. —Mamá se disparó hacia delante, sin conseguir gritar ni moverse hacia donde quería, pero yo sabía que lo haría si pudiera—. Tú eres lo único que me queda en el mundo. No quiero a nadie más que a ti. ¿No te das cuenta de eso?

—¿Ah, sí? No me digas.

Ni siquiera me amonestó por mi forma de hablarle, estaba demasiado ocupada en hacerme ver su punto de vista.

—Necesitas estar a salvo. Tu padre te querría vivo y feliz.

—Seré feliz. Mientras tenga a Farrow conmigo. En cuanto a estar vivo… —Hice una pausa y me hundí los dedos en el cabello—. No puedo prometer ser perfecto en cada momento, pero sin duda he aprendido que la vida es valiosa.

«Y no a través de la supuesta lección de Oliver».

—No correré riesgos innecesarios. Pero, no te equivoques, tampoco me quedaré paralizado de temor.

El golpeteo de mi zapato contra las baldosas me sobresaltó. No me había dado cuenta de cuánto me molestaba la perspectiva de cortar relación con mamá. En verdad, antes del accidente, compartíamos un vínculo increíble. Cada vez que veía a mamá comportarse como una extraña, los recuerdos latentes de la infancia me hurgaban la mente y me resquebraban la ira. Películas nocturnas, citas sorpresa a parques de juegos, noches de hacer nuestros propios *dumplings* que me encantaban… Si hasta Romeo quería mudarse a nuestra casa, aunque es cierto que tenía otras razones.

Esperé con la respiración contenida que llegara la respuesta de mamá.

«Déjame vivir mi vida como quiera. Alégrate por mí».

Bajó el mentón al cuello.

—¿Qué tengo que hacer para que no cortes la relación conmigo? —Como el pie de un parlamento teatral, los pitidos del monitor de ritmo cardíaco tamborilearon más rápido, y ganaron más velocidad.

Le respondí de inmediato:

—Que aceptes el fin del compromiso.

—Hecho.

—Que aceptes a Farrow. —Esta vez, sí le tomé la mano y la puse en la mía, sobre mi palma—. Y que, con el tiempo, la ames como a una hija. Ella nunca ha tenido una familia, mamá. —Entrelacé mis dedos con los suyos y continué—: Ella nunca le ha cogido la mano a una madre. Y te lo prometo: verás que, cuando la conozcas, cuando realmente llegues a conocerla de verdad, vas a quererla tanto como yo.

Con su mano libre, mamá trazó la línea donde nuestras palmas se tocaban, casi hipnotizada.

—¿De verdad la amas?

—Sí. —No titubeé. Solo dije la pura verdad—. Estoy completamente trastornado cuando ella no está.

Mamá apretó mi mano después de un momento y arrastró los ojos hasta los míos.

—Trato hecho.

—Y además…

Recostó la cabeza en la almohada, y formó un gemido con los labios:

—¿Hay más?

—Es lo último, te lo prometo. —«Y puede ser lo que más te resistas a hacer»—. Quiero que busques ayuda. Para tu ansiedad.

—No tengo ansiedad.

—Sí la tienes.

—Me niego a tomar pastillas.

—Hay otros métodos, pero si hay un médico que te las recomienda y las pastillas son la mejor opción, necesito saber que harás todo lo posible para mejorar. Como mínimo, quiero que hables con alguien cualificado para ayudarte.

El pulsómetro se volvió loco. Mamá sacudía la cabeza.

—Pero…

—Necesito que sea todo o nada, mamá.

—Bien. —Exhaló un suspiro y miró a un costado por un momento. Al final, me devolvió la mirada—. Te veo mirando el reloj cada diez segundos. Toma el *jet*. Vete a buscar a tu esposa, Zachary.

CAPÍTULO NOVENTA

Farrow

Falta 1 día.

«Aquí es donde voy a morir».

En la sagrada y nunca antes vista galería de arte donde no se permite la entrada a nadie. Esparcida por el suelo de epoxi, inerte. Rodeada de arte de valor incalculable. Con salpicaduras de sangre camufladas por el espeluznante negro y rojo de Jackson Pollock.

Por lo menos, no podía encontrar una sola explicación alternativa de por qué Zachary Sun me había enviado a ese garaje subterráneo espantoso. Durante semanas, había catalogado cada objeto que Romeo y Oliver habían llevado a mi monoambiente y no faltaba nada; no poseía nada más. No había modo de que me quisiera aquí para enseñarme todas las cosas que nunca tendría.

Salí del ascensor sigilosamente, casi preparada para que me saltara algo encima. La llave electrónica salió escupida de una ranura al otro lado y me hizo salir un grito de sorpresa.

—Bienvenida, señorita Ballantine.

Y di otro aullido, cortesía de la voz robótica de la IA de la entrada.

Se abrieron dos puertas corredizas dobles de vidrio y me abrieron el paso al espacio principal. Si esta hubiera sido la noche de aquella velada de su cacería nupcial, me hubiese resultado imposible traspasar esta fortaleza. Había unos proyectores que iluminaban unas flechas blancas en el suelo y llevaban al extremo más alejado de la galería. Tan al fondo, que ni siquiera podía distinguir nada más allá de una nube borrosa.

—Por favor, siga el camino indicado.

Pisé una flecha, manteniendo mis pies directamente sobre la columna, como si fuera una tabla de madera sobre un puente de cuerda. Un paso en falso y ¡paf! La idea de desviarse de la línea y romper una obra maestra de cinco millones de dólares me pinchaba en el fondo de mis pensamientos mientras paseaba al lado de estatuas, cuadros, vitrinas y pasillos; y estaba demasiado concentrada en mis pasos para absorberlo todo.

Una vez alcanzada la última flecha, me atreví a levantar la vista. Había decenas de cajas, tubos y estantes esparcidos por la sección vacía de la galería.

—Por favor, recoja sus pertenencias, señorita Ballantine.

Me señalé a mí misma, sintiéndome ridícula en miles de maneras.

—¿Yo?

—Sí.

—Oh.

No esperaba que me respondiera. Ni había planeado esto, para el caso. De hecho, necesitaría un camión de mudanzas y una cuadrilla de gente para sacar todo esto. Aun así, me picó la curiosidad. Toqué una caja de gamuza al azar y tiré de la tapa. Se me aflojaron un

poco las rodillas. Había algo dorado nadando en un mar de satén rojo.

«No puede ser».

Lo cogí en un segundo y me lo acerqué al rostro para admirarlo.

—El anillo que papá llevaba en el dedo meñique.

Un monstruo de oro puro. Naturalmente, Vera lo había subastado junto con el primer lote de sus pertenencias dos años atrás. Me lo puse en el pulgar. Me quedaba suelto, pero decidí llevarlo de todos modos.

La voz robótica interrumpió el momento.

—El señor Sun repatrió las pertenencias del señor Ballantine.

Esas palabras me impulsaron a actuar. Corrí hacia el estante de arte: las réplicas de papá ocupaban unas treinta filas, ordenadas alfabéticamente. Hasta estaba el *Salvator Mundi* de Da Vinci, acomodado en un estante con la meticulosidad de una galería; como si la réplica mereciera tanto cuidado como la colección multimillonaria de Zach.

Zachary Sun había logrado reunir todos los artículos que Vera había vendido. El Rolex, las gemas, la vajilla antigua.

Dios mío.

«Dios mío».

Debe haberle tomado tanto tiempo y esfuerzo… ¿Cuándo empezó a planearlo? ¿*Por qué* empezó a planearlo? No podía borrarme la sonrisa embelesada de los labios ni que me lo propusiera. Y no quería hacerlo. Pensar que había pasado los últimos treinta días sintiéndome tan asustada de esa maldita llave.

«Qué cobarde, Fae. Deberías haberlo sabido. Los mejores regalos llegan envueltos de la forma en que menos lo esperas».

Incliné la cabeza hacia atrás y escudriñé los rincones de la habitación hasta que vi una cámara. Una luz roja parpadeante me saludó y le devolví el saludo.

—Gracias, Zach. De verdad.

Entonces, corrí a otra caja y abrí la tapa con un salto de vértigo. Era la escultura de mosaico de dos tortolitos que papá y Vera tenían sobre la mesilla de noche; él se había obsesionado con esa pieza durante su cuarta luna de miel en Venecia. Venía con una carta del revendedor. Deslicé la cartulina pesada hacia fuera del sobre.

Señor Sun:

No me gusta que me hayan amenazado para cederle lo que no es más que una simple fracción de su fortuna artística. Si en el futuro desea apropiarse de mi colección mucho más modesta, le sugiero que recurra a un intercambio cortés.

Saludos,

William St. Eve

P. D. ¿Es así como ha conseguido la colección tan amplia que tiene? ¿Mediante amenazas a todos los coleccionistas del mundo? Kamran Izadi me informó hace poco de que usted requisó una réplica del Teléfono Langosta de su casa.

Grité, los tacones chillando contra el garaje mientras corría de caja en caja, tratando de encontrarla. Cuando finalmente desenterré la langosta, lo llevé a mi pecho, girando en círculos.

—Siempre lo quise para mi propia habitación.

—¿Ha dicho algo, señorita Ballantine?

Ignoré la voz robótica, fijándome en un soporte solitario que llamó mi atención. Una caja tallada a mano que no reconocía descansaba sobre ella. Con el corazón en un puño, abrí la tapa y, al ver el

contenido, solté un jadeo. El colgante. Allí, en toda su gloria. Con su exuberante borla verde y su león tallado a mano. Me aparté el pelo de la cara y entrecerré los ojos para asegurarme de que lo veía bien. Realmente estaba ahí. Hasta la borla recortada con forma torcida, cortesía de quien suscribe.

Me llevé el colgante a los labios y lo sellé con un beso. Mis ojos se fijaron en una nota manuscrita, encajada en el techo de la caja.

«Soy un maldito codicioso, Farrow Ballantine. Que seas suficiente para mí, lo dice todo. – Z».

CAPÍTULO NOVENTA Y UNO

Zach

Cuenta atrás: 1 día.

Siempre tan caritativa, la lluvia se sumó a mi desgracia en cuanto aterricé en Italia. Bajé la escalera sin abrigo, demasiado apurado de tiempo para buscarme uno. Había un chófer parado delante de la puerta trasera abierta de un Rolls Royce Droptail. No sabía nada de él, y no había profundizado en una verificación de antecedentes. Y, aun así, estaba a punto de dejarle a ese total desconocido conducirme bajo la lluvia. Por Farrow, había roto oficialmente todas mis reglas.

Le hice un gesto para que se fuera, me deslicé dentro y cerré la puerta yo mismo.

—Casa al Mare. Le doy diez mil dólares si me lleva en la mitad de lo que dura el viaje habitualmente —le dije.

Cuatro minutos. La conversación tenía que completarse en cuatro minutos. Eso me daba el tiempo suficiente para volar de regreso a Maryland, cambiarme, ducharme y luego localizar a Farrow. Pasamos

hileras y más hileras de villas exuberantes. Las ignoré todas, revisando una alerta de mi sistema de seguridad.

Farrow. En la galería. Dando vueltas entre las esculturas colocadas por todas partes al azar, como una niña. Al final, había encontrado el colgante. Solo le había costado treinta malditos días, pero no hubiese sido Pulpi si no me hubiese empujado más allá de mi zona de confort.

El Rolls Royce llegó hasta una mansión de piedra caliza, con vistas a una franja privada del golfo. Abrí la puerta y subí los escalones adoquinados antes de que el coche terminara de detenerse. Se oía el *Canon en re*, de Pachelbel, que sonaba a todo volumen desde algún lugar del fondo de la casa. Seguí las notas pesadas hasta la terraza majestuosa, casi a punto de arrancar los altavoces, pero me encontré cara a cara con un violonchelista.

Se detuvo, inclinando la cabeza hacia mí, los labios curvados hacia abajo a la vista de mi pelo alborotado y mi atuendo de hacía dos días.

—¿Puedo ayudarle?

—Si quieres que siga tu carrera musical, te sugiero que dejes el arco en el suelo y te quedes en silencio de una puta vez.

—Zi-Zi. —Eileen se estiraba en una esterilla de yoga, pasando de la postura del héroe a la de la montaña—. Qué alegría verte.

«¿Zi-Zi?», de todos los apodos horribles que me habían puesto en la vida, ese era el peor. Peor que cuando Oliver me llamaba como ese duende maldito, Rumpelstiltskin, o aquel apodo supuestamente cariñoso de Ayi, Zachy Popó.

Ignoré su saludo por completo, caminé hasta la mesa a su lado y apoyé mi teléfono ahí, luego di inicio al temporizador.

Ella se detuvo y lo señaló.

—¿Qué es eso?

—Esta conversación debe estar terminada en cuatro minutos.

—Pero…

—Yo diría que hemos terminado, señorita Yang, pero nunca habíamos empezado siquiera. —Recogí mi teléfono y miré el temporizador. Quedaban 3 minutos y 56 segundos—. Esto me llevó más tiempo de lo que esperaba.

Dejé atrás una ráfaga de viento a mi paso mientras me dirigí a la salida. El lugar era todo lo que esperaba del segundo exmarido de Celeste Ayi: llamativo, exagerado y chorreante de oro. Con un sofá dorado, mesas doradas, máquina de café expreso enchapada en oro…

Eileen me persiguió.

—Espera, ¿eso es todo?

Seguí caminando.

—¿Qué más hay que decir?

—No lo sé. —Empezó a agitar las manos, ahora iba al trote—. Lo que sea.

—Por desgracia, tu desesperación me ha dejado sin palabras. —Me metí en el coche y le evité un último pensamiento antes de despedirme de ella para siempre—. Quédate con el maldito anillo. Adiós, Eileen.

CAPÍTULO NOVENTA Y DOS

Zach

Día D.

«Con que no correría riesgos innecesarios, ¿eh?».

Una tormenta violenta me recibió casi al final de mi vuelo de regreso a casa. Me senté frente a una mesa y empecé a redactar lo que pensaba decirle a Pulpi. La cabina se sacudía y me golpeaba la bebida contra el bloc de hojas. Té helado, no *whisky*. Necesitaba estar sobrio para esto.

Las palabras en la página se me agrandaron a la vista y después se desdibujaron por completo.

«Estupendo». No era que me importara. No había escrito ni tres palabras y ya me había atascado: ¿cómo podía convencer a Farrow de pasar el resto de su vida conmigo?

—¿Señor Sun? —Se acercó la azafata, aferrándose al borde de la mesa para apoyarse—. Estamos pasando por una zona de turbulencias fuertes. El capitán le recomienda que se ponga el cinturón de seguridad.

—¿Es seguro volar?

—Estoy segura de que sí.

—Solo respuestas de sí o no.

Ella jugueteó por un momento con la falda y observó la cabina. Después, dijo:

—Traeré al copiloto. Un momento.

Al momento en que se alejó, volví a centrarme ante el problema más grande que tenía entre manos. No tenía experiencia con la gente y mucho menos con las relaciones. El matrimonio forzado de Romeo con Dallas difícilmente podría considerarse el pináculo del romance. En cuanto a Ollie, su único compromiso hasta la fecha había sido con su mano derecha. (Y hasta eso era dudoso, si se tiene en cuenta que tiene toda un ala de su mansión dedicada a los juguetes sexuales).

—¿Señor Sun? —El copiloto tomó asiento frente a mí y apoyó su tableta en el soporte—. Estamos frente a una tormenta repentina que se nos atravesó en el camino. Justo ahora volamos por encima de Delaware.

Señaló una mancha en el mapa y siguió:

—Puede que tengamos que viajar alrededor de la tormenta y dar vueltas en el aire hasta que sea seguro aterrizar.

Consulté mi reloj y pregunté:

—¿Añadirá tiempo al vuelo?

—Tal vez una hora para volar alrededor de la tormenta. No puedo darle una estimación de cuánto tiempo estaremos dando vueltas hasta que se alcancen los umbrales de visibilidad y podamos aterrizar. —Agrandó la imagen en el mapa—. Tal como está, estamos a poco más de treinta minutos del aterrizaje. Tenemos suficiente combustible para aguantar diez horas si es necesario.

No podía permitirme ni un minuto. Según Romeo, Farrow estaría en una competición de esgrima en un par de horas. Planeaba verla con ella y después convencerla de que se casara conmigo.

Le sostuve la mirada y tiré mi cuaderno arruinado a un lado.

—Seguiremos esta ruta.

—No podemos. El aeródromo de Potomac se ha puesto en contacto con nosotros. No es seguro aterrizar ni allí ni en ningún otro lugar de la región de Washington, para el caso.

—Necesito estar en Potomac. *Ahora.*

—Nuestra única alternativa es aterrizar ahora en Delaware, que está a unas cuatro horas de Potomac en coche, Pero allí también hay tormenta. La visibilidad es mejor, pero no es genial.

—¿Es seguro aterrizar?

—¿Seguro? Sí. —Inclinó la cabeza y la sacudió un poco—. ¿Cómodo? No.

—Hagámoslo.

Al menos ir en coche me garantizaría llegar antes de que terminara el evento.

No podía correr el riesgo de no llegar.

El copiloto seguía dando vueltas.

—¿Por qué sigues aquí? —Arqueé una ceja—. Tienes un avión que pilotar.

No muy bien, al parecer, porque minutos después, el avión se desplomó de cabeza. Me lancé hacia delante, gruñendo mientras mi estómago chocaba contra el escritorio.

La azafata corrió a mi lado y revisó mi cinturón de seguridad, tirando con fuerza de la correa. Otra sacudida violenta la lanzó

contra la silla de enfrente. Se arrastró hasta quedar sentada, en una lucha contra cada sacudida cruel.

—No se quite el cinturón, señor Sun.

«No me digas».

Subí la ventanilla y miré hacia el abismo. Confeti blanco que volaba en todas las direcciones en una ventisca de alabastro y gris. A la mitad del descenso, la nieve se transformó en lluvia. Las gotas pesadas se estrellaban contra el cristal.

—¿Siempre es así?

La azafata se abrazó al reposabrazos y echó la cabeza hacia atrás.

—No llevo más de tres meses en este trabajo. Es mi primera tormenta.

La ignoré y luché por mantenerme erguido mientras el avión nos zarandeaba como una batidora. La tableta del copiloto se cayó de la mesa a la alfombra y se activó su lista de reproducción. *I Want to Hold Your Hand* de Los Beatles. Una sacudida despiadada me estampó la cabeza contra la pared. La canción cambió: *Bookends* de Simon & Garfunkel. La misma canción que sonaba cuando papá murió.

De repente, no pude ni escuchar mis propios pensamientos.

«Las bocinas de los coches. La lluvia que caía a cántaros. La espada y el pulpo en la ventana».

Otro golpe seco.

«El colgante».

Volé por sobre mi asiento y aterricé de nuevo con un golpe apagado.

«Las almas no tienen precio, Zach. Intenta proteger la tuya siempre que puedas».

Hundí el mentón en el pecho y luché contra las turbulencias.

—Estoy intentándolo, papá.

«Algún día aprenderás a apreciar las cosas bellas».

—Lo hice, papá. Se llama Farrow.

«Más bocinazos. Amantes desencontrados. Una bocina».

Finalmente había aprendido a apreciar las cosas bellas, y moriría en el aire antes de volver a verla.

«Los ojos muy abiertos de papá. Su torso chocando con el mío. Una gota, y otra, y otra».

El avión caía a toda velocidad, cortando la lluvia.

«Estás bien, Zachary. Estás bien».

—No lo estoy, papá. —Clavé los dedos sobre los reposabrazos y casi los arranco con las uñas—. Estamos cayendo demasiado rápido.

«El rastrillo. La sangre. El cuchillo».

No quería acordarme de nada de esto.

«Los labios de papá moviéndose. Su única lágrima. Sus últimas palabras».

Nos estrellamos contra la pista con un golpe fuertísimo. Mi mano salió disparada y golpeó la ventana. La lluvia caía del cielo como balas. El avión aminoró la marcha, pero yo bajé la cabeza hasta las rodillas, las cejas apretadas entre sí.

«Sus últimas palabras, sus últimas palabras, sus últimas palabras».

—¿Qué mierda dices, maldita sea?

La azafata se desabrochó el cinturón y corrió hacia mí. Me apoyó una mano sobre la espalda

—¿Está usted bien, señor Sun?

—No.

Por fin había recordado las últimas palabras de papá.

CAPÍTULO NOVENTA Y TRES

Zach

Día D.
Naturaleza: 3. Zach Sun: 0.

Tardé cinco horas en llegar al estadio. Cinco horas en un coche de alquiler de mierda que no se desmontaba de pura casualidad, apenas si andaba a fuerza de cemento de contacto y muchas plegarias. No me había duchado ni cambiado en tres días, y me había dejado olvidado el equipaje en Chiang Mai. Lo más cruel era que, siendo alguien que le prohibía al personal usar productos perfumados, había tenido que padecer mi propio hedor durante cinco malditas horas.

En el último tramo de treinta minutos, el calefactor murió de una muerte lenta y la temperatura cayó a cuatro grados centígrados en cuestión de minutos. Y yo todavía no había encontrado un maldito abrigo. Atravesé a paso lento una cortina de lluvia, con los nudillos blancos como leche, con la esperanza de llegar antes de que terminara la competición.

El cartel del estadio brillaba bajo el aguacero como un faro. Miles de coches llenaban el recinto de punta a punta. Sin ninguna posibilidad de encontrar sitio para estacionar, dejé el coche en una zona de grúas que daba a la entrada y cerré la puerta de un portazo.

—Más le vale estar aquí.

Hubiera ido muy en línea con mi mala suerte generalizada de ese día que el teléfono me hubiera enviado a un juego que no era. Había recibido la ubicación de Fae de parte de Romeo, que la había recibido de Dallas, que la había recibido de Hettie, que la había recibido de Frankie, a esas alturas era tan fiable como el método del *coitus interruptus*.

Metí todo el dinero que tenía en la billetera dentro de la caja automática que vendía las entradas y crucé la barrera sin esperar. Lo que llevaba en el bolsillo interior del traje me golpeaba sobre el pecho con cada paso. Se me salió el mocasín derecho en mi carrera desenfrenada por los pasillos; parecía un toro descarriado. No tuve tiempo de recoger el zapato. Un niño se me cruzó por el camino. Se le cayó el algodón de azúcar y se puso a llorar al verme. No podía más que suponer que mi aspecto debía ser espantoso. Con las mejillas rosadas o ya casi de un tinte rojo de tanto tiempo al borde de la congelación, los labios trabados en una línea firme, el pelo enroscado en un baile con el viento… En verdad Farrow había elegido la peor estación para curarme; hacía un frío de mierda.

El pasillo desembocó en el estadio, donde miles de personas vitoreaban desde sus asientos en las gradas. Nunca la encontraría en esa multitud.

—Atención: el partido final comienza en tres minutos.

Las palabras resonaron desde los altavoces de cada esquina. Procedía de una cabina ubicada al borde de las gradas. Marché hacia allí, le arrebaté el micrófono al locutor horrorizado y desfilé hacia el centro de la pista, demasiado decidido como para ponerme a procesar ahí mismo cualquier tipo de vergüenza.

Di un golpecito sobre el micrófono.

—¿Farrow Ballantine?

El murmullo de la multitud se calmó por un instante y después volvió a arrancar. Una fila de esgrimistas uniformados se detuvo a unos metros de mí y todos me miraban a través de sus máscaras. Uno de ellos le dio un codazo a otro y me señaló con la punta de la espada.

—Farrow. —Di una vuelta entera y traté de identificarla en el mar de rostros—. ¿Estás ahí?

—¿Qué demonios estás haciendo? —Provenía del público, de un tipo cualquiera.

Me pasé el pulgar por la mandíbula y le contesté en el micrófono con los dientes apretados:

—Lo que estoy haciendo es intentar recuperar a mi chica.

El público estalló en un caos sin control: la mayoría gritaba, algunos abucheaban. Y oficialmente ya no me importaba una mierda.

—Por Dios, ¡pero si ese tío está como un tren! —Una mujer me lanzó un silbido—. Vísteme como cono de helado y lámeme por todas partes, nene.

Me había convertido en un hazmerreír en menos de un minuto, y ¡a la mierda con todo! No solo quería hacer las paces con Farrow, quería ofrecerle la puta paz mundial.

—Farrow… —Me estiré con los hombros hacia atrás y miré a la multitud de gente sin rostro—. Toda nuestra relación ha sido un secreto, escondida en los callejones oscuros de nuestra vida. Se acabó. Tanto si me aceptas como si me rechazas, ya no voy a seguir fingiendo que no soy tuyo.

—Ey, ¡tú! —Otro maldito molesto desde el público—. ¿Dónde te has dejado el zapato?

Todo el público se rio.

Yo los ignoré y seguí hablando:

—Me pasé toda la vida adulta viviendo sin vivir realmente. Entraste en mi vida de un modo inesperado, como un soplo de aire fresco. Me enseñaste a seguir adelante, a superar el pasado y a *vivir* con todas las letras. Ahora puedo volver a *tocar* las cosas.

Alguien gritó algo. Le siguieron más risitas. Quizá debería haberme sentido más preocupado de estar revelándole al mundo entero mi secreto, pero no. Recuperar a Farrow me importaba más.

—Ahora mismo, acabo de llegar de conducir una mierda de coche alquilado bajo la lluvia y durante cinco horas. Y no he tenido que detenerme, ni vomitar, ni regresar. Y eso todo gracias a ti, Pulpi. —Me di la vuelta hacia el otro lado de la multitud y recorrí la otra mitad, para que no se me escapara nada—. Siento no haberlo visto antes, no haberte convertido en mi prioridad desde el minuto en que te conocí… Te mereces mucho más.

Agarré el micrófono más fuerte. Se me nubló la vista. Tenía apenas unas seis horas de sueño, repartidas en cuatro días. Seguí hablando:

—¿Recuerdas cuando me hablaste del *Teléfono Langosta*? Tenías razón. Todo el mundo tiene una obra de arte favorita. Tú eres la

mía.

Silencio. Cada una de las personas de todo el estadio se había quedado en un silencio absoluto. ¿Dónde diablos estaba Farrow?

«Maldita sea. Voy a prenderte fuego a todas las tarjetas de crédito, Frankie».

—Disculpe… —Una de las autoridades del lugar me llamó con un golpecito en el hombro, mientras cambiaba el peso de un pie al otro, y jugueteaba con la punta de su cola de caballo—. Va a empezar un combate…

—Aplácelo.

—Pero…

La fulminé con la mirada hasta que se marchó corriendo. Una vez a solas de nuevo, me dirigí a la otra mitad del estadio, y volví a aferrar el micrófono.

—Farrow, intenté luchar contra tu hechizo sobre mí. Me mentí a mí mismo. Te mentí a ti. La vida es desordenada. El amor es arriesgado. Y yo estaba perfectamente a salvo en mi burbuja estéril.

No me importaba tener un público sin rostro. No me importaba derramar abiertamente todo lo que había dentro de mi corazón. Por una vez, tenía que ser valiente.

Respiré hondo y continué:

—No quería admitir que no tenía control total sobre mí mismo. Pero así es. No lo tengo. —Me señalé en el estado de descuido total en que estaba; era la prueba—. Estoy incontrolablemente loco por ti. Desde que te conocí, no ha pasado un solo día en que cada segundo no se consuma en los pensamientos sobre ti.

Frente a mis palabras, vi como una única persona entre los esgrimistas de la fila daba un paso atrás. *Farrow*. Los hombros

comenzaron a temblarle, haciéndole sacudir toda la estructura de su cuerpo. Parecía mucho más delgada con su uniforme, tan delgada que apenas la reconocí. No se me había ocurrido que su mes de búsqueda del alma podía ser duro para ella. Dallas me había asegurado, una y otra vez, que iba bastante bien.

El corazón se me hundió hasta la boca del estómago. Al verla llorar se me desató el caos por dentro.

Me acerqué a ella, le tomé la mano enguantada y le dije:

—No he tenido oportunidad de coger el anillo de compromiso de casa, pero te he traído esto.

Cuando me retiré, tenía los brazos cruzados sobre el estómago y todavía le temblaban los hombros.

Metí la mano en el bolsillo interior del traje y saqué una zapatilla rota, toda destrozada. La que había dejado en casa hacía tantos meses. La multitud empezó a clamar de nuevo y unos susurros nos llegaban serpenteando hacia nosotros.

—¿Es un zapato?

—Tal vez tendría que encontrar su propio zapato antes.

—Uf. Esa cosa asquerosa puede contener sustancias peligrosas.

No les hice caso, me arrodillé y volví a tomar la mano de Fae. Hablé en el micrófono para silenciar el estadio.

—Sé que el mundo es horrible y duro, y agotador. Sé que te han herido y traicionado, y destrozado el alma. Pero, si queda alguna pizca de amor en ti, ¿sería egoísta de mi parte pedirlo? Te prometo que lo protegeré. Te prometo que te protegeré. —Le apreté la mano a través del guante de tantas capas de acolchado—. Te amo, Farrow Ballantine. ¿Quieres casarte conmigo?

Desde los asientos, un perrito negro corrió hacia nosotros y me arrebató la zapatilla de la mano. Empezó a correr en círculos con el zapato apretado entre sus dientes. «Bicho malcriado».

—¿Has dicho que me amas?

Al oír la voz, levanté la cabeza y me di la vuelta. Me di cuenta de que venía de detrás de mí. Farrow Ballantine estaba ante mí en toda su gloria. Preciosa, deslumbrante, resplandeciente y *mía*. Tenía las mejillas sonrojadas, una sonrisa tímida y un uniforme de entrenadora del que colgaba una cinta de identificación. Por primera vez en un mes, me sentí vivo otra vez.

—Pulpi.

El esgrimista con quien la había confundido se levantó la máscara y mostró el rostro de preadolescente flacucho que tenía, donde llevaba marcada una sonrisa enorme.

—Perdona, hermano. En un segundo me eché a reír y, en cuanto levanté la cabeza, te me viniste encima. —Se encogió de hombros y dio un paso atrás—. Me tomaste la mano tan rápido que no supe qué hacer.

La risa inconfundible de Oliver atravesó el aire a lo lejos. La multitud seguía en silencio, ansiosa por captar nuestra conversación, ahora que yo había dejado el micrófono a un lado.

Farrow me tomó la mano y entrelazó sus dedos en los míos.

—¿Acaso has dicho que me amas?

A pesar de estar casi congelado, solo sentía el calor que me recorría por todo el cuerpo.

Le tomé las mejillas con las dos manos y acerqué nuestras frentes, inspirándola toda.

—Estoy enamorado de ti hasta las trancas, Farrow. Me has consumido por completo. En cuerpo, alma y corazón. No hay nadie más. Nunca lo ha habido. Nunca lo habrá.

—Zach… —Farrow miró hacia la pista, luego me miró a mí, por debajo de esa cortina de pestañas largas hasta el infinito. Entonces, me preguntó—: ¿Qué es esto?

Me froté la nuca.

—Una declaración de amor. Un plan de arrastre. Y… ¿una propuesta de matrimonio?

Por primera vez desde el accidente, solté el control. Estaba volando hacia lo desconocido sin un rumbo, completamente a merced del destino, y cagado de miedo. Solo con las últimas palabras de papá y la mujer de mis sueños acompañándome. Nunca me había sentido tan malditamente vivo.

—¿Te das cuenta de que esto no es propio de ti?

—Me doy cuenta.

—¿Y de que toda la población de este estado sabrá de esto en menos de una hora?

—No me importa.

—Incluso tu madre.

—Ella acepta nuestra relación.

Farrow abrió la boca.

—¿La acepta?

—Te lo juro.

Cuando oyó esas palabras, asintió con la cabeza, procesando la noticia. Por fin, me apretó la mano y se quedó mirando al punto en que nos uníamos.

—Cuéntame algo sobre el pulpo.

Le respondí de inmediato, sin dejar una pausa:

—El pulpo es el animal de más rango en todo el reino animal en lo que refiere al camuflaje. Puede cambiar de color de un momento a otro, contorsionar el propio cuerpo y cambiar de lugar todos los brazos. Es lo que hiciste tú. Te colaste en mi vida simulando ser el problema y resultaste ser mi solución; mi salvación.

Dicho esto, el perro nos saltó a los talones y dejó caer la zapatilla de Fae sobre la pista con un ladrido. Hubiera matado al dueño de ese perrito de mierda si no hubiese estado tan ansioso por declararme a Pulpi en ese mismo instante. Caí de rodillas, le cogí un tobillo, le quité la zapatilla que llevaba y le calcé la que había dejado atrás en mi casa. Soltó un pequeño gemido.

—Ajuste perfecto. Como tú. —La miré y le hice unos círculos sobre el tobillo—. Di que sí, Farrow.

Ella hundió los dientes en el labio inferior y simuló un titubeo; pero yo sabía que escondía una sonrisa por debajo del mordisco. Dijo:

—¿Ahora sí que estamos en la gran final?

—Cariño, no solo estamos en la gran final, estamos en nuestra propia maldita liga. Por favor, pon fin a mi miseria y di que sí.

Nuestros amigos —corrección: nuestra *familia*— aparecieron al borde de la pista y empezaron a disparar sus opiniones no solicitadas en rápida sucesión.

Romeo se sacudió algo del traje con la mano y dijo:

—Me das vergüenza ajena, Zachary.

Dallas le dio un manotazo en el hombro.

—¿Por qué nunca has declarado tu amor por mí en público?

—Yo recibí *una bala* en el pecho por ti y en público. —Se volvió hacia Fae y asintió en mi dirección—. La única manera de que este hombre sea capaz de volver a mostrar la cara en esta ciudad es que aceptes.

Farrow resopló y el tobillo se sacudió en mi mano con el movimiento.

Frankie sacó del medio a Romeo de un empujón, en la lucha por acercarse a nosotros.

—Todos sabemos tu respuesta, Fae. ¿Podrías apurar un poco el trámite? El tipo no sirve para nada desde que te fuiste.

—Di que sí, nena. —Dallas daba unos respingos y se sostenía la barriga al mismo tiempo—. Además, ¿sabías que el cerebro del pulpo tiene forma de dónut? ¿No es épico?

Fae estalló en un ataque de risa. Se agarraba el estómago y luchaba por mantenerse de pie con un tobillo en mis manos.

«No sería tanto esfuerzo si tan solo dijeras que sí, maldita sea».

—Esto es demasiado bueno —dijo Oliver entre aplausos pausados —. Soy el último soltero de los tres. ¿Significa que he ganado la apuesta?

Hettie estaba de pie a un lado, con un cubo de algo por delante:

—Menos mal que he comprado palomitas…

Los dedos de Farrow se le enroscaron alrededor de la garganta. Dejó salir un silbido audible y se quedó admirando a nuestros amigos durante un momento más antes de devolverme la mirada.

—Tú me has dado una familia —dijo.

—Yo no he tenido nada que ver con eso. —Sacudí la cabeza—. Tú te la has ganado por tu cuenta. Te adoran.

Bajó los dedos y echó los hombros hacia atrás, lista para negociar:

—Si nos casamos, quiero mantener mi independencia.

—Hecho.

—Seguiré trabajando a tiempo completo. Como entrenadora.

—Por supuesto. —Sabía, de primera mano, que ella sería de las mejores.

—Y… y… y… —Se llevó la punta del dedo a los labios, en un gesto de pensar con mucha atención—. Seguiré discutiendo contigo todo el tiempo. No podrás volver a ganarte mi simpatía con regalos de diseño.

—De acuerdo. Volveré a ganarme tu simpatía con tus cosas favoritas.

—¿Y cuáles son?

—Los hechos contundentes y los orgasmos.

Farrow inspiró el aire. Se me intensificaron los latidos del corazón. La euforia iba decantando sobre mí como el agua de un manantial. Mi corazón idiota se hinchó hasta lo imposible, como un globo a punto de estallar.

«Di que sí, de una vez, nena».

Una sonrisa se le subió por las mejillas. Y la risa le bailó en los labios. Se la tragó. Por fin —*por fin*—, me dio su respuesta:

—*Sí.*

Me levanté de un salto, la tomé en mis brazos y le di el beso más profundo, hambriento y real que jamás nos hubiéramos dado. Nuestros amigos estallaron en gritos y vítores, lo cual inició también un caos en la multitud. Todos a nuestro alrededor empezaron a aplaudir, a silbar y a gritar. Si hasta el imbécil del perro empezó a correr en círculos alrededor nuestro, ladrando.

—Ah. —Se rio Fae en nuestro beso y chasqueó los dedos como quien recuerda algo—.Tengo un perro ahora.

—*Tenemos* un perro ahora, querrás decir.

Le hablé contra los labios, negándome a separarme de ella. Y maldita sea, ahora teníamos un perro.

—Oliver dice que odias el desorden de los perros.

—Solo cuando ese desorden es el propio Oliver.

Se alejó un poco. Su pulgar viajó a mi cuello, y me rozó justo por debajo de la oreja.

—Me di cuenta de por qué te quiero.

Nuestras narices se tocaron y acaricié la mía contra la suya mientras tratábamos de estabilizar la respiración. Le dije:

—¿Y por qué es?

—Porque me haces arder el alma en el fuego, mi hermoso y oscuro deseo.

EPÍLOGO

Zach

Un mes después.

Me despierto con un codazo en las costillas. En lugar de responder, abrazo a Farrow por detrás y me aparto sus pelos de los ojos.

—Cariño, ¿estás despierto?

Exhalo el aire y miro el reloj de la mesita de noche: las cinco y cuarto de la mañana.

¿Estoy despierto? Eso depende. ¿Estoy despierto para escuchar a Pulpi decirme que mamá le suplicó —*otra vez*— que no descartara la opción de hacer la boda en Nueva York, aunque Fae claramente quiere quedarse en Potomac? No. Eso puede esperar a mañana. Pero ¿estoy despierto para una tercera ronda de penetrar a mi prometida contra la pared de la ducha? Eso sí. Después de todo, la higiene *sí que es* mi pasión.

Farrow se estira hasta la mesita de noche y coge su teléfono que vibra. Las cejas se le fruncen al ver la pantalla.

—Zach. —Me da un codazo más fuerte y me saca un pequeño gruñido—. Dime que estás despierto.

Cierro los ojos y la aprieto más contra mi pecho. Tengo una buena suposición de lo que está a punto de decir, y no quiero levantarme de la cama para escucharlo. De hecho, estaría feliz de seguir haciendo lo que hemos estado haciendo el último mes: no salir de la casa. Cada vez que Dallas viene a arrastrar a Farrow a una noche de chicas, lucho contra el impulso de enganchar un dónut a una caña de pescar y llevarla enganchada del anzuelo de regreso a casa como quien arria el ganado.

—Zach. —Pulpi se gira entre mis brazos y me pasa un dedo por la nariz—. Despiértate.

Yo dejo los párpados pegados.

—No es gracioso.

No hay respuesta.

—Tengamos sexo.

Se me abren los ojos de golpe. Me abalanzo sobre ella y la cubro en cada centímetro de la cara con besos.

—Eres un pervertido. —Se ríe y se zafa de mi abrazo—. Dallas va a tener el bebé. Tenemos que ir al hospital ya mismo.

—¿Por qué? Si no fuimos nosotros los que la dejamos embarazada. —Le beso el cuello, le tomo un pecho y me llevo el pezón a la boca. Dormimos desnudos por razones obvias. No ha habido ni una sola noche en que no nos hayamos despertado —sudorosos y llenos de ansias— para tener sexo, solo para recordarnos mutuamente que podemos hacerlo. Ahora que ya no tengo miedo de tocar nada, es mi deber social recuperar el tiempo perdido.

Fae se aparta con un giro sobre sí misma y se levanta de un salto.

—Es una reunión de emergencia. —Apoyo la cabeza en la cama y la observo. Ella recoge la ropa interior y el sujetador del suelo—. Dallas ha dicho que quiere que todos estemos para que podamos decidir el nombre juntos.

—A mí me da igual si le pone el nombre de su restaurante favorito. —Farrow me lanza una mirada de advertencia y se me borra la sonrisa—. No, no es lo que quiere.

—Sí que lo es. —Farrow hace una mueca y camina al vestidor, solo para volver al rato: tiene puesta una sudadera gris enorme con capucha y unos vaqueros de corte ancho que, de algún modo, la hacen parecer una modelo—. En su defensa, el restaurante se llama «Antonio's».

Me quedo mirándola, sonriendo. Con solo verla existir me excito.

Se abrocha los pantalones e inclina la cabeza.

—Zachary.

—¿Sí, señora?

—Ponte la ropa. Nos vamos al hospital.

—Ni siquiera me gusta Dallas —le miento. Dallas está bien, supongo. Para ser humana.

Farrow levanta su mochila y se la echa al hombro:

—Pero sí te gusto yo, ¿no?

—Tú no es que me gustes. Tú me tienes obsesionado hasta el tuétano, mierda.

El bip, bip, bip ininterrumpido de las máquinas del hospital resuena por el pasillo de la maternidad. Las zapatillas de Fae chirrían sobre el suelo de linóleo. Se aprieta la caja de dónuts contra el pecho y corre

más rápido de lo que la situación merece. Voy acompasando cada una de sus galopadas con un suspiro obvio, aunque nunca he estado más feliz en toda la puta vida.

Para cuando llego a deslizarme a su lado, Farrow ya ha llamado a la puerta de la *suite* de Dallas. Como de costumbre, el saludo de Dallas y Romeo me hace querer echarme lejía en las orejas.

Pulpi atraviesa la puerta a toda velocidad antes de que Romeo logre salir:

—Está abierto.

—Igual que mi vagina, por lo visto. —Dallas se levanta la manta como si necesitáramos confirmación visual—. Hola, hola, desgarro de tercer grado.

«Ya pueden matarme ahora mismo».

¿Por qué esta pareja relata su intimidad hasta lo escandaloso? No podría ni imaginarme dejar a nadie cerca de Farrow tan pronto después de que dé a luz a mi hijo. Pero *sí* que puedo imaginarme nítidamente la situación en que ella da a luz a nuestro bebé.

—Toma. —Mi prometida deposita la caja de los mejores dónuts caseros que hay en los brazos ansiosos de Dallas—. Dos docenas de los que pediste. Estás increíble.

No está increíble para nada; parece como si acabara de luchar con un oso, y hubiese perdido. Pero adoro cómo Farrow siempre tiene una palabra amable para la gente que ama.

Le doy un abrazo de hermano a Romeo, algo que he incorporado de forma reciente y no me desagrada.

—Felicidades.

—Gracias.

Es difícil de creer, pero se le han puesto rojas las puntas de las orejas.

Echo un vistazo a la habitación amplia.

—Hablando de eso, ¿dónde está el bebé?

—Las enfermeras se lo han llevado para darme un respiro. —Dallas se mete un dónut hasta la garganta—. Lo traen enseguida, así podéis verlo y le elegimos el nombre entre todos.

Dallas se levanta de golpe y lanza el dónut contra el pecho de Romeo para aplaudir, mientras dice:

—Ya recorté la lista, nos quedan solo treinta.

«Ah, qué bien». Parece que será un largo día.

Romeo se pone rígido, se le detiene la palma de la mano a medio cepillarse de migas la camisa. Dice:

—¿Todos?

En una sincro perfecta, Oliver y Franklin irrumpen por la puerta sin golpear. Llevan igual estado de desaliño: el pelo todo desordenado, la ropa arrugada… Frankie tiene pintada una raya de pintalabios rojo que le llega hasta la barbilla. Mi primera suposición, desde ya, es el tango en posición horizontal. La segunda es la opción más desquiciada (y por tanto, de seguro la correcta).

Y en ese momento, un chirrido atraviesa el aire.

«No, no puede ser».

Dallas se mete unos dónuts en la boca, demasiado ocupada para darse cuenta del estado en que llegan sus dos visitantes.

—Hola, chicos. Gracias por venir corriendo.

Ollie se mete la camisa en los pantalones y se aclara la garganta…

—Ha sido un placer. —Solo a Dallas se le escapa la insinuación.

Farrow me lanza una mirada de horror. Y con total razón. Oliver y Frankie son una mala combinación. No solo porque ella es escandalosamente más joven que él, sino porque ambos tienen cero moral y principios; son dos desalmados que podrían prenderle fuego al mundo entero si les apetece freír un huevo.

Por suerte, es como lo esperaba, y Frankie hace aparecer un frasco rodeado de agujeros por detrás de la espalda. Lo ponen en la mesa de café al otro lado de la habitación.

—Sentimos llegar tarde, es que los hemos atrapado todos nosotros solos.

Oliver se quita la hierba del hombro.

—Casi me muero luchando con uno de ellos.

Frankie se desploma en el sofá, con una mano en la frente.

—Zach nos dijo que los grillos son un símbolo de buena suerte y un buen augurio para tener muchos muchos hijos.

—Pero no dije que hubiera que cazarlos —digo, mientras empujo a Ollie con un dedo índice al momento en que me acerca demasiado su culo lleno de barro. Lo dicho: la higiene es mi pasión.

Oliver mira por debajo de la cama del hospital.

—¿Dónde está la nueva adquisición de la familia?

Romeo se quita las migas de la camisa con una mano y le acaricia la cabeza a Dallas con la otra.

—Ya viene de camino —dice.

Frankie corre a la mininevera de la esquina y saca dos botellas de agua. Se señala la cara con la mano y dice:

—Ay, por Dios. ¿Soy la única que arde de calor?

Ollie asoma la cabeza desde debajo de la cama como una marmota.

—Yo estoy a niveles de fisión nuclear, nena.

Ella le pasa una de las botellas y ambos se la beben de un trago.

—Para mí, está fresco. —Dallas frunce la nariz—. Pero quizá es porque tengo rasgada la piel entre la vagina y el recto, así que, básicamente, me siento como un pavo de Acción de Gracias a punto de que lo rellenen con hierbas, cebollas y patatas. —Entonces, frunce también el ceño—. Dios, qué rico.

Una vez que Oliver se desploma en el sofá, toda la habitación pasa a ser un caos. Yo me siento en la esquina, ojeando mi teléfono mientras todos se agitan y discuten, sobrevolando a Dallas como si acabara de regresar de un viaje de catorce meses a Marte.

—¿Más analgésicos?

—¿Y de agua, cómo vas? Necesitas agua, Dal.

—¿Tienes antojo de un banquete de Acción de Gracias? Seguro que en febrero también se consiguen calabazas frescas.

Se oye un golpe a la puerta y la locura se detiene. Levanto la vista del teléfono a tiempo para ver entrar a una enfermera que empuja una cunita transparente con ruedas. Oliver, Frankie y Farrow se agolpan alrededor de ella, casi sin respirar de la emoción. Me acerco, pensando que no estaría mal ver a qué se debe tanto alboroto.

No me gustan los bebés; son ruidosos e inútiles por completo, hasta para los estándares de lo humano. Sin embargo, tengo que admitir que el bebé que han hecho Dallas y Romeo es guapo. A diferencia de la mayoría de los recién nacidos, no se parece a un político amargado en medio de una pelea con un empleado. Gira un poco la cabeza para ofrecerme una vista mejor. Los mejores rasgos de Dallas y de Romeo están en pugna en su carita. De Dallas, una nariz de botón y unos labios rojos prominentes en forma de fresa. Y

de Romeo, un mechón de pelo negro que le cubre la cabecita y una cantidad tan grande de pestañas que serviría para calentar un rebaño entero de llamas.

—Dios mío. —Frankie se lleva una mano al pecho y mete todo el cuerpo dentro de la cunita—. ¡Hermanita, es divino!

—Así es. —Dallas se desliza de la cama con una sonrisa y hace rodar la cunita al lado de Romeo—. Va a romper muchos corazones.

El bebé duerme profundamente, tal como debería estar haciendo yo a estas horas.

—Y bates de béisbol. —Oliver hace el gesto de un bateo amplio—. Esos padres no sabrán cómo tratar a Bebé Costa.

Romeo y Dallas miran a su hijo con una sonrisa. Me ataca un deseo repentino y salvaje de producir un heredero con Farrow. No quiero esperar ni al día de mañana. Quiero hacerlo hoy mismo.

—Repasemos los treinta nombres. —Dallas se aclara la garganta y desenrolla una lista que, obviamente, supera los treinta.

Farrow niega con la cabeza, con los ojos aferrados al niño.

—Luca —dice.

—¿Eh? —Dallas levanta la cabeza de golpe, con la boca abierta—. No, eso… Ni siquiera está en mi lista. —Ella mueve la hoja con la mano, el papel ondeando en el viento.

—Bueno, piensa en ello. —Farrow la mira a los ojos, con una sonrisa en los labios—. Luca.

—Luca… —Romeo dice el nombre en voz alta, y lo saborea un par de veces. Acaricia una mejilla de su hijo con un nudillo—. Me gusta como suena. Fuerte. Italiano.

—Quiere decir «quien trae la luz». —Dallas muestra su búsqueda de Google—. Sí que trajo mucha luz a mi vida, incluso desde antes

de nacer.

Y así, Luca Salvatore Costa es presentado ante el mundo, rodeado de su familia.

Más tarde, me las arreglo para llegar al aparcamiento mucho antes de que ya no pueda contenerme:

—Yo también quiero uno.

—¿Un qué? ¿Un Toyota Camry? —Farrow echa un vistazo al coche más cercano, que resulta ser un vehículo oxidado que ha visto días mejores. En la década de los ochenta—. Seguro que nos lo podemos permitir.

—Un bebé.

Me detengo junto a su Prius. Porque, sí, Farrow todavía conduce su estúpido Prius, al que adora hasta el infinito y al que también le puso el nombre de Priscilla. Otro molesto vestigio de su vida antes del compromiso; como el apartamento. Una vez que se mudó de nuevo conmigo, al monoambiente lo convirtió en oficina para reuniones de negocios. *Bien*. Me encanta su independencia feroz.

—¿Quieres un bebé? —Se tambalea contra su coche—. Zach, no puedes coger uno sin más; es ilegal…

—No quiero uno de la maternidad. *Por Dios*. —Me río, muerto de amor de que me tome el pelo—. Quiero uno nuestro.

—Ni siquiera estamos casados todavía. —Arruga las cejas—. De hecho, ni siquiera hemos podido decidir ni la fecha ni dónde será la boda.

Cierto. Un problema cortesía de mi excesivamente entusiasta madre. Logramos arreglar las cosas rápidamente después de nuestro enfrentamiento en Tailandia. Principalmente porque ella apareció en mi puerta al primer día de volver, prometió procesar su dolor con un

terapeuta, y hasta me ayudó a buscar un anillo de boda: una esmeralda impresionante enmarcada entre rubíes brillantes. Había estado en la familia de mamá durante generaciones. Difícil de encontrar. Igual que Pulpi.

Le arrebato las llaves de las manos a Farrow y le digo:

—Podemos tener un bebé sin estar casados.

Ella esconde una risita entre las puntas de los dedos.

—Tu madre tendrá otro paro cardíaco si tenemos un bebé sin casarnos.

—Cierto. —Me acaricio el mentón. Ahora vivo la vida según mis propias reglas, pero eso no significa que vaya a pisotear los deseos de mi madre si no interfieren con mi felicidad—. ¿Qué te parece Las Vegas?

—¿Las Vegas? —A Farrow se le encienden las pupilas—. ¿Dices que nos escapemos?

Asiento.

—Sin *catering*, sin discusiones sobre el salón, sin arreglos florales que haya que reservar con tres años de antelación… Puedes ponerte tus zapatillas preferidas y el equipo de esgrima, y nadie se inmutará siquiera.

Mentira. Mamá sí se inmutará, pero no me importa. Es un pequeño precio que tendré que pagar. Además, todavía vamos a celebrar la ceremonia del té tradicional.

Farrow se muerde el labio inferior.

—¿Y qué pasa con Ari? Yo era soltera cuando empezó a planear su boda.

Me encojo de hombros y le digo:

—El que se duerme pierde.

«Además, probablemente sea la primera en llegar y con un camión lleno de champán».

—¿De verdad tienes tantas ganas de casarte? —Farrow frunce la nariz—. Me parece un poco desesperado.

—Nena —le engancho una pinza en el cuello de la camiseta y tiro hacia mí para besarla. —, estoy más que desesperado cuando se trata de ti.

Farrow

Tres semanas después.

—Tú, Farrow Talia Ballantine, ¿aceptas a este hombre como tu legítimo esposo?

El imitador de Elvis se vuelve hacia mí y tiene entre las manos un libro que estoy noventa por ciento segura de que es una novela romántica entre alienígenas que una vez le descubrí a Dallas.

Hay unas manchas misteriosas que ensucian toda la alfombra roja de la capilla, flores de plástico que brotan de unos jarrones baratos y sucios, y un techo rosa flamenco que se eleva sobre nuestras cabezas y, desde ahí, supervisa la ceremonia. ¿Elegante? No. ¿Perfecto? Por completo.

Le sonrío a Zach.

—Acepto.

No puede verme porque llevo mi máscara de esgrima. De hecho, ambos estamos vestidos de esgrimistas de pies a cabeza. En verdad, sí que queríamos a lo menos elegirnos un vestido y un traje apropiados, pero terminamos pasando las tres últimas semanas en la cama, distraídos por un plan mucho, pero *mucho* más grande. A ninguno de los dos nos importó. Y yo quería que todos mis amigos más queridos nos vieran hacer el ridículo, y Zach hizo realidad ese deseo.

Elvis se dirige a Zach y lo mira a través de las gafas de sol enormes que lleva puestas.

—Y tú, Zachary Yibo Sun, ¿aceptas a esta mujer como tu legítima esposa?

—Sí, acepto.

—Puedes besar a la novia.

Ambos nos quitamos la máscara, todos transpirados y sonrientes. Zach se quita un guante, lo arroja por detrás y hunde sus dedos en mi pelo, con la música de fondo de los gritos de nuestra familia. Constance nos lanza flores. Celeste da vueltas en su vestido elegante de diecisiete mil dólares. Dallas y Frankie me lanzan caramelos. Ari y su prometido se sonríen.

Cuando por fin dejamos de besarnos, sobre todo para no avergonzar a nuestra familia, me encuentro sin aliento. El corazón me late demasiado rápido, demasiado fuerte. Me siento como gelatina, demasiado caliente para mantenerme en pie. Zach me agarra el codo justo en el momento en que se me doblan las rodillas. Pensé que me levantaría al mejor estilo de una novia recién casada, pero, en lugar de eso, me rodea la cintura con un brazo y me pega a su pecho, llevándome con las piernas alrededor del torso; ventajas del uniforme de esgrima.

Echo la cabeza hacia atrás, sintiéndome cálida y confusa y —de pronto me doy cuenta—verdadera, descarada y completamente feliz. Me da un beso en la frente y se aleja por el pasillo con ligereza. Me relajo en los brazos de mi marido; el único hogar verdadero que conozco.

—¿Zach?

—¿Sí, esposa?

—Cuéntame algo sobre el pulpo.

—Te daré algo mejor.

—¿Oh? ¿Qué es?

—Las últimas palabras de mi padre.

Me quedo helada. Me da un beso en la sien y se me acerca al oído, para que solo yo pueda oírlas: «Los colgantes unen dos almas. El destino sabe lo que nosotros no».

FIN

Índice

Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco

Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Capítulo cincuenta y nueve
Capítulo sesenta
Capítulo sesenta y uno
Capítulo sesenta y dos
Capítulo sesenta y tres
Capítulo sesenta y cuatro
Capítulo sesenta y cinco
Capítulo sesenta y seis
Capítulo sesenta y siete
Capítulo sesenta y ocho
Capítulo sesenta y nueve
Capítulo setenta
Capítulo setenta y uno
Capítulo setenta y dos
Capítulo setenta y tres

Capítulo setenta y cuatro
Capítulo setenta y cinco
Capítulo setenta y seis
Capítulo setenta y siete
Capítulo setenta y ocho
Capítulo setenta y nueve
Capítulo ochenta
Capítulo ochenta y uno
Capítulo ochenta y dos
Capítulo ochenta y tres
Capítulo ochenta y cuatro
Capítulo ochenta y cinco
Capítulo ochenta y seis
Capítulo ochenta y siete
Capítulo ochenta y ocho
Capítulo ochenta y nueve
Capítulo noventa
Capítulo noventa y uno
Capítulo noventa y dos
Capítulo noventa y tres
Epílogo

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en
todo lo que las mujeres románticas
guardamos en lo más profundo de
nuestro corazón y solo en contadas
ocasiones nos atrevemos a compartir.
Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

Título original: *My Dark Desire*
Traducción del inglés: Natalia Barry
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: mayo de 2025

© 2024 by Parker S. Huntington and L.J. Shen
© 2025, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Esta edición es posible gracias a un acuerdo de licencia con Brower Literary Agency.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-28-7

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Parker S. Huntington y L.J. Shen
Portada
Epígrafe
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte

Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro

Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Capítulo cincuenta y nueve
Capítulo sesenta
Capítulo sesenta y uno
Capítulo sesenta y dos
Capítulo sesenta y tres
Capítulo sesenta y cuatro
Capítulo sesenta y cinco
Capítulo sesenta y seis
Capítulo sesenta y siete
Capítulo sesenta y ocho
Capítulo sesenta y nueve
Capítulo setenta
Capítulo setenta y uno
Capítulo setenta y dos
Capítulo setenta y tres
Capítulo setenta y cuatro
Capítulo setenta y cinco
Capítulo setenta y seis
Capítulo setenta y siete
Capítulo setenta y ocho
Capítulo setenta y nueve
Capítulo ochenta
Capítulo ochenta y uno
Capítulo ochenta y dos
Capítulo ochenta y tres
Capítulo ochenta y cuatro
Capítulo ochenta y cinco
Capítulo ochenta y seis
Capítulo ochenta y siete
Capítulo ochenta y ocho

Capítulo ochenta y nueve
Capítulo noventa
Capítulo noventa y uno
Capítulo noventa y dos
Capítulo noventa y tres
Epílogo
Índice
Créditos


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

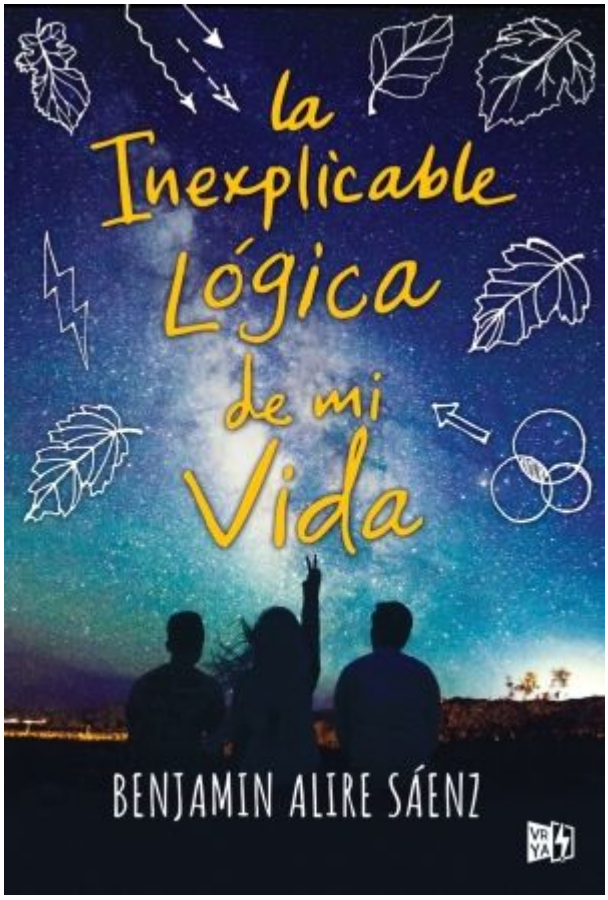
Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve

Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



La inexplicable lógica de mi vida

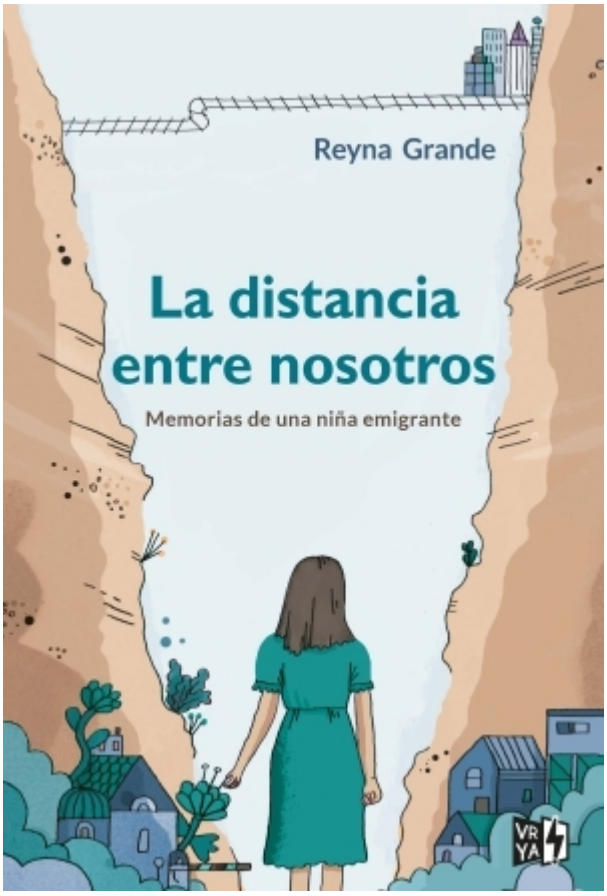
Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible

distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


CRUZANDO
LA LÍNEA
ARGONAUT
RACING
Ve
Ra

Cruzando la línea

Soltani
9791387601249
456

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Después de que un desastre en las redes sociales lo deje con un equipo cabreado y patrocinadores que amenazan con abandonar el barco, necesita que alguien le ayude a salvar su imagen. En una fiesta en Mónaco se cruza con la mujer que puede arreglarlo todo. Sólo hay un problema: ella es la hermana pequeña de su mejor amigo. Y bueno, tal vez haya otro problema: él la besó el año pasado y no ha podido dejar de pensar en ello desde entonces. Willow Williams, recién graduada universitaria, necesita un trabajo. Puede que tenga talento para ver el lado positivo de cualquier mala situación, pero es difícil mantener una actitud positiva cuando tiene dificultades para que la contraten. Así que cuando Dev le hace la propuesta, no puede negarse, incluso si eso significa ignorar el enamoramiento que ella ha tenido por él desde la infancia. Willow y Dev están decididos a mantener las cosas estrictamente profesionales, independientemente de los viejos sentimientos y la química ardiente entre ellos. Pero en el mundo brillante y de alto riesgo de la Fórmula 1, algunas líneas deben cruzarse.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)